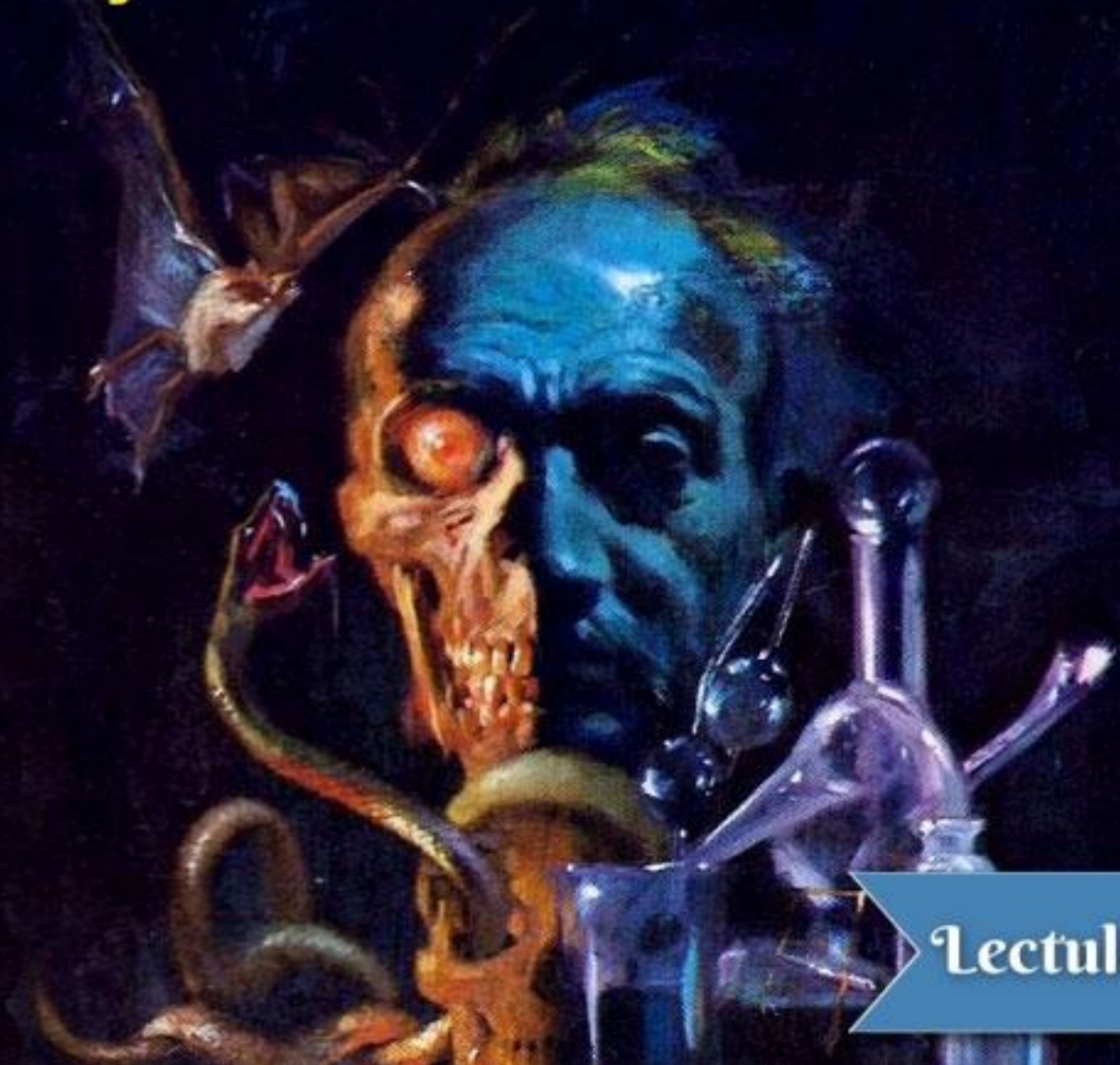


se

# LAS MEJORES HISTORIAS DE FANTASMAS



Lectulandia

Recopilación de cuentos y novelas cortas de fantasmas a cargo de A. Van Hageland, uno de los más grandes especialistas europeos en el campo de la fantasía y la ciencia ficción. Nombres famosos de la literatura universal, como los de Guy de Maupassant, Heine, Victor Hugo, Chéjov y otros muchos más, rubrican las páginas del presente libro con las más increíbles historias y las más inimaginables narraciones, que pueden tener como escenario desde la estepa rusa hasta los intrincados laberintos de París, las pirámides de Egipto o las viejas mansiones encantadas de fin de siglo.

Sin embargo, en esta antología no falta el buen humor, la socarronería ni el escepticismo al presentar unas narraciones que, debido al trazo maestro del autor, nos parecen «casi» reales. Tampoco está ausente la reflexión ponderada y racional de quien contempla el fenómeno de los fantasmas como el resultado de determinados acontecimientos que la tradición oral y la fantasía se han encargado de alterar.

Es, sin dudar, un volumen de historias que juegan con lo macabro, lo sádico y el horror para provocar, a su vez, en el lector el estupor, el pánico y la angustia.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Las mejores historias de fantasmas**

ePub r1.0

Titivillus 18.04.2017

Título original: *Las mejores historias de fantasmas*

AA. VV., 1973

Traducción: Ricardo Joancomartí Velasco

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

4



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



  
epublicre

# **LAS MEJORES HISTORIAS DE FANTASMAS**

Seleccionadas por A. van HAGELAND

*Esta caprichosa antología está dedicada a  
mis queridos amigos españoles José Moya  
y Ute Korñer de Moya.*

*A. VAN HAGELAND*

## A. VAN HAGELAND

**E**L autor de esta antología vive en Bélgica y está considerado como uno de los grandes especialistas europeos en el ámbito de lo fantástico y de la ciencia ficción. Ha desempeñado un importante papel en la investigación folklórica y ha publicado varios volúmenes sobre este tema, entre ellos un bestseller del que se hicieron tres ediciones en un año: *Magia y brujería modernas*.

Mantiene contactos con autores y otros especialistas de este género del mundo entero y fue íntimo amigo del célebre Jean Ray (John Flanders), quizá el más importante autor fantástico después de Edgar Allan Poe.

En la actualidad posibilita la difusión de obras de varios jóvenes autores europeos de «cuentos negros», que ha hecho publicar en otras lenguas.

Que A. van Hageland era el especialista indicado para esta antología de cuentos de fantasmas lo demuestra el hecho de que la Enciclopedia Moderna de la Literatura Universal le pidiera su colaboración, especialmente por lo que respecta a los «Cuentos de fantasmas y literatura fantástica».



## INTRODUCCIÓN: EL REINO DE LA NOCHE

**D**ISTINGAMOS dos clases de cuentos de fantasmas: los cuentos *tradicionales* y los relatos *literarios*. Algunos cuentos tradicionales aún hoy son considerados válidos por ciertas personas, pero en su mayor parte sobreviven en las colecciones y revistas folklóricas. Sus argumentos han inspirado a menudo a los autores de relatos literarios, mientras que, por otra parte, algunos de estos relatos han dado lugar a cuentos populares que en nuestra jerga científica denominamos «contaminados».

Según la región y el país, los cuentos tradicionales hablan a menudo de héroes históricos y de monstruos mitológicos. Forman parte del folklore. Los personajes históricos son, la mayoría de las veces, desfigurados y transformados por los narradores populares, quienes les añaden características de los mitos de dioses y héroes paganos. Los fantasmas a veces toman el aspecto de un animal: la mayoría de las veces un perro o un gato negro, caballos salvajes o pájaros siniestros; asimismo algunos «fuegos» inexplicables para el pueblo, como los fuegos fatuos sobre los pantanos y en los cementerios, son aspectos bajo los cuales los fantasmas se exteriorizan.

Incluso en nuestros días, este tipo de creencias están aún muy extendidas. En la Prensa mundial hemos visto más de cincuenta casos en estos últimos veinte años.

Decíamos que los relatos *literarios* de fantasmas utilizan a menudo aspectos extraídos de los cuentos tradicionales. Citemos, por ejemplo, las numerosísimas novelas escritas sobre *Flying Dutchman*, el célebre buque fantasma. Muchos autores contemporáneos continúan inspirándose en esta fuente popular y folklórica, aunque, no obstante, les presten el hálito de su propia genialidad.

Nuestros estudios literarios comparados nos han hecho descubrir una multitud de plagios, pero podemos afirmar que la mayor parte de estos casos de inspiraciones en la riqueza de las concepciones populares han sido obra del subconsciente de los escritores. Utilizan muchas veces estos temas sin ser conscientes de ello; y así aparecen en la obra de dichos autores bajo el efecto de fuerzas inferiores, sub o incluso inconscientes. Este hecho ha sido demostrado con toda claridad por Hubert Lampo, promotor del «realismo mágico» en la literatura, y también por el caso de Jean Ray (John Flanders) y de Walter Beckers. Para analizar la obra de autores de cuentos fantásticos, el psicoanálisis desempeña un importante papel.

Un autor cuya obra se basa en motivos folklóricos o históricos es Claude Seignolle, considerado como uno de los grandes autores clásicos de nuestros tiempos. Seignolle es un extraordinario estilista, y posee un profundo conocimiento de la mentalidad de las poblaciones campesinas. Las concepciones supersticiosas de sus personajes influyen su vida cotidiana de una manera directa. Seignolle no se

inspira en horrores de otras dimensiones: la angustia, para él, nace en el mismo hombre y se exterioriza en el universo que él se ha construido y que él mismo ha poblado de monstruos y fantasmas.

Con Walter Beckers nos encontramos ante una idea muy distinta de lo fantástico; de acuerdo con su punto de vista, la angustia aparece a veces de una forma completamente inesperada y en el momento más banal. El horror se cierne sobre el personaje y lo que le rodea, para desaparecer de una manera igualmente inesperada. En algunas ocasiones, sus personajes se pierden en este terror, otras veces escapan de él aferrándose a algo real y poético: una canción, una flor, un rayo de sol. O bien, rehúsan simplemente aceptar la realidad de esta intervención fantástica en su vida. Sabemos que el que se sitúa deliberadamente fuera de un círculo mágico, no puede ser tocado por ningún efecto maléfico provocado por un fantasma o una bruja...

En la presente selección, hemos querido dar una visión general de los diferentes géneros con los que nos hemos encontrado en el ámbito de los cuentos de fantasmas, desde algunos siglos, pero sobre todo en nuestros días. Entre los grandes nombres de la literatura, el lector encontrará también autores que no le son tan familiares, pero cuya revelación le reserva agradables sorpresas. Si se repiten algunos nombres, se debe sobre todo a la intención de demostrar la diversidad lujuriosa de la que algunos autores como Seignolle dan prueba en un solo género.

Para la clasificación de estos cuentos escogidos, dudamos entre dos sistemas. Un criterio científico habría sido una clasificación estricta y rígidamente cronológica, según su fecha de publicación original. No obstante, preferimos adoptar un criterio más flexible según el tema y la historia, a fin de obtener de este modo una mayor diversidad que facilitará la lectura y hará posibles mayores sorpresas en vuestro viaje por el reino de la noche.

¡Volved! Pero no como un fantasma...

A. van Hageland  
*Alseberg - Bélgica*

# DELFINA

CLAUDE SEIGNOLLE

*No es necesario presentar a Claude Signolle, ya que este autor francés ha sido reconocido mundialmente como un clásico incluso cuando aún vivía, y con la misma categoría que los Premios Nobel de literatura.*

*Novelas y cuentos fantásticos de Claude Signolle se han traducido a la mayoría de los idiomas. Aquí les presentarnos una pequeña obra maestra que aparece ahora por primera vez en castellano.*

*La situamos a la cabeza de nuestra selección, por considerar el relato de fantasmas más «poético» de toda la literatura.*

Vagaba sin rumbo por la rue Saint-Martin. Debían de ser las tres de la madrugada y ya se vislumbraban las primeras luces del alba. El agresivo calor de julio atormentaba a París. No sentía el más mínimo deseo de dormir, y, por una vez, la noche parecía ofrecérseme tal como yo la deseaba. Tenía dieciocho años y mi juventud exigía de mí vivir la vida intensamente. Mi meta no era llegar al límite de mis fuerzas, sino simplemente errar en busca de aventuras.

¿Adónde me dirigía? Nunca lo supe, pero yo iba..., y, al mismo tiempo que disipaba mis temores, este acto me permitía descubrir los ritos de la noche en la que yo penetraba con fervor, como si fuera una religión secreta defendida por un laberinto de preciosos extravíos. Desprovisto de misterio, así lo buscaba yo, igual que un pobre expone su indigencia a la generosidad del azar. E incluso hoy, cada vez que lo evoco, el recuerdo de aquella noche me desgarraba como si ella siguiera viviendo en mí, celosa hasta el extremo de querer torturarme cada vez que intento decir lo que yo sé de ella...

Estaba atento, con el corazón y el aliento a disposición de lo inesperado, cuando sentí la presencia muy neta de algo. Un ruido cercano atrajo inmediatamente mi atención. Entonces apareció una adolescente que luego se alejó por la rue Saint-Martin. La seguí a distancia. Rozaba tan fielmente las fachadas desiguales de las casas que por un momento supuse que se trataba de una ciega que se paseaba sin tropezar en aquella noche, clara para ella, pero mucho más confusa para un vidente. Pero ciertos movimientos demasiado precisos me desengañaron muy pronto. Aligeraba el paso cuando los muros ventrudos la empujaban a la fuerza hacia la calzada, caminaba más lentamente frente a los recovecos que parecían retenerla por unos instantes.

Una vez que llegó a la altura de la rue Saint-Merri, se detuvo, y con la espalda

apoyada en una puerta cerrada, permaneció en actitud expectante. Luego, levantándose sobre las puntas de los pies, pareció que trataba de buscar un obstáculo invisible... Y al ver perfilarse su fina silueta, me sedujo en un instante.

No habiendo descubierto ninguno de los peligros que parecía temer, reemprendió la marcha, empleando las mismas e inútiles precauciones, ya que nosotros dos éramos los únicos noctámbulos en aquella calle desierta. De este modo continuó, interrumpiendo muchas veces su meticulosa marcha antes y después de cruzar esas callejuelas medievales que inundaban el barrio de Saint-Merri, que aún se mantenía intacto. Hoy día, demolido por completo, ya no es más que un cráter abierto, bordeado por unos inmuebles que, acostumbrados a una asfixia secular, se ahogan ante tanto espacio.

La joven paseante se detenía, miraba ansiosamente a su alrededor, y siempre mi imaginación se esforzaba vanamente en llenar el vacío de la calle con terribles pero imposibles amenazas. En aquel claroscuro, la semiobscuridad velaba a la desconocida sin poder ocultármela a la vista. Sus formas eran esbeltas, pero no delgadas. Cada vez que pasaba ante una luz, su sombra renacía, se deslizaba alrededor de ella, y el solo tiempo necesario para que yo pudiera experimentar un breve placer, sus caderas se ensanchaban al proyectarse su sombra en el suelo. Y estos múltiples detalles, bien patentes o vaporosos, reales o imaginarios, que a menudo no se suele volver a encontrar ante una circunstancia idéntica, lo mismo que la suavidad de su armonioso caminar, me acariciaban y ayudaban a afianzar más aún mi encantamiento.

Sus cabellos estaban recogidos sobre su nuca en un pesado y abundante moño. De lejos, no pude reprimir el impulso de soltarlos, y mis dedos se entregaron a ágiles intentos de trenzarlos en el vacío. Su larga falda oscura se hallaba cubierta con un delantal de color claro cuyas cintas se cruzaban sobre sus hombros, descendiendo luego hasta la cintura, que apretaban con un ligero abrazo. La joven tenía ese aspecto anticuado que tienen algunas criadas pueblerinas, alejadas entonces del alcance de la moda. Pero esto no afectaba en nada el atractivo que yo encontraba en ella. Al observar todos estos detalles, al sentir en mi la influencia de sus encantos, gacela a la que nada aparentemente acosaba, el placer del cazador surgió en mí: cogerla viva. En ningún momento llegué a valorar la posibilidad de que solo fuera un anzuelo tendido por el hampa nocturna, a la que mi excesiva curiosidad había acabado por irritar.

Al imaginar de pronto que yo podía estar siguiendo a una ardiente muchacha que acababa de despedirse de su enamorado, un deseo malvado me estremeció: ver surgir el padre autoritario que, temiendo por su hija los efectos de una noche embriagadora, la castigaría y la apartaría para siempre de un rival del que, ya entonces, sentía yo celos. Así ocurre: los amores milagrosos de la adolescencia crecen muy rápidamente; de inmediato echan raíces, tronco y follaje... Pero las lianas y los parásitos se apoderan del mismo modo de ellos.

Cuando hubo cruzado la rue des Lombards, a aquella hora desierta, privada de la habitual concurrencia de prostitutas que se ofrecen y de hombres que van por ellas,

prosiguió decididamente su camino y se dirigió a aquella parte más aireada de la rue Saint-Martin, ensanchada hasta el Sena a finales del pasado siglo. Una vez allí, su conducta se hizo aún más incomprensible para mí. Así como había procurado, hasta entonces, ocultarse y desconfiar de todo, en aquel lugar se exponía deliberadamente a todos los riesgos posibles. Caminaba a la vista de todos, fuera de la acera, a muchos metros de las fachadas y, llegada a la rue de Rivoli, no se detuvo ni siquiera un solo instante, la atravesó lentamente, despreocupándose del peligro real de ser atropellada por un vehículo. Al llegar a la avenida Victoria, disminuyó aún más su paso. Luego, bruscamente, se echó a correr, atravesó el quai de Gesvres y entró en el pont Notre-Dame rozando el parapeto.

Inmediatamente imaginé un acto de desesperación, una zambullida fatal. Corrí rápido hacia ella con el fin de sujetarla antes de que fuese demasiado tarde. Pero al llegar a la mitad del puente se detuvo en seco, y en aquella posición miró fijamente hacia el pont au Change. Estuve a punto de chocar con ella. La joven se volvió rápidamente hacia mí, pero no se atrevió a mirarme. En ese momento me sentí descorazonado como aquel cazador seguro de sí mismo —según la fantasía que yo había elaborado—, y que se encuentra, por su torpeza, descubierto y, a su vez, convertido en la pieza de caza. Embarazoso, confuso, solo pude pronunciar palabras tontas.

Alzando su rostro, la joven me mostró su dulce mirada, y el maravilloso efecto que me produjo me impidió seguir hablando. ¡Sus ojos! ¡Oh, sus ojos!... No me castigó con ninguna malicia irónica. Me miró solamente y, al mismo tiempo que me causaba una profunda y silenciosa sorpresa, dejó generosamente que mi admiración se reflejase en su límpida mirada.

Iba a disculparme y a iniciar una conversación que deseaba con mayor intensidad que nunca, pero la joven no me dio tiempo para hacerlo. Colocando de repente las manos sobre sus orejas, tuvo un sobresalto. Sus ojos se ensombrecieron y reflejaron un violento terror...

A pesar de mi asombro, me volví e hice frente a ese peligro que la desconocida acababa de descubrir. Pero no alcancé a ver ni a entender nada. Contenidas por el quai de Gesvres, las fauces de la rue Saint-Martin, reptil roto e incrustado en la carne apergaminada de la ciudad vieja, permanecían abiertas apaciblemente en aquella noche diluida por el alba.

Miré de nuevo a la desconocida. Ahora aplicaba sus manos a la boca como para modular un grito, pero ya no reflejaba terror en su mirada... y creí leer en ella su agradecimiento como si, durante algún momento, yo la hubiese protegido. Entonces se estableció entre nosotros una extraña y vertiginosa comunión. Sonriéndole, volví a contemplarla, empujado por una necesidad tan intensa de ella, que se vio obligada a bajar la cabeza, sin duda para ocultar esa gran timidez que sienten las jóvenes cuando, creyéndose incapaces de no lograr nunca emocionar a un muchacho, manifiestan un exagerado pudor cuando se les presenta la prueba súbita de lo

contrario.

Empecé a observarla con esa euforia que se siente al obtener un éxito inesperado. Los pómulos, anchos, daban la impresión de que su boca y su mentón fueran más estrechos. Largas pestañas orlaban sus ojos, animados de una intensa transparencia. Sus cabellos, recogidos en aquel moño ya familiar, se escapaban en dispersos mechones rebeldes, uno de los cuales se deslizaba a lo largo de su mejilla, haciéndome tentar aquel gesto que yo no osaba... La luz difusa hacía parecer su piel de color ocre, pero, yo no sé por qué, bajo aquella máscara ardiente y artificial, me la imaginaba pálida y fresca como debe de serlo el alma de la noche. La joven era más fascinante que perfecta; más extraña y misteriosa que bella.

Huyendo de la atracción de su mirada, hábil trampa que me tentaba sin cesar, aprecié más atentamente la finura de su nariz casi infantil y la gracia de su cuello, pivote palpitante de aquel rostro en flor. Le calculé la edad de la primera florescencia, aquellos dieciséis años que mis dieciocho tomaron inmediatamente bajo su protección, sin duda porque la sonrisa parecía ser un don que le había sido negado por la vida.

A pesar de su profunda tristeza, sus rasgos me colmaron con un sordo placer. Pero su vestimenta, debo confesarlo, me desconcertó. ¿Cómo era posible que a la edad en que las jovencitas se creen princesas, esta podía acordar sus gustos con unas ropas tan anticuadas? Aquella falda y aquel delantal, severos ambos, de tosco algodón oscuro, que, ajustados a su cintura, acentuaban la delgadez de su talle, pero ocultaban rodillas y pantorrillas como en una misión formal de decencia. Sus pies estaban descalzos.

Consternado, comprobé hasta qué extremo sus ropas estaban ajadas, pero esto no me hizo alejarme de ella. Al contrario, me acerqué y, ocultando mi asombro, le pregunté qué era lo que la había asustado.

No pareció entenderme y me miró con intensidad. Su cabeza se inclinaba ligeramente a un lado, igual que esos gatos que, no pudiendo comprender nuestros propósitos, esperan otra cosa mucho más tangible que las meras palabras. Tendí mi mano hacia la suya. Ella me la negó. Luego, para hacerme comprender que no debía tocarla, dio unos pasos hacia atrás.

¿Por qué hizo aquel movimiento? ¿Por qué motivos no me respondía? Desilusionado, bajando el tono de mi voz que entristecí a propósito, le pregunté si le desagradaba mi compañía, sabiendo bien que mintiendo diría que sí.

Fue entonces cuando, al estudiar los movimientos precisos de sus labios y el fulgor reavivado de su mirada, comprendí que era muda..., que no era yo el que le había dicho lo que sentía, sino ella, quien, desde el primer momento de nuestro encuentro, me había acogido inmediatamente en el fondo de su corazón, quien me había dirigido luminosas palabras con sus ardientes ojos, pero que yo no había visto en todo ello más que los centelleantes y únicos reflejos de mi propio deseo de ella. Al comprender todo esto, no quise que interpretase mi segunda confusión como compasión por ella. Me volví, y a pesar de mi firme deseo de quedarme, me alejé,

mal aconsejado por mi inexperta adolescencia en actitudes compasivas. Pero de no haber sido por no querer herirla, la hubiera cogido en mis brazos y, abrazándola con todas mis fuerzas, le habría dicho: «¡Ahora que nos hemos conocido, seré yo quien hable por ti...!».

Me marché involuntariamente.

Inmediatamente vino ella a mi lado, caminando junto a mí, y una borrasca de alegría hizo vacilar el ritmo de mi corazón.

Pero no me atrevía a tocarla.

Cuando nos disponíamos a atravesar el quai de Gesvres, se acercó más a mí. Vi que temblaba, como si se hubiese apoderado de su cuerpo una fiebre repentina. Dándome cuenta que su inexplicable miedo volvía a apoderarse de ella, empecé a hacer gestos de aspecto belicoso con el fin de demostrarle que estando presente nadie se atrevería a asustarla. La joven se calmó, y al observar en su mirada una imperceptible señal de agradecimiento, entendí con cuánta facilidad sabía ya comprenderla. Le respondí a su modo, con una suave caída de párpados. De esta forma intercambiamos un nuevo acuerdo.

Sin embargo, apenas llegamos a la parte estrecha de la rue Saint-Martin, la joven volvió otra vez a pegarse a las fachadas mientras caminaba, y deteniéndose en los mismos lugares que antes, demostró aquellos temores que su mirada se esforzaba en hacerme compartir. Luego, pensando que había llegado el momento favorable, reemprendió de prisa la marcha invitándome a seguirla con un gesto imperativo. Y cuando no podía yo caminar tan de prisa, me daba cuenta cómo mi despreocupación le producía una brutal consternación.

Nos cruzamos con un noctámbulo que no se fijó ni siquiera en mi compañera. Pero, sin embargo, se dedicó a observarme con un invisible estupor. No le di ninguna importancia a este encuentro. Pese a que, más adelante, en ciertos momentos en que mi espíritu se hallaba perplejo, aquel encuentro me venía a la mente como un testimonio que quería imponerse por sí mismo.

Cuando llegamos a la rue Maubée, la desconocida se detuvo, y con una simple inclinación de cabeza, me indicó que había llegado a su destino y que debíamos separarnos.

Profundamente apenado, pensando que jamás volvería a verla, sentí una especie de escalofrío en mis hombros. Fue como si, habiéndome cubierto con el suave armiño del amor, ella me lo quitase de repente, dejándome totalmente desnudo, sin tener siquiera el consuelo de conocer su nombre. Pero uno de los muros cercanos, mejor iluminado, me sugirió el medio de descubrirlo. Recogiendo una piedra puntiaguda del suelo, escribí el mío en el yeso poroso y sucio...

Ella lo leyó..., me miró profundamente..., dudó; luego, recogiendo también una piedra, grabó el suyo haciendo un esfuerzo, escribiendo torpes letras de colegiala,

generosas en curvas temblorosas. Yo las descifraba a medida que iba escribiéndolas como embrujado por el hilo de un viejo encaje, destinado a unirnos definitivamente el uno al otro:



Y después de una breve pero expresiva mirada que me revelo su alegría, la joven me abandonó sin el menor ruido.

Permanecí mucho tiempo en aquel sitio, sin moverme, como si ella acabara de llevarse mi vida.

El alba acabó por diluir la noche.

Al llegar a casa, me puse a analizar la historia de mi amor, y, queriendo conservar hasta el más mínimo detalle del mismo, decidí encerrarme en mi habitación. Con el fin de aislarme de la existencia banal de cada día, extendí los visillos, cerré las ventanas y corrí las cortinas con esa prisa que suele emplearse cuando se quiere impedir la huida de algo muy valioso.

Cuando hube reconquistado un trozo puro de aquella noche generosa que me había hecho saborear el más vivificante de los alimentos que pueda exigir un alma juvenil carente de ternura, me eché completamente vestido en mi cama, y, cogiendo mi almohada, la apreté con fuerza. Luego la abracé con dulzura, como si ella fuese realmente mi conquista finalmente complaciente... ¡ El calor de mis labios ávidos comunicándose a la tela hizo que insensiblemente yo sintiera la ilusión de una verdadera y palpitante presencia. Pronto estuve riéndome a carcajadas con Delfina. Y su risa, que incluso de haber estado ella presente no habría conseguido hacer vibrar, la inventé y la recibí como si fuera realmente la suya.

Así me la imaginé, amorosa tal como yo la anhelaba. Acunado por su amor fluyente y refluente, me quedé dormido bajo sus besos. Aquel sueño me resultaba imprescindible como a un niño mimado...

Al despertarme al día siguiente, me encontré dominado por una inquietud hostil. Después de haberme embriagado, el amor se había convertido en veneno. La imagen de Delfina se impulso súbitamente exagerada en su dolorosa realidad. Solo entonces comprendí cuan triste estaba ella. Me la imaginé cuando caminaba —su «fuga»,



pensé yo entonces—, obligada a rozar las paredes con el fin de no ser descubierta por aquel «algo» que la amenazaba. Recordé sus numerosas paradas, sus prolongados momentos de inquieto acecho y traté de explicarme aquel espanto que ella había sentido cuando se hallaba sobre el puente.

¡Delfina perseguida, acosada!... Delfina, princesa metamorfoseada en moza rústica, a la cual yo otorgaba al mismo tiempo pobreza y belleza hasta lo imposible... ¡Delfina desgraciada! ¡Y pensar que yo, por experimentar celos injustificados, le había atribuido un padre abusivo!... De repente la imaginé con padres brutales, abofeteándola por su primera sonrisa, aquella que ella me dedicaba y que acababa torpemente de dejar escapar, pecado visible de su nuevo gozo.

Entonces me levanté, y maldiciéndome por no haberla alejado de un martirio seguro, juré defenderla.

Había que salvar a Delfina... ¿Podía existir una misión más anhelada para mí?

Regresé inmediatamente al lugar donde nos habíamos despedido y apenas divisé a lo lejos la entrada de aquella calle angosta, asfixiada entre los flancos descabreados de sus edificios desigualmente panzudos, sentí una sorda opresión... Contaminada por un barrio gangrenado, aquella calle debía, con su descabreo, herir el orgullo de la Villa de París. Asimismo temí que, al juzgarla como una calle vergonzosa, la destruyeran ante mis ojos y a Delfina con ella. Desconcertante premonición que en este instante recuerdo, una más entre otras, justas o falsas, que yo debía sentir a continuación en aquel lento desgarramiento de mi propia persona.

Penetré en aquella callejuela con tanta necesidad de provocar el milagro anhelado que murmuré una larga y fervorosa oración compuesta únicamente con el nombre de Delfina. Y esta humilde petición levantó una invisible pero ardiente hilera de cirios tan luminosos como las secretas pero radiantes palabras que ella había pronunciado.

Mi presentimiento tenía motivos para ser verdadero. Como con tantas otras callejuelas viejas de aquel barrio, un mandamiento judicial de destrucción había sido promulgado. Desprovista de sus habitantes, la sorprendí en ropas mortuorias. Con el bastón de mando en la mano, los verdugos debían llegar de un momento a otro para destruirla, ladrillo por ladrillo.

Ante este pensamiento, ello fue como si me arrancaran a Delfina, única víctima posible, y fuesen a mortificarla, esta vez en público, permaneciendo yo allí impotente. Corrí inmediatamente hacia el edificio adonde ella se había dirigido al separarse de mí. Encontré un pasillo sombrío. Un olor ácido de suciedad me sofocó, y su tufo de muerte en potencia me forzó a acelerar mi búsqueda. Recorrí todos los pisos. Empujé obedientes puertas que, sin pudor, exponían a mi vista miserables habitaciones desnudas: cubiles de muros roídos dejando ver con complacencia sus llagas íntimas, como hacen algunos leprosos resignados. Y mi espíritu, alejándose de mi cuerpo, visitaba los lugares más herméticos a mis miradas. Todo mi ser se

encontraba en desorden. Impulsado por ilusorias señales de vida que me atraían constantemente, yo obedecía, y, cada vez, mi decepción valoraba la amplitud de una pérdida irreparable. Solo quedaba la única realidad de aquellos lugares, los crujidos de los vidrios rotos y los trozos de yeso caídos al suelo.

Después de haber inspeccionado todos los rincones, subí al techo. Allí quedé deslumbrado por un sol agresivo cuya exuberancia no reconocí. Escruté en la sombra de las chimeneas con la ilusión de encontrar allí a Delfina, pequeño animalito amenazado, acurrucado en uno de estos últimos refugios. Pero ella no se había escondido allí..., ni nadie que me hubiera consolado hablándome simplemente de ella. Así, por primera vez, debía aceptar su pérdida. Permanecí inmóvil, desesperado, cuando de pronto la voz de un hombre lanzó bruscamente su ironía en mi silencio.

«No hay nada interesante en este lugar —dijo, en tono burlón—, y aunque esta mugrienta casa sea de un bello estilo, ya no tiene ningún valor...».

Me di vuelta, sobresaltado.

El hombre que apercibí entonces reía sin que su risa esbozase sobre su rostro la menor muestra de alegría. Su risa era lisa y fría. Incluso el aspecto irrisorio de su busto rígido que surgía por una claraboya del techo, y parecía de una marioneta, no produjo ningún efecto en mí. Estaba yo muy lejos de sospechar el papel que iba a representar en mi vida. A menudo se es ciego delante de nuestros más importantes socios... Demostrando gran agilidad, el desconocido tomó pie sobre el tejado y me dio la impresión de sorprender a un personaje pintado demostrando una repentina infidelidad a su cuadro. Impresión que permanecía en el ambiente de este singular encuentro... Después de haberse quitado rápidamente el polvo de los codos y de las rodillas, se acercó a mí. Entonces mi atolondramiento, cobarde cómplice que me había impulsado a llegar hasta allí, en los bienes pertenecientes a otro, me abandonó. Volví a la realidad de las circunstancias y me dispuse a esperar una justa reprimenda. Pero, en contra de lo que yo esperaba, el hombre me tendió una mano cordial, y cogiendo la mía, me sacó de un sonambulismo despierto. «Me llamo Baucaire», dijo presentándose a sí mismo, en un tono refinado, como si estuviera recibéndome en un salón palaciego. Su seguridad en sí mismo vino a aumentar más aún mi confusión.

Era inexpresivo su rostro, profunda la mirada, sombría la vestimenta y negra su cabellera. Al contemplarlo, me vino a la mente la imagen de un rapaz enflaquecido por cuarenta años de avaricia insatisfecha. Sin embargo, a pesar de estas primeras impresiones que me aconsejaban desconfiar de él, presté generosidad y comprensión a este desconcertante personaje. Su desenvoltura me hizo pensar en que tenía que ser una persona influyente en aquellos lugares. La casa debía de ser suya y, quizá, toda la calle.

Angustiado por saber, le atribuí todos los poderes, empezando, desde luego, por aquel de decirme dónde podía encontrar a Delfina y quién era ella. Pero pronto perdió

todo su prestigio al decirme su simple condición de contable en un almacén de textiles al por mayor en el barrio de Sentier, muy cercano de allí. No fui un incauto ante esta modestia forzada, dándome cuenta que en realidad él se consideraba mucho más importante. Asimismo, la vulgaridad de su modo de hablar como también su facultad de seducción, me disgustaron.

Sacando varios planos de uno de sus bolsillos, me enseñó unos esbozos de proyectos arquitecturales hechos por él y destinados, según me dijo con suficiencia, a ilustrar el libro que estaba preparando sobre el Viejo París a punto de demoler. Me descubrió la riqueza de otras viejas calles, las del Marais, por ejemplo. Luego, pasando del entusiasmo al desprecio, me habló de la miseria de aquella en la que nos encontrábamos y que era mi amiga. Glorificó los dorados de las demás, que me eran indiferentes, y denigraba el tugurio bastardo de esta que yo amaba. Mientras escuchaba sus razonamientos, yo despreciaba, a mi vez, todas las demás calles y ennoblecía esta, lamentando que Delfina no pudiera aparecer de repente, para desmentir siquiera sobre un punto a este falso entendido. Pero me abstuve de brindarle ayuda, dado el partido que tomaba aquel hombre en contra de «nuestra» calle, lo que me hacía temer que de igual modo juzgaría mi conquista, despojándomela de todo valor.

Cuando nos despedimos, me entregó su tarjeta personal. Me invitó a ir a visitarle a su casa. Tenía mucho interés en ofrecirme una de sus obras, sobre las que había hablado mucho. A decir verdad, me encontraba simpático y quizá inteligente, sin duda porque mi silencio le había permitido presumir de persona erudita.

Al bajar las escaleras, no pensaba en lo extraño de nuestro encuentro. Incluso bien pronto olvidé al señor Baucaire. Ya en la calle, me sentí de nuevo enteramente poseído por Delfina, y, acordándome de nuestro pacto de alianza muda, me dirigí hacia la fachada de la casa que fue testigo de la misma. Pero una vez allí, justo en el lugar donde escribimos nuestros nombres, un obrero acababa de hacer un boquete a grandes golpes de pico para colocar el sujetador de un andamio... Nuestros dos nombres no eran ya más que yeso cubierto de polvo.

Aquella misma tarde, mucho antes de que la noche se desplegara en el cielo, esperaba yo a Delfina sentado detrás de los cristales del café que se hallaba enfrente de su calle. Observaba con tanta atención que los ángulos agudos de los dos inmuebles de entrada se grabaron en mis ojos. Se superponían estos en el cristal de mi vaso cuando al dirigir mi mirada allí lo cogía para beber sin sed un pequeño sorbo de bebida que iba reduciendo cada vez más como si mi agotamiento total debiese significar mi marcha y el final de mis esperanzas.

A medianoche, el dueño del café me echó. Luego apagó las luces de su establecimiento, privando a la calle de aquella iluminación que llegaba hasta la acera de enfrente. La obscuridad se hizo más patente. El silencio se espesaba al fin. Mi

corazón comenzó a latir rápidamente y ya no tuve el suficiente sosiego como para moderar mi impaciencia. De pronto me di cuenta que el tiempo corría demasiado rápidamente. Entonces temí que el alba, al acercarse y borrar la noche, borrara también a Delfina.

La primera hora la pasé acurrucado en el portal de una puerta, preso de un atroz desaliento. La segunda. Dios escuchó mis súplicas. Mucho antes de la tercera, el diablo hubiera podido, sin necesidad de insistir, cambiar mi alma por un encuentro con Delfina, por un solo encuentro, por muy breve que hubiera sido.

Finalmente, un pajarillo valiente le silbó a la noche agonizante. Mis párpados me pesaban, marcando un insoportable segundo de angustia. Y ella salió de la callejuela muerta... Delfina había venido, y todo en mí se tranquilizó. Era como si yo no hubiera jamás padecido durante aquella angustiosa espera. Unas lágrimas, miel de mi alegría, brotaron inmediatamente de mis ojos y perfumaron mis mejillas. Delfina había aparecido y los milagros empezaban a florecer.

Pero pronto una viva decepción arañó mi corazón: Delfina no se detuvo para buscar mi presencia con la misma avidez que yo lo hiciera. Reemprendió su mismo caminar ansioso, mostrándose solamente fiel a la rue Saint-Martin.

Tan desgraciado como un animal azotado de esperanzas rechazadas, la seguí a distancia, y comprendí de qué forma sufren las bestias hambrientas de aquella ternura que le es rechazada porque se supone que no serán capaces de paladear su sabor. Cuando recuperé mi valor, la alcancé y me puse enfrente de ella. Sorprendida, Delfina se paró llevándose las manos a la garganta. Luego, con un gesto rápido, me ordenó esconderme con ella en el portal de la iglesia de Saint-Merri, delante de la cual nos encontrábamos.

¿Qué podía favorecerme más? Puesto que el juego del amor y el de Delfina así lo querían, me refugié allí, muy junto a ella, demostrándole un perfecto estremecimiento de temor. Y, como me contemplaba tan tiernamente como yo a ella, desgrané suavemente las tres sílabas de su nombre: *Del-fi-na*. Lo hice con tanto cariño que leyó en mis labios tres otros sonos mucho más radiantes. Dije *Del-fi-na*, y, dichosa pero sin la menor sonrisa, me mostró que entendía *Te-que-ro*...

Jamás tuve que bendecir con tanto entusiasmo la característica de un nombre que podía interpretarse con tan bello significado. Luego quise preguntarle sobre estos extremos que tanto me inquietaban el corazón. Desgraciadamente, bien pronto comprendí que había sobrevalorado mi nueva ciencia. Mis gestos la despistaban y mis señales hacia la calzada despertaban cada vez el terror en su mirada. Para calmarla y que pudiese superar aquellos temores imaginarios, traté, creyéndome hábil juglar, de dar a mis tres únicas sílabas mucho más sentido del que podían demostrar, lamentando que Delfina no pudiera comprender otras palabras mucho más maravillosas... Volvía sin cesar a los tres sonos mágicos, tratando a veces de darles el sentido de *por-siem-pre*, y ello diciéndole simplemente: *Del-fi-na*. Entonces, al ver brillar su mirada al pronunciar yo esta palabra, me sentí un experto artesano tallando

con la herramienta más rudimentaria, faceta por faceta, un diamante en bruto. De esta forma conseguí poco a poco hacer irradiar su sol interior. Y aquella noche, me ingenié de modo que, dándole el placer de mi compañía, Delfina no se marchase lejos.

El alba estuvo a punto de sorprendernos. Apercibiéndola de repente, Delfina se puso muy nerviosa y partió tan rápidamente que a duras penas pude alcanzarla. Solo se volvió cuando estuvo a punto de desaparecer en su calle, enviándome un beso del fondo de su corazón, el primero, que yo recibí gozosamente en los labios... El haber conseguido por fin una prenda de amor suya me contuvo, pues de lo contrario, a riesgo de traicionar la confianza que se debe al amor, la habría seguido mucho más lejos en su secreto.

Por la tarde, me dirigí a la rue Maubée con el fin de no impacientarme. Erré en su agrio día pensando en la noche futura, aún tan lejana, esforzándome de sorprender una traición de la presencia de Delfina. Pero todo seguía apagado y muerto. Una vez más la busqué y una vez más encontré al señor Baucaire. Apenas me vio, me mostró sus dibujos: «¿Nada valioso, verdad?», me gritó al verme.

Su frase me hirió, pero me mostré amable con él, ya que, al dignarse eliminar los enjutos restos de aquella calle, él le reconocía tácitamente cierto valor. Entonces me fijé en su sobria elegancia que la víspera, en el tejado, me pasó inadvertida, dejándome seducir, lo que sin embargo me había prometido a mí mismo de no aceptarlo jamás.

Al verme tan feliz, me dirigió un cordial saludo, deseando conocer la razón de tanta felicidad por mi parte. El hecho de que quisiera escucharme precisamente en un momento en que yo sentía la necesidad de confiarme a alguien, hizo que me resultara agradable. De modo que, no ocultando por más tiempo mi dicha, le confesé con ardor la existencia de Delfina y mi amor por ella. Le hablé de Delfina y de sus motitas rojizas que revoloteaban en sus ojos azules. Le hablé también de su invisible sonrisa, solamente comparable a los reflejos del oro y las piedras preciosas que adornan el interior inaccesible de los mausoleos inviolables. Seguí habiéndole de ella, y, a medida que le contaba tantas cosas, la mirada del señor Baucaire se hacía cómplice. Quizá Delfina no fuese una desconocida para él, y si él me dejaba hablar de ella sin interrumpirme, era solamente por enterarse de lo que ignoraba de la misma. Yo no sé hasta qué punto los adultos pueden envidiar la suerte de la juventud y sus fáciles conquistas.

Confuso, empecé por calmar la intensidad de mi admiración. Luego disminuí ciertos rasgos que anteriormente había coloreado en demasía. Finalmente, oculté a Delfina tras un velo de banalidades y la encerré en un cofre hermético a la avidez del señor Baucaire. A bocajarro le pregunté súbitamente si la conocía. Mi pregunta le hizo casi sobresaltarse. «¿Conocerla yo? —dijo secamente—. En absoluto». Y

girando rápidamente sobre sus talones, el señor Baucaire se marchó inmediatamente.

Extrañado al principio por el tono de su respuesta, no tardé mucho tiempo en comprender que el señor Baucaire mentía. Sin duda alguna él conocía a Delfina, aquella linda muchacha que en vano buscaba yo de día. Traté de darle alcance, pero había desaparecido.

El hecho de que Baucaire compartiese conmigo el conocimiento de Delfina no me hacía menos preciosa a esta última, pero el que me la hubiese hecho describir hasta aquel extremo, forzándome a un acto deshonesto hacia una muda confianza, me agobió. Todo lo que yo le había dicho era la verdad, pero eso pertenecía a ella y a mí únicamente. Me sentía culpable como si, habiéndome convertido en su amante, hubiese entregado, con complacencia, al primer extraño hasta sus más íntimas quejas amorosas... La adolescencia es así, dotada de una pureza que amenaza incesantemente las fiebres adultas. Sin embargo, yo no sentía ninguno de los tormentos de los celos. Para experimentar ese sentimiento me hacía falta una prueba de la que, por lo demás, no vislumbraba ni su posibilidad: el señor Baucaire seduciendo a Delfina... Hacía falta tener mucha sensibilidad para conseguirlo, y él no la tenía... Amar el silencio, cosa que él detestaba.

Un viento tenaz de amor barriendo mi cielo era suficiente para eliminar la menor nube, y si persistía, yo la ignoraba hasta el punto de no verla. Así pensaba yo de Baucaire, y, de nuevo, mi alegría inundó los grandes espacios azules. Entonces, para que Delfina no pudiera escapárseme, decidí marcarla con un signo visible de posesión: un ligero vestido de color rojo ardiente que podría verse desde cualquier lugar del mundo; una bata de seda púrpura que, aferrándose inmediatamente a mi mirada, me arrastraría detrás de ella con la facilidad de una ágil llama.

Los escaparates me llamaban. No tenía más remedio que hacerles caso, ya que debía tener el honor de vestir a Delfina. Solo mi juventud, tan valiente en sus deseos, se mostró torpe y bien tímida cuando al encontrar el rojo más bello capaz de atravesar la más espesa de las noches, doblé el difícil cabo representado por la puerta de la tienda de ropas femeninas. Me pareció que iba a inmiscuirme en un juego de muchachas estrictamente prohibido a los jóvenes, y que, hiriendo mi orgullo, iban a rogarme que saliera inmediatamente después de haberme arrancado la promesa de no volver a entrar en la tienda. Sin embargo, y por el contrario, acogieron mi visita y mi deseo sin mostrar la menor sorpresa. Yo no sabía aún que, sin el hombre, aquel juego no tendría ninguna razón de ser.

Señalé al vestido que deseaba, de corte perfecto, descotado y corto, exactamente lo que necesitaba. Me lo trajeron y esta fácil conquista me inundó de un placer hasta aquel momento desconocido para mí. No me atreví a tocar inmediatamente la tela. Fue necesario que la vendedora me invitase a ello. Entonces lo hice con tanto pudor como dulzura. Al primer contacto con la tela, me estremecí como si hubiese tocado a

Delfina en su carne...

Debo decir con cuánta prisa entré en mi casa y cerré con llave la puerta de mi habitación, como si se tratase de un rapto. ¡Delfina estaba en mis manos! Con temblores de fervor, desplegué la ropa de ardiente fuego a la mirada, tan dulce al tacto, y la extendí sobre mi cama como si fuera un cuerpo ágil y complaciente. Acaricié el vestido y me estremecí. Mis manos redujeron su talle al de un esbelto manojo de rosas, desprovisto de espinas. Caí de rodillas ante la forma de Delfina, al fin dócil, y abracé hasta saciarme aquella piel de seda. Le murmuré una oración reservada a nosotros dos: la elegía de todo lo que tenía que decirle y que jamás lograría hacerle escuchar. Luego, me acosté junto a ella.

Aquella noche, frente a su calle, la impaciencia por ofrecerle el vestido rojo que yo calentaba contra mi pecho hizo aún más angustiosa mi espera. Sin embargo, de haber permanecido tranquilo, habría podido al fin preguntarme con lucidez sobre la anormal y breve vida nocturna de Delfina. Pero hoy día reconozco que el amor, si no nos ahorra las más ínfimas confusiones, se abstiene algunas veces de sugerirnos las peores. Apoyado en el muro donde habíamos escrito nuestros nombres en juramento de fidelidad, no pensé siquiera en su desaparición. Ahora sabía que estaban grabados en nuestros corazones, allí donde ningún pico podría destruirlos, a menos que nos destruyesen a nosotros mismos.

Finalmente, de modo confuso, la calle muerta, fuente de silencio, me atrajo por ese violento silencio que yo conocía bien puesto que era el de Delfina. Avancé, inmediatamente cogido, absorbido por la felicidad que, de repente, surgió de la penumbra.

Delfina me vio en el acto, pero, al verme tan cerca, hizo un pequeño retroceso. Temiendo que se marchara, contuve el impulso que me lanzaba hacia ella. Entonces, penetrando con su mirada dentro de mí mismo, sus ojos me calmaron, y cien años habrían podido pasar junto a mí sin que yo los sintiera, para a continuación resurgir de entre ellos, muertos, mis dieciocho años perfumados por la admiración que sentía hacia Delfina, mi sortilegio.

No tuve tiempo de entregarle mi regalo. Recobrando su temor, segura de mi fidelidad, Delfina me condujo detrás de ella, en su extraño caminar, y, según su costumbre ya tan familiar para mí, hizo una primera parada a algunos metros de la rue Maubée. Una vez más traté de adivinar cuál era la amenaza que ella temía, y, no pudiendo distinguir nada, como siempre, decidí liberarla de aquel espanto. Pero, adivinando mis pensamientos, Delfina se volvió y, poniendo un dedo en sus labios, me previno de hacerlo. Esta vez, no teniendo en cuenta sus temores, fui decididamente hasta el centro de la calzada y atravesé sin inconvenientes el invisible peligro. Una vez hecho esto sin la menor ironía, me incliné hacia ella ofreciéndole esta fácil victoria sobre un adversario tan temible.

Cuando volví a mirarla de nuevo, me di cuenta hasta qué punto había sufrido por mí. Con las manos adosadas a sus mejillas, Delfina lloraba en su mundo silencioso, como si hubiera estado a punto de perderme para siempre. Emocionado, teniendo en mis manos la más tangible de las pruebas de amor, volví precipitadamente hacia ella y me contuve de arrodillarme y besar sus pies, como lo exigía antaño una bárbara costumbre, prueba indefectible de sumisión. Si me lo hubiese pedido, me habría despojado del sol, igual que de la palabra o de mi propia vida, ya que en un instante, Delfina se había convertido en Todo para mí.

Entonces observé algo que creía imposible: vi que Delfina sonreía, y descubrí que hasta entonces yo no había sabido nunca verdaderamente lo que era una sonrisa. Solo creía saberlo. La sonrisa de Delfina era el detalle más precioso que poseía. Aunque hubiera estado triste, aquella sonrisa iluminaría hasta mi último segundo de vida humana.

Pero, al acercarme para admirar mejor aquella sonrisa, la apagué a pesar mío. Comprendiendo la ofensa que ella temía, bajé la cabeza y, para hacerme perdonar, pensé en el vestido que le había comprado. Arranqué el papel que lo envolvía, extendí el vestido y lo dirigí a la luz más cercana. La seda tuvo un brusco reflejo de llama encarnada semimuerta, lo que, quizá, me hizo pasar por el diablo desplegando su potencia astuta y tornasolada.

Delfina no demostró la sorpresa que yo esperaba. Su mirada, ausente de la ropa, me dio a entender que yo era el único regalo que ella deseaba.

Cuando el alba ya se insinuaba, Delfina regresó a la entrada de su calle. Una vez allí, y por primera vez, pareció fijarse en los descarnados edificios. Me lo indicó con tal gesto de resignación que, para consolarla, volví a ofrecerle por segunda vez el vestido, como algo de un valor eterno. Lo observó con inquietud, pero no se quedó con él, no quiso aceptarlo. ¿Acaso observé en aquel gesto que temía aceptarlo? Ya no me acuerdo de ello. ¡Oh, si lo hubiera sabido!

Luego se alejó de mí, apartándose un poco, como a disgusto. La calle desierta me la quitó lentamente. Me fijé en la puerta que la acogía, luego ya no la vi más. Deseando seguir a su lado, me dirigí hacia aquella puerta. Entré, y en la obscuridad, la llamé desesperadamente. ¿Pero cómo iba ella a poder responderme si era muda? Deposité el vestido en algo que parecía un nicho. Cuando salí a la calle, me tambaleé bajo el efecto de un brusco pesar.

Me acosté apesadumbrado por sentimientos confusos y me dormí de inmediato para despertarme por la noche, ya que mi amor por Delfina me había desposado con las tinieblas. No quise moverme, ni siquiera respirar, como si, habiéndome construido pacientemente sobre el cuerpo el vertiginoso castillo de cartas de todas mis esperanzas, temiese que el menor de mis impulsos para consolidarlo aún más no lo



destruyese para siempre. Y la angustia, cómplice de coyunturas amenazadoras, sumergió mi espíritu...

Finalmente, después de levantarme me dirigí a la ventana, para observar el río de la noche. Sus aguas me parecieron tan atormentadas, como removidas por un invisible vidueño, que me vestí y me dirigí a toda prisa a la rue Saint-Martin con el fin de eliminar el terrible peligro que según mis presentimientos amenazaba a Delfina.

Apenas apercibí la entrada de la rue Maubée, me paré en seco, dominado por la emoción... Una alta empalizada la bloqueaba, poniendo un muro de madera ante la libertad de Delfina.

Entonces pensé en el otro extremo de la calle. Si Delfina no podía salir por aquí, iría forzosamente al otro lado. Asimismo, temiendo perderla por culpa de mis vacilaciones, eché a correr, le di la vuelta a todo el barrio, y, casi sin aliento, me encontré ante otro obstáculo, tan implacable como el anterior. Precipitándome sobre él, me puse a darle fuertes golpes con los hombros, hasta que empecé a sentir un fuerte dolor en todos mis músculos. El obstáculo resistía. Encontré un intersticio. Mis dedos se deslizaron por él, crujieron con rabia. Tiré con todas mis fuerzas y, desplazando unos clavos mohosos, conseguí finalmente arrancar una de las planchas de madera. Me deslicé entonces por el estrecho pasaje, desgarrando mi ropa. Con mis gritos llamando a Delfina rompí el silencio de aquella calle prisionera, sin comprender que eran estériles. Mis pies tropezaron con unas herramientas que habían dejado abandonadas en el suelo. Caminé sorteando toda clase de obstáculos, pisoteando trozos de vidrios de botellas rotas, pero, preocupado por la suerte de aquella a la que amaba, no pensé inmediatamente en la destrucción de la rue Maubée.

Al llegar al inmueble de Delfina, entré en él. Las vigas que habían caído del techo llenaban los pasillos, oponiéndose a mi paso. Me puse a gritar, pero inmediatamente el silencio hostil apagó mis gritos. Me puse a llorar y mis lágrimas se trenzaron con mi voz. Entonces esas lágrimas, mojando las plumas de los grandes pájaros que eran mis llamadas, hicieron que estos fuesen incapaces de echar a volar desde mis labios... Delfina no podía oírme, y esto hizo que me sintiera derrotado a muerte. Me coloqué delante de aquella puerta de todas mis esperanzas, convertida —lo sentía en lo más profundo de mí— en la de mi desesperanza. El suelo me acogió con dureza. ¿Dónde estaban las dulces huellas dejadas por los pies desnudos de Delfina?

El alba me sorprendió allí, envuelto en un profundo sopor con la cabeza sobre la acera, las mejillas mojadas por las lágrimas, la mirada fija como la de una bestia que ha perdido su amo, pero que permanece fiel a él en su vana espera. Y aquel alba que, cada mañana, yo había asociado a la tristeza de nuestra separación, creyéndola siempre compasiva, me demostró que ella solo era el impasible germen del día anunciando sin piedad el final de mis sueños... Entonces me fue desvelada la

verdadera realidad de la calle Maubée, ruina naciente ya sangrada en vida. Con los alerones arrancados, los techos yacían en el suelo, torcidos. Los pisos superiores habían sido desmantelados. Se sentía una prisa de acabar cuanto antes, de desarraigarla y de olvidarla para siempre.

¿Delfina? ¿Dónde se habría marchado al verse expulsada...? Me levanté, pero, semejante a un mendigo al que ahora me parecía, no pude hacerlo completamente. Con la espalda pegada al muro, no podía siquiera moverme.

A las ocho, las empalizadas fueron levantadas por unos obreros que, riendo y hablando en voz alta, entraron en la martirizada calle. Eran los obreros que iban a demolerla. Uno de ellos me vio. Inmediatamente se acercó a mí haciendo grandes gestos. Creo que me trató de loco indicándome hacia una gran piedra que había quedado en equilibrio en el reborde de una ventana justamente encima de mí. Luego me gritó que si quería suicidarme solo tenía que quedarme donde estaba.

Miré hacia la piedra y anhelé con fervor su caída.

Los obreros me obligaron a abandonar aquel sitio. No quise ceder. Entonces me insultaron, sin saber que insultaban a un amor martirizado; me cogieron brutalmente, sin saber tampoco que había que cogerme con delicadeza como un cuerpo herido. Opuse resistencia, pero aquellos hombres que estaban acostumbrados a derribar las murallas más rebeldes, supieron manejar sin esforzarse mis débiles fuerzas de adolescente. Me arrastraron hasta la rue de Saint-Martin donde me abandonaron, tirado entre dos camiones que habían venido a cargar los escombros de la demolida calle. Pronto se formó alrededor de mí un grupo de curiosos y unas ramera se inclinaron sobre mi cuerpo. Al ver aquellos rostros embadurnados de polvo como la mentira, volví a sentirme dominado por las pesadillas. Luego oí a una de ellas: «A esta edad solo puede tratarse de un gamberro...».

Me levanté y me fui. Titubeando de vergüenza tanto como de pesar, comencé a andar como un borracho, aunque estaba embriagado de una especie atroz de borrachera. Para reconfortarme un poco, me dirigí al café de enfrente. Era el café de mis felices esperas, por lo que no me atreví a entrar en él. Volví a marcharme. La gente me siguió, esperando ver una graciosa exhibición de borracho incapaz de aguantar el alcohol ingerido, cuando en realidad era la desesperación lo que yo no podía soportar...

Llegada la noche, regresé a la rue Saint-Martin. Reinaba el silencio, lo preciso para el milagro apetecido. Pero, por superstición, temiendo que implorándola yo la contrariaría, no la deseé. Me limité solamente a apoyar mi frente, luego mis labios, contra la madera de la empalizada. Allí estaba, vencido, desecho de mí mismo. Besé amargamente el obstáculo rugoso como si Delfina se encontrase detrás de él, y como si, de los dos, fuese yo el prisionero, y ella mi visitante provista de toda la inmensa libertad sin límite de la rue Maubée.

Luego, comprendiendo que ningún milagro podía ya producirse, me alejé sin volver la vista atrás y rehice, el camino de Delfina hasta el puente de Notre-Dame, rozando las fechadas tal como ella lo hacía, imaginando que la seguía, invisible delante de mí. Mucho me habría agradado haberme acordado de otros detalles de ella: aquellos temores que yo quería entonces sentir dentro de mí mismo. Por eso hice un esfuerzo, traté de experimentarlos, pero solo la pena nacía en mí: aquel dolor que la felicidad teme.

Queriendo evadirme de mi pesar, soñé con tanta necesidad que me sorprendió sobre el puente de Notre-Dame otra alba repentina, descubriendo el río que se deslizaba bajo mis pies. Fue entonces cuando el señor Baucaire me vino a la memoria. Solo él podía ayudarme. ¿Acaso no poseía el duplicado de la llave que yo había perdido?

Inmediatamente me dirigí a su casa. Vivía en la rue de Vaugirard, en aquel lejano distrito decimoquinto sin carácter, en el tercer piso de un edificio vulgar y corriente. Toqué el timbre con impaciencia. Primero brevemente, luego sin soltar el pulsador. Como no oía ningún ruido, temí que ya no viviera allí, y que, perdiéndole a él, perdía a Delfina definitivamente. Entonces me di cuenta en qué medida aquel hombre a quien yo consideraba equívoco se me había convertido en algo precioso e indispensable. Al fin escuché un ruido de pasos. El pomo de la puerta giró; y al entreabrirse, me dejó ver al señor Baucaire en pijama, y con un aspecto sumamente desconfiado y de un humor desagradable. Al reconocermelo, no tuvo aquel impulso que yo esperaba cándidamente de él. Por el contrario, creí comprender que, no solo mi visita le sorprendía, sino que incluso le molestaba. Dudó antes de permitirme pasar, pero no me ofreció la acogida de su salón recibidor. ¿Por qué dirigió él la cabeza varias veces en aquella dirección? ¿Por qué miraba yo también hacia allí?

Entonces observé, echadas sobre un sillón, las anticuadas ropas de Delfina. La impresión que recibí fue tal, que, para huir de un insoportable dolor, retrocedí y salí corriendo enloquecido.

Mi confusión no me abandonó hasta que llegué al pasillo de entrada del inmueble donde mis sollozos me detuvieron. Me pegué contra uno de los muros sucios y quedé, brazos abiertos, como para ser crucificado allí en el acto. Y así fue... Sintiendo en mi carne aquellos agudos dolores que me daban la sensación de ser clavado vivo, apretando contra el muro mi rostro igualmente perforado por mis lágrimas, la imagen de Delfina, desnuda, sucia, penetraba de esta forma en mi carne. «¿Por qué, Delfina? —suplicaba yo—. ¿Por qué?...».

¡Delfina se había burlado de mí! Delfina despreciable, disponible para el primero que llegase, pero negándose a mí que, en un impulso de cariño, le había ofrecido mi amor joven y puro, y sus frutos, reservados para todos nuestros deseos. Sufriendo peor dolor que si se hubiera perdido realmente, volvía incesantemente a ver sus ropas deshechas y, sin cesar también, sentía otro atroz recuerdo: Baucaire apretándola entre sus brazos... ocultándola en su casa, al lado de él, quizá dichosa durante dos

noches... dos días, mientras que durante ese mismo tiempo a mí su desaparición me torturaba. Bruscamente, para apagar mi sed de odio, bebí de un trago el ácido brebaje de los celos. Todo tenía una explicación: yo no me había equivocado, Baucaire conocía ya a Delfina y yo había hablado demasiado de ella..., había dicho demasiado de aquella vida interior de Delfina que él seguramente ignoraba. Asimismo, como hombre conquistador, había deseado para él aquella mujer maravillosa. Ella era su víctima, se había dejado atrapar en su tela de araña... Delfina no podía consentir aquello... el culpable era Baucaire... toda aquella maquinación venía de él... la inocente era Delfina... Baucaire era un parásito que había que destruir... Delfina era Delfina.

Volví a casa de Baucaire, subí las escaleras empujado por la cólera y me puse a golpear repetidamente la puerta. Esta vez Baucaire acudió inmediatamente. Se me presentó ya afeitado y vestido. ¿Cuánto tiempo había yo permanecido desamparado mientras creía que le había despertado hacía unos instantes? Inmediatamente pensé que, considerándose una vez más importunado en su propia casa, iba a echarme a la calle, pero me recibió sin que el tono de su voz denunciase la menor agresividad.

Después de un instante de duda, súbitamente calmado, entré en su casa, emocionado como si hubiera conseguido convencerle para que me dejase ver por última vez a Delfina, solo el tiempo necesario para curar mi locura.

—¿Qué es lo que le ha pasado hace unos instantes? —me preguntó con tal aplomo que deduje que estaba acostumbrado a esa clase de situaciones.

La puerta del salón estaba cerrada. Me fijé en ella con todas mis fuerzas, intensamente, con intención de abrirla.

—Pensé que se había vuelto loco —añadió Baucaire, sin parecer fijarse en la atención que yo dirigía hacia aquella habitación, donde él recelaba la prueba de la presencia de Delfina.

«Sí —pensé para mí—, estoy loco... y voy a demostrárselo inmediatamente».

Y, no pudiendo esperar más, me dirigí hacia la puerta del salón. De un violento empujón la abrí de par en par. Las ropas de Delfina aún seguían allí.

Me amparé de mi bien de nuevo hallado. Lo apreté posesivamente contra mi pecho. Enterré en él mi rostro y respiré ávidamente Delfina sin preocuparme de Baucaire. Este momento valía por sí mismo todas las horas de alegría de toda mi vida, vivida y por vivir. Era la primera vez que yo abrazaba a Delfina... Una vez pasada esta breve exaltación, me fijé cuan fría y seca estaba la tela. Ninguno de los olores que yo esperaba aspirar emanaba de ella. Solamente hallé ese característico olor de moho que los años incrustan en los tejidos abandonados. Asombrado, miré a Baucaire. En mi ciega rivalidad creí leer en su expresión una fría amenaza. Entonces, me precipité a la habitación vecina. Estaba vacía. Todas las demás habitaciones me ofrecieron, una por una, la ausencia de Delfina. Cuando volví al salón, Baucaire acababa de doblar las ropas y las ponía cuidadosamente sobre el sillón. Afectó una sorpresa que me pareció sincera.

—Bueno, hijo mío —me dijo con impaciencia—, ¿me quiere explicar lo que le sucede? Fíjese en qué estado se encuentra...

Y entonces, a la fuerza, me hizo situar frente a un espejo. Le dejé que me mostrase a mí mismo, y descubrí hasta qué punto mi enloquecimiento exterior era parecido a aquel que yo sentía interiormente. No me contemplé mucho tiempo en el espejo y le supliqué que me confesara dónde tenía oculta a Delfina.

—¿Delfina? —repitió él con un asombro total.

—Y sobre todo no me diga —le dije, acordándome de su conducta la primera vez que nos encontramos— que no la conoce, pues aquí está su vestido..., su corsé..., su delantal...

Y, como un inspector de policía mostrando las sucesivas pruebas de culpabilidad, se las señalé una por una sin pensar que ella podría haber huido usando el vestido rojo.

—¿Pero es que acaso sabe usted exactamente lo que me está enseñando? —exclamó Baucaire.

A su defensa le faltaba habilidad, y un ligero esbozo de sonrisa acabó por revelarme su culpabilidad. Recibí muy mal aquella actitud y me tuve que sentar en el sillón, apretando contra mi cuerpo los vestidos de Delfina. Viendo esto, Baucaire se enfadó de repente, obligándome a levantarme para coger la ropa con sumo cuidado, lo que testimoniaba una auténtica adoración. Me arrancó con tanta delicadeza el único bien que me quedaba de Delfina que no supe disculparme. La dulzura, la ternura diría yo, que puso a continuación en doblar aquellas prendas, acabó por trastornarme del todo. No podía ser más que la actitud de un hombre que gozaba en prolongar los ritos del amor incluso después de la marcha de la mujer.

—Su ciencia —me dijo al fin con ironía— es mucho más sutil que la mía...

Creyendo conocer entonces sus lazos con Delfina, pensé que Baucaire iba a echarme a la calle diciéndome al mismo tiempo una palabra malsonante. Pero no fue aquella su intención...

—... Porque —continuó— usted afirma conocer a la propietaria de estas ropas, mientras que nadie en el mundo, por mucha voluntad que pusiera en ello, podría hacerlo.

Únicamente, a pesar de esta denegación, su mano, acariciando la falda de Delfina, desmentía sus palabras. Asimismo, el hecho de que continuase poseyéndola de esta forma bajo mis propios ojos, hizo que a duras penas pudiese yo contener mis lágrimas. Baucaire se dio cuenta de ello y, compadecido sin duda, se esforzó en consolarme. Voluble, muy generoso en los detalles, me explicó que la víspera, cuando unos obreros demolían una habitación de un viejo inmueble de la rue Maubée, habían descubierto una alcoba que se hallaba desde hacía mucho tiempo, quizá un siglo, condenada, emparedada... y habían encontrado aquellas prendas femeninas que yo veía allí, conservadas en perfecto estado gracias al cierre hermético del lugar. Baucaire había llegado justo en el momento en que los obreros se disponían a tirar,

como si fueran vulgares harapos, aquellos preciosos testimonios del pasado. En una palabra, empleando su habitual talento, quiso hacerme pasar por frías piezas de museo estos humildes testimonios de Delfina. Concluyó diciéndome cuan cándido y pretencioso era yo al afirmarle que aquellas ropas pertenecían a una... Delfina. Únicamente un probable ser venido del otro mundo, habiéndose escapado de aquella alcoba cerrada herméticamente, habría podido vestir aquellas ropas. Y como esto, a menos que se soñara, era imposible... luego...

El hecho de que me tratase casi de mentiroso hizo que inmediatamente le afirmara que no solo había visto a Delfina vestida de esta forma, bien viva, sino que además, en varias ocasiones, habíamos paseado juntos, sintiendo cada uno de nosotros una alegría realmente verdadera y compartida. Y, para demostrarle mejor aún la existencia de Delfina, le detallé los rasgos de su rostro, los impulsos de su caminar, su fidelidad a un trayecto determinado, lo mismo que las inquietudes que ella siempre demostraba. Pero, pensando que esta revelación podría perjudicarme, no le precisé los lugares donde ella sentía aquellos incomprensibles temores...

Baucaire no trató abiertamente de reírse de mí. Me escuchó, con los párpados entornados, y reconoció que yo ya le había hablado anteriormente de aquella Delfina con cierta convicción. Luego, con una gravedad pontificante, me pidió que le precisara ciertas fases de este extraño fenómeno visual. Con toda intención, Baucaire se apoyaba en cada palabra, separándolas, dándoles un sentido que me fue de lo más desagradable. De haber sido médico, habría actuado de la misma forma para establecer su diagnóstico. Dándome cuenta que estaba en contra de mí, busqué otra defensa mucho más convincente, cuando volví a percibir el olor a moho de aquellas ropas, insidiosamente presentadas por Baucaire, imponiéndose a mi olfato. Me incliné de nuevo sobre las ropas de Delfina y aspiré el polvoriento olor. Pero, en lugar de embriagarme y de reconfortarme, ello trastornó e hizo más confusos mis pensamientos.

Baucaire siguió con sus comentarios. Entonces, como si estuviese bajo los efectos de alguna droga sutil, mi espíritu se dispersó. Me pareció que la voz de Baucaire se alejaba de mí. Pronto se me hizo lejana, pero atrozmente persuasiva. Baucaire me decía que volviera a casa, que reposara, que me olvidara de toda aquella historia de Delfina, que yo favorecía demasiado vehementemente mis alucinaciones, cuyo efecto a la larga podía ser dañino y llevarme lejos, que muchos cerebros privilegiados, habiéndose arriesgado en aquel juego, habían acabado en la locura total, y oí cómo Baucaire mencionaba el nombre de un poeta que yo veneraba...

Me encontré acostado en mi cama, incapaz del menor movimiento, alma y miembros como apresados por un resistente hilo negro. ¿De qué forma había podido yo regresar a casa? Fui incapaz de acordarme de ello. Me parecía que había cesado momentáneamente de vivir, con mi cuerpo girando durante horas enteras, insensible a una nada vertiginosa.

Entonces me esforcé en acordarme de una mano dulce, la única que podía

haberme guiado a través de aquel vacío total. Una débil mano tibia que me hacía falta absolutamente...

Fui aquella clase de enfermo sin mal aparente, postrado en una inquietante languidez cuya causa todos ignoraban. Pero, aunque inmóvil, representaba en crueles pesadillas un papel activo y desesperante que creía realmente vivir.

Llamaba a Delfina, pero ella nunca llegaba a unirse a mí... Trataba de huir de Baucaire, pero él no quería dejarme... Luego los veía a los dos juntos, cogiéndose por el brazo o por el talle, riéndose de la comedia que hacían: ella, ocultándose de mí, y él, pretendiendo que ella no existía...

En ciertos momentos unos obreros entraban en mi habitación ruidosamente. A golpe de maza derribaban las paredes y descubrían secretas alcobas que desconocía. Yo los alentaba, pues sabía que en una de ellas se ocultaba Delfina, momificada por ellos, viva aún para mí. Derribaban alcoba tras alcoba, penetraban tan al fondo de la casa que oía sus ruidos multiplicarse como bajo la bóveda de un túnel infinito. Y aquellos sonidos no eran otra cosa que las sordas palpitaciones de mi corazón...

Me agoté en vano, volvía una y otra vez a caer sobre mi cama, donde me contraía sobre mi cuerpo. Olía su olor muerto. Reagrupé tenazmente mis fuerzas; conseguí levantar mis párpados... Pero siempre era para volver a ver a Baucaire enseñándome sus vestidos vacíos, emanando el aliento mohoso de los años. Baucaire se convertía en esfinge de mármol; incapaz de la menor palabra de aliento, precisamente él que me había irónicamente planteado el enigma de Delfina...

Cuando pensaba que ya no volvería a escucharla, me llegaba el dulce murmullo de unos ligeros pies desnudos caminando. Era ella... Veía revolotear su falda, ligera. Su corsé se hinchaba. Pero no tenía ni brazos ni piernas ni cabeza... Era una Delfina vacía que Baucaire, sarcástico, agitaba delante de mi mirada desencantada... Traté rápidamente de taparme los oídos con el fin de que su risa torturante, que yo presentía cercana, no me llegase. Pero ya estaba dentro de mi cabeza y allí explotaba con tanta más fuerza que, para impedir que huyera, cerré la boca para que nadie creyera que era mía.

O bien, Delfina se ponía de pie delante de mí, tendiéndome sus brazos. No era posible cualquier duda, era realmente ella, más bonita que nunca, plena de vida, ardiente, deseable... Me levanté de prisa y, en el momento en que iba a alcanzarla, Baucaire, disfrazado de Arlequín, me rechazaba para demostrarme que solo era un frágil maniquí de cartón pintado, vulnerable al menor choque. Y luego me recordaba que estábamos en la época del Carnaval... Que había que festejarlo dignamente porque, sin mascarada, la vida no era posible. Me aplicaba a la fuerza sobre el rostro una máscara tan grotesca que la pobre Delfina de cartón huía inmediatamente, asustada...

Luego yo era aquel dichoso prometido impaciente, esperando a Delfina al pie del

altar de la iglesia de Saint-Merri. Como tardaba en llegar, salía a la calle para ver si la divisaba. Entonces veía una multitud de gentes. Me acercaba a ver qué era aquello y sorprendía a Baucaire esforzándose en vender en subasta pública, a mis hilarantes invitados, el vestido de Delfina. Yo me indignaba, y mis amigos, enfadados, me abandonaban, dejándome solo con Baucaire, el cual decía al sacerdote que su presencia se debía a que yo había cambiado de opinión y ya no me casaba: ya no quería desposarme con Delfina, ya no la amaba... En tono protector, me consolaba dándome grandes golpes en la espalda. La sangre me subía a la cabeza, y lloraba yo sangre...

Sin cesar, él se marchaba golpeando la puerta. Pero yo sabía que no había abandonado la cabecera de mi cama y que, siempre allí, se reía de mi calvario...

Pasé una semana con esta locura interior que me pareció durar una noche pero que, para mis afligidos parientes, pareció un año entero. Luego todo se calló en mí. Volviendo a la realidad, la hallé peor aún, pues estaba vacía de Delfina...

¡Delfina, tan dulce, tan incapaz de la menor maldad, me había hecho conocer sin quererlo todas las penas humanas! No pudiendo soportar esta desgarrante soledad, volví a casa de Baucaire y, a pesar del riesgo de nuevas explicaciones capaces de aumentar más aún mi desesperación, me alegré de verlo. Al igual que el insecto sin defensa acude a la llama de la que debería huir pero que le fascina irresistiblemente, los trastornadores propósitos de aquel hombre me cegaban y me atraían al brasero de un vivo tormento.

Me recibió con diligencia y, con una sonrisa, me hizo pasar a su despacho. Una vez allí, me indicó un sillón, Adivinando en él la tenacidad de un verdugo seguro de su papel, tomé asiento dócilmente como si lo hiciera en una silla de tortura. Baucaire se sentó enfrente de mí, detrás de su mesa de trabajo y me dijo con una voz pausada de misterio: «He trabajado para usted...». Pero yo entendí: «... contra usted». Y, mostrándome unos papeles amontonados al alcance de su mano, añadió como si estuviera presentándose a alguien: «Delfina...». Su énfasis tenía una seguridad de procurador poseedor de una requisitoria inobjetable. No me había equivocado: Baucaire empezaba ya a cortarme en carne viva. Me fue tan insoportable que, bajando la cabeza como bajo el tormento de un dolor, me creí aún sometido a los efectos de mi anterior pesadilla.

Me dijo que mi caso era mucho más apasionante de lo que había pensado al principio. La sinceridad de mi comportamiento, y los detalles que yo había dado, concordaban con indiscutibles documentos: coincidencias y fechas, todo se compaginaba perfectamente. Empecé a parlotear, apoyado en una sólida erudición. Lo escuché, debilitado por un amor lentamente dispersado por dudas nocivas que, avanzando dentro de mí, habían llegado a hacerme dudar entre rechazar o admitir sus afirmaciones. Baucaire se sentía tan a gusto en su papel de hombre competente que no pensó ni por un instante que enfrente de él temblaba una esperanza que otras palabras habrían podido, sin grandes concesiones, salvar de una vez por todas...



Evocó las extraordinarias posibilidades de la clarividencia. Aquellas características insospechadas que activan de repente la extrasensibilidad de la materia y permiten asombrosas percepciones visuales capaces de traspasar murallas y siglos... Y luego me describió el itinerario de Delfina con tal precisión que solo los dones que acababa de evocar podían habérselo dado a conocer a distancia... a menos que la hubiera seguido.

Baucaire me precisó los lugares, me indicó la duración y la importancia de los obstáculos que ella solo veía, deteniéndola primeramente a treinta metros de la rue de Maubée... luego diez metros después... y, sucesivamente, otras tres veces antes de llegar a la rue du Cloître-Saint-Merri... después en el ángulo norte de la iglesia... Después, Delfina se alejaba de las fachadas actuales de la rue Saint-Martin... En ese lugar ella aligeraba el paso... En otro sitio, por el contrario, lo disminuía...

Estupefacto, me creí de repente en presencia de un mago quitándose al fin la máscara.

Continuando sin la menor equivocación, llegó al quai de Gesvres y, con algunas palabras más violentas, me dijo el curso súbito que hacía Delfina hasta llegar al centro de pont Notre-Dame.

—De modo que —afirmó Baucaire— ella se detenía ocho veces antes de alcanzar el Sena... ¿Tengo razón?

Asentí con un apenas perceptible movimiento de cabeza. Aquella cifra era exacta.

—Créame —continuó Baucaire—, le hacía falta cierto valor para alcanzar el centro del puente. La más mínima duda y habría sido fatal para ella... Pero, tranquilícese, usted personalmente no tenía nada que temer...

Al oír aquellas palabras me levanté súbitamente y le supliqué que me dijera qué peligros amenazaban a Delfina en aquel lugar. Se lo imploré, dispuesto a creer cualquier mentira. Cogiendo un espeso papel amarillento, envuelto en tela y enrollado, lo extendió ante mis ojos con verdadero deleite. Era un viejo plano de París.

Entonces leí las fechas: 27, 28 y 29 de julio... Revolución... Vi aquellas calles cortadas por numerosas barricadas: adoquines y carretas obstruyendo las arterias parisienses afectas de una violenta crisis de euforia revolucionaria, generalizada hasta lo increíble... Baucaire deslizó lentamente su dedo sobre la rue Saint-Martin y señaló una por una las ocho barricadas que la obstruían, lo que explicaba la marcha temerosa de Delfina. Luego me indicó las cruces rojas, las cuales simbolizaban las algaradas de los ciudadanos armados amenazando la calzada entre estos obstáculos que la fraccionaban en múltiples pequeñas revoluciones locales. Y el dedo llegó al pont Notre-Dame, defendido por un cañón realista que, situado a la entrada de la rue Saint-Martin, en poder de los insurrectos, había lanzado su metralla de muerte y cuyo soplo, sobre el plano, estaba marcado con una larga raya de lápiz púrpura... Triunfador sin modestia, Baucaire marcó un silencio para dejar caminar entre nosotros el galope de aquella mortandad... Por un instante me pareció oír el galopar

de la Muerte.

—Esta pieza de artillería —continuó Baucaire— disparaba contra todo lo que se movía, y sus servidores no querían en modo alguno a las jóvenes ciudadanas que lograban distraer su atención y alcanzaban el centro del puente, donde, al abrigo de la inmensa pompa entonces construida y adosada a él, se ocultaban unos ciudadanos que los amenazaban por la retaguardia... En fin, y para nuestro agrado y la lógica de vuestra historia de amor, pongamos que en aquella época su heroína ha sido a menudo olvidada por su destino o, si lo prefiere, abandonada entre la vida y la muerte. Todo es posible dentro de lo imposible y nuestra imaginación está aquí para facilitar la credibilidad de todas las fantasías que podrían venirnos a la mente. Añadamos solamente, puesto que aquí tenemos las pruebas, que esta Delfina ha conseguido siempre pasar desapercibida en todos sus recorridos, salvando la vida gracias a sus vestidos de aspecto sombrío...

Y bruscamente, Baucaire me tendió un grabado de la época.

—Y ahora —me dijo—, puesto que usted es el único que la ha visto, quizá podría decirme si la reconoce... No pude contener una violenta exclamación. ¡Eran las formas, la silueta de Delfina! Como estaba dibujada de espaldas, no pude ver su rostro, pero lo recreé en un instante.

—Hace algunos años —continuó Baucaire, persuasivo— usted vio la reproducción de este grabado en un libro de Historia, lo mismo que la de este plano asombroso. Tanto la una como la otra os impresionó, y luego se olvidó de ellas. Pero aquellas imágenes permanecieron en su inconsciente. Un cambio de situación y de ambiente las ha reanimado, proyectándolas desde su espíritu a la vida corriente, haciéndole un incauto de sí mismo...

Trastornado, ya no le escuchaba. Veía netamente a Delfina perseguida por los sublevados. Su noche estriada por unas balas ariscas que buscaban su presa. Comprendí al fin sus temores ante aquella despiadada matanza, y comprendí que, de nosotros dos, el solitario, *era yo*... Volví a pensar en las palabras de Baucaire: «Ella solo salvó su vida gracias a estos vestidos sombríos...». Entonces, violentamente, carne de mi carne, raíz en mí, sentí a Delfina dentro de mí como jamás la sintiera. Ella continuaba viviendo y aquel Satán de Baucaire había estado a punto de que yo la abandonara justo en el momento en que mi traidor regalo la hacía peligrar haciéndola vulnerable a otros peligros mucho más reales que aquellos que él acababa de sugerirme. Conseguí deshacerme de la nociva hipnosis en la que Baucaire se deleitaba encerrándome y salí corriendo para ir a salvar a la pobre Delfina en peligro.

Yo sabía que no había soñado a Delfina; no se recibe un amor tan grande de la *nada*... La *nada* no puede dar más que *nada*, y, además, la forma aguda que adoptaba repentinamente mi tormento me confirmaba su real existencia. En cuanto al peligro que ella corría, mi angustia me lo sugería cercano y actuante. Volví a subir a disgusto, llegando hasta la rue Maubée. La noche se ajustaba a su caos de piedras hundidas. Con el corazón oprimido, recorrí los restos de aquella calle, pero comprendí

amargamente que Delfina no volvería nunca más a aquel lugar... que yo debía buscarla en otro sitio.

Me aparté de aquella desolación en que se había convertido la rue Maubée, en otros tiempos abra de Delfina, y descendí por la rue Saint-Martin escrutando al pasar los menores recovecos. La noche se endurecía a medida que yo avanzaba. Me tropezaba con ella sin comprender que ya la impotencia me frenaba de ese modo. Tenso, me estremecí sin cesar ante la imprecisa pero tenaz llamada de Delfina, y, al mismo tiempo, me hallaba acribillado hasta en mi alma por las disimuladas amenazas que corrían, paralelas a mi búsqueda, e iban, ellas también, a su encuentro. Busqué en vano el fanal de seda que la dirigía hacia un destino que yo sentía implacable, y yo quería sacrificarme para salvar a Delfina, con el fin de que ella pudiera vivir en este mundo las dulzuras de la inocencia. Pero, pensando en la idea de que mi muerte, ofrecida por su vida, la haría para siempre desgraciada, unas lágrimas acudieron a mis ojos que solo calmó el pensamiento de que nosotros podríamos quizá tener la suerte de morir juntos.

Cada vez más angustiado, atravesé varias veces el pont Notre-Dame, vacío. Subí hasta el estrechamiento de la vieja rue Saint-Martin, también vacía. Y, como la ciudad permanecía silenciosa, padecí todas las torturas de la desesperación.

De repente, la apercibí...

... Distinguí allí a Delfina, dirigiéndose hacia el Sena, que acababa yo de abandonar... Ella salía de la obscuridad que servía de fachada a la plaza de Saint-Jacques. Era ella, no tenía la menor duda... La reconocí en primer lugar por aquel color vivo que yo había deseado imprudentemente para ella, y que se había convertido en la única tonalidad que mi mirada era capaz de detectar; y, además, por el grito que surgió de mi boca y que se perdió en la noche hostil.

Me lancé rápidamente hacia ella, pero, a pesar de mi certeza de poder al fin unirme a su persona, mi alegría fue incapaz de centellear y tuve la atroz impresión de no entrever más que lo inaccesible... No me engañaba. Pronto, en lugar de hacerme avanzar, mis esfuerzos me detuvieron. Martirizado, impotente, vi a Delfina acercarse al muelle. Corrió hacia el centro del puente donde por primera vez habíamos dejado agitarse juntas y por ellas mismas las chispas de nuestro amor. Aligeré mi paso, pero ella se resistía... Delfina era visible, hasta el extremo que solo se veía a ella, confiada en aquella noche que ya no la protegía más. Forcé mis piernas a detenerse, pero estas se oponían. Allá, Delfina era el blanco de todas las amenazas... Corrí inmediatamente hacia ella sin poder alcanzarla con el fin de poner mi cuerpo ante el suyo y protegerla eficazmente. Con todas mis fuerzas, le grité que huyera rápidamente de aquel lugar que yo sabía nefasto para ella. Grité más aún, como si pudiera realmente oírme mejor, y la sentía tan presente, pensando por su parte intensamente en mí, que creía alcanzarla con mis inútiles llamadas, multiplicadas a riesgo de alertar y de provocar la fatalidad. Ni siquiera me di cuenta de que entre nosotros existía su infranqueable silencio.

¿Me oía ella? Deteniéndose a la entrada del puente, se volvió en mi dirección y se inmovilizó, espantosamente vulnerable... En una fría y agresiva pesadilla, me pareció que mis pies y mis piernas penetraban en una capa de barro que, cómplice del destino de Delfina, se espesaba, reteniéndome allí como a designio, lejos de ella... Lloré sobre unas palabras de amor que yo murmuraba con tanto ardor que tuve la sensación de que ella me las cogía tiernamente, una a una, en sus labios...

Fui sacado de mi desesperación por unos repentinos ruidos de motor. No lejos de Delfina dos vehículos se cruzaron. Hubo algo así como unas salvas... Fui alcanzado inmediatamente en pleno pecho, y aquella raíz viva de carne que yo sabía que era la de Delfina, se enganchó más violentamente en mí, como si la forzaran a abandonarme y ella se negase. Luego me fue arrancada... lentamente arrancada... En su lugar se hizo un vacío que se llenó de sombríos dolores. Anonadado, me hundí en el barro que me retenía en aquel sitio. No había ningún barro...

Cuando, algunos instantes después, me levanté, el silencio estaba de nuevo allí, Delfina, aquella mancha en el suelo...

Al verla así, quedé libre del barro. Reemprendí mi camino. Llegado al puente, tropecé con unos hombres ajenos a nuestro drama. Inflexibles, no quisieron dejarme que me acercara a Delfina, inanimada y tan cercana.

Le pegué a uno de ellos. Me sujetaron y, a pesar del desorden en el que se encontraba mi mente, pude enterarme de que una joven transeúnte acababa de ser matada por una bala perdida.

Pusieron sobre unas angarillas aquel débil y joven cuerpo de mujer, envuelto en mi vestido rojo. Con las sacudidas que le daban mientras la transportaban, sus pies desnudos se balanceaban...

# EL ATAÚD EN EL MAR

**EDDY C. BERTIN**

*Mencionamos con profundo respeto el nombre de Eddy C. Bertin, ya que estamos convencidos de que, a su debido tiempo, será considerado como uno de los escritores más originales del llamado «realismo fantástico» de nuestros días.*

*Bertin nació en Ghent y desde los doce años de edad escribe historias de terror. Sus trabajos literarios se publican en Corgi Books (Londres), Pan Books (Londres), Shadow Magazine (Birmingham), Mag of Horror (Nueva York), etc.*

*Esta es la primera vez que Eddy C. Bertin es traducido al castellano. ¡No será la última!*

A Marc Dolan le agradó Spring Cottage apenas la vio. Aquella casita de campo, recién pintada de blanco, con sus grandes ventanas, parecía estar dibujada en el mismo cielo, ya que estaba edificada sobre una de las dunas más altas. No encontró mucha oposición al regatear con la señora Berens, la propietaria, sobre el alquiler de una de sus mejores habitaciones. La temporada turística aún no había empezado, y ella se alegró de haber encontrado un huésped unos meses antes de que comenzara la estación veraniega y llegasen los extranjeros de los países vecinos. Marc Dolan sabía que al llegar aquella época, la paz y la tranquilidad se esfumarían: la playa de marfil se vería hollada por millares de sudorosos pies, arrastrándose con dificultad por la ardiente arena como estúpidos cangrejos. La playa se cubriría de cuerpos obesos, feos y blancuzcos, el color de las cosas muertas, y el estruendo de los transistores y los chillidos de los niños violarían el silencio que él tanto adoraba. La estación veraniega no había sido hecha para él ya que, como artista, Marc necesitaba desesperadamente descanso y soledad.

Alquiló un taxi para ir a recoger sus maletas, que había dejado en la estación cuando llegó, y luego se instaló en su confortable habitación. Esta se hallaba situada en el primer piso, y su ventana era tan alta y tan ancha como su pared exterior. Un butacón de colosales dimensiones se hallaba frente a dicha ventana, con su alto respaldo vuelto hacia la puerta. Durante los primeros instantes, Marc tuvo la impresión de que aquel gigantesco sillón giraría de repente y alguien se levantaría de él diciéndole «hola». La señora Berens le dijo que aquel butacón había estado siempre en el ático, pero que al anterior inquilino le agradaba tanto la espléndida panorámica sobre el mar y la playa, que él mismo trasladó el tosco sillón a su habitación. Marc estaba plenamente de acuerdo con el gusto de aquel señor: mirar a través de aquella ventana era como si uno estuviera en las mismas dunas, pisando la

blanca arena y la pura espuma de las ondas. Y más allá de aquella espuma abrazándose con el mar, una masa enorme de agua gris, aparentemente sin vida, pero moviéndose con lentitud como bajo la influencia de un laborioso respirar, se veían unos cuantos barquitos de blancas velas triangulares arrastrados hacia el lejano horizonte.

Marc retiró el pesado reloj y los candelabros vacíos que estaban sobre el manto de la chimenea, y colocó en su lugar sus propios libros de pintura. Luego descolgó un grabado del siglo XIX y colgó en aquella pared una copia hecha por él de un cuadro famoso de Turner. Después puso en el armario sus escasas pertenencias. Marc no era rico. De vez en cuando, vendía uno o dos de sus cuadros, y había hecho dos exposiciones de su trabajo pictórico, una en Gantes y otra en Bruselas; mas por lo general, la suerte estaba en contra de él. Quizá la culpa la tuviese su propio trabajo, pues sabía que no era lo suficientemente moderno. Marc no podía comprender el arte *pop*, y mucho menos aquella forma de pintar con pies y manos, e incluso con el propio cuerpo, revolcándose primero en pintura fresca y luego sobre el lienzo virgen. A él le agradaba pintar lo que realmente veía, poder mirar después su propia obra y ser capaz de distinguir lo que representaba, y no algo parecido a esas visiones imaginarias propias de una intoxicación de LSD. Los resultados de su obstinada búsqueda del estilo antiguo podían condensarse en un baúl lleno de pinturas que no pudo vender. Suaves rostros sombreados, ensoñadoras campiñas en colores de otoño, rugientes tormentas en el mar, lagos de plata a la luz de la luna... Nadie quería nada de eso. Pero él continuaba, con tenacidad de acero, convencido de que algún día reconocerían su talento.

Marc acostumbraba pasar unas semanas junto al mar, en especial durante aquel período comprendido entre el último invierno y la temprana primavera, cuando las costas eran azotadas por vientos tormentosos y los turistas amantes del sol aún continuaban en sus países, temblando de frío junto a sus chimeneas. Durante aquel período interestacional, en que el mar era puro y libre y la expectante playa estaba llena de esperanzas, Marc se encontraba en condiciones de captar la pureza que tanto amaba reproducir en sus lienzos.

El primer día no hizo nada en especial. Se limitó a dar un corto paseo por las dunas, con los ojos semicerrados para evitar aquella arena que un viento juguetón levantaba del suelo. Cuando el crepúsculo estrechaba entre sus brazos la hermosa playa, se dirigió al pueblo más cercano y compró algunas bebidas, pero regresó de inmediato a casa, a través de las desiertas calles. En aquella época del año, casi todas las tiendas aún estaban cerradas, y solo permanecían abiertos dos o tres cafés. Una vez en su habitación, encendió el fuego en la chimenea, y luego escogió un libro, para leer en la cama, de su autor favorito: Edgar Allan Poe. Al fin se decidió por *El cuervo*. A la mañana siguiente, cogió sus elementos de trabajo, se sentó en el colosal butacón y se puso a contemplar el mar. Había una atmósfera muy especial de serenidad en aquella masa acuosa y gris, que Marc dejó penetrar hasta el fondo de su

alma. Se relajó total y completamente, por primera vez durante tantos meses permitiendo que la paz y la calma entrasen a través de los poros en su piel, como si fuera el primer calorcillo de una temprana mañana de sol, que aún conservara algo de la frialdad de la noche anterior. No pintó nada aquel día, y se limitó a descansar, buscando el ambiente adecuado. A la mañana siguiente, fue a dar un paseo por la playa, antes de que saliera el sol, saboreando el calofrío de la noche sobre sus mejillas y el aguijón de una fría brisa en sus ojos, mientras sus pies iban dejando huellas sobre la arena mojada de la orilla. Después de cenar, volvió a sentarse en el colosal butacón, y dejó que la profunda calma de la noche rodara sobre él en perezosas ondas de silencio.

Llevaba viviendo más de una semana en aquella casita de campo, cuando tuvo una pesadilla por primera vez. Esa noche, no vio nada de excepcional en su sueño. Había comido más bien tarde, y en su soledad había bebido una botella entera de vino barato pero pesado. Por ello no era nada extraño que sintiera deseos de irse a la cama antes de lo acostumbrado. Pero le costó mucho dormirse, ya que la cama parecía moverse de un lado a otro, como un barco durante una tormenta. La parte del lecho en que reposaban sus pies se levantaba cada vez más, y entonces, de repente, hacía un movimiento lateral, como si hubiera alcanzado la cresta de una gigantesca ola, para luego descender cada vez más bajo, cada vez con más rapidez. Se agarró firmemente con ambas manos a los lados de la pequeña cama, pero la impresión de estar a bordo de un yate pequeño era continua. Un espantoso viento empezó a rugir en sus oídos, con agudo y doloroso silbido, y a continuación sintió la espuma mojándole la cara. Su boca estaba ardiente, y en sus labios sintió el sabor de la sal del mar. Estaba sediento, muy sediento. El continuo balanceo, subidas y bajadas del barco le hizo sentirse mal, y su estómago empezó a removerse, pero no podía vomitar. Había una obscuridad absoluta, pero algunas veces tenía la impresión de ver el pequeño centelleo de una estrella lejana, muy por encima de él, antes de que una nueva ola cayese sobre él, dejándolo como un abrigo mojado y viscoso.

Con un movimiento instintivo, extendió sus manos para detener la siguiente ola, pero se topó con algo situado a unos cinco centímetros por encima de él. Una cosa dura y firme. Sus dedos palparon aquella dura superficie a ambos lados, y de repente encontró allí un obstáculo, que no podía mover. Trató de levantarse, mas de inmediato se dio un porrazo en la cabeza. Pero, por todos los santos, ¿dónde se encontraba? De repente se dio cuenta de que aquella no era su cama, en la que estaba acostado, y con esta impresión se despertó al fin. La habitación estaba a oscuras, y fuera rugía espantosamente un viento huracanado. La cama aún hizo unos movimientos desagradables, y se sintió muy enfermo, pero al final pudo moverse otra vez con libertad. El resto de aquella noche estuvo exento de sueños, pero por la mañana, al despertar, sintió un horrible dolor de cabeza que no pudo aliviar, a pesar de haber tomado varias aspirinas. Aquel día fue incapaz para sostener un pincel, pero se hizo la firme resolución de empezar a pintar al día siguiente.

Por la tarde, se acomodó en el sillón, y se puso a contemplar el mar con ojos soñolientos. Qué serena parecía, como una mujer dormida, infinitamente serena y pacífica, y, no obstante, plena de vida oculta. Una gaviota pasó por encima de él, semejante a un pequeño aeroplano blanco, dejando a su paso su solitario grito. Allá a lo lejos, en el horizonte, había un barco pequeño, tan pequeño que parecía que podía cogerse entre dos dedos. Qué hermoso sería sentarse allí y dejar que la vida pasara, como una lejana y neblinosa nube de lluvia; ser *uno* con el reposo y la paz, parte de aquella trinidad de playa, mar y cielo.

Sin darse cuenta, el sueño se apoderó de él, y el mar lo envolvió con sus olas tormentosas, acunándolo en su espantoso movimiento. Pero ante su sorpresa, ahora *sabía* que aquello no era real, que era parte de una pesadilla. Sabía que estaba soñando, con una certeza absoluta, pero ni siquiera intentó despertarse. Se sintió curioso y extrañamente indiferente al mismo tiempo, como si aquello no le afectase. Sin embargo, tenía una impresión de seguridad, sabiendo que todo era irreal, que podía despertarse en cualquier momento que deseara. No era más que un mero espectador en todo aquello: ¿por qué, pues, no iba a contemplarlo todo?

Pero Marc no yacía con comodidad; debajo de él sentía frío y una gran humedad, y le dolían los hombros. Trató de frotarlos y moverse luego. Había suficiente espacio a su derecha e izquierda, pero no el suficiente como para girar, ni para llevarse las manos a la cara. Aquel movimiento oscilatorio casi le ponía enfermo, aunque empezó a acostumbrarse a él. ¡Si al menos supiera sobre qué estaba acostado...!

Entonces, de repente, *llegó* a saberlo. Todas las paredes alrededor suyo eran de madera, ¿acaso no lo eran? Ello explicaba su imposibilidad de moverse más de unos centímetros a su izquierda y derecha. Luego había aquella espantosa oscuridad. Estaba en un ataúd. Estaba muerto y encerrado en un ataúd, en algún sitio de un barco o flotando en el mar. El espanto y el *shock* le hicieron abrir los ojos, volviendo de nuevo al sillón donde se había sentado, poniéndose a contemplar aquel mar gris y aquella serena playa que las sombras de la noche iban cubriendo poco a poco.

Aquella tarde, a la luz de la lámpara de su habitación, hizo algunos bosquejos, pero ninguno le agradó, por lo que los tiró a la papelera y, descontento consigo mismo, decidió irse a la cama. De un modo inevitable, la maldita pesadilla acudió a él apenas hubo cerrado los ojos, pero ya se había acostumbrado a ella y no sentía ningún espanto. Después de todo, sabía que estaba soñando, y que podía despertarse en cualquier momento que lo deseara. Pero no quería despertarse, aún no. Trató de pensar con lógica. Una situación realmente fantástica, saber que uno se halla en medio de un sueño y tratar de razonar sobre el mismo. El ataúd en el que estaba encerrado no podía estar en un barco, ya que no se oía ningún ruido, excepto el ulular del viento. Además, daba espantosos tumbos, cosa que no sucedería si estuviera en un lugar seguro en un barco. De modo que la única solución era que iba a la deriva en el mar. No sentía ningún dolor bajo los efectos de aquellos tumbos, aunque su cabeza chocó más de una vez contra las paredes de madera. Pero, después de todo, ¿cómo



iba a sentir dolor estando en un sueño? Sentía una impresión serena de seguridad, como si en el ataúd se encontrase igual que en casa, balanceado con suavidad por las ondas del mar. La vida y la realidad parecían estar desprovistas de todo estorbo, de cualquier molestia, y se hallaba a placer en esta situación. En un momento determinado, pensó: «Ahora debo realmente despertarme», y entonces el sueño se alejaba de él como una neblina, para ser sustituida por la plena luz del día que le bañaba en una hermosa y radiante claridad.

Al fin se decidió a pintar. Necesitó una mañana entera para lograr los colores exactos que buscaba, y a mediados de la tarde empezó a trazar en el lienzo los primeros y confusos trazos. Pero, sin poder evitarlo, su mirada se dirigía furtivamente hacia el exterior, al mar. Su enorme masa gris le producía un sentimiento fútil e impotente: ¿por qué estaba tratando de crear algo allí, cuando solo necesitaba sentarse en aquel gran sillón e intentar comprender lo que en realidad deseaba plasmar en el lienzo? Pero todo era en vano. Marc sabía que nunca lograría pintar lo que en el fondo de su alma ansiaba, y que lo único que podía hacer era intentarlo. Con una tenacidad férrea, continuó pintando, pero su mente se hallaba lejos, muy lejos en el mar, concentrada en aquel mecedor ataúd.

Las fantasías de su pesadilla fueron interrumpidas por unos golpes en su puerta; era la señora Berens, que venía a decirle que el café estaba listo. Entró en la habitación, y cuando vio lo que Marc había pintado, exclamó sorprendida:

—¡Ah!, no me dijo que conocía usted a mister Morgan.

—¿Quién? —respondió Marc, sin comprender lo que la señora decía.

Luego siguió la mirada de la señora Berens hacia su lienzo, y a su mano, que aún sostenía el pincel. En el fondo gris brillante del cuadro, ahora había un rostro, trazado de prisa, siguiendo aquellas líneas fuertes que él siempre utilizaba; el rostro de un hombre de mediana edad, con una pequeña barba, ojos fríos y afilados, y un cráneo casi calvo. Era el rostro de una persona completamente extraña para él.

—¿Quién? ¿A quién dice usted que conozco? —volvió a preguntar Marc a la señora Berens.

—Pues a mister Morgan, a Charles Morgan —respondió la señora Berens—. El hombre cuyo rostro ha pintado usted en el lienzo, ahí. Seguramente usted sabrá que fue el ocupante de esta habitación antes que usted. ¿No es así?

—Pero..., pero... bueno, quiero decir..., yo sé que... —balbuceó Marc.

—Sin duda alguna tiene que ser usted un admirador de su obra —continuó la señora Berens su interrumpido monólogo—, al haber venido especialmente aquí, a trabajar donde él lo hizo. Oh, no puede usted negarlo, míster Dolan, pues sé muy bien cuan sensibles son los artistas, y cómo gustan de buscar el adecuado ambiente para su labor pictórica. Mister Charles Morgan era también así. Siempre se sentaba aquí, en ese enorme sillón, contemplando el mar. Algunas veces solo pintaba un cuadro durante varios meses, y siempre era sobre el mar. Solía decir que solo aquí uno podría sentirse realmente uno con el mar, que esta casita de campo parecía haber sido

construida en un foco de mar, y que aquí se sentía realmente libre y en paz.

Mientras tomaba el café, la señora Berens le contó más cosas sobre el anterior huésped de aquella habitación, cuyo rostro Marc había pintado durante el sueño que tuvo en el día, y al que ahora recordaba. Un pintor de aquella época, de cierto renombre, especializado en pinturas marinas, y que había desaparecido de repente para la gente, ya que la pintura moderna tendía al arte *pop*. La señora Berens le contó que había vivido allí durante varios años, antes de que mister Morgan decidiera emprender un largo viaje. Marc se fue a la cama con cierta impresión misteriosa. Un ataúd en sus sueños, el rostro de un extraño en su lienzo. ¿Cuál era la causa de todo aquel misterio?..., si es que *había* uno.

Como siempre, la pesadilla volvió, pero el ambiente había cambiado; había una sensación espantosa de inquietud en él. Parecía como si la paz hubiera absorbido todo, deseando algo a cambio; había algo de famélico alrededor suyo, como si tuviera algo que el sueño apetecía y deseara de él, y se despertó con el rostro bañado del sudor del miedo. Cuando se levantó, sus pies parecían de hielo, y además estaban mojados. Su cama también estaba húmeda, como asimismo parte del suelo. Mojó el dedo en aquel líquido y lo paladeó. Era sal. Pero recibió la impresión más grande cuando encendió la luz y contempló sus pinturas. El fondo de las mismas había sido alterado; había algo en aquel color gris que él pintara, una indescriptible sensación de movimiento, de grandes olas encrespadas, y una aureola de amenaza, todo ello conseguido con unos cuantos trazos de hábil pincel. Y en aquel monótono gris, había sido dibujada una caja rectangular con fuertes líneas blancas. No había ninguna cruz en aquella caja, ni cerradura alguna en sus lados; solo el horrible significado de lo que representaba: un ataúd. Marc puso un papel sobre la pintura, de forma que no pudiera verla.

¿Qué cosas tan extrañas eran aquellas? ¿Qué era lo que allí estaba ocurriendo? Seguramente habría empezado a padecer de sonambulismo; no había otra explicación, aunque él nunca en su vida había tenido esa enfermedad nerviosa. Iría a ver al médico, y le pediría un somnífero lo bastante fuerte como para no volver a padecer la espantosa pesadilla. No tenía más remedio que obrar así, no podía seguir de aquella forma. Pero no iría aquel día a ver al médico, pues no se encontraba en condiciones para ello. Quizá iría mañana.

Fue a dar un corto paseo por la playa, y por la tarde volvió a sentarse en el colosal sillón, incapaz de trabajar. La musa no acudía a su mente, y en un arranque de desesperación tiró sus pinceles y pinturas a un rincón. Una indescriptible sensación de peligro flotaba en el aire; la playa parecía extraña y ajena a él. Su pensamiento voló otra vez al ataúd que flotaba en el mar, al rostro extraño que había pintado, el cual, sin duda alguna, había sido hecho por otra persona. ¿Qué era lo que le sucedía? No podía concentrarse en nada, su mente no hacía más que interrogarse constantemente a si misma. Tan pronto como empezó a razonar sobre aquel extraño suceso, una enorme rueda comenzó a girar en algún sitio de su cerebro, desgarrando

sus pensamientos y convirtiéndolos en un espantoso caos. Y siempre había el mar, delante de sus ojos, gris e infinito, y en cierto modo llamándole, como si el mundo se detuviera para existir solo allí; nada más que el mar, y la blanca y virgen arena de la playa, donde solo sus pies habían dejado huellas, en seguida borradas por el poderoso viento. El silencio de aquella tarde le ahogaba, y luego dio paso al silencio de la noche; pero a pesar de todo, volvió a sentarse en el colosal sillón, luchando contra el caos existente en su mente. Una tormenta se estaba acercando, el viento se hizo más fuerte, y negras nubes empezaban a obscurecer el cielo de aquella noche. En la lontananza, los relámpagos arrojaban su fuego a través del plomizo cielo.

—... Y ha dibujado el rostro de mister Morgan —le decía la señora Berens a uno de sus pocos amigos, que había venido a hacerle una breve visita y a tomar una taza de café con ella—, ya sabe usted a quién me refiero, aquel pintor que estuvo viviendo aquí hasta el año pasado, aquel del que tanto le hablé a usted, que amaba tanto el mar, y que nunca quería ver a nadie.

—Sí, recuerdo que usted me hablaba mucho de él; Nunca le vi, pues jamás quería salir de su habitación, ¿no es así? Era un hombre muy sensible. ¿Qué le ocurrió? ¿Se ahogó?

—No, no exactamente. Adoraba el mar, pero nunca se acercaba a él, sentía cierta aprensión a ello. Siempre decía que el mar quería apoderarse de él, y por ello prefería contemplarlo desde su sillón, a través de la ventana. Ni siquiera fue nunca a dar un paseo por la playa o por las dunas. Tiempo después fue a una gran exposición de pinturas en una famosa galería de arte de Londres, y allí murió de un modo repentino.

—Pero yo creía que...

—Pero nunca fue sepultado. Trajeron su cuerpo a este lugar en un barco pequeño, pero se desató una imprevista tormenta y nunca llegó a nuestro puerto. Estuvieron buscando restos del naufragio, pero ni siquiera encontraron un pedazo de madera de su ataúd...

En aquellos instantes, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas y ocultaba todo bajo una espesa cortina de agua. El mar era un animal desencadenado, una gigantesca ameba hambrienta, con largos tentáculos de espuma. Los relámpagos formaban lenguas de fuego en la ardiente oscuridad. Se acabó la paz, la tranquilidad, todo; Marc estaba en el infierno, un infierno de gritos y de movimiento, que se balanceaba y subía, cada vez que venía una ola, arriba y abajo, cayendo, deslizándose, sumergiéndose. La habitación, el sillón, la ventana, todo había desaparecido como sombras de las fantasías de un sueño. Para Marc, la única realidad era aquella dura madera encima y debajo de él, el estruendo de las olas al chocar contra los lados del ataúd, el crujido de la torturada madera, el ulular del viento en el exterior, el desenfrenado tumulto del mar enloquecido. Y en medio de aquellos horrendos ruidos, había algo más, algo que desgarró sus oídos cual afiladas y sangrientas garras, algo que pronunciaba su nombre, pidiendo algo para sí, clamando algo de él.

Instintivamente, luchó contra aquel algo misterioso, pero su resistencia fue débil. Una vez que la tormenta hubiera pasado, volvería de nuevo la paz y la calma, pensó Marc; pero los gritos seguían, desgarrando su mente con la caótica y férrea rueda de recuerdos fragmentarios de sueños y realidad. «Quiero despertarme —gritó—. Dios mío, debo despertarme. ¡¡¡Debo despertarme!!!».

Pero no se despertó, no podía despertarse; allí estaban las despiadadas paredes del ataúd, y ese algo desconocido y amenazador, que se sobreponía a su mente, arrancándole cuerpo y pensamiento.

Entonces dejó de luchar, y sintió que su mente y su cuerpo fluían, como si solo fueran protoplasma, sumergiéndose en el mar, y al mismo tiempo que sentía un sabor de sal húmeda en la boca, llegó un prolongado y oscuro reposo, y, por fin, la paz, una paz absoluta...

—¿Qué es ESTO? —gritó la señora Berens. Algo cayó del techo, dejando unas manchas verduscas y húmedas sobre el mantel de su mesa. Había un penetrante olor de mar en la habitación, y cayeron gotas de arriba, a través de las pequeñas grietas del techo—. ¿Pero qué está haciendo ese hombre allá arriba, en su habitación? —exclamó la señora Berens.

Sorprendida y muy enojada, subió de prisa las escaleras, seguida de su amigo. Al llegar a la habitación de su huésped, la señora Berens dudó un poco, pues no se oía el menor ruido dentro de la estancia de Marc, y nadie contestó a sus llamadas. Luego abrió la puerta con resolución, y se vio mojada por una ola de aire salino. Sus preciosas paredes pintadas, el suelo, los muebles, incluso el techo, toda la habitación estaba humedecida de agua de mar. Pequeños fragmentos de alga colgaban de las lámparas y de los cuadros en las paredes, y unos cangrejos se escabulleron deslizándose por el suelo. Un pescado solitario agonizaba dando sus últimas convulsiones, con sus rojas agallas cual sangrientas bocas desdentadas. Al pintor no se le veía por ningún lado, pero el alto sillón estaba ligeramente inclinado.

—Pero bueno, es que se ha propuesto usted... —empezó a decir la señora Berens, mientras se dirigía hacia el sillón.

Mas no pudo acabar la frase, porque entonces vio AQUELLO que estaba sentado en el sillón, contemplando el mar tormentoso con una vaga sonrisa en lo que había quedado de su rostro. No pudo reconocer sus facciones ya que no quedaba lo suficiente de ellas, pero antes de caer al suelo sin conocimiento, la señora Berens identificó el gran anillo de oro en una de las manos del esqueleto, con las iniciales «C M» grabadas en él.

Charles Morgan había hecho un viaje muy largo, pero al fin había encontrado el camino de regreso a casa.

# FRUTO NEGRO

ROBERT BLOCH

*Cuando Alfred Hitchcock llevó a la pantalla la escalofriante obra de Robert Bloch «Psicosis», la reacción del público fue fabulosa. Bloch, el veterano escritor que desde enero de 1935 escribía relatos de horror —fecha en la que publicó su primer trabajo profesional en la revista *Weird Tales*—, comprobó que con esta película se había convertido de la noche a la mañana en un autor famoso.*

*En 1960 se trasladó desde Weyauwega, en el estado de Wisconsin, a Hollywood, donde empezó a escribir exhaustivamente para las principales cadenas de televisión y diversos estudios cinematográficos. A partir de esta fecha, su nombre fue conocido en todo el mundo y sus obras se tradujeron a casi todos los idiomas y en casi todos los países.*

*Su relato de fantasma «Spawn of the dark one» («Fruto negro») es un trabajo literario de naturaleza psicológica y mítica, escrito en un lenguaje de diabólica realidad. La idea central de su obra está vinculada con los problemas de la delincuencia juvenil, delincuencia atribuida por sus seguidores a la inminencia de una guerra atómica que acabará con todo vestigio de vida en el mundo. Pero la mente fecunda de Bloch da otra explicación nueva a esa tesis sostenida por los delincuentes. Gracias al cielo, es solo algo imaginario, ¿o NO lo es?*

Aquella noche, todo estaba en perfecta calma antes de que se presentase aquel dichoso problema.

Ben Kerry estaba apoyado en la barandilla bajo el porche de su chalet, con los ojos desmesuradamente abiertos como una lechuga. Su mirada estaba fija en la vasta extensión de terreno situada frente a él, en el condado de Kettle Moraine. Luego se frotó las manos y murmuró:

—Hay oro en esas malditas colinas. Podía haberlo cogido directamente del mismo suelo con mis propias manos, pero no lo sabía entonces.

Ted Hibbard dirigió su mirada hacia él y le dijo:

—¿Acaso se refiere a aquella época en que el glaciar se deslizó por las colinas poniéndolo al descubierto? Vamos, Ben, no es tan viejo como para recordar aquel suceso.

Ben hizo un gesto afirmativo con la cabeza y a continuación encendió su pipa.

—Tiene razón, amigo mío. Yo no estaba aquí cuando el glaciar se deslizó por las

colinas, ni cuando llegaron los indios. Estos solían utilizar las colinas para hacer señales y para sus ceremonias religiosas. No, no había ningún dinero que ganar, se lo aseguro.

—Ya lo sé —respondió Hibbard—. Leí su libro en el que hablaba de este asunto.

—No, no había ningún dinero que ganar en eso —insistió Kerry—. Si no fuese por las revistas científicas de las universidades, nosotros los antropólogos nos moriríamos de hambre esperando que un editor nos publicase nuestros trabajos. Y es que nunca vemos lo que hay debajo de nuestras propias narices.

Kerry volvió a dirigir su mirada hacia las colinas cuando el ocaso las iba ya envolviendo con su manto oscuro, y continuó:

—Desde luego, los granjeros tampoco se dieron cuenta cuando llegaron aquí. Prefirieron establecerse en las tierras llanas. Y sus hijos y nietos se decidieron a buscar mejores tierras, pero limitándose a acercarse adonde abundaba el agua. De modo que todas estas colinas rocosas, con sus afloramientos de filones, permanecieron desiertas hasta hace casi treinta años. Luego el automóvil trajo los primeros cazadores y pescadores de sus ciudades a este lugar. Montaron costosas tiendas de campaña sobre tan ricas tierras, pero no vieron el oro como tampoco lo vi yo cuando llegué aquí poco antes de empezar la guerra. Mi única intención al venir a este lugar era el hallar un lugar pacífico donde pasar el verano lejos del ruido y de la gente.

Ted Hibbard sonrió y le contestó:

—Jamás he oído una cosa tan divertida: un antropólogo que odia a la gente.

—Yo no he dicho que odio a la gente —le replicó Kerry—. Al menos no a toda. Incluso en la actualidad, la mayoría de los habitantes de la Tierra son unos salvajes. Siempre me he llevado bien con *ellos*, con los salvajes; son los civilizados los que me asustan.

—¿Se refiere a sus alumnos actuales y a los antiguos? —dijo Hibbard, sonriendo—. Pues, francamente, pensé que iba a ser bien recibido por usted en este lugar.

—Y es así, puedes creerme. Pero es una excepción. Usted no es como los demás. Desde que llegó ha estado picando rocas para buscar minerales.

—¡Oh! —exclamó Hibbard—. ¿A eso se refería usted al hablar de oro?

—Desde luego. Lo que tiene ahora delante de sus ojos ya no es una colina de un campo bucólico y virgen sino propiedad privada. Apenas terminó la guerra, la gente de la ciudad acudió a este lugar. Pero no los cazadores y pescadores, sino los exhabitantes de las ciudades. Los opulentos exhabitantes de las ciudades que podían permitirse el lujo de alejarse cuarenta millas de las mismas en lugar de quince solamente. Y ahora nos encontramos con que han edificado hermosos ranchos de lujo con espaciosos y amplios garajes para guardar sus costosos coches con remolque.

—Pues, a pesar de todo —respondió Hibbard—, para mí esto sigue siendo una espantosa región solitaria. Demasiado solitaria; sobre todo después del atardecer.

—Los indios se asustaban cuando llegaba la noche —le explicó Kerry—. Solían

encerrarse en sus tiendas de campaña situadas en círculo alrededor del fuego, del mismo modo que suelen hacer hoy los granjeros alrededor de su aparato de televisión, seguros y protegidos.

—Supongo que tiene usted derecho a estar resentido —dijo Hibbard—, pues el valor de todas estas tierras y granjas cada día sube más y más. Si usted no hubiese anticipado en su libro la riqueza de esta región, habría sido el primero en escoger la mejor tierra y a estas alturas tendría ya una gran fortuna.

—No necesito ninguna fortuna —respondió Kerry, encogiéndose de hombros—, sino solo el dinero necesario para vivir. Si quisiera, ahora podría tener un pequeño *bungalow*, situado en la inhóspita costa de Florida Keys, en un lugar que bauticé con el nombre de Key Pout.

Un rostro blanco apareció en ese instante detrás de la esquina del porche.

—Hola, papa. Dice mamá que ya es casi la hora de comer.

—De acuerdo, hijo —le contestó Hibbard—. Dile que pronto llegaré.

El rostro desapareció.

—Es un chico excelente su hijo —dijo Kerry.

—Sí, tanto su madre como yo pensamos que Hank es muy bueno. Siempre está estudiando matemáticas o cualquier otra materia. Está loco porque llegue el otoño para volver a ir al colegio. Creo que entiende de más cosas de las que entendía yo cuando tenía su edad. Incluso más de las que conocen actualmente los otros chicos.

—Es por esto por lo que me agrada tanto su hijo —contestó Kerry, mientras apagaba su pipa—. Y ahora le voy a decir otra cosa. No soy un misántropo como la gente pretende. Mi aspecto de ermitaño es simplemente una «fachada», pero también es, al mismo tiempo, una defensa contra esa gentuza que se apodera de nuestras ciudades, de nuestra cultura. Hace ya más de quince años que vivo este problema. Por eso me vine aquí. Ya soporto bastante con estar casi todo el año en el pueblo, para enseñar en el colegio. Por eso, cuando llega la época de las vacaciones salgo corriendo y me traslado a mi *bungalow*. Pues bien, he aquí que incluso este pequeño dominio mío de soledad también se ve invadido por toda esa gentuza. Las tiendas de bocadillos calientes pronto invadirán Walden Pond; aunque esto es una suposición mía.

—Supongo —respondió Hibbard— que no estará resentido conmigo por haberme establecido en este lugar.

—¡Santo cielo, claro que no! Cuando llegó el pasado mes, me alegré muchísimo de ello, más de lo que usted se imagina. No olvide que sigo siendo un miembro de la raza humana, a pesar de que considero a la mayoría de los residentes en este lugar como verdaderos extranjeros, lo mismo que a esos trogloditas procedentes de las ciudades. Puede estar usted seguro que siempre será bien venido aquí en esta tierra, en mi propio *bungalow*. Aprecio mucho a su esposa y a su hijo. Son auténticas personas.

—¿Es que quiere decirme que el resto no lo son?

—No me atormente, amigo mío —respondió Kerry—. Usted sabe perfectamente bien de lo que le estoy hablando, a lo que me estoy refiriendo. ¿No es verdad que fue precisamente por eso por lo que se estableció en este lugar?

Hibbard se dirigió hacia la esquina del porche.

—Sí, así es. Aunque en realidad vinimos a este lugar a causa de mi hijo Hank, ya que no le agradan los colegios de la ciudad, ni los otros chicos con los que jugaba en el pueblo. A mí tampoco me gustaban esos chicos, pues parecen..., no sé..., diferentes. Bueno, me refiero a esos jóvenes delincuentes. Ya me entiende usted, ¿no es así?

—Claro que le entiendo, amigo mío, demasiado bien —respondió Kerry, moviendo la cabeza—. Precisamente me he pasado casi todo el verano tomando notas sobre este asunto para luego publicar una monografía. Nada pretencioso, compréndame, ya que la sociología no es mi fuerte, pero sí lo considero un estudio muy interesante. Por añadidura, esto resulta ser un campo ideal para investigaciones antropológicas; sí, este lugar.

—¿Quiere usted decir que abundan aquí los delincuentes juveniles rurales? —le contestó asombrado Hibbard—. Precisamente al venir a este lugar confiaba en alejar a mi hijo de ese tipo de jóvenes, de ese ambiente.

—No se preocupe por ello —le tranquilizó Kerry—. Por lo que he podido ver, las granjas se mantienen inmunes al problema de la delincuencia juvenil. Desde luego, siempre hay un número reducido de sádicos, tunantes y tipos desequilibrados. Pero no tiene que preocuparse de que su hijo Hank corra ningún riesgo, ya que esos jóvenes delincuentes se encuentran en edad de ingresar en el servicio militar, si es que no han entrado ya. Yo he estado investigando sobre los jovencitos de la ciudad.

—¿Se refiere usted a chicos como el mío? ¿O acaso quiere insinuar que por los alrededores de este lugar hay un campamento de esa clase de chicos?

—Ni a lo uno ni a lo otro. Estoy hablándole de nuestros visitantes de fin de semana. No me diga que no los ha visto en el pueblo durante el verano.

—Pues no, no los he visto. Últimamente he estado tan atareado arreglando nuestro *bungalow* que no he tenido tiempo siquiera de bajar al pueblo. Solo una vez por semana, generalmente los miércoles, acostumbro a bajar al pueblo para comprar los alimentos y demás cosas que necesitamos. Pero he oído que los fines de semana el pueblo está abarrotado de esa clase de jóvenes delincuentes.

—Pues ha oído correctamente —contestó Kerry—. Pero quizá tenga usted interés en ver lo que le estoy contando. Pienso bajar al pueblo mañana por la mañana, alrededor de las nueve. De modo que si tiene interés en acompañarme, puede hacerlo.

—Lo haré —dijo Hibbard, mientras se alejaba.

Kerry permaneció en el porche viendo alejarse a su visitante por el sendero de la colina, mientras su sombra se proyectaba en la pared del porche a la luz de los últimos rayos del sol.

Desde el lejano horizonte llegó un ruido retumbante, extraño, algo que en un



principio le pareció como el estallido de un trueno distante.

Pero ninguno de los dos hombres sabía que aquel ruido tan raro era el heraldo de algo espantoso que pronto iba a suceder en aquel lugar.

Aquel extraño ruido se oyó durante toda la noche y aún continuaba al día siguiente, cuando alrededor de las diez, Ben Kerry y Hibbard se dirigían al pueblo en el viejo «Ford» del primero.

Su primer encuentro con aquel infernal sonido fue cuando ambos amigos se encontraban fuera de los límites del pueblo a la altura de una señal de carretera que rezaba: «Bien venido a Hilltop», debajo de la cual había otra en la que se leía: «Velocidad máxima, 25 millas por hora».

Esta vez el ruido se presentó bajo forma de un fuerte rumor sordo, pero ambos amigos pudieron comprobar que se habían equivocado al pensar que se trataba de un trueno. La motocicleta rugía por la carretera detrás de ellos, e intentaba adelantarlos sin disminuir su endiablada velocidad. Cuando se cruzaban con ella, Hibbard alcanzó a ver que en el asiento de la misma iba sentado un chico envuelto en una zamarra de cuero negro, con un mono a su espalda. Solo unos instantes después, cuando se disipó la polvareda que había levantado aquella máquina infernal, se dieron cuenta que no se trataba de un mono sino de una chica con los cabellos revueltos agarrada con ambas manos al conductor.

Una vez que la moto les hubo adelantado, Hibbard vio que la chica les saludaba, levantando la mano y haciéndoles una señal cariñosa con la misma. En el instante en que Hibbard apartaba la mirada de aquella escena, Kerry le dio con el codo en el costado mientras le gritaba:

—¡Cuidado, aparte la cabeza!

Segundos después, algo chocó contra el cristal anterior del coche, rebotó y cayó luego al suelo. Fue entonces cuando Hibbard comprendió que la chica no había hecho un gesto con su mano para saludarlos, sino para lanzarles una lata vacía de cerveza.

—¡Esta desvergonzada ha estado a punto de romper el parabrisas del coche! — exclamó Hibbard.

—Esto ocurre todos los días —contestó Kerry, mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza—. Cuando llegue la noche comprobará que ambos lados de la carretera están llenos de latas y vidrios rotos.

—Pero si ni siquiera parecían tener la edad que marca la ley para beber cerveza —respondió Hibbard—. ¿Acaso no existe esa ley en este estado?

—También dice la ley que no se puede ir a más de veinticinco millas por hora, y, sin embargo, ese par de jovencitos iban a más de cincuenta.

—Habla usted como si estuviera resignado a que sucedieran estas cosas — comentó Hibbard.

—Así es, mi querido amigo. Estas cosas suelen suceder todos los fines de semana

durante el verano. Todo el mundo sabe por aquí a qué atenerse.

—¿Y nadie trata de impedirlo?

—Espere y lo verá —se limitó a contestar Kerry.

En aquel momento estaban entrando en el pueblo; pasaban frente a una hilera de moteles. Aunque era media mañana, había un gran número de coches aparcados delante de dichos moteles, como asimismo gran cantidad de motocicletas. Todos estos vehículos estaban pintados de una forma llamativa, con colores chillones y extraños accesorios complementarios.

—Ya veo que se ha dado cuenta de la clase de medios de transporte que utilizan nuestros visitantes de fines de semana —dijo Kerry—. Comprendo que ello le resulte violento, pero así son estas gentes. Como grupo, creo que no les gusta lo que yo acostumbro llamar el «Hierro de Detroit». Por lo que puede usted deducir que esta gente utiliza sus motores como una señal de protesta. Como hago constar en las notas que estoy tomando, parece que estos jóvenes son unos automotivos dentro de su propia locura.

Kerry disminuyó la velocidad al entrar en la angosta y corta calle del pueblo considerada como la principal. En las aceras de la misma permanecían los grupos de jóvenes campesinos que, como todos los sábados, solían acudir al pueblo. Pero mezclados entre ellos, también estaban aquellos jovencitos que acudían todos los fines de semana.

No era muy difícil diferenciarlos, ya que los jovencitos visitantes vestían la clásica zamarra de cuero con brillo metálico, botas altas y gorra con visera echada hacia atrás, aparte de los clásicos y ceñidos pantalones vaqueros, de color azul. Algunos de ellos tenían la cabeza rapada y parecían orgullosos de lucir un cráneo bien afeitado, pero la mayoría hacía gala de largas cabelleras, cortadas según un modo que ellos mismos habían llamado «Mohawk». Un jovencito que se hallaba algo apartado de los demás tenía un aspecto totalmente distinto; se distinguía por sus grasientos rizos y por las patillas exageradamente largas. Algunos otros portaban barbas puntiagudas, lo que les confería la apariencia de cabras montañasas. La semejanza con los sátiros quizá estaba realizada por la presencia de sus acompañantes femeninos. En realidad, todas ellas eran parecidas a la chica que vieron sentada en el asiento posterior de la motocicleta con la que se cruzaron en la carretera: cabellos revueltos, rostros exageradamente pintarrajeados, jerseys muy ceñidos y pantalones muy ajustados.

La forma de hablar tan chillona de estas chicas resonaba y producía eco en aquel anfiteatro artificial formado por el inmenso círculo de jóvenes; a este espantoso ruido venía a añadirse el que producía una máquina de discos existente en un bar cercano.

Alrededor de esta máquina electrónica se hallaba un grupo de muchachos, y algunas parejas bailaban en las aceras de la calle, al son de aquel ruido infernal, indiferentes de aquellos que tenían que utilizarlas para entrar o salir de sus casas. Los rayos del sol se reflejaban en el cristal de las jarras de cerveza que sostenían mientras

reían y gritaban alborozadamente. Todo ello daba la impresión de hallarse en medio de una gran orgía.

—Ahora ya me estoy dando cuenta de lo que usted me insinuó por el camino —dijo Hibbard, volviéndose hacia su compañero—. Creo haber leído algo sobre lo que acabamos de presenciar en un libro que compré hace unos dos años. ¿Acaso no hubo por esa época una convención de motociclistas en un pequeño pueblo de California? Hubo una reyerta entre miembros de diferentes bandas, que acabó en una espantosa revuelta en la que tuvo que intervenir la policía.

—Exactamente, así fue —respondió Kerry—. Y lo mismo ocurrió al año siguiente en un pueblo de otro estado. Luego volví a leer algo parecido este verano en un periódico que cayó por casualidad en mis manos. Si intentara usted estudiar estas cosas, comprobaría que este fenómeno presente en la juventud de nuestros días se ha extendido por todo el mundo.

—¿Y era esto lo que usted quería enseñarme? —preguntó Hibbard—. ¿Que comprobara con mis propios ojos cómo esos gamberros acuden al pueblo todos los fines de semana para aterrorizar a los pacíficos pueblerinos?

Kerry asintió con la *cabeza*.

—No sea usted melodramático —murmuró—. En primer lugar, esta gente no constituye una banda de *gangsters* motorizados; a lo sumo puede comparárseles a una reunión de jóvenes amantes de los deportes motorizados o a un grupo de jóvenes fanáticos de Elvis Presley. Estos jóvenes vienen de todas partes: de las grandes ciudades, de los barrios bajos o de las pequeñas comunidades industriales situados alrededor de las mismas. No hay ningún signo externo de que pertenezcan a algún gang, grupo, organización o club de siniestros fines. Aparentemente, solo se puede decir que se reúnen simplemente para divertirse. Y si se fija usted más detenidamente, comprobará que no aterrorizan a ninguno de los ciudadanos de este pueblo, tal como me indicó anteriormente. En realidad, la mayoría de los comerciantes del pueblo se alegran de su presencia, ya que ganan lo suyo —al decir esto, Kerry indicó con su mano en dirección al bar—. Son unos excelentes clientes para ellos, pues cada fin de semana suelen dejar un buen puñado de dólares en sus cajas. El cielo es el límite.

—Pero usted mismo dijo que infringían la ley. Pueden producir alborotos, reñirse entre ellos mismos o llegar a causar daños irreparables.

—Supongo que pagan lo que hacen o destrozan.

—¿Y qué pasa con las autoridades locales? ¿Qué piensan de todo esto?

Kerry sonrió, y luego contestó a su acompañante:

—¿Se refiere usted al alcalde? Es el plomero del pueblo y le dan cien dólares al año para que ostente este título como un trabajo para pasar el tiempo. Por consiguiente, no se preocupa mucho por ello.

—Pero ¿y la policía...?

—Tenemos un *sheriff* local, pero nada más. Por añadidura, el pueblo es tan

pequeño que ni siquiera tiene una prisión. Esta se encuentra en la capital del condado.

—Y los ciudadanos que no son comerciantes ¿no se quejan? ¿Es que les agrada el permanecer cruzados de brazos mientras esos gamberros alteran el orden y alborotan la vecindad con el ruido espantoso de sus endiabladas motocicletas?

—Sí, creo que se quejan. Pero al menos por lo que yo sé, me parece que nunca decidieron llevar a cabo ninguna acción en contra de estos delincuentes juveniles. Y por lo que a mí respecta, no temo nada de estos muchachos. Se quedaría usted pasmado de lo que he podido observar durante todo este verano. Ahora lo que pretendo es poder contemplar sus competiciones motociclistas.

—¿Carreras de motocicletas?

—Exactamente. Supongo que no habrá pensado que estos jóvenes vienen a nuestro pueblo para sentarse en las aceras y charlar entre ellos, ¿no es así? Los sábados o los domingos por la tarde, siempre los encontrará usted en las colinas, en esas carreteras de segundo orden, al borde de las principales del condado. Generalmente suelen alquilar un terreno de alguno de los granjeros de la comarca y hacen carreras de obstáculos, saltan y corren por esas colinas, y hacen todo género de piruetas con sus motocicletas. Creo que esta semana harán una de esas carreras en nuestra vecindad. Antes solían efectuar estas competiciones al oeste del pueblo, pero algo debió ocurrir porque ahora han escogido este lado. Creo que el viejo Lautenshlager les va a permitir utilizar la gran colina existente detrás de sus tierras. Espero que podamos ver la fogata esta noche.

—¿La fogata?

—Así es como suelen llamar a la competición motociclista estos jóvenes —afirmó Kerry—, aparte de que acostumbran encender fogatas para orientarse durante la misma.

—Pero, ¿es que creen que son indios? —dijo Hibbard, mientras observaba a un trío que se hallaba cerca de ellos; un joven muy delgado tocaba epilépticamente una guitarra, mientras una pareja bailaba, gesticulaba y se contorsionaba grotescamente como si hubiesen improvisado de repente una danza guerrera apache. Al final tuvo que reírse burlonamente de todo aquel extraño espectáculo. Sí, quizá, en el fondo son realmente unos indios. Ni unos salvajes harían tan espantosa gritería.

—Puro *rock-and-roll*, mi querido amigo; es la música de moda —comentó Kerry, sonriéndose.

De repente, la sonrisa burlona de Hibbard se le heló en los labios. Luego, dirigiéndose a su acompañante, le dijo:

—Mire usted eso —mientras indicaba hacia la parte alta de la calle.

Un coche descapotable avanzaba hacia ellos repleto de jóvenes, y los gritos que proferían apagaban el ruido ensordecedor del motor. Al ver avanzar al automóvil un gato dio un salto que milagrosamente lo salvó de morir aplastado bajo sus ruedas.

Bueno, esto sería lo que pensó el pobre animal, ya que los gamberros invadieron la acera con el coche y lograron matar al gato bajo los neumáticos. Esta feroz hazaña fue coreada con gritos de júbilo y aplausos seguidos de risas y alborozo por parte de todos los ocupantes del automóvil.

—¿Se ha fijado usted en lo que han hecho esos miserables? —dijo indignado Hibbard a su acompañante—. Se han subido expresamente a la acera con su coche para matar al pobre animal. Déjeme usted salir del coche, que voy a demostrarles a esos canallas...

—No, no se lo permitiré —le respondió Kerry, mientras apretaba con su pie el acelerador y ponía en marcha su viejo «Ford»—. El animal ya está muerto. No puede usted hacer nada. No tiene ningún sentido el meternos en líos con esos jóvenes carentes de escrúpulos.

—Pero ¿qué es lo que le pasa? —preguntó Hibbard, con voz ansiosa—. ¿Es que acaso va usted a permitir que estos bribones se salgan con la suya? Es triste y doloroso que una criatura de tierna edad torture a un pobre animal empujada por su infantil curiosidad, pero estos muchachos no son unas criaturas. Ya son lo suficientemente mayorcitos como para saber lo que hacen.

—Tiene usted razón —admitió Kerry—. Tal como dijo antes, son unos verdaderos salvajes. Pero acuérdesese de las revueltas de las que hablamos antes: no hay nada que hacer.

Kerry siguió conduciendo el coche en silencio, y giró al llegar al final de la calle, luego atravesó un camino vecinal que circunvalaba al pueblo y se adentró en la carretera principal. Ya se habían alejado bastante, y, sin embargo, aún podían oír el griterío de los gamberros, la ruidosa música de la máquina eléctrica y el rugido espantoso de sus endiabladas motocicletas.

—Por lo visto, tienen que hacer ruido por doquiera que van —dijo Kerry al cabo de unos instantes—. Supongo que esto es lo que los psiquiatras suelen llamar «agresión oral».

Hibbard no respondió nada.

—El *rock-and-roll* también es otro signo de esta nueva generación —volvió a insistir Kerry—; pero tampoco debemos olvidar que cuando usted era joven existía el *swing*, y que cuando lo era yo existía el *jazz*. En realidad, existe un cierto paralelismo si nos fijamos detenidamente en todo esto. Ropas excéntricas, cabelleras largas, exceso en las bebidas, y por si fuera poco, rebelión contra la autoridad.

—Pero lo que no se puede permitir es esa crueldad sin motivos ni justificación —volvió a hablar Hibbard—. Admito que durante mi juventud acostumbrábamos armar jaleo después de un partido de fútbol, e incluso, a veces, llegábamos a pelearnos. Pero todos estos gamberros se comportan como auténticos psicópatas. Así está la juventud de nuestros días.

—Pero su hijo no es como esos —contestó Kerry—. Hay muchos chicos que son normales.

—Así es; pero es mayor el número de los que no son normales. Y cada año hay más de estos últimos. No me diga que no se ha dado cuenta de ello, pues no hace mucho me dijo que había estado estudiando a esta clase de chicos. Y hace un rato, cuando estábamos en el pueblo, me di cuenta de que usted estaba asustado.

—Sí, he estado estudiando a esta clase de muchachos —respondió Kerry—. Y tengo miedo. ¿Qué le parece si viene a mi casa y se queda a comer algo? Creo que debo enseñarle algo que le interesará.

Hibbard asintió con un gesto. El campo, a aquella hora de la tarde, estaba silencioso, o casi silencioso. Solo aguzando el oído se podía oír levemente el ruido de las motocicletas en los caminos escarpados de las distantes colinas.

Después de la merienda, Kerry extendió sobre la mesa un montón de hojas mecanografiadas y dijo a su acompañante:

—Hace algún tiempo que empecé esto, y hace unos días escribí algo muy interesante.

Kerry empezó a buscar entre las hojas algo que quería mostrar a su amigo.

—Mire, aquí describo esas carreras de motocicletas de las que le hablé, como asimismo hago un apartado sobre las peleas que sostienen esos jóvenes delincuentes entre ellos. Esto es un informe del jefe de Policía de Nueva York sobre el aumento de la delincuencia juvenil. Aquí tiene una lista de las armas que les fueron confiscadas a unos estudiantes de Detroit: cuchillos afilados como bisturíes, navajas de afeitar, nudillos de bronce, dos pistolas y un hacha. Todas ellas fueron utilizadas en una pelea callejera. Aquí tenemos un capítulo sobre narcóticos, robo de armas y algunos casos de incendios provocados intencionadamente. Como observará, he eliminado todo aquello referente a casos que se dan muy poco entre los jóvenes delincuentes, tales como asesinatos, crímenes sexuales, violaciones y perversiones sádicas. A pesar de todo, ya ve que también se presentan con cierta frecuencia entre ellos. En este capítulo trato exclusivamente de delitos recientes de tortura. Le puedo asegurar que no es muy agradable su lectura; no, ni mucho menos.

No lo era. Mientras lo leía por encima, Hibbard sintió que se le secaba la garganta. Desde luego, había leído casos como aquellos descritos en el libro de Kerry en los periódicos, pero nunca se había fijado con cuánta frecuencia se presentaban. En el libro de Kerry vio, por primera vez, un gigantesco cúmulo de aquellos casos; tanto que le pareció una auténtica antología del terror.

Estuvo leyendo un caso sobre unos delincuentes juveniles de Chicago que raptaron a un niño y después de mutilarlo salvajemente lo mataron; luego, otro caso sobre un joven de un estado del Sur que descuartizó a su propia hermana, como asimismo el de un jovencito que le voló la cabeza a su madre con un disparo de escopeta. Casos y más casos de infanticidio, fratricidio, parricidio, y asesinatos sin motivo ni

justificación alguna.

Kerry dirigió su mirada al rostro asombrado de Hibbard, y comprendiendo su estado de ánimo, le dijo:

—Sí, amigo mío, la verdad es mucho más horripilante que la ficción, que lo imaginado por algún Allan Poe de nuestra época. Estaría usted muchas horas hojeando mi libro sin encontrar casos delictivos como esos de Penrod o Baxter. No, estimado señor Hibbard, este ya no es un mundo de bondad, de ternura, de sacrificios por el prójimo. Investigaría en vano si tratase de encontrar un caso como el de ese pobre minero que el año pasado perdió su vida por salvar a su compañero.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted —dijo Hibbard—. Pero no lo comprendo, no puedo comprenderlo. Desde luego, siempre han existido los delincuentes juveniles, pero me parecían simples víctimas desgraciadas fruto de la depresión, y, por supuesto, siempre los he considerado como unas excepciones. Y en cuanto a esos jóvenes que proliferan después de cada guerra, también lo considero como una cosa muy lógica, ya que la pérdida de los padres siempre es la causa primordial de su carencia de valores morales. Incluso he leído muchos casos de jóvenes de buena familia que, al morir los padres en la guerra, se convirtieron en unos malvados.

Pero estos jovencitos que hemos visto hace unos instantes son muy diferentes de esos de que les hablo. ¿Qué ocurre con nuestra joven generación? ¿Qué es lo que les sucede, señor Kerry, a los chicos de nuestro tiempo?

—No lo sé; pero aún existen buenos chicos, serios, estudiosos, incapaces de hacer mal a nadie. Su hijo Hank es uno de ellos, señor Hibbard.

—Pero ¿qué es lo que influye en la mayoría? ¿Por qué ha habido un cambio tan radical en los últimos años? Esto es lo que no comprendo.

Kerry retiró la pipa de su boca y le contestó:

—Existen muchas explicaciones para todo lo que me, ha expuesto. Por ejemplo, según el doctor Wertham, una de las causas de la delincuencia juvenil radica en la lectura de libros morbosos, de *gangsters*, de crímenes y otros por el estilo. Para algunos psicoterapeutas, el principal motivo es la televisión. Según algunos sociólogos, el origen del mal está en la guerra; los chicos viven a la sombra del servicio militar, y por eso luego se rebelan. Estos jóvenes han llegado a identificarse con los héroes de la gran pantalla, como James Dean, Marlon Brando, etcétera. Sí, amigo mío, existe toda una extensa literatura sobre este tema tan delicado y doloroso.

—Pues todas estas teorías no me explican nada —respondió Hibbard—. Puede que en una conferencia suene muy bonito, pero en la realidad, ¿cómo explicarían todas estas teorías el espantoso espectáculo de crueldad que acabamos de ver? Mire, aquí en sus anotaciones veo un caso que sucedió el mes anterior. Un chico de catorce años, residente en un pueblecito del Sur, se levanta de la cama a medianoche, coge una escopeta y mata a sus padres a sangre fría, mientras estos dormían. El chico confiesa luego en la comisaría que no tenía ningún motivo para haberlo hecho, y los

psiquiatras que después lo examinaron afirmaron que el jovencito estaba perfectamente bien desde el punto de vista de sus facultades mentales. Sin embargo, el muchacho confesó que se había despertado de un profundo sueño y que sintió una irresistible necesidad de matar. Y así lo hizo. Y si se piensa en todo esto, verá usted que la mayoría de los jóvenes delincuentes siempre vienen a decir lo mismo: que sienten un «impulso», que «algo les vino misteriosamente» a la cabeza, o bien que «querían ver lo que se sentía al matar a una persona». Y al día siguiente, he aquí a los agentes de policía tratando de localizar el paradero de una pobre niña desaparecida, o los trozos de un cuerpo mutilado de un recién nacido, y muchos otros hechos tan horripilantes como estos. Créame, no tiene sentido.

Hibbard apartó aquel montón de papeles, y dirigiéndose a Kerry, le dijo:

—Ha tenido que trabajar mucho para recopilar estos casos. También me ha dicho que ha estado estudiando el caso de la delincuencia juvenil durante todo el verano. Por consiguiente, supongo, señor Kerry, que habrá llegado a alguna conclusión.

—Quizá —respondió Kerry, encogiéndose de hombros—. Pero en este momento no me encuentro en condiciones de asegurar nada con pruebas irrefutables. Necesito más datos para llegar a establecer mis teorías, mis puntos de vista.

Al pronunciar las últimas palabras, Kerry se detuvo, miró fijamente a su amigo, y continuó:

—Me consta que en su época de universitario era usted un excelente estudiante. Pues bien, me agradecería saber cuál es su opinión sobre el tema que estamos tratando.

—Pues verá usted... En primer lugar, pienso en esta insistencia, en estos casos, uno tras otro, día tras día; en ese impulso irresistible que dicen sentir los jóvenes de cometer un asesinato. Generalmente, en tales casos se trata de un chico que está solo, es decir, que no forma parte de una banda de jóvenes delincuentes. Asimismo, casi siempre se trata de un hijo único o de un muchacho que vive absolutamente solo.

Kerry clavó su mirada en el rostro de Hibbard. Luego le dijo:

—Continúe usted, es muy interesante lo que dice.

—Por otro lado —continuó Hibbard—, tenemos el caso de los *gangs*, las bandas, cuyos miembros tienden a adoptar una conducta «oficial», con su uniforme, códigos secretos y reglamento propio. Dan la impresión de querer fundar asociaciones secretas, misteriosas, clandestinas. Utilizan un lenguaje que solo ellos entienden, se ponen apodosos terroríficos, y demás cosas por el estilo. Y por si fuera poco, dan la impresión de que antes de llevar a cabo una acción delictiva o un crimen lo meditan antes con todo detenimiento. Es decir, existen dos clases totalmente distintas de delincuentes juveniles. No, rectifico lo que acabo de decir: todos estos chicos tienen una cosa en común.

—¿Qué cosa? —dijo Kerry, inclinándose hacia él.

—No *sienten* nada: ninguna vergüenza, ninguna culpabilidad, ningún remordimiento, nada. Por otro lado, no sienten ningún odio hacia sus víctimas. La mayoría de ellos lo confiesan luego en la comisaría. Matan por matar, pero no por un



motivo determinado. En otras palabras, esta clase de delincuentes juveniles son unos psicópatas.

—Maravilloso; ahora hemos llegado a un punto determinado, a un punto muy importante —respondió Kerry—. Según usted, son psicópatas. Pero dígame, mister Hibbard, ¿qué es un psicópata?

—Pues una persona que no posee sentimientos normales, que carece del sentido de la responsabilidad. Usted ha estudiado psicología y debe saberlo mejor que yo.

Kerry se levantó y se dirigió a una estantería de libros situada encima de la chimenea. Cogió unos cuantos y volvió a sentarse junto a Hibbard.

—En esa estantería tengo toda una colección completa de libros sobre psicoterapia. Pues bien, le aseguro a usted que estaría horas y horas buscando inútilmente una definición clara y concisa de lo que suele llamarse una personalidad psicopática. Esta clase de enfermos no están considerados como psicópatas. No reaccionan ante ninguna clase de tratamiento. Actualmente no existe ninguna teoría psiquiátrica que exponga claramente cómo empieza y evoluciona; por el contrario, son muchas las autoridades médicas en esta especialidad que sostienen que se nace así.

—¿Y cree usted eso?

—Sí. Pero al revés de los psicoterapeutas ortodoxos, tengo un motivo para pensar así. Creo que sé lo que es un psicópata. Y...

—¡Papá!

Ambos volvieron el rostro al oír aquel horrible grito.

El hijo de Hibbard estaba en la puerta, y los últimos rayos del sol se reflejaban en la sangre brillante que se deslizaba por un lado de su cara.

—¡Hank! ¿Qué te ha sucedido? ¿Tuviste un accidente? —preguntó Hibbard, mientras se dirigía hacia su hijo.

—No te preocupes, papá, me encuentro bien. Es que no quería ir a casa de esta manera y asustar a mamá, pues seguramente se desmayaría al ver la sangre.

—Siéntate, joven valiente —le dijo Kerry, mientras lo conducía hacia una silla—. Y ahora déjame que te limpie la cara con agua caliente.

A continuación, Kerry se dirigió a la cocina y regresó instantes después con un trozo de tela limpio y una jofaina de agua caliente. Con sumo cuidado, eliminó iodo vestigio de sangre, y dejó al descubierto la herida.

—No es muy profunda —dijo, dirigiéndose a Hibbard—. Bastará un poco de agua oxigenada y un buen vendaje. Vamos, Hank, no te muevas, que te hago la cura.

El chico dio un salto al sentir el ardor que le produjo el agua oxigenada, pero luego se sentó, y entonces pudo terminar el improvisado médico la desinfección y el vendaje.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro perfectamente bien —respondió Hank—. Lo único que me pasó fue que me hirieron con la cadena.

—¿Quién te hirió?

—No lo sé. Unos chicos. Resulta que esta tarde salí a dar un paseo y oí un ruido espantoso detrás de las tierras del viejo Lautenshlager, arriba en la colina, ya conocen ustedes a qué sitio me refiero. Entonces me acerqué y vi a un grupo numeroso de muchachos, bueno, y también a varias chicas. Estaban conduciendo sus motocicletas, subiendo y bajando por la colina, y armando un jaleo espantoso con sus máquinas. Luego quise acercarme más, para ver mejor lo que allí ocurría, solo para eso, y entonces...

Los labios del chico comenzaron a temblar, y Hibbard le puso las manos sobre sus hombros para tranquilizarlo.

—Estoy seguro de ello y lo comprendo —le dijo su padre, tratando de sosegarlo—. De modo que subiste, Bueno, ¿y qué ocurrió luego?

—Pues empecé a subir la colina. Pero antes de que pudiera alcanzar la cima, aquellos muchachos grandotes se echaron encima mío. Debían ser cinco o seis, y salieron de improviso de detrás de unos arbustos y me cogieron. Uno de ellos tenía un palo, y el otro una cadena; este último me pegó con ella en el rostro y me produjo esta herida. Entonces eché a correr y ellos me persiguieron, pero conseguí desorientarlos y me escondí en el bosquecillo de Lautenshlager; allí me perdieron de vista.

—¿Conseguiste verles el rostro a esos muchachos?

—Pues uno de ellos tenía barba. Todos llevaban una zamarra de cuero negro e iban calzados con botas altas y sucias.

—Ya entiendo; se trata de la banda de esos sinvergüenzas de delincuentes juveniles —respondió su padre—. Sí, nuestros amigos los psicópatas. Bueno, si puedes andar, levántate y sígueme.

—¿Adónde vamos a ir?

—A casa, naturalmente. Quiero que te acuestes inmediatamente, pues has recibido un buen porrazo y conviene que descanses. Luego cogeré el coche e iré a ver al *sheriff*, pues esto ya ha pasado de la raya y es imprescindible que intervenga la policía.

—¿Está usted seguro de que nos conviene armar ese jaleo y hacer intervenir a la policía? —preguntó Kerry, mientras dejaba su pipa sobre la mesa—. ¿No se imagina lo que puede ocurrir si va a informar a la policía? ¿No comprende que entonces sí que surgirán problemas?

—Acaba de producirse un hecho delictivo hace unos instantes —respondió Hibbard—, y mi deber es ir a avisar a la policía. En cuanto al jaleo, para mí ya se ha producido cuando esa banda de desalmados se echaron sobre mi hijo como perros sedientos de sangre y le hirieron en la *cabeza*. Vamos, hijo, vámonos para casa.

Hibbard se dirigió con su hijo hacia la puerta sin volver la mirada hacia Kerry, y emprendió luego el camino por la vereda existente frente al *bungalow* de este último.

Kerry hizo un gesto de desaprobación. Por un momento estuvo a punto de llamar a Hibbard, pero no lo hizo y cerró la puerta. Durante unos instantes permaneció de

pie, inmóvil, con la mirada fija en la distante colina que se divisaba a través de la ventana junto a la chimenea. No se veía ninguna luz en aquella colina, pero sí se oía perfectamente el ruido producido por las motocicletas de aquellos jóvenes. Kerry estuvo escuchando durante largo tiempo. Luego, lentamente, se dirigió a la habitación que tenía frente a él. Minutos después salió y se sentó junto a la chimenea, para avivar el fuego de la misma. A continuación cogió una libreta y comenzó a escribir en ella, levantando de vez en cuando la cabeza como si esperara oír de un momento a otro un ruido inesperado. Su rostro tenía el aspecto de un hombre que había estado mucho tiempo esperando que se produjera un jaleo... y al final se había metido en él. Kerry se puso cómodo en su butacón y se concentró profundamente.

Seguramente había transcurrido más de una hora antes de que se produjera aquel ruido. Aunque Kerry lo esperaba, dio un salto cuando oyó aquellos pasos. Rápidamente se dirigió hacia la puerta, y llegó a ella justo en el momento en que Hibbard la franqueaba.

—¡Ah, es usted! —Su voz pareció sosegar al ver a su amigo—. Está tan oscuro que al principio no le había reconocido. ¿Qué ha sucedido?

Hibbard no le contestó. Durante unos instantes permaneció mudo, clavado en el suelo como un poste, tratando de recuperar el aliento.

—He estado corriendo durante mucho tiempo y apenas tengo aire en los pulmones.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Kerry—. ¿Acaso se trata de Hank?

—No, el chico está bien. Lo metí en la cama apenas llegué a casa, y su madre no sabe nada de lo que ha ocurrido. Se limitó a curarle, pues ya sabe usted que años atrás trabajó como enfermera en un hospital. Antes de ir a ver al *sheriff*, decidí comer un bocadillo. Teníamos la puerta cerrada, y quizá fue por eso por lo que no oí nada. Seguramente entraron y salieron rápidamente de mi jardín sin hacer el menor ruido. Mi esposa no los oyó.

—¿A quiénes?

—A nuestros amiguitos los gamberros. Me imagino que pensaron que Hank me lo habría contado todo y que yo iría a denunciarlos a la oficina del *sheriff*. Seguramente se fijaron en que yo no tenía teléfono en la casa para avisar al *sheriff*, por lo que decidieron destrozarse los neumáticos de mi coche para evitar que yo fuera a denunciarlos. Pero ya les enseñaré yo a esos miserables delincuentes quién es Hibbard; ya lo verán.

—Vamos, amigo mío, tranquilícese.

—Pero si estoy tranquilo, muy tranquilo. Si estoy aquí es para pedirle que me preste su coche, solamente por eso, nada más.

—¿Aún insiste en denunciarlos a la policía?

—¿Qué quiere decirme con ese «aún»? Después de lo que ha sucedido nada podrá detenerme. Antes de salir de mi casa me aseguré bien de que todas las puertas y ventanas estaban perfectamente cerradas. Pero temo que sean capaces de prenderle

fuego durante la noche.

—Pues yo creo —respondió Kerry— que si usted regresa a su casa y permanece en ella tranquilamente, no se atreverán a nada, se acabará todo este jaleo. Lo único que desean es que los dejen en paz.

—Bueno, entre lo que ellos pretenden y lo que van a recibir de mí hay una diferencia como un abismo. Voy a buscar a todo policía que haya en este territorio, a todo soldado que esté de servicio en este lugar. Y entre todos pondremos fin a esta situación.

—No, no podrá acabar con este estado de cosas. Por lo menos, de esa forma.

—Escuche, no he venido a charlar con usted, sino a que me deje las llaves de su coche.

—No, no pienso dárselas hasta que haya escuchado lo que tengo que decirle.

—Ya le he oído bastante desde el día en que esos miserables mataron salvajemente a aquel pobre gato —respondió Hibbard, con voz ahogada por la rabia—. Bueno, de acuerdo, ¿qué es lo que quiere decirme?

Kerry avanzó unos pasos y se colocó junto a la estantería de libros cerca de la chimenea.

—Esta tarde, como usted recordará, estuvimos hablando sobre los psicópatas. Le dije que los psiquiatras no comprenden a fondo esta enfermedad, pero que yo, en cambio, sí. Y es que a veces sucede que un antropólogo comprende mejor estas cosas. Durante muchos años, y en mis horas libres, he estado estudiando el llamado «espíritu de banda de delincuentes» y las sociedades secretas de muchas culturas. Se encuentran en casi todos los sitios, y existen ciertas características que son comunes a todas. Por ejemplo, ¿sabía usted que en algunos sitios incluso las mujeres jóvenes tienen sus propios grupos o sociedades clandestinas? Pues bien, según afirma el doctor Lips en su libro...

—Perdone que le interrumpa —dijo Hibbard—, pero no me interesa lo que pueda decir ese doctor Lips.

—Le interesará si me deja hablar —insistió Kerry—. Lips asegura que solo en África existen centenares de esas sociedades secretas. La sociedad secreta Bundu, en Nigeria, utiliza unas máscaras especiales como asimismo unas extrañas vestimentas durante sus ritos secretos. Si algún aventurero osa espiarlos durante sus ritos, es castigado cruelmente, o incluso asesinado.

—Oiga, amigo mío, una banda de delincuentes juveniles no es una sociedad secreta.

—Pues esta tarde, señor Hibbard, usted mismo pudo comprobar su similitud.

—Admito que algunos chicos se reúnen y forman una banda, pero otros no lo hacen. ¿Qué me dice usted de los «solitarios», esa clase de delincuentes que sienten un impulso incontenible de matar?

—Pues sencillamente que no saben lo que hacen ni lo que son —respondió Kerry—. En este aspecto, podemos estar satisfechos de que no sepan por qué se reúnen y

cometen semejantes barbaridades. Lo único que ansío es que nunca sepan el motivo por el cual suelen reunirse en bandas.

—Yo conozco cuál es el motivo: todos son unos psicópatas.

—¿Y qué es un psicópata? —preguntó Kerry, con voz suave—. Un psicoterapeuta no se lo podría explicar, pero yo sí puedo. Y puedo hacerlo porque soy antropólogo. Escuche, un psicópata es un demonio.

—¡Cómo!

—Un demonio, un diablo. Una criatura admitida en todas las religiones, en todos los lugares, por todos los hombres. Es el fruto de la unión entre un demonio y una mujer mortal.

Al llegar a este punto, Kerry sonrió al ver el asombro reflejado en el rostro de su amigo. Luego, prosiguió:

—Sí, comprendo que se extrañe de esto que acabo de decirle, pero le agradeceré que lo piense por un momento. Piense en cuando empezó todo esto; esta ola de crímenes juveniles, de crueldad psicopática. ¿No fue acaso hace unos pocos años? Pues bien, comenzó exactamente cuando los bebés nacidos durante los primeros años de la guerra llegaron a la adolescencia, esa etapa de la vida comprendida entre los trece y los dieciocho años. Era la guerra, y los hombres estaban en el frente, fuera de sus hogares. Sus esposas empezaron a tener pesadillas; esa clase de pesadillas que todas las mujeres han tenido desde la más remota antigüedad. La pesadilla del incubo, es decir, la unión del demonio con ellas cuando están durmiendo. Este fenómeno se presentó durante las Cruzadas. Y luego continuó con el apogeo de la brujería en toda Europa; los cultos demoníacos, llevados a cabo por brujos y brujas, y presididos por el diablo, de los que se esperaba el fruto de la unión de una mujer carnal con un demonio; un ser semihumano fruto de una unión maquiavélica, blasfema, horripilante. ¿Comprende usted ahora como todo esto encaja con lo que estamos presenciando hoy día? El insano deseo de crueldad; la repentina, apremiante y maníaca necesidad de torturar y destruir que se presenta durante el sueño; la repugnante incapacidad de poder reaccionar ante los sentimientos nobles y normales; la extraña sensación que sienten los jóvenes delincuentes juveniles de nuestros días de reunirse en bandas para llevar a cabo actos de violencia. Como le decía antes, no creo que ellos mismos sepan lo que les hace comportarse de esa forma; pero si algún día lograsen adivinarlo, entonces brotaría una oleada de satanismo y magia negra mucho peor que la existente durante la Edad Media. Incluso hoy día, se reúnen alrededor de una hoguera durante las noches de verano en las cavernas de las cimas de las colinas.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Hibbard, furioso, mientras sacudía a Kerry por los hombros—. Estos jovencitos no son más que unos niños, unas criaturas, y lo único que necesitan es una buena azotaina, todos ellos, y quizá un par de años en un reformatorio.

—Está usted hablando como las autoridades; quiero decir como esos

incompetentes policías, esos ignorantes jueces de los tribunales de menores, como los directores de esas escuelas de beneficencia donde pretenden redimir a los jóvenes descarriados a base de garrotazos y dura disciplina. ¿Es que acaso aún no se ha dado usted cuenta de que todos esos métodos de rehabilitación nunca han dado resultado desde hace muchos años hasta el día de hoy? ¿Acaso todo esto se puede resolver con simples medios psicoterapéuticos? Cuando se está continuamente en contacto con algo, al final se llega a no comprender la verdadera naturaleza del problema. Y usted y todos nosotros estamos en contacto con demonios, con verdaderos hijos del diablo. Lo que se necesita es exorcismo. Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle. Y precisamente por esto es por lo que no le presto mi coche para que vaya esta noche a avisar a la policía. Si interviene la policía, habrá una oleada de violencias, de disturbios en todo el pueblo, y se cometerán crímenes y...

Hibbard le dio un puñetazo a Kerry y este cayó al suelo. Al caer, se golpeó la cabeza con el borde inferior de la chimenea, y quedó inmóvil mientras un hilillo de sangre manaba de su sien derecha. Hibbard le tomó el pulso, y a continuación le registró los bolsillos hasta que localizó las llaves del coche de Kerry.

Luego se levantó, se dirigió a la puerta y huyó del *bungalow* de su amigo.

Cuando Kerry recuperó el conocimiento se sobresaltó. Sentía un intenso dolor de cabeza. Se apoyó en la mesa y a duras penas logró incorporarse. Entonces el dolor aumentó. Luego sintió algo así como un ruido continuo y agudo dentro de su cráneo. Pero no era solo el efecto de su malestar, parte del mismo procedía de un sitio distante. Entonces comprendió que aquel ruido procedía de las colinas.

Se frotó la frente y se dirigió rápidamente hacia el porche. La obscuridad distante se hallaba disuelta por un resplandor rojizo que, como pudo luego comprobar, correspondía a las hogueras encendidas en la cima de la colina. Kerry se dirigió hacia la puerta mientras metía las manos en sus bolsillos; al llegar a esta, titubeó, volvió a su bufete y se dirigió al escritorio. Abrió un cajón de este y sacó un pequeño revólver. Lo introdujo en su bolsillo y de nuevo se dirigió hacia la puerta.

El sendero estaba obscuro, pero pudo caminar por él gracias al resplandor de las hogueras. Cuando llegó al fondo del valle que formaban las colinas, comprobó que su coche no estaba allí, pero pudo observar claramente las huellas de los neumáticos y dedujo la dirección que aquel había tomado. Hibbard había escogido la carretera secundaria que conducía más prontamente a la autopista para poder así llegar lo antes posible al pueblo. Kerry decidió entonces rodear la colina existente detrás de las tierras del viejo Lautenshlager pensando que este sería el camino más corto, aunque luego consideró que quizá habría sido mejor dirigirse directamente a la autopista y así alcanzar a Hibbard antes de que este llegase al puesto de policía. No había logrado nada tratando de convencer a Hibbard de que no acudiese a la policía, pero debía intentarlo de nuevo. La policía no podría solucionar aquella situación; lo único que haría sería agravarla más aún. Si al menos pudiese solucionar aquel problema a su manera, de poder hablar con aquellos que aún confiaban en los viejos remedios del

exorcismo, de la expulsión de demonios...

Kerry aceleró el paso mientras una sonrisa amarga se dibujaba en su rostro. No podía censurar la reacción de Hibbard. La mayoría de los hombres pensaban como él. Los más *civilizados*, es decir, aquella pequeña minoría de nuestro mundo occidental que caminan con los ojos vendados, ignorando a aquel otro billón y medio que incluso hoy día admiten la existencia y el poder de las fuerzas oscuras, ocultas, misteriosas. Fuerzas no solo poderosas, sino capaces de multiplicarse.

A lo mejor hacían bien en no creer en ellos. Había dicho la verdad a Hibbard; la única esperanza consistía en que no comprendiesen su propia naturaleza. Los demonios aquellos no sabían que lo eran; si llegasen a saberlo...

Kerry apartó inmediatamente este pensamiento de su mente mientras rodeaba la colina donde ardían las hogueras. Avanzó amparándose en las sombras de la noche, mientras los ruidos ensordecedores de las motocicletas le destrozaban los tímpanos. Al volver un recodo de la vereda vio un coche en la cuneta. Al acercarse a él, pudo comprobar que se trataba del suyo. ¿Acaso Hibbard había tenido un accidente? Entonces, Kerry empezó a repetir en voz baja:

—Hibbard, ¿dónde se encuentra usted? ¿Está usted por aquí, Hibbard?

Unas sombras emergieron de la oscuridad, detrás de un grupo de arbustos. Una de ellas le gritó, con voz preñada de ironía y sarcasmo:

—Ha hecho muy bien al no querer acompañar a su amigo.

Kerry solo tuvo tiempo de oír aquella voz; solo ese tiempo, y nada más. En efecto, en cuestión de segundos todas aquellas sombras le rodearon, y mientras unas le sujetaban, las demás empezaron a golpearle hasta que se desvaneció.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró en la cima de la colina; sí, tenía que hallarse en aquel sitio ya que se encontraba al lado de una inmensa hoguera, mientras aquellas sombras rugían y brincaban alrededor de él. Aquella espantosa escena le recordó los grabados en madera en los que se representaba el Sabbat y la Adoración del Maestro. Solo que no había ningún Maestro en el centro del fuego; lo que sí había era una extraña figura, una especie de espantapájaros atado a un poste ennegrecido y quemado por el fuego de la hoguera. Los jóvenes danzaban y daban saltos, mientras uno de ellos tocaba una guitarra con rabioso frenesí; simplemente un grupo de chicos tratando de divertirse. Algunos de ellos bebían cerveza, mientras otros se habían subido a sus motocicletas y empezaron a dar vueltas en círculos alrededor de las llamas.

No existía la menor duda de que habían conseguido producirle un espantoso pánico, aparte de que le habían pegado salvajemente, pero pensó que en el fondo no eran más que unos jóvenes delincuentes, y esta conducta era propia de esta clase de chicos. Kerry creyó que tenía que explicarles que su conducta era impropia, que no debían haber hecho aquello, pero no tuvo tiempo. En ese instante empezaron a empujarle hacia el centro del círculo. El más alto de ellos, un mocetón que llevaba una capa de cuyo borde pendían colas de castor, se puso frente a Kerry y le dijo con

voz sarcástica:

—Encontramos al otro hombre, y le dimos lo que merecía antes de que se escapase.

—Fijaos, el hombre está temblando —dijo otro.

—Tenemos que darle un buen escarmiento —intervino otro de los muchachos—, pues iba camino del pueblo, seguramente a avisar a la policía.

—Pues si lo hubiera conseguido nos habría proporcionado un gran problema, un buen lío —aseguró un tercero.

—Sí, nos habría creado un gran problema.

—¿Qué hacemos con él?

Kerry empezó a mirar a uno y otro lado, tratando de localizar el origen de aquellas voces. Solo pudo ver, a la luz de las llamas de la hoguera, unos rostros en los que se reflejaban unas sonrisas burlonas, siniestras.

—¿Qué os parece, chicos, si hiciéramos el sacrificio? —propuso una de las muchachas que bailaba alrededor de la hoguera, en cuyos ojos se reflejaba una expresión salvaje.

—Sí, sí, el sacrificio; es una buena idea —empezaron todos a gritar a coro.

¿Sacrificio? ¿Hombre? ¿El «hombre negro» del Sabbat?

Kerry empezó a luchar contra estas ideas que le vinieron inmediatamente a la mente. No, no podía creer en eso; no podía admitirlo, sería espantoso. De repente todos empezaron a empujarle en dirección al fuego, y entonces Kerry pudo ver al ennegrecido espantapájaros que había visto al principio.

Cuando al final pudo reconocer al espantapájaros en llamas, ya no lo dudó más; pero era demasiado tarde. Aquellas manos le tenían sujeto, le apretaban, le empujaban hacia las llamas.

Se oyó un grito espantoso, y Kerry hizo un último esfuerzo para no desmayarse. ¡Si al menos pudiese entender lo que estaban gritando! Con ello conseguiría, por fin, conocer la verdad; comprobar la autenticidad de sus teorías. *¿Sabían o no sabían aquellos jóvenes lo que realmente eran?*

Pero no pudo; en aquel instante, Kerry cayó al suelo, se desvaneció mientras las motocicletas giraban alrededor de la hoguera haciendo un ruido infernal.

El rugido de aquellos motores ahogó todas las voces, por lo que Kerry murió sin haber logrado enterarse de lo que decían en sus cánticos rituales.



# EL SARCÓFAGO SELLADO

## R. LIONEL FANTHORPE

*R. Lionel Fanthorpe es el más famoso escritor británico moderno de obras ultratumba, un especialista de extraños relatos de pérfida resonancia; una resonancia misteriosa de la que nadie puede huir. Una resonancia maléfica que espolea a sus víctimas hacia la muerte... ¡o hacia algo peor!*

*«The sealed sarcophagus» («El sarcófago sellado») es la espeluznante historia de una intrépida y joven arqueóloga y del eterno guardián de una tumba egipcia prohibida.*

El profesor Clive Duncan se limpió la frente con un enorme pañuelo de lunares rojos de proporciones verdaderamente nada académicas. Volvió a ajustarse el casco y sonrió con bondad en dirección a su hija Maureen, quien se hallaba en la proa de un bote de quilla plana que los conducía a los tres. —Duncan, su hija Maureen y Abdul, el factótum— desde Ombos a Syene, hacia la primera catarata existente. El profesor consultó su mapa.

—Dentro de poco —murmuró para sí—, la isla de Elefantina estará a la vista.

Quizá la alcanzarían, si remaban de firme durante un día.

Maureen miró por sobre su hombro a través de las hendiduras del toldo de papiro; la brisa parecía hacer poco o nada para suavizar aquel calor bochornoso y sofocante. Se preguntó qué estaba haciendo allí, en Egipto, y llegó a la conclusión de que la respuesta podía condensarse en una sola palabra: curiosidad.

Quería conocer el pasado de Egipto, de Siria, de Babilonia tal como fuera en los días de mayor esplendor de su historia. «Estremecimiento» quizá fuese una palabra demasiado fuerte, pensó para sí; no buscaba una emoción intensa, sino que sentía un inmenso deseo de hallar algo nuevo, algo que nadie pudiera pensar que existiese. La arqueología era una de esas ciencias en las que uno siempre puede estar a punto de descubrir algo realmente maravilloso e insospechado. La tragedia de la arqueología parecía ser que la especialización había aplastado los intentos de los más brillantes exponentes para absorber y abarcar este vasto campo de la investigación científico-arqueológica.

El calor y el movimiento cadencioso del toldo de papiro acabó por adormecerla, lo que habría sido un gran alivio de no ser por las moscas pegajosas y molestas. Maureen se vio obligada a sacar aquel curioso abanico de papel comprado en cierta ocasión a un artesano de Tebas y darse aire con él. Gracias a ello, pudo espantar las dichosas moscas y refrescar su rostro con aquella brisa artificial. Se puso a pensar

otra vez en su inmenso deseo de descubrir algo nuevo, desconocido, en el maravilloso campo de la arqueología, y se adormeció. Mientras Maureen dormía, los remeros egipcios hacían avanzar el bote, Nilo arriba, en dirección a Ombos y a los misterios y secretos que detrás de él se escondían.

El profesor Duncan volvió a secarse la frente. Luego se quitó el casco y alisó sus cabellos, aquellos cabellos de indeterminado color, quemados por el sol de muchos años de estancia en el Oriente Medio. Dejó el mapa que había estado examinando y cogió un antiguo papiro. Este trataba de la historia de las religiones de las dinastías antiguas. Se puso a estudiarlo lenta y cuidadosamente. Los símbolos jeroglíficos eran tan fáciles de leer para él como lo sería un alfabeto corriente para la mayoría de los hombres. Aquel histórico documento se refería a las principales divinidades egipcias. Hablaba de Nun, en cierta época conocido bajo el nombre de Nu, una especie de mar en el que habían sido sembradas antes de la Creación las semillas de todas las cosas existentes en este mundo. El antiguo papiro que el profesor Duncan estaba estudiando aludía a Nun como Padre de los dioses. El profesor lo estudiaba desde un punto de vista estrictamente intelectual, pues según sus conocimientos en esta materia, Nun no tenía ni templos ni adoradores. Luego estaba Autum, a quien se le consagró el toro. Fue una especie de cosa preexistente, algo así como un *Logos* creativo, pues fue lo primero que nació y el creador de todos los dioses. Más adelante, en manuscritos posteriores, su nombre se transformó en Atum-Ra. Este dios fue adorado en la mayoría de los templos sagrados durante las últimas dinastías.

El sol parecía calentar más aún, y el profesor Duncan se quedó dormido mientras el papiro caía de sus manos al suelo de la embarcación. Al tambalearse su cabeza, Abdul, que estaba situado detrás de él, se apresuró en coger una almohada y colocó sobre ella la cabeza del profesor. Sonrió inescrutablemente, cogió el papiro del suelo y lo enrolló con cuidado. A continuación miró a través de las hendiduras del toldo, y se puso a escuchar, con esos oídos que solo tienen aquellos hombres privilegiados que pueden percibir los sonidos maravillosos de la madre Naturaleza, descubriendo el suave murmullo de las aguas del Nilo y el dulce chocar de las ondas contra los costados de la embarcación. Poco a poco, el calor bochornoso y sofocante empezó a disminuir, y aunque tanto el profesor como su hija dormían, sus mentes no estaban lejos de la Leyenda de la Tumba Perdida de Ombos que los había traído a aquellas tórridas orillas altas del Nilo.

Pronto se divisó el embarcadero. La barca enfiló suave y lentamente hacia él. Los remeros dejaron de bogar, y el bote, obediente a la mano del timonel, atracó al embarcadero. Los hombres de tierra lanzaron unos cabos, y la embarcación quedó sujeta y firme. Entonces, Abdul tocó con suavidad el hombro del profesor Duncan para avisarle que ya habían llegado. Este abrió los ojos y le miró.

—Ya hemos llegado, profesor —dijo el árabe, con voz profunda y potente, tan enigmática como el gran desierto libio que se extendía más allá.

Maureen se desperezó y abrió los ojos. El profesor Clive Duncan la ayudó a

desembarcar. Abdul cogió los paquetes sin hacer ningún esfuerzo, pues se trataba de un árabe de poderosa musculatura. No había fardo, por pesado que fuese, que se le resistiera.

Las pensiones de Ombos no eran tan excelentes como para ser inscritas en una guía internacional de hostelería, pero Abdul se encargó de hallar un lugar en el pueblo donde se podía dormir y comer más o menos bien.

Al llegar a la puerta de esta «pensión», por así llamarla, se encontraron con un joven de boca sonriente y ojos tan negros como las noches en el desierto, aunque daban la impresión de mirar a todas partes, pues no permanecían fijos un solo segundo.

Había algo en aquel muchacho árabe que hizo recordar al profesor Clive Duncan la luz del sol sobre las aguas del Nilo: siempre en constante movimiento, nunca inmóvil, limitándose a moverse continuamente, con una cadencia que parecía aumentar aún más el calor. Al día siguiente por la mañana alquilaron tres camellos y se dirigieron a la orilla oriental del Nilo, penetrando en el desierto arábigo. Delante de ellos, a cien millas de distancia, las aguas del mar Rojo les esperaban, igual que esperaron a los israelitas unos milenios antes.

Habían recorrido unas diez o doce millas cuando Duncan volvió a consultar su mapa.

—Profesor —dijo Abdul, rompiendo aquel silencio pegajoso y sofocante que emanaba de las ardientes arenas—, ¿qué piensa de esas rocas de arena petrificada? ¿No están en el mapa secreto?

—¿Crees que pueden ser las mismas? ¿Piensas que por pura casualidad hemos acertado donde los demás, antes que nosotros, han fracasado? ¿Consideras que un descubrimiento de esta categoría e importancia puede llevarse a cabo en tan poco tiempo?

Abdul se encogió de hombros, algo decepcionado por la respuesta del profesor, y contestó:

—Solo trataba de exponerle una idea, profesor. Es usted quien decide.

—Bueno, vamos a echarles un vistazo —aprobó Duncan.

Desmontaron de los camellos y se cobijaron bajo la sombra de un gran montículo de arena. Entonces el profesor se puso a estudiar aquel mapa misterioso que había llegado a sus manos por medios asimismo extraños pocos meses antes.

—Sí, puede ser —dijo Duncan—. Examinemos ese camellón más de cerca.

Con una extraña sensación no exenta de misterio, el profesor, su hija Maureen y Abdul se dirigieron hacia la roca arenisca. Esta daba la impresión de haber sido esculpida por las manos de dioses celosos de que profanasen aquel lugar. Había grabados en ella unos signos que prohibían acercarse. Abdul rodeó la roca y luego se aproximó a Duncan y estudió nuevamente el mapa misterioso.

—Profesor, si me permite que suba —dijo Abdul—, quizá pueda ver el otro lado de las dos cumbres y comprobar si también están grabadas.

—¿Serías capaz de ello?

Abdul se limitó a sonreír.

—Profesor, puedo subir igual que un mono a la palmera más alta de un oasis.

Maureen y su padre vieron cómo Abdul, compañero suyo en esta y muchas otras expediciones, subía con una agilidad atlética por aquella roca arenisca de cortantes filos y peligrosa inclinación. Trepó a lo alto de la misma con igual facilidad con que Duncan y Maureen hubiesen podido subirse a una silla. Para ello antes había asegurado el extremo de una cuerda en uno de los picos de la roca arenisca, mediante un lazo corredizo.

Abdul permaneció de pie al llegar a la cima como un personaje de las historias de Kipling dispuesto a tocar la trompeta y avisar al resto de la columna de caballería que le habían tendido una emboscada, aún a riesgo de su propia vida.

La excitación que demostraba mientras movía rápidamente los brazos y hacía extraños gestos, demostraba que había descubierto algo importante. Bajó de la roca y se acercó a ellos, falto de respiración, jadeante, nervioso, con los ojos brillantes como las estrellas del desierto. Luego dijo, con voz dominada por el entusiasmo:

—Profesor, las dos cumbres del lado norte pueden ser las que indica el mapa.

Para otro hombre que no fuese Duncan, las palabras de Abdul hubieran debido ser comprobadas, pero el profesor siempre había confiado plenamente en su excelente guía y compañero de tantas expediciones arqueológicas. El profesor no era uno de esos pedantes que juzgan el nivel cultural de una persona por el color de su piel o la raza a la que pertenece. Clive Duncan era ya muy viejo y había viajado mucho; sabía que era auténtico aquel adagio que aseguraba que en todas las razas hay hombres buenos, malos, inteligentes e ignorantes. Abdul, para el profesor Clive Duncan, era una joya preciosa en sus investigaciones arqueológicas. Reunía dos cualidades esenciales en esta clase de expediciones: la astucia del ánade migratorio y la rapidez y la perspicacia del águila dorada.

—Sería importante y necesario que usted tratase de encontrar la entrada de esta roca arenisca, pues forzosamente debe haber una —dijo Abdul.

Duncan asintió con la cabeza.

—Resulta extraño —dijo el profesor— que el muerto haya conservado su secreto, y que ahora, después de haber investigado tantos meses en otro lado, nos encontremos frente a la solución del problema. Bueno, digamos que todo ha sido pura coincidencia.

Acto seguido se puso a meditar en silencio. Maureen se echó a reír; pero su risa era más bien un sonido raro, nada jocoso ni divertido.

—Papá —dijo Maureen—, tengo la impresión de que llevamos tantos años efectuando expediciones arqueológicas que al final has acabado por creer en todos los misterios de las religiones egipcias y ahora todos aceptamos las fuerzas y poderes sobrenaturales.

—Pues yo opino simplemente —respondió el profesor— que este es el lugar

indicado en el mapa, que debemos considerarnos afortunados y que todo esto no constituye ningún misterio de fuerzas o poderes sobrenaturales, sino solo suerte, pura suerte.

—Admito —respondió su hija Maureen— que algunos de los más grandes descubrimientos han sido llevados a cabo por pura suerte y nada más que por suerte, como ocurrió con los papiros del mar Muerto.

—Exactamente —respondió su padre—. Los papiros del mar Muerto son una prueba de ello. Muchos de los grandes descubrimientos se deben al azar. Pero dime, hija mía, ¿quién podría asegurar la diferencia existente entre la suerte y «otra cosa»?

—¿Acaso quieres insinuar, querido papá, que esos descubrimientos no se deben realmente a la «suerte»? ¿Crees que existen poderes sobrenaturales que empujan y conducen a los hombres a descubrir cosas, y que luego parece que todo ha sido pura suerte?

Duncan sonrió. El profesor parecía muy viejo y sabio cuando sonreía. Su rostro se llenaba de líneas risueñas. Si su barba hubiera sido un poquito más larga, se le habría tomado fácilmente por un Papá Noel oriental, o quizá por un San Nicolás árabe.

—Bueno, dejemos de filosofar y vayamos a ver qué hay de realidad en todo esto.

Maureen y Abdul le siguieron hasta la cara norte de la cumbreira de roca arenisca.

—Estoy pensando —intervino Abdul— que los hombres que construyeron una tumba en este sitio, no subieron a la cumbreira para luego descender por la hondonada. Me parece algo imposible.

—Pues pudieron hacerlo, querido Abdul —respondió el profesor Clive Duncan—, si la obra que pensaban llevar a cabo era de suma importancia. Y tú sabes perfectamente que este es nuestro caso.

Al llegar a este punto, el profesor adoptó la postura de un sabio catedrático de arqueología enseñando en un aula universitaria algo que resultaría misterioso para sus alumnos. Luego, prosiguió:

—Existían tres métodos para evitar que el contenido de una tumba sagrada fuese profanado por los ladrones del desierto. El método más corriente consistía en sellar las puertas mediante grandes masas de arena contenidas por gigantescas y pesadas rocas. Este era un método excelente, pero siempre contando con que los ladrones dispusieran de poco tiempo, ya que las tumbas importantes eran inspeccionadas con frecuencia por funcionarios faraónicos, y los ladrones corrían un gran riesgo. Luego existía el método de los laberintos, mediante el cual se construían pasajes interiores combinados de tal forma que era difícil tanto encontrar la cámara mortuoria, como salir de ella una vez dentro.

—¿Y cuál era el tercer método? —preguntó Maureen, con una sonrisa en los labios, pues ella lo sabía, y su padre estaba al corriente de ello.

El profesor Duncan sonrió y repuso:

—El tercer método consistía en la defensa mecánica o física: la trampa, a simple vista inofensiva, en la cual quedaba aprisionado el profanador de la tumba.

Generalmente se combinaban los tres métodos, pero el más eficaz, al menos desde el punto de vista arqueológico, era el simple *encubrimiento*. En efecto, un laberinto puede solucionarse tarde o temprano; recuerden ustedes a Ariadna y su ovillo de lana; las trampas pueden ser evitadas o desconectadas. Además, dicha trampa solo funcionaba una sola vez, por lo que, cuando había atrapado a su primera víctima, los demás podían entrar con impunidad en la tumba. Mas siempre existía el temor de que, una vez atrapada la primera víctima, pudiese volver a funcionar, y como los ladrones de tumbas son, por lo general, vulgares truhanes, tenían miedo, a pesar de todo. Pero el método del *encubrimiento* era el más seguro. Consistía en lo siguiente: se escogía un lugar apartado y solitario, y una vez que los trabajadores habían terminado de construir la tumba sagrada, se les cortaba la lengua cruelmente, o lo más corriente, se les asesinaba. Luego se borraban todos los vestigios y huellas y se tapaba y encubría la entrada. ¿Qué mejor defensa podía existir? Solo la suerte o la casualidad podían desbaratar este astuto encubrimiento; o ese poder extraño, del que antes hablábamos, sobrenatural y misterioso, que conduce a la persona afortunada directamente hasta el lugar donde se encuentra la tumba.

El profesor Duncan calló unos instantes, miró a sus compañeros, y prosiguió:

—Pero a pesar de que este último método es perfecto, siempre existía la posibilidad de que a alguien se le escapase una palabra, un simple detalle, que llegara a oídos extraños. Entonces se rompía la cadena de eslabones de estos misterios, y todas aquellas precauciones resultaban estériles. El plan de construcción de una tumba sagrada requería un plano, un mapa, trazado por la mano de un arquitecto que luego sería asesinado. Dicho mapa era escondido en un lugar inaccesible durante años, siglos o milenios. Pero un día podía llegar a las manos de algún científico, ya sea un arqueólogo, un egiptólogo, un lingüista o un historiador. Pues bien, tenemos el mapa; por eso estamos aquí. Prescindamos ahora de los medios misteriosos gracias a los cuales llegó a nuestras manos.

—Excelente conjetura —dijo Maureen.

—La conjetura es la mano derecha del científico y del investigador; la conjetura es la base, los cimientos sobre los cuales elabora su plan de trabajo, y sin la cual no se conseguiría nada en ese largo camino que conduce al progreso tecnológico e histórico.

—Ya veo que te encuentras muy filósofo en estos momentos, papá —dijo Maureen—. ¿No te queda ningún otro aforismo para nosotros?

—Ya veo que mis perlas no han sido apreciadas en su justo valor —dijo el profesor Clive Duncan, sonriendo, mientras ponía la mano sobre el hombro de su hija.

—Profesor, ¿qué es esto? —inquirió Abdul.

El guía árabe indicaba en ese instante un agujero tan pequeño como el de la guarida de una rata del desierto.

—¿Podría ser la parte superior de una gruta bloqueada con arena? —preguntó

Abdul.

—Puede ser, mi querido Abdul, puede ser —respondió el profesor Duncan.

A continuación se puso a apartar la arena que cubría aquella especie de hendidura. Al cabo de unos instantes se dirigió al árabe y dijo:

—Es algo muy diferente a la entrada de la madriguera de un zorro del desierto.

—Cogeré una pala y apartaré toda esta arena, y así veremos lo que hay realmente debajo.

Abdul comenzó a sacar arena con la pala arqueológica, llevado por una especie de furia rítmica, arrojándola al aire que la arrastraba en torbellino. Continuó excavando durante más de veinte minutos. Solo había espacio suficiente en aquel boquete para un hombre, pero al cabo de cierto tiempo ya cabían dos, por lo que el profesor cogió otra pala, se introdujo en el pozo y se puso también a excavar. Era obvio que ambos estaban convencidos de que estaban limpiando de arena la entrada de una caverna o algo parecido. A la mente de Duncan acudió la idea de los papiros del mar Muerto, mientras trabajaba con la pala. Mas no eran pergaminos, ni ninguna otra clase de papeles o documentos lo que el profesor esperaba encontrar debajo de la tierra arenisca.

Media hora más tarde ya había sitio suficiente para que Maureen también bajara a excavar. Como ya eran tres los que trabajaban, la arena salía con más rapidez, y dos horas antes del crepúsculo, el hoyo tenía una profundidad de unos diez pies. Con inagotable energía, Abdul hundió la pala en la arena y se oyó un ruido metálico.

Abdul se sorprendió y, suponiendo que había logrado dar con la entrada de la caverna, prosiguió hincando la pala con más fuerza y entusiasmo que nunca. De inmediato el profesor y Maureen se unieron a él, y formaron una «cadena» de excavadores. Mientras Abdul sacaba la arena, el profesor la retiraba hacia atrás, y Maureen la expulsaba fuera del hondón. Minutos después quedaba al descubierto la entrada de la caverna.

Maureen se acordó entonces de las defensas establecidas por Robinson Crusoe, tan gráficamente descritas por la pluma inmortal de Daniel Defoe.

La luz era muy tenue dentro de la caverna, pues se habían distanciado algo de la entrada. Los rayos crepusculares del sol iluminaban el lado opuesto de la cumbre. El profesor ordenó a su hija que se acercara a los camellos y buscara las lámparas eléctricas que llevaban en su carga. A la muchacha le costó trabajo alcanzar el lomo de la bestia, pero al fin pudo lograrlo, y regresó al lado de su padre y Abdul con dos poderosas linternas. El profesor encendió una de ellas y la sostuvo por encima de su cabeza. En principio, la pala de Abdul había puesto al descubierto lo que parecía ser el fondo de una caverna de roca arenisca; pero los ojos observadores de Duncan descubrieron algo más. Quizá solo fuese una mera coincidencia, pero detrás del hombro izquierdo de Abdul había unas marcas grabadas en la pared de la gruta.

—Un momento, amigos míos —dijo el profesor—; aquí hay algo muy interesante.

Se acercó a la pared de la caverna y examinó aquellas marcas. Luego se volvió hacia Abdul con una sonrisa en los labios.

—No creo que mi razonamiento deductivo sea tan grande como el de Sherlock Holmes —dijo Duncan—, pero dada la posición en que te encontrabas, y la dirección de tu paleta al remover la tierra, no creo que estas marcas en el muro las hayas hecho tú.

—No, no lo creo —respondió Abdul—. No recuerdo haber golpeado algo detrás de mí.

—Exactamente —dijo Duncan—, esa marca fue hecha por un pico primitivo egipcio. Creo que el último hombre fue enterrado en esta caverna hace unos cuatro milenios.

—Mucho tiempo, profesor —comentó Abdul—. Es mucho tiempo ese, en verdad...

Maureen se acercó sosteniendo una lámpara eléctrica. Entonces ella y su padre se aproximaron al muro y examinaron las marcas.

—Aquí hay otra —dijo Maureen—; aquí, un poco más abajo.

—Maravilloso —respondió su padre—. Esto corrobora que Abdul no las hizo.

—¿Cree usted, profesor, que esta roca es un bloque para ocultar la entrada? —preguntó Abdul.

—Lo creo —respondió Duncan.

—Entonces tendremos que removerla.

—Hay un pico en el camello —dijo Maureen.

—Excelente idea —contestó su padre.

Se trataba de un pico de acero bien templado, y en las manos musculosas e infatigables de Abdul empezó a horadar la pétreo pared. Diez minutos después se pudo remover un gran trozo de piedra, y quedó al descubierto el espacio suficiente para dejar pasar el tórax de un hombre. Abdul apartó la piedra. Maureen y su padre se subieron a ella y con sus linternas eléctricas observaron a través de aquel boquete.

—¡Una puerta! —exclamó el profesor.

Penetró por el boquete y se puso a examinar una puerta finamente esculpida según los métodos utilizados en la antigüedad en Egipto. La decoración era soberbia, tan fresca como el primer día en que el pintor la dibujara aplicando sus pigmentos a las aristas y cavidades de la roca.

—¿Puede usted interpretar lo que quieren decir estos dibujos, profesor? —preguntó Abdul.

—Algunos de ellos, sí; otros, no —respondió Duncan—. Maureen, acércate con la linterna eléctrica, y tú también, Abdul.

Ambos obedecieron.

—¿Qué significan estos dibujos? —insistió el guía árabe, que no podía contener su curiosidad.

—Está en dos escritos —respondió el profesor con calma—. El primero de ellos



está en jeroglífico egipcio antiguo, y creo que es el más reciente de los dos. El segundo escrito es al parecer una traducción de otro jeroglífico de una lengua mucho más antigua.

—Nunca hasta ahora había visto unos símbolos como estos —dijo Maureen—, y sin embargo, la longitud de los dos escritos y el parecido entre ambos parece indicar una simple traducción el uno del otro.

—¿Quiere usted decir —preguntó Abdul— que esta tumba fue construida en parte por unos egipcios antiguos y... alguien más..., otra raza, otra tribu?

—Sí, y por muy raro que parezca, me estoy preguntando si este no es un escrito antiguo perteneciente a alguna tribu perdida, que pudo haber vivido en el desierto de Sahara en los días del período neolítico. Al llegar a este extremo, el profesor sonrió y añadió: —Ya saben ustedes que mis teorías son poco ortodoxas en este punto.

—Pero, ¿qué quieren decir estos jeroglíficos? —volvió a insistir Abdul, no pudiendo reprimir más su curiosidad.

—Me temo —respondió Duncan— que se trata de la clásica advertencia que nos previene de algún peligro. Literalmente, reza lo siguiente: «Muerte para todos aquellos que profanen y violen esta tumba».

Abdul sonrió, pero su rostro ya no reflejaba la osadía de que siempre había hecho gala.

—He visto en muchas ocasiones ese tipo de advertencias —respondió Abdul—, y aunque parece una tontería, es peligroso seguir adelante.

El profesor Clive Duncan asintió con la cabeza, pero luego, ante el asombro de sus dos acompañantes, dijo:

—Sin embargo, yo intentaré entrar.

El profesor Duncan estudió las ilustraciones de la puerta con ojos de un experto en arte y de un historiador.

—Este parece ser el dios Geb —dijo suavemente, mientras deslizaba sus dedos por un dibujo indeterminado que representaba una figura semihumana—. Y esta de aquí solo puede ser la diosa Nut. El que la sostiene debe ser Shu; pero estas otras son mucho más difíciles de interpretar, pues son muy complejas.

—Pues yo he visto ilustraciones muy parecidas a estas antes —dijo Abdul.

—Sí, lo que tú has visto son unas pinturas iguales a estas en una tumba de Butehamon, existente en el museo de Turin —dijo el profesor Duncan.

Mientras tanto, Maureen observaba otros grabados y jeroglíficos.

—Este debe ser Atum —dijo ella—, sosteniendo a Pschent.

—Si, es extraño, muy extraño —comentó su padre—. La manufactura casi parece de diferente época. Atum, en ese tipo de representación, es simbólico del Nuevo Reinado, que abarca desde el año 1580 hasta aproximadamente el año 1090 antes de Jesucristo.

—¿Está usted seguro, profesor, de que no es una pintura de Khepri? —preguntó Abdul.

—Tienes muchísima razón, Abdul. Y esto complica más aún las cosas.

—Parecen ser pinturas en relieve —dijo el árabe indicando algo a la izquierda, al pie de la puerta.

—Es una copia de la cama de Osiris —informó el profesor con un tono de voz en el que se reflejaba una gran excitación—. Ustedes ya conocen el original, que fue hallado en Abydos. Muchos expertos la consideran como la verdadera tumba del dios. Nadie ha sido capaz de fijar la fecha con exactitud.

—Pues cualquier escultor que haya hecho esto conocía el original —intervino Maureen.

Su padre la miró.

—También puede que sea al revés, Maureen —respondió Duncan—, es decir, que el artista que esculpió la antigua estatua en Abydos haya visto antes esta.

—¿Quieres decir, papá, que este lugar puede servir para establecer que fue anterior a Abydos?

—No puedo asegurarlo con absoluta certeza, pero tampoco es imposible —contestó su padre—. De ser así, ello revolucionaría nuestros conceptos sobre la cronología egipcia. A decir verdad, existe una auténtica confusión de fechas entre todos estos grabados.

—¿Entramos? —preguntó Abdul.

—Sí, no veo razón para no hacerlo.

—Pero, papá, incluso en el exterior ya está oscuro, casi de noche.

—Supongo, mi querida pequeña, que no te dará miedo la obscuridad. Ya hace mucho tiempo que me acompañas en mis expediciones arqueológicas, y no creo que a estas alturas temas entrar en una cueva oscura.

—No, pero preferirla esperar la luz del día para entrar ahí —respondió su hija.

Abdul miró al uno y a la otra. Permaneció impasible. Sus labios árabes permanecieron sellados, como esperando que padre e hija llegaran a un acuerdo. Aunque también parecía hacer gala de esa astucia tan típica entre los de su raza, considerando que si se callaba y luego las cosas no salían tal como se esperaban, no se le podría culpar de nada.

—Pues yo digo que entraremos —respondió el profesor a su hija, con tono autoritario.

Duncan se mostraba a veces irascible e irritable, y en esos instantes nada ni nadie podía impedirle hacer lo que se proponía. Algunas reminiscencias de la edad escolar permanecían en la mente madura de su padre, pensó Maureen para sí.

Maureen y Abdul vieron cómo el profesor pasaba sus afilados dedos por la línea que marcaba la unión de las dos hojas de la puerta. Se oyó el clásico ruido de piedra y madera, materiales de los que estaba construida.

—Creo que estoy a punto de encontrar el mecanismo que abre la puerta —dijo el profesor, excitado—. Veo que es mucho más sencillo que el de las tumbas de Tebas; aquellas que investigamos no hace mucho tiempo, ¿no se acuerdan ya de aquella

expedición arqueológica?

Clive Duncan hablaba por encima de su hombro, como si fuera consigo mismo, no esperando ninguna respuesta de sus dos acompañantes.

—Creo que aquí tenemos un pequeño problema, pero estoy seguro de que al final lo resolveré —prosiguió esta vez, sin duda alguna hablando consigo mismo—. Vamos, condenada puerta, ábrete ya de una vez. —En ese instante, la puerta pareció moverse casi una pulgada hacia dentro, pero fueron estériles los esfuerzos de Duncan para abrirla del todo.

—Déjeme intentarlo, profesor —dijo Abdul.

Solo había espacio suficiente para una sola persona, por lo que el profesor se retiró hacia atrás, dejando su sitio a Abdul.

—Ten mucho cuidado, Abdul —dijo Duncan—. Acuérdate de lo que nos ocurrió en Tebas.

—¿Es que el peso puede matar? Pero no se preocupe, tendré mucho cuidado.

La fuerza hercúlea de Abdul hizo mover la puerta, poco a poco. Cuando estuvo abierta del todo, el árabe, con suma cautela, exploró la obscuridad que se presentó ante sus ojos, al igual que uno de esos soldados del cuerpo de zapadores que avanza por un campo de minas con el detector en la mano, para localizar los posibles mortíferos aparatos antes de que la infantería avance.

Instantes después se oyó un ruido espantoso: el de una piedra al caer al suelo.

—Tenía yo razón —dijo el profesor—. Es la misma trampa que la de Tebas.

—Pues yo pensé que esta trampa sería más antigua, no tan perfeccionada como aquella.

—Lo es —respondió riendo Clive Duncan—; este sería el modelo en el que se inspiró el constructor de la tumba de Tebas. No creo que la Oficina de Registro de Patentes fuese muy exigente en aquella época.

—Pues yo creía que la originalidad era la clave para resolver los problemas que presentan los mecanismos de defensa de las tumbas —dijo Maureen.

Tras la puerta no se veía casi nada del interior. Una nube de polvo se había levantado, cual un genio hambriento, al caer la enorme piedra.

Esperaron durante unos instantes con el fin de que el aire exterior pudiera entrar y purificar el hediondo, seco y extraño olor de la tumba escondida. Cuando la atmósfera quedó lo suficientemente respirable, Abdul penetró llevando una lámpara eléctrica en la mano. El polvo se había sedimentado, pero a medida que Abdul avanzaba sus sandalias volvían a levantarlo.

Maureen y su padre se hallaban a unos pasos detrás de Abdul, uno a cada lado. Más allá de la puerta, la cámara mortuoria se alargaba en un estrecho pasadizo. Nada en sus paredes indicaba que este pasillo conducía a una cámara mortuoria. Solo unas pequeñas e insignificantes señales estaban grabadas en los muros, y, en un nicho a su izquierda, respecto a la posición en que se hallaban, había una esfinge pequeña, de mirada inescrutable.

—Parece ser una representación de Hamarkhis —dijo Maureen, mientras aproximaba su lámpara a una de las figuras grabadas frente a la esfinge.

—En efecto, lo es —respondió su padre—; y esto contribuye a complicar más el enigma. Hamarkhis está asociado por lo general, como ustedes ya saben, con Thusthmosis IV, y el grabado se parece a Stela.

—¿A qué período corresponde eso, profesor? —preguntó intrigado el guía árabe.

—Alrededor del año 1500 antes de Jesucristo.

—Siento una sensación muy extraña —dijo Abdul—. Algo así como si ya hubiera estado aquí en otra ocasión.

—Me parece que vamos a tener mucho trabajo para solucionar este embrollo —dijo el profesor, como si no hubiese oído el comentario de Abdul.

De repente se oyó un extraño ruido detrás de ellos.

Maureen se volvió con rapidez, y enfocó su lámpara hacia allí.

—¡Papá, la puerta! ¡Rápido, la puerta!

Los tres echaron a correr hacia el lugar por donde habían entrado, el cual distaba unas veinte yardas del sitio en que se encontraban en aquel momento.

—¿Quién la cerró?

—Desde dentro no la podremos abrir —dijo el profesor—. A menos que empleemos una buena carga de dinamita, o tratemos de buscar otra salida.

Maureen se echó a reír, presa de un ataque de histeria.

—La dinamita está en los camellos, la dinamita está en los camellos —repitió como loca, con voz cada vez más nerviosa y trémula.

—Vamos, hija mía, tranquilízate, ya conseguiremos abrir de nuevo esta puerta —trató de calmarla su padre.

—No podemos salir para recoger los explosivos —insistió enloquecida, sin darse cuenta de la incongruencia de sus palabras.

El profesor le dio unas bofetadas para que volviera a recuperar el control de sus nervios.

—¡Basta, Maureen! —le gritó su padre.

Luego la abrazó y le dijo en tono cariñoso:

—Vamos, hija, tranquilízate, ya encontraremos otra salida.

—Profesor —dijo Abdul—, ¿desea usted que haga presión contra la puerta?

—Sí, inténtalo —respondió Duncan—; a lo mejor tenemos la misma suerte que la primera vez. Aunque, bien pensado, lo lógico sería que empujáramos todos al mismo tiempo.

—Tiene razón, profesor, pero no lo veo normal; prefiero intentarlo yo solo.

—Espera un momento —le interrumpió Duncan—. Antes de gastar todas nuestras energías empujando esa pesada puerta de piedra, deberíamos tratar de localizar algún mecanismo que pueda abrirla.

—¿Cómo cree que se ha cerrado?

—Oh, no hay nada de sobrenatural en todo ello, si es eso lo que estás pensando

—respondió Clive Duncan—. El mecanismo de cierre funciona a base de arena y pesas en equilibrio. Probablemente, el mero hecho de haber forzado la puerta lo ha puesto en funcionamiento.

—Entonces somos los primeros en haber sido atrapados en esta tumba —dijo Maureen.

—Ya veo lo que quieres darme a entender. No..., no creo que la tumba haya sido violada, ya que el mecanismo de cierre estaba intacto.

—¿No puede haber sido a causa de la caída de una roca?

—Oh, lo dudo mucho —respondió el profesor—. Pensar eso sería confiar demasiado en la casualidad, ¿no te parece, hija?

—Sí, probablemente es así —dijo Maureen, mientras fijaba la vista en la puerta que se había cerrado tras ellos. Solo pudo contener la terrorífica claustrofobia que se desarrolló en ella gracias al tremendo esfuerzo de voluntad que hizo.

—Debemos avanzar con sumo cuidado —dijo Duncan.

—Sí, señor —respondió obedientemente Abdul.

—Estoy pensando —dijo el profesor— que el artífice que llevó a cabo este mecanismo de cierre tan perfecto se preocupó de ello con suma astucia. Deduzco que los peligros que se nos presentarán al intentar penetrar en la cámara mortuoria serán mucho más catastróficos, por no decir mortales. Es probable que ese astuto artífice haya colocado unos mecanismos mucho más perfeccionados y efectivos, para evitar que la profanen y violen.

—Pues creo —dijo Abdul— que estamos muy cerca de ella.

La luz de las lámparas eléctricas reveló que habían llegado al final del pasadizo. A partir de aquí, el camino les conducía a una alta y embovedada cámara, a través de un pasaje cuyas paredes eran de piedras pesadas y macizas, recubiertas de extraños jeroglíficos y pinturas.

Abdul trató de penetrar en la cámara mortuoria. Apenas dio un paso y su pie se apoyó en la primera baldosa, el suelo cedió y el árabe se hundió, desapareciendo, mientras daba un horrible y escalofriante grito.

Delante del profesor y de su hija había ahora un boquete, cual si fuera la boca de una piedra carnívora.

—Abdul, Abdul —gritó el profesor—, ¿dónde estás?

No hubo ninguna respuesta. Clive Duncan sujetó a su hija para que no se moviera lo más mínimo. Luego se acercó al borde de aquel negro pozo y alumbró su interior con la linterna. Tuvo que cerrar los ojos al ver el espantoso cuadro que se ofreció a sus ojos, al comprobar el estado en que había quedado su amigo y sirviente Abdul.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Maureen, con la voz dominada por el espanto.

—Abdul ha muerto —dijo su padre.

Las lágrimas cubrieron el rostro de la muchacha.

—¿Cómo ha muerto?

—Prefiero no decírtelo.

—Me dejas que me asome y...

—No —dijo bruscamente su padre, interrumpiéndola—. No quiero que mires ahí abajo, hija mía. Lo hago por tu bien.

El profesor se sentó en el suelo, la espalda apoyada contra el muro y sosteniendo la cabeza entre las manos, como si tratara de borrar de su mente la espantosa escena que acababa de ver. Luego se levantó y, bordeando con sumo cuidado el pozo mortal, penetró en la primera cámara mortuoria. El suelo era sólido y firme. Después cogió la mano de su hija y la condujo hacia donde él estaba. Observó los jeroglíficos que cubrían las paredes de la cámara, mientras su hija permanecía junto a él. Su mente se pobló de negras sombras de desesperación al pensar que estaban encima del cuerpo muerto de Abdul y que la puerta por donde habían entrado estaba cerrada. Habría dado la mitad de su vida por verse al aire libre, bajo las estrellas del desierto. Hizo un esfuerzo tremendo y, al final, pudo controlar sus nervios y su creciente espanto.

—Este lugar está lleno de siniestras advertencias —dijo Duncan—. Nunca había visto nada semejante en toda mi vida de arqueólogo.

El profesor parecía oprimido bajo el peso del denso aire mortuorio de la tumba. En efecto, aquel lugar olía a muerte. Duncan empezó a rodear la cámara, pegado a la pared, tanteando el suelo antes de dar un paso, llevando de la mano a su hija. Llegaron al final de la primera cámara. Empujaron otra puerta y penetraron en la segunda.

—No, no se trata de la cámara mortuoria principal, sino de su antesala —dijo Duncan—. Fíjate, hija, en el mobiliario. No, no es la cámara principal.

Cuando el profesor intentó dar un paso más, se oyó algo así como el sonido de la cuerda de una lira al ser pulsada por su base; un dardo negro y ligero como una pluma agitó el aire y fue a clavarse en la espalda del profesor. Aquel dardo tenía un aspecto repugnante. Las rodillas de Duncan empezaron a doblarse, y Maureen tuvo que sostenerle para evitar que cayera desmayado sobre el pétreo suelo. Durante unos instantes el profesor permaneció callado, sin poder articular una sola palabra, inmóvil.

—Maureen, hija mía —dijo al fin, con la mirada extraviada en el vacío—, perdóname, lo siento mucho, la culpa ha sido mía. Perdóname.

Maureen se agachó y depositó el cuerpo de su padre sobre el suelo de la cámara mortuoria. Durante unos minutos, un terror espantoso se apoderó de ella. Luego trató de serenarse y se puso a buscar por las paredes el lugar donde podía estar escondido el mecanismo que había disparado el dardo ponzoñoso que había provocado la muerte de su padre. Al fin lo encontró, localizado en una pequeña abertura frente a ella. Era un mecanismo primitivo y poco ingenioso, pero horrible y mortífero dentro de su sencillez. Golpeó furiosamente con la pala aquel maldito artefacto, mientras sus gritos de desesperación y angustia resonaban como el eco contra las paredes de la antecámara. Pero, acto seguido por una extraña reacción psicológica, su desesperación, furia y angustia se transformaron en valor y coraje, en un deseo

ardiente de lograr lo que ni su padre ni Abdul habían podido llevar a cabo. Sí, debía hacerlo como represalia: ella sola descubriría la cámara mortuoria. Sí, ella sola lo haría, para vengarse de este modo de la muerte de su padre y la del fiel sirviente Abdul. Lentamente, pero con decisión, avanzó por la antecámara en dirección a la cámara mortuoria. Tenía la impresión de que era empujada hacia allí por unas manos invisibles; fuerzas puramente psíquicas o fruto de su mente. Se detuvo un momento y se puso a escuchar, pero no se oía absolutamente nada. Otra puerta se le presentó en su camino, pero esta vez Maureen comprendió que era la última barrera, el último obstáculo entre ella y la cámara mortuoria. Respiró profundamente y contempló las pinturas de los muros. Barcos reales y tronos, dioses con cabeza de animal, y otras muchas escenas mitológicas llenaban las paredes del recinto que acababa de atravesar.

Se había despertado algo de intrepidez en ella; se había enfrentado al miedo y lo había vencido. A partir de ese momento el temor ya no parecía ejercer ninguna influencia sobre ella. La desesperación había dado paso a una firme y tenaz decisión de seguir adelante al precio que fuera, costara lo que costara; una nueva sangre parecía haber llenado su cerebro y sus venas, transformándola en otra mujer. Se asemejaba a ese oro que los artífices depuran una y otra vez hasta conseguir una pureza tan extraordinaria que parece ya otro metal. Si, a partir de ahora nada podía asustarla, no tenía miedo de nada ni de nadie. Decididamente se dirigió hacia la puerta de entrada a la cámara mortuoria, empujó, oyó un extraño ruido producido por el moho acumulado durante siglos en los mecanismos metálicos, e instantes después estaba dentro. Había un olor a especias y a carne putrefacta, y en la atmósfera parecía flotar la muerte. En el centro de una gran mesa de mármol negro, decorada con piedras preciosas y objetos de arte en oro labrado, se hallaba un sarcófago sellado. Había tanta delicadeza y finura en los grabados del mismo, que, instintivamente, Maureen pensó que contenía el cuerpo de una mujer. Se dirigió con paso lento hacia él, mientras contemplaba, a la luz de su linterna, los jeroglíficos de las paredes. Entonces, de repente, todo el valor, todo el coraje que hasta entonces la había ayudado a penetrar con resolución en la cámara mortuoria la abandonó, mejor dicho, se transformó, igual que una muñeca al rompersele los muelles y resortes, igual que una marioneta al cambiar la posición de las manos que mueven los hilos. Dirigió su mirada hacia otro sarcófago, mucho más grande que el anterior, el mayor que había visto en toda su carrera de arqueóloga investigando tumbas egipcias. Era muy ancho, pero tenía un aire de sencillez muy patente; tan simple que se parecía a aquellas cajas mortuorias pertenecientes a los jefes de las tribus preegipcias. Este sarcófago sellado se hallaba inclinado verticalmente contra una de las paredes de la cámara, como si fuera el guardián eterno y celoso del otro sarcófago existente en el centro y que contenía el cuerpo de una mujer —probablemente su esposa—. En efecto, a la altura de la cara, el sarcófago tenía una hendidura por la que los ojos del faraón embalsamado podían «ver» que nadie hiciera ningún daño al cuerpo de su bienamada.

Aquella misma fuerza psíquica que había impulsado a Maureen a penetrar en la cámara mortuoria principal, también la ayudó a acercarse al sarcófago sellado. Puso la lámpara eléctrica en el suelo de forma que iluminara el sarcófago, y estudió los caracteres grabados en la madera. Primero observó el clásico círculo, símbolo de la eternidad; debajo del mismo se hallaba grabado un león de terroríficas mandíbulas, en un estilo escultórico que pertenecía al arte asirio-babilónico o egipcio.

No había ninguna dificultad en interpretar aquellos símbolos. «Aquí yace el eterno guardián; *cuidado, gran peligro*». Pero Maureen, haciendo caso omiso de esta terrible advertencia, arrancó de un golpe la tapa del sarcófago. Inmediatamente dio unos pasos hacia atrás, como impulsada por una inercia psíquica que se había sobrepuesto a su acto volitivo. Mas a continuación volvió a acercarse al ya descubierto sarcófago para observar el cuerpo embalsamado y cubierto de vendas desde los pies a la cabeza. Solo los ojos eran visibles. Unos ojos que brillaban con maléfico y terrorífico fuego.

¡Estaba vivo!

Algo, alguna cosa, las artes secretas del antiguo Egipto, la magia, los encantos y los poderes sobrenaturales inherentes a los mismos habían hecho que permaneciese con vida un cuerpo muerto hacía ya muchos milenios. De repente, sus brazos empezaron a moverse con lentitud, poco a poco, hasta llegar a la altura de sus hombros. Pero aquellos ojos de mirada ardiente y terrorífica no dejaban de mirarla ni un solo instante, mientras tanto. Súbitamente, con un gesto brusco, la momia sacó fuera uno de sus vendados brazos. Maureen dio un grito espantoso y echó a correr. Corrió como nunca lo había hecho en toda su vida, sin preocuparse de que podía pisar una trampa mortal. Atravesó pasadizos y más pasadizos, derribando en su loca carrera todos los objetos sagrados que encontraba a su paso. Quería huir; a cualquier sitio, adonde fuera. Todo antes que permanecer en aquella cámara mortuoria ante una momia viviente.

Pero lo verdaderamente espantoso era que, mientras ella corría enloquecida por aquellos pasajes secretos, oía a sus espaldas el caminar de unos pasos, de unos pies vendados, de alguien que la perseguía lenta pero inexorablemente. La momia, el guardián eterno, quería vengarse de aquella mujer que había violado y profanado su cámara mortuoria. Cuando ya creía haberse librado de su persecución, pues ya no oía aquellos pasos, se encontró ante un muro de piedra; aquel pasadizo no tenía salida, estaba atrapada, no se salvaría de la momia viviente. Esta caminaba con lentitud por el único pasaje por donde Maureen hubiera podido escapar. La momia parecía haberse dado cuenta de la espantosa situación de su perseguida, y no se apresuraba: avanzaba paso a paso, cada vez más cerca. La hija del profesor Duncan comprobó que había logrado arrancar las vendas que envolvían sus manos. Entonces, enloquecida, se arrojó contra la momia y empezó a golpearla con todas sus fuerzas,



pero esta parecía ser tan dura como la roca arenisca de que estaba construida la tumba sagrada.

—Déjeme marchar, déjeme marchar —sollozó Maureen, pero aparentemente, sus súplicas no produjeron ningún efecto en la momia viviente. Esta la cogió en sus brazos como si fuera una pluma y se dirigió hacia la cámara mortuoria. Una vez dentro, cerró la puerta tras de sí, asegurándola con un pesado y gigantesco cerrojo. Pero ahora Maureen tenía la impresión de que en los ojos de la momia ya no se reflejaba aquella maldad y fiereza que antes viera, al arrancar la tapa de su sarcófago.

La cogió por las muñecas con aquellos dedos que parecían de madera, y la condujo solemne y pomposamente hacia el sarcófago sellado situado en el centro de la cámara mortuoria, sobre aquella mesa de mármol negro. Luego, con reverencia, al igual que un sacerdote ante el altar de una diosa, levantó la tapa del sarcófago, después de haber roto con un brusco movimiento los sellos. El interior de dicho sarcófago estaba adornado con bellos dibujos, y la decoración de la tapa era de esmerada calidad artística. Pero las figuras, observó Maureen, no habían sido pintadas de acuerdo con el arte tradicional utilizado en el antiguo Egipto. Daban la impresión de haber sido copiadas de la cubierta de una revista moderna de arte. Había una belleza viva en ellas. De repente, la momia viviente empezó a golpear aquellos dibujos, y la ira desapareció de sus ojos, dando paso a una mirada triste y decaída. Apoyó su cabeza sobre el sarcófago y empezó a emitir una especie de sonidos que parecían auténticos sollozos humanos.

Maureen se hallaba presa de una intensa emoción; no sabía qué hacer ni qué decir. Comprendió lo que eran aquellos sonidos: la momia viviente lloraba desesperadamente. Eran los sollozos de un corazón enamorado, destrozado por la muerte de su bienamada... Se volvió hacia Maureen y la contempló unos instantes, para luego volver a mirar el rostro dibujado en la parte interior del sarcófago. De repente, Maureen se dio cuenta dónde había visto anteriormente aquellas facciones: *las había visto reflejadas en un espejo.*

La momia había dejado de sujetarla por las muñecas. Se dirigió a una mesita de madera de sándalo que seguramente había pertenecido, hacía ya muchos siglos, a su bienamada, sobre la cual había un espejo de cobre pulido. Maureen lo cogió, lo contempló, se miró en él y luego volvió a depositarlo cuidadosa y reverentemente, con una sensación de infinita tristeza. ¿Acaso su imaginación le estaba jugando una mala pasada, o realmente aquel espejo lo había visto antes, le era familiar?

Maureen cogió otra vez el espejo y, a la luz de la linterna eléctrica, volvió a contemplarse en él. Al estudiar con cuidado su reflejo, ya no le quedó la menor duda sobre su parecido. Empezó a sentir algo extraño dentro de sí misma. Presa de asombro, vio cómo sus cabellos cambiaban de color, dándole a su joven rostro el aspecto de una dama de la época de Cleopatra; incluso vio reflejado en su semblante el maquillaje que se utilizaba en aquella remota época. Entonces lo comprendió todo: su rostro, reflejado en aquel espejo de cobre, era exactamente igual al de la momia

femenina encerrada en el sarcófago sellado. Sonrió, y el rostro de la muerta también lo hizo en el espejo. Luego este se empañó, Maureen ya no pudo ver nada. Lo volvió a colocar sobre la mesita de sándalo, y cuando se miró otra vez en él, unos instantes después, solo vio reflejado su rostro. Maureen se acercó al sarcófago y miró dentro del mismo, contemplando la momia que allí había. Después dirigió su vista hacia la momia viviente, que lloraba apoyada sobre el borde. Esta se incorporó, cogió a Maureen con sus fibrosas y fuertes manos, y la contempló con una mirada en la que se reflejaba la más profunda tristeza. Luego condujo a Maureen fuera de la cámara mortuoria, la hizo pasar por la antecámara donde yacía el cuerpo inerte de su padre envenenado por el dardo ponzoñoso, y, finalmente, al lugar donde estaba la trampa donde Abdul se había hundido, pereciendo en aquella horrible y negra profundidad. La condujo hacia la puerta de piedra por la que había entrado con su padre y Abdul, la que abrió de un golpe con su musculoso brazo vendado.

El sol mañanero acababa de salir, y bañaba con sus rayos la planicie del desierto oriental. Uno de estos rayos, cual una flecha de oro, iluminó la entrada de la cueva de roca arenisca. El aire puro y fresco llegó hasta ellos, y entonces, articulando un terrible grito, el guardián eterno de la tumba se desintegró en la luz de la mañana. Un montón de polvo y pingajos se estremeció al ser azotado por la brisa temprana.

Maureen pasó a través del agujero en aquella roca arenisca que servía de barrera ante la tumba sagrada. Salió huyendo de aquella espantosa caverna. A corta distancia de allí, tres camellos atados esperaban.

# LAS AVISPAS

**WALTER BECKERS**

*Walter Beckers, el autor belga considerado más avanzado, tanto por sus ideas como por la forma en que las expresa, es ya bien conocido por el público de habla castellana. Su cuento «Hola, querido...» apareció en Las mejores historias de horror, y «Dr. A. Cula & Frank N. Stein» (galardonado con el premio internacional Atlanta al mejor cuento fantástico) fue publicado en la antología «Stories Strange and Sinister» («Las mejores historias siniestras»).*

*Ofrecemos ahora, del mismo autor, una narración en la que nos demuestra que no son solamente los seres humanos quienes pueden tomar la apariencia de fantasmas, sino que también hay una posible resurrección de ciertas máquinas infernales...*

En una tranquila mañana de verano, me paseaba al azar, tenía la convicción de que buscaba algo.

Era una mañana de agosto, pura y soleada. Un viernes, según creo recordar, tal como intentaban sugerirme los ondulantes brezos.

Caminaba por un sendero de hojas muertas, en dirección al cementerio del pueblo. Sorbía con indolencia el ambiente, contemplando la lejana cima de los árboles y la cúpula que formaban en un abrazo impuesto por el viento. Una naturaleza viva. Por un segundo, una naturaleza revoltosa y cómplice de un romanticismo indomable; poco después, una ternura alegre procedente de un misterio de cambiantes luminosidades. Alegría de vivir, que hace vivir. Fantasma en busca de reposo. Ir y venir. El ensueño de una mujer sensual.

Vacilé un momento a la entrada del cementerio. Salía un anciano conduciendo su bicicleta con la mano derecha mientras que, en la otra mano, llevaba fuertemente asida una pala. Cambiamos un saludo con la cabeza. Con rostro melancólico, pasó ante mí.

Entré en el cementerio. Ahora me encontraba solo en medio de toda clase de multitudes. Multitud de muertos. Multitud de huesos. Multitud de recuerdos. Multitud de presencias. Multitud de almas...

El silencio se me adhería a la piel. Algunos pájaros temerarios revoloteaban entre los pinos infinitos y los cipreses perdidos. Estilizadas ramas de árbol eran agitadas por el viento apático. Respiraba el olor a tierra mojada, con su humedad aún no

perdida del alba. Vivía conscientemente esta paz.

Súbitamente, me hizo volver a la realidad el rodar de un automóvil sobre la grava. El ruido del motor y el escape de gases malolientes diluyó mi descanso.

Corto intermedio. El automóvil pronto desapareció y disfruté, de nuevo, intensamente de la soledad, de la luz y del silencio que me tomaba por confidente.

Una avispa se posó en mi mano, después en mi cabeza. Otra avispa revoloteaba a mi alrededor. ¿Acaso esperaba el permiso para aterrizar? Las cacé a ambas.

Una de las tumbas atrajo de un modo especial mi atención. Se trataba de una losa de piedra totalmente recubierta por una hiedra dominante, insistente. No había en esta losa fúnebre nada más que una mano tallada con indiferencia quién sabe cuándo. Las verdes garras se habían apoderado de este rincón en el que dormía un muerto desconocido. ¿Una mujer? ¿Un niño? ¿Un anciano, quizá?

Una tumba anónima. La exuberante vegetación que la rodeaba por completo ya se extendía hacia la tumba contigua, una pequeña tumba de granito gris. Todavía era legible su inscripción:

J. M. —MUERTO POR LA PATRIA

Otra tumba contigua ofrecía una inscripción parecida:

L. P. —MUERTO POR LA PATRIA

También esta se hallaba abandonada, olvidada. Pero en ella, no obstante, no había hiedra. Tan solo malas hierbas.

Observé nuevamente la tumba anónima. Mi mente se torturaba. ¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Desde cuánto tiempo?

Vi cómo la hiedra, hinchada de mágica savia, crecía desafiando al cielo. Los tallos más altos ya no tenían soporte. De todos modos no parecían necesitarlo: se encaramaban desafiando todas las leyes naturales, hasta llegar a proteger totalmente las tumbas. Un cielo verde. ¿Qué había ocurrido?

El silencio me tomó por confidente. Un soplo. Un soplo celestial esparcido por el viento.

10 de mayo de 1940. Llamado a filas, como tantos otros belgas. Había cumplido los veinte años el 4 de abril. Jamás llegué a ver el campo de batalla. Tampoco mis dos compañeros lo habían visto. Ninguno de los tres tuvimos ocasión de disparar un fusil. Una tonta historia, en una mañana de mayo del 40, en el patio interior del cuartel. Los alemanes habían invadido nuestro país. Se comentaba el acontecimiento mientras

esperábamos la orden de marcha. Y entonces aparecieron aviones en el cielo. Volaban alrededor del cuartel. Primero creímos que eran belgas pero, súbitamente, se precipitaron contra nosotros como avispas. Ruido seco e implacable de ametralladoras. Los tres fallecimos en el patio interior.

*Bruscamente, las palabras del silencio, demasiado ligeras, levantaron el vuelo sin que yo llegara a comprenderlas. Algunos segundos después regresó la voz:*

### ¿POR QUE DURA TODAVÍA ESTA GUERRA?

*Nuevamente, el viento se impuso al silencio.*

Esperé algunos segundos a que la voz volviera a hablarme. En vano. Me incliné hacia la tumba anónima.

Una vez más tuve que cazar algunas avispas. Terrible. Se diría que intentaban distraer mi meditación. ¿O quizá tenían intención de cazarme ellas a mí? Tuve dificultad en mantenerlas alejadas.

Entonces, y solo entonces, percibí un grueso tronco de árbol en medio de la tumba. ¿Cómo era posible que no lo hubiera observado antes? No tuve tiempo de concentrarme sobre este problema. El campanario del pueblo dio las once. Once sonoros y agudos golpes. Cuando el último ya agonizaba, me sentí súbitamente arrancado de mi contemplación.

Allí donde, instantes antes, acababa de ver un tronco de árbol, había una masa negra, zumbando sonoramente. El zumbido que me sacara de mi ensimismamiento torturaba ahora mis sienes. Por encima, alrededor de la tumba, volaban algunos centenares de pequeños insectos negros y amarillos. Obedeciendo alguna orden imperceptible, se precipitaron como una escuadrilla perfectamente formada. El avispero se había elevado en su totalidad.

Respiré profundamente y miré a mi alrededor. Estaba solo en el cementerio. Con los nervios alterados, encendí un cigarrillo. Pasó todo tan rápidamente que no tuve ocasión de sentir temor alguno. Ahora la reacción me paralizaba. Y después, a continuación, *la respuesta*.

Esta ya se encontraba en la última frase que me había traído el indiscreto cierzo. Esta planta. Esta guerra que persistía, sin tener fin. Ahora ya lo sabía. Supe que incluso las cosas inanimadas tienen una segunda existencia, una metempsicosis insospechada. Sin este postulado, no podía explicarme nada: ¿acaso estas avispas fueron «Stukas», años atrás? Todavía ahora volvían a atacar a sus víctimas en medio de su reposo.

Pensé de nuevo en el tronco de árbol. Por más que fijaba mi atención, no lograba

percibir nada que se pareciese, ni aun remotamente, a un tronco de árbol sobre la tumba desconocida. De paso, observé una vez más las otras dos tumbas: «J. M. y L. P., muertos por la Patria». Me parecieron inmutables.

Incluso en condiciones normales, las avispas me ponen enfermo. Era imposible, por lo tanto, pedir ahora a mi mente que razonara los hechos. Abandoné el cementerio.

El anciano volvía a mi encuentro, llevando su bicicleta con una mano y sosteniendo la pala con la otra. Detuve el paso. Él se paró cerca de la entrada y me observó nuevamente con atención. Y su mirada parecía contener toda la angustia de aquellas losas. Nos saludamos al igual que cómplices que mantienen un espantoso secreto.

Percibí que aún estaba allí, mirándome. Ya no me dejé llevar por el ensueño de los árboles y por su poesía. Ya no pensaba más que en esta mirada que me buscaba. Tras recorrer una distancia de veinte metros, encendí un cigarrillo y aproveché mis movimientos para volverme, del modo más natural posible, hacia el misterioso anciano.

Ya no estaba allí.

No obstante, percibía aún su mirada fija en mi espalda.

Me fui de prisa, más solo que nunca.

# EL ESPECTRO ENAMORADO

E. T. W. HOFFMANN

*Ernst Theodor Wilhem Hoffmann nació en Königsberg en 1776 y murió en Berlín en 1822. El desdoblamiento de personalidad tan frecuente en muchos de sus personajes se explica por el hecho de que el mismo Hoffmann llegó a conocer este fenómeno en su vida real. Su genio artístico se exteriorizó tanto en la música y las artes gráficas como en la literatura. Su obra puede analizarse desde muy diversas facetas.*

*Pero indudablemente, es por sus cuentos fantásticos que se conoce y aprecia en nuestros días.*

*Fue uno de los principales exponentes del romanticismo alemán y, por ello, no podía faltar en esta antología de maestros del terror ultraterrenal una de sus historias, aunque sea extractada, ya que es excesivamente larga para una antología.*

## PRIMERA PARTE

El viento rugía anunciando la llegada del invierno y apartando a su paso sombrías nubes, cuyos flancos negros estaban cargados de lluvia y granizo.

—Esta noche estaremos solos —dijo, en el momento en que el péndulo del reloj hacía sonar las siete, la esposa del coronel Grenville a su hija Angélique—. El mal tiempo retendrá a nuestros amigos.

En aquel instante, el joven comandante Maurice de Rheinberg entró en el salón. Iba seguido de un joven abogado cuyo humor alegre e inagotable animaba la pequeña tertulia que todos los viernes se reunía en la casa del coronel; y así se formó una pequeña reunión que, según una observación de Angélique, podía haber sido más grande. Hacía frío en el salón, y madame de Grenville ordenó encender el fuego en la chimenea y que trajeran la tetera.

—Para ustedes los hombres —dijo ella—, a quienes un heroísmo verdaderamente caballeresco les ha conducido cerca de nosotras, a través de vientos y tempestades, sospecho que vuestro gusto viril no sabrá acomodarse a nuestra bebida sosa y femenina; de modo que mademoiselle Marguerite les va a preparar un buen brebaje del norte que tiene el poder de ahuyentar las heladas neblinas.

Marguerite, joven francesa, que trabajaba en la mansión de la baronesa para enseñar su lengua materna a Angélique, comenzó a ejecutar lo que se le había

ordenado.

La llama azul pronto se elevó del fondo de un cuenco de cristal de China, el fuego chisporroteó en la chimenea, y todos se sentaron alrededor de la pequeña mesa. Entonces se hizo un momento de silencio, durante el cual se oyeron silbar y mugir las maravillosas voces que la tempestad hacía pasar por la chimenea como si fuera una inmensa bocina.

—Está visto y comprobado —dijo fríamente Dagobert, el joven abogado— que el otoño, el viento de tempestad, el fuego de la chimenea y el ponche son cuatro cosas inseparables que, además, despiertan en nosotros una secreta disposición hacia el terror.

—Pero que no está desprovista de encanto —añadió Angélique—. En lo que a mí se refiere, no conozco ninguna sensación más dulce que ese ligero escalofrío que recorre todo nuestro cuerpo cuando —solo el Cielo lo sabe— pensamos en un mundo imaginario.

—Es precisamente esa emoción la que acabamos todos de sentir —dijo Dagobert—, y el pequeño trayecto que nuestro espíritu ha recorrido en el otro mundo produjo este momento de silencio. Debemos alegrarnos de que haya pasado y nos hallemos de nuevo ante la hermosa realidad que nos ofrece este delicioso brebaje.

—Pero —dijo Maurice—, si tú sientes como mademoiselle, como yo mismo, todo el encanto de ese instante de terror, de ese estado de ensoñación, ¿por qué no deseas permanecer más tiempo en él?

—Permíteme que te haga notar, amigo mío —respondió Dagobert—, que aquí no se trata de esas ensoñaciones, que inspiran las tempestades y el fuego del invierno en que el espíritu se entrega a un vuelo maravilloso, y se complace en extraviarse; sino de esa disposición que surge en nuestro espíritu, que en vano tratamos de vencer, y a la que no debemos sin embargo abandonarnos; quiero referirme al temor a los aparecidos. Todos sabemos que los espectros y los espíritus no surgen del fondo de sus sombríos habitáculos más que durante las noches tan negras como la boca de un lobo, y que influye sobre todo a aquellas noches en que se desencadenan las tormentas; y por ello es muy lógico que en semejante tiempo temamos alguna visita enojosa.

—Está usted de bromas, Dagobert, al afirmar que ese temor habita en nosotros mismos —dijo la baronesa—; yo lo atribuiría más bien a fantasías de niñera y a esas historias tontas que nos cuentan durante nuestra infancia.

—¡No! —exclamó Dagobert con vivacidad—, ¡no, baronesa!, esos cuentos que nos eran tan queridos durante nuestra infancia no resonarían eternamente en nuestro espíritu si no hubiese en nosotros algo que les permitiera repercutir. Es imposible negar la existencia de un mundo sobrenatural que nos rodea y que a menudo se revela a nosotros a través de acordes singulares y de visiones extrañas. El temor, el horror que entonces sentimos, está vinculado con la faceta terrenal de nuestra estructura anímica: es el dolor del espíritu, encarcelado en nuestro cuerpo, lo que sentimos



realmente.

—Es usted un visionario —dijo la baronesa—, como todos los hombres dotados de una imaginación prodigiosa. Pero incluso aceptando sus teorías, dando como válido que está permitido a los espíritus desconocidos el revelarse por medio de sonidos extraordinarios, o visiones, no veo por qué la naturaleza ha situado a estos sujetos del mundo invisible en una actitud tan hostil hacia nosotros de forma que no podamos presentir su proximidad sin experimentar un gran temor.

—Quizá —respondió Dagobert— sea el castigo que nos reserva una madre a la que tratamos constantemente de abandonar, alejándonos de ella como si fuéramos hijos ingratos. Yo creo que en la edad de oro, cuando nuestra raza vivía en feliz armonía con toda la Naturaleza, ningún temor, ningún espanto nos dominaba, ya que en aquella paz profunda, en aquella comunión perfecta de todos los seres, no había ningún enemigo cuya presencia pudiera hacernos daño. Acabo de hablar de voces maravillosas; pero ¿a qué se debe que todos los sonos de la Naturaleza, de los que conocemos no obstante su origen, retumben en nuestros oídos como ruidos espantosos y despierten en nosotros ideas tristes y lúgubres? El más maravilloso de todos estos sonidos es la música aérea, también llamada la música del diablo, en la isla de Ceilán y en los países cercanos, de la que nos habla Schubert en sus *Noches de historia natural*. Esta voz se suele escuchar en las noches apacibles y es semejante a una voz humana y plañidera; lo mismo retumba de muy cerca que en la lejanía, y luego se apaga lentamente. Causa una impresión tan profunda que las personas más sensatas y serenas no han podido dejar de experimentar, al escucharla, un gran espanto.

—Nada más cierto que eso —dijo Maurice interrumpiendo a su amigo—. Nunca he estado en la isla de Ceilán; pero sin embargo, he oído esa voz sobrenatural, y no solamente yo, sino todos aquellos que la han escuchado conmigo experimentaron la sensación que acaba de describirnos.

—En ese caso —manifestó Dagobert—, espero que nos harás el favor de contarnos ese incidente tal como sucedió. Quizá consigas con ello convencer a la baronesa.

—Ustedes ya saben —comenzó Maurice— que he combatido en España, contra los franceses, a las órdenes de Wellington. Antes de la batalla de Vitoria, pasé una noche al raso, con una división de caballería inglesa y española. Agotado por la marcha de la víspera, me quedé profundamente dormido, poco después un grito breve y plañidero me despertó. Me levanté, creyendo que un herido se había acostado a nuestro lado y que acababa de escuchar su último suspiro; pero mis camaradas se rieron de mi ocurrencia, y ya nada se volvió a oír durante toda la noche. Sin embargo, cuando los primeros rayos de la aurora atravesaron aquella espesa noche, me volví a levantar; y, saltando por encima de nuestros soldados dormidos en el suelo, me puse a buscar al herido o al agonizante. Era una noche silenciosa; el viento de la mañana comenzaba a soplar suavemente, agitando el follaje de los árboles. De repente, por

segunda vez, un largo grito de dolor atravesó el aire, retumbando en la lejanía. Fue como si los espíritus de los muertos se levantasen del campo de batalla y llamasen a sus compañeros. Sentí una opresión en el pecho, y me vi dominado por un terror indescriptible. ¡Todos los quejidos que yo había oído salir de un pecho humano no eran nada comparados con aquel grito penetrante! Mis camaradas se despertaron de su sueño. Por tercera vez el grito retumbó en el espacio, y cada vez era mucho más penetrante y horrible. Nos quedamos inmobilizados de espanto; incluso los caballos tornáronse inquietos, patearon y se encabritaron. Muchos españoles cayeron de rodillas y se pusieron a rezar en voz alta. Un oficial inglés aseguró que él había ya observado en Oriente aquel fenómeno que se produjo en la atmósfera, y que se debía a una causa eléctrica; luego añadió que ello implicaba un cambio de tiempo. Los españoles, más inclinados a creer en las cosas sobrenaturales, creían oír las voces de los demonios, presagiando una batalla sangrienta. Esta creencia se afirmó más en ellos cuando, al día siguiente, se oyó rugir de una forma horrible el cañón de Vitoria.

—¿Es que necesitamos ir a la isla de Ceilán o a España para escuchar voces sobrenaturales? —dijo Dagobert—. El sordo gemido del aquilón, el ruido del granizo cuando cae, los chirridos de las veletas al girar sobre sus flechas ¿acaso no pueden, como todas las voces, llenarnos de espanto? Sin ir más lejos, presten atención al abominable concierto de voces fúnebres que retumban como un órgano en la chimenea, o incluso escuchen esa cancioncilla espectral que empieza a surgir del caldero.

—¡Es admirable! ¡Es maravilloso! —exclamó la baronesa—. ¡Dagobert ve aparecidos del otro mundo hasta en la tetera, e incluso oye sus voces plañideras en el fondo de la misma!

—Pero nuestro amigo no está equivocado del todo —dijo Angélique—. Esos crujidos y silbidos que se oyen en la chimenea me producen verdaderamente miedo; y esa cancioncilla que murmura tan tristemente la tetera me agrada tan poco que voy a apagar el hornillo de alcohol para que cese por completo.

Al pronunciar aquellas palabras, Angélique se levantó, dejando caer su pañuelo. Maurice lo recogió precipitadamente y se lo entregó a la joven. Esta le dirigió una mirada plena de ternura; él le cogió la mano y la besó ardientemente, apretándola contra sus labios.

Al mismo tiempo, Marguerite se estremeció como si hubiera sido alcanzada por una descarga eléctrica, y dejó caer al suelo la copa de *punch* que tendía a Dagobert; esta se rompió en mil pedazos al estrellarse en las baldosas de mármol. Marguerite se echó llorando a los pies de la baronesa, disculpándose por su torpeza, y luego le rogó que le permitiese retirarse a sus aposentos. Todo lo que se había dicho en aquella conversación, dijo ella, había despertado un sentimiento de terror en su espíritu, a pesar de no haberse enterado completamente de todo. Se sentía mal, y necesitaba ir a descansar. Luego besó la mano de la baronesa, bañándola lágrimas.

Dagobert sintió todo lo que esta escena tenía de lamentable, y se decidió a darle

otro curso a la misma, A su vez se arrojó a los pies de la baronesa, y, con un tono plañidero que adoptaba a voluntad, pidió gracia para la culpable, que había derramado el mejor ponche que jamás alentara el corazón de un caballero; y, para reparar su falta, prometió ir al día siguiente a frotar las baldosas del salón danzando sobre el cepillo las contradanzas más modernas.

La baronesa, que al principio había mirado con aire severo a Marguerite, sonrió ante la sutil conducta de Dagobert. Luego les tendió la mano a ambos, riéndose, y les dijo:

—Vamos, levantaos y sequen sus lágrimas; han hallado gracia ante mi riguroso tribunal. Y no olvides, Marguerite, que debes tu perdón a la heroica abnegación de Dagobert. Pero no puedo evitarte todo el castigo, y por ello te ordeno que permanezcas en el salón, sin pensar más en tu pequeño malestar, para escanciar más ponche a nuestros invitados. Y, sobre todo, te ordeno que le des un beso a tu libertador.

—¡La virtud no queda nunca sin recompensa! —exclamó Dagobert con un tono cómico, mientras cogía la mano de Marguerite—. Sin embargo, mademoiselle, puede estar segura de que aún existen en este mundo abogados desinteresados que defenderían su causa sin esperanza de semejante recompensa. Pero hay que ceder ante nuestro juez; es un tribunal sin apelación.

Una vez dichas estas palabras, Dagobert besó en la mejilla a Marguerite, conduciéndola luego con aire grave a su sitio. Marguerite se puso extremadamente colorada, pero se reía mientras las lágrimas se deslizaban aún por sus mejillas.

—¡Qué loca estoy! —exclamó ella en francés—; ¿es que tengo que hacer todo lo que la baronesa quiera exigirme? Bueno, me tranquilizaré, escanciaré el ponche, y escucharé sin inquietarme esas historias de aparecidos.

—¡La felicito, oh criatura celestial! —dijo Dagobert—. Su beso ha estimulado mi imaginación, y ahora estoy dispuesto a evocar todos los horrores del terrible *regno di pianto*.

—Pues yo creo —intervino la baronesa— que no deberíamos pensar en todas esas historias horribles.

—Te lo ruego, mamá —dijo Angélique—, escuchemos a nuestro amigo Dagobert. Confieso que soy muy infantil y que no hay nada que me agrada tanto como esos relatos que nos hacen temblar todo el cuerpo.

—¡Oh, cuánto me alegra oír eso! —exclamó Dagobert—. No hay nada más encantador que las jovencitas que tiemblan de miedo, y no desearía, por nada del mundo, casarme con una mujer que no tuviese miedo de los aparecidos.

—¿Y por qué pretendías hace un momento —le preguntó Maurice— que debíamos evitar esa clase de impresiones?

—Desde luego —respondió Dagobert—, cuando ello es posible, ya que a menudo tienen funestas consecuencias; el temor a la muerte, un espanto continuo o una debilidad de espíritu, que se acrecientan cada vez más gracias a ese mundo antojadizo

en el que nos envuelven nuestras ensoñaciones. ¿Acaso cada uno de nosotros no ha observado que, durante la noche, el más pequeño ruido altera nuestro sueño, y que algunos rumores en los que apenas nos fijaríamos en otros instantes nos agitan hasta enloquecernos?

—Aún me acuerdo perfectamente —intervino Angélique— que hace cuatro años, la noche del decimocuarto aniversario de mi nacimiento, me desperté presa de un terror que me duró muchos días. En vano traté después de recordar el sueño que me había causado dicha sensación; pero un día, estando medio dormida al lado de mi madre, soñé que le contaba dicho ensueño, y, en efecto, le hablaba durante el mismo. Mi madre escuchó todo lo que le dije, y luego me lo contó; pero de nuevo lo he olvidado completamente.

—Este maravilloso fenómeno —dijo Dagobert— está relacionado sin duda alguna con los principios magnéticos.

—¡Insisten con las historias terroríficas! —exclamó la baronesa—; y ahora he aquí que nos extraviamos en aquellas ideas que me son insoportables. Maurice, le ordeno que nos cuente inmediatamente alguna anécdota bastante loca y agradable con el fin de que acabemos con todos esos relatos de aparecidos.

—Acataré muy gustosamente sus órdenes, baronesa —respondió Maurice—, si me permite contar una historia más del género que usted prescribe. Ocupa de tal forma mi mente en este instante, que en vano intentaría hablar de otra cosa.

—¡Pues entonces descargue de una vez por todas su corazón de esos horrores que lo llenan! —exclamó la baronesa—. Mi marido está a punto de llegar, y hoy me encuentro inclinada a asistir con él a una de sus batallas o a hablar de hermosos caballos, tanta es la necesidad que siento de salir de ese estado de espíritu en que me ha colocado su conversación.

—En la última campaña —empezó Maurice—, conocí a un teniente coronel ruso, lituano de nacimiento, de aproximadamente treinta años de edad. La casualidad quiso que nos hallásemos mucho tiempo juntos frente al enemigo, y por este motivo nuestra amistad se estrechó de inmediato. Bogislav, así se llamaba este oficial, poseía todas aquellas cualidades que nos hacen merecer la estimación y la amistad de nuestros semejantes. Era de elevada estatura, rasgos faciales agradables y regulares, exquisita educación, bueno, generoso y, sobre todo, valiente como un león. Era un compañero de armas muy amable, pero, a menudo, en medio de su alegría, un pensamiento sombrío se amparaba de repente en él, y su rostro adoptaba entonces una expresión siniestra. En esos momentos tornábase silencioso, abandonaba nuestra compañía e iba a errar solitariamente. Durante la campaña, tenía la costumbre, durante la noche, de galopar sin descanso de puesto en puesto, no entregándose al sueño hasta después de haber agotado sus fuerzas; y, al ver que se exponía innecesariamente a los más grandes peligros, buscando la muerte en las batallas, que parecía huir de él, yo llegué a pensar que una pérdida irreparable o alguna otra calamidad había trastornado su vida.

«Cuando llegamos a territorio francés, tomamos por asalto una pequeña plaza fuerte, deteniéndonos allí algunos días para que descansaran nuestros soldados. La habitación en la que Bogislav se había alojado estaba muy cerca de la mía. Una noche, oí que golpeaban ligeramente en mi puerta. Me puse a escuchar; alguien pronunciaba mi nombre. Al reconocer la voz de Bogislav, me levanté inmediatamente y le abrí la puerta. Entonces vi a Bogislav delante de mí casi desnudo, con una antorcha en la mano, pálido como un cadáver, temblándole todo el cuerpo, y sin poder hablar.

»—Santo Dios, mi querido amigo, ¿pero qué es lo que le sucede? —exclamé mientras lo sostenía, conduciéndole luego hacia un sillón. Luego, mientras le tenía sujetas las manos, le conjuré a que me dijera la causa de su trastorno.

»Bogislav se recuperó poco a poco, suspiró profundamente, y me dijo en voz baja:

—¡No, no; si la muerte a la que invoco constantemente no viene me volveré loco! Tú sabes que pasé algunos años en Nápoles. Allí conocí a una muchacha, hija de una de las familias más aristocráticas de la ciudad, y me enamoré perdidamente de ella. Este ángel se entregó completamente a mí, sus padres me aceptaron, y la unión, de la que yo esperaba la felicidad de toda mi vida, fue decidida. El día de la boda ya se había fijado, cuando he aquí que un conde siciliano se presentó en la casa y se esforzó en agradar a mi prometida. Le pedí inmediatamente una explicación de su conducta, pero él me trató con altivez. Entonces le atacué, luchamos, y le hundí mi espada en el pecho. Corrí a buscar a mi novia. La encontré llorando; me calificó de asesino de su bienamado, me rechazó con horror, lanzó gritos de desesperación, y, cuando le cogí la mano, cayó al suelo sin vida, como si la hubiera picado un escorpión. ¡Cómo explicarte, querido amigo, mi sorpresa y mi dolor! Los padres de la joven no podían comprender el cambio que se había operado en su hija, pues jamás ella había hecho caso de las pretensiones del conde. Su padre me ocultó en su palacio, procurando luego proporcionarme los medios para que pudiera huir de Nápoles. Al verme acosado, partí inmediatamente hacia San Petersburgo. No, amigo mío, no es la traición de mi amante lo que consume mi vida, sino un secreto terrible. Desde aquella maldita jornada en Nápoles, constantemente me veo perseguido por todos los horrores del infierno. Algunas veces durante el día, pero sobre todo por la noche, oigo, bien a lo lejos, bien junto a mí, algo semejante a los estertores de un moribundo. Es la voz del conde que maté la que retumba en el fondo de mi alma. En medio del fragor de la metralla, a través del ruido de las descargas en el campo de batalla, este espantoso quejido retumba en mis oídos; y entonces toda la rabia, toda la desesperación de un insensato se despiertan en mi seno. Incluso esta misma noche...

»Bogislav se calló dominado por el horror, lo mismo que yo, pues un grito quejumbroso se escuchó en aquel instante. Parecía como si alguien se arrastrase dificultosamente desde el piso inferior, esforzándose en subir hasta donde estábamos nosotros con pasos pesados e inciertos. Bogislav se levantó de un salto, y gritó con

voz de trueno, mientras los ojos le centelleaban: «¡Miserable, no te escondas, preséntate ante mí, preséntate si te atreves; te desafío a ti y a todos los demonios!». Inmediatamente oímos un golpe violento y...

En este lugar del relato de Maurice, la puerta del salón se abrió con gran estruendo.

Se vio entrar a un hombre completamente vestido de negro, con el rostro pálido, y la mirada dura, severa. Se acercó a la baronesa con esa clásica desenvoltura del hombre de mundo, y le rogó, con delicadas palabras, que le disculpara por haber llegado con tanta demora habiendo sido invitado para la tarde, ya que una visita de la que no pudo desembarazarse le había retenido muy a pesar suyo. La baronesa, incapaz de reponerse de su espanto, balbuceó algunas palabras ininteligibles que tendían, junto con sus gestos, a hacer comprender al extraño visitante que tomase asiento. Este escogió una silla cerca de la baronesa, frente a Angélique, se sentó, y dirigió su imponente mirada a todas las personas de aquella tertulia. Todas las lenguas parecían paralizadas, y nadie encontró fuerzas para pronunciar una sola palabra. El extranjero comenzó nuevamente a hablar: debía disculparse doblemente, por haber llegado tarde, y por haber entrado con tanta impetuosidad en el salón; pero de esta última circunstancia no era él el responsable, sino el lacayo que había encontrado en la antecámara, el cual había empujado violentamente la puerta del salón. La baronesa, esforzándose por superar el extraño sentimiento que se había apoderado de ella, preguntó tímidamente al extranjero a quién tenía el honor de recibir en su casa. Este pareció no escuchar la pregunta; estaba extasiado contemplando a Marguerite, cuyo estado de ánimo había cambiado por completo, y que le refería en su jerga medio-alemana medio-francesa, mientras le sonreía, que habían pasado la velada contando historias terroríficas, y justamente cuando el señor comandante estaba a punto de anunciar la aparición de un espíritu demoníaco la puerta se había abierto y le vieron aparecer. La baronesa, considerando incorrecto volver a preguntarle a aquel extranjero quién era, máxime habiéndose presentado como invitado, y dominada aún por un gran temor, permaneció callada unos instantes, y el extranjero puso fin al comentario de Marguerite hablando de cosas indiferentes. La baronesa le contestó, y Dagobert trató de mezclarse en la conversación, que se deslizaba lánguidamente. Durante este tiempo, Marguerite canturreaba algunas canciones francesas, moviendo sus pies rítmicamente, como si tratara de ensayar algunos pasos de contradanza, mientras el resto de las personas allí presentes no osaba siquiera moverse. Todos se sentían incómodos; la presencia de aquel extranjero les agobiaba como la atmósfera de un tiempo de tormenta, y las palabras expiraban en sus labios cuando contemplaban los rasgos lívidos de aquel huésped inesperado.

No obstante, no se podía descubrir nada extraño en su tono y sus modales, que reflejaban a un hombre esmeradamente educado y de gran experiencia. El acento forzado con que hablaba el francés y el alemán invitaban a creer que no había nacido

ni en Alemania ni en Francia.

La baronesa respiró por fin cuando se oyó un ruido de caballos a la puerta de la mansión, y distinguió la voz de su marido, el coronel.

Momentos después, el coronel Grenville entraba en el salón. Apenas vio al extranjero, corrió hacia él y le dijo:

—Bien venido sea a mi casa, señor conde. —Luego, volviéndose hacia la baronesa, le dijo—: Te presento al conde Aldini, un buen y fiel amigo mío, al que conocí en el norte y vuelvo a encontrar en el sur.

La baronesa, cuyo temor se disipó en un segundo, dijo al conde mientras le sonreía con agrado, que no debía tenerle en cuenta el haberle recibido de una forma tan extraña, ya que la culpa era de su marido, el coronel, dado que no le había avisado su visita. Luego le contó a su marido que habían pasado toda la velada hablando de apariciones de seres de otro mundo, y cómo el conde se había presentado en el preciso instante en que Maurice decía, en medio del curso de una lamentable historia terrorífica: «Un golpe violento se oyó de repente, y la puerta se abrió con gran estruendo».

—¡Increíble! ¡Le han tomado por un ser del otro mundo, mi querido conde! —dijo el coronel, riendo con gran jolgorio—. En efecto, ya veo que mi Angélique lleva en su rostro las huellas del espanto; el comandante tiene el aspecto triste de su historia, y Dagobert ha perdido casi toda su alegría. Dígame, mi querido conde, ¿verdad que no es correcto el que le hayan tomado por un espectro, por un genio malhechor?

—¿Acaso hay algo terrorífico en mí? —respondió el conde en un tono bastante extraño—. Hoy día se habla mucho de hombres que ejercen un raro encantamiento con sus miradas y sus toques de manos; ¿acaso estoy en posesión de tales poderes sobrenaturales?

—Bromea usted, señor conde —intervino la baronesa—; pero también es cierto que esta noche hemos desvelado todos los misterios de las antiguas creencias.

—En efecto, el mundo es tan viejo que cree rejuvenecerse dejándose acunar con cuentos de nodrizas —respondió el extranjero—. Es una epidemia que cada día gana más terreno. Lamento haber interrumpido al señor comandante en el momento más interesante de su relato. Supongo que no lo habré intimidado; y le ruego que continúe con el mismo, pues estoy seguro que sus oyentes esperan con impaciencia el desenlace de su historia.

El conde extranjero no solo intimidaba a Maurice sino que, por añadidura, le inspiraba repugnancia. Veía en sus palabras, sobre todo en su sonrisa, algo irónico y despreciativo; y por ello respondió con un tono seco y los ojos en llamas, que temía trastornar con su relato la alegría que el conde había llevado a aquella tertulia, por lo que prefería callarse.

El conde no pareció conceder mucha atención a las palabras del comandante; pero, al mismo tiempo que jugueteaba con su tabaquera de oro, se volvió hacia el

coronel y le preguntó si aquella dama tan inteligente era francesa.

Se refería a Marguerite, que seguía yendo de un lado para otro en el vasto salón. El coronel se acercó a ella y le preguntó en voz baja si se había vuelto loca. La jovencita se asustó y se dirigió inmediatamente a la mesa, donde ocupó una silla en silencio.

El conde volvió a tomar la palabra y habló con mucho encanto de diversos sucesos recientes. Dagobert apenas osaba pronunciar palabra. Maurice, extremadamente colorado, con la mirada penetrante, parecía estar al acecho de una señal de ataque. Angélique parecía estar completamente absorta en su labor de bordado, y no levantó su mirada ni una sola vez. Se separaron bastante descontentos el uno del otro.

—¡Eres un feliz mortal! —exclamó Dagobert cuando se halló a solas con Maurice—. No lo dudes más: Angélique te ama con ternura. Hoy he leído en el fondo de sus ojos y he comprobado que todo su amor es para ti. Pero el demonio siempre está preparado para alterar la felicidad de los hombres. Marguerite está locamente enamorada de ti. Te ama con todo el furor que jamás haya inspirado la desesperación en el corazón de una mujer. Su extraña conducta de hoy no fue más que la explosión de unos espantosos celos que no ha podido contener. Cuando Angélique dejó caer su pañuelo, cuando tú te agachaste para recogerlo y cuando al devolvérselo le besaste la mano, todas las furias del infierno se apoderaron de la pobre Marguerite. Y tú eres la única causa del estado en que se encuentra, pues en otra época te mostrabas mucho más galante con la hermosa francesita. Ya sé que tú solo soñabas en Angélique, que todas las delicadezas que tenías con Marguerite en realidad iban dirigidas a su amiga, pero tus miradas, mal enfocadas, iban a menudo hacia la pobre muchacha y la hacían sufrir. Ahora, el mal ya está hecho, y no sé como va a acabar este asunto sin dejar de provocar un terrible escándalo.

—Pues entonces deja de atormentarme con Marguerite —respondió el comandante—. Si Angélique me ama realmente, aún lo dudo, soy el hombre más feliz del mundo, y todas las Marguerites de la tierra y sus locuras me importan un bledo. Pero un nuevo temor ha venido a atormentarme. Ese extranjero, el conde misterioso, que se ha presentado en medio de nosotros como un sombrío enigma, que nos ha trastornado a todos, ¿no te parece que ha venido a interponerse entre nosotros dos? He sentido algo así como un recuerdo confuso, como un sueño en el que veía a ese conde enigmático en medio de circunstancias terribles. Tengo el presentimiento que por donde quiera que va ocurren funestos acontecimientos. ¿Te has fijado cómo dirigía frecuentemente su mirada hacia Angélique, y cómo entonces una larga vena se coloreaba de sangre en sus pálidas mejillas? Las palabras que me dirigió tenían un tono irónico que me estremecieron. Creo que quiere truncar nuestro amor; pero estaré pendiente de él constantemente para evitar que logre sus propósitos.



Había transcurrido cierto tiempo después de esta entrevista. El conde, al visitar cada vez con más frecuencia la casa del coronel, se había hecho indispensable. Incluso se llegó a pensar que habían cometido una injusticia con él al rodearle de un halo misterioso.

—Pues yo creo que también el conde debía considerarnos personas misteriosas y muy extrañas al ver nuestros rostros pálidos y nuestra extraña conducta —decía frecuentemente la baronesa, cuando hablaba del primer encuentro con el conde.

En sus conversaciones, el conde evidenciaba profundos conocimientos sobre todas las materias, y, a pesar de que por ser italiano hablaba con un acento dificultoso, discurría, sin embargo, con una gracia y facilidad extremas. Sus animados relatos, plenos de ardor, arrastraban a sus oyentes, cuando hablaba, y una gentil sonrisa animaba sus pálidos, pero expresivos y regulares rasgos faciales, Dagobert y Maurice, incluso, se olvidaban de su odio, y permanecían, lo mismo que Angélique y todos los demás, pendientes de sus palabras.

La amistad entre el coronel y el conde había nacido de una forma bastante honorable para el último. Allá en el Norte, donde se habían encontrado por casualidad, el conde había ayudado con su fortuna al coronel, con un extraño desinterés, y le había así sacado de un atolladero que habría tenido unas consecuencias funestas para su nombre y su honor. Por este motivo el coronel sentía un profundo agradecimiento hacia su amigo.

—Ya es hora —dijo un día el coronel a la baronesa— de que te revele los motivos de la estancia del conde en esta villa. Ya sabes que hace cuatro años teníamos una amistad tan íntima, en la guarnición en la que me encontraba, que siempre vivíamos en la misma casa. Cierta mañana en que el conde vino a visitarme encontré sobre mi mesa la pequeña fotografía de Angélique, que constantemente llevo conmigo. Cuanto más la examinaba, más visible se hacía su trastorno. No podía apartar su mirada de ella, y permaneció mucho tiempo contemplándola en silencio. «Jamás —exclamó al fin—, jamás he visto un rostro de mujer tan conmovedor y tan bello; nunca he sentido el amor penetrar en mi corazón como en este instante». Me puse a bromear sobre el efecto maravilloso del retrato, le dije que era un moderno Kalaf y luego le felicité, ya que mi hija Angélique no era una Turandot. Finalmente le hice comprender que a su edad —pues, aunque no tuviese muchos años, no se le podía considerar ya un joven — aquella manera romántica de enamorarse súbitamente a la vista de una fotografía me sorprendía un poco. Pero me juró con toda aquella vivacidad y gestos apasionados, tan típicos en su tierra italiana, que amaba locamente a Angélique, y que, si yo no quería hundirlo en la más cruel desesperación, debía permitirle pretender su mano. Es con esta intención con la que el conde se ha presentado en nuestra casa. Está convencido del consentimiento de Angélique, y ayer me pidió formalmente su mano. ¿Qué piensas de su petición, mi querida Elise?

La baronesa no podía comprender la extraña sensación que le habían causado las últimas palabras del coronel.

—¡Santo cielo —exclamó ella—, casar a Angélique con un extraño!

—¿Un extraño? —respondió el coronel—. ¿Puede considerarse como un extraño aquel a quien debo el honor, la libertad, y la vida quizá? Confieso que su edad no es precisamente la apropiada para casarse con una jovencita; pero es un gran hombre, noble y, por añadidura, rico, muy rico...

—¡Y sin consultar a Angélique, que quizá no tenga tanta inclinación por él como se imagina tu amigo en su locura amorosa!

El coronel se levantó vivamente de su silla y se dirigió hacia la baronesa con los ojos llenos de cólera.

—¿Acaso te he dado alguna vez motivos para creer que soy un padre insensato y tiránico —dijo el coronel—, y que sería capaz de entregar a mi adorada hijita a un hombre indigno de ella? ¡Deja ya de atormentarme con tus románticas sensiblerías y tu refinada ternura! —Angélique es todo oídos cuando habla el conde, le mira con una bondad amigable, se ruboriza cuando él le besa la mano; todo en su conducta demuestra una inclinación pura e inocente hacia su persona, uno de esos sentimientos que hace la felicidad de cualquier hombre; y para eso hace falta ese amor romántico que atolondra algunas veces a vosotras las mujeres.

—Creo —dijo la baronesa— que el corazón de Angélique ya no es lo suficientemente libre como para escoger a nadie.

—¿Cómo? —exclamó irritado el coronel; e iba a dar rienda suelta a su enojo cuando la puerta se abrió: Angélique entró, su rostro estaba animado por una sonrisa encantadora.

El coronel se olvidó inmediatamente de su mal genio y de su cólera; se dirigió hacia ella, la besó en la frente, y después de conducirla hacia un sillón, se sentó cariñosamente al lado de ella, junto a su adorado y tierno retoño. Luego comenzó a hablarle del conde, alabando su aspecto noble, su juiciosa mente, sus elevados sentimientos, y le preguntó a Angélique si era de su agrado. Angélique le respondió que al principio había encontrado al conde terrorífico y extraño, pero que, poco a poco, este sentimiento se había borrado completamente, y que ahora le veía con placer.

—¡Alabado sea el cielo! —exclamó el coronel, lleno de alegría—. El conde Aldini, ese noble caballero, te adora con toda el alma, mi querida hija; me ha pedido tu mano, y estoy seguro que se la concederás.

Apenas el coronel hubo pronunciado estas palabras, Angélique dio un profundo suspiro y cayó al suelo casi sin vida. La baronesa la recogió en sus brazos y dirigió una expresiva mirada al coronel, mudo y consternado a la vista de su hija, pálida como una muerta. Angélique recobró el conocimiento poco a poco, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y exclamó con voz lastimera:

—¡El conde, el terrible conde! ¡No, no, jamás!

El coronel la conjuró varias veces, y con toda la dulzura imaginable, a que le dijera por qué el conde le parecía tan terrible. Entonces, Angélique le confesó que, en el momento en que su padre le dijo que el conde la amaba, un sueño espantoso que había tenido al cumplir los catorce años había acudido inmediatamente a su memoria, pese a haberlo olvidado aquel mismo día sin que ella hubiera podido retener una sola de sus imágenes.

—Me paseaba yo por un risueño jardín —dijo Angélique—; en él había raros arbustos y extrañas flores.

De repente, me detuve frente a un árbol maravilloso cuyas sombrías hojas, anchas y odoríficas, se parecían a las de un banano. ¡Qué dulcemente se agitaban sus ramas! Murmuraban mi nombre y me invitaban a descansar a su sombra. Atraída irresistiblemente por una fuerza invisible, caí sobre el césped, al pie del árbol; Entonces me pareció oír extraños gemidos en lo alto; y cuando llegaban a agitar las hojas del árbol, como si fueran un soplo de viento, producían profundos suspiros. Un dolor indescriptible se apoderó de mí, una viva compasión se elevó de mi seno, no sé por qué; y, de repente, un relámpago ardiente atravesó mi corazón y lo destrozó. El grito que quise dar no pudo salir de mi pecho, atenazado por un espanto sin nombre, y se transformó en un profundo suspiro. Pero el relámpago que había atravesado mi corazón había partido de dos ojos humanos, fijos en mí, desde el fondo del sombrío follaje. En aquel instante, esos ojos estaban cerca de mi rostro, muy cerca, y llegué a percibir que una mano blanca como la nieve trazaba un círculo alrededor de mí. Y cada vez aquellos círculos se hacían más estrechos y me envolvían con sus líneas de fuego, hasta que al final me encontré envuelta en una tela luminosa, parecida a la de una araña. Y al mismo tiempo, era como si la mirada de aquellos ojos se hubiese amparado de todo mi ser; no tenía más contacto conmigo misma y con el mundo al que me parecía estar suspendida por un hilo, y este pensamiento era un espantoso martirio para mí. El árbol inclinó hacia mí sus ramas, y la voz emocionada de un joven salió de ellas, y me dijo: «Angélique, yo te salvaré». Pero...

Angélique fue interrumpida; anunciaron al comandante que venía a entrevistarse con el coronel por asuntos del servicio. Apenas Angélique oyó el nombre del comandante, empezó a gritar, y a derramar nuevas lágrimas, con aquel acento que dan los dolores del alma:

—Maurice... ¡Ah! Maurice...

El comandante había oído aquellas palabras al entrar. Alcanzó a distinguir a Angélique bañada en lágrimas, con los brazos tendidos hacia él. Fuera de sí, arrojó su casco de acero que rodó ruidosamente, y cayó a los pies de Angélique, la cogió en sus brazos y la apretó apasionadamente contra su pecho. El coronel contemplaba aquella escena, boquiabierto; la sorpresa ahogaba su voz.

—Sospechaba que se amaban —dijo la baronesa en voz baja.

—Comandante —dijo al fin el coronel, enfurecido—, ¿qué relaciones tiene usted con mi hija?

Maurice, volviendo en sí de inmediato, puso a Angélique medio muerta en su sillón, recogió violentamente su casco, avanzó hacia el coronel, con la mirada baja y las mejillas ruborizadas, y le juró por su honor que amaba a Angélique con toda su alma, pero que hasta aquel día ninguna palabra que se pareciese a una declaración había escapado de sus labios. Había llegado a dudar del amor de Angélique, pero en aquel instante había descubierto cuan grande era su dicha, y esperaba de la generosidad de un hombre tan noble, de la ternura de un padre, un consentimiento que había de hacer feliz a todos.

El coronel sopesó al comandante de una mirada, dirigió un sombrío golpe de vista a Angélique, luego se situó en el centro de la habitación, con los brazos cruzados, inmóvil como una persona que duda en tomar un partido. Luego empezó a pasearse por la estancia, se detuvo delante de la baronesa, que había cogido a Angélique en sus brazos e intentaba consolarla.

—¿Qué relación —dijo el coronel con voz sorda, tratando de contener su cólera—, qué relación tiene tu absurdo sueño con el conde?

Inmediatamente, Angélique se lanzó a sus pies, besó sus manos, las cubrió de lágrimas, y le dijo con voz ahogada:

—¡Ah, padre mío! ¡Mi querido padre! ¡Aquellos ojos horribles que me abrasaban con sus miradas, eran los del conde! ¡Era su mano de espectro la que me rodeaba con lazos de fuego! ¡Pero aquella voz de joven que me llamaba de en medio de las flores, era Maurice! ¡Mi Maurice!

—¡Tu Maurice! —exclamó el coronel, volviéndose tan violentamente que hizo caer al suelo a la pobre Angélique. Luego volvió a pasearse por la estancia diciéndose en voz baja: De modo que es a causa de unas visiones infantiles, a un idilio secreto, por lo que deben ser sacrificados los proyectos sensatos de un padre, las esperanzas e ilusiones de un hombre de honor.

Finalmente, el coronel se detuvo delante de Maurice y le dijo:

—Comandante, usted sabe cuánto le estimo; nunca podría encontrar un yerno que me fuese más querido que usted, pero el conde Aldini tiene mi palabra, y le debo tanto como un hombre pueda deber a otro. No crea, sin embargo, que quiero ahora desempeñar el papel de un padre tiránico y terco. Iré a ver al conde y se lo explicaré todo. Quizá su amor me cueste un duelo sangriento, a lo peor la vida; pero no importa. ¡No importa, voy a verle inmediatamente! ¡Espere aquí mi regreso!

El comandante juró, con entusiasmo, que prefería perder mil veces la vida antes que tolerar que el coronel se expusiera al menor peligro. El coronel se alejó rápidamente sin contestarle.

Apenas el coronel abandonó la estancia, los dos enamorados se arrojaron en brazos uno del otro, y se juraron amor y felicidad eterna. Angélique le dijo que fue precisamente cuando su padre le hizo conocer las pretensiones del conde cuando comprendió toda la fuerza de su amor por Maurice, y que prefería morir antes que convertirse en la esposa del conde, o de cualquier otro hombre. Le parecía, dijo ella,

que también había adivinado cuánto Maurice la quería. Entonces comenzaron a evocar todos aquellos momentos en que su amor se evidenció, y ambos se entregaron a tiernos arrullos amorosos, olvidándose de todos los obstáculos, incluso de la cólera del coronel, riendo y gozando como niños. La baronesa, profundamente emocionada, les prometió hacer todo lo que estuviera a su alcance para hacer desistir a su marido de una boda que le causaba horror, sin que ella comprendiese el motivo.

Apenas había pasado una hora cuando la puerta se abrió; y, ante el asombro de todos, se vio entrar al conde Aldini. Le seguía el coronel, cuyo rostro irradiaba un gozo sin límites. El conde se acercó a Angélique, le cogió la mano, y la contempló sonriendo amargamente. La hija del coronel se estremeció y dijo, casi desfalleciéndose:

—¡Oh...! ¡Estos ojos...!

—Palidece usted, querida Angélique, igual que la primera vez que entré en este salón —dijo el conde Aldini—. ¿Acaso sigo siendo a sus ojos un espectro horrible? No. Repóngase, mademoiselle, y no tema nada de un hombre inofensivo, que os ama con toda la ternura del mundo, con todo el ardor de un joven; que no sabía que usted había entregado ya su corazón, y que fue demasiado insensato al pretender su mano. ¡No! Incluso la palabra dada por su padre no me da el menor derecho a una felicidad que solo usted puede dispensar. Es usted libre, mademoiselle. ¡Ni mi mirada debe recordarle ya más el espanto que le causó; pronto, quizá mañana, regresaré a mi patria!

—¡Maurice! ¡Maurice! —exclamó Angélique, feliz, arrojándose en los brazos de su amado.

Al conde se le estremeció todo el cuerpo, sus ojos despidieron un fuego extraordinario, le temblaron los labios, y, finalmente, articuló un sonido extraño; pero, volviéndose rápidamente hacia la baronesa y formulándole una pregunta sin importancia, consiguió contener el sentimiento que le dominaba.

A continuación se deshizo en alabanzas para con el coronel, exclamando repetidas veces:

—¡Qué grandeza de alma! ¡Cuánta generosidad la suya! ¡Quién podría igualarle en nobleza! ¡Será mi amigo por toda la vida!

Luego abrazó al comandante, a Angélique y a la baronesa, y les dijo, riéndose, que no quería saber nada del complot que habían fraguado, pero que esperaba que Angélique ya no volvería a sufrir más la extraña sensación que le causaban los ojos de los aparecidos.

Como el día ya declinaba, el coronel rogó al comandante y al conde que aceptasen cenar con él. Enviaron una invitación a Dagobert, que llegó bien pronto, con el rostro radiante de alegría y de gozo.

Cuando se sentaron a la mesa, se dieron cuenta que faltaba Marguerite. Alguien dijo que se había encerrado en su habitación, manifestando que no se encontraba en condiciones de acudir a la cena por hallarse enferma.

—Desde hace cierto tiempo algo raro pasa en la cabeza de Marguerite —comentó el coronel—; está llena de ideas caprichosas y obstinadas; unas veces llora, otras, ríe sin motivo, y a menudo sus fantasías y quimeras son tales que se vuelve insoportable.

—Tu dicha causa la muerte de Marguerite, ya que los celos la consumen —murmuró Dagobert en voz baja al comandante.

—¡Visionario! —respondió este, también en voz baja—. ¡Procura no enturbiar esa dicha!

Jamás el coronel se había mostrado de mejor humor; nunca la baronesa, que durante tanto tiempo había estado preocupada por la suerte de su hija, se había sentido más dichosa; y como Dagobert se entregaba a todos los impulsos de la alegría, y el conde Aldini, olvidando su herida todavía abierta, daba rienda suelta a su conversación amena y variada, todos los convidados parecían formar una guirnalda de personas felices junto a la afortunada pareja.

Llegó la hora del crepúsculo; el vino más noble brillaba en la copas de fino cristal, y se bebía alegremente a la salud de los futuros esposos, cuando la puerta de la sala se abrió suavemente. Marguerite, cubierta con una blanca bata de dormir, con los cabellos sueltos, pálida como una muerta, apareció en el dintel de la misma. Luego, con pasos inseguros, avanzó hacia ellos.

—Marguerite, ¿qué locura es esta? —exclamó el coronel.

Pero Marguerite, sin mirarle, se dirigió lentamente hacia el comandante, puso su helada mano sobre su pecho, le dio un beso casi insensible en la frente, y murmuró con voz sorda:

—¡Que el beso de una moribunda le traiga buena suerte al alegre novio! —Y luego, se desvaneció.

—La desdichada se muere de amor por el comandante —dijo Dagobert en voz baja al conde.

—¡Me lo suponía! —respondió el conde—. Sin duda alguna, esta muchacha ha cometido la locura de tomar un veneno.

—¡Santo cielo! —exclamó Dagobert horrorizado, dirigiéndose rápidamente hacia el sillón en que habían recostado a Marguerite. Angélique y la baronesa estaban o su lado y le hacían respirar unas sales y le frotaban la frente con aguas espirituosas. Cuando Dagobert se acercó, Marguerite acababa de abrir los ojos.

—Tranquilízate, querida —dijo la baronesa—; estás enferma, pero todo pasará.

—Sí —respondió Marguerite—, todo pasará muy pronto, ¡pues he ingerido un veneno!

Angélique y la baronesa gritaron horrorizadas.

—¡Esta es una maldición de todos los demonios! —exclamó el coronel, enfurecido—. ¡Vayan a buscar rápidamente un médico! ¡Vamos, rápido! ¡Traigan inmediatamente al primero que encuentren!

Los lacayos, el mismo Dagobert, quisieron salir corriendo para cumplir las órdenes del coronel.

—¡Deténganse! —intervino el conde, que hasta aquel instante había permanecido bastante tranquilo, vaciando con deleite su copa de vino de Siracusa, su bebida favorita—. ¡Alto! Si Marguerite ha ingerido un veneno, no hace falta ningún médico; en este caso, yo soy el mejor médico y el más idóneo. Dejadme hacer.

El conde se acercó a Marguerite, que había vuelto a desvanecerse, y que experimentaba, de vez en cuando, ciertos estremecimientos. Se inclinó sobre ella; todos observaron cómo sacaba un pequeño estuche de su bolsillo, del que extrajo una sustancia que sostuvo entre los dedos, y con la que frotó la frente y el pecho de Marguerite; luego dijo, al apartarse de ella:

—Esta muchacha ha tomado opio; pero puedo curarla con un remedio que conozco bastante bien.

Cumpliendo las órdenes del conde, Marguerite fue transportada a su habitación, donde quedó a solas con ella. Durante este tiempo, el ama de llaves de la baronesa había encontrado el frasco que contenía las gotas de opio recetadas desde hacía algún tiempo por el médico a madame de Grenville. La desdichada había vaciado todo el frasco.

—El conde es un hombre realmente maravilloso —dijo Dagobert con un poco de ironía—. Lo ha adivinado todo. Le bastó mirar a Marguerite para saber que había ingerido un veneno. Y no solo eso, sino que, además, ha sabido determinar la especie y el color.

Una hora después, el conde reapareció y anunció que la vida de Marguerite estaba fuera de peligro. Dirigiendo su mirada hacia Maurice, añadió que esperaba borrar de su alma incluso el origen del mal. Aconsejó que su ama de llaves pasase la noche junto a Marguerite. Y como él mismo pensaba pasar la noche en la habitación contigua, velando, para hallarse preparado a socorrerla en caso de necesidad, volvió a sentarse a la mesa con los hombres, para reponer fuerzas con aquellos ricos manjares y prepararse para aquella noche fatigosa. Mientras, Angélique y la baronesa, agotadas por este suceso lamentable, se retiraron a sus aposentos.

El coronel dio rienda suelta al mal humor que le causaba lo que él consideraba un mal proceder de Marguerite. Maurice y Dagobert guardaban tristemente silencio. Pero cuanto más deprimidos se mostraban ellos, más el conde dejaba expresar una alegría que no era corriente en él y que, en cierto modo, tenía algo de crueldad.

—Este conde —dijo Dagobert a su amigo cuando se retiraban— siempre me produce un efecto muy extraño; me parece que hay algo de sobrenatural en él.

—¡Ah! —respondió Maurice—, ¡no en vano la idea de una desgracia que amenaza nuestro amor me agobia y me oprime!

Durante aquella misma noche, el coronel fue despertado por la llegada de un correo militar. Al día siguiente, vino a ver a la baronesa, algo trastornado, y le dijo:

—Querida, pronto nos veremos obligados a separarnos —dijo esforzándose por parecer tranquilo—. La guerra va a reanudarse de nuevo, después de un corto intervalo de tiempo. Ayer recibí la orden de ponerme en marcha lo antes posible con

mi regimiento, quizá la próxima noche.

La baronesa palideció de espanto y se echó a llorar amargamente. El coronel trató de consolarla afirmándole que aquella campaña sería corta y gloriosa, y que la satisfacción con la que la comenzaba le hacía presentir que no tenía que temer ningún peligro.

—Durante mi ausencia —añadió el coronel— podrás irte a nuestras tierras con Angélique. Os proporcionaré un guía que alegrará vuestra soledad. El conde Aldini irá con vosotras.

—¡El conde! ¡Santo cielo! —exclamó la baronesa—. ¿Que el conde irá con nosotras después de haberle negado la mano de Angélique? ¡Un italiano astuto, que sabe ocultar su cólera en el fondo del corazón, y que quizá la haga aflorar llegado el momento favorable! ¿Irnos con ese conde que, no sé por qué, ayer se me hizo más odioso que nunca?

—¡Santo cielo! ¡No hay quien pueda con la imaginación y las ideas fantásticas de las mujeres! —exclamó el coronel, golpeando el suelo con el pie—. Estas no pueden comprender la grandeza de alma de un hombre superior, y solo se figuran que en la vida no hay nada más que amor. El conde ha pasado toda la noche en la habitación contigua a la de Marguerite, tal como anunció, y por ello fue a él a quien primero comuniqué el estallido de la nueva contienda militar. Dadas estas circunstancias, el regreso a su patria es casi imposible, por lo que esta noticia le ha deprimido profundamente. Por este motivo le he invitado a pasar una temporada en mis dominios. Después de muchas dudas, ha aceptado por fin, y me ha dado su palabra de honor que hará todo lo que esté en su mano para protegeros y para dulcificar los inconvenientes de nuestra separación. Tú sabes lo mucho que le debo al conde: ¿puedo, acaso, negarle un asilo?

La baronesa no pudo, no se atrevió a responder nada. El coronel cumplió con su palabra; a la noche siguiente, las trompetas anunciaron su marcha, y los dos enamorados se separaron con un dolor inexpresable.

Pocos días después, cuando Marguerite se hallaba ya restablecida, la baronesa partió a sus tierras acompañada de Angélique. El conde las escoltó con sus gentes.

Durante los primeros días, el conde usó una delicadeza infinita en su trato para con las damas; no las visitaba más que cuando ellas le expresaban dicho deseo, y permanecía encerrado en su aposento donde se entregaba a paseos solitarios.

Al principio, la guerra fue favorable al enemigo; pero pronto cambió la suerte de las armas, y la victoria se inclinó por el bando en el que militaba el coronel Grenville. El conde siempre era el primero en traer las buenas noticias, siempre estaba informado del curso de la contienda y de la marcha del regimiento del coronel. En numerosos choques militares ni el coronel ni el comandante habían sufrido la menor herida; las cartas recibidas daban fiel prueba de ello. Por este motivo el conde siempre comparecía delante de las dos damas como un mensajero de las buenas nuevas; se mostraba pleno de abnegación hacia Angélique, en su calidad de amigo



íntimo de su padre; y la baronesa no tuvo más remedio que admitir que el coronel no se había equivocado al valorar las cualidades del conde, y que los prejuicios que ella alimentaba en contra de él eran absolutamente injustos. Incluso Marguerite parecía encontrarse ya completamente restablecida de su loca pasión, y la paz, así como la confianza, habían vuelto de nuevo al pequeño círculo.

Una carta del coronel, dirigida a su esposa, y una nota que el comandante escribió a Angélique, acabaron por disipar todas las dudas. La guerra finalizó y la paz fue firmada en la capital de Francia.

Angélique estaba ebria de alegría y de esperanza, y era siempre el conde quien hablaba apasionadamente de las gestas heroicas de Maurice y de la felicidad que le sonreía a la bella prometida. Un día, al fin, le cogió la mano a Angélique, y, llevándosela al corazón, le preguntó si ella aún le odiaba como antaño. Ruborizándose de vergüenza, y con los ojos llenos de lágrimas, Angélique respondió que ella nunca le había odiado, sino que amaba demasiado a Maurice como para no rechazar con horror cualquier otro idilio. El conde la miró seriamente, y de dijo en tono solemne:

—Angélique, considéreme siempre como un padre. —Y le dio un beso en la frente, que la pobre muchacha recibió con pena, ya que era así cómo su padre tenía la costumbre de besarla.

Cada día esperaban la llegada de una carta anunciando el regreso del coronel a su patria, pero cuando aquella llegó fue para echar por tierra las ilusiones y esperanzas de todos. El comandante había sido atacado por unos campesinos, en un pueblo de Champagne que atravesaba para alcanzar la frontera; le habían derribado de su caballo a golpes de hoces y garrotes, pero su asistente pudo al fin conseguir huir. De modo que la alegría que inundaba ya la casa se convirtió en una sin par desesperación.

## **SEGUNDA PARTE**

Toda la casa del coronel era un ir y venir de gentes. Continuamente se veía a los lacayos subir y bajar las escaleras de mármol, vestidos con ricas libreas, mientras en el patio de la mansión, lleno de carrozas, el coronel, con el pecho cubierto de condecoraciones conseguidas en la última campaña, recibía a los invitados.

En su habitación solitaria, vestida como una novia, se hallaba sentada Angélique, rebosante de belleza que el frescor de la juventud resaltaba aún más. Su madre estaba junto a ella.

—Hija mía —le dijo su madre—, has escogido libremente al conde Aldini como tu futuro esposo. Tanto como tu padre insistía en otros tiempos sobre esta unión, he aquí que se muestra indiferente sobre la misma desde la muerte del desgraciado Maurice. Sí, ahora me da la impresión de que incluso él comparte el doloroso

sentimiento que no puedo ni debo ocultarte: es incomprensible que hayas olvidado tan pronto al pobre Maurice. Se acerca el momento decisivo. Vas a casarte con el conde. Examina bien tu corazón. ¡Aún estás a tiempo! ¡Ojalá el recuerdo del pasado no ensombrezca nunca tu felicidad!

—¡Nunca! —exclamó Angélique, y sus ojos se humedecieron de lágrimas—. ¡Nunca olvidaré a Maurice! ¡Nunca amaré como le he amado! ¡El sentimiento que experimento por el conde es completamente distinto! ¡No sé cómo ha logrado conquistar mi alma! ¡No, no le quiero, no puedo amarle como amé a Maurice; pero siento como si no pudiera vivir sin el conde, como si no pudiera pensar ni sentir más que por él! Un espíritu invisible me dice constantemente que debo ser su esposa, que sin él la vida no existe para mí. Obedezco esta voz que parece la palabra misteriosa del destino...

El ama de llaves entró en aquel instante y anunció que aún no habían encontrado a Marguerite, desaparecida desde aquella mañana; pero le había encargado al jardinero que le entregase a la baronesa una nota suya cuando fuese a llevarle las flores al castillo.

En aquella carta, que la baronesa abrió inmediatamente, estaban escritas estas palabras:

*«Nunca volverán a verme. Un destino fatal me expulsa de su casa. Le suplico a usted, que ha sido como una madre para mí, que no hagan nada por buscarme. La segunda tentativa que yo haría para quitarme la vida sería más afortunada que la primera. Ojalá pueda Angélique gozar durante muchísimo tiempo de su felicidad, cuyo pensamiento desgarró mi alma. ¡Adiós, que sea muy feliz! Y olvide a esta desgraciada mujer».*

«MARGUERITE».

—¡Esta loca se ha propuesto amargarnos la existencia! —exclamó irritada la baronesa—. ¿Es que acaso ha decidido situarse siempre, en calidad de enemiga, entre ti y el esposo que tú escojas? ¡Que se aleje, que se vaya adonde quiera, esta ingrata muchacha a quien he tratado como a mi propia hija; no pienso atormentarme más a causa de ella!

Angélique se deshizo en quejas y lamentaciones, y lloró a una hermana perdida para siempre; pero su madre le rogó severamente que no trastornase aquel momento solemne con el recuerdo de una insensata. Los invitados se habían reunido en el salón; la hora de dirigirse a la capilla, donde un sacerdote católico debía unir a los futuros esposos, acababa de sonar. El coronel daba el brazo a la novia, y todos se deshacían en alabanzas ante la singular belleza de la joven, que se destacaba más aún con la simplicidad de su compostura. Se esperaba al conde, pero este no aparecía. Pasó un cuarto de hora y aún seguía sin aparecer. El coronel fue a buscarlo a su aposento. Allí encontró a su criado, el cual le dijo que su amo se había vestido para la

boda, pero que, habiéndose encontrado súbitamente indispuerto, había bajado al parque para respirar más libremente. Le había ordenado a sus criados que no lo siguieran.

Este percance del conde trastornó al coronel; su corazón empezó a latir con fuerza; no podía darse cuenta de la inquietud que le dominaba.

Mandó comunicar a sus invitados que el señor conde acudiría dentro de unos instantes; al mismo tiempo, rogó a un médico célebre que se encontraba entre los asistentes, que le acompañara, y bajaron ambos al parque, seguidos del criado, para tratar de localizar al conde. Se dirigieron hacia un macizo de arbustos adonde el conde solía ir a descansar. Allí le vieron, sentado sobre el césped, al pie de un banano, con el pecho cubierto de brillantes condecoraciones y las manos juntas. Estaba apoyado contra el tronco del árbol y los miraba fijamente, con los ojos inmóviles. Todos se estremecieron ante este horrible cuadro, pues los ojos brillantes del conde habían perdido todo su fuego.

—¡Conde Aldini!, ¿qué le ha sucedido? —exclamó el coronel.

¡Pero ni una respuesta, ni un solo movimiento, ni el más ligero soplo! El médico se dirigió rápidamente hacia él, abrió sus ropas, desató su corbata, le frotó la frente; luego, volviéndose hacia el coronel, le dijo:

—Es inútil cualquier socorro. Está muerto. Acaba de sufrir un ataque de apoplejía.

El coronel, reuniendo todo su valor, le rogó que guardase el más absoluto silencio sobre aquel suceso.

—Mataríamos de dolor a mi pobre Angélique si no actuamos con mucha prudencia —le dijo al médico.

Inmediatamente, él mismo llevó el cuerpo del desafortunado conde a un pabellón próximo, lo dejó bajo la vigilancia del criado, y regresó al castillo con el médico. Durante el camino cambió veinte veces de pensamiento; no sabía si debía ocultar este percance a la pobre Angélique, o aventurarse a contarle todo con suavidad y tacto.

Al entrar en el salón, encontró un gran desorden. Cuando se hallaba conversando tranquilamente, los ojos de Angélique se cerraron de repente, y cayó desvanecida al suelo. Se hallaba tendida en un sofá situado en una sala contigua. La joven no estaba pálida, los colores de sus mejillas eran sonrosados; un encanto inexpresable —una especie de éxtasis— se reflejaba en su rostro. El médico, después de haberla contemplado largo tiempo con asombro, aseguró que no corría el menor peligro, y que mademoiselle de Grenville se hallaba bajo los efectos de un sueño magnético, aunque, ciertamente, de una forma inconcebible. No se atrevía a arrancarla de aquel sueño; pero estaba seguro de que no tardaría en despertarse por sí misma.

Durante este tiempo, todo el mundo se hablaba de una manera misteriosa en el salón. Sin saber cómo, la muerte del conde había llegado a oídos de todos; poco a poco, los invitados se marcharon del castillo; solamente, de vez en cuando, se oía el ruido de una carroza que se alejaba de aquella mansión.

La baronesa, inclinada sobre su hija, aspiraba cada aliento suyo. Angélique murmuraba unas palabras que nadie podía comprender. El médico no permitió que la desnudasen, ni que le quitaran siquiera los guantes; el más insignificante contacto podía tener funestas consecuencias para la desgraciada joven.

De repente, Angélique abrió los ojos, se incorporó, y gritó con voz aguda y retumbante:

—¡Está allí! ¡Está allí!

Luego se lanzó hacia la puerta del salón, que abrió con violencia, atravesó las antecámaras, y, finalmente, bajó las escaleras con una rapidez increíble.

—¡Mi hija se ha vuelto loca! ¡Dios mío! ¡Ha perdido la cabeza! —exclamó aterrada su madre.

—No, no, tranquilícese —intervino el médico—; no se trata de locura; pero algo extraordinario le está ocurriendo.

Y el galeno se lanzó tras los pasos de la joven. Este vio cómo Angélique atravesó rauda la puerta del castillo y se dirigió hacia la carretera, con los brazos extendidos; su rico velo de encaje y sus cabellos, que se habían soltado, flotaban en el viento.

Entonces apareció un jinete que se dirigió rápidamente hacia ella, se bajó de su montura y se arrojó a sus brazos. Otros dos caballeros que le seguían, se detuvieron igualmente y pusieron pie a tierra.

El coronel, que había seguido los pasos del médico, se detuvo ante aquel grupo, preso de un mudo asombro, y se golpeó la frente como si intentara detener los pensamientos dispuestos a abandonarle.

Era Maurice quien abrazaba con ardor a Angélique contra su pecho; a su lado, se hallaban Dagobert y un caballero joven con uniforme de general ruso.

—¡No! ¡No! —exclamó muchas veces Angélique, abrazando convulsivamente a su bienamado—, no, nunca te he sido infiel, mi querido, mi amado Maurice.

—Ya lo sé, amada mía —decía Maurice—. Ya lo sé ángel mío. ¡Fue un demonio el que te hizo caer en sus trampas infernales!

Y llevó, más bien que condujo, a Angélique hacia el castillo, mientras los demás les seguían en silencio. Hasta que llegaron a la puerta de la hermosa mansión, el coronel no pudo recuperar el habla. Mirando extrañado a su alrededor, exclamó:

—¿Qué significan todas estas apariciones?

—Todo se aclarará a su debido tiempo —respondió Dagobert; y a continuación presentó aquel extranjero al coronel como el general ruso Bogislav Sohilow, amigo íntimo del comandante.

Llegado al castillo, Maurice, sin hacer caso del espanto de la baronesa, preguntó con tono brusco:

—¿Dónde está el conde Aldini?

—Entre los muertos —respondió el coronel con voz sorda—. Ha sido víctima de un ataque de apoplejía hace unos instantes.

A Angélique le tembló todo el cuerpo.

—Sí, lo presenté —dijo ella—. En el mismo instante en que el conde murió sentí una especie de conmoción como si un cristal se rompiera dentro de mí misma; experimenté una extraña sensación, y sin duda alguna, recordé aquel sueño, pues, cuando me desperté, aquellos terribles ojos ya no ejercían ningún poder sobre mí; me encontraba libre de todos aquellos lazos de fuego que me habían aprisionado hasta entonces. ¡Era libre! ¡Vi a Maurice! ¡Corrí a su encuentro!

Mientras decía estas palabras, Angélique abrazaba con ternura a su bienamado, como si temiera volverlo a perder.

—¡Bendito sea Dios! —dijo la baronesa elevando su mirada al cielo—; siento disminuir el peso que oprimía mi corazón; ahora me veo libre de la mortal inquietud que se había apoderado de mí desde que Angélique debía casarse con el conde.

El general Sohilow solicitó ver el cadáver. Le condujeron al pabellón. Cuando retiraron el manto que habían extendido sobre su cuerpo, el general retrocedió bruscamente, y exclamó con voz trémula:

—¡Es él! ¡Por Dios bendito, es él!

Angélique se había dormido profundamente en los brazos de Maurice. La llevaron a sus aposentos. El médico aseguró que aquel sueño era beneficioso, y calmaría la agitación violenta de su espíritu que podía provocarle una enfermedad grave.

En el castillo ya no quedaba ningún invitado.

—Ya es hora, al fin —dijo el coronel— de desvelar todos estos horribles misterios. Dinos, Maurice, qué ángel salvador te ha vuelto a la vida.

—Ya saben ustedes —dijo Maurice— por qué traición fui atacado en un pueblo cercano a la frontera. Alcanzado por un disparo, caí sin sentido al suelo. Ignoro cuánto tiempo permanecí en aquella situación. Medio en sueños, y con la mente aún obnubilada por el dolor, tenía aquella sensación que se experimenta cuando se viaja en un carruaje. Era una noche sombría. Oí muchas voces cerca de donde yo estaba; hablaban en francés. Pensé inmediatamente, como es lógico, que había caído en manos del enemigo. Este pensamiento acudió a mi mente envuelto en mil terrores, y volví a desvanecerme. Entonces siguió un estado que no me ha dejado otro recuerdo que unos dolores violentos en la cabeza. Una mañana, me desperté con la mente completamente despejada. Me hallaba acostado en una cama elegante, casi suntuosa, con cortinas de seda, bordadas exquisitamente. La habitación, amplia y elevada, estaba alfombrada, y adornada con muebles pesados de color dorado, según la antigua moda francesa. Un desconocido me contemplaba casi inclinado sobre mi rostro, y, en ese momento, se dirigió rápidamente hacia el cordón de la campanilla, del que tiró con fuerza. Unos minutos después la puerta se abrió, y dos hombres entraron. Uno de ellos era anciano, llevaba un hábito bordado y la cruz de San Luis en su ojal. El más joven se acercó a mí, comprobó mi pulso, y dijo al otro: «¡Ha pasado todo el peligro! ¡Se ha salvado!».

»El más viejo se presentó a mí entonces como el caballero De Tressan, en cuyo

castillo me encontraba. Se hallaba de viaje, me dijo, y pasó por el lugar donde fui atacado, en el instante en que los campesinos se disponían a matarme. Consiguí arrancarme de sus manos. Luego me llevó en su carruaje hasta su castillo, el cual se hallaba alejado de toda comunicación con las rutas militares. Allí me hizo tratar las heridas que había recibido en la cabeza gracias a su cirujano, un galeno bastante hábil. Acabó diciéndome que amaba mi patria, que le había recibido bien durante todos los tiempos calamitosos de la revolución, por lo que se alegraba de poder serme útil. Todo aquello que pudiera aliviarme o complacerme en su castillo estaba a mi disposición, y que no permitiría que yo abandonase su castillo hasta que estuviese completamente restablecido. Por lo demás, lamentaba no encontrarse en situación de poder comunicar a mis amigos el lugar en que me hallaba.

»Aquel caballero era viudo, y sus hijos estaban ausentes; de modo que estaba a solas con él, el cirujano y los numerosos sirvientes del castillo. Mi salud fue restableciéndose poco a poco, y aquel noble hizo todo lo posible por hacerme grata mi estancia en su mansión. Su conversación era muy espiritual, y sus puntos de vista mucho más profundos de lo que ordinariamente son en su patria. Hablaba de arte y de ciencias, y siempre que podía, procuraba no hablar de los acontecimientos de la guerra. ¿Tengo que decir que mi Angélique era mi único pensamiento, y que mi mayor dolor era el saberla afligida pensando en que estaba muerto? Constantemente molestaba al caballero De Tressan rogándole hiciese llegar mis cartas al cuartel general. Se disculpaba diciéndome que no sabía en qué dirección avanzaban nuestros ejércitos, y me consolaba, diciéndome que apenas estuviera curado del todo haría todo lo posible para que yo regresara a mi tierra. Por la forma en que me hablaba, deduje que la guerra había vuelto a empezar con más encarnizamiento, y que las armas habían sido desfavorables a los ejércitos aliados, lo que me ocultaba por delicadeza.

»Pero solo necesito volver a plantear algunas circunstancias aisladas para justificar las singulares sospechas que Dagobert ha concebido.

»Ya casi me había recuperado cuando, inesperadamente, una noche caí en un estado de ensoñación increíble, cuyo recuerdo, aunque confuso, aún me hace estremecer. Veía a Angélique, pero como si su cuerpo solo fuese una nube de vapor temblorosa y movediza que en vano trataba yo de abrazar. Otra persona, se deslizaba entre ella y yo, se apoyaba en mi pecho, e introducía en él la mano para apoderarse de mi corazón; y a pesar de unos dolores espantosos, me sentía cautivado por una voluptuosidad infinita. Al día siguiente por la mañana, mi primera mirada se dirigió a un retrato que estaba colgado a los pies de mi lecho, y en el que no me había fijado nunca. Me sentí horrorizado hasta el fondo de mi alma, ya que era Marguerite, cuyos ojos negros y animados estaban fijos en mí. Le pregunté al lacayo cómo había llegado hasta allí aquel retrato y a quién representaba. Me dijo que era la sobrina del dueño del castillo, la marquesa De Tressan; que aquel retrato siempre había estado en aquel sitio, y que solo me di cuenta aquella mañana, ya que la víspera, habían quitado todo

el polvo que lo cubría. El castellano confirmó aquellas palabras de su doméstico. Desde aquel día, cada vez que quería soñar con Angélique, Marguerite se ofrecía a mi mirada. En cierto modo, era un extraño ante mis propios sentimientos, una potencia exterior disponía de mis pensamientos, y, en el delirio que me causaba aquella lucha, me daba la impresión de que no podría desembarazarme de Marguerite. Nunca olvidaré la angustia de aquella cruel situación.

»Una mañana, me hallaba tendido en un sofá, cerca de la ventana, reanimándome con las dulces exhalaciones que me brindaba la brisa matinal, cuando oí a lo lejos el sonar de mi trompeta. Inmediatamente reconocí el alegre trotar de la caballería rusa; mi corazón saltó de alegría, y sentí que cada son de aquel instrumento me traía las palabras consoladoras de mis amigos, que venían a tenderme la mano, a sacarme de la tumba donde una potencia enemiga me había encerrado. Algunos de aquellos caballeros acudieron a mí con la velocidad del rayo. Los observé. «¡Bogislav! ¡Mi gran amigo Bogislav!», exclamé dominado por la alegría. El caballero entra en mi habitación pálido y trastornado; me anuncia que le envían inopinadamente unos soldados para que los albergue en su castillo; pronuncia algunas palabras disculpándose; yo, sin escucharle, me lanzo escaleras abajo, y corro a abrazar a mi buen amigo Bogislav.

»Con gran sorpresa por mi parte, me entero de que la paz se había firmado hacía ya mucho tiempo, y que la mayoría de las tropas se dirigían a sus acuartelamientos; cosas estas que el caballero del castillo me había ocultado, mientras me retenía prisionero en su noble mansión. Ninguno de nosotros podía adivinar los motivos de aquella conducta, pero cada uno sospechaba una artimaña sorda y desleal. Desde aquel momento, el caballero del castillo ya no fue el mismo, y se mostraba constantemente grosero, enredador, y cuando le agradecía efusivamente el haberme salvado la vida, me respondía con una sonrisa irónica y astuta.

»Después de una parada de veinticuatro horas, Bogislav se puso en marcha, y yo dejé con alegría aquel viejo castillo detrás de mí.

—Ahora, Dagobert, te toca a ti hablar.

—¿Quién podría dudar de la fuerza de los presentimientos que encerrábamos en nuestros corazones? —dijo Dagobert—. En lo que a mí concierne, nunca creí en la muerte de mi amigo. El espíritu que nos revela el destino en nuestros sueños me decía que Maurice vivía y que se hallaba retenido lejos de nosotros a causa de ciertos lazos misteriosos. La boda de Angélique con el conde desgarraba mi corazón. Hace cierto tiempo, cuando vine aquí, encontré a Angélique en un estado de ánimo que, lo confieso, me causó horror, ya que veía en ello la influencia de una potencia sobrenatural, y entonces, decidí marcharme al extranjero para tratar de localizar a mi buen amigo Maurice. Inútil decirles la alegría y el gozo que sentí cuando encontré a orillas del Rin a Maurice, que regresaba a Alemania con el general Sohilow.

»Todos los tormentos del infierno se apoderaron de él cuando se enteró de la boda de Angélique con el conde. Pero todas sus maldiciones, todas sus lamentaciones

cesaron cuando le hice saber ciertas sospechas que yo alimentaba, y, sobre todo, cuando le comuniqué que estaba en mis manos el poder destruir todas las intrigas del conde. El general Sohilow se estremecía al oír el nombre del conde, y cuando le describí su aspecto, su forma de hablar y sus rasgos, exclamó: «¡Sin duda alguna se trata de él! ¡Es él mismo!».

—Sepan ustedes —dijo el general interrumpiendo a Dagobert— que hace muchos años, este conde Aldini me arrebató en Nápoles, utilizando un arte infernal que él poseía, una mujer que yo adoraba. En el momento en que hundía mi espada en el cuerpo de aquel traidor, mi prometida me fue arrebatada para siempre. Me vi obligado a huir, y el conde, una vez restablecido de su herida, consiguió obtener su mano. Pero, el día de su boda, mi adorada doncella cayó enferma de una crisis nerviosa de la que sucumbió.

—Cielo santo —exclamó la baronesa—, un destino semejante amenazaba a mi pobre hija. Y esta misma y terrible aparición de la que nos hablaba Maurice aquella noche en que el conde vino por primera vez a nuestra mansión, fue la que nos sorprendió y nos causó tanto espanto.

—En mi relato —dijo Maurice—, le decía a usted que la puerta se había abierto con un gran estruendo; me pareció que una forma vaga e indefinible atravesaba la cámara. Bogislav estuvo a punto de morir de espanto. Con mucha dificultad conseguí que volviera en sí; luego me tendió dolorosamente la mano y me dijo: «Mañana, todos mis sufrimientos habrán terminado». Su predicción se cumplió, pero de una manera distinta a como él había pensado. En efecto, al día siguiente, en medio de un gran combate, fue alcanzado en el pecho por un tiro de arcabuz que le derribó de su caballo. La bala había chocado sobre su pecho con el medallón de la bella infiel, y lo había roto en mil pedazos. De esta forma se salvó de una herida mortal, y recibió solamente una pequeña contusión de la que curó fácilmente. Desde entonces, mi amigo Bogislav recuperó la paz de su corazón.

—Nada más cierto —intervino el general—, y el recuerdo de la mujer amada que perdí, ya no me causa más que melancolía, a la que le encuentro ciertos encantos. Pero dejemos a nuestro amigo Dagobert terminar su relato.

—Pues como iba diciendo —continuó Dagobert—, nos pusimos los tres en camino. Aquella mañana, al despuntar el alba, llegamos a la ciudad de P..., situada a seis millas de aquí. Habíamos pensado descansar allí algunas horas y reemprender inmediatamente el viaje. De repente, creí ver a Marguerite bajar de una habitación del mesón en el que estábamos, y dirigirse hacia nosotros. Era ella, sin duda alguna, con los ojos desorbitados y pálida como una muerta. Cayó de rodillas ante el comandante, abrazó sus piernas, y se acusó de los crímenes más horribles, jurándole que merecía mil veces la muerte y suplicándole que la degollara en ese mismo instante. Maurice la rechazó horrorizado, y se alejó.

—¡Sí! —exclamó el comandante—, al ver a Marguerite a mis pies, todos los sufrimientos que había padecido en el castillo volvieron a ampararse de mí, y sentí un



furor como nunca había sentido. Estuve a punto de hundir mi espada en el pecho de Marguerite, cuando, haciendo un gran esfuerzo, pude conseguir huir de allí.

—Yo, por mi parte —continuó Dagobert—, levanté a Marguerite del suelo y la conduje a su habitación. Pronto conseguí tranquilizarla, y me enteré, gracias a sus entrecortadas frases, de lo que había sospechado desde un principio. La desdichada me entregó una carta que había recibido la víspera, a medianoche, del conde Aldini. Hela aquí.

Dagobert sacó una carta de su bolsillo y leyó lo siguiente:

*«¡Huya, Marguerite, todo se ha perdido! ¡El odioso hombre se acerca! Toda mi ciencia no puede nada contra el destino, que me arrastra en el momento en que el triunfo estaba en mi mano. Marguerite, la he iniciado en unos misterios cuyos conocimientos habrían aniquilado a una mujer vulgar; pero su robusto espíritu, su elevada inteligencia, han hecho de usted una persona digna. Me ha ayudado muy bien. Gracias a usted, he conseguido dominar el alma de Angélique. Para recompensarla, he querido asegurar la felicidad de su existencia; pero todos mis intentos han resultado en vano. ¡Huya! ¡Huya, pues va en ello su perdición! En cuanto a mí, ya lo sé, se acerca el momento de mi muerte. Apenas llegue ese instante, me acercaré al árbol a cuya sombra hemos hablado tan a menudo de esta ciencia misteriosa. ¡Renuncie a sus secretos, Marguerite! La Naturaleza es una madre cruel que dirige sus fuerzas contra sus hijos atrevidos que tratan de levantar su velo. En cierta ocasión maté a una mujer en el instante en que iba a hundirme con ella en las delicias del amor. Y sin embargo, insensato que era, aún esperaba utilizar mi impotente ciencia para conseguir la felicidad. ¡Adiós, Marguerite! Regrese a su patria; el caballero De Tressan tendrá necesidad de usted. ¡Adiós!».*

Un largo silencio siguió a la lectura de esta carta.

—Entonces no tendré más remedio que creer —dijo en voz baja la baronesa— en cosas contra las que mi corazón siempre se ha rebelado. ¿Pero cómo Marguerite pudo olvidar tan prontamente a Maurice? Recuerdo que estaba inmersa en una exaltación continua, y que su inclinación por el conde se presentó de una forma bastante rara. Mi hija me confesó que todas las noches soñaba con el conde, y que esos sueños le procuraban dulces éxtasis.

—Marguerite me dijo que todas las noches murmuraba el nombre del conde al oído de Angélique —intervino Dagobert—, y que el mismo conde se dirigía algunas veces hacia la puerta de su cámara y allí permanecía unos instantes mirando fijamente a su hija dormida, y con los brazos tendidos hacia ella. Pero su carta no necesita ya ningún comentario. Es cierto que el conde ejercía un gran poder magnético, y que lo empleaba para cautivar las fuerzas psíquicas. Estaba relacionado con el caballero De Tressan, y pertenecía a esa escuela que cuenta con muchos adeptos en Francia y en

Italia, y de la que el viejo Puységur era el jefe. Podría seguir explicándole en qué consistían aquellos medios, y aclararle todo lo que le parece sobrenatural en la influencia que ejercía el conde. Pero dejemos esto para otro día.

—¡Oh, no, dejémoslo para siempre! —exclamó la baronesa—. No quiero saber nada más de este mundo siniestro en el que reina el espanto. Gracias sean dadas al cielo por habernos librado de este terrible huésped.

Al día siguiente, regresaron a la ciudad. Solo el coronel y Dagobert se quedaron para velar en la sepultura del conde.

Durante muchos años, Angélique fue la esposa feliz del comandante. Una noche, en que reinaba un tiempo tormentoso de noviembre, toda la familia se hallaba reunida junto al fuego de la chimenea en compañía de Dagobert, en el mismo salón en que el conde Aldini había hecho su aparición como un espectro. Igual que entonces, las voces misteriosas de los espíritus, que el huracán y los vientos habían despertado, rugían sobre el techo del castillo.

—¿Se acuerdan ustedes de...? —dijo la baronesa, los ojos chispeantes—. ¿Recuerdan todavía...?

—¡Nada de relatos de espectros! —exclamó el coronel.

Pero Angélique y Maurice no pudieron abstenerse de contar lo que habían sentido aquella noche, y cómo habían llegado a amarse con toda el alma; y ambos se pusieron a evocar las más insignificantes circunstancias que entonces ocurrieron.

—¿No es verdad, Maurice —dijo Angélique— que estos relatos ya no nos espantan? ¿No te parece, como a mí, que el sonido maravilloso de los vientos ya no nos habla más que de nuestro amor?

—Sí, así es, en efecto —exclamó Dagobert—. E incluso la tetera, con su ronroneo, solo me parece que encierra los pequeños espíritus domésticos canturreando una canción de cuna.

Angélique ocultó su rostro, ruborizado, en el pecho del feliz Maurice.

# LA PANDORA

## GERARD DE NERVAL

*Gerard Lábrunie (conocido como Gerard de Nerval) tuvo el destino más trágico de todos los autores de esta antología. Nació en París en 1808 y fue uno de los primeros adictos al movimiento «Francia Joven». En 1832 sufrió prisión por manifestar sus convicciones republicanas. En 1841 tuvo su primer ataque de locura. Internado en varias ocasiones, escribió sus mejores libros durante sus estancias en el manicomio. Los amigos de Nerval obtuvieron, por medio de la Sociedad de Hombres de Letras, en 1854, la «libertad» del poeta. Entonces tuvo que enfrentarse, durante un crudo invierno parisiense, con un doble problema: el material y el mental. El 26 de enero de 1855, al alba, lo encontraron colgado en la calle de la Vieille-Lanterne, en París.*

*La historia extractada que presentamos, cuya idea es la supervivencia de los dioses mitológicos es, en cierto modo, una proyección de sí mismo.*

Hacía mucho frío en Viena la víspera de san Silvestre<sup>[1]</sup> y yo me encontraba muy a gusto en el gabinete de Pandora. La carta que ella parecía estar escribiendo no progresaba mucho, y es que las deliciosas patas de mosca de su escritura se mezclaban locamente con misteriosos arpegios que, de vez en cuando, extraía de su arpa, cuyo cayado desaparecía entre los lazos de una sirena dorada. De repente, se me echó al cuello y me besó, diciendo con risa loca:

—¡Mira, un pequeño cura! ¡Es mucho más divertido que mi barón!

Me fui a arreglar ante el espejo; mi cabello, castaño, estaba completamente alborotado. Me vi enrojecer de humillación al pensar que tan solo era amado por un cierto aire eclesiástico que me conferían mi timidez y el ir vestido de negro.

—Pandora —le dije—, no bromeemos con el amor ni con la religión; en realidad, ambas cosas son lo mismo.

—¡Pero si me encantan los curas! —respondió—. ¡No me prives de esta ilusión!

—Pandora —repliqué con amargura—, nunca más me pondré el traje negro; cuando vuelva a tu casa, traeré un traje azul con botones dorados y así tendré aspecto de caballero.

—Solo te recibiré con el traje negro —contestó.

Llamó a su sirvienta y le dijo:

—¡Roschen... si el señor aquí presente viene con traje azul lo echa y le acompaña hasta la puerta! Ya estoy harta —añadió, encolerizada— de los agregados de embajada vestidos de azul con botones de coronas; y de los oficiales de Su Majestad

imperial. Y también de los magiares, con sus trajes de terciopelo y sus gorros emplumados. Este pequeño me servirá de abad. ¡Adiós, abad!, está decidido; vendrás mañana en coche, a buscarme e iremos a divertirnos al Prater... ¡Pero vendrás vestido de negro!

Cada una de estas palabras era como una espina para mi corazón. Tenía una cita. Una cita segura para el día siguiente —primer día del año— y en traje negro.

No solo era el traje lo que me desesperaba; mi bolsillo estaba vacío. ¡Qué vergüenza!, ¡mi bolsillo vacío el mismo día de san Silvestre!

Arrastrado por un loco anhelo, fui corriendo a Correos para ver si mi tío me había enviado un giro. ¡Oh, dicha! ¡Me piden dos florines y me dan una carta con sello de Francia...! Un rayo de sol caía a plomo sobre el ansiado sobre. Pero las líneas se seguían despiadadamente, sin la menor indicación de envío a Correos o efectos de comercio. No contenía más que máximas morales y consejos de economía.

Devolví la carta, simulando un error de chaleco, mientras me palpaba —con afectada sorpresa— los bolsillos, que no hacían ruido alguno de monedas. Luego, me precipité por las populosas calles que rodean Saint Etienne.

Afortunadamente, tenía un amigo en Viena. Era una persona muy amable, un poco loca —como todos los alemanes—, doctor en filosofía, que, por distracción, cultivaba sus incipientes dotes de tenor ligero.

Sabía muy bien dónde encontrarlo: en casa de su amante, una tal Rosa, artista en el teatro de Leopoldstadt. La visitaba todos los días de dos a cinco.

Atravesé rápidamente el Rothenthor, crucé el barrio y cuando hube llegado a la casa, pude oír desde la escalera la voz de mi compañero, que cantaba en tono lánguido:

*... ein Kuss von rosigar Lippe  
Und ich fürchte nicht Sturm nicht Klippe!  
(¡...el beso de unos rosados labios  
y no temo a la tormenta ni al peligro!)*

El desdichado se acompañaba con una guitarra —cosa que en Viena todavía no es ridículo— y adoptaba poses de trovador. Me lo llevé aparte y le confié mi situación.

—¿Pero no sabes —me dijo— que hoy es san Silvestre?

—¡Claro! —exclamé, mientras percibía, sobre la chimenea de Rosa, una magnífica colección de jarrones atestados de flores—. Vine, porque solo me quedaba atravesarme el corazón o dirigirme a la isla de Lobau, allá donde se encuentra el brazo mayor del Danubio...

—Espera —me dijo cogiéndome del brazo.

Salimos y me explicó:

—He podido salvar esto de las manos de Dalila... Toma, son dos escudos austríacos; adminístralos bien e intenta guardarlos intactos hasta mañana, tu gran día.

Atravesé las explanadas nevadas y volví a Leopoldstadt; me entretuve en la lavandería.

Encontré una carta que me recordaba debía participar en una brillante representación, a la que asistiría una parte de la corte y de la diplomacia. Se trataba de jugar a la *charada*<sup>[2]</sup>.

Tomé mi papel rápidamente, pues no lo había estudiado gran cosa, pero he aquí que Kathi vino a verme, sonriente y acicalada. —*Monda grassotta*— como siempre y me dijo cuatro cosas deliciosas en su jerga, mezcla de morave y veneciano. Quise apropiarme de la flor —no recuerdo qué clase de flor era— que llevaba en su corsé. Me dijo, en un tono que no le había oído emplear en ninguna otra ocasión: «Nunca por menos de *Then Gulden Konvention-Mink*» (diez florines en moneda convencional).

Puse cara de no entenderla. Se marchó furiosa y me dijo que iría a buscar a su anciano barón, que le daría un aguinaldo más elevado.

Libre al fin, descendí barrio abajo, estudiando el papel que llevaba en la mano. Me encontré a Wahby *la Bohemia*, que me dirigió una mirada lánguida y llena de reproches. Sentí la necesidad de ir a cenar a la Porte-Rouge y me llené el estómago con un tokay rojo de tres kreutzers, el vaso —que acompañé con unas costillas a la plancha—, *wurschell* y un entremés de caracoles.

Las tiendas, iluminadas, rebosaban de visitantes y mil títeres y muñecas de Nuremberg escalaban los pisos, acompañados de un concierto infantil de tambores vascos y trompetas de hierro blanco.

—¡Diablo de consejero íntimo de azúcar candi! —exclamé, acordándome de Hoffman.

Bajé raudo las desgastadas escaleras de la Taberna de los Cazadores. Alguien cantaba *La revista nocturna*, del poeta Zedlitz. La gran sombra del emperador se hacía presente en la estancia. Canturreé para mí mismo: «¡Oh, Richard!...».

Una muchacha encantadora me trajo un vaso de *baiersischbier*; no me atreví a besarla porque pensaba en la cita del día siguiente.

No podía estar quieto. Huí de la alegría tumultuosa de la taberna y me fui a tomar un café a Graben. Al cruzar la plaza de Saint Etienne, fui reconocido por un limpiabotas que me gritó como siempre: «¡S... n... d... D...!», la única expresión francesa que había retenido de la invasión imperial. Esto me recordó la representación de aquella noche; de no ser por ella, me habría incrustado en algún teatro de la Porte de Carinthie, donde tenía por costumbre admirar calurosamente a M. Lützer. Hice lustrar mis zapatos, pues la nieve había hecho considerable mella en ellos.

Una buena taza de café me reanimó lo suficiente para presentarme en el palacio; las calles estaban llenas de lombardos, bohemios y húngaros en traje regional. Los diamantes, los rubíes, los ópalos, brillaban en sus pechos y la mayoría se dirigía hacia el *Burg* para presentar sus respetos a la familia imperial.

No me atreví a mezclarme con aquella brillante multitud. El recuerdo *de la otra...* me protegió una vez más de los encantos de la artificiosa Pandora.

Me veo en la obligación de explicar que *Pandora* es la continuación de las aventuras que publiqué, hace tiempo, en la *Revista de Parts*, reeditadas —en la introducción de mi *Viaje a Oriente*— con el título: *Los amores de Viena*. Por motivos de delicadeza que ya no hacen al caso, me habían obligado a suprimir este capítulo. Si les falta un poco de claridad, permítaseme reimprimir las líneas que antaño precedieron a este pasaje de mis *Memorias*. Escribo *mías* bajo muchas formas, ya que es la moda de hoy en día.

Esto es un fragmento de una carta confidencial dirigida a M. Théophile Gautier, que vio la luz gracias a una indiscreción de la policía —a la que perdono—... Sería demasiado largo —peligroso, quizá— insistir en este punto.

He aquí el pasaje que los curiosos pueden situar al principio del primer artículo de *Pandora*.

«Imagínate una gran chimenea de mármol esculpido. Las chimeneas no son frecuentes en Viena y solo se las encuentra en los palacios. Los sillones y los divanes tienen los pies dorados. Alrededor de la sala, hay unas consolas doradas; y los revestimientos... ¡Cielo santo, también hay revestimientos dorados...!

»Está todo muy completo, como puedes ver. Ante la chimenea, están sentadas tres encantadoras damas. Una es de Viena; las otras dos son, una italiana y la otra inglesa. Una de las tres es la dueña de la casa.

»De los hombres que están allí, dos son condes, uno es un príncipe húngaro, y los otros son jóvenes con *un brillante porvenir*. Las damas<sup>[3]</sup> tienen maridos y amantes confesados, conocidos; ya sabrás que los amantes pasan, en general, al estado de maridos; es decir, ya no cuentan como individualidad masculina. Esta observación es muy fuerte, fíjate bien.

»Tu amigo es la única persona en esta reunión, cuya posición ignoran todos, excepción hecha de la dueña de la casa, naturalmente. Sin embargo, tiene posibilidades de atraer la atención de las damas, aunque esto no sea muy meritorio, por las razones que acabo de explicar.

»He comido confortablemente; he bebido vinos franceses y húngaros, he tomado café y licores. Voy bien vestido; mi ropa es de una exquisita fineza, mis cabellos son sedosos y ligeramente rizados. Además, me esfuerzo por parecer original, cosa que hace diez años estaba de moda en nuestro país y que aquí es ahora una novedad. Los extranjeros no están en condiciones de competir en este terreno en el que nosotros nos hemos movido tantas veces. Así, tu amigo brilla y reluce; si lo tocan, es fuego candente.

»He aquí un joven bien situado: place enormemente a las damas y los hombres también están encantados con él. ¡Las gentes de este país son tan buenas...!

»Tu amigo tiene fama de agradable conversador. Se quejan de que habla poco, pero afirman que, cuando lo hace, es extraordinario.

»Te diré que, de las dos damas, hay una que me gusta mucho, aunque la otra también me gusta. No obstante, la inglesa tiene una manera tan dulce de hablar, está tan bien sentada en su sillón, tiene tan lindos cabellos rubios con reflejos rojizos, la piel tan blanca... Seda, borras de seda y tules, perlas y ópalos... Uno no sabe exactamente qué hay en medio de todo esto, pero, ¡está tan bien puesto...!

»Es un tipo de encanto y belleza que solo ahora empiezo a entender. Me ocupo toda la noche de esta bella mujer, en su sillón. La otra, parece divertirse mucho con la conversación de un señor de cierta edad, que aparenta estar muy enamorado de ella.

»Hablaba con la damita azul, le expresaba fogosamente mi admiración por sus cabellos y por las mujeres rubias en general. La otra, que nos escuchaba con disimulo, dejó, de pronto, la conversación de su pretendiente y se mezcló en la nuestra. Quise cambiar de tema, pero ella lo había escuchado todo. Me apresuro en añadir un requiebro para las morenas de piel blanca y me contesta que la suya es oscura... De este modo, me vi obligado a ensayar las excepciones, convenciones, y protestas que el caso requería.

»Pensé que había quedado muy mal con la dama morena. Estaba muy molesto por ello pues era muy guapa y poseía una cierta majestad. Con su vestido blanco, se parecía a la Grisi, en el primer acto de *Don Juan*. Este recuerdo me sirvió para arreglar un poco las cosas.

»Dos días más tarde me encuentro en el Casino con uno de los condes que habían estado allí; comemos juntos y luego vamos a un espectáculo. De esta forma intimamos. La conversación recae sobre las dos damas de las que he hablado y me propone presentarme a una de ellas: la morena. Le objeto mis malos precedentes. Pero me asegura que hice bien. Este hombre es profundo».

Encolerizado, volqué el biombo en el que estaba pintado un salón campestre. ¡Qué escándalo...! Me fui del salón a todo correr, tropezando, a lo largo de las escaleras, contra miles de conserjes con cadenas plateadas con hiduques<sup>[4]</sup> con galones, fui a refugiarme, avergonzado, en la Taberna de los Cazadores.

Una vez allí, pedí una jarra de vino que mezclé con otra jarra a medio llenar y escribí a la diosa una carta de cuatro páginas, con un estilo abracadabrante. Le recordé los sufrimientos de Prometea cuando dio a luz a una criatura tan depravada como ella. Critiqué su maldito garito y su atuendo de bayadera<sup>[5]</sup>. Incluso me atreví a meterme con sus pies serpentinos, que veía sobresalir insidiosamente de su falda. Luego, llevé la carta al hotel donde vivía.

Acto seguido volví a mi pequeño apartamento de Leopoldstadt, donde pasé toda la noche en vela. La veía bailando ininterrumpidamente con dos cuernos de plata cincelada, moviendo su cabeza empenachada y ondulando su cuello de encajes estampados, bajo los pliegues de su ropa brocada.

Qué bella estaba con sus adornos de seda y de púrpura levantina, mostrando

impúdicamente sus blancas espaldas untadas con el sudor del mundo. La sometí, agarrándome desesperadamente a sus cuernos y creí reconocer en ella a la altiva Catalina, emperatriz de todas las Rusias. Yo era el príncipe de Ligne y, sin resistirse, me otorgó Crimea y el antiguo templo de Thoas. De pronto, me encontré cómodamente sentado en el trono de Estambul.

—¡Desgraciada! —le dije, nos hemos perdido por tu culpa y el mundo perecerá. ¿No te das cuenta de que aquí ya no se puede respirar...? El aire está infectado con tus venenos y la última vela que aún nos alumbra, tiembla y palidece bajo el soplo impuro de nuestros alientos... ¡Aire...! ¡Aire...! ¡Nos morimos...!

—¡Mi señor —gritó ella—, tenemos que vivir siete mil años, y solo han pasado mil ciento cuarenta!

—¡Setenta y siete mil! —le contesté—, y miles de años más: tus nigrománticos se equivocaron.

Entonces se elevó, rejuvenecida por los oropeles que le cubrían, y su vuelo se perdió en el cielo púrpura de su lecho con columnas. Mi espíritu flotante quiso en vano seguirla: había desaparecido para siempre jamás.

Acababa de comerme unas pepitas de granada. Una sensación de dolor en la garganta sucedió a mi anterior distracción. Me sentía estrangular. Me cortaron la cabeza, que fue expuesta en la puerta del harén y me habría muerto de verdad si no llega a ser por un loco que, al pasar, se comió algunas de las semillas que había vomitado.

Me transportó a Roma, bajo las floridas glorietas de la parra del Vaticano, donde la bella Imperia dominaba, rodeada de un cónclave de cardenales. El aspecto de los platos de oro me reanimó y le dije: «Te reconozco, Jezabel». Luego, se oyó un crujido en la sala. Era la anunciación del *Diluvio*, ópera en tres actos. Tuve la impresión de que mi espíritu atravesaba la tierra y, cruzando a nado los bancos coralinos del océano y el purpúreo mar de los trópicos, me encontré echado en la sombreada ribera de las Islas de los Amores. Era la playa de Tahiti. Tres jóvenes me rodeaban y, poco a poco, me hacían volver en mí. Les hablé. «Saludos, hermanas mías del cielo», les dije sonriendo. Pero habían olvidado la lengua de los hombres.

Salté de la cama completamente loco. Era pleno día, y debía esperar hasta medianoche los efectos de la carta.

Pandora todavía dormía cuando llegué a su casa. Se mostró muy alegre y me dijo: —Vamos al Prater, voy a vestirme.

Mientras la esperaba en el salón, el príncipe... llamó a la puerta; cuando entró, me dijo que venía del castillo. Me habló largo rato de su fuerza con la espada y de ciertas *tizonas*<sup>[6]</sup> que usan los estudiantes del Norte para sus duelos. Esgrimíamos nuestras espadas de aire, cuando apareció nuestra estrella. Se trataba entonces de ver quién se quedaría en el salón. Se pusieron a hablar en un extraño lenguaje, pero no cedí ni un milímetro de terreno.

Bajamos la escalera los tres juntos; el príncipe nos acompañó hasta la entrada de



Kholmarkt.

—Habéis hecho algo magnífico —me dijo ella—, aquí tenemos a Alemania encolerizada por un siglo.

La acompañé a casa de su marchante de música.

Mientras ojeaba los álbumes vi llegar al viejo marqués, con uniforme de magiar, pero sin gorro, que exclamaba:

—¡Los dos, aturridos por vuestro amor, van a matarse...!

Interrumpí su ridícula conversación llamando a un coche. Pandora dio la orden de dirigirse a Dorotheegasse, a casa de su modista. Permaneció allí una hora. Luego, al salir, dijo:

—Estoy rodeada de torpes.

—¿Y yo? —observé humildemente.

—¡Oh, vos sois el número uno!

—Gracias —le contesté.

Hablé confusamente del Prater, pero el viento había cambiado. Hube de acompañarla, humillado, a su hotel; mis dos escudos austríacos fueron apenas suficientes para pagar el coche.

Lleno de rabia, me encerré en mi casa. Allí me subió la fiebre. A la mañana siguiente recibí una nota relativa al ensayo, que me ordenaba aprenderme el papel de la víspera para representar la obra titulada: *Dos meses en el bosque*.

Tuve mucho cuidado en no someterme a una nueva humillación y marché hacia Salzburgo, allí me acosaron amargas reflexiones, a la vista de la vieja casa de Mozart, habitada en la actualidad por un chocolatero.

No vi a Pandora hasta el año siguiente, en una fría capital del norte. Mi coche se paró de repente, en medio de la gran plaza, y una divina sonrisa me clavó, sin fuerzas, en el suelo.

—¿Todavía aquí, embrujadora? ¿Qué has hecho de tu siniestro garito?

—Lo he llenado para ti —dijo ella— de los más bonitos juguetes de Nuremberg. ¿No vendrás a admirarlos?

Pero yo, en cuanto pude, huí a toda velocidad hacia la plaza de la Monnaie.

—¡Oh, hijo de los dioses, padre de los hombres! —gritó ella—, espera un poco. Hoy es san Silvestre, como el año pasado. ¿Dónde has escondido el fuego del cielo que robaste a Júpiter?

No quise contestar: el nombre de Prometea me desagradaba especialmente, pues todavía siento en mis costillas el eterno pico del buitre del que Alcide me libró.

¡Oh, Júpiter, cuándo acabará mi suplicio!

# EL OJO SIN PÁRPADO

PHILARÈTE CHASLES

*Victor-Euphémion-Philarète Chasles (1798-1873) es uno de los más importantes críticos franceses; y es este el aspecto conocido de su obra. Su profundo conocimiento de las corrientes literarias europeas le permitió ejercer, en 1841, la cátedra de Lenguas Extranjeras en el College de Francia.*

*La historia extractada que presentamos a continuación, nos traslada a Escocia donde, en el marco de un interesante esbozo folklórico, nos demuestra que el más terrible de todos los fantasmas es el espíritu reencarnado de una mujer celosa, persiguiendo a su marido desde el más allá...*

«*Hallowe'en!, Hallowe'en!* —gritaban todos—. Esta noche es la noche santa, la bella noche de las hadas y de los demonios de las aguas. ¡Carrick!, y tú, Colean, ¿venís? Están todos los campesinos de Carick-Border, nuestras Megs y nuestras Jeannies también vendrán. Traeremos buen whisky en botijos de estaño, cerveza humeante y el sabroso *parritch*<sup>[7]</sup>. Hace buen tiempo; la luna brillará; ¡camaradas, jamás las ruinas de Cassilis-Downans habrán visto un grupo más alegre!».

Así hablaba Jock Muirland, granjero, viudo, joven todavía. Como la mayor parte de los campesinos de Escocia era teólogo, tenía sensibilidad poética, gran bebedor y sin embargo muy austero. Le rodeaban Muidock, Will Lapraik y Tom Dickat. Sostenían esta conversación cerca del pueblo de Cassilis.

Sin duda ustedes no deben saber en qué consiste *Hallowe'en*: es la noche de las hadas y se celebra a mediados de agosto. Entonces se consulta al brujo del pueblo; todos los duendes bailan sobre los brezos, atraviesan los campos, y cabalgan sobre los pálidos rayos de luna. Es el carnaval de los genios y de los gnomos. Durante esta noche todas las grutas, todas las rocas, celebran su baile y su fiesta, no hay flor que no se balancee al soplo de una sílfide, ni mujer que no cierre cuidadosamente su puerta, por miedo a que un *spunkie*<sup>[8]</sup> se lleve la comida de mañana y sacrifique a sus travesuras la comida de los niños que duermen abrazados en la misma cuna.

Esta era la noche solemne, mezclada de caprichos fantásticos y un secreto terror, que iba a celebrarse en las colinas de Cassilis. Imaginaos un terreno montañoso, ondulado como el mar, cuyas numerosas colinas están tapizadas de un césped verde y brillante; a lo lejos, sobre un escarpado pico, los muros almenados de un castillo en ruinas, cuya capilla, desprovista de techumbre, se ha conservado casi intacta y

proyecta sus afinadas columnas, esbeltas como el ramaje desnudo en invierno. La tierra no es fecunda en este cantón. La dorada retama sirve de escondite a la liebre. El hombre que solo conoce el poder supremo en la desolación y el terror, ve estas estériles tierras como marcadas por el mismo sello de la divinidad. La fecunda e inmensa buena voluntad del Altísimo no nos inspira demasiada gratitud: lo que de él veneramos es su castigo y su rigor. Los *spunkies* danzaban sobre el menudo césped de Cassilis; y la luna, ya en el cielo, se veía grande y roja a través de la vidriera rota del gran portal de la capilla. Parecía estar suspendida como una gran rosácea amaranta, sobre la que se dibujaba un trozo de trébol de piedra truncada. Los *spunkies* bailaban.

¡El *spunkie*! Es una cabeza de mujer, blanca como la nieve, con largos cabellos ardientes. Dos bellas alas, ropajes sostenidos por finísimas y elásticas fibras se unen, no a la espalda, sino a los blancos y delgados brazos a los que contornean. El *spunkie* es hermafrodita; une a su rostro femenino la elegancia esbelta y frágil de la primera adolescencia viril. El *spunkie* solo lleva por vestido sus alas, tejido fino y desliado, suave y apretado, impenetrable y ligero, como las alas de un murciélago. Una sombra negruzca, fundida en púrpura azulada, parpadea sobre este vestido natural que se repliega alrededor del *spunkie* en reposo, como un estandarte alrededor del bastón que lo sostiene. Largos filamentos, que parecen acero bruñido, sostienen los velos con los que el *spunkie* se abriga; garras de acero arman sus extremos. Desdichada la mujer que se aventure por la noche cerca del pantano donde permanece acurrucado, o por el bosque que suele recorrer.

La ronda de los *spunkies* empezaba en las riberas del Don, cuando el alegre grupo seguido por mujeres, niños y niñas, se acercó. Los duendes desaparecieron de inmediato. Sus enormes alas, desplegadas a la vez, obscurecieron el aire. Parecían una bandada de pájaros levantando el vuelo súbitamente de entre los rosales espinosos. Por unos momentos se veló la claridad de la luna; Muirland y sus compañeros se detuvieron.

—¡Tengo miedo! —dijo una niña.

—¡Bah! —contestó el granjero—. Son pájaros salvajes que levantan el vuelo.

—Muirland —le dijo el joven Colean en tono de reproche—, vas a acabar mal, no crees en nada.

—Quememos nuestras nueces, rompamos las avellanas —prosiguió Muirland, ignorando los reproches de su camarada—; sentémonos y vaciemos nuestras cestas. Aquí tenemos un refugio ideal; la roca nos protege; el césped nos ofrece una mullida cama. El gran diablo no perturbará mis pensamientos, que saldrán de estos botijos y de estas botellas.

—Pero los *bogillies*<sup>[9]</sup> y los *brownillies*<sup>[10]</sup> pueden encontrarnos aquí —dijo tímidamente una joven.

—El *cranreuch*<sup>[11]</sup> se los lleve —interrumpió Muirland—. Rápido, Lapraik, enciende cerca de la roca un fuego de hojas muertas y ramaje; calentaremos el whisky; y si las chicas quieren saber qué marido el buen Dios o el diablo les reserva,

tenemos con qué satisfacerlas; Borne Lesley ha traído espejos, avellanas, grano de lino, platos y mantequilla. Muchachas, ¿no es todo lo que necesitáis para vuestras ceremonias?

—Sí, sí —respondieron las jóvenes.

—Pero ante todo, bebamos —prosiguió el granjero, quien, por su carácter dominante, su fortuna, su bodega bien provista, su granero abarrotado de trigo y sus conocimientos agrícolas, había adquirido una cierta autoridad en el cantón.

Ya sabréis, amigos lectores, que de todos los países del mundo, Escocia es el que posee las clases inferiores mejor instruidas, pero más supersticiosas. Preguntad a Walter Scott, este sublime campesino escocés, que debe su grandeza a esta facultad que recibió de Dios de representar simbólicamente la idiosincrasia nacional. En Escocia, se cree en todos los gnomos, y se discuten, en las cabañas, temas de la más abstracta filosofía. La noche de *Hallowe'en* está especialmente consagrada a la superstición. Entonces nos reunimos para vislumbrar el futuro. Los ritos necesarios para obtener este resultado son conocidos e inviolables. No hay religión más estricta en su cumplimiento. Era sobre todo esta ceremonia llena de expectativas, en la que cada uno es a la vez sacerdote y brujo, la que los habitantes de Cassilis consideraban como el final de su excursión y la distracción de su noche. Esta magia rústica posee un encanto difícil de expresar. Para decirlo de algún modo, nos detenemos en el punto límite entre la poesía y la realidad; nos comunicamos con las fuerzas infernales, sin renegar por ello de Dios; los objetos más vulgares se transmutan en objetos sagrados y mágicos; sobre una espiga de trigo y una hoja de sauce creamos esperanzas y temores. De acuerdo a la costumbre no se inician los sortilegios de *Hallowe'en*, hasta la medianoche, cuando consideran que toda la atmósfera está invadida por seres sobrenaturales, y en la que no solo los *spunkies*, principales actores del drama, sino también todos los batallones de la magia escocesa tomen posesión de sus dominios. Nuestros campesinos, reunidos desde las nueve, pasarán el tiempo cantando estas viejas y deliciosas baladas en las que un lenguaje melancólico e inseguro se combina tan bien con el ritmo brusco, con una melodía que desciende de cuarta en cuarta por medio de extraños intervalos, con un singular empleo del género cromático. Las chicas, con sus abigarradas capas escocesas y sus vestidos de sarga, de una impecable limpieza; las mujeres, con la sonrisa en los labios; los niños, ataviados con estas preciosas fajas rojas atadas a la rodilla que les sirve a la vez de liga y de adorno; los jóvenes, cuyos corazones latían más aprisa a medida que se acercaba el momento misterioso en que iba a ser consultado el destino; uno o dos viejos a quienes la sabrosa cerveza les devolvía la alegría de su juventud, formaban un grupo muy interesante, que Wilkie habría querido pintar, y que en Europa haría felices a todas las almas todavía accesibles, entre tantas emociones febriles, a las delicias de un sentimiento verdadero y profundo.

Muirland se abandonaba sobre todo a la ruidosa alegría que burbujeaba con la espesa espuma de la cerveza, y se comunicaba a todos los auditores.

Era uno de esos hombres a quienes la vida no logra dominar; y utilizan su poderosa inteligencia para luchar contra viento y marea. Una chica del cantón, que había unido su destino al de Muirland, murió al dar a luz a los dos años de matrimonio y este había jurado no volver a casarse jamás. Ningún habitante del pueblo ignoraba las causas de la muerte de Tuilzie; fueron los celos de Muirland. Tuilzie, delicada criatura, tenía apenas diecisiete años, cuando se casó con el granjero. Ella lo amaba y desconocía la violencia de su alma y el furor que era capaz de contener, el tormento diario que era capaz de infligir a sí misma y a las demás. Jock Muirland era celoso; la ingenua ternura de su joven compañera no le tranquilizaba. Un día, en pleno invierno, le hizo viajar a Edimburgo, para arrancarla de las supuestas seducciones de un joven *laird*<sup>[12]</sup> a quien se le había antojado pasar la mala estación en su campiña. Todos los amigos del granjero, e incluso el cura, no dejaban de advertirle; él solo respondía, que amaba ardientemente a Tuilzie y que se consideraba el juez más apropiado para determinar lo que podía contribuir a la felicidad de su matrimonio. Bajo el techo rústico de Jock, se oían a menudo quejas, gritos, sollozos; el hermano de Tuilzie había venido para exponer a su cuñado que había adoptado una conducta inexcusable; como consecuencia de este hecho se produjo una encendida discusión; la joven mujer languidecía por momentos. Al fin la pena que la consumía le ocasionó la muerte. Muirland cayó en una profunda desesperación que duró varios años; pero como en este mundo todo pasa, a pesar de su juramento de permanecer viudo, fue lentamente olvidando a la persona de quien él había sido un involuntario verdugo. Las mujeres, que durante muchos años lo despreciaron, lo perdonaron al fin, y la noche de *Hallowe'en* le volvía a encontrar tal como antes había sido, alegre, cáustico, divertido, buen bebedor y fecundo en maravillosos cuentos, en bromas rústicas, en altisonantes refranes que animaban la reunión nocturna y contagiaban su buen humor. Ya se habían agotado la mayor parte de las viejas leyendas tradicionales, cuando dieron las doce de la noche y propagaron a lo lejos el eco de sus vibraciones. Habían bebido mucho. Ahora llegaba el momento de las acostumbradas supersticiones. Todo el mundo excepto Muirland, se levantó.

—¡Busquemos el *kail*, busquemos el *kail*! —gritaron todos...

Hombres y mujeres se esparcieron por los campos, y volvieron uno tras otro con una raíz cada uno, arrancada del suelo: era el *kail*. Se trata de arrancar de cuajo la primera planta que uno se encuentra a sus pies; si la raíz está derecha, vuestra mujer o vuestro marido tendrán buena planta y belleza; si la raíz está torcida os casaréis con una persona contrahecha. Si queda tierra entre los filamentos, vuestro matrimonio será fecundo y feliz; si por el contrario, está desprovista de pelos y es pequeña, vuestro matrimonio durará muy poco. Imaginad las risas, el alegre tumulto, las bromas campesinas a las que da lugar esta búsqueda conyugal; se empujaban, se atropellaban precipitadamente, comparando los resultados de sus investigaciones; incluso los niños tenían su *kail*.

—¡Pobre Will Haverel! —exclamó Muirland, mirando la raíz que traía entre

manos un muchacho—, tu mujer será tuerta, tu *kail* se parece a la cola de mi cerdo.

Luego se sentaron en corro, y cada uno probó el sabor de su raíz; cuando es amarga indica un mal marido; si es dulzona un marido imbécil; y en caso de ser olorosa, un esposo de buen humor. A esta gran ceremonia le sucedió la de *tap-pickle*. Las chicas deben recoger con los ojos vendados tres espigas de trigo cada una; si el grano que corona la espiga falta en una de ellas, no cabe la menor duda de que el futuro marido no le perdonará una sola ligereza cometida antes de las nupcias. «¡Oh, Nelly, oh, Nelly!, tus tres espigas carecían todas de *tappickle*, nadie te va a librar de las bromas. Es cierto que durante la misma víspera el granero de reserva había sido testigo de una larga conversación entre tú y Robert Luath».

Muirland las miraba sin mezclarse activamente en sus juegos.

—¡Las avellanas, las avellanas! —gritaron.

Se sacó de una cesta una bolsa llena de avellanas y todos se acercaron al fuego que no habían dejado de mantener encendido. La luna brillaba pura y casi radiante. Cada uno tomó su avellana. Este sortilegio es célebre y venerado. Se distribuyen por parejas; se da a la avellana que cada uno ha cogido su propio nombre y al mismo tiempo se meten en el fuego la avellana bautizada con el nombre de la novia y la propia. Si las dos avellanas se queman lentamente una al lado de la otra, la unión será larga y tranquila; si las avellanas se rompen y se separan al quemarse; desgracia y separación en el matrimonio. A menudo es la chica quien se encarga de disponer en el fuego el doble símbolo al que está ligada toda su alma; y ¡cuál no será su tristeza cuando se da este divorcio, y cuando su futuro marido se aparta chispeando de su compañera!

Daban la una y todavía los campesinos no se habían cansado de consultar sus místicos oráculos. El terror y la fe que se mezclaban en estos sortilegios les conferían un nuevo atractivo. Los *spunkies* volvían a moverse por entre los juncos agitados. Las chicas temblaban. La luna, en lo alto del firmamento, se cubría con una nube. Se hizo la ceremonia de la maceta, la de la candela apagada, la de la manzana, grandes conjuraciones que no voy a descubrir. Willie Maillie, una de las muchachas más bonitas, sumergió tres veces su brazo en las aguas del Don, exclamando:

—¡Mi futuro esposo, marido mío que todavía no existe!, ¿dónde está? Ahí tienes mi mano.

Tres veces había repetido el sortilegio, cuando la oyeron proferir un pavoroso grito.

—¡Dios mío!, el *spunkie* ha cogido mi mano —gritó.

Todo el mundo se precipitó a su alrededor, y todos temblaban, excepto Muirland. Maillie mostró su mano ensangrentada; los jueces de ambos sexos, que una larga experiencia les confería habilidad en la interpretación de estos oráculos, convinieron sin vacilar que el arañazo no lo habían provocado, como afirmaba Muirland, las puntas de un junco espinoso, sino que el brazo de la chica presentaba realmente las huellas de las afiladas garras del *spunkie*. Todo el mundo reconoció que Maillie

estaba amenazada por esta experiencia con tener en el futuro un marido celoso. El granjero viudo, consideró que había bebido un poco más de lo conveniente.

—¡Celoso!, ¡celoso! —se exclamó.

Creyó ver en esta explicación de sus compañeros una alusión mal intencionada a su propia historia.

—Yo —continuó Muirland vaciando un botijo de estaño lleno de whisky hasta los bordes—, preferiría mil veces casarme con el *spunkie* que volverme a casar. Yo he sabido en qué consiste vivir encadenado; preferiría permanecer encerrado en una botella herméticamente cerrada, con un mono, un gato o un verdugo por compañero. Yo estuve celoso de mi pobre Tuilzie: tal vez me haya equivocado; pero ¿cómo, os lo pregunto, no estar celoso? ¿Cuál es la mujer que no exige una continua vigilancia? No dormía por las noches, no la dejaba ni un solo momento en todo el día, no cerraba el ojo ni un instante. Los asuntos de mi mujer iban mal; todo languidecía. La misma Tuilzie palidecía ante mis ojos. ¡Que el matrimonio se vaya a los mil diablos!

Unos reían, los otros, escandalizados, se callaban. Quedaba todavía el último y el más temido de los sortilegios: la ceremonia del espejo. Uno se sitúa con una vela en la mano, ante un pequeño espejo; tres veces se sopla sobre el cristal, y tres veces se limpia repitiendo: «¡Aparece, marido mío!» o «¡Aparece, esposa mía!». Entonces, por encima del hombro izquierdo de la persona que consulta el destino, aparece claramente una cara que se refleja en el espejo; es la de la compañera o el marido invocado.

Nadie se atrevía, después del ejemplo de Maillie, provocar a los poderes sobrenaturales. El espejo y la vela estaban en el suelo sin que nadie pensara utilizarlos para el sortilegio. El Don murmuraba entre los rosales; un largo trazo de plata, que temblaba sobre sus lejanas olas, era, ante los ojos de los campesinos, el rastro centelleante de los *spunkies* o espíritus de las aguas; la yegua de Muirland, su pequeña yegua de Highland de negra cola y blanco pecho rechinaba con todas sus fuerzas, signo evidente de que le rondaba un mal espíritu. El viento refrescaba; los tallos de los juncos balanceados provocaban un triste y largo murmullo; todas las mujeres empezaban a hablar del regreso; tenían muy buenas razones, reprimendas a sus maridos y a sus hermanos, consejos de salud para sus padres y una elocuencia doméstica a la que nosotros, reyes de la naturaleza y del mundo, nos resistimos en muy pocas ocasiones.

—¡Y bien! ¿Quién de vosotros se presentará ante el espejo? —preguntó Muirland. Nadie respondió.

—Tenéis muy poco valor —prosiguió—. El soplar del viento os hace temblar como al sauce. En cuanto a mí que jamás pienso coger mujer, como todos sabéis, porque quiero dormir, y como mis párpados no quieren cerrarse desde que me convierto en marido, me es absolutamente imposible empezar el sortilegio. Acaso pensáis como yo.

Al fin, como nadie quería coger el espejo, Jock Muirland lo cogió.

—Yo os voy a dar ejemplo.

Entonces tomó sin vacilar el espejo fatal; fue encendida la vela y repitió bravamente el sortilegio.

—¡Aparece pues, esposa mía! —gritó Muirland.

Inmediatamente una cara pálida, cubierta de una cabellera rubia leonada, apareció sobre la espalda de Muirland. Se estremeció, se volvió para asegurarse de que ninguna de las muchachas del cantón estaba detrás suyo para simular la aparición. Pero nadie habría osado parodiar al espectro; y aunque el espejo se había roto al escaparse de la mano del granjero y caer al suelo, la misma cabeza blanca permanecía en su espalda, la misma cabellera ardiente: Muirland profirió un horrible grito y cayó de bruces en el suelo.

Hubierais visto los habitantes del pueblo correr por todos lados, como las hojas esparcidas por el viento; sobre este lugar donde habían llevado a cabo hacía tan solo unos instantes sus diversiones rústicas, solo quedaron los despojos de la fiesta, el fuego apagado, los vasos y botijos vacíos y Muirland acostado sobre el césped. Los *spunkies* y sus acólitos regresaban con furia, y la tempestad que se preparaba en la atmósfera mezclada con su canto sobrenatural este largo silbido que los escoceses designan de una manera tan pintoresca con el nombre de *Sugh*. Muirland, incorporándose, volvió a mirar sobre su espalda: siempre la misma cara. Esta sonreía al campesino, pero no decía nada y Muirland no podía adivinar si esta cabeza pertenecía a un cuerpo humano, pues solo se le aparecía cuando se volvía. Su lengua se paralizó, quedó adherida a su paladar. Intentó hablar con el ser infernal y probó en vano resucitar su valentía; cada vez que veía estos rasgos pálidos y los ardientes bucles, se estremecía de la cabeza a los pies. Empezó a correr con la idea de librarse de su acólito. Había desatado su pequeña yegua blanca y se disponía a poner el pie en el estribo cuando intentó todavía una última experiencia. ¡Terror!, siempre la misma cabeza, convertida en su inseparable compañera. Estaba atada a su espalda, como estas cabezas aisladas cuyo perfil los escultores góticos ponían a veces en lo alto de una columna o en el ángulo de una cornisa. La pobre «Meg», la yegua del granjero, relinchaba con todas sus fuerzas y mediante frecuentes coces manifestaba cómo repercutía en ella el terror de su pobre dueño. El *spunkie* (pues debía ser uno de estos habitantes de los juncos quien perseguía al granjero), cada vez que Muirland se volvía, le miraba con dos ojos llameantes, de un azul profundo, sobre los que ninguna ceja dibujaba su sombra y ningún párpado velaba la insoportable claridad. Metió las dos espuelas; la misma curiosidad le empujaba constantemente a saber si su perseguidora estaba allí; esta no le abandonaba; en vano lanzó su yegua al galope, en vano el brezo y las montañas desaparecían y huían bajo el paso del animal; Muirland ya no sabía qué camino seguía, ni hacia dónde le conducía la pobre «Meg». Solo tenía una idea en la cabeza, el *spunkie*, su compañero de ruta, o mejor su compañera, pues esta cara femenina tenía la malicia y la delicadeza propias de una joven de dieciocho años. La bóveda del cielo se cubría de espesas nubes que la disminuían por



momentos. Jamás ningún pobre pecador se encontró solo y lanzado en medio de la campiña en una más satánica obscuridad. El viento soplaba como si quisiera despertar a los muertos; caía la lluvia diagonalmente empujada por la fuerza de la tormenta. Los rápidos fulgores del relámpago desaparecían devorados por las tenebrosas nubes que sobre ellos se cernían, de las que surgían largos, profundos y pesados mugidos. ¡Pobre Muirland!, tu sombrero azul escocés, abigarrado de rojo, cayó, y no te atreviste a volverte para recogerlo. La tempestad redobló su furor; el Don desbordó de su cauce; y Muirland, después de galopar durante una hora, reconoció con dolor que volvía al mismo lugar del que había partido. La iglesia en ruinas de Cassilis se alzaba ante él; se hubiera dicho que el incendio abrasaba los restos de sus viejas pilastras; las llamas surgían por todas sus desiguales oberturas; las esculturas; aparecían con toda su delicadeza sobre un fondo de lúgubres claridades. «Meg» no quería avanzar; pero el granjero, cuya razón ya no dirigía sus actos, y que creía notar esta terrorífica cara apoyada en sus hombros, hundía con tanta fuerza las espuelas en los flancos del pobre animal, que al fin cedió, a pesar suyo, a la violencia que se le imponía.

—Jock —dijo una voz dulce—, dejarás de tener miedo.

¿Os imagináis el profundo terror del desgraciado Muirland?

—Cásate conmigo —repetía el *spunkie*.

Mientras tanto huían hacia la catedral en llamas. Muirland, frenado en su carrera por las mutiladas columnas y los santos de piedra derribados, bajó de su montura; durante la noche había bebido tanto vino, cerveza y aguardiente, cabalgando tan extrañamente, que acabó por acostumbrarse a este estado de excitación sobrenatural; nuestro granjero entró con pie firme en la nave sin bóveda de la que surgían estos fuegos infernales.

El espectáculo que le sorprendió no lo había visto nunca. Un personaje agachado en medio de la nave, sostenía, sobre su curvada espalda, una vasija octogonal de la que surgía una llama verde y roja. El altar mayor estaba cargado de sus viejos ornamentos religiosos. Demonios de ardientes cabelleras que se erizaban sobre sus cabezas estaban de pie sobre el altar en el lugar de los cirios. Todas las formas grotescas e infernales que la imaginación del pintor y el poeta han soñado se apresuraban, corrían, volaban, se balanceaban, se movían, se contorneaban de mil extrañas maneras. Las sillas del coro de los canónigos estaban ocupadas por graves personajes que conservaban los vestidos en perfecto estado. Pero sobre sus vestimentas se dibujaban manos de esqueletos, y de sus ojos socavados no salía resplandor alguno.

No diré, ya que el lenguaje humano es insuficiente, qué clase de incienso se quemaba en esta iglesia, ni qué abominable parodia de los santos misterios representaban los demonios. Cuarenta de estos duendes, encarnados en la antigua galería que en otros tiempos había sostenido el órgano de la catedral, tenían en sus manos gaitas escocesas de diversas dimensiones. Un enorme gato negro, sentado

sobre un trono compuesto de una docena de estos señores, daba el tono con un prolongado maullido. La sinfonía infernal hacía vibrar los restos de las semiderruidas bóvedas y provocaba de vez en cuando la caída de escombros. Entre medio de este tumulto había bellas *skelpies* de rodillas; las habríais tomado por maravillosas vírgenes, si no fuera porque la cola demoníaca asomaba levantando las puntas de sus blancos vestidos; y más de cincuenta *spunkies*, con las alas extendidas o replegadas, bailando o en reposo. En las tumbas de los santos dispuestas simétricamente alrededor de la nave, había féretros abiertos, en los que el muerto, sobre un blanco sudario, aparecía con el cirio fúnebre en la mano. En cuanto a las reliquias sostenidas en el atrio, no me detendré a describirlas. Todos los crímenes cometidos en Escocia desde veinte años atrás habían acudido para preparar la iglesia en poder de los diablos.

Allí habríais visto la cuerda del ahorcado, el cuchillo del asesino, el espantoso resto del aborto y los trazos del incesto. Habríais visto los corazones de los malvados ennegrecidos en el vicio y blancos cabellos paternos todavía colgantes de la hoja del puñal del parricida.

Muirland se detuvo, se volvió; la cara compañera de su camino, continuaba allí. Uno de los monstruos encargados del servicio infernal lo tomó de la mano; él no opuso resistencia. Le condujeron al altar, siguió a su guía. Estaba dominado, sus fuerzas le habían abandonado. Todos se arrodillaron. Él se arrodilló. Cantaron extraños himnos, él nada escuchó; y permaneció allí, estupefacto, petrificado, esperando su suerte. Ahora los cantos infernales se hacían más ruidosos; los *spunkies* encargados del cuerpo de baile rodaban con más rapidez en su ronda infernal; las gaitas sonaban, chillaban, gritaban y silbaban con renovada vehemencia. Muirland volvió la cabeza para examinar su fatal hombro sobre el que un incómodo huésped había elegido domicilio.

—¡Ah! —exclamó, suspirando de satisfacción.

La cabeza había desaparecido.

Pero cuando su mirada deslumbrada y perdida se fijó sobre los objetos que le rodeaban, fue grande su sorpresa cuando vio, cerca de sí, de rodillas en un féretro, a una chica cuyo rostro era el mismo que el del fantasma que le había perseguido. Una camiseta escocesa de fino lino gris le cubría apenas hasta el muslo. Se le insinuaban los graciosos pechos y mostraba su blanca espalda, sobre la que caían dorados cabellos hasta el seno virginal que, debido a la ligereza de la ropa, se apercibía con toda su belleza. Muirland estaba conmovido; estas formas tan hermosas y delicadas contrastaban con todas las repugnantes apariciones que le rodeaban. El esqueleto que parodiaba la misa tomó con sus encorvados dedos la mano de Muirland y la unió a la de la chica; y este creyó sentir al abrazar a su extraña novia, la fina mordedura que el pueblo atribuye a las garras del *spunkie*. Esto ya era demasiado; cerró los ojos y se desmayó. Cuando aún no había logrado recuperar su lucidez, le pareció adivinar que manos infernales le volvían a poner sobre la fiel yegua que le había esperado a la

puerta de la catedral; pero sus sentidos eran muy vagos, sus sensaciones indistintas.

Una noche así, como es evidente, dejó su huella en nuestro granjero; se despertó tal como uno se despertaría después de un letargo y quedó muy sorprendido al enterarse de que desde hacía unos días se había casado, que después de la noche de *Hallowe'en* había viajado hacia las montañas, de las que había traído una joven esposa, quien, en efecto, estaba a su lado en el lecho hereditario de su mujer.

Se frotó los ojos creyendo que soñaba, luego ya sin dudar, quiso contemplar a la que había elegido, ahora convertida en señora Muirland. Era por la mañana. ¡Qué bella era!, ¡qué dulce luz irradiaban sus prolongadas miradas!, ¡qué esplendor en sus ojos! No obstante, Muirland estaba sorprendido del extraño resplandor que emanaba de esos mismos ojos. Se acercó. Cosa extraña, su mujer, al menos así lo creía, no tenía párpados; grandes orbes de un azul oscuro se dibujaban bajo el arco negro de unas cejas de una curvatura admirablemente delicada. Muirland suspiró: el vago recuerdo del *spunkie*, de su carrera nocturna y de su terrible boda en la catedral, se le presentó súbitamente ante sí.

Al examinar con más detalles a su nueva esposa, creyó observar en ella todos los rasgos característicos de este ser sobrenatural, solo que un poco modificados, disimulados. Los dedos de la joven mujer eran largos y delgados, sus uñas blancas y afiladas; su rubia cabellera caía hasta el suelo. Permaneció como vencido por un profundo sueño. Sin embargo, todos sus vecinos le explicaron que la familia de su mujer residía en los Higlands; que justo al concluir la boda había cogido ardientes fiebres; que no era de extrañar que no tuviera ningún recuerdo de la ceremonia, ya que estaba enfermo, pero que pronto se encontraría bien con su nueva mujer, pues era guapa, dulce y buena ama de casa.

—¡Pero no tiene párpados! —exclamó Muirland.

La gente se le reía en las narices, pretendían que todavía le perseguían las fiebres; nadie, salvo el granjero, había notado esta extraña particularidad.

Llegó la noche; para Muirland era la noche de bodas, pues hasta este momento solo había sido marido formalmente. La belleza de su mujer le había conmovido, aunque según él, no tuviera párpados. Se prometió pues afrontar con resolución su propio terror, y por lo menos aprovecharse del singular favor que el cielo o el infierno le enviaba. En este punto pedimos al lector la concesión de todos los privilegios de la historia y pasar rápidamente por encima de los acontecimientos de esta noche: no diremos hasta qué punto la bella Spellie (este era su nombre) parecía todavía más bella con sus nocturnos atuendos.

Muirland se despertó, soñando que una sutil claridad solar inundaba la habitación baja en la que estaba el lecho nupcial. Deslumbrado por estos ardientes rayos, se levantó sobresaltado y vio los centelleantes ojos de su mujer mirándolo con ternura.

—¡Demonios! —exclamó—, realmente mi sueño es una injuria a su belleza.

Abandonó su sueño y dijo a Spellie mil cosas amables y tiernas, a las que la joven de las montañas respondió lo mejor que pudo.

Spellie no había dormido en toda la noche.

«¿Cómo podrá dormir? —se preguntaba Muirland—. Pues no tiene párpados».

Y su pobre espíritu volvía a caer en un abismo de meditaciones y de temores. Salió el sol. Muirland estaba pálido y fatigado; la granjera tenía los ojos luminosos como nunca. Pasaron la mañana paseándose por las orillas del Don. La joven esposa era tan bella que su marido, a pesar de su sorpresa y la fiebre que lo poseía, no pudo dejar de sentir admiración al contemplarla.

—Jock —le dijo esta—, os quiero tanto como queríais a Tuilzie; tengo envidia de todas las muchachas de los alrededores, de tal forma que mirad bien lo que hacéis, amigo mío. Seré celosa, os vigilaré de cerca.

Los besos de Muirland sellaron estas palabras; entretanto se sucedieron las noches y en medio de cada noche, los resplandecientes ojos no dejaban dormir al granjero; sus fuerzas sucumbían.

—Pero, querida —preguntó Jock a su mujer—, ¿es que no dormís nunca?

—¡Dormir yo!

—Sí, dormir. Tengo la impresión que desde que nos hemos casado, no habéis dormido ni un instante.

—En mi familia, no se duerme nunca.

De las orbes azuladas de la muchacha emanaban rayos más ardientes.

—¡No duerme! —exclamó desesperado el granjero—, ¡no duerme!

Cayó vencido y aterrorizado sobre la almohada.

—¡No tiene párpados, no duerme! —repetía.

—No me canso de mirarte —contestó Spellie—, y de esta forma, te podré vigilar mejor.

Pobre Muirland. Los extraordinarios ojos de su mujer no le daban un momento de reposo; eran, como dicen los poetas, como astros eternamente alumbrados para deslumbrarle. En el cantón se compusieron más de treinta baladas dirigidas a los bellos ojos de Spellie. En cuanto a Muirland, un buen día desapareció. Tres meses habían pasado; el suplicio que había sufrido el granjero lo llevó a la desesperación, había agotado sus fuerzas; le parecía que aquella mirada de fuego le quemaba. Si volvía a los campos, si se quedaba en casa, si iba a la iglesia, siempre el mismo rayo terrible cuya presencia y esplendor penetraban hasta el fondo de su ser y le hacían temblar de horror. Acabó por detestar el sol, por huir del día.

El mismo suplicio que había sufrido la pobre Tuilzie se había convertido en el suyo; en vez de la inquietud moral que durante su primer matrimonio, le había transformado en verdugo de su joven mujer, y a la que los hombres le dan el nombre de celos, se encontraba bajo la inquisición física e ineluctable de un ojo que nunca se cerraba: eran los celos también, pero convertidos en una imagen palpable, la inquisición convertida en tipo. Abandonó su granja, sus dominios, cruzó el mar y se hundió en los bosques de América septentrional, donde muchos hombres de su país habían fundado viviendas y construido tranquilamente su cabaña. Las sabanas de

Ohio le ofrecían un seguro asilo, por lo menos así lo creía; prefería su pobreza, la vida de colono, la serpiente escondida en los espesos matorrales, una alimentación salvaje e insegura, a su casa de Escocia, bajo la que el ojo celoso y siempre abierto centelleaba para su tormento. Después de pasar un año en esta soledad, acabó por bendecir su suerte: al menos había encontrado la calma en el seno de esta naturaleza fecunda. No tenía la más mínima relación con Gran Bretaña, por miedo a tener noticias de su mujer; a veces, en sus sueños todavía veía aquel ojo abierto, aquel ojo sin párpado y se despertaba sobresaltado; pero este era todo el sufrimiento que tenía que soportar; se aseguró de que la vigilante y temida pupila ya no estaba cerca de él, no le penetraba, no lo devoraba con sus insoportables rayos y volvía a dormirse feliz.

Los narraghansetts, tribu vecina de su vivienda, habían tomado por *sachem* o jefe a Massosoit, viejo enfermo y de pacífico carácter y con el que Jock Muirland estableció excelentes relaciones, al darle aguardiente, que él sabía destilar. Massasoit enfermó; su amigo Muirland le visitó en su choza.

Imaginaos un wigwam indio, cabaña en punta, con un agujero por el que sale el humo; en medio de este humilde palacio, un fuego encendido; sobre las pieles de búfalo, extendidas por el suelo, el viejo jefe enfermo; a su alrededor los principales sagamores del cantón, chillando, gritando, llorando y haciendo tal ruido, que en vez de curar al enfermo hubieran enfermado a cualquiera en perfecta salud. Un powam o médico indio dirigía el coro y la lúgubre danza. Resonaban los ecos vecinos por el ruido que provocaba esta extraña ceremonia: eran las oraciones públicas ofrecidas a las divinidades del país.

Seis muchachas se ocupaban de frotar los miembros desnudos y fríos del viejo: una de ellas, bastante guapa, de apenas dieciséis años, lloraba mientras cumplía este oficio. El sentido común del escocés le hizo ver que todo este aparato médico solo conseguiría la muerte de Massosoit; por su cualidad de europeo y blanco, pasaba por médico innato y se aprovechó de la autoridad que este título le confería, hizo salir a todos los vociferantes y se acercó al *sachem*.

—¿Quién se acerca? —preguntó el viejo—. Jock, el hombre blanco.

—¡Oh! —respondió el *sachem*, tendiéndole su esquelética mano—, ya no nos veremos más, Jock.

Jock, aunque no tenía conocimientos médicos, se dio cuenta sin dificultades de que no tenía más que una indigestión; le socorrió, ordenó que todos se callaran, le puso a dieta, luego le cocinó un excelente potaje escocés, que el viejo tomó como medicina. En fin, que en tres días, Massasoit había vuelto a la vida; los gritos y los bailes de nuestros indios volvieron a empezar, pero estos himnos salvajes manifestaban alegría y gratitud. Massasoit hizo sentar a Jock en su cabaña, le dio a fumar de su *calumnet*, y le presentó a su hija, la más joven y bonita de las que Muirland había visto en la cabaña.

—Tú no posees *squaw* —le dijo el viejo guerrero—, toma a mi hija y honra mis canas.

Jock tembló; se acordó de Tuilzie y Spellie, pensó hasta qué punto había fracasado en el matrimonio.

No obstante, la joven squaw era dulce, ingenua, obediente. Una boda en los desiertos se lleva a cabo con muy pocas ceremonias; tiene escasas consecuencias funestas para un europeo. Jock se resignó, y la bella Anauket no le dio ningún motivo para arrepentirse de su elección.

Ocho días después de la boda, los dos, en una bella mañana de otoño, habían embarcado por el Ohio. Jock llevaba su fusil de caza. Anauket, acostumbrada a estas excursiones que componen toda la vida salvaje, ayudaba y servía a su marido. El tiempo era magnífico; las orillas de este hermoso río ofrecían a los amantes lugares encantadores. Jock había cobrado buenas piezas. Una pintada de brillantes alas hirió su mirada; apuntó, la hirió, y el pájaro, herido de muerte, cayó gimiendo, entre los espesos matorrales. Muirland no estaba dispuesto a perder una pieza tan magnífica; amarró su barca y corrió en busca del resultado de su conquista. Había chafado inútilmente varios matorrales y su obstinación de escocés le sumergía y hundía cada vez más en la espesura del bosque. Pronto se encontró rodeado de árboles de altas copas y en el centro de uno de estos espacios verdes naturales que se encuentran en las selvas de América, cuando un resplandor atravesó el follaje y llegó hasta él. Se estremeció: este rayo le quemaba; esta luz insoportable le obligaba a bajar la vista.

El ojo sin párpado estaba allí, vigilante y eterno.

Spellie había cruzado el mar; había encontrado el rastro de su marido y le seguía la pista; había mantenido su palabra y sus temibles celos abrumaban a Muirland con justos reproches. Corrió hacia la ribera, perseguido por el ojo sin párpado, vio el oleaje claro y puro del Ohio y enloquecido por el terror se precipitó en él. Este fue el fin de Jock Muirland. Está consagrado en una leyenda escocesa, y las mujeres la cuentan a su modo. Afirman que es una alegoría y que el «ojo sin párpado», es el ojo siempre abierto de la mujer celosa, el más terrible de los suplicios.

# LA MONEDA ANTIGUA

FRANK GRUBER

*Actualmente, Frank Gruber escribe novelas y guiones cinematográficos, pero hace muchos años era el principal colaborador de revistas de suspense tan importantes como Black Mask. De todas formas, sea cuál fuere el género que cultive, su labor literaria siempre está definida por esas características esenciales en todo libro de suspense, es decir, incesante desarrollo paso a paso, acción continua y el don de arrancar al lector un grito de espanto.*

*En el presente relato de fantasmas, Frank Gruber ha sabido urdir una trepidante trama criminal conjugando unos elementos tan dispares como un rapto, una moneda antigua, trampas de juegos, un misterioso personaje... ¡un fantasma en la ciudad de Las Vegas!*

Los dados sumaron siete. Bokker ni siquiera oyó gritar al *croupier*: «Siete, el perdedor». Había apostado su último dólar. Había jugado y había perdido.

Había perdido su vida.

Se alejó de la mesa de juego y se dirigió a la salida pasando frente a una hilera de máquinas automáticas de cinco centavos, de diez centavos, de veinticinco centavos, de medio dólar y de un dólar. Abandonó el casino. Una vez fuera, permaneció unos instantes en la terraza, a pesar del frío de la noche, sin preocuparse del parpadeo de las luces de neón, los coches aparcados junto a la acera, los chalets donde la gente se preparaba para cenar y pasar luego una alegre velada en el casino. Más tarde, algunos se sentirían enfermos del corazón al comprobar que lo habían perdido todo; y muy pocos se alegrarían por haber ganado.

Bokker ya había pasado por todo aquello. Había tomado La Gran Decisión y solo le quedaba por hacer una cosa. Solamente eso.

Un hombre salió del casino detrás de Bokker. Este, casi ajeno a su presencia, echó a andar. Caminó a lo largo de una hilera de coches hasta que llegó al *bungalow* 7 C. Abrió la puerta —no estaba cerrada con llave porque no se había molestado en hacerlo— y entró.

Su maleta de cuero estaba junto a la cama. La puso sobre el lecho, la abrió y empezó a buscar en ella hasta que encontró una pistola automática, calibre 32. La examinó unos instantes para convencerse de que estaba cargada.

Pero no lo haría allí. Se armaría un escándalo. Bokker, al tomar la decisión, había resuelto que sería en un lugar tranquilo, solitario, apartado. No debía causar ningún inconveniente a nadie ni molestia a ninguno.

El desierto. El mejor sitio era el desierto.

A una o dos millas de las resplandecientes luces de Las Vegas; en aquel solitario desierto. Un sitio apropiado. Pasarían uno o dos días antes de que los eficientes agentes de la oficina del *sheriff* encontrasen su coche... y su cuerpo.

Metió la pistola automática en el bolsillo derecho de su abrigo, apagó las luces y salió del *bungalow*.

A unos metros de distancia había un hombre fumando un cigarrillo. Era el mismo hombre que había seguido a Bokker a la salida del casino. Era de elevada estatura, tenía una prominente y rubicunda nariz, ligeramente ganchuda; y un macilento y obscuro rostro. Era difícil determinar su edad, podía tener treinta años, o quizá cuarenta, o incluso cuarenta y cinco.

Se dirigió a Bokker y le dijo:

—¿Lo hará en el desierto?

Bokker se detuvo, sobresaltado, aunque no sabía siquiera que aún podía sobresaltarse.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó al misterioso desconocido.

—Tiene una pistola en su bolsillo, ¿no es así?

—¿Quién... quién es usted? —dijo Bokker, dirigiéndose a él.

El misterioso individuo hizo un gesto de indiferencia.

—Eso no tiene importancia, pero lo que usted va a hacer, eso sí que tiene importancia.

—Pero para mí, para nadie más —respondió airado Bokker.

—Tiene razón. Es su vida. Tiene el derecho de vivirla o acabar con ella. De acuerdo, ¡adiós!

Echó a andar, pero de repente se volvió y le dijo a Bokker:

—Tome —mientras le tendía una cosa.

Las manos de Bokker se elevaron instintivamente. Cogió el objeto que el hombre le tendía. Era una moneda, un dólar de plata.

Bokker, sorprendido, quedó como clavado en el suelo. Luego, reaccionando, corrió en busca del hombre, para devolverle la moneda.

Ya era demasiado tarde. Aprovechando aquellos instantes de duda, el misterioso individuo había echado a andar entre dos hileras de coches, y desapareció en la obscuridad de la noche. Para Bokker no tenía demasiada importancia el perseguir a aquel hombre. Metió el dólar en su bolsillo y volvió en busca de su coche, aparcado unos metros detrás del *bungalow*. Lo encontró, se metió en él. Entonces, cuando se disponía a arrancar, se detuvo a reflexionar.

Tenía un dólar en el bolsillo. La decisión que había tomado era que cuando hubiera perdido todo, hasta su último dólar, entonces... se quitaría la vida. Pero ahora tenía un dólar en su bolsillo. No podía morir tal como había planeado hasta que lo hubiera perdido.

Desde luego podía tirarlo, y al darse cuenta de ello, Bokker lo sacó de su bolsillo



e intentó lanzarlo por la ventanilla del coche. No pudo hacerlo. Su carácter no le permitía tirar el dinero. Podía cogerlo y volver a jugar a los dados, como siempre lo había hecho.

Entró en el casino por la puerta lateral, por la misma que había salido unos minutos antes. Tendría que abrirse paso a codazos, simplemente para echar su dólar en la máquina automática, perderlo y volver a salir a la calle.

La máquina que funcionaba con un dólar estaba a su izquierda. Se dirigió hacia ella, echó la moneda que aquel misterioso individuo le había dado, tiró de la palanca hacia abajo y esperó.

Las ruedas empezaron a girar, los discos daban vueltas furiosamente, y luego se oyó un clic cuando los discos se pararon; cual un milagro difícil de admitir, en la mirilla aparecieron alineadas con toda nitidez las tres barras, es decir, el premio máximo. Seguidamente, blancas fichas niqueladas empezaron a caer como un torrente en el recipiente inferior de la máquina automática. Podía cambiarlas en la caja del casino por cien dólares.

Bokker contempló las fichas, mientras un caudal de emociones invadió su mente. ¡Cien dólares! ¿Era su... salvación? O una mera prolongación de la agonía que había vivido dentro de él durante tanto tiempo, hasta que... tomó aquella decisión, y con ella la paz. ¿O acaso no era la paz aquello? Bueno, muy pronto saldría de dudas.

Volvió a contemplar aquel montón de fichas que tenía en sus manos. Luego miró en la mirilla de la máquina donde se veían las últimas monedas depositadas en la tragaperras. La última, la moneda que él había introducido, con la que había conseguido el premio máximo... no era un dólar.

Tenía aproximadamente el mismo tamaño que un dólar de plata, y pesaba y se parecía mucho a un dólar, pero no era un dólar; por lo menos, no era un dólar americano.

Bokker la contempló asombrado. Desde luego no había ninguna duda de que se trataba de una moneda, y, por lo que pudo colegir, parecía... una moneda española. En efecto, en ella estaban grabadas estas palabras: *Carolus V. Hispan Et Ind Rex, MF 8*.

Sí, era una moneda española. Bokker había visto una vez el grabado de una. Una moneda de plata de ocho reales, el equivalente a un dólar americano. Era una de aquellas monedas antiguas que se utilizaban en las colonias americanas durante la Guerra de la Revolución, hasta que la joven república norteamericana empezó a acuñar su propia moneda en la época de los Padres Peregrinos.

La moneda que estaba en la máquina automática, a la que Bokker contemplaba asombrado, era una moneda española antigua de ocho reales, una vieja moneda del tiempo de Carlos V de España, es decir, del año 1521 al 1536.

¡Una moneda antigua! Una moneda que le había salvado la vida a Bokker... o por lo menos se la había prolongado. Pero no era bastante dinero. Él necesitaba casi ocho mil dólares americanos, y aquella moneda solo significaría unos minutos más de vida;

de aquella vida a la que Bokker había renunciado.

Sin embargo... Cogió las fichas y se dirigió a la caja del casino. El cajero le miró sonriente y le dijo:

—Le felicito por su buena suerte, señor. ¿Cómo quiere el dinero?

—En un solo billete —respondió Bokker.

Cogió el terso billete de cien dólares y se dirigió a la mesa de dados más cercana, y se colocó entre una artista de Hollywood y un individuo grasiento, sudoroso y calvo. Los dados estaban al otro lado de la mesa, pero Bokker colocó sus cien dólares en el «Come».

—Siete —gritó el *croupier*.

El hombre que había lanzado los dados había perdido, lo mismo que la mayoría de los jugadores. Todos excepto Bokker.

El *croupier* retiró prontamente los cien dólares de Bokker, y colocó en su lugar ocho fichas de veinticinco dólares. Este no los tocó siquiera.

El siguiente jugador cogió los dados. Se hicieron las apuestas sobre la mesa. El jugador mezcló los dados y los lanzó a través de la mesa, de forma que rebotasen contra los bordes de goma.

—Once —gritó, el *croupier* con su típica voz monótona.

Otras ocho fichas de veinticinco dólares fueron colocadas al lado de las otras ocho que Bokker tenía, pero como este no las cogiera, el *croupier* le dijo:

—Lo lamento, señor, la apuesta máxima es de doscientos dólares.

Bokker hizo un gesto afirmativo con la cabeza, recogió las dieciséis fichas y luego puso ocho. El jugador de turno cogió los dados, mientras el *croupier* anunciaba que el «nueve» era el punto. Bokker puso sus otras ocho fichas en el «nueve». Se lanzaron los dados.

—Nueve, el ganador —gritó el *croupier*.

Bokker tenía ya novecientos dólares. Cinco minutos antes solo tenía... una bala en su pistola.

Un rayo de luz atravesó la mente de Bokker. Hizo una pila con sus fichas, y colocó otras ocho sobre el tapete.

—Siete —anunciaron esta vez—. Siete, el ganador.

Después de varias jugadas, a Bokker le tocó el turno de lanzar los dados. Tenía ochocientos dólares en fichas delante de él. Apostó doscientos. Los dados sumaron ocho. Puso doscientos dólares en el «Come». Sacó «ocho». Puso doscientos más en el «Come». Sacó seis. Cada vez iba aumentando el número de fichas delante de él.

Los dados saltaron en el «siete» y dieron «ocho». Más dinero para Bokker. Luego el «nueve», y doscientos dólares más. Finalmente llegó el «diez». Puso doscientos dólares en el «cuatro», dos en el «cinco», dos en el «seis», en el «ocho», en el «nueve» y en el «diez».

Aquella racha de suerte cada vez aumentaba más; Bokker sentía una nueva esperanza dentro de su cuerpo que le abrasaba la carne, los nervios, todo su ser.

Luego se puso a contar cuidadosamente sus fichas, y comprobó que había ganado exactamente ocho mil dólares en menos de diez minutos. Finalmente hizo una apuesta y ganó doscientos dólares más. Se levantó de la mesa y dijo:

—Paso los dados.

Un murmullo se levantó entre todos los asistentes; un murmullo de asombro por verlo abandonar la mesa cuando la suerte le era tan propicia; un murmullo de admiración por su fuerza de voluntad al saber cuándo tenía que retirarse.

Recogió todas las fichas y se las metió en los bolsillos, incluso en aquel en el que tenía la pistola. Luego se dirigió a la caja del casino, y depositó todas las fichas sobre el mostrador.

—Caramba, caramba —exclamó sonriente el cajero—, ya veo que ha tenido una buena racha.

Pero su sonrisa se esfumó al ver que Bokker no le hacía ningún caso y seguía sacando fichas de sus bolsillos. Cuando las sacó todas y estaban perfectamente apiladas, el cajero las contó minuciosamente y exclamó:

—¡Ocho mil doscientos dólares!

—Eso es lo que he ganado —dijo Bokker.

—Una suma de dinero bastante considerable, señor —respondió el cajero—. ¿Quiere depositarla en nuestra caja fuerte?

—Deme doscientos dólares en metálico —dijo Bokker—, y un cheque por los ocho mil restantes.

—Muy bien, señor. Como tenemos un sistema de alarma muy eficaz aquí en el casino, preferimos que nuestros clientes no lleven mucho dinero encima, ni a sus habitaciones tampoco. ¿A nombre de quién extendiendo el cheque, señor?

—Hágalo a nombre de Linda Molson —respondió Bokker.

—¿Linda Molson? —exclamó sorprendido el cajero.

—Molson, M-o-l-s-o-n. Linda Molson.

Mientras el cajero extendía el cheque, Bokker cogió un sobre de una mesa y escribió: «Linda Molson, calle de Hillcrest Towers, West Hollywood, California».

Cuando el cajero le entregó el cheque, Bokker lo metió dentro del sobre, lo pegó y se lo devolvió, diciéndole:

—¿Sería tan amable de ponerle un sello y echarlo al buzón?

—Será un placer, señor. Muy buenas noches.

Bokker echó a andar por el salón del casino, pasó frente a las mesas de dados y a la hilera de máquinas automáticas. Se detuvo ante la última: la de un dólar. Mientras él había estado a los dados, alguien había venido y depositado dos monedas de plata de un dólar, por lo que la antigua moneda española se veía, a través del cristal del canal, ocupando el tercer lugar a partir del fondo, por lo que solo bastaban dos o tres monedas más para que aquella desapareciera en el depósito de la máquina, y con ello las esperanzas y la ansiedad de muchos.

Siguió caminando hacia la puerta, salió fuera y cruzó la calzada para dirigirse a su

*bungalow* 7C. Abrió la puerta y encendió la luz. Entró... y se detuvo extrañado: sentado en su confortable sillón de cuero, al otro lado de la habitación, se encontraba el hombre que le había entregado a Bokker aquella moneda antigua, la moneda que le había sacado de la desesperación, y lo había devuelto a la vida.

—Bueno —dijo el misterioso personaje—, ¿piensa ir al desierto esta noche?

—¡No! —exclamó Bokker—. ¡No! No tengo por qué ir.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Pero cómo lo sabe usted? —dijo Bokker avanzando unos pasos hacia él—. No le vi en el casino.

—No pudo verme porque estaba muy ocupado... ganando.

—Aquella moneda que usted me dio, no era un dólar de plata. Era una antigua moneda española de ocho reales.

—Lo sé —respondió el hombre—. Lo sé todo... sobre usted.

Bokker miró asombrado a aquel extraño personaje, y le dijo:

—¿Sabía usted que había perdido todo mi dinero... y que iba a suicidarme? ¿Y ahora sabe que lo he recuperado todo?

—Ocho mil dólares; ocho mil doscientos dólares, para ser exacto. Sí, mister Bokker, lo sé todo.

—¡Hasta sabe mi nombre!

—Charles Bokker. Es usted abogado en Hollywood, California. Perdió todo el dinero que tenía. Lo perdió jugando al póquer y a los dados, al bridge y al blackjack. Lo perdió en las apuestas de las carreras de caballos, todo el dinero que había ganado, hasta el último dólar que pidió prestado. Y finalmente huyó con seis mil dólares de un cliente suyo.

—Ocho mil —corrigió Bokker.

—Perdió seis mil dólares con los tahúres de Hollywood. Y entonces, desesperado, cogió los otros dos mil del dinero de su cliente y se vino a Las Vegas, en un coche que tiene hipotecado. Y vino aquí en un desesperado y último intento de recuperar todo lo perdido y con la firme decisión de suicidarse en el caso de que lo perdiera todo. Estaba a punto de matarse cuando le entregué esa moneda antigua no hace más de media hora.

Bokker se dirigió a un sillón y se dejó caer en él abrumado y sin fuerzas. Luego humedeció sus labios con su lengua.

—¿Está usted de acuerdo en que le he salvado la vida, mister Bokker? —continuó el extraño visitante.

—¡Desde luego que sí! —murmuró Bokker—. ¡Más que la vida...!

—Ahora se encuentra en condiciones de devolver el dinero que robó. No tiene nada más, excepto esos doscientos dólares que tiene en su bolsillo, pero tiene su vida... y ha aprendido una lección. Nunca volverá a jugarse el dinero.

—¡Ni un solo centavo! —afirmó vehementemente Bokker—. Ya he sufrido bastante. Ya he pagado con creces mi falta. Nunca volveré a tocar una carta o un dado

en lo que me queda de vida.

—Me congratulo de oírle hablar así —respondió el extraño visitante—. Y ahora, mister Bokker, puesto que me debe su vida... puesto que todo se le ha solucionado gracias a mí, ¿no cree que me debe... un favor?

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Bokker. Intentó levantarse del sillón, pero le faltaron fuerzas y volvió a sentarse. La larga nariz de aquel hombre ahora parecía más curvada, y su aspecto misterioso y la mirada torva le hacían parecer un ave de rapiña. Una sensación de repugnancia atenazó la garganta de Bokker.

—Sí —respondió—, le debo a usted mi vida.

—¿Y el favor? ¿Haría lo que yo le pidiera?

Bokker tardó bastante en responder, pero al final dijo:

—Haré lo que usted quiera.

—¡Estupendo! Es lo que deseo, su promesa.

Finalmente, Bokker exteriorizó la pregunta que desde hacía mucho tiempo le quemaba en la garganta.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe todas esas cosas sobre mí?

—¿Que quién soy yo? —respondió el hombre—. Quiere usted un nombre y un apellido, ¿no es así? De acuerdo, digamos que me llamo Stephen White. Sí, ya sé que no tengo aspecto de ser anglosajón. Soy español. Quizá mi nombre era Esteban Blanco. Traducido al inglés equivaldría a Stephen White. ¿No quería un nombre? Pues este es tan bueno como cualquier otro.

—Que se llame Blanco, White, Smith o Jones —respondió Bokker—, eso no creo yo que tenga mucha importancia. Lo que no comprendo es cómo sabe usted tantas cosas de mí. ¿Cómo es posible?

—Este no es el momento para explicárselo. Quizá más adelante... Hablemos ahora de Gurney, Kenneth Gurney. Se encuentra en la residencia El Mañana. El hombre que se llama a sí mismo Stephen White va detrás de él. Vaya a verlo.

—¿Es ese el favor que desea que le haga? —exclamó Bokker—. ¿Para qué tengo que ir a verlo?

—Tiene un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Uno de los que usted entiende.

—¡Ah!, ¿se trata de un problema legal?

—Coja y vaya a ver a Gurney; esto es lo único que le pido. No puedo decirle nada más.

Mister White se dirigió a la puerta y la abrió, Bokker se fue tras de él protestando:

—¿Pero cómo voy a saber yo si querrá o no recibirme? Oiga, espere un momento, yo no sé quién es ese individuo. Además, ¿qué pretende que hable con él? Espere...

El hombre que se hacía llamar White sonrió y se fue. Bokker permaneció unos segundos en la puerta y luego corrió tras él. Empezó a buscarle en la obscuridad, pero el misterioso Stephen White había desaparecido. Bokker sintió que un sudor helado

se deslizaba por su columna vertebral. Gruñendo, regresó a su *bungalow*.

Kenneth Gurney. Aquel nombre no le decía nada.

Pero tenía que ir a verle. Salió de nuevo y cerró la puerta. Se metió en su coche, y anduvo por un camino secundario hasta que alcanzó la autopista. A ambos lados de la misma se alineaban vastos y fantásticos hoteles-casinos. A este lugar, rodeado de un lujo no igualado ni siquiera en películas, acudía la gente a jugarse el dinero. Perdían, desde luego, ya que todos los casinos hacían muy buenos negocios, pero perdían su dinero —y algunas veces la vida— tan placenteramente como era posible perderlo.

El servicio era exquisito. Las habitaciones eran confortables, amuebladas con los mejores muebles de las fábricas de Grand Rapids. En sus comedores se servían los más exquisitos manjares, amenizados por famosas orquestas, y se pagaban, a los animadores, los más altos salarios del mundo artístico.

El complejo turístico El Mañana estaba a media milla de la autopista, en dirección a Las Vegas. Se hallaba situado en el lado norte de la carretera, y ocupaba, con su casino principal, los distintos restaurantes, los *bungalows* y las calles que conducían a estos últimos, casi diez acres de una tierra que en otro tiempo fue solo desierto. Ahora ya no era un desierto. Por todas partes había hermosos céspedes verdes, las flores crecían en abundancia; y había una inmensa piscina frente al hotel casino. Las fuentes estaban adornadas con bellas esculturas, y el agua se deslizaba sobre tocas y regatos.

Bokker aparcó su coche y penetró en el edificio principal. El vestíbulo del casino se hallaba a la izquierda; y el inmenso comedor de lujo a la derecha. Bokker se dirigió a la recepción donde un hombre con un impecable uniforme estaba estudiando su lista de habitaciones, esperando encontrar una *suite* desocupada, aunque sabía perfectamente que El Mañana no tenía ninguna libre en aquel momento.

—El señor Kenneth Gurney —dijo Bokker.

—*Bungalow* 4-D; por favor, utilice el teléfono interior —respondió el recepcionista, sin levantar siquiera la vista.

Una hilera de teléfonos interiores se hallaba a lo largo del vestíbulo, cerca del banco donde estaban sentados varios botones en espera de que fuesen reclamados sus servicios.

Bokker no se dirigió a los teléfonos. En vez de ello, se volvió y abandonó el hotel. Una vez fuera, se dirigió por un paseo semicircular a la parte posterior del casino principal, atravesó una calle pequeña y volvió a encontrarse en un segundo paseo semicircular; aquí encontró el *bungalow* 4-D.

Había luz en el interior, aunque las cortinas estaban echadas.

También había una luz en la puerta. Bokker apretó el botón del timbre. Una voz contestó:

—¿Sí?

Bokker volvió a pulsar el botón. Oyó una voz masculina expresándose en tono furioso, y entonces la puerta se abrió de par en par. Un hombre de unos treinta y cinco años, de complexión robusta y mirada truculenta, apareció ante Bokker.

—¿Qué desea?

—¿Mister Gurney?

—Sí, pero me parece que no le conozco.

—No; pero mister Stephen White me dijo que viniera para...

—¿Para qué?

—Se trata de algo confidencial. Si no le importa... —Estoy muy ocupado— gruñó Gurney, —y no conozco a ningún Stephen White.

—Se trata de un señor alto y macilento, de tez morena y nariz más bien prominente. Es español.

—No conozco ni un solo español —gruñó Gurney—. ¿Qué vende?

—No, no, yo no vendo nada. Yo...

—¿Pólizas de seguros? ¿Suscripciones a revistas?

—No, mister Gurney, yo no vendo nada. Soy abogado.

—¡Un abogado! —gritó furioso Gurney—. Bueno, ya me he cansado de aguantarle. Se acabó la charla.

—Solo un segundo, mister Gurney, es lo único que le pido —dijo rápidamente Bokker—. Mister White dijo que usted tenía un problema, y me sugirió que...

—Sí, *ahora* tengo un problema —gruñó Gurney—. Y el problema consiste en que todos los malditos abogados siempre están metiendo sus narices en mi vida privada. Ese es mi problema, y fíjese cómo lo soluciono yo.

Antes de que Bokker pudiera darse cuenta, el puño de Gurney le alcanzó en pleno mentón. Bokker retrocedió, se le enganchó el tacón en la puerta y finalmente cayó de espaldas. Se levantó con dificultad, pues el golpe había sido tan fuerte que apenas podía sostenerse en pie. Para entonces, la puerta de Gurney ya estaba cerrada.

Bokker miró la puerta. No, no era cuestión de volver a insistir. Dejaría pasar cierto tiempo y volvería a intentarlo de nuevo. Quizá utilizaría un método más indirecto, más sutil.

Se alejó del *bungalow*, y, mientras caminaba de regreso al casino hotel, comprobó el estado de su mentón. La piel no había sido dañada, pero el golpe había sido tan fuerte que seguramente al día siguiente tendría un hermoso hematoma.

Volvió a entrar en el vestíbulo del hotel, se dirigió al comedor y se detuvo. En aquel momento salía de él, en dirección a Bokker, Linda Molson. Aquella Linda Molson de cuyo dinero había sustraído, robado, ocho mil dólares.

—Charles —gritó ella al verle—. Charles...

—Linda...

Aquella alegría, que se reflejaba en los ojos de la muchacha, cuando le reconoció desapareció en el acto. Arrugó el entrecejo.

—No esperaba volverle a ver.

—Linda —dijo rápidamente Bokker—, tengo que hablar con usted.

—Creí que ya estaba todo hablado, después de lo que me hizo.

Bokker la cogió por un brazo y la llevó aparte. —Le he devuelto el dinero, Linda

— le dijo—. Ocho mil dólares. No hace media hora, se los puse dentro de un sobre y se los envié por correo. Un cheque por ocho mil dólares.

—¿Un cheque? —dijo ella irónicamente.

—Sí, un cheque, pero no lo extendí yo, sino el cajero del casino El Mañana. Gané allí ocho mil dólares esta misma tarde, y ordené que le extendieran un cheque por ese importe.

Como Bokker viera una expresión de desconfianza en el rostro de Linda, la cogió del brazo firmemente y le dijo:

—Venga conmigo ahora mismo al casino El Mañana. Quizá no hayan echado todavía el sobre al buzón. Se lo entregaré y verá que...

—Ahora no puedo; tengo una cita —respondió Linda Molson.

—Es cuestión de unos minutos solamente. La volveré a traer aquí en mi coche —insistió Bokker—. ¡Por favor!

Su evidente sinceridad empezó a surtir efecto en ella. Linda *quería* creerle.

—De acuerdo —consintió ella—, pero déjeme primero telefonar a Ken para decirle que me retrasaré unos minutos.

Aquel nombre no le llamó la atención en aquel preciso instante, pero cuando Bokker se dio cuenta, reaccionó inmediatamente y la siguió al vestíbulo donde estaban los teléfonos. La cogió de un brazo cuando ella se disponía a telefonar.

—¿Me pone, por favor, con la habitación de mister Gurney?

—¿Quién es Kenneth Gurney?

Linda no le pudo contestar, ya que, aparentemente, Kenneth Gurney había cogido el teléfono al otro lado de la línea.

—¿Eres tú, Ken? —dijo Linda—. Mira, perdóname, pero tardaré unos minutos, solo unos minutos, quizá quince. —Hizo una pausa, y dijo—: ¡Adiós, querido! —Y colgó el teléfono—. Voy a casarme con Ken —concluyó ella—. Por eso estoy aquí.

Un escalofrío recorrió la espalda de Bokker.

—Mi coche está a la puerta —le contestó mientras la cogía del brazo y la conducía hacia la salida del casino.

—¿Cuándo se casa? —le preguntó, instantes después, a bordo ya del coche, camino del casino El Mañana.

Linda sabía con qué intención Bokker le formulaba aquella pregunta, pero se limitó a decirle:

—¿Qué me preguntaba?

—¿Cuándo piensa casarse con Gurney?

—Mañana por la mañana —respondió ella después de una pausa.

—¿Quién es Kenneth Gurney? —le preguntó—. ¿A qué se dedica?

Le dirigió una discreta mirada de soslayo, y comprobó que su frente se había arrugado ligeramente.

—No creo que haga *algo* en especial —respondió Linda—. Tiene dinero y... se interesa por los deportes.



Al oír esta última frase, se hizo una luz en la mente de Bokker. Sí, ahora se acordaba. El nombre de Kenneth Gurney lo había oído con anterioridad. Solo vagamente, ahora que pensaba en ello, pero recordaba haberlo oído en los círculos que frecuentó en aquellos últimos meses. Ken Gurney. Nunca Kenneth Gurney, sino simplemente. Ken Gurney.

No era exactamente un truhán, pero había hecho sus trampas en los juegos de azar. No era precisamente un corredor de apuestas, pero tenía relaciones con esa clase de gente. Si había muchas probabilidades de que ganara cierto caballo, o un equipo de fútbol, o un boxeador, entonces Ken apostaba. Y en esas ocasiones siempre ganaba. Pero todo el mundo ignoraba cómo se las ingeniaba para ganar, para saber quién era el que iba a ganar. Solo él lo sabía.

¿Un deportista? Bueno, en cierto sentido sí, pues asistía a todos los acontecimientos deportivos del año. Siempre estaba metido en el ajo cuando un equipo favorito de baloncesto perdía ante un oponente muy inferior a él. Siempre estaba metido en ese lío que se presenta cuando las apuestas eran de cuatro a uno a favor del boxeador favorito y luego este perdía ante un contrincante de categoría inferior a la suya. Y también participaba cuando un caballo había estado corriendo regularmente durante toda una temporada y luego perdía de un modo incomprensible. En este sentido, Ken Gurney era realmente un deportista.

Y Linda Molson iba a casarse con Ken Gurney.

Las luces del casino estaban ya a la vista. Cuando Bokker penetraba en el área de aparcamiento, Linda volvió a hablarle.

—Lo adoro con toda mi alma.

—Desde luego, de lo contrario no se casaría con él —dijo Bokker.

—¿Está enfadado? —dijo Linda mientras le cogía un brazo.

—¿Qué derecho tengo para estarlo? —respondió Bokker con brusquedad—. Recuerde que le robé cierto dinero. Cometí un desfalco en los bienes que me encargó que administrara. Y luego me jugué dicho dinero y lo perdí. Tiene todos los motivos del mundo para despreciarme. Incluso podía haberme denunciado y meterme en la cárcel. No hay duda de que la engañé, de que le dije mil mentiras. Que no había aún recibido el dinero, que la venta no se había llevado todavía a cabo, que los trámites de subasta no estaban en regla. Mentiras, solo mentiras y nada más que mentiras. Le robé el dinero, lo jugué, y perdí. Esa es la verdad, Linda.

Ambos se bajaron del coche y se dirigieron a la puerta principal del casino. Empujó la puerta, y la siguió al vestíbulo. Bokker pasó indiferente ante aquella algarazara de máquinas automáticas y gritos de los apostantes. Se dirigió a la caja.

—¿Han recogido ya el correo? —preguntó al cajero.

—Hace unos minutos solamente.

Bokker miró a Linda y vio de nuevo la sospecha en sus ojos.

—Hace media hora —dijo ásperamente al cajero—, me cambió unas fichas por ocho mil dólares, y le pedí un cheque a cambio de ello.

—¿Por qué me dice esto, señor? ¿A nombre de quién extendió usted dicho cheque? ¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó el cajero.

—Hola, B-o-k-k-e-r —gruñó ásperamente el abogado.

—Ah, sí, mister Bokker —dijo el cajero después de consultar su libro de talones bancarios.

—¿A nombre de quién extendió usted el cheque?

—No le entiendo. ¿Acaso no es usted mister Bokker? —dijo el cajero, humedeciéndose los labios y mirando a Linda y a Bokker.

—¡Claro que soy mister Bokker! —exclamó indignado—. ¿Es que acaso todos los días extiende cheques de ocho mil dólares?

—¿Qué desea usted, mister Bokker? —respondió impávido el cajero.

—Deseo que usted me diga a nombre de quién extendió el cheque de ocho mil dólares. No se trata de ninguna adivinanza. Solo deseo que esta señorita oiga el nombre de sus propios labios.

—Bueno, de acuerdo —dijo el hombre después de dudarlos unos instantes—. Señorita, extendí el cheque a nombre de Linda Molson.

Bokker vio cómo los ojos de Linda se iluminaban.

—¿Y qué hice con el cheque después de que me lo extendiera?

—No lo sé, señor —respondió, dudando, el cajero—. Solo sé que lo extendí y que se lo entregué.

—Pero usted vio que lo metí en un sobre y que puse en él una dirección, y que luego se lo entregué. Incluso le pedí que le pusiera un sello y lo cursara al correo.

—Sí, mister Bokker, le comprendo, pero yo no puedo garantizar que usted pusiera el cheque dentro del sobre. Usted parecía...

—Esta señorita es miss linda Molson —le interrumpió Bokker—. Quiero que se entere de que le envié un cheque de ocho mil dólares.

—Mister Bokker —respondió calmadamente el cajero—, lo único que sé es que extendí un cheque de ocho mil dólares a nombre de miss Linda Molson. Es lo único que puedo testificar. Compréndame, yo no puedo jurar que usted metiera el cheque dentro del sobre.

—No insista, Charles —exclamó Linda—, le creo.

Bokker, al alejarse violentamente del mostrador estuvo a punto de tropezar con el hombre que se hacía llamar Stephen White. Miraba atentamente a Linda. Luego le dijo a ella:

—Mister Bokker le ha dicho la verdad. Él le envió el cheque.

—Gracias. Yo no dudo de él —respondió Linda sorprendida.

Bokker, aún nervioso por la discusión que había sostenido con el cajero, hizo las presentaciones.

—Linda, este es mister White. Mister White, esta es miss...

—Miss Molson, lo sé —murmuró Stephen White—. Precisamente estaba a punto de hacerle una visita, miss Molson.

—¿Hacerme una visita? Pero si no le conozco...

—Quiero decir para aconsejarle que no se case con Ken Gurney.

Linda quedó boquiabierta, profundamente asombrada. Durante unos instantes clavó su mirada en aquel individuo de tez morena, pero luego, volviéndose hacia Bokker, le dijo en tono amenazador:

—¿Qué significa esto, Charles? ¿Otro de sus trucos?

—No, Linda, no tengo nada que ver con esto —respondió vehemente Bokker—. No entiendo nada de lo que ha dicho este caballero.

Luego, volviéndose hacia mister White, el hombre al que le debía el seguir viviendo, le dijo:

—No se mezcle en esto. Lo único que consigue es empeorar más las cosas.

El misterioso individuo asintió con la cabeza. Luego se dirigió a Linda con toda cortesía, pero con firmeza:

—Ken Gurney ha venido a Las Vegas para cometer un asesinato. Su intención de casarse con usted es simplemente una coartada.

Mister White no pudo continuar con sus advertencias, ya que Linda, después de mirarle con los ojos llenos de rabia, le volvió la espalda, se dirigió a la puerta de cristal y abandonó rápidamente el casino. Bokker echó a correr tras de ella, pero no pudo alcanzarla, ya que fuera había un taxi con la puerta abierta, en el que se introdujo. Cuando Bokker le gritaba que esperase, Linda le cerró la puerta en la cara y ordenó al taxista que se pusiera en marcha inmediatamente. Cuando este se alejaba, Bokker se fijó en que había un hombre sentado en el asiento posterior, junto a Linda.

Bokker se dirigió rápidamente hacia el lugar en que había dejado aparcado su coche. Oyó pasos detrás de él, volvió el rostro y comprobó que Stephen White iba corriendo tras de él.

Furioso, Bokker continuó su carrera, abrió la puerta de su coche e intentó encender el motor, pero no pudo ponerlo en marcha, y White rodeó el coche y se inclinó sobre la ventanilla del abogado.

—¿Es que no está satisfecho con lo que ha hecho? —dijo Bokker.

—Lo lamento —respondió White—, pero creí que era necesario.

—Pues ha destruido la única oportunidad que me quedaba.

—¿Oportunidad? ¿Qué oportunidad tenía hace solo una hora? —le respondió White, añadiendo a continuación—: Permítame que le recuerde que en este momento estaría muerto, de no haber venido yo en su ayuda.

White abrió la portezuela y se sentó junto a Bokker. Este consiguió al fin arrancar el motor, y se dirigió rápidamente hacia la autopista principal que conducía a Las Vegas.

Ninguno de los dos abrió la boca durante el trayecto, hasta que llegaron al aparcamiento del casino El Mañana. Bokker salió del coche y miró interrogativamente a White. Este le dijo:

—Le esperaré aquí.

Bokker aligeró el paso y se dirigió al *bungalow* de Ken Gurney. Había luz en su interior. Bokker tocó el timbre de la puerta. Esta se abrió de par en par, y Ken Gurney, con rostro enfurecido y toscos modales, le encaró, espetándole:

—¿Es que no sabe cuándo ha recibido ya lo suyo?

—¿Está Linda aquí? —le dijo impaciente Bokker.

—¿Linda? —repitió asombrado Ken—. ¿Es que conoce a Linda?

—Mi nombre es Charles Bokker. ¿No le ha hablado ella de mí?

—¿Es qué tenía que hablarme de algo? ¿Es usted amigo suyo?

Bokker se tranquilizó. Aquello significaba que Linda no le había dicho nada a su prometido; que no le había dicho al hombre que iba a casarse con ella que su abogado le había robado ocho mil dólares.

Una sensación de alivio apaciguó su alterado estado de nervios. Intentó pasar por delante de Gurney y penetrar en su aposento, pero este, poniéndole una mano sobre el hombro, le impidió entrar.

—Alto, mi querido primo, no compliquemos más las cosas. Linda y yo nos vamos a casar mañana por la mañana, y...

—No, usted no se casará con ella —le contestó Bokker.

—¿Quién lo ha dicho?

—Lo digo yo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que le di un puñetazo? —dijo Gurney, mostrándole los dientes—. Bueno, puesto que se empeña...

Gurney se disponía, una vez más, a golpear a Bokker, cuando este, anticipándose, le propinó un fuerte golpe en el estómago, que lo hizo caer al suelo. Pero no siguió golpeándole, sino que penetró en el aposento de Gurney con ánimo de buscar a Linda.

Una simple mirada le bastó para comprobar que aquella no estaba allí. Luego se dirigió al cuarto de baño. Estaba vacío. Luego volvió en busca de Gurney, y lo encontró con una pistola en la mano.

—Usted se lo ha buscado —le dijo Gurney fríamente.

—Un momento, por favor —dijo Bokker, mientras levantaba los brazos—. Espere, no haga una locura. ¿El hombre a quien ha venido a matar a Las Vegas, conoce a Linda?

—¿A qué viene esto? —dijo agriamente Gurney.

—Estaba con Linda en el casino —contestó rápidamente Bokker—. Discutimos y ella echó a correr. Se metió en un taxi. Mientras se alejaba, vi que había un hombre dentro del coche, con ella.

—¿Qué aspecto tenía?

—Solo pude echarle una simple ojeada, pero pude comprobar que tenía un rostro delgado, con una espantosa cicatriz...

—¡Es Palogus! —exclamó excitado Gurney; luego una sombra cruzó su rostro—. ¡Se ha apoderado de Linda! ¡La ha raptado!

En aquel instante sonó el teléfono. Gurney se dirigió a él, pero se detuvo y exclamó:

—¡Al infierno con todo esto!

El teléfono continuó sonando. Bokker dijo:

—Puede que tenga algo que ver con Linda.

—Así es —respondió Gurney—, pero no pienso darle la satisfacción de retorcerme el pescuezo.

Se dirigió a un armario, sacó dos maletas, y las depositó en el suelo. A continuación las abrió mientras decía:

—Me largo; aquí ya no tengo nada que hacer.

Bokker no pudo contenerse más y se dirigió resueltamente hacia el teléfono. Gurney se incorporó para detenerle, pero ya era tarde, pues aquel lo había cogido y preguntaba, ansioso:

—Dígame, dígame.

—Gurney —contestó una voz—, te he quitado a la chica.

Enfurecido, Gurney le arrancó el teléfono de las manos a Bokker.

—De acuerdo, Palogus, has ganado —dijo irritado—. ¿Cuáles son tus condiciones?

Escuchó atentamente lo que le decían al otro lado de la línea y luego contestó en sentido despectivo:

—Te has equivocado, Palogus, la chica no vale tanto para mí. De modo que puedes irte con ella al mismo...

Hubiera dicho «infierno» si en aquel preciso instante, Bokker no le hubiese dado un tremendo golpe en la cabeza. La pistola cayó de las manos de Gurney, mientras este se derrumbaba al suelo, inconsciente. Bokker cogió el teléfono y dijo:

—Continúe, Palogus, lo escucho atentamente.

—¿Quién está ahora al aparato? —contestó Palogus, el cual se había dado cuenta del cambio de voz.

—Mi nombre es Charles Bokker —respondió el abogado—. Linda puede informarle quién soy yo.

Un momento de silencio. Luego la voz continuó hablando al otro lado del hilo.

—¿Qué le ocurre a Gurney?

—No se encuentra bien —respondió Bokker.

—De acuerdo —respondió Palogus—. Y ahora escuche con atención, pues lo que voy a decirle no se lo pienso repetir. Quiero a Gurney. Me es indiferente que venga voluntariamente o que me lo traiga usted a la fuerza; lo único que me interesa es tenerlo en mis manos. A cuatro millas y media al oeste de donde usted se encuentra ahora, existe un camino estrecho que conduce al desierto, atraviéselo. Recorra cinco millas y media por él, salga del coche y póngase a caminar por una vereda existente a la derecha. Y que no vengan más de dos personas. ¿Entendido? Le estaré esperando durante veinte minutos. A los veinticinco, Linda Molson estará ya muerta.

Se oyó un clic y el teléfono quedó mudo. Bokker colgó el auricular, se dirigió a Gurney, y lo encontró ya de pie, pero aún atontado por el golpe que le propinara. Bokker lo cogió por las solapas y lo zarandeó.

—Vamos, despiértese, tenemos que ir en busca de Linda —le dijo.

Viendo que Gurney continuaba medio inconsciente, lo cogió de un brazo y lo sacó del *bungalow*. Habían andado unos cuantos metros, cuando el aire frío de la tarde pareció despertar del todo a Gurney.

Se revolvió para liberarse del brazo de Bokker. Este le soltó mientras le hundía su pistola en las costillas.

—Vamos, continúe caminando —le dijo Bokker.

—Palogus me matará —gritó enfurecido—. Ha raptado a Linda solo con el fin de apoderarse de mí y matarme.

—Pues acertó con el truco —respondió fríamente Bokker—, pues ahora mismo, usted va a ir a su encuentro.

—No, yo no voy —dijo Gurney, deteniéndose.

—Puede morir dentro de una media hora o en este mismo instante —le respondió Bokker—. Tiene tres segundos para decidirse por una de estas dos alternativas. Uno... dos...

Gurney se puso a andar. Ambos llegaron junto al coche del abogado. Y entonces Bokker se encontró con un problema que no se esperaba: había contado con la colaboración de Stephen White, al que había dejado hacía unos instantes dentro de su coche, pero este había desaparecido. De modo que ahora no le quedaba otra alternativa que dejar que Gurney condujera el coche, mientras él le apuntaría con la pistola para evitar cualquier jugarreta por parte del deportista.

—Usted conducirá el coche —dijo Bokker—, y yo le estaré vigilando constantemente; de modo que no intente ningún truco.

Luego obligó a Gurney a entrar por la portezuela opuesta a la del conductor, y entró él a continuación. Gurney puso en marcha el motor, y sacó el coche del aparcamiento.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Al oeste.

Gurney dirigió el coche en dirección a la autopista 91. Durante varios minutos el coche se deslizó suavemente por la autovía. Bokker permanecía sentado muy cerca de él, y apuntándole constantemente con la pistola. Bokker le preguntó de repente:

—¿No es cierto que vino a Las Vegas para matar a Palogus?

Gurney apretó los dientes, pero no apartó su mirada de la carretera. Luego, después de una breve pausa, contestó al abogado:

—¿Qué le haría usted a un hombre que le hubiese robado cien mil dólares? Me pasé tres meses preparando el gran «golpe», haciendo pequeñas apuestas por toda la zona con el fin de despistar a todo el mundo. Aposté setenta y cinco mil dólares confiando en que el boxeador de Palogus se dejaría ganar el combate, y le entregué

veinticinco mil a ese cerdo.

—¿Y no se dejó ganar? —dijo Bokker.

—Dejó K. O. a mi boxeador apenas comenzó el primer asalto. Perdí cien mil dólares, pudiendo haber ganado doscientos mil, después de haber pagado espléndidamente a mis muchachos.

—De modo que vino aquí para matar a Palogus. Y Linda Molson es... su coartada. Usted no está enamorado de ella.

—¿Enamorado? —dijo irónicamente Gurney—. Linda es una buena chica. Heredó cierto dinero de sus padres y no es mal parecida.

Como Gurney viese que Bokker ponía mala cara, añadió:

—Ah, ya veo que está enamorado de ella. Le felicito. Entonces haremos una cosa: detendré el coche y me bajaré, dejándole vía libre para que pueda conseguir a Linda.

—¿Muerta?

—Palogus no se atreverá a matarla. Es griego, y los griegos son muy sentimentales. Mire si es así, que cree que voy a exponer mi vida para salvar la de ella. Un hombre que piensa así, no puede matar a una mujer. A una mujer muy bonita, por añadidura.

—Hace una hora estuve a punto de suicidarme —dijo Bokker...

—¿Cómo es posible? —exclamó Gurney.

—Robé ocho mil dólares del patrimonio de Linda. Luego los perdí jugando con hombres de su ralea, hombres como usted, Gurney. Probablemente incluso usted ganara una parte de ese dinero que perdí jugando. Soy abogado y sé que a Linda le hubiera sido muy fácil el meterme en la cárcel. Pero no lo hizo.

—Ah, comprendo, es gratitud lo que usted siente. Hermosa virtud. *Usted* le debe algo a ella. De acuerdo, siga adelante, enfréntese a Palogus y trate de salvar a la hermosa Linda.

—Disminuya ahora la marcha —le interrumpió Bokker—. Tiene que haber un camino por aquí cerca... Sí, allí, gire a la derecha.

A partir de aquí, la carretera no era más que un sendero trillado que se adentraba en el desierto. Probablemente, las ratas del desierto habían construido esta vereda, y, al utilizarla periódicamente, habían elevado la vereda a la categoría de camino.

Gurney frenó el coche al adentrarse en la arena del desierto.

—No se detenga, continúe la marcha —dijo Bokker, mientras le hundía la pistola en las costillas—. Y no piense que no seré capaz de matarlo si intenta alguna jugarreta. A Palogus le es lo mismo que esté muerto o vivo. Probablemente lo prefiera muerto.

Gurney apretó los dientes. Indudablemente, su cerebro estaba maquinando algo para poder escaparse, pero la pistola en sus costillas era un argumento demasiado convincente para hacerle desistir.

El camino subía una pequeña colina para luego descender abruptamente por el otro lado. Al cabo de unos instantes, Bokker vio una luz a la derecha, y apretó la

pistola contra el costado de Gurney, mientras le decía:

—Ya hemos llegado, detenga el coche.

Gurney detuvo el coche, y ambos bajaron de él. Luego, Gurney miró hacia la luz existente a un cuarto de milla de la carretera.

—Nos está viendo llegar. Supongo que no pensará usted que echemos a andar en esa dirección para que nos mate como conejos, ¿no es así? —dijo temeroso Gurney.

—Los veinte minutos que me dio casi han pasado ya —respondió Bokker—. De modo que ¡andando! —añadió, apuntándole con la pistola.

—Palogus no estará solo —volvió a insistir Gurney—, si es que se le ha ocurrido la estúpida idea de sorprenderle.

—Camine —dijo imperturbable Bokker—. De prisa. Bokker se había dejado encendidas las luces del coche, pero en aquel momento solo pensaba en una cosa: cumplir la exigencia de Palogus a cambio de Linda Molson. Solo pensaba en esa idea.

La arena del desierto era movediza y pesada, y les dificultaba la marcha, pero Bokker se mantenía pegado a Gurney, y cada vez que este daba muestra de disminuir el paso, le, empujaba con la pistola.

Finalmente llegaron cerca de una cabaña de adobe, y Bokker vio un coche aparcado al lado. Había luces dentro de la cabaña, pero ninguna señal de estar habitada. De repente, un hombre surgió detrás de una palmera y gritó:

—Tire el revólver..., exactamente delante de usted.

—¡No lo haga! —gritó Gurney.

—Es lo mismo —gritó una voz dentro de la cabaña, os tengo cubiertos desde aquí con mi rifle.

Bokker lanzó la pistola, tal como le habían ordenado, en dirección hacia el hombre que estaba junto a la palmera. Cayó a sus pies. El individuo se agachó y la recogió, luego, avanzó.

—Pongan los brazos en alto —les ordenó. Bokker levantó rápidamente los brazos, pero Gurney lo hizo con más lentitud. El individuo se acercó y registró a Bokker; luego se dirigió a Gurney y repitió la misma operación.

—No llevan armas encima —le gritó a Palogus. Un hombre apareció a la puerta de la cabaña de adobe, con un rifle en las manos.

—Acérquense —les ordenó. Bokker y Gurney, bajando los brazos, se dirigieron hacia la cabaña. Palogus, un hombre de unos cuarenta años, de piel morena y complexión robusta, se apartó a un lado para que los dos pudieran entrar en la cabaña. Era una choza miserablemente amueblada, que solo tenía un par de bancos, una estufa de hierro, una mesa y algunas sillas, dos de ellas rotas.

Linda Molson estaba sentada en una de las sillas con las muñecas atadas y con un pañuelo que amordazaba su boca. Bokker, impresionado, se dirigió rápidamente hacia ella y le quitó la mordaza.

—¡Charles! —exclamó Linda agradecida; dirigiendo luego su mirada a Gurney,



pero dudando de lo que veía.

—No tiene ningún derecho a mezclarme en este asunto —dijo agriamente Gurney.

—No fui yo quien te trajo a Las Vegas, Gurney —respondió Palogus, mientras se le acercaba con el otro individuo.

—Vine a Las Vegas para casarme —respondió Gurney.

—¿Ah, sí? Díselo a la chica, Ken.

—¿Es verdad eso, Ken? —dijo linda Molson, mirando fijamente a los ojos de Gurney—. ¿Era este el único motivo para venir aquí?

—Usted ha sido el que le ha llenado la cabeza con todas esas ideas descabelladas —dijo Gurney, mirando iracundo a Bokker—. Usted está enamorado de ella.

Luego, volviéndose de nuevo a Linda, añadió:

—Es un fullero y un ladrón, Linda. No le creas una sola palabra.

—Linda sabe quién soy yo —dijo Bokker con calma—. He sido todo eso que ha dicho, Gurney.

—Pero ha venido aquí —intervino Linda, con los ojos ardientes— sabiendo que se exponía a que le mataran.

Bokker, en lugar de contestarle, se dirigió a Palogus:

—Usted me prometió que la dejaría en libertad.

—Seguro —respondió Palogus—, eso fue lo que dije. Pero póngase en mi sitio. Se trata de mí o de Gurney. Y si tengo que matar a Gurney, comprenderá que no puedo dejar ningún testigo...

—Ya se lo advertí —gritó Gurney—. ¿Ahora lo comprende?

En aquel instante se oyó una voz en el exterior.

—¡Eh, los de la casa!

Rápidamente, Palogus y sus guardaespaldas cerraron la puerta y se pusieron a escudriñar por la ventana, pistola en mano. Bokker se acercó a Palogus, pero este le propinó un golpe en el estómago con la culata de su rifle, mientras le decía:

—¡Vuelva atrás! Se arrepentirá de haber avisado a la policía.

—No, yo no he avisado a la policía; ni había tiempo para ello, y, además, no lo habría hecho porque... —Sus ojos miraron a Linda.

—Ya arreglaremos este asunto más tarde —dijo Palogus; luego gritó, dirigiéndose al exterior—: ¿Quién es usted?

—Soy un extranjero —respondió la voz de Stephen White—. Creo que me he extraviado por estos parajes, me he perdido.

—Solo hay un hombre, jefe —dijo el guardaespaldas a Palogus.

—Acérquese —gritó Palogus al exterior.

Con los zapatos llenos de arena y mostrando un aspecto desaliñado, la figura de Stephen White apareció a la luz que proyectaba, fuera, la lámpara de petróleo de la cabaña. Se dirigió a la puerta, pero permaneció algunos metros alejado.

—De acuerdo, caballere —dijo Palogus—. Ahora levante los brazos y entre en

la choza.

El hombre que se hacía llamar Stephen White dijo:

—No pienso hacerlo —y añadió luego—: ¿Está usted ahí, Bokker?

—Sí, aquí estoy —respondió este último.

—No puedo ayudarle —dijo White—. Se las tiene que arreglar...

Palogus, enfurecido de repente, le volvió completamente la espalda a Bokker para enfrentarse al hombre que estaba fuera de la choza. Levantó el rifle... y entonces, Bokker le golpeó.

Fue un golpe fuerte, un golpe de judo, propinado con el filo de la mano en la nuca de Palogus. Este cayó al suelo como fulminado, y soltó el rifle de las manos.

El guardaespaldas de Palogus vio que Bokker saltaba sobre él. Disparó su rifle... Una llamarada roja pareció alcanzar el costado izquierdo de Bokker, pero este volvió a dar un golpe con su mano abierta, esta vez en la garganta del individuo.

El guardaespaldas cayó al suelo, dando un alarido. Entonces Bokker, a pesar de su dolor, arrancó el revólver de la mano del hombre, lo empuñó y lo dirigió en dirección a Gurney.

El tahúr, un segundo antes, había conseguido apoderarse del rifle de Palogus. Lo tenía en sus manos y se acercaba ya a Bokker, pero este le amenazó con su pistola, advirtiéndole:

—Suelte inmediatamente ese rifle, Gurney.

—¿Es que se ha vuelto loco? Nos matarán a todos.

—Huya, entonces, pero antes suelte ese rifle —dijo Bokker.

Gurney miró fijamente a Bokker. Era claro que estaba pensando asestar un golpe con la culata del rifle antes de que Bokker pudiera apretar el gatillo. Pero por lo visto desistió de ello, ya que arrojó el rifle al suelo y echó a correr.

Mientras, Palogus se hallaba gruñendo e intentaba incorporarse. Apoyado en sus rodillas, vio a Bokker con una pistola en la mano. Sacudió la cabeza como tratando de despejar el dolor que sentía en ella, aspiró una gran bocanada de aire y trató de levantarse.

—Gurney se ha marchado —dijo Bokker—. Ahora es su turno...

Palogus lo miró estupefacto, como si no comprendiera. Bokker le hizo señas con la pistola, indicándole que se marchara.

Palogus, medio aturdido, se dirigió a la puerta de la choza, pero se detuvo y miró en dirección a su guardaespaldas, tendido en el suelo, que trataba de recuperar la respiración.

—Puede llevárselo con usted —le dijo Bokker.

Palogus, ansioso por huir de aquella cabaña, cogió por los brazos a su guardaespaldas, casi lo arrastró, mientras le decía:

—Vamos, Eddie, ya es hora de que nos vayamos...

Empujó a Eddie hacia la puerta. Una vez fuera, ambos hombres se dirigieron, tambaleándose, hacia el desierto, en busca de la carretera. Bokker vio por la ventana

que Gurney estaba cerca de su coche, y no dudaba de que se apropiaría de él. Pero al menos le quedaba el de Palogus, que seguía aparcado junto a la cabaña.

—Está usted herido —dijo White al entrar en la choza y ver las manchas de sangre en la camisa de Bokker.

Bokker asintió con la cabeza, se dirigió hacia Linda y empezó a quitarle las cuerdas que sujetaban sus muñecas.

—¿Es verdad todo eso de Ken, Charles? —preguntó Linda.

Bokker no le contestó. Desató el último nudo de la cuerda y la desenrolló de las muñecas de Linda. Esta se levantó, se frotó las muñecas, y lanzó un grito al ver la mancha de sangre en la camisa de Bokker.

—Está gravemente herido —dijo ella alarmada.

Bokker lo negó moviendo la cabeza, pero Linda inmediatamente se puso a quitarle el abrigo.

—Ayúdeme —dijo, dirigiéndose a White—. Morirá si sigue desangrándose.

White avanzó hacia el abogado y le quitó la camisa. Examinó la herida y dijo:

—Es una herida fresca, pero de todos modos debemos llevarle inmediatamente a un hospital.

Puso su brazo bajo la axila de Bokker para ayudarle, pero este se desprendió de él, diciéndole que se encontraba en condiciones de andar por sus propios medios, y luego se encaminó hacia la puerta.

Linda y White le ayudaron a entrar en el coche. Linda se puso al volante, White a su derecha, y Bokker en el asiento posterior perfectamente acomodado. La hermosa muchacha dirigió el coche a través del desierto hasta alcanzar la carretera principal, en donde aceleró la marcha, yendo bastante detrás del propio coche de Bokker, conducido por Gurney.

—Ya pagó la deuda que tenía, Bokker —dijo White en el momento en que Linda entraba en la autopista 91.

—Solo hay una cosa que no comprendo —dijo Bokker lentamente—. ¿Cómo consiguió llegar hasta aquí, a través del desierto, sin tener coche? Recorrer diez millas en casi veinte minutos —hizo una pausa—. *¿Cómo sabía adónde tenía que dirigirse?*

—Aquel dólar que le di, Bokker...

—¡La moneda antigua española de ocho reales! —exclamó Bokker.

—¿Una moneda antigua española? —intervino extrañada, linda.

—Sí, mister White me la dio. Era una moneda muy antigua... Robada durante el sitio de Roma, el año 1527.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Bokker.

—Yo estaba allí —respondió White—. Yo era un soldado en el ejército de Su Majestad Cristiana Carlos V, Santo Emperador Romano.

—¡Pero Carlos V reinó hace más de cuatrocientos años! —exclamó Linda, mientras Bokker, pegado a ella, pudo sentir el temblor que recorría su cuerpo.

White continuó hablando con el mismo tono monótono:

—Ya conocen ustedes la historia de las campañas de Italia. Las tropas españolas lucharon larga y tenazmente con la esperanza de conseguir un buen botín, y entonces, cuando se llevó a cabo el insatisfactorio armisticio con el rey de Francia, los españoles se sublevaron como hicieron los landsquenets germanos. Unidos regresaron a Roma y la invadieron. Ya saben ustedes lo que sucedió durante los ocho días que duró el saqueo de aquella ciudad...

Bokker estaba tan asombrado que era incapaz de abrir la boca.

—Saquemos la ciudad. Profanamos la iglesia de San Pedro y encerramos al mismo Papa en el castillo de San Ángel. Llevamos a cabo un gran saqueo y pillaje. Asesinamos y... —Al llegar aquí, la voz de Stephen White se ahogó— delante del altar de la iglesia del discípulo de Cristo, un hombre mató a un sacerdote por un pequeño saco de monedas de plata. Monedas de ocho reales. El hombre que mató al sacerdote por aquella plata había estado estudiando para cura durante su juventud, y abandonó los estudios para ingresar en los ejércitos de Su Majestad... para así poder dedicarse al saqueo, al pillaje. Pues bien, llegó a saquear Roma... y el botín de su pillaje fue doscientas cincuenta monedas de plata. Aún conserva doscientas cuarenta y dos.

Bokker sintió un escalofrío al oír este fantástico relato, pero al final, dominando sus nervios, fue capaz de hablar.

—¿Acaso pretende hacerme creer que *usted* era aquel soldado?

—Sí.

—¡Pero si Roma fue saqueada hace más de cuatrocientos años!

—Y durante todos esos años he estado vagando por el mundo —dijo con débil voz aquel extraño personaje—. Maté por esas monedas... cometí el más atroz de los crímenes en el lugar más sagrado del mundo... y mi castigo ha sido el tener que gastar ese dinero. Una moneda en el curso de una vida. Pero el que recibe la moneda debe, a cambio, saber ganarse ese dólar español de plata..., pues de lo contrario, vuelve a mí de nuevo. Y debo vivir, errar y sufrir a través de los siglos hasta que haya gastado la última de esas monedas españolas de plata.

—¡No puede ser! —exclamó Bokker—. Es demasiado fantástico, demasiado increíble.

Stephen White sonrió lánguidamente. Luego dijo:

—Miss Molson, hemos llegado al término municipal de Las Vegas. ¿Sería tan amable de... detener el coche?

Linda frenó tan rápidamente que los neumáticos chirriaron al detenerse tan bruscamente.

Stephen White abrió la portezuela de su lado.

—Gracias, miss Molson —dijo; y al salir del coche, añadió—: Y gracias a usted también, mister Bokker.

A continuación, el misterioso personaje cerró la portezuela.

—No puedo creerlo —casi susurró Bokker.

—¡Mira! —gritó Linda—. ¡Ha desaparecido!

Era imposible en tan poco tiempo. White no podía haberse alejado a más de tres o cuatro pasos del coche, pero Bokker, a pesar de mirar detenidamente a través de la portezuela de su lado, no vio... nada.

Stephen White había desaparecido.

# EL TRANVÍA FANTASMA

**BENOIT J. SUYKERBUYK**

*Suykerbuyk es, sin duda alguna, uno de los más jóvenes colaboradores de esta antología. Nació en Antwerp en 1944 y ha publicado excelentes trabajos en prosa y poéticos en diversas revistas literarias. «The Ghostcar». («El tranvía fantasma») fue especialmente escrita, a requerimiento nuestro, para el presente trabajo.*

—¡Qué llega el tranvía fantasma! —gritaba la gente mientras corría por la calle.

Los niños empezaron a chillar excitados, sin hacer caso de las llamadas de sus maestros. Pronto todo el mundo se parapetó detrás de las empalizadas que habían levantado los miembros de la Defensa Civil.

Casi las dos de la tarde. Siempre aparecía a esa hora. Aunque la curiosidad era muy grande, nadie se preocupó ya más en saltar las empalizadas. El número de accidentes había aumentado rápidamente. La primera víctima, seis meses atrás, fue un niño de dos años, atropellado mientras jugaba en aquellos raíles que desde hacía más de diez años no se utilizaban.

Dijeron que había sido un coche conducido por alguna de esas personas que siempre tienen prisa. Pero al día siguiente, tres hombres fueron testigos de la muerte de un borracho. En el cuerpo de las víctimas no se encontró ninguna herida, ni el más leve rasguño. El forense dictaminó muerte por causas desconocidas.

Las dos de la tarde. Allí estaba. Ni un susurro se oía mientras «la cosa» rodaba sin hacer ruido.

Entonces ocurrió algo en lo que nadie había reparado. Un hombre iba corriendo por la calzada y subió en el último instante al tranvía. Luego este desapareció al doblar la esquina. Era inútil seguirlo hasta allí, pues los raíles no iban más lejos...

Al día siguiente, a las dos de la tarde, un cuerpo fue empujado fuera del tranvía por manos invisibles. Rápidamente acudió la gente para ayudar al hombre. Con la mirada perdida en el vacío, y con el movimiento de sus manos, parecía contener algo, defenderse de algo situado frente a él, al mismo tiempo que murmuraba presa de espanto:

«No lo haga, no lo haga, no lo haga... —repetidamente, sin cesar, continuamente—: ¡No lo haga, no lo haga, no lo haga...!».

*Pero lo más horrible y espantoso era que las ropas de aquel hombre estaban sucias, llenas de barro, y despedían un hedor tan repugnante como si se hubiera revolcado en una tumba recién abierta...*

# LA ALCOBA NEGRA

APSEL & LAUN

*Johann-August Apfel (1771-1846) y madame Fr. Laun, de soltera Schülze (1770-1849), nacieron en Leipzig, Alemania. Son conocidos por su voluminoso «Gespenterbuch» («Libro de los fantasmas»), selección de leyendas y de cuentos «negros», presentados en forma poética y llenos de humor. Sus breves historias de fantasmas, llamadas por ellos «anécdotas fantasmales» —tales como «La alcoba negra»— son pequeñas obras de arte que conservan aún plena actualidad. Por ello, la hemos extractado para esta antología.*

Tippel llegó a Berlín al anochecer.

Era un muchacho grueso y pesado, que había conseguido, después de muchos esfuerzos, un título universitario en Jéna, sin excesivo aprovechamiento. No obstante, le habían ofrecido un empleo de preceptor en casa del consejero Wermuth, quien vivía en un enorme y triste caserón de los alrededores de Tempelhof.

Cuando Tippel se hizo anunciar y se presentó con sus referencias y sus recomendaciones, el consejero se mostró sumamente contrariado: su mujer y sus dos hijos se disponían a partir hacia las montañas bávaras para pasar allí la primavera. Incluso él mismo iba a preparar su equipaje, pues le esperaban en Viena. Realmente, se había olvidado por completo de Tippel...

Pero el señor Wermuth era un hombre sensible, y Tippel, a pesar de su extremada gordura, le resultó simpático.

—Mi casa será la suya durante mi ausencia —declaró—. En cuanto a sus futuros alumnos... ¡bien!, les concederemos aún un poco de tranquilidad antes de sumergirles en los libros.

Tippel no podía pedir nada mejor. Con manutención y cama aseguradas, y algo de dinero en el bolsillo para adquirir cerveza y tabaco...

A este respecto el consejero le tranquilizó totalmente, alineando algunas monedas de oro frente a él.

—No creo que sus habitaciones estén preparadas —dijo Wermuth, excusándose—, pero Hammer, mi ayuda de cámara, se ocupará de usted y no permitirá que le falte nada.

Dicho esto, Wermuth tomó su equipaje y llamó al cochero.

Hammer era un hombre anciano, algo sordo y muy conversador. Tardó bastante tiempo en comprender lo que Tippel solicitaba de él; entonces, levantó los brazos al cielo en señal de impotencia.

—Pero, si todas las habitaciones están cerradas, señor Toppel —se lamentó—. Y, además, toda la lencería ha sido cuidadosamente ordenada y guardada bajo llave... Por otra parte, tampoco puedo darle a usted una habitación de la servidumbre; sería mi deshonor para toda la vida. Pero, espere... ¿nos queda aún la alcoba negra!

—¿La alcoba negra? —preguntó Toppel.

—A decir verdad, no es negra. Sus paredes tienen un bello matiz anaranjado; pero los muebles están hechos con una magnífica madera extranjera, negra como el azabache. Creo que se llama ébano. ¿Querría usted contentarse con esta solución hasta que regresen los señores?

Toppel inspeccionó la alcoba, y la encontró muy agradable, a pesar de sus excesivas dimensiones, de los extraños muebles y, especialmente, le disgustó lo alejada que se hallaba de los otros aposentos habitados del gran caserón.

Hammer acudió a servirle personalmente en la alcoba negra, excusándose una vez más; parte del personal de servicio partió acompañando a madame Wermuth a Baviera, y el resto había ido a Viena con el consejero. Tan solo quedaba la cocinera, mujer de carácter autoritario, que se negaba a ocuparse de otra cosa que no fueran sus trabajos culinarios.

La cena era exquisita; pollo, muy en su punto, pastel de anchoas noruegas y un vino excelente.

Hammer ayudó a Toppel a ordenar sus efectos, pero cuando el profesor se disponía a abrir un alto armario de madera negra, para guardar en él su manta de viaje, el viejo criado, exclamó vivamente:

—¡Este armario no se abre! ¡No, de ninguna manera, jamás se ha abierto!

Le facilitó un candelabro de plata maciza provisto de tres gruesas velas de cera amarillenta que expandían una suave y conveniente claridad.

Toppel había viajado durante todo el día en un incómodo carruaje de alquiler, comiendo mal y bebiendo aún peor. Se sentía fatigado y el vino y la buena mesa le habían dejado medio adormecido.

Tan pronto como se acostó en la cama, ancha como una calesa, se durmió, no sin antes haber apagado concienzudamente las velas, pues siempre preveía la posibilidad de un incendio.

Pensaba dormir hasta el amanecer, por lo que se sorprendió mucho al darse cuenta de que estaba totalmente despierto mientras, en algún lugar lejano del caserón, un reloj daba las doce...

Su asombro aumentó al observar que la alcoba no permanecía totalmente a oscuras: un débil resplandor azulado parecido a un rayo de luna, la iluminaba suavemente.

Intentó en vano descubrir de dónde procedía.

Era una luminosidad imprecisa y suave, que parecía flotar en el aire y que permitía distinguir los contornos de todo lo que se hallaba en la alcoba.

Toppel se incorporó y, de pronto, se fijó en el alto armario negro.



Entonces, su estupor se convirtió en verdadero pánico; una de las puertas del armario se abría lentamente, giraba sobre sus goznes sin ningún ruido, como si estuvieran recientemente engrasados, y tras unos instantes que a él le parecieron siglos, la puerta quedó totalmente abierta.

Nada había en el interior; la puerta quedó abierta mostrando una oscuridad absoluta.

A Toppel no le faltó valor y, afirmando la voz tanto como pudo, preguntó:

—¿Quién está ahí?

No obtuvo respuesta alguna, pero observó cómo el misterioso resplandor azulado convergía hacia el armario y penetraba en sus oscuras profundidades.

Toppel lanzó un alarido de terror o, por lo menos, esto le pareció ser el débil gemido que escapó de su garganta.

Una forma horrible intentaba salir del armario. Ciertamente, tenía una apariencia casi humana, pero, ¡cuán deforme y repugnante era!

La cabeza, aplastada por un terrible golpe, no era más que una masa informe de carne machacada y de huesos triturados. Solamente dos ojos enormes y fijos destacaban, rojos como brasas, mientras que la boca bostezaba salvajemente con los labios arrancados.

Dos grandes brazos surgían del cuerpo, haciendo furiosos gestos, como para escapar a una invisible influencia.

Toppel notó los ojos de fuego fijos en él, y comprendió que el monstruo fantasmal intentaba salir del armario con la intención de precipitarse sobre él. Pero, a pesar de sus desesperados esfuerzos, no conseguía avanzar ni un milímetro.

Toppel creyó perder la razón y se dio cuenta de que las fuerzas le abandonaban. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, saltó del lecho y corrió hacia la puerta.

En el mismo instante, con un rugido espantoso, la aparición se libró de sus invisibles ligaduras.

Una garra asió el gorro de noche del profesor arrancándoselo violentamente y asiéndose a su cuello; pero ya este corría por los oscuros pasillos del caserón, llamando a gritos a Hammer con voz delirante.

Se desorientó completamente en su loca carrera, y estuvo varias veces a punto de romperse los huesos contra un muro o de saltar al vacío por una escalera.

Por fin, percibió una débil claridad al fondo de un corredor: el viejo criado, con una vela en la mano, venía a su encuentro.

—¡Señor Toppel! —balbució el anciano—. ¿Lo habéis visto...? ¡Dios mío! ¡Responded...! ¿Lo habéis visto?

Pero Toppel se desmayó, perdidas ya sus últimas fuerzas.

Volvió en sí en un sillón, cerca de una gran cocina todavía caliente. Sintió un fuerte gusto de aguardiente en la boca, a la vez que observaba un gran vaso colocado a su lado; comprendió que el criado le había hecho beber.

—¿Lo habéis visto? —murmuró Hammer, temblando—. Hace casi cincuenta

años que vivo en esta casa, y jamás me he atrevido a entretenerme más de la cuenta en la alcoba negra, ni tan solo de día.

—Pues entonces, ¿por qué me la habéis dado para pasar en ella esta noche infernal? —gimió el profesor.

—Ya no creía en ello —dijo Hammer en un susurro—. O mejor dicho, esperaba que *él* ya nos habría abandonado. Hace tantos años que ocurrió aquello...

—¿Qué cosa? —preguntó Toppel.

—Desde que se le mató en esta alcoba... —explicó el anciano—. Era el abuelo de la señora, el conde Graumark von Dietrichstein. Por encargo de él, hicieron estos malditos muebles negros con madera que hizo traer del corazón de África. Era un hombre terrible, a quien las juergas, la lujuria y la bebida, acabaron por volver loco. Cierta día estranguló con sus propias manos a una joven criada que se opuso a sus innobles deseos. Sus familiares consiguieron librarle del rigor de la justicia pero para ello tuvieron que encerrarle en esa alcoba. La joven criada tenía un novio, un leñador de Spreewald, quien consiguió introducirse en la casa para cumplir su venganza. Mató al loco a hachazos... y después arrojó los horribles restos en el gran armario negro. Y..., y... murió en pecado mortal, por lo que el eterno reposo le está negado... ¡y vuelve!

—Verdaderamente, fue un acto de justicia —dijo Toppel, quien ya había recuperado su presencia de ánimo gracias al aguardiente que Hammer le iba sirviendo continuamente—. Supongo que no detuvieron al leñador.

—No —respondió el anciano—, jamás se supo quién le había matado.

—¿De verdad? —preguntó Toppel sin ninguna intención.

—Ciertamente... ¿Por qué..., por qué me miráis de este modo? —exclamó vivamente el criado.

De repente, se levantó y, en actitud defensiva blandió sus descarnados puños.

—Usted lo ha adivinado..., me doy cuenta. Debería desconfiar de las personas cultas como usted. ¡Pues bien! Sí..., yo soy el leñador..., soy yo quien destrocé a este loco miserable. ¡Lo destrocé con mi hacha!

—¡Diablo! —gritó Toppel, alarmado.

—Y puesto que ha vuelto, voy a matarle una vez más —rugió Hammer.

Con una velocidad y una agilidad totalmente insospechadas en un anciano tan decrepito, se lanzó hacia las tinieblas del caserón.

—¡Hammer! —gritó Toppel—. ¡Vuelva aquí!

Pero los pasos de Hammer ya se perdían en la lejanía.

Siguió un gran silencio, después, bruscamente gritos y alaridos horribles.

Allá arriba, en las estancias lejanas del maldito caserón, se desarrollaba una terrible lucha, de la que Toppel percibía perfectamente los espantosos ecos.

A medio vestir, se lanzó a la calle.

No regresó hasta el alba, acompañado por los gendarmes.

La alcoba negra estaba abierta, y su aspecto era tan espantoso que los gendarmes

retrocedieron horrorizados.

Los muebles estaban destrozados, el gran armario no era más que un montón de astillas, y en el mismo estado de ruina estaban las paredes y los cuadros. Además... ¡todo rezumaba sangre!

—¡Mirad...! ¡Mirad aquí! —gritó un gendarme, retrocediendo.

Tippel vio en el suelo, a sus pies, una enorme mano, como una garra de fiera, cortada a la altura de la muñeca, y que llevaba aún un pesado grillete de hierro como los que se ponen a los presidiarios y a los locos furiosos. Un sargento la recogió.

—Parece... —dijo indeciso—, parece seco como un madero para quemar. Diríase que es una mano de... de...

—De momia —suspiró Tippel.

—Justamente, señor. Una mano de momia.

Jamás volvió a encontrarse ni rastro del anciano criado Hammer.

# RELATOS DE TERROR

## CATHERINE CROWE

*Catherine Crowe (1800-1876), novelista, nació en Borough Green, Kent, Inglaterra, pero pasó casi toda su vida en Edimburgo. Ha escrito dramas, libros infantiles y algunas novelas como «Susan Hopley» y «Lilly Dawson». Pero su nombre es conocido en la actualidad sobre todo por su voluminoso estudio «The Nightside of Nature» (1848), una colección de historias ultraterrenales de las que hemos escogido y extractado algunas de las más notables.*

### LA CASA B... EN CAMDEN-HILL

La casa que habitaba el matrimonio B... en Camden-Hill no tenía nada de particular, salvo su gran número de habitaciones, todas ellas igualmente confortables.

El señor y la señora B... la habían alquilado por un precio razonable a un hombre de negocios de Temple, con la intención de convertirla en una pensión, donde pudieran alojarse modestos funcionarios o empleados de la vecindad.

Al principio, gracias a sus económicas tarifas, el negocio prosperó, pero un buen día un joven empleado llamado Rose se marchó bruscamente alegando que su habitación estaba embrujada.

Los esposos B... jamás habían ocupado aquella habitación, una sala espaciosa que daba al jardín. De este modo, antes de volverla a alquilar, decidieron comprobar por sí mismos lo que ocurría en ella.

Desde la primera noche, debieron reconocer que Rose no había mentido.

Entre la una y las dos de la madrugada, la señora B... fue despertada por un extraño ruido, «como el de un enorme gato haciéndose la manicura sobre el parquet».

Casi al mismo tiempo, su marido también se despertó y los dos escucharon en silencio cómo el extraño ruido aumentaba, y luego disminuía en intensidad, como si su misterioso autor se acercara y alejara alternativamente de la cama.

Al fin, el señor B... no pudo más y gritó:

—¿Quién sois y qué hacéis aquí?

El ruido cesó, pero un segundo después, fueron arrancados violentamente los cubrecamas y las sábanas.

La señora B... encendió el mechero y alumbró una vela que guardaba cerca de sí. En la habitación no había nada insólito, sin embargo, no hubo manera de encontrar las sábanas y los cubrecamas.

Se levantaron, cerraron la habitación con llave y se fueron a pasar el resto de la noche en su alcoba.

A la mañana siguiente, volvieron a la habitación de Rose y encontraron las sábanas y los cubrecamas hechos un ovillo encima de la cama; los cubrecamas, de gruesa lana, estaban intactos, pero las sábanas estaban completamente desgarradas.

La señora B... se negó a repetir la experiencia, pero su esposo se obstinó en ello y a la noche siguiente volvió a instalarse en la habitación embrujada.

Esta vez, mantuvo una linterna encendida en la cabecera de la cama.

Tardó mucho en dormirse, pero cuando empezaba a vencerlo el sueño, fue sobresaltado por el mismo ruido de la noche anterior.

El señor B... se incorporó y vio a la luz de la lamparilla, un viejecito de aspecto miserable, escasamente vestido, de pie en el centro de la habitación. Llevaba un curioso casquete de piel de gato y contemplaba al durmiente con manifiesta desconfianza.

Pese a estar bastante asustado, el señor B... preguntó al misterioso intruso cuáles eran sus intenciones. Por toda respuesta, este empezó a resoplar como un gato encolerizado e intentó agarrar las sábanas.

Entonces el señor B... se dio cuenta de que sus manos descarnadas eran extraordinariamente largas y que terminaban en desmesuradas uñas.

Por casualidad, el señor B... había puesto a su alcance una caña de junco, la cogió y con ella intentó pegarle al visitante nocturno.

No encontró resistencia alguna y el junco atravesó el cuerpo del viejecito como si fuera de humo.

Entonces el fantasma retrocedió, profiriendo gestos de amenaza y, hundiéndose en la muralla, desapareció. La noche terminó tranquilamente.

Los esposos B... sacaron los muebles de la habitación y la cerraron. El fantasma no trunció la paz de ninguna de las otras habitaciones.

Pero, aproximadamente dos años más tarde, el matrimonio B... habló del extraño acontecimiento a uno de sus primos, un marino de Kingston, que había venido a visitarles.

El marinero era un hombre robusto y de un sólido sentido común; por cortesía, no quiso poner en duda las afirmaciones de sus primos, pero decidió pasar la noche en la habitación embrujada.

Con este fin, la amueblaron con una pequeña cama de campo, una mesita de noche y una silla, y colocaron una lamparilla encendida en la consola de la chimenea.

El marinero tardó muy poco en dormirse, pues no creía en historias de fantasmas.

Había cerrado su habitación con llave e incluso había asegurado la puerta con un sólido cerrojo provisional.

Entre la una y las dos de la madrugada, fue despertado por una fuerte sacudida en su cama y vio al viejecito del casquete de piel de gato que le observaba encolerizado.

Cuando el marino se disponía a levantarse, el fantasma retrocedió, resoplando

como un gato furioso y desapareció. Luego se oyeron muchos golpes de gran violencia contra o dentro de los muros y un enorme trozo de yeso se desprendió del techo. Pero el espectro no volvió a reaparecer.

Poco después, los esposos B... se marcharon de Londres para establecerse en Kingston y no se supo más de la casa de Camden-Hill.

## **EL CRIMEN INVISIBLE**

En 1842, en el barrio de Marylebone, se derribó una casa a la que ya no acudía ningún huésped desde hacía muchos años, y cuyos propietarios no estaban dispuestos a gastar más dinero en reparaciones.

Sus últimos habitantes fueron el mayor W..., su mujer, sus tres hijos y su sirviente.

El mayor W..., que desempeñaba un digno cargo en Intendencia, había insistido innumerables veces a sus superiores, para que le permitieran cambiar de vivienda (el alquiler del inmueble estaba a cargo de la Intendencia). Como esta autorización se demoraba, alegó para justificar su repetida insistencia que la casa estaba «embrujaada del modo más desagradable».

Todas las noches, la puerta del salón se abría violentamente, se oía un ruido de pasos precipitados, una respiración ronca, y luego dos o tres gritos horribles y la pesada caída de un cuerpo en el suelo.

A menudo, encontraban los muebles volcados, sobre todo cuando estaban situados en el ángulo norte de la sala.

Luego se restablecía el silencio, pero alrededor de un cuarto de hora más tarde, se oía algo semejante a un pataleo, un sollozo y al fin un espantoso estertor.

El mayor W... acabó por prohibir a sus familiares la entrada a ese salón. Incluso clausuró la puerta. Pero antes hizo constatar estos hechos por varios de sus compañeros del ejército. En efecto, el informe que presentó estaba firmado por el lugarteniente de Intendencia E..., el capitán S... y el comisario de víveres E...

Se procedió a una encuesta y muy pronto descubrieron una siniestra y trágica historia.

En el año 1825, la casa estaba habitada por el corredor de joyas C... y su esposa. Esta última, mucho más joven que su marido, llevaba una vida desordenada y malgastaba enormes sumas.

Aunque el desgraciado C... le perdonó muchas veces sus caprichos, no parecía querer enmendarse; al contrario, su vida era progresivamente escandalosa.

C... empujado por la amargura y los celos, se dio a la bebida.

Una noche, volvió ebrio, decidido a acabar con sus desgracias.

Armado de un trinchete de zapatero, se abalanzó sobre su mujer, que huyó hacia el salón, pero C... la alcanzó y de un solo golpe de su arma la decapitó. Permaneció

largo rato mudo de horror ante su crimen, luego se colgó de la araña del techo.

Desde entonces, este horrible asesinato se reproducía cada noche, de una forma audible, pero jamás los espantados testigos vieron la más mínima aparición; solo los ruidos fantasmas se repetían con una perfecta exactitud.

La petición del mayor W... tuvo resultados favorables y desde entonces, la casa permaneció desocupada hasta el día en que cayó bajo el pico de los demoledores.

## **EL PEQUEÑO MONSTRUO BLANCO**

También en el barrio de Marylebone había en otro tiempo una casa habitada por un fantasma muy especial.

El espectro solo aparecía intermitentemente y en épocas muy distanciadas.

En realidad solamente estaba ocupada la planta baja de la casa, pues los pisos estaban realquilados como oficinas, cuyo personal se retiraba a las siete u ocho de la tarde.

Un día, un tal señor L..., agente de seguros, sobrecargado de trabajo, decidió quedarse hasta altas horas de la noche en su oficina y rogó a su empleado M. B. que permaneciera con él.

Hacia la una de la madrugada, se quedaron muy extrañados al oír que alguien llamaba a la puerta. El empleado abrió, pero no había nadie. Al cabo de unos minutos se volvieron a escuchar los golpes, pero esta vez en la ventana, cosa mucho más sorprendente, ya que el despacho estaba situado en un tercer piso y la ventana se encontraba a gran altura sobre un patio estrecho y profundo.

El señor L... fue personalmente a ver lo que ocurría, pero no alcanzó a ver a nadie.

Poco después volvieron a escucharse los golpes, pero esta vez en el interior de la habitación. Se oían dentro de una vitrina cuyos cristales estaban cubiertos por una lustrina verde; allí se guardaban los expedientes.

El señor L... y su empleado no tuvieron que molestarse en abrir la vidriera, ya que se abrió por sí sola y todos los expedientes se desparramaron por la habitación.

Al mismo tiempo los dos aterrorizados hombres vieron una horrible criaturilla correr velozmente a lo largo de las paredes.

Apenas de dos pies de alto, de una blancura enfermiza de criptógama, tenía los brazos y las piernas cubiertos de viruela, esqueléticos, y culminaban en manos y pies enormes; la cabeza, muy grande y peluda, no tenía rostro, aparte de algo semejante a un hocico que surgía del centro de lo que debería ser la cara. El monstruillo blanco dio seis o siete veces la vuelta a la habitación a una velocidad extraordinaria, sin chocar con ningún mueble. Luego se lanzó por la ventana y desapareció.

El señor L... y su empleado decidieron montar guardia durante las noches siguientes, pero la horripilante criatura no volvió a aparecer.

Seis meses después, hacia el anochecer, el empleado se disponía a marcharse, cuando oyó llamar a la puerta, luego a la ventana y casi al mismo tiempo en el armario.

Esta vez el armario permaneció cerrado, pero el pequeño fantasma surgió bruscamente del escritorio y empezó a correr a lo largo de las paredes. El señor B..., aunque asustado, intentó coger al hombrecillo. Al segundo o tercer intento, le puso la mano encima, pero no tocó más que aire, o mejor dicho, «sumergió sus manos en un aire muy frío y de mínima consistencia».

La tercera aparición tuvo lugar algunas semanas más tarde, igualmente a la hora de cerrar la oficina, pero esta vez estaban presentes el señor L..., el empleado B... y un cliente, M. W.

El monstruo fantasma no se había anunciado por la serie de golpes habituales, incluso había cambiado de táctica y se mantenía inmóvil en el ángulo de la chimenea. Únicamente su hocico se movía de un modo repugnante. El señor L... le lanzó un libro, y el monstruillo dio un salto extraordinario y desapareció literalmente en el aire.

Una encuesta estableció que, alrededor de treinta años antes, una mujer había muerto al dar a luz, en esa misma casa, a un niño horriblemente deforme que solo vivió unos minutos.

A estos hechos turbulentos por sí mismos, añadiremos otro con cierta reserva, pues hasta tal punto nos desconcierta. Pero a las declaraciones formales de los señores L... y B... se añaden las no menos formales de dos testigos dignos de crédito, el conocido solicitante F... y el inspector de la policía fluvial M...

El señor L... no había escondido estos acontecimientos a los demás inquilinos de la vivienda y empezaron a divulgarse.

A raíz de ello recibió la visita de una tal señora M... que vivía en Bow, miembro de una sociedad de investigaciones físicas, de sólida reputación.

La señora M... afirmó que podía acabar con la siniestra actividad del monstruillo blanco y añadió que no quería recompensa alguna. Aceptó, incluso requirió la presencia de testigos dignos de confianza. Fueron, tal como acabamos de explicarlo, además del señor L... y el señor B..., el solicitante F... y el inspector M...

El día fijado, la señora M... llegó con una enorme cestilla, de la que hizo salir un gato blanco con los ojos rojos. Declaró que era un animal albino, que prestaba importantes servicios para ciertas experiencias ocultas.

El gato empezó de inmediato a dar vueltas a la habitación, oliendo la puerta, la ventana y al fin el armario, por el que se interesó vivamente.

La señora M... rogó a los mencionados señores que no hicieran el menor movimiento, que permanecieran tranquilos; después de esta advertencia abrió el armario.

Al mismo tiempo el gato empezó a correr a lo largo de las paredes a una velocidad inimaginable. Luego, de súbito, se le vio saltar sobre algo invisible y



empezar una encarnizada lucha. Todo esto duró dos o tres minutos, que a los presentes les parecieron siglos.

De golpe, los testigos oyeron un furioso gruñido, luego un grito horripilante, que por poco pierden el sentido.

El gato se tranquilizó inmediatamente, lamió con calma sus patas y se metió otra vez en la cestilla.

—El fantasma —explicó seriamente la señora M...— ha vuelto allí de donde jamás debió salir, puedo garantizarles que no volverá nunca más.

Dijo la verdad, ni el señor L... ni el señor B... volvieron a ver al monstruillo blanco.

## **LA CASA EMBRUJADA**

En un estrecho callejón de angostos recodos que unía St. Mary Axe con Bishopgate, llamó la atención de la policía un incendio de escasa importancia, en una antigua y bella casa señorial, perteneciente a la familia L...

Este inmueble estaba cuidadosamente cerrado; las puertas y las ventanas de la planta baja fueron encadenadas pese a que disponían de sus propias cerraduras, y en los muros del jardín había unos letreros que avisaban a los imprudentes del peligro que corrían si se introducían en ella, dada la existencia de trampas.

Como se había incendiado una casa vecina, hombres de la brigada de socorro tuvieron que entrar por los techos en la casa prohibida. Durante el breve espacio de tiempo que permanecieron en ella, fueron molestados de diversas formas y de un modo absolutamente incomprensible.

Les arrojaron por la cabeza utensilios en desuso, uno de ellos fue empujado y cayó peligrosamente por la escalera, y el jefe de la brigada fue mordido en la pierna sin poder ver por quién o por qué.

Después de estos hechos, las autoridades interrogaron a sir L..., que reconoció con disgusto que la casa estaba embrujada y era absolutamente inhabitable.

Algunos años antes, había heredado esta propiedad de su tío sir F. G., un viejo excéntrico rico y avaro, que vivía en ella con un restringido personal.

Sir L... pasaba la mayor parte del año en su propiedad de Kent y en invierno se instalaba en un apartamento que alquilaba en Holborn. A la muerte de sir F. G., renunció a este apartamento y se fue a vivir a su nueva propiedad en St. Mary Axe, con su mujer, sus cuatro hijos y seis criados.

Pero ya desde los primeros días, fenómenos perturbadores e inexplicables les hicieron la vida imposible.

Durante las comidas, los manteles eran tirados bruscamente y la vajilla echada por los suelos; en la cocina los fuegos se apagaban produciendo densas columnas de vapor y de humo, como si acabaran de ser inundados. Por la noche, les apagaban las

velas y varias veces fueron cruelmente golpeados, arañados e incluso mordidos por seres invisibles, durante su sueño.

Temiendo por la salud, tanto como por la razón de su mujer y sus hijos, amenazado con perder a sus criados, y negándose a exponer a ningún posible inquilino a tamañas experiencias, sir L... decidió clausurar la casa embrujada y abandonarla a los fantasmas que parecían haberla escogido por vivienda.

Sir L... afirmó no haber visto jamás los espectros malévolos, pero sí había oído sus gritos y sus risas, que no obstante, eran débiles y parecían oírse de lejos.

Solo dos sirvientas, ocupadas en limpiar legumbres en la cocina, fueron sorprendidas un día por la repentina aparición de tres niños sucios y casi desnudos, cuya expresión manifestaba odio y maldad. Desaparecieron tan bruscamente como habían aparecido, «silbando como serpientes».

Lady L... declaró que una noche, al volver del teatro, se había instalado unos minutos ante la chimenea de uno de los salones del piso. De golpe, notó una violenta corriente de aire helado en la nuca y, creyendo que la puerta se había abierto, se volvió. No obstante la puerta estaba cerrada, pero alcanzó a distinguir, cerca del techo, una horrible cara que la miraba.

Pidió socorro, pero aquel rostro desapareció en el acto.

No sabemos si las autoridades insistieron a sir L... para que les permitiera abrir una encuesta. Creemos que no, pues en realidad no se había cometido crimen ni delito alguno.

## **EL DUENDE DE ADGATE**

Durante el crudísimo invierno de 1799, fue visto un lobo en Adgate, Leadenhall y Cornhill, en pleno centro de Londres. Al principio se creyó que se trataba de un enorme perro vagabundo, extrañamente peligroso; pero numerosos testigos comprobaron que se trataba de un lobo y además, ¡de notables dimensiones!

Sobre todo atacaba a las mujeres que llegaban tarde a sus hogares y también a los hombres que no iban armados, pues el animal parecía intuir desde lejos si llevaban o no un arma peligrosa.

En la noche de San Ambrosio, hacía un tiempo infernal y las calles estaban desiertas, cuando el oficial de sanidad Br... cruzó Fenchurch en su pequeño coche.

Cuando llegó a la altura de la plaza principal, el lobo surgió de un callejón sin salida y se abalanzó sobre la cabeza del caballo.

Pero el lobo recibió lo suyo, pues el caballo, un animal joven y robusto, se apartó y lanzó una violenta coz.

El lobo, alcanzado en la mandíbula, profirió un siniestro alarido e intentó huir.

Pero el médico no se conformó con esto, siguió al lobo hacia el callejón sin salida en el que se refugiaba y, desde lejos, le disparó un tiro.

El monstruo cayó, se incorporó y desapareció por el corredor de una casa, cuya puerta se cerró inmediatamente tras de sí.

El Dr. Br... llamó inútilmente a la puerta, nadie acudió a abrirle.

A la mañana siguiente dio parte al oficial de policía del barrio que, acompañado de dos hombres armados, se dirigió a la casa indicada.

La vivienda estaba ocupada por un pequeño rentista llamado Smigger, un hombre temido y detestado por toda la vecindad debido a su mal carácter y a su brutalidad.

Al no responder a los requerimientos del oficial de policía, hundieron la puerta y, desde la entrada, en un ángulo del corredor, vieron a Smigger en el suelo, muerto, en un mar de sangre.

Tenía destrozada la parte inferior de la cara y una bala de pistola en los riñones.

No se encontró la piel de lobo, pero en todas partes de la casa, había huellas de enormes patas con garras, así como una gran provisión de carne cruda e incluso una cabeza humana completamente despedazada.

El Dr. Br... tuvo la curiosidad de examinar, asistido de varios expertos, los enormes excrementos que se encontraron por todas partes en la siniestra vivienda, y tuvieron que concluir con pavor que se encontraban ante las deyecciones de un lobo.

Smigger jamás había abandonado Londres y fue imposible explicar este caso de licantropía.

# EL HOMBRE QUE RÍE

VICTOR HUGO

*Víctor Hugo (1802-1885) fue fecundo en todos sus géneros. Su inspiración épica maravilló a su generación y a las venideras. No hubo canto más poderoso y ya se anunciaba en su obra toda la poesía de nuestro tiempo.*

*Todo esto lo observamos en este pequeño fragmento de la gran obra «El hombre que ríe», que a continuación ofrecemos. Para un niño, un muerto ya es un fantasma. Esta idea se desarrolla de un modo tan magistral, que ni tan solo ahora podemos escapar del terror sublimado que se desprende de esta confrontación.*

## CAPÍTULO VI - LUCHA ENTRE LA MUERTE Y LA NOCHE

El niño estaba ante aquello, mudo, extrañado; mantenía la mirada fija.

Para un hombre sería una horca, para el niño era una aparición.

Donde el hombre veía un cadáver, el niño veía un fantasma.

No comprendía nada.

Las atracciones del abismo son infinitas; había una en lo alto de esta colina. El niño dio un paso, luego dos. Aunque deseaba bajar, subió; aunque deseaba alejarse, se acercó. Fue muy cerca, atrevido y tembloroso, a reconocer el fantasma.

Cuando llegó al patíbulo, levantó el rostro y lo examinó.

El fantasma estaba alquitranado. Brillaba aquí y allá. El niño veía la cara. Estaba embadurnada con alquitrán, y esta máscara que parecía viscosa y pegajosa se modelaba bajo los reflejos de la noche. El niño veía lo que era un agujero, la nariz, la boca, que era otro agujero, y los ojos, agujeros también. El cuerpo estaba envuelto y parecía atado con la burda tela empapada de nafta. La tela se había enmohecido y roto. Una rodilla la atravesaba. Una raja mostraba las costillas. Algunas partes eran cadáver, otras esqueleto. El rostro tenía el color de la tierra; las babosas que lo recorrieron, habían dejado tenues cintas de plata. La tela, adherida a los huesos, marcaba relieves, como un vestido de estatua. El cráneo, hendido y abierto, mostraba la resquebrajadura de un fruto podrido. Los dientes todavía humanos, conservaban la risa. Un resto de grito parecía resonar en la boca abierta. Tenía algo de barba en las mejillas. La cabeza, inclinada, parecía estar atenta. Había sido rapada recientemente. El rostro estaba alquitranado de nuevo, igual que la rodilla que sobresalía de la tela y las costillas; los pies asomaban por abajo.

Justo debajo, en la hierba, se veían dos zapatos, deformados por la nieve y las lluvias. Habían caído del muerto.

El niño, descalzo, miró estos zapatos.

El viento, cada vez más inquietante, amainaba y arreciaba, como cuando se avecina una tempestad; hacía unos minutos que había cesado. El cadáver ya no se movía. La cadena estaba inmóvil, como el hilo de la plomada.

Como todos los recién llegados a la vida y bajo la especial presión de su destino, el niño sentía ese despertar de las ideas propias de los jóvenes, que intentan abrir el cerebro, como los picotazos del pájaro en el huevo; pero todo lo que en ese momento poseía en su pequeña conciencia se traducía en asombro. El exceso de sensaciones, como un exceso de aceite, conduce a la extinción del pensamiento. Un hombre se habría planteado algunas preguntas, el niño no; solo observaba.

El alquitrán daba a aquel rostro un aspecto mojado. Gotas de betún congeladas en lo que fueron los ojos, parecían lágrimas. En el resto, gracias al betún, los estragos de la muerte eran apenas visibles, casi nulos, un mínimo deterioro. Lo que el niño tenía ante sí era algo que había sido cuidado. Este hombre era sin lugar a dudas apreciado. No quisieron mantenerlo vivo, pero sí conservarlo muerto.

La horca era vieja, carcomida aunque sólida, y servía desde hacía mucho tiempo.

Era una costumbre inmemorial en Inglaterra alquitrantar a los contrabandistas. Se les colgaba a orillas del mar, se les embadurnaba con betún y, luego, se les abandonaba colgados; los ejemplos requieren el aire libre y los ejemplos alquitrantados se conservan mejor. Este alquitrán representaba la humanidad. De este modo no era necesario renovar tantas veces a los colgados. Se colocaban horcas a lo largo de la costa, como en la actualidad los faroles. El ahorcado ocupaba el lugar de la luz. Alumbraba, a su manera, a sus compañeros contrabandistas. De lejos, en el mar, los contrabandistas veían las horcas. Aquí tenemos uno, primera advertencia; luego otro, segunda advertencia. No obstante, esto no impedía el contrabando; pero el orden consiste en esto. Esa moda duró en Inglaterra hasta principios de siglo. En 1822 todavía se podían ver ante el castillo de Douvres tres ahorcados, embadurnados. Por otra parte, este procedimiento de conservación no solo se aplicaba a los contrabandistas. Inglaterra lo utilizaba también para los ladrones, incendiarios y criminales. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fue colgado y alquitrantado en 1776.

El abate Coyer, que le llamaba Juan *el Pintor*, le volvió a ver en 1777. John Painter estaba colgado y atado encima de la ruina que él mismo había provocado y era embadurnado de vez en cuando. Este cadáver se conservó, casi se podría decir vivió, cerca de catorce años. Todavía prestaba un buen servicio en 1788. En 1790 tuvo que ser reemplazado. Los egipcios obedecían a la momia del rey; la momia del pueblo, por lo que parece, puede ser también de utilidad.

El viento, que soplaba muy fuerte sobre el montículo, había despejado la nieve. Crecía la hierba con algunos cardos. La colina estaba tapizada por ese césped marino,

espeso y raso, que daba el aspecto de sabanas verdes a la cúspide de los acantilados. Bajo el cadalso, justo debajo de los pies del ajusticiado, había una mata alta y espesa, inaudita en ese suelo árido. Los cadáveres esparcidos allí desde la antigüedad explicaban el esplendor de aquella mata. La tierra se alimenta del hombre.

Una lúgubre fascinación se había apoderado del niño. Permanecía allí, sorprendido. Solo inclinó la frente un minuto, porque una ortiga le picaba en las piernas y le pareció un animal. Se enderezó. Contemplaba sobre él aquel rostro que le miraba. Le miraba con más fuerza puesto que no tenía ojos. Era una mirada esparcida, de una fijeza inexpresable que poseía la luz y las tinieblas, y que surgía del cráneo, de los dientes y de los arcos ciliares. Toda la cabeza del muerto mira, es terrorífico. No tiene pupilas y te sientes observado. El horror de las larvas.

Poco a poco, el niño se convertía en algo horrible. Ya no se movía. Le invadía el entumecimiento. No se daba cuenta que perdía el sentido. Se adormecía y anquilosaba. El invierno le llevaba silenciosamente hacia la noche. Tiene algo de traidor el invierno. El niño era casi una estatua. La piedra del frío penetraba en sus huesos; la sombra, como un reptil, se cernía sobre él. El adormecimiento que sale de la nieve penetra en el hombre como una marea oscura; el niño era lentamente invadido por una inmovilidad parecida a la del cadáver. Estaba a punto de dormirse.

En la mano del sueño está el dedo de la muerte. El niño se sentía atrapado por esa mano. Estaba a punto de caer sobre el cadalso. Ya no sabía si estaba de pie.

El fin siempre inminente, ninguna transición entre ser o no ser, la vuelta al crisol, el posible deslizamiento en cualquier minuto, este principio es la creación. Ley.

Todavía un instante, el niño y el difunto, la vida en proyecto y la vida en ruinas, se confundirían en la desaparición misma.

El espectro pareció comprenderlo y no desearlo. De súbito se puso en movimiento, como si quisiera advertir al niño, era una ráfaga de viento.

Nada más extraño que aquel muerto en movimiento.

El cadáver al final de la cadena, empujado por el soplo invisible, se ponía oblicuo, subía hacia la izquierda, volvía a caer y subía de nuevo con la lenta y fúnebre precisión de un badajo. Un feroz vaivén. Parecía el balanceo del reloj de la eternidad en las tinieblas.

Esto duró unos minutos. El niño, ante esta agitación del muerto, despertó y ante su enfriamiento, sintió miedo. La cadena, a cada oscilación, chirriaba con una horrorosa regularidad. Parecía tomar fuerzas, luego volvía a empezar. Este chirriar imitaba el canto de la cigarra.

La proximidad de una borrasca produce súbitas incrementaciones de viento, y de golpe la brisa se volvió cierzo. La oscilación del cadáver se acentuó lúgubrementemente. Ya no era un balanceo, eran sacudidas.

La cadena que chirriaba, gritó.

Pareció que ese grito había sido oído. Si era una llamada fue obedecida. Del fondo del horizonte acudió un enorme ruido.

Era un ruido de alas.

Sobrevenía un incidente, el tempestuoso incidente de los cementerios y de las soledades, la llegada de una bandada de cuervos.

Negras manchas voladoras puntearon la nube, atravesaron las brumas, aumentaron, se acercaron, se amalgamaron, se concentraron y se dirigían hacia la colina, graznando. Era como la llegada de la legión. Esta canalla alada de las tinieblas se cernía sobre el cadalso.

El niño, asustado, retrocedió.

Los enjambres obedecen mandatos. Los cuervos se habían agrupado sobre la horca. No había uno que no estuviera sobre el cadáver. Hablaban entre sí. El graznido es horripilante. Gritar, silbar, rugir, forma parte de la vida; graznar es una aceptación satisfecha de la putrefacción. Creemos oír el ruido que hace el silencio del sepulcro al romperse. El graznido es una voz que contiene la noche. El niño estaba helado. Más por el miedo que por el frío.

Los cuervos callaron. Uno de ellos saltó sobre el esqueleto, fue la señal. Todos se precipitaron, hubo una nube de alas, luego todas las plumas se cerraron y el colgado desapareció bajo un hormigueo de bombillas negras que se movían en la oscuridad. En ese momento el muerto se movió.

¿Era él? ¿Era el viento? Dio un salto espantoso. El huracán, que subía, parecía acudir en su ayuda. El fantasma entró en convulsión. Era la ráfaga que ya soplaba intensamente, que se había apoderado de él y lo movía en todas direcciones. Fue horrible. Empezó a moverse. Espantoso muñeco cuyo bramante era la cadena del cadalso. Algún parodista de las sombras cogía su hilo y jugaba con esa momia. Dio la vuelta y saltó, como dispuesta a dislocarse. Los pájaros, asustados, huyeron. Fue como un rechazo a todas esas bestias infames. Luego volvieron. Entonces empezó la lucha.

El muerto parecía animado de una monstruosa vida. Las ráfagas lo levantaban como si fueran a llevárselo; parecía debatirse y esforzarse en huir; su argolla se lo impedía. Los pájaros reflejaban todos sus movimientos, retrocediendo, luego precipitándose, asustados pero con encarnizamiento. Por un lado, una extraña huida ensayada; por el otro, la persecución de un encadenado. El muerto, empujado por los espasmos del cierzo, se sobresaltaba, sufría golpes, accesos de cólera, iba, venía, subía, bajaba, rechazando el enjambre esparcido. El muerto era el mazo, el enjambre, polvo. La feroz bandada de asaltantes no soltaba la presa y se obstinaba. El muerto, como enloquecido por esta pandilla de picos, multiplicaba en el vacío sus golpes ciegos, que parecían los golpes de una piedra atada a una honda. Había momentos en que todas las garras y todas las alas estaban sobre él, luego nada; eran desmayos de la horda seguidos de un contraataque feroz. Horrible suplicio que continuaba más allá de la vida. Los pájaros parecían frenéticos. Los condenados, en el infierno, deben dejar paso a enjambres parecidos. Arañazos, picotazos, graznidos, trozos arrancados que ya ni siquiera eran de carne, crujidos del cadalso, magulladuras del cadáver, ruido

de los hierros, gritos de la ráfaga, tumulto, no existe lucha más lúgubre. Un fantasma contra los diablos. Una especie de combate espectral.

A veces, al aumentar el cierzo, el ahorcado giraba sobre sí mismo, se encaraba al enjambre por todos los lados, parecía correr tras los pájaros y se diría que sus dientes intentaban morder. Tenía el viento a su favor y la cadena en contra, como si los dioses negros se entremezclasen. El huracán participaba en la batalla. El muerto se torcía, la bandada de pájaros volaba en espiral sobre él. Era girar en un torbellino.

Abajo se oía un inmenso fragor, el mar. El niño veía este sueño. De súbito todo su cuerpo empezó a temblar, un escalofrío le recorrió por entero, se tambaleó, se estremeció, estuvo a punto de caer, se volvió, se apretó la frente con las manos como si fuera un punto de apoyo y, salvaje, desmelenado por el viento, bajando la colina a grandes zancadas, con los ojos cerrados, casi transformado en un fantasma de sí mismo, huyó dejando tras de sí este tormento en la noche.



# EL DOCTOR SAUL ASCHER

HEINRICH HEINE

*Heinrich Heine nació en Dusseldorf en 1797 y murió en París en 1856. Adquirió extraordinaria fama con su poema «Lorelei». A pesar de que escribió tanto en francés como en alemán, Heine es menos conocido como narrador, cuyos cuentos rebosan una gracia fascinante y, a menudo, melancólica.*

*En el relato que extractamos nos cuenta la extraordinaria historia de un fantasma muy erudito.*

Durante aquella noche que pasé en Goslar, me sucedió una cosa realmente extraordinaria. Incluso en este momento no puedo pensar en ella sin sentir verdadero espanto.

¿Qué es el miedo? ¿Procede de la mente o del sentimiento?

A menudo discutía yo sobre este tema con el doctor Saúl Ascher cuando me encontraba con él en Berlín, en el Café Royal, donde acostumbraba ir a comer.

El doctor Ascher siempre sostenía que solo nos espantamos de una cosa cuando nuestra inteligencia ha decidido que es espantosa.

Solo la mente es una fuerza, no el sentimiento.

Mientras yo comía y bebía, el doctor Ascher se esforzaba incansablemente en demostrarme la primacía absoluta de la mente.

Cuando terminaba su disertación, tenía la costumbre de consultar su reloj y concluir con estas sempiternas palabras: «¡La mente es el principio más elevado!».

¡La mente! Cada vez que oigo ahora esa palabra me parece ver al doctor Saúl Ascher, con sus piernas abstractas, su trascendente levita gris, su rostro severo y frío como si hubiera sido arrancado de una obra pictórica de estilo geométrico.

Este hombre, un cincuentón rayando ya la sesentena, era la rectitud personificada.

En su lucha por las tendencias positivas, este pobre hombre había desterrado todo lo que había de bello y dulce en la vida; los rayos del sol, las creencias y las flores. No le quedaba otra cosa que la tumba fría y positiva.

Siempre hablaba con cierta malicia, muy característica en él, del Apolo de Belvedere y del cristianismo. En cuanto a este último, llegó incluso a escribir un librito para demostrar su inanidad y su ilogismo. Era autor de un buen número de obras, en las cuales había elogiado incesantemente la excelencia de la mente, y lo había hecho con tanta convicción que no se podía menos que alabar su meritoria labor.

Pero lo más divertido de su carácter era verle adoptar una expresión grave y

cómica cuando se encontraba ante un problema que no comprendía.

Un día que fui a hacerle una visita, su criado me dijo:

—Caballero, el doctor acaba de morir.

A decir verdad, aquello no me produjo más efecto que si el criado me hubiese dicho:

—Caballero, el doctor ha ido a darse un paseo... Pero regresemos a Goslar.

«El principio más elevado es el espíritu», me dije una noche al meterme en la cama, con la intención de autoconvencerme y así poder dormir tranquilamente. Pero ello no me sirvió de nada.

Bueno, tengo que aclarar al lector que acababa de leer los *Cuentos alemanes*, de Varnhagen von Ense, libro que me había transportado a la ciudad de Klausthal. Se trataba de una historia espantosa, horrible, en la que un hijo, que proyectaba asesinar a su propio padre, vio, al sonar las doce campanadas de la medianoche, aparecer ante él el fantasma amenazador de su difunta madre.

Dicha historia estaba tan bien relatada, tan hábilmente descrita, que mientras la leía un escalofrío de terror me había hecho estremecer.

Frecuentemente he observado que los relatos de fantasmas producen un efecto más impresionante cuando se leen estando de viaje, y sobre todo por la noche, en una ciudad, una casa y una habitación que nos son completamente desconocidas.

—¡Cuántas cosas horribles habrán ocurrido en aquel mismo lugar en que ahora descansamos!

La luna bañaba mi habitación con una claridad equívoca, y en las paredes se movían unas sombras hostiles, cuando me incorporé para ver mejor. Entonces vi...

No hay nada más siniestro que ver, por mera casualidad, al claro de luna, nuestra propia imagen reflejada en un espejo.

En aquel mismo momento, una campana dobló en la lontananza de un modo tan lúgubre y tan lento que, al sonar la última campanada de la medianoche, me pareció que doce horas enteras acababan de pasar y que otras nuevas doce campanadas iban a retumbar en aquella oscura noche.

Entre la undécima y duodécima campanada, en el fondo de la casa, un reloj de pared se puso a sonar, pero con tal velocidad y con un tono tan agudo y agrio que se podía suponer que estaba irritado por la lentitud de su pesado colega.

Cuando estas dos voces de hierro se hubieron callado, y un silencio de muerte volvió a reinar en la casa, me pareció oír de repente, en el pasillo que conducía a mi habitación, un ruido de pasos furtivos e inciertos semejantes a los de un anciano.

Finalmente, mi puerta se abrió y el difunto doctor Saúl Ascher penetró en mi habitación.

Un escalofrío sacudió mi cuerpo; comencé a temblar como una hoja agitada por el viento, sin atreverme a levantar mis ojos hacia el fantasma. Prácticamente no había cambiado, lo veía como antaño, con su trascendente levita gris; también alcancé a distinguir sus piernas abstractas y su geométrico rostro. Su piel parecía más

amarillenta, pero consideré probable que la brillante luna la hiciese aparecer así. En cuanto a sus ojos, tuve la impresión de que eran más agudos, más penetrantes. Con paso algo vacilante y apoyándose en un delgado bastón de junco de España, se acercó a mí y me dijo muy cortésmente:

—No se espante ni piense que soy un fantasma. Si me considera un aparecido, puede estar seguro que ello no es más que una jugarreta de su fantasía. Después de todo, ¿qué es un fantasma? Vamos, deme una definición. Demuéstreme, por deducción o inducción, la posibilidad de un espectro. ¿En qué relación se encuentran una aparición semejante y el espíritu? Digo espíritu y nada más que espíritu.

Y a continuación el fantasma se enfrascó en un análisis del espíritu, citó la *Crítica de la razón pura*, de Kant, segunda parte, tomo segundo, capítulo tercero, amontonó los silogismos y acabó con la conclusión lógica de que él no era un aparecido.

Durante ese tiempo, un sudor frío bañaba mi espalda, mis dientes castañeteaban como dos castañuelas, mientras aprobaba vivamente, temblando como una hoja, todos los dichos de aquel fantasma que negaba la existencia de los fantasmas.

Finalmente, con un gesto habitual, introdujo la mano en su bolsillo para sacar el reloj. En su lugar sacó un puñado de bullentes gusanos. Al darse cuenta de su error, los volvió a introducir en su bolsillo con ansiosa prisa, mientras me volvía a repetir:

«El espíritu es el principio...».

Un reloj dio la una de la madrugada y el fantasma desapareció.

# EL PARAMO DE TAPPINGTON

THOMAS INGOLSBY

*Thomas Ingolsby es el seudónimo literario de Richard Harris Barham (1788-1845). Sus «Legendes d'Ingolsby» han llegado a nuestros días con la misma aureola de celebridad de antaño. En ellas se refleja la influencia de «Chaucer y sus Canterbury Tales» («Cuentos de Canterbury»). Algunas de estas leyendas pueden ser catalogadas dentro de ese género literario llamado cuento «negro», como el que a continuación, extractado, ofrecemos al lector.*

Habían montado un patíbulo en la estepa de Tappington. Todo el mundo estaba intrigado ante este hecho, ya que el pueblo más cercano tenía suficientes plazas públicas capaces de soportar el peso de una horca, como asimismo demasiados truhanes merecedores de ser ahorcados.

Nadie ha conseguido satisfacer su curiosidad ante tan extraño hecho; en lo que a mí respecta, no le concedo la más mínima importancia. La realidad era que habían levantado un patíbulo allí, en un cerro arenoso, y que lo habían construido con sólidos maderos, provisto de cuatro garfios de hierro.

Cierta tarde, después de haber estado bebiendo unas copas, un estudiante, a quien llamaré Tom Brown para distinguirlo de los demás, aunque este no era su verdadero nombre, apostó una jarra de cerveza, una libra de tabaco y tres pipas a que sería capaz de pasar la noche bajo el patíbulo, desde la medianoche hasta el canto del gallo.

En realidad no se trataba de ninguna proeza valerosa, ya que jamás había sido colgado un miserable pecador de aquella horca y, por consiguiente, no existía el menor riesgo de que se encontrase con algún fantasma.

Cuando llegó la hora del crepúsculo, Tom Brown se puso en camino, y se cerraron tras él las puertas de la ciudad.

El páramo de Tappington ocupa una extensión enorme, y es un lugar desértico e inhóspito. Por mucho que camine el viajero, nunca llega a alcanzar sus límites, pues no existe hito o mojón en el horizonte en el que pueda fijar la vista.

Tom anduvo a buen paso, mientras pensaba en la jarra de cerveza que paladearía durante su próximo desayuno, como asimismo en la cantidad de tabaco de pipa que estaría fumando durante todo el día, cosas ambas que le pusieron de muy buen humor.

Mientras caminaba entonó una de esas canciones de los excursionistas, aunque solo conocía la primera estrofa y la mitad del estribillo. Pero pronto se cansó de ese tipo de pasatiempo, tan impropio de un hombre de ciencia, y se puso a declamar en

voz alta un pasaje en latín del *Nurembergense Chronicon*, que comienza así: «*Maléfica quaedam, anguriatrix in Anglia fuit...*».

De esta forma el trayecto se le hizo más corto; y llegó pronto junto al patíbulo, que no le pareció siniestro. Se instaló allí, apoyando la espalda contra uno de los montantes y envolviéndose en su abrigo de grueso tejido de Preston.

Aún le quedaba un poco de tabaco en el bolsillo, por lo que Tom rellenó su pipa y se puso a fumar con deleite.

Había dejado su reloj a la dueña de la pensión en la que se alojaba, como prenda de garantía por los muchos meses que le adeudaba de habitación y comida, y no tuvo más remedio que fijarse en el movimiento de la luna para calcular la hora. Había conseguido buenas calificaciones en los cursos de astronomía, y le fue relativamente fácil determinar que era cerca de la medianoche.

Pero fue justo en aquel fatídico momento cuando el astro de la noche desapareció casi por completo detrás de unas enormes nubes negras procedentes de los mares del oeste, las cuales presagiaban viento, lluvia y mal tiempo.

A pesar de ello, aquella confusa claridad era suficiente para ver la horca y su sombra.

Las sombras del patíbulo no fueron la causa principal de sus primeras inquietudes, si bien le parecieron extrañas... demasiado extrañas, ya que no se semejaban en absoluto a las que suelen proyectar, bajo la débil luz de un pobre claro de luna, los enjutos pilares de un cadalso.

De repente oyó doce campanadas, dadas de una forma precipitada y procedentes de los alrededores, a pesar de que Tom sabía que estaba a muchas leguas de distancia de cualquier iglesia o campanario. Al sonar la duodécima campanada, el joven estudiante vio que las sombras se agitaban a sus pies de una manera macabra e insólita. Entonces, levantando la mirada, Tom se dio cuenta de que ya no estaba solo en aquel lugar siniestro. Tres compañeros de vela se habían unido a él. ¡Pero qué compañeros, santo cielo!

Los tres estaban sobre el patíbulo, colgados de tres horcas, con una lengua de un palmo fuera de sus bocas y los rostros de un azul amoratado, roídos por la muerte.

En aquel instante, una fuerte ráfaga de viento curvó a ras de tierra los raquíticos matorrales del páramo y los tres ahorcados se pusieron a patallar como si entrasen en agonía.

Tom intentó huir, dispuesto a perder la cerveza, el tabaco y las pipas que había apostado, pero sus piernas no le obedecieron; parecían de plomo. Lo único que pudo hacer fue temblar como las hojas azotadas por el vendaval.

La segunda ráfaga de viento, que pasó rugiendo sobre su cabeza, fue tan fuerte que los tres ahorcados describieron amplios arcos de círculo, por lo que sus pies rozaban en cada vaivén el madero vertical de sus horcas.

De repente, Tom oyó un crujido seco en la parte superior del patíbulo: las cuerdas se habían roto y los tres ahorcados se precipitaron al suelo, donde estaba el joven

estudiante.

Uno de ellos quedó de pie, el otro con el rostro a tierra y el tercero sentado sobre sus posaderas. Pero los tres tenían sus horribles ojos en blanco, fijos en Tom; unos ojos desmesuradamente agrandados, redondos como bolas de cristal, que reflejaban los pálidos rayos de la luna.

Tom Brown estaba dispuesto a todo, incluso a verlos bailar una danza macabra y a que luego le dirigieran la palabra, como si fueran seres humanos normales y corrientes.

Pero los tres ahorcados permanecieron inmóviles y mudos, con sus ojos muertos fijos en él. Entonces fueron sus propios pensamientos los que empezaron a susurrar entre sí.

Uno de estos pensamientos, sobre todo, volvía con frecuencia a su mente, como un refrán punzante e hiriente, torturando aún más su ya atormentado y angustiado espíritu:

«¡Hay cuatro garfios de hierro en el patíbulo, es decir, cuatro horcas, y sin embargo, solo hay tres ahorcados...!».

Tom Brown comprendió que aquel pensamiento no solo tenía una base de lógica, sino, además, suma importancia; y, confundido, trató de hallar una explicación a esta situación.

Pero Tom no pudo encontrar ninguna respuesta. Presa del pánico, dominado por la angustia y la ansiedad, se puso a gritar, dirigiéndose a aquellos siniestros muertos:

—¿Por qué hay cuatro garfios en el patíbulo, cuando solo sois tres los que habéis sido ahorcados?

Pero los tres ahorcados no respondieron nada; el primero siguió en la misma postura de antes, es decir, de pie y apoyado contra el maderamen del patíbulo, el segundo, tendido boca abajo en el suelo, y el tercero, en posición de sentado.

Tom insistió con voz suplicante:

—Por favor, os lo ruego, decidme; quiero saberlo... debo saberlo... no es justo que me dejéis en la ignorancia. ¡No, no pueden hacer eso conmigo! ¡Contestadme!

Pero los tres ahorcados no le contestaron nada, absolutamente nada.

Hacía mucho tiempo que se había oído el canto del gallo y las puertas de la ciudad hacía ya horas que estaban abiertas, sin que Tom Brown hubiese regresado de su excursión nocturna.

Sus amigos se dirigieron a buscarle al páramo de Tappington.

Hallaron a Tom Brown ahorcado, colgando del cuarto garfio del patíbulo.

# EL FANTASMA SOLO LLAMA UNA VEZ

JANE SHERROD SINGER

*Jane Sherrod Singer es una de las más importantes escritoras de la literatura contemporánea norteamericana. Su vasta erudición y gran talento le han inspirado numerosos libros y muchas más historietas de ficción. Jane Sherrod Singer está casada con el antologista más famoso del mundo, Kurt Singer.*

*Esta narradora nos asegura que el siguiente relato es un CASO REAL. Y esto por supuesto, nos intranquiliza demasiado.*

Lea este relato desde el punto de vista que más convenga a su fantasía. Si es un admirador de Alfred Hitchcock, es posible que su extraño final le haga reír entre dientes. Pero si, por el contrario, está usted de acuerdo con Shakespeare en aquello de que «existen más cosas en el cielo y en la tierra... que las que pueda imaginar nuestra mente», entonces permítame que me apresure a asegurarle que este caso real fue investigado y debidamente reconocido como auténtico por miembros de la Sociedad Británica para la Investigación Psíquica.

Aquellos lectores amantes de indagar sucesos inexplicables en el reino de lo sobrenatural deben hacer una pausa para reflexionar..., y aquellos otros que deseen relajarse con la lectura del siguiente relato deben ser precavidos con algunas páginas capaces de poner los cabellos de punta.

Los hechos registrados, acaecidos el 26 de mayo de 1897, y recogidos por sir Anthony Wister, son los siguientes:

Dado que soy una persona de espíritu metódico y lógico, he decidido empezar por el principio de esta cadena de sucesos en vez de sobrecoger inicialmente al lector con aquellos detalles ambientales y terroríficos que se presentaron, por desgracia, casi al final de la muy corta vida de Ernest Melbourne.

Para ser un conservador, Ernest era, a sus veinticinco años, un joven de acentuada personalidad. Me imagino que algunos lo describirían como un poco petimetre, pero yo, en cambio, más bien admiraba su melindrosa forma de vestir y su immaculado acicalamiento, sobre todo después de llegar a conocerlo profundamente como amigo. Dado que pertenecíamos al mismo club, a menudo estábamos juntos, y como los dos nos interesábamos más por la gente, la conversación y las ideas, que por aquellos juegos aburridos y silenciosos como el ajedrez y el *whist*, solíamos enfrascarnos en profundas y eruditas conversaciones.

En muchos sentidos éramos muy parecidos y, sin embargo, demasiado diferentes. Ernest era un gran aficionado a la música, lo mismo que yo, pero su entusiasmo no

pasaba la frontera de la admiración, mientras que yo, por el contrario, me había visto obligado a sujetar un violín bajo mi beligerante y poco colaboradora barbilla como parte de mi educación juvenil. Ernest era un gran *connaisseur* de excelentes manjares y exquisitos vinos, aunque esta cualidad era más bien una pasión que había aprendido y cultivado, mientras que mis gustos en este aspecto no pasaban de simples inclinaciones a la buena cocina. En resumen, gracias a su inteligencia, espíritu observador, jactancia e incluso astucia, Ernest Melbourne se elevó de un nivel social bastante bajo, empleando las más sutiles maquinaciones, hasta llegar al mismo círculo social en el que yo me introduje sin desearlo, como uno de los derechos de mi noble cuna.

A excepción de nuestra ascendencia y tradiciones familiares, ambos teníamos muchas cosas en común, incluyendo el hecho de que nos comportamos una vez, solo una vez, como unos insoportables tumbacuartillos. Sin revelar el nombre de la dama, Ernest me contó con amargura que había abandonado a una linda muchacha que lo amaba profundamente, después de haber abusado ignominiosamente de su generoso cuerpo. Se trataba de una camarera que trabajaba en la taberna de su padre. De los detalles de esta historia me enteré una noche en que ambos habíamos bebido más de la cuenta y en la que me contó, además, cómo había ascendido de su bajo estrato social hasta nuestra clase de élite.

Impresionado por aquella confianza de mi amigo, que demostraba su confianza en mí, yo también le revelé un secreto, es decir, que había roto el compromiso que mi padre arreglara para casarme con una duquesa, tan bella y encantadora que muy a menudo era invitada al Palacio de Buckingham. Después de un espantoso, aunque justo, altercado con mi padre, me marché de la casa solariega, mientras que la que debía haber sido mi esposa abandonó Inglaterra para ir a mitigar su desilusión y su dolor en los Alpes suizos.

El único motivo que me lleva a mencionar mi vergonzosa conducta es el de exponer otra razón por la que Ernest y yo nos hicimos tan íntimos amigos, unidos por tan dispares historias, secretos y admiración recíproca: Él apreciaba mi privilegiada situación en la vida, y yo le ayudé en su tenaz y acertada aspiración de ingresar en mi estrato social.

Recuerdo perfectamente los sucesos que se desarrollaron poco antes de aquella horrible noche del 26 de mayo, ya que el día 24, Ernest y yo comimos en el club, mientras refunfuñábamos de aquella eterna llovizna que mantenía a toda Inglaterra húmeda, fría y mojada; luego nos enfrascamos en una conversación en la que discutimos acaloradamente.

El tema de la misma era demasiado trivial. Un amigo común, aunque considero más justo el llamarle una amistad casual, había muerto, y nuestra discusión estribaba en si debíamos o no arriesgarnos en asistir a sus funerales y agarrar un resfriado. Durante nuestra conversación intercambiamos nuestras posiciones como dos niños en el juego del columpio. Según mi punto de vista, sostenía que debíamos a sir Gilbert



nuestro último homenaje, mientras Ernest argumentaba que odiaba los funerales, fueran en el sitio que fuesen, pero sobre todo en Kensington. Dio a entender que había una cierta razón.

Luego, una vez que hubo paladeado su pierna de cordero fuertemente condimentada, dulcificó su voz e insistió en que debíamos asistir al funeral. Confieso sinceramente que me encolericé, ya que al comprobar los astutos razonamientos de mi amigo no pude dominar mis nervios. Era obvio que Ernest, por otra parte, se daba cuenta de que mucha gente importante asistiría a aquel funeral y tendría la oportunidad de codearse con aristócratas, y conquistar así otro puesto más dentro de la alta sociedad británica.

Por un instante lo aborrecí, ya que pretendía aprovecharse de un funeral en beneficio suyo; pero cuando salimos del club aquella noche, volvimos a ser tan amigos como siempre. Al final nos pusimos de acuerdo en que Ernest asistiría al funeral a pesar de su aversión por la fría y oscura iglesia de Kensington y su húmedo cementerio, en el que las tumbas estaban cubiertas de losas de mármol negro, y en las que se podían leer los hechos importantes llevados a cabo en vida por sus fenecidos y actuales ocupantes.

Pero incluso en el cementerio de Kensington había cierta discriminación social entre su inmóvil población de cadáveres, ya que los condes y los duques, los ricos banqueros y los poderosos industriales, se hallaban en suntuosos panteones familiares a ambos lados de la puerta principal de la iglesia, mientras que, en la parte posterior de la misma, bien ocultos por una empalizada, se hallaba el último lugar de reposo de las almas menos importantes; quizá no menos en el sentido de la humanidad, pero sí ciertamente en cuanto a su posición social, prestigio y la suficiente cantidad de dinero como para reposar en un panteón bajo una marmórea losa sepulcral exquisitamente esculpida y engalanada.

El 26 de mayo fue una jornada tan miserable como lo habían sido los diez fríos y húmedos días anteriores. Por ello me quedé en casa no sin cierto regocijo, ordené a Hugh, mi ayuda de cámara, que me trajera la merienda con una buena taza de hirviente té indio, y comencé a leer las tediosas cláusulas del testamento de mi padre. En ese momento, acudió a mi mente la imagen del pobre Ernest, saludando y haciendo reverencias, siendo presentado a personas importantes de la aristocracia, y fijándose cuidadosamente, muy cuidadosamente, en sus rostros, con el fin de poder recordarlos en una futura gala de ópera o de teatro. A lo mejor Ernest estaba, en aquel preciso instante, besándole la mano a alguna hermosa y joven duquesa que, quizá, en un día no muy lejano, le aportaría una rica dote y un tierno cariño de esposa. «Pues no me importa si Ernest se divierte en este momento —pensé—, al menos, mañana no tendré un fastidioso resfriado y una roja nariz goteando moco»; y arrojé otro tronco al fuego de la chimenea.

Alrededor de las cinco de la tarde, el cielo parecía tan plomizo como en pleno invierno. Hugh me sirvió mi tradicional copa de jerez y le volví a repetir mis

instrucciones de que pensaba cenar en mi biblioteca.

La cena fue más bien ligera, y la intranquilidad empezó a adueñarse de mi mente. Traté de leer un libro, pero las palabras carecían de significado. Entonces pensé en relajarme, ya que recordaba que esta práctica, tan recomendada por los médicos, estaba muy indicada en los momentos de tensión nerviosa.

Como solía hacer en aquellas tardes en que me quedaba en casa, me puse mi horrible pero confortable batín de lana, me calcé unas cómodas zapatillas de cuero que en otras ocasiones mi mayordomo había intentado tirar a la basura, lamenté no tener un mastín para que se acostara junto a mi chimenea, a mis pies, y me puse a cargar una pipa con refinado y amoroso cuidado.

Debía haberme quedado adormecido con el libro en mi regazo, cuando Hugh me despertó para anunciarme que me llamaban por teléfono. Perezosamente cogí el aparato.

Una voz frenética al otro extremo del hilo me dijo que acudiera inmediatamente, que era muy urgente. No había un minuto que perder. Mi amigo, Ernest Melbourne, se hallaba al borde de la muerte. En realidad, continuó diciéndome aquella voz desconocida para mí, está economizando el aire que respira en un esfuerzo para mantenerse vivo hasta su llegada.

Rápidamente me puse el primer traje que encontré a mano, alquilé un taxi y me dirigí a toda prisa al elegante piso de Ernest. La puerta me fue abierta por uno de mis antiguos criados, Stephen, el cual se hallaba extremadamente aturrullado hasta el punto de parecer enloquecido.

—Sir Anthony —me dijo, hecho un manojito de nervios—, es espantoso, es horriblemente espantoso. Me temo que no llegará a tiempo.

—Tranquilízate, querido Stephen —le dije, tratando de que hablara en voz baja—. Cualquiera cosa que haya ocurrido, por favor, ten la bondad de mantenerte en tu sano juicio. Vamos, condúceme inmediatamente al lado de mister Melbourne.

El tono severo que empleé calmó algo a Stephen, pero cuando me conducía hacia el salón biblioteca, me empujó de pronto y rudamente hacia un lado. Me sorprendí ante aquella extraña conducta de mi excriado, pero luego comprendí que lo que pretendía era que yo no pisara una serie de huellas barrocas que conducían a la estancia donde se hallaba mi amigo.

Ernest estaba acostado en un diván. Aunque en su rostro no había ninguna señal de violencia, me costó trabajo reconocerle. Incluso hoy día me es difícil describir la transformación que se había operado en sus facciones.

Sus ojos, que generalmente miraban a todas partes plenos de curiosidad, estaban paralizados, fijos en un punto del techo, como si pendieran de él mediante dos cuerdas. Su sonrosada piel que yo, como pálido londinense, en ciertas ocasiones había envidiado en secreto, se había disuelto en un gris de cal apagada. Venas azules sobresalían en sus manos, muñecas y garganta, y morados verdugones cubrían sus sienes. Su lengua pendía grotescamente a un lado de su boca abierta.

Haciendo un esfuerzo para dominar mi repugnancia, me acerqué a él y le dije todo aquello que suele decirse en estos casos. «Aquí me tienes... ¿Qué te ha sucedido...? Animo, hombre. Vamos, cuéntame lo que te ha pasado...».

Ernest reaccionó lentamente. Un indefinido fulgor apareció en sus ojos. Después de varios intentos, al final estuvo en condiciones de hablarme de forma que yo pudiera entenderle.

—Anthony —murmuró—, debes escucharme..., pero, sobre todo, debes creer en mí, debes creerme.

Luego permaneció en silencio, sofocado, tosió y trató de incorporarse. Cogí una almohada y se la puse a la espalda, mientras le decía en voz baja a Stephen que fuera inmediatamente a buscar un médico. La retirada del criado fue sumamente ruidosa, pues tropezó con una silla y se cayó al suelo. Pero Ernest se hallaba muy lejos de la realidad para darse cuenta de ello.

Me senté cerca de mi amigo, mostrándome tan afectivo como un elefante macho intentando cuidar una liebre herida. Yo sabía que Ernest no debía agotarse habiéndome, pero eran tan intensos los pensamientos que en aquellos instantes torturaban su mente que no tuve más remedio que permitirselo.

—Anthony —murmuró Ernest—, debo ser breve. Me queda muy poco tiempo de vida. Escucha atentamente lo que voy a decirte. Y, en nombre de Dios, créeme.

Después de una breve pausa, continuó.

—Fui al funeral de sir Gilbert. Fue espantoso. Tú sabías que yo no quería ir, pero no sabías por qué. Gladys, el amor del que renegué, la chica a quien abandoné, yace en una tumba del cementerio de Kensington... Estaba aún lloviendo cuando sacaron el ataúd de sir Gilbert de la iglesia. Permanecí allí mojado y helado de frío. De repente, guiado por los remordimientos o quizá empujado por el mismo demonio, me hallé explorando el cementerio, pisando aquel terreno sucio y fangoso, buscando algo, una flor de lis, una rosa, algo que fuera bello, fresco y joven. De pronto vi un seto vallado en el que había una entrada que daba a otro cementerio en el que las losas sepulcrales estaban muy cerca unas de otras... Anthony, ¿me estás escuchando?

Alargué mi mano y le cogí la suya, pero, no queriendo distraer sus pensamientos, permanecí en silencio. Vi que el rostro de Ernest se relajaba, cerró la boca y un alarmante color de cera se extendió por su piel. Después de unos instantes continuó.

—Empujado por una fuerza misteriosa, me dirigí a la tumba más insignificante, más raída, más pobre de todas. La losa sepulcral ostentaba el número 298, y gotas de lluvia caían al suelo desde el punto en el que estaba esculpido el nombre de Gladys Moore..., mi Gladys que tanto me había amado hace muchos años.

Evidentemente, comprendía el dolor y la pena de Ernest, pero sin embargo, me parecía imposible que la vista de la tumba de su querida Gladys hubiera podido causarle aquel espantoso daño físico. Ernest continuó hablando, pero cada vez más rápido, como si considerara que el tiempo estaba en contra de su reserva vital y de su monólogo.

—El temor más espantoso se apoderó de mí. Mi primer impulso fue sacar inmediatamente el ataúd de aquel lugar tan deprimente y colocarlo en aquella parte del cementerio reservada a la gente ilustre para que así la tumba de mi Gladys ocupase el mejor sitio de todos; pero este noble pensamiento se me borró en el acto para ser sustituido por otro: si la gente llegara a enterarse de mis antiguas relaciones amorosas con una tabernera, todos mis proyectos se vendrían a tierra, todo aquello por lo que había luchado durante toda mi vida quedaría arruinado.

Un suspiro estremeció el cuerpo de mi amigo. Después de una pausa, Ernest continuó:

—Cuando regresé a casa, Stephen me sirvió la comida. No tenía apetito, por lo que le ordené que retirara los platos, limitándome a beber tres copas de oporto. Creo que me quedé dormitando durante varias horas. Cuando me desperté, tuve la sensación de haber sido drogado, o sometido a un trance hipnótico. Luego sentí la necesidad de telefonar a *alguien*. Cogí el aparato y marqué el 298 de Kensington! Después de un corto tiempo, una voz de mujer contestó. Sonaba como si estuviera muy lejos, aunque sus palabras eran perfectamente audibles. La voz dijo: «Oh, amor mío, qué gentil has sido en telefonarme. He estado mucho tiempo esperando esta llamada. Iré inmediatamente a verte».

Miré asombrado a Ernest. La habitación pareció llenarse de repente de un aire viscoso y estancado. Sentí que se me contraía la piel y se erizaban mis cabellos cuando oí aquel horroroso relato. Ernest movía la cabeza a un lado y otro sobre la almohada, como tratando de luchar con aquellos pensamientos que torturaban su mente.

—Me senté en el sillón y esperé —continuó mi amigo—. ¿Esperar qué? No lo sabía en aquel momento. Entonces oí que la puerta principal se abrió completamente, a pesar de que Stephen siempre la tenía cerrada. Las cortinas empezaron a agitarse como la vela de un barco, al mismo tiempo que una corriente de aire helado penetraba en mi habitación. Luego sentí un penetrante olor de moho, de tierra y de humedad. Vestida de blanco, llegó ella...

La voz de Ernest se quebró. Su rostro se volvió azulado; empezó a dar boqueadas; sus ojos se revolvieron. Como nunca había visto morir a nadie, me sentí estupefacto, fascinado, profundamente asustado, incapaz de gritar pidiendo auxilio. Su cuerpo se puso tieso y luego cayó hacia atrás. Cogí mi pañuelo y cerré cuidadosamente aquellos ojos fijos y brillantes.

Entonces llamé..., bueno, temo que empecé a gritar llamando a Stephen. El rostro de este reflejaba palpablemente su aflicción y ansiedad. Le rogué que telefonara a un médico y a la policía.

Mientras esperaba al lado de mi amigo muerto, me puse a observar cuidadosamente la habitación.

En línea directa desde la puerta al sillón favorito de Ernest estaban aquellas huellas fangosas de pasos que Stephen me había impedido pisar hacía unos instantes.

Me levanté para estudiarlas más cuidadosamente. Entonces vi horrorizado que en las pelusas de la alfombra que cubría el suelo de madera, estaban grabadas las huellas inconfundibles de unos zapatos de mujer.

# DRUMMER-HINGER

JOHN FLANDERS

*Solo los verdaderos amantes de las novelas de suspense conocen a Jean Raymond de Kremer, pero todo el mundo conoce a Jean Ray —el Edgar Allan Poe del siglo xx, como algunos le han calificado—, y en los países de lengua holandesa, el nombre de John Flanders se venera realmente.*

*De Kremer, Jean Ray y John Flanders no son más que una sola y única persona. Única, en verdad, ya que en el pasado no hubo ningún escritor de este tipo de literatura que fuese como él, ni creemos que pueda darse en el futuro.*

*Fallecido el 17 de setiembre de 1964, John Flanders, el más célebre escritor de relatos fantásticos de principios del siglo xx y cuya novela «Malpertuis» está considerada como la obra maestra de la literatura surrealista, debe ocupar, sin dudar, un lugar de honor en esta colección.*

Era un milagro el que Harvey Simenson no estuviese borracho al contar su aventura. No era este el caso cuando la vivió. Desde luego, él mismo admitía que estaba ebrio como un cosaco cuando vivió aquella espantosa experiencia.

Hacía ya mucho tiempo que el *Ptarmigan* había zarpado del puerto de Altona cuando llegué al muelle. Me dolía mucho la cabeza y aún me duraban los vértigos que me produjera la borrachera de la noche anterior. Aún podía ver el humo que salía por la chimenea de mi barco. ¡Los muy canallas! No habían tenido siquiera la delicadeza de esperar unos minutos y recoger a un compañero de tripulación, que solo había cometido el pequeño pecado de pasar una buena noche en tierra después de haber navegado durante tantos días.

Lo primero que se me ocurrió fue matar al capitán, al piloto y al timonel apenas se me presentase la ocasión. Luego me fui a ver al cónsul, quien no solo me echó a la calle como a un perro sino que, además, me aseguró que, si volvía a molestarlo, no solo haría que me dieran una buena paliza, sino que avisaría a la policía para que me encerrasen una buena temporada a la sombra.

«Otro miserable más de los muchos que hay en este cochino mundo», me dije a mí mismo mientras lanzaba un escupitajo sobre el umbral de la puerta de entrada al Consulado. No me quedaba ni un triste centavo. Me había gastado todo el dinero emborrachándome en Hamburgo. ¿Conocen ustedes Sankt-Pauli? Pues allí estuve a punto de estirar la pata, con la turca que pesqué vaciando botellas y más botellas.

Imagínense, mis queridos amigos, un flamante coche de nueve caballos, A lo mejor eran caballos de madera, pero esto no tiene ninguna importancia, ni viene al caso. Pues bien, fue en un chisme como ese donde me harté de beber *Sekt* y *Berenfang* hasta llenar esta bodega que tengo por estómago.

¿Saben lo que es el *Berenfang*? Una maravillosa bebida hecha con excelente miel y alcohol. ¡Tan buena que no me importaría que me llevaran al mismo infierno, a cambio de un buen barril de ella! Y tan succulenta que, después de cada sorbo, uno tiene la impresión de que va a caerse de la silla tieso como un muerto.

—Limitate a los hechos, charlatán —exclamaron todos los que le estaban escuchando.

—¡Era la introducción! —respondió Simenson—. Después de todo, en todos los libajos hay unos preliminares como estos. Y mi historia vale tanto como un libajo.

Cuando no se tiene un céntimo en el bolsillo y el barco en que uno va enrolado se ha largado, dejándole a uno en tierra, mientras en la mente las ideas se vuelven cada vez más lúcidas, decidme, amigos, ¿adónde se dirige entonces un hombre? Yo os lo diré: de diez probabilidades hay nueve de que se dirija a una estación de ferrocarril. ¿No están de acuerdo conmigo, eh, compañeros?

Se sube uno al primer vagón que encuentra, escoge el compartimento con más cojines por todas partes y nos dejamos adormecer de un modo placentero por el movimiento monótono del tren en marcha. Y así continuamos, hasta que de pronto aparece un revisor y nos expulsa del vagón al llegar a la próxima estación, acompañando su gesto con una sarta de frases nada agradables. Pero, por fortuna, en mi caso, la estación en la que el revisor me echó del tren era realmente magnífica. Estaba iluminada como una piedra preciosa en el escaparate de una joyería, pero muy abandonada, sin un alma viviente, pues era de noche.

Entonces me hice el borracho, con el fin de no contestar a las posibles preguntas que pudieran hacerme dos empleados de la estación. Me fijé en que uno de ellos le dijo en voz baja a su compañero:

—Este ya está maduro para *Drummer-Hinger*.

—¡Cállate! Estas cosas no se pueden decir —le contestó el otro, que tenía una especie de quepis dorado sobre su orondo cráneo.

Luego se acercaron unos cuantos tipos bien rellenos de grasa, me cogieron como si fuera un baúl, y me metieron sobre el entarimado de un miserable tabuco.

—Aquí te quedas, amigote, y a ver si revientas de una vez —dijeron bromeando, mientras se alejaban dejándome solo en aquel inmundo lugar.

Fue entonces cuando el destino vino en mi ayuda. Me estaba muriendo de sed. A mi mente acudieron las deliciosas bebidas que había paladeado durante la víspera, es decir, el *Sekt*, el *Berenfang* y otros exquisitos licores. De repente oí el típico ruido de botellas al chocar unas con otras y la boca se me hizo agua.

Seguramente será café, o té o algunas de esas repugnantes bebidas, me dije a mí mismo, mientras me apoderaba de una de esas botellas. Pero cuando la tuve en mi mano, quedé pasmado: ¡era *Schnaps*! Y de una calidad tan excelente, que me bebí toda la botella.

«Si alguno de aquellos tipos se da cuenta de que me he bebido su exquisito licor, estoy listo», pensé. Por fortuna, aún me quedaban las suficientes fuerzas como para huir del tabuco y salir corriendo, amparado por la obscuridad de la noche, a lo largo de las vías de ferrocarriles.

Había recorrido una buena milla cuando tropecé con uno de los maderos; caí al suelo como un saco de plomo, y sentí un inmenso dolor en todos los huesos de mi esqueleto. Mi caída tuvo que producir ruido forzosamente. Además, creo que grité y lancé un juramento.

Sí, debían haberme oído. Instantes después, alguien me enfocaba a los ojos con una potente linterna.

—Por favor, apague la linterna —dije—. Tengo la costumbre de dormir sin lámpara, ni vela.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí? —me graznó una voz seca y desagradable.

—Aquí no estoy haciendo nada, y por eso ahora mismo me voy; sí, debo irme.

—¿Y adónde debe ir el caballero?

No sé exactamente cómo, pero en aquel instante me vino a la mente el nombre de *Drummer-Hinger*, y se lo dije en voz alta, casi gritando.

Entonces observé que la linterna se movió un poco, como si la mano que la sostenía temblase.

—No hable tan alto, compañero —respondió el individuo con voz repentinamente dulcificada—. Le ruego que no hable, caballero. Pronto vendré a buscarle. El tren que sale para... en fin, usted ya sabe hacia dónde, no llega hasta aquí. Suele detenerse cerca de la señal roja que ve usted allí.

La luz de la linterna desapareció en la obscuridad de la noche, y otra voz, llena de compasión, me dijo:

—Comprendo muy bien que un hombre tan borracho...

«¿Pero qué es lo que aquí sucede? —me dije—. Debe ser un sueño».

Me dirigí hacia los abetos, me senté en un lugar cómodo y, poco a poco, me quedé adormecido.

—¡Vamos...! Llegó el momento.

Me pusieron de pie, pues apenas tenía fuerzas en mis piernas. Me sentía tan débil como una jovencita. Luego aquellos individuos me arrastraron.

—Por mi parte, me podéis arrastrar así hasta el día de mi muerte, pues apenas tengo fuerzas para andar por mis propios pies —les dije.

—Ya tendrás tiempo para dormir cuando estés dentro del tren.

—¡Ah..., sí! Es verdad. Voy a ver a Drum...

—Cierra la boca. ¿Cómo es posible que puedas hablar con tanta ligereza de una



cosa tan importante? ¡Cualquiera diría que estás contento con el viaje!

Aquella voz era despectiva, pero no severa. Incluso llegué a percibir cierto deje de compasión en ella. La señal roja brillaba en la oscuridad. Delante de mí había un tren negro muy largo. Sin fuego, ni luces, esperando que llegasen los viajeros.

De repente oí que se abría la puerta de un vagón. Instantes después me depositaban, con delicadeza verdaderamente maternal, sobre un montón de cómodos cojines.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dije; pero ya no había nadie que pudiera escucharme.

La locomotora se puso en marcha con lentitud. Luego, se abrió la puerta de nuevo y una forma vaga y confusa se precipitó dentro de mi compartimento.

El tren empezó a aumentar su velocidad con una especie de chirrido quejumbroso, y pronto quedé sumido en un profundo sueño.

Cuando desperté, me sorprendí al comprobar la débil luz que reinaba en el compartimento. Un viejecito de pequeña estatura y mirada bondadosa, vestido como un burgués, se hallaba sentado frente a mí y me hacía señales de aprobación con su cabeza.

—Buenos días —le dije—. ¿También va usted a... cómo era... a *Drummer-Hinger*?

—¿Cómo dice usted? —respondió, extrañado.

—*Drummer-Hinger* —volví a insistir.

—Se trata de un nombre muy extraño —respondió el anciano, moviendo dulcemente la cabeza—. No creo haberlo oído mencionar nunca en mi vida.

—¡Esto es el colmo! ¡Ya no hay quién pueda soportarlo! Que yo no lo sepa es muy lógico, pues cuando me metieron en este tren estaba más borracho que un cosaco.

—¿Estaba usted borracho? Pues bien, me alegro de haberle despertado. Y ahora, quisiera hacerle algunas preguntas sobre este extraño viaje.

—Pues está usted listo, ya que yo sé tanto como usted, es decir, no sé nada. Puede que...

—Verá usted; yo tenía que hacer este viaje, cosa que ya de por sí es ridícula y a la que no estoy acostumbrado, pues nunca he viajado en toda mi vida. Soy profesor, y no tengo esposa ni hijos que me impidan hacer lo que me plazca. Lo único que amo en este mundo son los libros, y dentro de estos, aquellos relacionados con la antigüedad. Precisamente tenía que leer un magnífico libro de Encke. ¿Conoce usted a Encke?

—¿Encke? ¡Cómo no! Es el segundo oficial del *Frauenlob*. Un auténtico marrano. Aún no me ha pagado un dinero que le presté en cierta ocasión.

—Está usted equivocado, caballero —respondió el anciano—. Encke es un célebre historiador de la antigüedad. Pero, en fin, todo esto no tiene nada que ver con

el asunto. Lo que yo me pregunto es cómo he podido emprender un viaje en el momento preciso en que me disponía a leer una obra tan famosa. ¿Yo, viajando? No tiene sentido, no lo comprendo.

—Bueno, no es para tanto. Yo siempre estoy viajando de una punta del mundo a la otra y, sin embargo, no veo nada extraño en ello.

—¿Es verdad? —dijo el anciano, con un tono algo despreciativo—. Espere un poco; tengo que acordarme. Me dirigía a la clase a dar un curso sobre historia universal, cuando he aquí que recibí un fuerte golpe. Fue un autobús...

El anciano se calló de repente, adoptando una postura como si estuviera soñando despierto.

—Sí, fue una cosa muy extraña —suspiró al fin—, pues justo después de aquel accidente me entraron unas ganas locas de salir de viaje. Partí de inmediato. ¿Pero adónde me dirijo en este momento? Recuerdo que pedí un billete en la estación de ferrocarril, pero nada más, no me acuerdo de nada más. ¡Ay, Dios mío, no sé lo que me ocurre, ni lo que estoy haciendo en este tren! Por favor, ¿señor...?

—Harvey Simenson —le respondí, presentándome—. Cuando alguien quiere halagarme me llama capitán Simenson; pero se lo confieso con sinceridad, no soy capitán.

—Capitán Simenson, ¿sería tan amable de pronunciar una vez más ese nombre de extrañas sonoridades?

—*Drummer-Hinger*.

Entonces, de repente, se produjo un misterioso cambio en las facciones del anciano. Sus labios temblaron y en sus ojos se reflejó una angustia indescriptible. Pero, momentos después, en su rostro solo podía verse una profunda resignación.

—Creo que ahora lo comprendo todo —murmuró entre dientes—. Sí, ahora lo sé todo; ya no me queda la menor duda. Estoy completamente convencido de que todos los que van en este tren... *están muertos*.

—Eso son tonterías —le respondí.

El anciano se encogió de hombros, y añadió:

—Además, en este momento nos dirigimos hacia el Gran Destino, nuestro último destino...

Aquellas palabras me parecieron tan solemnes, tan sombrías y tétricas, que tuve la impresión de que una ola de agua helada acababa de caerme encima. Pero al mismo tiempo, dentro de mi alma *sentía* que había dicho la verdad.

Después de un prolongado silencio, me dirigí al viejecito y le dije, algo nervioso:

—La locomotora ya no hace ningún ruido. Las ruedas no chirrían. ¿Verdad que no se oyen las bielas? ¡No, no se oyen! Da la impresión de que el tren está bogando, ¿no le parece, caballero?

—Es muy posible —repuso con indiferencia—. Por el momento, estimado capitán, la única cosa que podemos hacer, lo único que nos está permitido, es pensar, solo pensar. Claro que si pensamos con detenimiento, quizá tengamos una última

oportunidad para... bueno, no vale la pena desperdiciar nuestro precioso tiempo y nuestras palabras. Capitán Simenson, si no tiene ningún inconveniente, preferiría estar callado.

A través de las pequeñas ventanas del vagón se percibía un claro día. El tren rodaba a través de una nube color lila que nos impedía ver el paisaje. De vez en cuando, a través de unos claros en aquella bruma, tuve la impresión de ver unas tierras sombrías, tenebrosas. De repente el tren disminuyó su marcha, y, sin poder contenerme, exclamé:

—¡Maldito sea el demonio! ¡Fíjese, caballero...! ¡Trenes! ¡No hay más que trenes! ¡Muchísimos trenes!

Mi compañero de viaje pareció no haberme oído. Sus ojos estaban fijos en mí, como si se extrañase de lo que acababa de decirle.

—No me mire de ese modo. Tiene usted el aspecto... no, no quiero decirlo, pero de todas formas, no me agrada que me mire de esa forma. Si tiene ganas de ver algo, contemple todos los trenes que están ahí fuera.

No me contestó nada. Su rostro estaba dominado por el terror.

—Los trenes, los trenes —repetía yo; pero el anciano seguía con los ojos fijos en mí, sin responderme.

De vez en cuando, y a través de aquellos claros en las nubes, se veían los trenes. Dirigí mi mirada hacia los cristales de las ventanas de esos vagones y quedé estupefacto y horrorizado al contemplar numerosos rostros apoyados en ellos; unos rostros deformados por el terror y la angustia.

—¡Muertos, todos están muertos! ¿Pero adónde los conducen? ¿Por qué están en esos trenes?

Ya no me atrevía a mirar al profesor. Su mirada se había hecho más horrible.

—Señor Simenson —me dijo de repente—, escúcheme...

—Es lo que estoy haciendo.

—Tengo la impresión —me respondió el profesor—, mejor dicho, el temor, de que ya me queda muy poco tiempo para conversar con usted. Es más, incluso pienso que, a partir de este instante, ya ni siquiera tengo el derecho de hablar con usted. Sin lugar a dudas, aún me queda una brizna de libertad antes de llegar al Gran Destino. Escúcheme, pues. Estoy convencido de que usted, solo usted, no está muerto.

—¿Qué? ¿Cómo dice?

—¡Tiene que salir de inmediato de aquí! ¡Regrese cuanto antes a ese mundo al que usted aún pertenece! ¡Salte del tren!

—¿Pero por qué?

—¿Es que no comprendes nada, imbécil? ¿Es que no te das cuenta, ignorante criatura?

Si aquellas palabras me las hubiera dicho antes cualquier persona, se habría acordado de mí durante toda su vida; pero en aquel preciso instante, incluso un niño de pantalones cortos habría podido apalearme.

—De modo que no me comprende, ¿no es así? Pues bien, se lo diré de una forma más clara: *los muertos odian a los vivos*, y yo le odio. Huya, desaparezca, pues ya no puedo contenerme más. ¡Le odio, le detesto! Huya de inmediato o... ¡*Voy a morderle!*

Aquel viejecito, que hasta entonces me había parecido una persona simpática, empezaba a transformarse ante mis ojos en una horrible y amenazadora criatura, temblando de odio y de rabia de la cabeza a los pies.

—¡Voy..., voy a... debo morderle!

De un salto, se lanzó sobre mí. Lo rechacé con todas mis fuerzas e intenté abrir la puerta del compartimento. Unos instantes después, me hundía en las nubes, y al fin caí sobre una tierra húmeda que apestaba a algo mohoso y putrefacto.

En la lontananza, vi que el tren desaparecía poco a poco en la bruma.

Estoy convencido de que estuve errando allí por lo menos ocho días, envuelto en aquella bruma helada, caminando sobre una tierra húmeda y pegajosa, fría como un témpano de hielo. De vez en cuando, observaba unas sombras furtivas que parecían buscar alguna cosa con avidez. Y hubo un momento en que algo o alguien me atrapó en sus garras, y pude ver, a través de una espesa bruma, una especie de boca gris con dientes demasiado blancos, que crujían mientras se acercaban a mi garganta.

Hice un esfuerzo y me liberé de ser atrapado por aquellas horribles fauces, y entonces oí gemidos y lloriqueos.

De repente oí una campana, en medio de la espesa bruma. Sonaba con una claridad bastante extraña; los sonidos metálicos se sucedían unos a otros, con rapidez. Me dirigí de inmediato en dirección a los mismos. A causa de la espesa bruma, estuve a punto de romperme la nariz, al chocar contra un muro de piedras. Al final de aquel muro había una torre, en la que una campana sonaba con estrépito.

Un hombre de elevada estatura, vestido con un hábito de monje, tiraba sin parar de la cuerda de una campana, cuando aparecí ante él. Sus brillantes ojos reflejaron un rayo de alegría cuando me vio.

—¡Un hombre! —exclamó—. Estaba seguro de que alguien se había extraviado una vez más y por eso me puse a batir la campana, para orientarlo hacia aquí.

—¡Por el amor de Dios, ayúdeme! —le supliqué, mientras observaba que todo su cuerpo temblaba como la hoja de un árbol.

—Bueno... sí, sí..., ¡pero no puedo pronunciar una palabra!

—¿Es que... usted también... es un muerto? —dije temblando.

—¡No! —exclamó, dando un grito salvaje—. ¡Y nunca lo seré! ¡Soy Isaac Laquedem! ¡El Judío Errante! ¡Huya! —me dijo, mientras se retorció las manos—. Aquí se encuentra usted en la misma frontera. Los muertos no pueden franquearla, pero Él, sí. ¡Huya, quizá no sea aún demasiado tarde!

Bruscamente, extendió su brazo, como queriendo indicar algo en la lontananza,

donde no había bruma ni nubes. En el lugar que el monje me indicó estaba la mar; una mar tenebrosa y sin fin, a cuyas orillas se alzaban altos acantilados. En medio de aquellas aguas, un barco negro se deslizaba.

—El Holandés Volante. Ese tampoco morirá nunca —me dijo con tono quejumbroso, como aquel mar silencioso—. ¡Huya! Haga un esfuerzo, si aún puede, y trate de...

Eché a correr como un loco. A medida que avanzaba, el suelo era más firme. Lancé un suspiro de alivio. Detrás de mí, los tañidos de la campana atravesaban la bruma, y se oían con más agudeza que nunca. Entonces me volví. ¡Nunca debí haberlo hecho! Nunca olvidaré la horrible visión que se presentó ante mis ojos, por muchos años que me queden de vida.

A unos pasos del muro de piedra, donde Isaac Laquedem tiraba de la cuerda de la campana, se agitaba una masa infinita, un mar humano de siniestros personajes apretujándose los unos contra los otros. Millones de ojos en llamas me contemplaban con insistencia, de un modo siniestro, con rabia y furor.

Millones y millones de miradas plenas de ese odio de los muertos al ver que un vivo había podido escapar de sus macabras garras. Sin embargo, por encima de aquel ejército de personajes siniestros, algo gigantesco estaba mirando. Algo de lo que nunca podré dar una descripción exacta. Era noche, fuego, tempestad, dolor. No, no creo que existan palabras que puedan describir lo que yo vi y sentí. El mismo pensamiento incluso no podría traducir una visión.

Aquella entidad —tengo que emplear esta palabra pues no encuentro otra más apropiada—, que no tenía ojos ni cuerpo, parecía, a pesar de todo, estar fijándose detenidamente en algo.

Como una bestia salvaje perseguida durante una cacería, seguí corriendo, corriendo, corriendo, hasta que perdí el conocimiento. Dos pescadores del Báltico me encontraron en medio de un montón de desechos de pescados. Tuve que haber estado allí mucho tiempo, ya que las ratas de las cloacas ya me habían mordido profundamente en las manos y orejas.

Harvey Simenson nos contó esta historia en una taberna de Rotterdam.

—Ahora ya sé qué es la Muerte, la misma Muerte, la que me ha olvidado, como me dio a entender Isaac Laquedem.

Estas fueron sus últimas palabras, o casi...

—Ya sé que me tomarán por un idiota por haberles contado todo eso —añadió, con cierta tristeza en la voz.

Después de estas palabras, abandonó la taberna, dejándonos a todos nosotros a la puerta de la misma, en aquel bulevar húmedo y frío, donde el viento de otoño hacía revolotear las hojas y las gotas de agua. Pronto desapareció en la bruma.

Nos quedamos largo tiempo contemplando el lugar por donde Simenson había

desaparecido, y, de repente, un frío indescriptible se apoderó de todos nosotros.

Una sombra larga, muy larga, sin fin, apareció de pronto, como si hubiese surgido de alguna de aquellas callejuelas adyacentes, y se puso a seguir al marino.

Nadie volvió a ver jamás a Harvey Simenson.

# EL MONJE NEGRO

ANTON CHÉJOV

*El clásico escritor ruso Anton Chéjov (1860-1904) es uno de los autores, de aquella nacionalidad, más comprendidos por el mundo occidental.*

*Su estilo es aún moderno y su imaginación es equivalente a la de nuestros escritores contemporáneos, si no superior, como podrá comprobar el lector en «The Black Monk», la historia que hemos seleccionado para esta antología.*

## CAPITULO I

Andrei Vasilievich Kovrin, *Magister*, estaba agotado tenía los nervios deshechos. No hacía nada por seguir el tratamiento médico. Algunas veces, mientras tomaba una copa con su amigo el doctor, este le aconsejaba pasar una temporada en el campo, mejor dicho, toda la primavera y el verano, pero Andrei nunca le hacía caso. Pocos días después, recibió una extensa carta de Tania Pesotski, que le invitaba a pasar unos días en la casa de su padre en Borisovka. Kovrin decidió ir.

Pero antes de hacerlo —era el mes de abril— se marchó a su tierra nativa, Kovrinka, y pasó allí tres semanas en absoluta soledad. Cuando llegó el buen tiempo, se dirigió a la casa de campo de su antiguo tutor y pariente, Pesotski, el famoso horticultor ruso. Desde Kovrinka a Borisovka había una distancia de unos setenta *versts*, y el viaje en la magnífica y cómoda calesa a lo largo de aquellos caminos, tan excelentes durante la primavera, prometía ser muy placentero.

La casa de Pesotski, en Borisovka, era muy grande, con una fachada repleta de columnas y adornada con esculturas de leones, a las que se les estaba cayendo el estuco. En la entrada principal había un sirviente de librea. El viejo parque, lúgubre y oscuro, era de estilo inglés, y se extendía desde la mansión hasta el río en una distancia de un *verst*, donde terminaba en un talud arcilloso cubierto de pinos, cuyas raíces desnudas parecían garras peludas. Más abajo se deslizaba un arroyuelo solitario, y el murmullo de sus aguas rivalizaba con el trinar de los pájaros. En una palabra, todo invitaba al visitante a sentarse y escribir una balada. Pero los jardines y los huertos, que junto con los viveros ocupaban una extensión de unos ochenta acres, inspiraban sensaciones muy distintas. Incluso durante el mal tiempo eran esplendorosos y alegres. Aquellas hermosas rosas, los lirios, camelias, tulipanes y tantas plantas floridas de toda clase y colores nunca habían sido contempladas por los ojos de Kovrin. La primavera acababa de comenzar, y las variedades de flores

exóticas aún estaban protegidas por campanas de cristal, pero a simple vista se veía que pronto brotarían por todas partes, formando un imperio de delicadas sombras. Pero lo más encantador de todo este esplendoroso cuadro era contemplar, en las primeras horas de la mañana, las gotas cristalinas de rocío sobre los pétalos y hojas de aquella exuberante vegetación.

Durante su infancia la parte decorativa del jardín, llamada despectivamente por Pesotski «el estercolero», había producido en Kovrin una impresión fabulosa. ¡Cuántos milagros de arte, cuántas estudiadas monstruosidades, cuántas burlas de la Naturaleza! Los espaldares de árboles frutales, ese peral que parecía un álamo de forma piramidal, aquellas encinas y tilos de abundante follaje, las bóvedas formadas por los manzanos, todo tenía el sello característico del dominio de la floricultura de que hacía gala su amigo Pesotski; incluso en los ciruelos estaba grabada la fecha 1862, para conmemorar el año en que su amigo se consagró al arte del cultivo de plantas y flores. Había también unas hileras de árboles erectos, simétricos, cuyos troncos se alzaban verticales como palmeras, pero que, vistos de cerca, resultaban ser árboles vulgares. Pero lo que más alegría y vida daba a los jardines y huertos era el constante quehacer de los jardineros de Pesotski. Desde el alba hasta la puesta del sol, aquellos hombres parecían infatigables y activas hormigas, trabajando entre los árboles, arbustos y planteles, unos regando, otros excavando la tierra, otros sembrando.

Kovrin llegó a Borisovka a las nueve. Encontró a Tania y a su padre muy alarmados. Aquella noche clara y estrellada predecía que habría una helada, y el jefe de los jardineros, Iván Karlich, se había ido al pueblo, por lo que no tenían a ningún responsable en quien confiar. Durante la cena solo se habló de la inminente helada; y se decidió que Tania no se acostaría, sino que permanecería despierta hasta la una de la madrugada. Iría a inspeccionar los jardines para ver si todo estaba en orden, mientras que Igor Semionovich, por su parte, se levantaría a las tres de la madrugada o quizá aún más temprano.

Kovrin estuvo con Tania toda la noche, y al llegar las doce, la acompañó al jardín. El aire tenía un olor muy fuerte, como si estuviera ardiendo. En el huerto más grande, llamado «huerta comercial», ya que cada año producía millares de rublos de beneficios a Igor Semionovich, había una fina y negra capa de estiércol que cubría todas las hojas jóvenes, con el fin de salvar las plantas. Los árboles estaban alineados como jugadores de ajedrez en rectas hileras, como filas de soldados; y esta pedante regularidad, junto con el peso de la uniformidad, hacía parecer monótono y fastidioso al jardín. Kovrin y Tania se movían de un lado para otro, arriba y abajo, por los senderos y por todos los vericuetos del jardín, comprobando el buen estado del estiércol, las pajas y las coberturas de parihuelas. En raras ocasiones se encontraron con los trabajadores, que se movían como sombras entre aquella humareda. Solo los cerezos, los ciruelos y algunos manzanos estaban floreciendo, pero el jardín entero se hallaba envuelto en aquella densa humareda producida por el estiércol fermentado,



causa por la cual Kovrin solo se halló en condiciones de poder respirar aire puro al llegar a los viveros.

—Me acuerdo de que, cuando era niño —dijo Kovrin—, siempre me hacía estornudar el humo, pero no comprendo cómo puede salvar a las plantas de la helada.

—El humo es un buen sustituto cuando no hay nubes —respondió Tania.

—¿Para qué quiere las nubes?

—Cuando el tiempo es nuboso y suave no se producen las heladas mañaneras.

—¿Es cierto eso?

Kovrin se echó a reír y cogió de la mano a Tania. Su rostro serio, frío; sus finas y negras cejas; el rígido cuello de su chaqueta, que le dificultaba girar la cabeza; su vestido bien arropado para defenderse del helado rocío; y toda su figura, esbelta y ligera le agradaban mucho.

—¡Santo cielo, cuánto ha crecido esta criatura! —dijo Kovrin—. La última vez que estuve aquí, hace unos cinco años, era usted aún una niña. Era delgada, de piernas largas y desaliñada, y yo siempre me estaba metiendo con usted. ¡Cuánto cambió en cinco años!

—Sí, cinco años —repitió Tania—. ¡Muchas cosas han pasado desde entonces! Dígame con sinceridad, Andrei —continuó ella, mirándole burlescamente—, ¿cree que durante todos estos cinco años se ha olvidado de nosotros? No sé cómo me he atrevido a hacerle esta pregunta. Además, después de todo, usted es un hombre libre de hacer lo que quiera, de llevar la vida que desee. Sí, tiene que ser de este modo; es natural. Pero, de todas formas, quiero que sepa una cosa: hayan cambiado o no sus relaciones con mi familia con el paso de los años, en esta casa se le considera como un miembro más. Tenemos derecho a ello.

—Estoy completamente convencido de que así me consideran, Tania —respondió Kovrin.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Antes me di cuenta de que se sorprendió al ver tantas fotografías suyas en nuestro hogar —prosiguió Tania—. Sin embargo, bien sabe cuánto le adora mi padre, cuánto le estima. Usted es un erudito, no un hombre vulgar y corriente. Sí, se ha labrado una brillante carrera. Pues bien, mi padre cree que a él le debe usted su triunfo. ¡Deje que siga creyéndolo!

Empezaba a amanecer. Cambió la tonalidad del cielo, y el follaje y las nubes comenzaron a mostrarse cada vez más claros. Los ruiseñores empezaron a cantar y procedente de los campos llegó el grito de las codornices.

—Ya es hora de irnos a la cama —dijo Tania—. Además, también hace mucho frío.

Luego se acercó a Kovrin, le cogió la mano y dijo:

—Gracias, Andrei, por haber venido. En este lugar no estamos acostumbrados a los grandes sucesos. Aquí la vida transcurre apacible y monótonamente, sin ningún

acontecimiento descollante. Siempre los jardines, solo los jardines y nada más que jardines. Sí, una existencia muy monótona. Bosques, madera, camuesas, cardos lecheros, esquejes, podar, hacer injertos, trasplantar... Toda nuestra vida se limita a esto, ni siquiera soñamos con otra cosa que no sea manzanas y peras. Desde luego, todo esto es muy útil y muy bueno, pero algunas veces no puedo resistir la tentación de desear un cambio en mi vida. Recuerdo aquella época en que usted solía visitarnos, cuando venía a pasar aquí las vacaciones, cómo cambiaba toda la casa; parecía más fresca, más alegre, como si alguien hubiese quitado las telas que cubrían los muebles. Yo era entonces una niña, pero comprendía...

Tania siguió hablando durante cierto tiempo, expresando sus sentimientos y recuerdos. De repente a la mente de Kovrin vino la idea de que era muy posible que durante aquel verano se sentiría tan atraído hacia aquella criatura vivaraz y parlanchina, que podía llegar a enamorarse de ella. Dadas las circunstancias, nada más natural y posible. Aquel pensamiento le agradó y divirtió, y mientras dirigía su mirada hacia Tania, a su mente acudieron aquellos versos de Pushkin:

*Oniegin, no ocultaré  
que amo a Tatiana locamente*

Cuando llegaron a la mansión, Igor Semionovich ya se había levantado. Kovrin no sentía ningún deseo de dormir; se puso a hablar con el anciano, y volvió con él al jardín. Igor Semionovich era alto, ancho de hombros y grueso. Padecía de dificultad respiratoria, y sin embargo, caminaba a un paso tan rápido, que era difícil seguirle de cerca. La expresión de su rostro era siempre la de un hombre preocupado, como si pensase que de retrasarse un minuto en hacer las cosas, todo el mundo se vendría abajo.

—Y ahora, hermano, le voy a revelar un misterio —dijo Igor, deteniéndose para recuperar el aliento—. En la superficie de la tierra, como puede ver, hay escarcha, está helada, pero eleve el termómetro unas yardas y verá que hay calor... ¿A qué se debe este misterio?

—Confieso que no lo sé —dijo Kovrin, riendo.

—¡No! Usted no puede saberlo todo. El cerebro más privilegiado de todo el mundo no puede comprender todo. ¿Todavía sigue estudiando filosofía?

—Sí —respondió Kovrin—; siempre estoy estudiando filosofía y psicología.

—¿Y no se aburre?

—Al contrario, no puedo vivir sin ello.

—Alabado sea Dios —respondió Semionovich, mientras se retorció las puntas de su poblado bigote—. Alabado sea Dios; sí, todo eso le será útil en la vida... Me alegro mucho, hermano, muchísimo...

De repente se calló y se puso a escuchar. Sus facciones se endurecieron, echó a correr por el sendero y pronto desapareció entre los árboles, en medio de una nube de

polvo y arena.

—¿Quién ha sido el que ha trabado este caballo al árbol? —gritó con voz desesperada—. ¿Quién de ustedes, ladrones y asesinos, se atrevió a atar este caballo al manzano? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Arruinado, destruido, estropeado! ¡El jardín está arruinado, el jardín está destruido! ¡Oh, Dios mío!

Cuando regresó junto a Kovrin, su rostro reflejaba una expresión de lástima e impotencia.

—¿Qué se puede hacer con esta clase de gente? —le preguntó a Kovrin con voz quejumbrosa, mientras se retorció las manos—. Anoche Stepka trajo una carga de abono y dejó atado al pobre animal al árbol. Y lo ató con tanta fuerza que ha producido unos daños irreparables en la corteza del manzano. ¿Qué se puede hacer con hombres de esta calaña? Acabo de hablarle y se ha limitado a bajar los ojos a tierra, igual que un estúpido. ¡Este miserable debería ser ahorcado!

Cuando al fin se calmó, abrazó a Kovrin y le besó en la mejilla.

—Bueno, ¡bendito sea Dios...! ¡Bendito sea Dios! —murmuró—. Me alegro de que haya llegado, hermano Kovrin. No tengo palabras para expresarle lo contento que estoy porque vino a vernos, gracias.

Luego, con la misma expresión ansiosa, y caminando con paso rápido, se puso a dar vueltas por todo el jardín, enseñando a Kovrin los naranjos, los viveros de temperatura constante, los cobertizos y dos colmenas a las que describió como el milagro del siglo.

A medida que caminaban, el sol empezó a despuntar, iluminando el jardín y calentando la tierra y el aire. Cuando Kovrin pensó que si aquel hermoso sol se mostraba ya a principios de la primavera, dedujo los numerosos días soleados y felices que le esperaban durante todo un largo verano. Y de repente experimentó la misma alegría y felicidad que sintiera durante su infancia en aquel jardín. Entonces se sintió dominado por una profunda emoción y abrazó al anciano, besándole con ternura. Ambos se dirigieron a la casa y tomaron té en antiguas tazas de porcelana de China, además de galletas y crema; y esto también le recordó a Kovrin sus días de infancia y juventud. Durante aquel pequeño ágape, las reminiscencias brotaron en la mente de ambos hombres, y un sentimiento de intensa felicidad inundó sus corazones.

Esperó a que Tania se despertase, y después de tomar café con ella, se fue a pasear al jardín. Luego se dirigió a su habitación y se puso a trabajar. Leyó con atención, tomando notas de todo lo que creía importante. Solo levantaba la vista cuando creía sentir la necesidad de mirar a través de la ventana o contemplar las rosas, frescas aún por el rocío, colocadas en un florero sobre su mesa. Kovrin creyó sentir por un instante que todas las venas de su cuerpo temblaban de alegría.

## CAPITULO II

Pero en el campo, Kovrin siguió con aquella nerviosa e intranquila vida que había llevado en la ciudad. Leía y escribía mucho, estudió lengua italiana, y cuando salía a dar un paseo, al rato ya pensaba en regresar y ponerse a trabajar. Dormía tan poco que todo el mundo en la casa estaba desconcertado; si alguna vez, por pura casualidad, descansaba media hora durante el día, por la noche no podía hacerlo. Sin embargo, al día siguiente de estas involuntarias vigiliadas, se sentía alegre y dinámico.

Hablaba mucho, bebía vino y fumaba caros puros. A menudo, casi todos los días, algunas muchachas de las casas de los alrededores venían a la mansión de Vasilievich, tocaban el piano con Tania y cantaban. Algunas veces también venía un vecino, un hombre joven, quien tocaba muy bien el violín. Kovrin oía con agrado su música y canciones, pero había llegado a un extremo en que todo aquello le abrumaba; tanto, que algunas veces sus ojos se cerraban involuntariamente, adormilándose.

Una tarde, después de la hora del té, se sentó en la terraza para dedicarse a la lectura. Mientras, en el salón, Tania, una amiga soprano, otra contralto y el ya citado violinista, ensayaban la conocida serenata de Braga. Kovrin atendió a la letra, y aunque esta era en ruso, no logró entender su significado. Al final dejó el libro, se puso a escuchar con atención y logró comprenderla. Una chica de imaginación febril oyó durante la noche unos sonidos misteriosos en su jardín; un sonido tan maravilloso y extraño que se vio forzada a admitir su armonía y «santidad», que para nosotros los mortales son incomprensibles; luego aquellos sonos se elevaron al cielo, desapareciendo. Kovrin despertó. Se dirigió al salón y luego al vestíbulo, donde comenzó a pasearse.

Cuando cesó la música, cogió de la mano a Tania y la llevó a la terraza.

—Durante todo el día —le dijo Kovrin— he tenido metida en la cabeza una extraña leyenda. No sé si la he leído o se la he escuchado contar a alguien; no lo recuerdo. Se trata de una leyenda muy curiosa, aunque no muy coherente. Antes de contársela, quiero advertirle de que no está muy clara. Hace mil años, un monje, vestido de negro, erraba por unos parajes solitarios, no sé si en Siria o en Arabia. A unas millas de distancia de aquel lugar unos pescadores vieron a otro monje negro caminando lentamente sobre la superficie del agua de un lago. El segundo monje era un espejismo. Tenga usted en cuenta que las leyendas prescinden de las leyes de la óptica, como es lógico, y escuche lo que viene a continuación. Del primer espejismo se produjo otro espejismo; del segundo espejismo se produjo un tercero, de forma que la imagen del Monje Negro se refleja eternamente desde un estrato de la atmósfera a otro. En cierta ocasión fue visto en África, luego en la India, en otra ocasión en España, luego en el extremo norte. Al fin, se eclipsó de la atmósfera de la Tierra, pero nunca se presentaron las condiciones necesarias como para que desapareciera del todo. Quizá hoy sea visto en Marte o en la constelación de la Cruz del Sur. Ahora bien, la esencia de todo esto, su verdadero meollo, por emplear esta palabra vulgar,

radica en una profecía que sostiene que exactamente mil años después de que el monje se retirara a aquellos parajes desiertos, el espejismo volverá a ser captado en la atmósfera de la Tierra y se mostrará a todos los hombres del mundo. Este plazo de mil años, según mis cálculos, está a punto de expirar. Según la leyenda, debemos ver al Monje Negro hoy o mañana.

—Es una historia muy extraña —dijo Tania, a quien no le había agradado.

—Pero lo más sorprendente de todo —dijo Kovrin riéndose— es que no recuerdo cómo esta leyenda se me ha metido en la cabeza. ¿La he leído? ¿Me la han contado? ¿Se trata simplemente de un sueño? No lo sé. Pero me interesa. Durante todo el día no he podido pensar en otra cosa; la tengo clavada en la mente.

Kovrin se despidió de Tania, quien regresó al salón, y salió de la casa para pasear por entre los planteles de flores del jardín, meditando sobre aquella extraña leyenda. El sol acababa de ponerse. Las flores recién regadas emanaban un fuerte y delicado aroma. En la mansión, la música había comenzado a sonar de nuevo, y a la distancia, el violín parecía producir el efecto de una voz humana. Mientras forzaba su memoria para recordar cómo había llegado a conocer aquella leyenda, Kovrin, ensimismado, paseaba por el parque, sin darse cuenta de que caminaba en dirección a la orilla del riachuelo.

Descendió por un sendero repleto de raíces al descubierto, espantando las agachadizas y poniendo en fuga a dos patos. En las ramas oscuras de los pinos se reflejaban los últimos rayos del sol. Kovrin pasó al otro lado del riachuelo. Ahora, delante de él, se extendía un hermoso y extenso campo cubierto de centeno. En todo lo que alcanzaba su vista no se veía un alma viviente; y le pareció que aquel sendero debía conducirle a una región enigmática e inexplorada donde aún quedaba el resplandor del sol.

«¡Qué lugar más tranquilo y bucólico! —pensó para sí—. Tengo la impresión de que en este instante todo el mundo me contempla desde arriba, esperando que yo descubra algo importante».

Una ráfaga de aire dobló los tallos verdes de los centenos. De nuevo sopló el viento, pero esta vez con más fuerza, rivalizando con el suave murmullo de las hojas de los pinos. Kovrin se detuvo asombrado. En el horizonte, como un ciclón o una tromba de agua, algo negro, alto, se elevó del suelo. Sus formas eran indefinidas; pero, después de fijarse con atención en aquella cosa tan extraña, Kovrin se dio cuenta de que no estaba fija al suelo, sino que se movía a una velocidad increíble, en dirección a él. Y a medida que se acercaba, se hacía cada vez más y más pequeña. Involuntariamente, Kovrin se echó a un lado del sendero para dejarla pasar. Pasó ante él un monje vestido de negro, de cabellos grises y cejas negras, con las manos cruzadas sobre el pecho. Caminaba sobre el duro suelo con los pies descalzos. Una vez que se hubo alejado unos veinte metros, el monje volvió el rostro hacia Kovrin, le hizo una señal con la cabeza, y le sonrió con bondad. Su rostro delgado estaba pálido como la cera. Luego, a medida que se alejaba, empezó a aumentar de tamaño, cruzó

el río caminando sin hundirse sobre su superficie, y atravesó sin ruido alguno el muro de piedra caliza, desapareciendo como el humo.

—Ahora comprendo —dijo Kovrin para sí— que la leyenda tenía su fundamento.

Regresó a la casa sin intentar siquiera explicarse este extraño fenómeno, pero vanagloriándose de haber visto no solo sus ropas negras, sino su fino y pálido rostro, y la fija mirada de sus ojos.

En el parque y en los jardines de la mansión, los visitantes se paseaban tranquilamente; en el interior la música seguía sonando. De modo que solo él había visto al Monje Negro. Sintió un inmenso deseo de contar a Tania y a Igor Semionovich lo que había visto con sus propios ojos, pero desistió al pensar que lo interpretarían como una alucinación. Se unió a aquella alegre compañía, rió, bebió y bailó una mazurca dominado por una inmensa alegría interna. Pero lo más curioso de todo fue que tanto Tania como los demás invitados creyeron ver en su rostro una expresión de éxtasis, lo que encontraron muy divertido.

### CAPITULO III

Cuando terminó la cena y todos se hubieron marchado, subió a su habitación y se echó en el diván. Había decidido reflexionar sobre el monje, aclarar aquel extraño misterio; mas en aquel instante, Tania entró en su habitación, interrumpiendo sus proyectos.

—Aquí te traigo, Andrei —le dijo Tania—, los artículos de mi padre... Son muy interesantes. Mi padre escribe muy bien.

—¡Espléndida idea! —exclamó Igor Semionovich, que entró tras ella en la habitación de Kovrin—. Ahora bien, no le haga caso a esta bella muchacha. Aunque puede leerlos, si desea dormirse: constituyen un espléndido soporífero.

—Pues según mi opinión —respondió Tania—, estos artículos son magníficos. Le agradeceré, querido Andrei, que los lea, y luego convenza a mi padre para que escriba con más frecuencia. Es capaz de escribir un tratado entero de jardinería.

Igor Semionovich se echó a reír, pero luego se disculpó amablemente, alabó las cualidades de su viejo amigo y dando la razón a su hija:

—Si desea leer esos artículos, querido Andrei —dijo Igor—, le aconsejo que comience con los documentos sobre Gauche y los artículos rusos, pues de otro modo no podrá entenderlos. Antes de precipitarse en valorar mis palabras, le aconsejo que las sopesé detenidamente. Aunque no creo que le interesen. Bueno, ya es hora de irse a la cama, querida Tania, pues anoche dormiste muy poco.

Tania salió de la habitación. Igor Semionovich se sentó en un extremo del sofá y exclamó:

—Ah, hermano mío... Ve que escribo artículos, y exhibo en exposiciones e incluso a veces gano medallas... Pesotski, dicen ellos, tiene unas manzanas tan

gordas como su cabeza; Pesotski ha hecho una gran fortuna con sus jardines y huertas... En una palabra:

«Kochubei es rico y glorioso».

Pero mucho me agradecería preguntarle cuál será el final de todo esto. No se trata de mis jardines y viveros; ya sé que son espléndidos, auténticos modelos entre todos los de la región. Aunque también debo confesar que me siento orgulloso de que sean en realidad una institución completa de gran importancia política, y otro paso hacia una nueva era en la agricultura rusa, como asimismo en su industria. Pero todo esto, ¿para qué? ¿Con qué fin? ¿Cuál es la meta final de una vida consagrada a mejorar la agricultura, las flores, las plantas, todo lo relacionado con la tierra?

—Esa pregunta tiene una respuesta muy fácil.

—No me refiero a ese sentido. Lo que quiero saber es qué ocurrirá con mis jardines el día en que muera. Tal como están las cosas, puedo asegurarle que todo se vendría abajo si algún día yo faltara. El secreto no radica en que los jardines son grandes y en que tengo muchos trabajadores bajo mis órdenes, sino en el hecho de que adoro el trabajo, ¿me comprende? Lo quiero quizá más que a mí mismo. ¡Míreme! Trabajo desde que sale el sol hasta que se pone. Todo lo hago con mis propias manos. Siembro, trasplanto, riego, hago injertos, todo está hecho por mí. Cuando alguien trata de ayudarme me siento celoso, y me vuelvo irritable hasta el extremo de parecerle rudo a muchas personas. El verdadero secreto radica en el amor, en el ojo del amo que engorda al caballo, y en estar pendiente de todo y de todos. Por eso, cuando voy a visitar a un amigo y charlamos media hora ante un buen vaso de vino, mi imaginación está en los jardines, y temo que algo pueda sucederles durante mi ausencia. Suponga que me muero mañana, ¿quién se ocupará de todo esto?, ¿quién hará el trabajo? ¿Los jefes jardineros? ¿Los trabajadores? Puede usted creerme si le digo, mi querido amigo, que todas mis preocupaciones no se centran en estas personas, sino en la idea de que esto vaya a manos extrañas el día en que yo muera.

—Pero, mi querido amigo —respondió Kovrin—, está Tania; supongo que no desconfiará de ella. Ella ama y sabe llevar esta clase de trabajo.

—Sí, Tania ama y comprende este trabajo; sabe llevarlo mejor que un ingeniero agrónomo del Ministerio de Agricultura. Si después de mi muerte yo estuviera seguro de que todo iría a parar a sus manos, de que ella sola sería la dueña y directora de todo esto, no me importaría nada, moriría a gusto. Pero suponga por un momento —Dios no lo quiera— que se casa. He aquí lo que me atormenta y mortifica, lo que me hace pasar las noches sin pegar los ojos. Porque al casarse, lo lógico es que tenga hijos y que se preocupe más de ellos que de los jardines y viveros. Eso es lo malo. Pero hay algo que temo más aún: que se case con uno de esos individuos que van en busca de una buena dote, que no tienen escrúpulos y gastan el dinero a manos llenas, y que al cabo de un año se haya ido al diablo lo que tanto me ha costado ganar

durante años de sacrificio y trabajo. En un negocio como este, una mujer es el azote de Dios.

Igor Semionovich permaneció callado durante unos instantes, moviendo la cabeza de arriba abajo repetidas veces. Luego continuó:

—Quizá me considere usted un egoísta, pero no quiero que Tania se case. Me da miedo. ¿Se ha fijado en esos jóvenes que acuden constantemente a esta casa a visitarla, bajo la excusa de organizar veladas musicales? Todos vienen a lo mismo: a pescar una buena dote. Sobre todo está ese joven del violín, que no le quita la vista de encima. Pero tampoco yo se la quito a él. Me consta que Tania nunca se casaría con él, pero no puedo remediarlo, desconfío mucho... En resumen, hermano, soy un hombre de carácter, y sé lo que debo hacer.

Igor Semionovich se levantó y paseó por la habitación. Se veía que tenía algo muy importante que decir, algo muy serio, pero, por lo visto, no encontraba las palabras exactas para expresarlo.

—Le quiero y le aprecio mucho —prosiguió Igor— y por ello creo que debo hablarle francamente y sin rodeos. En cualquier asunto de suma gravedad o importancia, siempre acostumbro decir lo que pienso, huyendo de toda mistificación. Por consiguiente, debo decirle que es usted el único hombre con el que no me importaría que Tania se casara. Es inteligente, tiene buen corazón, y me consta que no consentirá que todo esto que he labrado con mis propias manos se malogre estérilmente. Más aún, le quiero como si fuera mi propio hijo, y estoy orgulloso de usted. De modo que si usted y Tania... empezaran un romance amoroso que acabara en matrimonio, créame que merecería todas mis bendiciones. Sí, me consideraría el hombre más feliz del mundo. Se lo digo en la cara, sin rodeos, como corresponde a un hombre honrado.

Kovrin sonrió. Igor Semionovich abrió la puerta y se dispuso a abandonar la habitación, pero se detuvo en el umbral:

—Y si usted y Tania llegasen a tener un hijo, haría de él el mejor horticultor. Pero esto, de momento, es una mera hipótesis. Buenas noches.

Cuando Kovrin quedó solo, se instaló cómodamente en un sillón y se puso a leer los artículos de su huésped. El primero de ellos se titulaba *Cultivo intermedio*, el segundo, *Unas cuantas palabras en respuesta a las observaciones del señor Z... sobre el tratamiento de las tierras de jardín*, y el tercero, *Más sobre los injertos*. Los demás artículos venían a ser lo mismo. Pero todos reflejaban desazón e irritabilidad. Incluso una simple hoja con el mero título pacífico *Los manzanos rusos* exhalaba irritabilidad. Igor Semionovich comenzaba este trabajo con las palabras «*Audi alteram partem*», y lo finalizaba con estas otras: «*Sapienti sat*»; pero entre las dos pacíficas frases latinas se desgranaba un torrente de palabras agrias, dirigidas contra «la aprendida ignorancia de nuestros modernos horticultores que observan a la madre Naturaleza desde sus sillones en la Academia de Ciencias Naturales», y contra el señor Gauche «cuya fama está basada en la admiración de los profanos en la materia



de agricultura y *dilettanti*». También había un párrafo en el que Igor censuraba a aquella gente por castigar a un pobre muerto de hambre a causa de robar unas cuantas frutas en un huerto, destrozando sus espaldas a latigazos.

—Admito que estos artículos son muy buenos —dijo Kovrin para sí—, incluso excelentes, pero también veo que revelan a su autor como un hombre de temperamento duro y de lanza en ristre. Supongo que será igual en todas partes; en todas las carreras, los hombres de ideas geniales son siempre personas muy nerviosas, y víctimas de esta especie de exaltada sensibilidad. Supongo que tiene que ser así.

Pensó en Tania, tan orgullosa de los artículos de su padre, y luego en Igor Semionovich. Tania, pequeña, pálida, ligera, con sus clavículas visibles, con aquellos ojazos tan grandes que parecían estar siempre escudriñando algo. Igor Semionovich, con sus apresurados y pequeños pasos. Volvió a pensar en Tania, tan inclinada a hablar constantemente, tan amante de dialogar y discutir, con todos, siempre acompañando la más insignificante frase con gestos y gesticulaciones. En cuanto a si era nerviosa, pues sí, estaba seguro de que lo era en grado sumo.

Kovrin se puso a leer otra vez, pero como no se enteraba de nada de lo que se exponía en aquellos artículos de Semionovich, los tiró al suelo. Aún perduraba en todo su ser la agradable emoción con que había bailado la mazurca y oído aquella música. Todo ello hizo acudir a su mente numerosos pensamientos. Meditó sobre lo que le había ocurrido en el campo de centeno. Si él había visto a solas aquel extraño y misterioso monje, debería estar enloquecido o enfermo, al punto de llegar a padecer alucinaciones. Aquel pensamiento le espantó, pero no por mucho tiempo.

Se sentó en el diván y apoyó la cabeza en sus manos, y se dispuso a gozar pensando en el extraño suceso del que había sido testigo durante la tarde. No podía comprenderlo, pero todo su ser se llenó de gozo. Se levantó y dio algunos pasos por su habitación, disponiéndose a iniciar su trabajo. Pero lo que leía en los libros ya no le satisfacía. Ahora solo deseaba pensar en algo inmenso, vasto, infinito. Después, Kovrin se desnudó y se acostó, pensando que haría bien en descansar después de las emociones sentidas durante el día. Cuando al final oyó a Igor Semionovich dirigirse a trabajar al jardín, llamó a un criado y le ordenó que trajera una botella de vino. Bebió varios vasos; el vino le atontó y se quedó dormido.

## CAPITULO IV

Igor Semionovich y Tania discutían con frecuencia y se decían uno al otro duras palabras. Aquella mañana habían tenido un altercado, y Tania, después de haber estado llorando se refugió en su habitación, y se negó a bajar a desayunar y a almorzar. Pero Igor era testarudo. Al principio no hizo ningún caso de la conducta de su hija, y se marchó con aire digno y solemne, como queriendo dar a entender a todo el mundo que era un hombre de ideas fijas, y que para él la justicia y el orden eran lo

primero en la vida, lo más importante de todo. Pero Igor era incapaz de mantener aquella actitud durante mucho tiempo, pues idolatraba a Tania. No comió nada a la hora de cenar y durante todo el día, su mente había estado torturada por aquel suceso. Al final no pudo aguantar más, y, después de un profundo «¡Dios mío!» que le brotó de lo más hondo de su corazón, se dirigió a la habitación de Tania y golpeó con suavidad la puerta, mientras gritaba con toda dulzura, casi tímidamente:

—¡Tania! ¡Tania!

A través de la puerta llegó una voz llorosa, pero firme y decidida:

—¡Déjame en paz...!, te lo ruego.

Los incidentes sentimentales entre padre e hija repercutían no solo entre los habitantes de la casa, sino incluso entre todos los trabajadores de las plantaciones. Kovrin, como era usual en él, permaneció enfrascado en su trabajo, pero al final no pudo soportar más la situación y decidió intervenir como mediador entre padre e hija, y dispersar aquella nube negra que se había interpuesto entre ambos seres, tan queridos para él. Sin dudarle un instante más, se dirigió a la puerta de Tania, la golpeó y fue recibido.

—Vamos, vamos, querida Tania, esto no está bien —empezó a decir en broma, pero dulcemente, mientras contemplaba aquel rostro femenino cubierto de lágrimas—. No es para tanto. Después de todo, son discusiones que se presentan todos los días, en todas las casas. Vamos, querida Tania, hay que saber perdonar. ¿De acuerdo?

—Es que usted no sabe cuánto me tortura —y al decir esto, una lluvia de lágrimas brotaron de sus hermosos y grandes ojos—. Siempre me está atormentando —continuó, mientras se retorció las manos—. Nunca he dicho nada que pudiera ofenderle. En este caso, solo me limité a decir que era innecesario mantener tantos trabajadores, pues resultaba un gasto que se podía evitar con facilidad. Me limité simplemente a decir que lo que había que hacer era contratar trabajadores por horas. Usted sabe que esos hombres no han hecho nada durante toda la semana. Yo... lo único que le dije fue esto. Y entonces se puso a gritarme como un energúmeno, diciéndome un montón de cosas, todas ofensivas, profundamente insultantes. Y todo por nada.

—Bueno, no hay que preocuparse por eso —trató de calmarla Kovrin—. Ha estado gritando, chillando, llorando, pataleando: ya es suficiente, ¿no le parece? No puede seguir así todo el día, no sería justo. Sabe que su padre, más que quererla, la adora, la idolatra.

—Mi padre ha arruinado toda mi vida —dijo Tania entre sollozos—. Durante toda mi existencia solo he oído insultos de sus labios, y sufrido afrenta tras afrenta. Mi padre me considera como algo superfluo en su propia casa. ¡Pues que se quede con su casa! Mañana me marcho de ella. Él es el único responsable de mi marcha. Sí, mañana me iré de este lugar y me pondré a estudiar para luego conseguir un empleo. ¡Que se quede con su dichosa casa!

—Vamos, Tania, vamos, no se ponga así —dijo Kovrin—. Vamos, deje de llorar.

Le diré lo que pienso: tanto el uno como el otro son irritables, impulsivos y, si quiere que le diga toda la verdad, los dos están equivocados; sí, los dos, pues exageran las cosas más nimias. Vamos, ya me encargaré yo de que hagan las paces.

Durante todo este tiempo, Kovrin estuvo hablando con un tono persuasivo y suave, pero Tania seguía llorando, encogiéndose de hombros ante todo lo que él le decía, y retorciéndose las manos como si hubiera sufrido un verdadero infortunio. Kovrin trató de hacerle comprender que exageraba la cosa más de lo que debía. Le parecía mentira que por una cosa tan banal aquella criatura quisiera amargarse todo el día y quizá toda su existencia. Mientras la consolaba, pensó que excepto Tania y su padre, no había nadie en el mundo que le quisiera tanto; y que de no haber sido por ellos, él, que había quedado huérfano durante su tierna infancia, habría pasado el resto de su existencia sin una caricia, sin palabras de consuelo, y sin ese cariño que solo pueden dar las personas que son de nuestra misma sangre. Pero también percibió que sus desequilibrados e irritados nervios estaban reaccionando como magnetos a los gritos y sollozos de aquella testaruda muchacha. Se dio cuenta de que nunca podría amar a una mujer robusta y saludable, fresca y sonrosada; pero le conmovía aquella Tania pálida, débil y desgraciada.

Kovrin sentía un gran placer al contemplar sus cabellos sedosos y sus redondeados hombros. Se acercó más a ella y le apretó la mano, mientras con su pañuelo enjugaba las lágrimas que se deslizaban por las sonrosadas mejillas. Por fin, Tania dejó de llorar. Pero siguió quejándose de su padre, censurando su conducta hacia ella, lamentándose de la vida que llevaba en aquella casa, tratando de que Kovrin comprendiese la situación en que se hallaba. Luego, poco a poco, empezó a sonreír, mientras afirmaba solemnemente que Dios la había castigado dándole aquel carácter tan impulsivo. Y al fin se echó a reír como una loca, se calificó a sí misma de atolondrada e inconsecuente y salió corriendo de la habitación.

Instantes después, Kovrin se dirigió al jardín. Igor Semionovich y Tania, como si nada hubiese pasado, paseaban abrazados por el césped, comiendo pan de centeno y sal. Ambos tenían mucha hambre.

## **CAPITULO V**

Satisfecho por su papel de intermediario pacificador, Kovrin se dirigió al parque. Mientras se hallaba sentado en un banco, oyó el ruido de un carricoche y la risa de una mujer. De inmediato pensó que aquello significaba que llegaban nuevos visitantes. Las sombras cubrieron el jardín, y a lo lejos se podía oír algo confusamente la música de un violín, las risas de las mujeres y el alborozado jolgorio de los jóvenes participantes en aquella fiesta. Estos detalles le hicieron recordar al Monje Negro, pues fue en idénticas circunstancias cuando lo vio por primera vez. ¿A qué país, a qué planeta, habría ido aquel absurdo efecto óptico?

Trató de acordarse de aquella vez en que lo vio en el campo de centeno, detrás de los pinos situados en ese instante frente a él. De repente, y precisamente de los mismos pinos, emergió un hombre de mediana estatura, que caminaba lentamente sin hacer el más mínimo ruido. Sus cabellos grises estaban descubiertos, iba vestido de negro y tenía los pies descalzos como un mendigo. Su pálido y cadavérico rostro estaba cubierto de manchas negras. Después de saludarle con una gentil inclinación de cabeza, el extranjero o mendigo se dirigió al banco y se sentó en él. Kovrin se dio cuenta de inmediato de que era el Monje Negro. Durante un instante ambos se miraron; Kovrin, asombrado, pero el monje bondadosamente, aunque con una expresión taimada y astuta en su rostro.

—Pero si es un espejismo —dijo Kovrin—, ¿cómo es que está aquí, y cómo se sienta en este banco? Esto no está de acuerdo con la leyenda.

—Es lo mismo —respondió el monje con tono suave, volviendo su rostro hacia Kovrin—. La leyenda, el espejismo, yo mismo, todo no es más que el fruto de su imaginación exaltada. Yo soy un fantasma.

—¿Es decir —respondió Kovrin— que no existe?

—Piense lo que quiera —respondió el monje, sonriendo burlescamente—. Yo existo en su imaginación, y dado que su imaginación forma parte de la Naturaleza, es evidente que yo debo existir en la Naturaleza.

—Veo que su rostro demuestra inteligencia y distinción —dijo Kovrin—. Sin embargo, tengo la extraña impresión de que usted ha vivido más de mil años. No creía que mi imaginación fuera capaz de crear tal fenómeno. ¿Por qué me mira con tanto arrobamiento? ¿Acaso está satisfecho de haberme encontrado? ¿Le agrada mi persona?

—Sí; ya que es uno de los pocos a los que se puede llamar con toda justicia «un elegido de Dios». Usted siempre sirve y obedece a la verdad eterna. Sus pensamientos, sus intenciones, su elevada formación científica, su vida entera están marcados con el sello de la divinidad, una impronta celestial. Estas características están reservadas a lo racional y hermoso, es decir, al Eterno.

—Se refiere usted a la verdad eterna. Por consiguiente, ¿puede ser accesible y necesaria la verdad eterna para los hombres si no existe la vida eterna?

—Existe una vida eterna —respondió el monje.

—Por la forma en que me habla veo que cree en la inmortalidad de los hombres.

—Desde luego. A vosotros, los hombres, os espera un maravilloso y grandioso futuro. Y cuantos más hombres como usted tenga el mundo, más pronto llegará. Sin ustedes, ministros de los más altos principios, que viven libre y honradamente, la humanidad no sería nada; desarrollándose en su orden natural, debería esperar el fin de su vida terrena. Pero usted, ha acelerado en miles de años la llegada de este maravilloso futuro existente dentro del reino de la eterna verdad: y este es el grandioso servicio que ha sabido llevar a cabo. Usted lleva dentro de su ser aquella bendición de Dios que descansa sobre la gente buena, sobre los hombres de corazón

limpio y puro.

—¿Y cuál es el objetivo de la vida eterna? —preguntó cada vez más intrigado Kovrin.

—El mismo que el de toda vida. La verdadera felicidad radica en el conocimiento, y la vida eterna presenta innumerables e inextinguibles fuentes de conocimientos. Fue en este sentido que Jesucristo dijo: «En la casa de Mi Padre existen muchas moradas...».

—No puede hacerse una idea —respondió Kovrin— de la alegría tan grande que siento al oírle decir esas hermosas palabras.

—Me congratulo de ello.

—Sin embargo —respondió Kovrin— tengo la plena certeza de que apenas se marche, me verá atormentado por la incertidumbre en cuanto a su realidad. Usted es un fantasma, una alucinación. ¿Quiere decir que estoy físicamente enfermo, que mi estado no es normal?

—¿Y qué si lo está? Eso no debe preocuparle. Usted está enfermo porque ha sometido a una tensión excesiva sus poderes, porque ha ofrendado su salud en sacrificio a una idea, y está cerca el día en que sacrificará no solamente esto, sino también su vida. ¿Qué más puede desear? Es a lo que aspira todo ser noble y puro.

—Pero si estoy físicamente enfermo, ¿cómo puedo confiar en mí mismo?

—¿Y cómo sabe que todos los hombres geniales en quienes ha creído todo el mundo no han visto también visiones? Ser un genio es análogo a la demencia. Créame, las personas saludables y normales no son más que hombres ordinarios, vulgares, corrientes; un rebaño de ganado. Los temores a las enfermedades nerviosas, agotamiento y decrepitud solo pueden tenerlos aquellos cuyos ideales en esta vida se basan en el presente; ese es el rebaño.

—Sin embargo —dijo Kovrin—, los romanos tenían por ideal aquello de *mens sana in corpore sano*.

—Todo lo que dijeron los romanos y los griegos no era verdad. Exaltaciones, aspiraciones, excitaciones, éxtasis, todas esas cosas que distinguen a los profetas, poetas y mártires de los hombres ordinarios, son incompatibles con la vida animal, es decir, con la salud física. Se lo repito, si quiere ser un hombre saludable y normal únase al rebaño.

—¡Qué extraño es que usted repita ahora cosas que yo pensé en tantas ocasiones! —dijo Kovrin—. Parece como si me hubiera estado espiando y hubiera llegado a enterarse de mis pensamientos secretos. Pero no hablemos de mí. ¿Qué me quiso decir con las palabras «verdad eterna»?

El monje no respondió. Kovrin le miró, pero no pudo ver su rostro. Sus formas se nublaron y desaparecieron; su cabeza y sus brazos se esfumaron; su cuerpo empezó a hacerse difuso, y llegó finalmente a confundirse con las sombras del crepúsculo.

—La alucinación se ha marchado —dijo riéndose Kovrin—. Es una verdadera lástima.

Volvió a la mansión, feliz y satisfecho. Lo que le había dicho el Monje Negro no solo había halagado su amor propio, sino su espíritu, y todo su ser. ¡Qué ideal más glorioso era ser el elegido, ser ministro de la verdad eterna, poder formar en las filas de aquellos que se apresuraron durante cientos de años en entrar en el reino de Cristo, de aquellos que se sacrificaron para que la Humanidad fuese mejor, y se viera libre de pecado y de sufrimientos, el consagrarlo todo a un ideal, juventud, fuerza, salud, morir por el bienestar de todos! Y cuando le vino a la mente su pasado, una vida casta y pura, consagrada completamente al trabajo, recordó todo lo que había aprendido y lo que había enseñado y, al final tuvo que admitir que lo que le había dicho el Monje Negro no era más que la pura verdad. No, el monje aquel no había exagerado nada.

Atravesando el parque, corriendo a su encuentro, se acercaba Tania. Llevaba un vestido distinto al que le había visto la última vez.

—¿Ya regresó? —le gritó entusiasmada, pero con cierto asombro en su cristalina voz— Estuvimos buscándole por todas partes... ¿Pero qué le ha ocurrido? —preguntó sorprendida, mirándole fijamente a los ojos, unos ojos en los que había un extraño y misterioso reflejo—. Le encuentro muy extraño.

—Estoy muy satisfecho, querida Tania —repuso Kovrin, mientras le ponía una mano sobre los hombros—. Bueno, en realidad, estoy más que satisfecho: ¡soy feliz! Tania, no encuentro las palabras exactas para decirte lo muy querida que eres para mí. Sí, Tania, estoy muy satisfecho; no puedes hacerte una idea de ello.

Besó ardorosamente sus manos, y continuó:

—Acabo de vivir los momentos más maravillosos, más felices, más encantadores de toda mi vida; algo que es imposible que pueda sucederle a un hombre sobre esta superficie terráquea... Pero no te lo puedo contar todo, ya que me tomarías por un loco, o te negarías a creerme. Deja que te hable de tu persona. Tania, te quiero. No sabes durante cuánto tiempo te he querido. El estar cerca de ti, el verte diez veces al día, ha llegado a convertirse en una necesidad para mí. No sé cómo voy a poder vivir sin ti cuando regrese a casa.

—No te creo —respondió Tania—. Estoy segura de que te olvidarás de nosotros a los dos días. Somos gente modesta, y tú eres un gran hombre.

—Estoy hablando en serio, Tania —le contestó Kovrin—. ¡Te llevaré conmigo! ¿Qué me contestas? ¿Vendrás conmigo? ¿Serás mía?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo, Andrei? —dijo Tania, tratando de reír. Pero la risa no brotó de sus labios; en su lugar, se ruborizó. Empezó a respirar aceleradamente, y luego se puso a caminar con paso rápido por el parque—. No pienso, nunca he pensado en esto, nunca pensé que podría ocurrir esto —continuó Tania, juntando las manos como en un acto de desesperación.

Kovrin se acercó más a ella, y con aquella misma expresión extraña en su rostro, trató de convencerla, diciéndole apasionadamente:

—Yo anhele un amor que tome posesión de todo mi ser, de toda mi alma; y ese amor solo tú puedes dármelo. ¡Soy feliz! ¡Cuán feliz soy!

Tania estaba asombrada y confusa, y no sabía qué decir. Fue tanta la emoción que le produjeron las palabras de Kovrin que parecía haber envejecido diez años. Pero Kovrin la vio más hermosa que nunca, y, arrastrado por la pasión que le dominaba, gritó como en éxtasis:

—¡Qué hermosa eres, querida Tania!

## CAPITULO VI

Cuando Igor Semionovich se enteró no solo del noviazgo repentino de Tania, sino también de su próximo matrimonio, se puso a dar pasos agigantados por la estancia, tratando de coordinar sus ideas y dominar su agitación. Se retorció las manos y las venas de su cuello parecían tan amoratadas como las violetas que cultivaba en sus viveros. Ordenó que engancharan los caballos en su carricoche y se ausentó de la casa. Tania, al ver cómo fustigaba los caballos y se cubría las orejas con su gorra de cuero, comprendió lo que le pasaba a su padre, se encerró en su habitación, cerró la puerta, y lloró todo el día.

En los huertos, los melocotones y las ciruelas estaban a punto de madurar. El empaquetado y envío de tan delicada mercancía a Moscú requería la máxima atención, como asimismo jaleo y bullicio. Teniendo en cuenta el intenso calor del verano, cada árbol tenía que ser regado; el procedimiento era muy costoso en aquella época, tanto por el tiempo empleado como por la energía que se debía gastar. Aparecieron los sempiternos gusanos, que los trabajadores, y hasta Igor Semionovich y Tania mataban apretándolos con los dedos, a disgusto de Kovrin, a quien asqueaba ese acto repugnante. También había que tener en cuenta los cuidados prodigados a las frutas que madurarían en otoño, y de la que habría gran demanda desde las ciudades, como lo demostraba la gran correspondencia que recibían. En el momento en que todos estaban más atareados, cuando parecía que nadie disponía ni de un segundo libre, empezaron las labores en los campos, privando a los viveros de flores de la mitad de sus floricultores. Igor Semionovich, tostado por el sol, nervioso e irritado, galopaba de un lado para otro; ahora a los jardines, luego a los campos, mientras gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones que aquel trabajo le estaba haciendo pedazos y que terminaría pegándose un tiro en la sien para acabar de una vez por todas.

Por encima de todo estaba el ajuar de Tania, al que la familia Pesotski atribuía suma importancia. Toda la casa parecía un hormiguero: ruido de máquinas de coser y de tijeras, vapor de agua producido por las planchas de hierro, aparte de los caprichos de la nerviosa y escrupulosa modista. Y para colmo de males, cada día llegaban más visitas, y todas debían ser atendidas, alimentadas y alojadas. Sin embargo, el trabajo y las preocupaciones pasaban desapercibidos en medio de la inmensa alegría que inundaba toda la extensa mansión. Tania tenía la impresión de que el amor y la

felicidad habían caído sobre ella como una de esas inesperadas lluvias de verano; aunque desde los catorce años estuvo segura de que Kovrin no se casaría más que con ella. Se hallaba en un estado de eterno asombro, duda y, desconfiaba de sí misma. En un momento se hallaba tan contenta que pensaba que volaría al cielo, y se sentaría sobre las nubes para rezarle a Dios; pero instantes después pensaba que pronto llegaría el otoño y debería abandonar la casa de su infancia y a su padre. Pero lo más curioso de todo es que tenía la idea fija de que era una mujer muy insignificante, trivial y sin importancia para casarse con alguien tan famoso como Kovrin, un gran hombre de la capital. Cuando estos pensamientos le venían a la mente, Tania subía corriendo a su habitación cerraba la puerta y se echaba a llorar desesperadamente. Pero cuando estaban presentes los visitantes, decía que Kovrin era muy guapo, que todas las mujeres iban detrás de él y que por ello la envidiaban; y en ese instante su corazón se hallaba tan repleto de orgullo y de gozo que daba la impresión de haber conquistado el mundo entero. Cuando Kovrin le sonreía a alguna mujer, los celos la devoraban, se echaba a temblar, y subía a su habitación, cerraba la puerta y volvía a echarse a llorar. Pero este estado de nervios se extendía a todo lo que hacía durante el día: ayudaba a su padre mecánicamente, sin fijarse en los papeles, los gusanos ni en si los trabajadores cumplían con sus faenas, sin siquiera darse cuenta del paso del tiempo.

Igor Semionovich se encontraba casi en el mismo estado de espíritu. Aún seguía trabajando de la mañana a la noche, yendo de los jardines a los campos y de estos a los jardines, e incluso su mal carácter había desaparecido; pero durante todo este tiempo parecía hallarse envuelto en un mágico sueño. Dentro de su robusto cuerpo parecían luchar dos hombres: uno, el verdadero Igor Semionovich, el cual, cuando oía decir a un jardinero que se había producido algún error en las plantaciones, se volvía loco por la excitación y se tiraba de los pelos; y el otro, el irreal Igor Semionovich, era un hombre que en medio de una conversación, ponía su mano sobre el hombro del jardinero y balbuceaba emocionado:

—Puedes decir lo que te plazca, amigo mío, pero la sangre es más espesa que el agua. Su madre era una mujer deslumbrante, noble, buena, una verdadera santa. Era un placer contemplar su rostro bondadoso, puro, igual que el de un ángel. Pintaba maravillosamente, escribía poesías, hablaba cinco idiomas y cantaba... Pobrecita mía. Su alma reposa en el cielo. Murió tuberculosa.

El irreal Igor Semionovich hacía un gesto afirmativo con la cabeza al pronunciar estas palabras, y, después de unos momentos de silencio, proseguía:

—Cuando él era aún un muchacho, camino de ser un hombre hecho y derecho, daba gusto verlo por la casa con aquel rostro de ángel, de mirada bondadosa y expresión noble. Su mirada, sus movimientos, su forma de hablar, todo era tan gentil y gracioso como su madre. ¡Y cuán inteligente era! No es por nada que tiene el título de *Magister*, no señor. Se lo ganó, no se lo regalaron. Pero espere un poco más, querido Iván Karlich, y ya verá lo que será dentro de diez años.



Pero al llegar a este extremo, el real Igor Semionovich se acordaba de sí mismo, se cogía la cabeza entre las manos y rugía como un toro:

—¡Malditos demonios! ¡Condenada escarcha! ¡Me han arruinado, me han destruido! ¡El jardín está arruinado; el jardín está destruido!

Kovrin seguía trabajando con su habitual tenacidad sin apenas darse cuenta del bullicio que reinaba en la casa. El amor solo vertía aceite en las llamas. Después de cada encuentro con Tania, regresaba a sus aposentos rebosante de dicha y felicidad, y se sentaba a trabajar entre sus libros y manuscritos con la misma pasión con la que la había besado y jurado su amor. Lo que el Monje Negro le había dicho sobre la elección divina, la verdad eterna y el glorioso futuro de la Humanidad proporcionó a todo su trabajo un significado peculiar, fuera de lo corriente. Una o dos veces por semana se encontraba con el monje, tanto en el parque como en la casa y hablaba con él durante horas y horas; pero esto no le asustaba; por el contrario, hallaba sumo placer en ello, ya que ahora estaba seguro de que el monje solo efectuaba tales visitas a las personas elegidas y excepcionales que se habían dedicado a los ideales más puros.

Pasó el día de la Asunción. Luego vino el día de la boda, que fue celebrada con lo que Igor Semionovich llamaba *grand éclat*, es decir, con grandes fiestas y banquetes que duraron dos días. Tres mil rublos se gastaron en comidas y bebidas; pero debido a la vil música, los ruidosos brindis y discursos, el ajetreo de los criados, las aclamaciones a los novios y a aquella atmósfera densa y asfixiante, nadie pudo apreciar ni los costosísimos vinos ni los maravillosos *hors d'oeuvres* traídos especialmente de Moscú.

## CAPITULO VII

Era una de aquellas largas noches de invierno. Kovrin se hallaba acostado en la cama, leyendo una novela francesa. La pobre Tania, a quien cada noche le dolía la cabeza debido a que no estaba acostumbrada a vivir en una ciudad, hacía ya tiempo que estaba durmiendo, y murmuraba frases incoherentes en sus sueños.

El reloj dio las tres campanadas de la madrugada. Kovrin apagó la luz y se dispuso a dormir, pero aunque permaneció con los ojos cerrados durante mucho tiempo, no logró conciliar el sueño, debido al calor de la habitación y a que Tania no cesaba de murmurar. A las cuatro y media, Kovrin volvió a encender la luz. El Monje Negro estaba sentado en una silla junto a su cama.

—¡Buenas noches! —le dijo el monje, y, después de unos segundos de silencio, preguntó—: ¿En qué pensaba en este instante?

—En la gloria —respondió Kovrin—. En una novela francesa que acabo de leer, el héroe es un hombre joven que no hace más que locuras, y muere víctima de su pasión por alcanzar la gloria. Para mí esto es inconcebible.

—Porque usted es demasiado inteligente. Considera indiferentemente la gloria como un juguete que no puede interesarle.

—Eso es cierto.

—No le interesa ser célebre. ¿De qué le sirve a un hombre que en su tumba se grave que fue famoso y célebre, si al cabo de los años el tiempo borraré, tarde o temprano, aquella inscripción? Por suerte, para las pocas personas que son como usted, sus nombres serán olvidados con prontitud por el resto de los mortales.

—Desde luego —respondió Kovrin—. ¿Para qué recordar sus nombres? ¿Para qué acordarse de ellos? En fin, dejemos esto y hablemos de otra cosa. De la felicidad, por ejemplo. ¿Qué es la felicidad?

Cuando el reloj dio las cinco, Kovrin se hallaba sentado en el borde de la cama, con los pies apoyados en la alfombra, mirando hacia el monje y diciéndole:

—En tiempos remotos, los hombres se asustaban de su felicidad, por muy grande que esta fuese y, para aplacar a los dioses, depositaban delante de sus altares su querido anillo de boda. ¿Me ha comprendido? Pues bien, actualmente, yo, igual que Polícrates, estoy un poco asustado de mi propia felicidad. Desde la mañana a la noche solo experimento dichas y alegrías; ambas cosas me absorben y ahogan cualquier otro sentimiento. Ignoro lo que es la aflicción, la desgracia, el tedio. Todo mi ser desborda felicidad por sus cuatro costados. Le hablo en serio; estoy empezando a dudar.

—¿Por qué? —preguntó asombrado el monje—. ¿Acaso piensa que la felicidad es un sentimiento supernatural? ¡No! ¿Cree que no es la condición normal de las cosas? ¡No! Cuanto más alto ha subido un hombre en su desarrollo mental y moral, más libre es; su mayor satisfacción emana de su propia vida. Sócrates, Diógenes, Marco Aurelio conocieron la dicha, pero no la aflicción. Y el apóstol dice: «Regocíjate todo lo que puedas». Regocíjese y sea feliz.

—Y los dioses se encolerizarán inmediatamente —dijo bromeando Kovrin—. Aunque también admito que me dolería mucho que ellos me robaran la felicidad, me obligaran a ser un desgraciado y a morirme de hambre.

En aquel momento se despertó Tania. Miró extrañada y aterrorizada a su marido. Vio que hablaba, que gesticulaba y reía dirigiéndose hacia la silla, sus ojos brillaban misteriosamente y su risa tenía un tono muy extraño.

—Pero Andrei, ¿con quién estás hablando? —dijo Tania, cogiendo la mano que Kovrin extendía en dirección al monje—. ¿Con quién estás hablando?

—¿Con quién? —respondió Kovrin—. ¡Pues con el monje! Está sentado ahí —añadió, señalando hacia el Monje Negro.

—No hay nadie ahí... nadie, Andrei; tengo la impresión de que estás enfermo.

Tania abrazó a su marido, apretándolo contra ella como si quisiera defenderlo de la aparición fantasmagórica, y le tapó los ojos con su mano.

—Sí, estás enfermo —dijo sollozando estremecida—. No te enfades por lo que voy a decirte, pero desde hace mucho tiempo estaba segura de que padecías de los nervios o de algo parecido. Estás enfermo... psíquicamente, Andrei.

El temor de su esposa se le contagió. Una vez más miró en dirección al butacón, ahora vacío, y sintió una gran flojedad en sus brazos y piernas. Empezó a vestirse, mientras le decía a su esposa:

—No es nada, querida Tania, nada... Pero admito que no estoy bien del todo. Ya es hora de que lo reconozca yo mismo.

—Ya me di cuenta hace mucho tiempo, y mi padre también —respondió ella, tratando de contener sus sollozos—. Hacía tiempo que había observado que hablabas contigo mismo y que te reías de una forma muy extraña. Además, no dormías, no podías dormir por las noches. ¡Oh, Dios mío, sálvanos! —gritó, presa de terror—. Pero no te preocupes, Andrei, no te asustes. Por el amor de Dios, no te asustes.

Tania también se vistió. Hasta que no se fijó en la expresión de su esposa, Kovrin no comprendió el peligro en que se hallaba. Se dio cuenta de lo que significaban el Monje Negro y sus conversaciones. Entonces se vio obligado a admitir con toda certeza de que se había vuelto loco.

Ambos, sin saber cómo, se dirigieron al salón; primero él, detrás ella. Allí encontraron a Igor Semionovich envuelto en su batín. Se había despertado al oír los sollozos de su hija.

—No te asustes, Andrei —dijo Tania, temblando como si tuviera fiebre—. No te asustes. Padre, ya se le pasará esto..., ya se le pasará.

Kovrin estaba tan nervioso que apenas podía hablar. Para despistar, procuró tratar aquel asunto en broma. En efecto, dirigiéndose a su suegro, intentó decirle:

—Felicítame, mi querido suegro, pues ya ve que me he vuelto loco.

Pero sus labios solo se movieron, sin poder emitir sonido alguno, y sonrió amargamente.

A las nueve de la mañana, Igor y su hija lo envolvieron en un abrigo, le cubrieron con una capa de pieles, y lo condujeron al médico. Este le puso en tratamiento.

## CAPITULO VIII

De nuevo llegó el verano. Siguiendo las órdenes del doctor, Kovrin regresó al campo. Recuperó la salud y no volvió a ver al Monje Negro. En el campo recuperó su fuerza física. Vivía con su suegro, bebía mucha leche, trabajaba solo dos horas al día, y dejó de beber y fumar.

La tarde del 19 de junio, víspera de la fiesta más importante de la comarca, se celebró un servicio religioso en la casa. Cuando el sacerdote esparció el incienso, todo el vasto salón empezó a oler como una iglesia. Aquella atmósfera irritaba los pulmones de Kovrin, por lo que salió de la casa y se dirigió al jardín. Una vez allí, se puso a pasear arriba y abajo hasta que, cansado, se sentó en un banco. Al cabo de unos minutos, sintiéndose ya con fuerzas, se levantó y echó a caminar por el parque. Se dirigió a la orilla del riachuelo y estuvo contemplando el agua cristalina hasta que

el piar melodioso de un ruiseñor le sacó de su abstracción. Se puso a caminar de nuevo, y llegó al pinar donde viera por primera vez al Monje Negro, pero ni los pinos ni las flores le reconocieron. Y es que, realmente, con aquellos cabellos al rape, su caminar cansino, su alterado rostro, tan pálido y arrugado, y aquel cuerpo pesado, era imposible que alguien lo hiciera.

Cruzó el arroyuelo y atravesó los campos que en ese entonces estaban cubiertos de centeno y ahora habían sido plantados de avena. El sol acababa de ponerse, y en el amplio horizonte brillaba como un horno al rojo vivo su inmensa aureola de oro.

Cuando regresó a la casa, cansado y aburrido, Tania e Igor Semionovich se hallaban sentados en los escalones de la entrada principal, tomando una taza de té. Estaban conversando, pero cuando divisaron a Kovrin se callaron, por lo que este dedujo que habían estado hablando de él.

—Es la hora en que tomes tu leche —díjole Tania.

—No, aún no. Tómala tú, yo no tengo ganas.

Tania miró de reojo a su padre e insistió:

—Sabes perfectamente que la leche te hace bien.

—Sí, sobre todo si es en grandes cantidades —repuso Kovrin—. Te felicito, he ganado una libra de peso desde el último viernes. —Se apretó la cabeza entre las manos y continuó—: ¿Por qué, por qué me has curado? Bromuros, mezclas de hierbas sedativas, baños calientes, observándome constantemente: todo esto acabará por convertirme en un idiota. Has acabado por sacarme de mis casillas. Antes tenía delirios de grandeza, pero al menos era activo, trabajador, dinámico e incluso feliz... siempre estaba contento con mi felicidad. Pero ahora me he convertido en un ser racional, materializado, como el resto del mundo. ¡Me he convertido en una mediocridad, y estoy aburrido y cansado de esta vida! ¡Oh, cuán cruelmente..., cuán cruelmente me has tratado! Admito que antes tenía alucinaciones, ¿pero qué daño le hacía a nadie el que las tuviera? Te lo repito, ¿qué daño hacía?

—¡Solo Dios sabe lo que quieres dar a entender! —intervino Igor Semionovich—. No vale la pena oírte hablar.

—Pues no necesita hacerlo.

La presencia de Igor Semionovich, sobre todo, irritaba ahora a Kovrin. Siempre le contestaba seca y agriamente a su padre político, incluso con rudeza, y no podía contener la rabia que le producía el mero hecho de que le mirase. Igor Semionovich estaba confuso, se consideraba culpable, pero sin saber qué daño le había podido causar a su yerno. Le parecía mentira que hubieran cambiado de tal forma aquellas excelentes relaciones que los unían. Tania también se había dado cuenta de ello. Cada día era más claro para ella que las relaciones entre su padre y su esposo iban de mal en peor; que su padre se había hecho más viejo y que Kovrin cada vez era más intratable y nervioso. Ya no cantaba ni reía como antes, apenas comía nada y no podía dormir por las noches.

—¡Cuán felices eran Buda, Mahoma y Shakespeare al tener la dicha de que sus

médicos no tratasen de curar sus éxtasis, alucinaciones e inspiraciones! —se decía a sí mismo Kovrin—. Si Mahoma hubiese tomado bromuro de potasio para sus nervios, trabajado dos horas al día y solo hubiese bebido leche, estoy seguro de que no habría dejado tras de su muerte absolutamente nada. Los médicos hacen todo lo que está en sus manos para convertir en idiotas a todos los hombres, y a este paso llegará el momento en que la mediocridad será considerada genialidad, y la Humanidad perecerá. ¡Si ahora pudiese tener solo una idea, cuán feliz me consideraría!

Sintió una tremenda irritación al pensar en todo esto, y para evitar decir más cosas duras e hirientes, se levantó y entró en la casa. Era una noche de fuerte ventolera, y el aroma a tabaco procedente de las plantaciones penetraba por las ventanas de su habitación. Encendió un puro y ordenó a un criado que le trajera vino: quería recordar «los viejos tiempos»... Pero ahora el tabaco era agrio y detestable, y el vino ya no tenía aquel aroma de antaño. ¡Cuántas repercusiones tiene el salirse de la práctica cotidiana, el dejar de hacer lo que se ha hecho durante años y años! Bastaron unas chupadas al puro y dos sorbos de vino para que se sintiera mareado, y se vio obligado a tomar el bromuro de potasio.

Antes de acostarse, Tania le dijo:

—Escúchame con un poco de paciencia, querido Andrei: mi padre te quiere mucho, pero tú no haces más que enfadarte con él por la mínima tontería, y esto lo está matando. Contempla su rostro; se está haciendo viejo, pero no cada día, sino en cada hora que pasa. Te lo imploro, Andrei, por el amor de Cristo, en nombre de tu difunto padre, en nombre de la paz de mi espíritu: sé bondadoso con él.

—No puedo, y tampoco lo deseo.

—¿Pero por qué? —repuso Tania, temblando—. Explícame por qué.

—Porque no me cae en gracia; eso es todo —respondió Kovrin con indiferencia, encogiéndose de hombros—. Prefiero no hablar más de esto: es tu padre.

—No puedo comprenderlo, no puedo comprenderlo —repitió Tania, mientras se llevaba las manos a la cabeza y fijaba su mirada en el vacío—. Algo terrible, espantoso, ha tenido que ocurrir en esta casa. Tú mismo, Andrei, has cambiado; ya no eres el mismo de antes. Te molestas por cosas insignificantes de las que en otro tiempo no hubieras hecho caso. No, no te enfades..., no te enfades —díjole cariñosamente Tania, mientras le acariciaba los cabellos, asustada por las palabras que acababa de pronunciar—. Eres inteligente, bueno y noble. Estoy segura de que serás justo con mi padre. ¡Él es tan bueno!

—No, no es bueno, sino que tiene buen humor —respondió Kovrin—. Estos tíos de vaudeville —del tipo de tu padre—, de rostros bien alimentados y sonrientes, tienen su carácter especial, y en otra época acostumbraba a divertirme con ellos, ya fuese en las novelas, en el teatro o en la misma calle. Son egoístas hasta el tuétano de sus huesos. Lo más desagradable de ellos es su saciedad y ese optimismo estomacal, puro bovino, o porcino.

Tania se echó a llorar y recostó su cabeza en la almohada.

—¡Esto es una tortura! —Por el tono en que pronunció estas palabras se adivinaba que estaba desesperada y que le costaba trabajo hablar sin rodeos ni tapujos —. Desde el invierno pasado no he tenido un momento de tranquilidad. ¡Es terrible, Dios mío! No hago más que sufrir y padecer...

—¡Oh, sí, desde luego! Por lo visto yo soy Herodes y tú y tu papá, unos niños inocentes.

En aquel momento la cara de Kovrin le resultó repugnante y desagradable. La expresión de odio y furor era ajena a ella. Incluso observó que algo faltaba en su rostro: aunque a su esposo le habían cortado el cabello, no era aquello lo que le hacía parecer extraño. Tania sintió un deseo intenso de decir algo insultante, pero se contuvo, y, dominada por el terror, abandonó el dormitorio.

## CAPITULO IX

Kovrin consiguió una cátedra libre en la Universidad. El día de su primera lección como profesor fue fijado para el 2 de diciembre, y una nota a tal efecto fue colocada en el tablón de anuncios de los pasillos de la Universidad. Pero cuando llegó esta fecha, las autoridades académicas recibieron un telegrama en el que Kovrin les comunicaba que no podía cumplir con aquel compromiso debido a su enfermedad.

Empezó a escupir sangre de la garganta. Al principio fue eventual, de tarde en tarde, pero más adelante los escupitajos sanguinolentos se convirtieron en torrentes de sangre. Se sintió horriblemente débil, y cayó en un estado de somnolencia. Pero esta enfermedad no le asustó, pues sabía que su difunta madre había vivido con ella durante diez años. Los médicos, también, aseguraron que no había ningún peligro, y le aconsejaron que no se preocupara, que llevara una vida normal y que hablara poco.

Al llegar el mes de enero, tampoco pudo ocupar la cátedra por el mismo motivo, y en febrero ya era muy tarde, pues el curso estaba avanzado. Por consiguiente, todo fue pospuesto para el año próximo.

Ya no vivía con Tania, sino con otra mujer, mucho más vieja que él y que lo cuidaba como si fuera su hijo. Tenía un carácter pacífico y obediente, y por ello, cuando Bárbara Nicolayevna hizo los trámites necesarios para llevarlo a Crimea, Kovrin consintió en ir, a pesar de que sabía que el cambio de clima y lugar le haría daño.

Llegaron a Sevastopol un atardecer, y se quedaron allí para descansar, pensando marchar al día siguiente a Yalta. Ambos estaban agotados por el viaje. Bárbara tomó un poco de té y se fue a la cama. Pero Kovrin no se acostó. Una hora antes de tomar el tren había recibido una carta de Tania que no había leído, y pensar en ella le producía agitación. En el fondo de su corazón, él sabía que su matrimonio con Tania había sido un error. También aceptaba que había hecho bien en alejarse de ella, pero no podía dejar de admitir que el haberse ido a vivir con esta nueva mujer lo había

convertido en un pelele entre sus manos, y se sintió vejado. Al contemplar la letra de Tania en el sobre, recordó lo injusto que había sido con ella y con su padre. Evocó aquella tarde en que, presa de un ataque de nervios, cogió todos los artículos de su suegro, los hizo añicos, los arrojó por la ventana, y contempló cómo el viento los arrastraba depositándolos en las hojas de los árboles y las flores del jardín; en cada página había creído ver unas pretensiones desmedidas, una manía de grandeza y un carácter frívolo. Esto le había producido tal impresión que se apresuró en escribirle una carta en la que confesaba su culpa. En cuanto a Tania, debía admitir que había arruinado su vida. Recordó que en cierta ocasión había sido terriblemente cruel con ella, al decirle que su padre había desempeñado el papel de casamentero, y le había insinuado que se casara con ella. Y que cuando Igor Semionovich se enteró de esto, penetró en su habitación, enfurecido como un toro salvaje, y tan enloquecido que después de echarle en cara que había pisoteado su honor, ya no pudo murmurar una sola palabra, como si le hubieran cortado la lengua. Tania, viendo a su padre en aquel estado, se puso a gritar como una loca, y cayó desvanecida al suelo. Sí, admitía que se había comportado como un ser monstruoso y repugnante.

Se dirigió al balcón, abrió la puerta y se sentó en la terraza. Desde el piso inferior de aquella posada llegaban gritos y algarabías; seguramente estaban festejando algo importante. Kovrin hizo un esfuerzo, abrió la carta de Tania y, tras regresar a la habitación, se dispuso a leerla.

*«Mi padre acaba de morir. Por esto estoy en deuda contigo, ya que has sido tú quien le ha matado. Nuestras plantaciones están arruinadas; están administradas por extraños; lo que mi padre siempre temió ha sucedido. Esto también te lo debo a ti, ya que eres el culpable de todo. ¡Te odio con toda mi alma, y deseo que pronto te mueras! ¡Solo Dios sabe cuánto estoy sufriendo! ¡Solo Él sabe el dolor que me destroza el corazón! ¡Te maldigo con todas las fuerzas de mi alma! Creí que eras un hombre excepcional, un genio; por ello te amé, pero me demostraste que solo eras un loco...».*

Kovrin no pudo seguir leyendo; rompió la carta y tiró al suelo los pedazos. Se hallaba dominado por el agotamiento y la desesperación. Al otro lado del biombo dormía Bárbara Nikolayevna; podía oír su respiración. Aquella carta le había aterrorizado. Tania le maldecía, le deseaba que se muriese. Miró hacia la puerta, como temiendo que por ella entrara aquel poder desconocido que durante dos años había arruinado su vida y las de quienes le habían rodeado.

Por experiencia sabía que, cuando los nervios se desataban, lo mejor era refugiarse en un trabajo. De modo que cogió su cartera de mano y sacó una compilación que había pensado acabar durante su estancia en Crimea si se aburría con la inactividad. Se acomodó frente a la mesa y se puso a trabajar en aquella compilación, creyendo que sus nervios se calmaban, poco a poco. Luego pensó que

para conseguir aquella cátedra de filosofía había debido estudiar durante quince años, llegado a los cuarenta, trabajado día y noche, padecido una grave enfermedad, sobrevivido a un matrimonio frustrado; había sido culpable de mil injurias y crueldades que le torturaba recordar. Sí, tenía que admitir todo esto. Había sufrido y había hecho sufrir solo para ser una mediocridad. Sí, se dio cuenta de que era una mediocridad, y lo aceptó así, pensando que cada hombre debe estar satisfecho con lo que realmente es.

Pero había muchas cosas que no podía olvidar. Los trozos de la carta de Tania, esparcidos por el suelo, avivaron más aún su tortura psíquica. Se agachó y los recogió; lanzó aquellos fragmentos por la ventana. Se sintió dominado por el terror, y tuvo la extraña sensación de que en aquella posada no había ningún ser viviente excepto él... Se dirigió al balcón. Desde allí se divisaba la bahía, con sus aguas tranquilas y las luces de los barcos. Hacía calor y bochorno, y por un instante pensó lo agradable que sería bañarse en aquellas aguas.

De repente, debajo de su balcón, oyó la música de un violin y el canto de dos mujeres. Eso le hizo recordar una escena lejana, allá en las plantaciones de Igor Semionovich. La letra de aquella canción se refería a una muchacha, enferma imaginativa, que oía por la noche en su jardín unos sonos misteriosos, y hallaba en ellos una armonía y un tono de santidad incomprensibles para nosotros los mortales... Kovrin se cogió la cabeza entre las manos, su corazón dejó de latir, y el mágico y misterioso éxtasis, olvidado hacía ya mucho tiempo, volvió a temblar en su corazón.

Una columna alta y negra, como un ciclón o una tromba marina, apareció en la costa opuesta. Se deslizaba con increíble velocidad en dirección a la posada; luego se hizo más y más pequeña, y Kovrin se apartó para dejarle paso... El monje, aquel monje de cabellos grises, cejas negras y pies desnudos, con las manos cruzadas sobre su pecho, pasó junto a él y se detuvo en el centro de la habitación.

—¿Por qué no me creyó? —preguntó en un tono de reproche, mirándole a los ojos—. Si hubiese creído en mí cuando le dije que era un genio, estos dos últimos años no habrían pasado tan triste y estérilmente.

Kovrin volvió a creer que era un elegido de Dios y un genio; recordó todas las conversaciones que sostuvo con el Monje Negro, y quiso responderle. Pero la sangre fluyó de su garganta; no supo qué hacer y se llevó las manos al pecho, empapando de sangre los puños de su camisa. Quiso llamar a Barbara Nikolayevna, que dormía tras el biombo, y haciendo un esfuerzo, gritó:

—¡Tania!

Cayó al suelo, y, levantando las manos, volvió a gritar:

—¡Tania!

Gritó llamando a Tania, al gran jardín con sus maravillosas flores, al parque, a los pinos con sus raíces al descubierto, al campo de centeno, a su ciencia, su juventud, su osadía y su felicidad, gritó llamando a la vida que había sido tan hermosa. Vio en el



suelo, delante suyo, un gran charco de sangre, y era tanta su debilidad que no pudo articular ni una sola palabra. Pero, cosa extraña, una infinita e inexplicable alegría llenó todo su ser. Debajo del balcón seguía oyéndose la música de la serenata. El Monje Negro se acercó a él y le susurró al oído que era un genio, y que moría porque su débil cuerpo había perdido el equilibrio y no podía servir más de cobertura de un genio.

Cuando Barbara Nicolayevna se despertó y salió de atrás del biombo, Kovrin estaba muerto. Pero su rostro estaba helado en una impasible sonrisa de felicidad.

# EL BURGOMAESTRE EMBOTELLADO

ERCKMANN-CHATRIAN

*Emite Erckmann (1822-1899) y Alexandre Chatrian (1826-1890), alsacianos los dos, se encontraban en Phalsbourg, donde Erckmann estudiaba la carrera de Derecho. Chatrian repetía curso en la escuela. El primero era un soñador, el segundo un vividor. Su amistad duró cuarenta años y se concretó en una fecunda colaboración literaria.*

*El cuento que hemos extractado, El burgomaestre embotellado, es una combinación de fantasía y humor. ¿Por qué una historia de fantasmas no puede ser a veces cómica?*

Siempre profesé una gran estima e incluso una cierta veneración por el noble vino del Rhin; es espumoso como el champaña, entona como el borgoña, endulza la garganta como el Burdeos, posibilita la imaginación como los licores de España, nos vuelve sentimentales como el *lacrima cristi*; en fin, por encima de todo, hace soñar, extiende ante nuestros ojos el amplio campo de la fantasía.

En 1846, hacia el fin del otoño, decidí ir en peregrinación a Johannisberg. Montado en un pobre rocín de hundidos costados, había colocado dos botijos de hojalata en sus amplias cavidades intercostales y viajaba por pequeñas etapas.

¡Qué espectáculo tan fantástico es la vendimia! Uno de mis botijos estaba siempre vacío, el otro siempre lleno; cuando dejaba un viñedo, siempre había otro en perspectiva. Mi única pena era no poder compartir este placer con un verdadero entendido.

Un atardecer, cuando el sol ya había desaparecido, aunque todavía lanzaba algunos rayos perdidos por entre las anchas hojas de vid, oí el trotar de un caballo tras de mí. Me aparté ligeramente a la izquierda para dejarle paso y ¡cuál no sería mi sorpresa! al reconocer a mi amigo Hippel, que al verme, me saludó alegremente.

Ya conocéis a Hippel, su nariz carnosa, su boca especial para la degustación, su vientre de tres pisos. Parecía el buen Sileno persiguiendo al dios Baco. Nos abrazamos con entusiasmo.

Hippel viajaba con el mismo objetivo que yo: distinguido catador, quería determinar su opinión sobre el matiz de ciertos viñedos, que siempre le habían dejado algunas dudas. Proseguimos juntos el viaje.

Hippel estaba eufórico; planificó nuestro itinerario por los viñedos de Rhingau. De vez en cuando nos deteníamos para abrazar a nuestros botijos y para escuchar el silencio reinante.

Ya había caído la noche, cuando llegamos a un pequeño albergue situado en la vertiente de la colina. Desmontamos. Hippel dio un vistazo por una ventanilla que estaba casi al nivel del suelo: sobre una mesa brillaba una lámpara, al lado de la lámpara dormía una vieja.

—¡Abrid! —gritó mi compañero—, ¡abrid, abuela!

La vieja se estremeció, se levantó y cuando llegó a la ventana, apoyó su arrugado rostro contra uno de los cristales. Parecía una de esas antiguas vidrieras flamencas en las que el ocre y el bistre se disputan la presencia.

Cuando la vieja sibila nos distinguió, esbozó una sonrisa y nos abrió la puerta.

—Entrad, señores —dijo con una voz trémula—; voy a despertar a mi hijo, sed bien venidos.

—Celemin para nuestros caballos y una buena cena para nosotros —gritó Hippel.

—Bien, bien —dijo la vieja, apresurándose.

Salió dando pequeños pasitos y la oímos subir una escalera más carcomida que la escalera de Jacob.

Permanecemos unos minutos en una sala baja, cuya atmósfera estaba viciada. Hippel corrió a la cocina y volvió para comunicarme que había constatado la existencia de varios cuartos de tocino en la chimenea.

—Cenaremos —dijo frotándose el abdomen—. Sí, cenaremos.

Las tablas rechinaron por encima de nuestras cabezas y casi al mismo tiempo un vigoroso joven, vestido con un simple pantalón, desnudo de tórax, los cabellos desmelenados, abrió la puerta, dio cuatro pasos y salió sin dirigirnos la palabra.

La vieja encendió fuego y la manteca empezó a freírse en la paella.

La cena fue servida. Pusieron sobre la mesa un jamón escoltado por dos botellas, una de vino tinto y otra de vino blanco.

—¿Cuál de las dos prefieren? —preguntó la posadera.

—Hay que verlo —contestó Hippel, ofreciendo su vaso a la vieja, que le sirvió vino tinto.

También llenó mi vaso. Lo saboreamos: era un vino áspero y fuerte. Tenía un gusto muy especial, ¡como un perfume de verbena, de ciprés! Bebí algunas copas y una profunda tristeza se apoderó de mí. Por el contrario, Hippel chasqueó la lengua con expresión satisfecha.

—¡Extraordinario! —dijo—. ¡Extraordinario! ¿De dónde lo sacáis, abuela?

—De un viñedo vecino —dijo la vieja, con una extraña sonrisa.

—Extraordinario viñedo —prosiguió Hippel, y se llenó la copa de nuevo.

Me pareció que bebía sangre.

—¿Pero qué cara pones, Ludwing? —me dijo—. ¿Te ocurre algo?

—No —contesté—, pero no me gusta el vino tinto.

—Sobre gustos no hay disputas —observó Hippel, luego vació la botella y comenzó a golpear la mesa—. ¡Del mismo —gritó—, siempre del mismo, y, sobre todo, nada de mezclas, guapa posadera! ¡Yo sé lo que hago! ¡Mil diablos!, este vino

me reanima, es un vino generoso.

Hippel se apoyó en el respaldo de su silla. Me pareció que su cara se descomponía. De un trago vacié la botella de vino blanco y la alegría volvió a mi ser. La preferencia de mi amigo por el vino tinto me pareció ridícula, pero excusable.

Continuamos bebiendo hasta la una de la madrugada; él, tinto, y yo, blanco.

¡La una de la madrugada! Es la hora en que da audiencia la señora Fantasía. Los caprichos de la imaginación extienden sus diáfanas vestiduras bordadas con cristal y azur, como las de la mosca, las del escarabajo y las de la damita de las aguas durmientes.

¡La una! Es el momento en que la música celestial acaricia el oído del soñador, sopla en su interior la armonía de las esferas invisibles. Entonces trota el ratoncillo, la lechuza extiende sus alas de plumón y pasa silenciosa por encima de nuestras cabezas.

—La una —le dije a mi compañero—, hay que acostarse, si queremos marcharnos mañana.

Hippel se levantó tambaleándose.

La vieja nos condujo a una habitación con dos camas y nos deseó un feliz sueño.

Nos desnudamos; yo fui el último en acostarme para apagar la luz. Apenas me había acostado, Hippel ya dormía profundamente, su respiración parecía el soplo de la tempestad. No pude dormir, mil sombras extrañas daban vueltas a mi alrededor; los gnomos, los diablillos, las brujas de Walpurgis ejecutaban en el techo sus danzas cabalísticas. ¡Curiosos efectos del vino blanco!

Me levanté, encendí la lámpara y, atraído por una invencible curiosidad, me acerqué a la cama de Hippel. Su cara estaba roja, su boca abierta, la sangre agitaba sus tímpanos, sus labios se movían como si quisiera hablar. Mucho rato permanecí inmóvil cerca de él, habría querido escrutar con la mirada al fondo de su alma; pero el sueño es un misterio impenetrable que, como la muerte, guarda sus secretos.

Tan pronto la cara de Hippel expresaba terror, como tristeza o melancolía; a veces se contraía, como si fuera a llorar.

Esta bondadosa cara, hecha para reír a carcajadas, tenía un extraño aspecto bajo la impresión del dolor.

¿Qué ocurría al fondo de este abismo? Veía claramente algunas olas subir a la superficie, pero, ¿de dónde provenían estas profundas conmociones? De repente, el durmiente se levantó, sus párpados se abrieron y vi que sus ojos estaban en blanco. Todos los músculos de su cara temblaron, su boca pareció querer proferir un grito de horror, luego volvió a caer y oí un lamento.

—¡Hippel! ¡Hippel! —Comencé a gritar, y le lancé un jarro de agua por la cara.

Se despertó.

—¡Ah! —dijo—. ¡Loado sea el Señor, era un sueño! Mi querido Ludwing, te agradezco que me hayas despertado.

—Está muy bien, pero ahora me contarás lo que estabas soñando.

—Sí..., mañana... Déjame dormir..., tengo sueño.

—Hippel, eres un ingrato; mañana lo habrás olvidado por completo.

—¡Pardiez! —repitió—. Tengo sueño..., no puedo más... Déjame... ¡Déjame!  
No pensaba dejarlo dormir.

—Hippel, volverás a soñar lo mismo y esta vez te abandonaré sin misericordia.  
Estas palabras produjeron un efecto instantáneo.

—¡Volver a soñar lo mismo! —gritó, saltando de la cama—. ¡Rápido, mis ropas, mi caballo, me voy! ¡Esta casa está embrujada! Tienes razón, Ludwing; el diablo vive entre esas paredes. ¡Marchémonos!

Se vistió precipitadamente. Cuando acabó, le detuve.

—Hippel —le dije—, ¿por qué huimos? Son las tres de la mañana, nos conviene dormir.

Abrí la ventana y el aire fresco que penetró en la habitación disipó todos los temores.

Apoiado al borde de la ventana, me explicó lo que sigue:

—Ayer hablamos de los más famosos viñedos de Rhingan —me dijo—. Aunque jamás haya recorrido esta región, mi espíritu pensaba en ello, y el fuerte vino que bebimos dio un sombrío color a mis ideas. Lo más sorprendente es que en mi sueño yo creía ser el burgomaestre de Welche (pueblo vecino) y me identificaba hasta tal punto con este personaje, que podría describirlo como si se tratara de mí mismo. Este burgomaestre era un hombre de altura media y casi tan corpulento como yo; llevaba un vestido con grandes faldones que tenía botones de cobre; a lo largo de sus piernas había otra hilera de botones de forma piramidal. Un tricornio cubría su calva cabeza; en fin, era un hombre de una gravedad estúpida, que solo bebía agua, apreciaba únicamente el dinero y no pensaba más que en aumentar sus propiedades.

»Al ponerme el vestido del burgomaestre, también había tomado su carácter. Me hubiera despreciado a mí mismo, Ludwing, si me hubiera reconocido. ¡El cretino burgomaestre que era! ¿No es mejor vivir alegremente y burlarse del futuro, que amontonar escudo sobre escudo y destilar bilis? Pero es igual... Heme aquí, burgomaestre.

»Me levanto de la cama y la primera cosa que me inquieta es saber si los obreros trabajan en mi viña. Para desayunar como un mendrugo de pan. ¡Un mendrugo de pan! ¡Hay que ser roñoso, avaro! Yo que me zampo mi costilla y me bebo una botella todas las mañanas. En fin, es igual; tomo, es decir, el burgomaestre coge un mendrugo de pan y se lo mete en el bolsillo. Recomienda a su vieja sirvienta fregar la habitación y preparar la comida para las once; carne de cocido y patatas, creo. ¡Una comida bien pobre! No importa... Sale.

»Podría descubrirte el camino, la montaña —me dijo Hippel—. Los veo con toda claridad.

»¿Es posible que un hombre en sus sueños pueda imaginarse un paisaje de este modo? Veía campos, jardines, prados, viñedos. Pensaba: esta es de Pedro; esta otra de

Jaime, esta de Enrique; y me detenía ante algunas de estas parcelas y me decía: «¡Diantre!, los tréboles de Jacobo están soberbios». Y más lejos: «¡Diantre! Esta fanega de viña me iría de perlas». Pero ya entonces empecé a notar una especie de adormecimiento, un dolor de cabeza indefinible. Apuré el paso. De pronto, salió el sol y el calor se hizo excesivo. Yo seguía un sendero que trepaba a través de las viñas, por la vertiente de la colina. Este sendero concluía en los escombros de un viejo castillo y detrás veía mis cuatro fanegas. Me daba prisa en llegar. Estaba muy acalorado al penetrar en las ruinas y me detuve para tomar aliento: la sangre se agolpaba en mis oídos y el corazón saltaba en mi pecho, como el martillo golpea al yunque. El sol era de fuego. Quise reemprender mi camino; pero de repente fui alcanzado como por un golpe de maza y caí detrás de un trozo de muralla y me di cuenta que había sufrido un ataque de apoplejía.

»Entonces la desesperación se apoderó de mí. «Estoy muerto —me dije—, el dinero que guardé con tantos esfuerzos, los árboles que cultivé con tanto cuidado, la casa que construí, todo perdido, todo pasa a mis herederos. Estos miserables, a los que no les hubiera dado ni un kreutzer, enriquecerán a expensas mías. ¡Oh, traidores, estaréis contentos con mi desgracia..., cogeréis las llaves de mi bolsillo, os repartiréis mis bienes, gastaréis mi oro... Y yo... yo... asistiré a este saqueo! ¡Qué espantoso suplicio!».

»Noté cómo mi alma salía del cadáver, pero permaneció de pie a su lado.

»Esta alma de burgomaestre vio que su cadáver tenía la cara azul y las manos amarillas.

»Como hacía mucho calor y un sudor de muerto le surcaba la frente, grandes moscas se posaron en el rostro; una entró en la nariz..., ¡el cadáver no se movió! ¡Muy pronto toda la cara estuvo llena de ellas y el alma desolada no pudo espantarlas!

»Estaba allí..., allí..., durante minutos que contaba como siglos: empezaba su infierno.

»Pasó una hora y el calor aumentaba: ¡ni un soplo de aire, ni una nube!

»Al fondo de las ruinas apareció una cabra; pastaba en la tierra, las hierbas salvajes que crecían en medio de los escombros. Al pasar cerca de mi pobre cuerpo, dio un brinco de lado, luego volvió, abrió sus grandes ojos con inquietud, olió los alrededores y prosiguió su caprichoso camino por la cornisa de un torreón. Un joven pastor que la descubrió corrió para llevársela, pero al ver el cadáver lanzó un grito y huyó a toda velocidad en dirección al pueblo.

»Pasó otra hora, lenta como la eternidad. Al fin se oyó un ruido de pasos detrás del recinto y mi alma vio trepar lentamente..., lentamente... al juez de paz, seguido de su secretario y de muchas otras personas. Les reconocí a todos. Al verme, exclamaron:

»—¡Es nuestro burgomaestre!

»El médico se acercó a mi cuerpo y espantó las moscas que volaron dando vueltas

como un enjambre. Miró, levantó un brazo ya tieso y dijo, con indiferencia:

»—Nuestro burgomaestre ha muerto de un ataque de apoplejía; debe estar aquí desde la mañana. Nos lo llevaremos de aquí, y es mejor enterrarlo cuanto antes, pues este calor precipita la descomposición.

»—Entre nosotros —dijo el secretario—, la comunidad no pierde gran cosa. Era un avaro, un imbécil; no entendía nada de nada.

»—Sí —añadió el juez, y parecía criticarlo todo.

»—No es de extrañar, los necios se creen siempre listos.

»—Será necesario avisar a los porteadores —prosiguió el médico—, su carga será pesada, este hombre tenía más tripa que cerebro.

»—Voy a redactar el acta de defunción. ¿A qué hora fijamos su muerte? —preguntó el secretario.

»—Pon descaradamente que ha muerto a las cuatro.

»—El avaro —dijo un campesino— iba a espiar a sus obreros para tener el pretexto de requisarles algún dinero al final de la semana.

»Luego, cruzando los brazos sobre el pecho, y mirando al cadáver, dijo:

»—Y bien, burgomaestre, ¿de qué te sirve ahora haber exprimido el pobre mundo? La muerte te ha llevado igualmente.

»—¿Qué es lo que lleva en su bolsillo? —preguntó otro.

»Sacó mi mendrugo de pan.

»—Eso era su desayuno.

»Todos estallaron en risas.

»Hablando de esta manera, la comitiva se dirigió hacia la salida de las ruinas. Mi pobre alma todavía pudo oírles unos minutos; el ruido cesó poco a poco. Me quedé con la soledad y el silencio.

»Las moscas volvieron a miles.

»No sabría decir cuánto tiempo pasó —prosiguió Hippel—, pues en mi sueño los minutos no tenían fin.

»Al cabo de un rato llegaron los porteadores, maldijeron al burgomaestre al levantar su cadáver. El alma del pobre hombre les siguió, sumida en un inexpresable dolor. Bajé de nuevo el camino por el que había venido pero esta vez veía mi cuerpo transportado ante mí en una camilla.

»Cuando llegamos a mi casa, encontré a mucha gente que me esperaba; ¡reconocí a mis primos y a mis primas hasta la cuarta generación!

»Dejaron la camilla en el suelo y todos se acercaron para observarme.

»—Es él, sin duda —decía uno.

»—Está bien muerto —decía otro.

»Mi sirviente también se acercó y juntando las manos con un aire patético, exclamó:

»—¿Quién podía prever esta desgracia? Un hombre gordo y vigoroso, de buen aspecto. ¡No somos nada!

»Fue una verdadera oración fúnebre.

»Me trasladaron a una habitación y me colocaron sobre un lecho de paja.

»Cuando uno de mis primos sacó las llaves de mi bolsillo, quise gritar de rabia. Desgraciadamente, las almas no tienen voz; en fin, mi querido Ludwing, vi cómo abrían mi escritorio, cómo contaban mi dinero, valorar mis pagarés, sellar documentos, vi cómo mi sirviente sacaba de un escondite mis mejores vestidos; y aunque la muerte me libraba de todas las necesidades, no pude evitar sentir hasta los ochavos que me quitaban.

»Me desnudaron, me vistieron con una camisa larga, me metieron entre cuatro tablas y asistí a mis propios funerales.

»Cuando me bajaron a la fosa, me invadió la desesperación: ¡todo estaba perdido! Fue entonces cuando me despertaste, Ludwing; todavía me parece oír la tierra encima de mi ataúd.

Hippel se calló y vi cómo se estremecía.

Permanecimos mucho tiempo meditabundos, sin intercambiar una palabra; el canto del gallo nos advirtió que la noche se acababa, las estrellas parecieron borrarse ante la proximidad del día. Otros gallos lanzaban al espacio sus penetrantes gritos y se contestaron de una granja a otra. Un perro guardián salió de su caseta para hacer su ronda matinal; luego una alondra, todavía soñolienta, gorjeó algunas notas de su alegre cantar.

—Hippel —dije a mi compañero—, ya es hora de marcharse, si queremos aprovechar el fresco.

—Es cierto —me dijo—, pero, ante todo, hay que comer algo.

Bajamos, el posadero estaba vistiéndose; cuando se hubo puesto la camisa, nos sirvió los restos de nuestra comida; llenó uno de mis botijos de vino blanco y el otro de vino tinto, herró las dos monturas y nos deseó un buen viaje.

Todavía no estábamos a media legua del albergue cuando mi amigo Hippel, siempre sediento, tomó un trago de vino tinto.

—¡Brrr! —Hizo como si tuviera vértigo—. ¡Mi sueño, mi sueño de la noche!

Lanzó su caballo al trote para escapar de esta visión, que se manifestaba por extrañas expresiones en su rostro; lo seguí de lejos, mi pobre rocinante reclamaba mejores modales.

Salió el sol, una tintura pálida y rosada invadió el azul sombrío del cielo; las estrellas se perdieron en medio de esta luz deslumbrante como una grava de perlas en las profundidades del mar.

A los primeros rayos de la mañana, Hippel detuvo su caballo y me esperó.

—No sé —me dijo— qué siniestras ideas me vienen a la mente. Este vino tinto debe tener alguna extraña virtud: agrada a mi garganta, pero ataca a mi cerebro.

—Hippel —le contesté—, no hay que disimular que algunos licores encierran los principios de la fantasía e incluso de la fantasmagoría. He visto entristecer a personas alegres, idiotizar a gente inteligente y viceversa, después de algunas copas de vino en



el estómago. Es un profundo misterio; ¿qué ser insensato se atrevería a poner en duda este poder mágico del alcohol? ¿No es el cetro de una fuerza superior, incomprensible, ante la cual debemos inclinar la cabeza, ya que todos sufrimos a veces su influencia divina o infernal?

Hippel reconoció la fuerza de mis argumentos y permaneció en silencio, como perdido en inmensos pensamientos.

Andábamos por un estrecho sendero, que serpentea por los bordes de Queich. Los pájaros dejaban oír su gorgojeo, la perdiz lanzaba su grito gutural, escondiéndose bajo las anchas hojas de la vid. El paisaje era magnífico; el riachuelo murmuraba huyendo a través de pequeñas torrenteras. A derecha e izquierda se extendían colinas cargadas de soberbias cosechas.

Nuestro camino formaba un recodo en la vertiente de la colina. De repente, mi amigo Hippel se quedó inmóvil, la boca abierta, las manos abiertas en actitud de estupor; luego, raudo como una flecha, se volvió para huir, pero yo agarré su caballo por la rienda.

—¡Hippel! ¿Qué te sucede? —le grité—. ¿Es que Satán te ha tendido una emboscada? ¿O es que el ángel de Balaam ha hecho brillar su espada ante tus ojos?

—¡Déjame! —decía debatiéndose—. ¡Mi sueño! ¡Es mi sueño!

—Vamos, cálmate, Hippel; el vino tinto encierra, sin duda, propiedades perjudiciales; toma un trago de este otro, es un jugo generoso que aparta los siniestros pensamientos del cerebro humano.

Bebió ávidamente; este licor bienhechor restableció el equilibrio entre sus facultades.

Arrojamos al camino este vino rojo que se había vuelto negro como la tinta; formó grandes burbujas al penetrar en la tierra y me pareció oír como unos sordos mugidos, voces confusas, suspiros, pero tan débiles que parecía que saliesen de una lejana comarca y que nuestros oídos no las podían percibir, solo las fibras más íntimas del corazón. Era el último suspiro de Abel, cuando su hermano lo derribó sobre la hierba y la tierra abrevó con su sangre.

Hippel estaba demasiado emocionado para darse cuenta de este fenómeno, pero a mí me afectó profundamente. Al mismo tiempo vi a un pájaro negro que salía de un matorral y se escapó profiriendo un chillido de terror.

—Siento —dijo entonces Hippel— que dos principios contradictorios luchan en mi ser, el negro y el blanco, el principio del mal y el principio del bien. ¡Sigamos!

Proseguimos el camino.

—Ludwing —continuó muy pronto mi amigo—, en este mundo ocurren cosas tan extrañas, que el espíritu debe humillarse temblando. Tú sabes que jamás he recorrido esta región. Bien, ayer sueño y hoy veo con mis propios ojos la fantasía del sueño erigirse ante mí; mira este paisaje, es el mismo que vi durante mi sueño. Aquí están las ruinas del viejo castillo donde tuve el ataque de apoplejía. Aquí está el sendero que recorrí y ahí abajo se encuentran mis cuatro fanegas de viña. No hay un árbol, un

arroyo, un matorral, que no reconozca como si los hubiese visto mil veces. Cuando demos la vuelta a este recodo del camino veremos al fondo del valle, el pueblo de Welche: la segunda casa a la derecha es la del burgomaestre; posee cinco ventanas en la parte alta de la fachada, cuatro abajo y la puerta. A la izquierda de mi casa, es decir, de la casa del burgomaestre, verás un hórreo, una caballeriza. Es allí donde guardaba mis animales. Detrás, en un pequeño patio, bajo un amplio tenducho, se encuentra un lagar con dos caballos. En fin, mi querido Ludwing, tal como soy, ahí me tienes resucitado. El pobre burgomaestre te mira con mis ojos, te habla por mi boca y si no me acordara que antes de ser burgomaestre, roñoso, avaro, rico propietario, fui Hippel, el vividor, dudaría en decir quién soy yo, pues lo que veo me recuerda otra existencia, otras costumbres, otras ideas.

Todo ocurrió como Hippel me lo había predicho; vimos el pueblo desde lejos, al fondo de un soberbio valle, entre dos ricos viñedos, las casas diseminadas por los bordes del río; la segunda a la derecha era la del burgomaestre.

A todos los individuos que nos encontramos, Hippel tuvo el vago recuerdo de haberles conocido; algunos le parecieron incluso tan familiares, que estuvo a punto de llamarlos por su propio nombre; pero la palabra se le quedaba en la boca, no la podía apartar de otros recuerdos. Por otra parte, al ver la indiferencia con que nos recibían, Hippel se dio cuenta de que era un desconocido y que su cara enmascaraba por completo la difunta alma del burgomaestre.

Nos detuvimos en un albergue, que mi amigo me indicó como el mejor del pueblo, pues lo conocía de muchos años.

Nueva sorpresa: la patrona del albergue era una gruesa comadre, viuda desde hacía mucho tiempo, y que el burgomaestre había deseado para segundas nupcias.

Hippel sintió un incontenible deseo de estar a su lado, pues todas sus viejas simpatías afloraron a la vez. No obstante, logró dominarse: el verdadero Hippel combatía las tendencias matrimoniales del burgomaestre. Se limitó a pedirle solamente, con la mayor amabilidad que pudo, una buena comida y el mejor vino de la comarca.

Cuando estuvimos en la mesa, una natural curiosidad llevó a Hippel a informarse de lo que había ocurrido en el pueblo después de su muerte.

—Señora —dijo a nuestra patrona con una adolorada sonrisa—, ¿debisteis conocer sin duda al antiguo burgomaestre de Welche?

—¿Es el que murió hace tres años de un ataque de apoplejía? —preguntó.

—Precisamente —contestó mi amigo, mirando con curiosidad a la señora.

—¡Sí, le conocí! —exclamó la comadre—, era un viejo roñoso que quería casarse conmigo. Si hubiera sabido que moriría tan pronto hubiese aceptado. Me propuso una donación mutua al último superviviente.

Esta respuesta desconcertó un poco a mi querido Hippel; el amor propio del burgomaestre había sido terriblemente ofendido. No obstante, se contuvo:

—Es decir, que no lo amabais, señora.

—¡Cómo es posible amar a un hombre tan feo, sucio, asqueroso, roñoso y avaro!

Hippel se levantó para mirarse en el espejo. Al ver sus carrillos llenos y rollizos, se sonrió a sí mismo y volvió a colocarse ante un pollito, que se puso a despedazar.

—De hecho —dijo—, el burgomaestre podía ser feo, asqueroso, esto no prueba nada en mi contra.

—¿Son ustedes parientes suyos? —preguntó, muy sorprendida, la patrona.

—¡No, no le conocí jamás! Solo digo que algunos son feos y otros guapos; porque tenga la nariz situada en la mitad de la cara como vuestro burgomaestre, esto no prueba que uno se le parezca.

—¡Oh, no! —dijo la comadre—. No poseéis ningún rasgo de su familia.

—Por otra parte —prosiguió mi amigo—, yo no soy avaro, lo que demuestra que no soy vuestro burgomaestre. Traed dos botellas del mejor vino que tengáis. La dama salió y aproveché esta ocasión para advertir a Hippel de que no se metiera en estas conversaciones que podrían traicionar su incógnito.

—¿Por quién me tomas, Ludwing? —exclamó, furioso—. Debes saber que yo soy tan burgomaestre como tú y la prueba es que mis papeles están en regla.

Sacó su pasaporte. La patrona volvía.

—Señora —dijo—, ¿es que vuestro burgomaestre se parecía a esta descripción? —Leyó—: Frente mediana, gruesa nariz, labios espesos, ojos grises, estatura alta, cabellos castaños.

—Más o menos —dijo la patrona—, salvo que era calvo.

Hippel se pasó la mano por sus cabellos, exclamando:

—¡El burgomaestre era calvo y nadie osará afirmar que yo soy calvo!

La patrona creyó que mi amigo estaba loco, pero como se levantó después de pagar la cuenta, no dijo nada.

Cuando llegó a la entrada, Hippel se volvió hacia mí y dijo con brusquedad:

—¡Marchémonos!

—Un instante, querido amigo —le contesté—. Primero me conducirás al cementerio donde está enterrado el burgomaestre.

—¡No! —exclamó—. ¡No, jamás! ¿Quieres arrojarme a las garras de Satán? Yo, ¡de pie sobre mi propia tumba! Sería contrario a todas las leyes de la naturaleza. ¿No te das cuenta, Ludwing?

—Cálmate, Hippel —le dije—. En este momento estás bajo el poder de potencias invencibles. Han extendido sobre ti sus finísimas redes, tan transparentes que nadie es capaz de verlas. Hay que hacer un esfuerzo para destruirlas, hay que restituir el alma del burgomaestre, y esto solo es posible en la tumba. ¿Querrías ser tú el ladrón de esta pobre alma? Sería un robo manifiesto; conozco demasiado bien tu delicadeza para suponerte capaz de una infamia tal.

Estos irrevocables argumentos le decidieron.

—Bueno —dijo—, tendré el valor de hollar estos restos de los que llevo la mitad más pesada. Dios no quiera que me sea imputado un robo tal. Sígueme, Ludwing, te

conduciré allí.

Andaba a pasos rápidos, precipitados, con su sombrero en la mano, los cabellos al viento, agitando los brazos, arrugando las piernas, como un desgraciado que cumple su último acto de desesperación y él mismo se anima para no desfallecer.

Primero cruzamos muchas callejuelas, luego el puente de un molino, cuya pesada rueda rompía la blanca capa de espuma; luego seguimos un sendero que recorría una pradera y llegamos al fin, detrás del pueblo, cerca de un muro bastante alto, cubierto de musgo y clemátides. Era el cementerio.

En uno de los ángulos se levantaba el osario, en el otro una casita rodeada de un pequeño jardín.

Hippel se lanzó hacia la casita. Allí estaba el sepulturero; a lo largo de los muros había coronas de siemprevivas. El sepulturero estaba esculpiendo una cruz; su trabajo le absorbía hasta tal punto, que se levantó muy sobresaltado cuando entró Hippel. Mi compañero le miró de una manera que le debió asustar, pues durante unos minutos permaneció sobrecogido.

—Buen hombre —le dije—, condúzcanos a la tumba del burgomaestre.

—Es inútil —dijo Hippel—. Sé dónde está.

Y sin esperar la respuesta, abrió la puerta que daba al cementerio y empezó a correr como un loco, saltando por encima de las tumbas y gritando:

—¡Es aquí... aquí... ya hemos llegado!

Evidentemente estaba poseído por el espíritu del mal pues derribó a su paso una cruz blanca. ¡La cruz de una criatura!

El sepulturero y yo le seguíamos de lejos.

El cementerio era bastante grande. Gruesas hierbas espesas, de un verde sombrío, se elevaban a tres pies del suelo. Los cipreses arrastraban por el suelo sus largas cabelleras; pero lo primero que me sorprendió fue un enrejado adosado al muro cubierto de una magnífica parra tan cargada de uvas, que los racimos caían unos sobre otros.

Andando, le dije al sepulturero:

—Aquí tenéis una viña que debe daros mucho dinero.

—¡Oh, señor! —dijo en un tono dolorido—, esta viña no me da gran cosa. Nadie quiere mi uva, lo que viene de la muerte vuelve a la muerte.

Miré a ese hombre. Tenía la mirada falsa, una sonrisa diabólica contraía sus labios y sus mejillas. No creí lo que decía.

Llegamos ante la tumba del burgomaestre, estaba cerca del muro. Ante ella había un enorme cepo de viña, lleno de jugo y que parecía saciado como una boa. Sus raíces debían penetrar hasta el fondo de los ataúdes, disputando su presa a los gusanos. Además, sus racimos eran de un rojo violeta, mientras que el de los otros eran de un blanco ligeramente rojizo.

Hippel, apoyado en la vid, parecía más calmado.

—Usted no come de esta uva —le dije al sepulturero—, pero la vende.

Palideció negando con la cabeza.

—La vende al pueblo de Welche, y hasta puedo nombrarle el albergue donde se bebe vuestro vino —exclamé—. Es el albergue de la Flor de lis.

El sepulturero se estremeció. Hippel quería lanzarse al cuello de este miserable; fue necesaria mi intervención para evitar que lo descuartizara.

—Malvado —le dijo—, me has hecho beber el alma del burgomaestre. ¡He perdido mi personalidad!

Pero, de repente, una idea luminosa acudió a su mente, se volvió hacia el muro y se puso en la célebre postura del manekempis branbazon.

—¡Loado sea el Señor! —dijo, volviéndose hacia mí—. He devuelto a la tierra la quintaesencia del burgomaestre. Me he librado de un peso enorme.

Una hora más tarde proseguíamos nuestro camino y mi amigo Hippel había recobrado su alegría natural.

# EL ARQUILLO DEL AQUELARRE

## CUENTO ANÓNIMO

*A continuación presentamos un cuento popular, recogido en el país valón (Bélgica), que refleja con bastante claridad las creencias tradicionales en el campo de la superstición.*

Mathieu Wilmart era, sin lugar a dudas, el mejor violinista de la pequeña ciudad y del país de Bouillon. Desde varios lustros, su violón hacía bailar, en diez leguas a la redonda, a los recién casados y a sus invitados; siempre era él quien en las fiestas populares atraía el mayor número de parejas, de jóvenes y viejos, con su melodía simple y seductora. En las fiestas familiares sabía hacer reír o llorar a los que le escuchaban, haciendo vibrar su instrumento como un mago; además, era muy popular y gozaba de la simpatía de todo el mundo.

Era el 15 de diciembre del año de gracia 1450. En la granja del molino Hideux, en Noirefontaine, se celebraba un gran banquete en ocasión de la boda de la hija mayor con un poderoso granjero de Curfooz. Había un gran número de invitados, abundaba comida y bebida y reinaba la alegría.

Al terminar la comida se iniciaron los preparativos para el baile. Los bailes, para todos los gustos, se sucedieron sin descanso, y la fiesta se prolongó hasta la madrugada; ya era muy tarde cuando nuestro músico, cansado, determinó marcharse a su casa.

Se hicieron esfuerzos inimaginables para disuadirlo. Unos porque su partida significaba el fin de las canciones y los bailes; otros por piedad y consideración hacia este hombre de avanzada edad que debía recorrer un largo camino antes de llegar a su destino.

—Quedaos, padre Mathieu —le decía uno—; el viento sopla del Norte y hiela hasta las piedras, y el bosque que debéis atravesar no es de fiar; sin contar los lobos y los jabalíes, están los salteadores. Y dicen que los brujos celebran en él su aquelarre.

Pero todo fue inútil. Mathieu había prometido volver hacia la medianoche y quería, a toda costa, mantener su palabra.

—Llevo una excelente provisión de vino en el estómago —replicó el testarudo ardenés—. Con mi esclavina forrada y mi bastón, desafío a lobos y a ladrones. En cuanto a las brujas o diablos, si acaso me los encuentro, los haré bailar al son de mi violón. ¡Y sea lo que Dios quiera!

Los jóvenes se reían de esta salida, mientras otros criticaban su testarudez. Insistieron hasta el final, pero fue inútil. Entonces quisieron que le acompañara el

mozo, pero él se negó rotundamente, alegando que no temía a nada ni a nadie.

Acto seguido, Mathieu se envolvió cuidadosamente en su amplia capa, se ciñó su instrumento a la espalda, en bandolera, cogió su nudoso bastón, saludó cordialmente a los invitados y se marchó con la sonrisa en los labios.

Con paso firme se dirigió a Bouillon. El cielo estaba bastante estrellado y el viento había disminuido. Solo hacía un poco más de un cuarto de hora que andaba, cuando el cielo se cubrió repentinamente de opacas y amenazadoras nubes, que sumieron la tierra en una casi total oscuridad. Entonces el músico empezó a arrepentirse de haber rechazado el cómodo albergue que le habían ofrecido y que tan soberbiamente había rechazado. Por un momento deseó volver sobre sus pasos, pero era demasiado orgulloso para reconocer que había tenido miedo. ¡Ah!, sí, se reirían de él, se burlarían... No, esto no podía ser. Y a pesar de la progresiva oscuridad, apretó el paso, con la mirada fija al frente, marchando al compás, con la cabeza erguida, confiado y resuelto... Pero no tardó en darse cuenta, para su mayor sorpresa, de que se había equivocado de camino. ¡Esto ya era el colmo! ¿Y qué hacer? ¿Continuar o volver atrás? Continuar solo serviría para perderse aún más; envolverse en su capa y acostarse bajo un árbol no le parecía seguro; podían comérselo las alimañas o morir de frío. Los copos de nieve caían aquí y allá... Pero mientras apoyado con las dos manos en su grueso bastón, Mathieu sufría una penosa ansiedad, he aquí que de pronto vislumbró una tenue luz en la lejanía.

«¡Ah, debe de ser una cabaña de leñador!», se dijo, con nuevos ánimos. E inmediatamente quiso encaminarse en aquella dirección; pero apenas había dado tres pasos, la luz desapareció. Se paró, golpeó el duro suelo con su bastón ferrado y profirió un horrible reniego que resonó lúgubrementemente en el silencio sepulcral de la inmensa y desierta campiña. Y entonces volvió a aparecer la luz. Después de unos segundos de duda, Mathieu decidió proseguir, con la mirada obstinadamente fija sobre el tan codiciado objeto. Solo se oía el rechinar de sus pasos en la reciente capa de nieve. El camino le pareció desmesuradamente largo, y solo después de muchos esfuerzos y peligrosísimos saltos, logró llegar al Camp des Montagnards, lugar donde se encontraba la luz hacia la que se dirigía con tanto esfuerzo desde hacía tantas horas... Pero su sorpresa fue enorme cuando de pronto se encontró ante un castillo de magnífico aspecto y del que nunca había oído hablar... Con sus ojos desmesuradamente abiertos miraba, miraba... Y vio pasar las elegantes siluetas de los bailarines ante las cortinas de las amplias ventanas, muy iluminadas, como negras sombras, movidas por una seductora melodía. De vez en cuando llegaban a sus orejas zumbantes ruidos de voces. Y miraba, miraba sin cesar, plácido, Lleno de estupor y de temor... Al fin, sin poder contenerse más, decidió satisfacer su exacerbada curiosidad.

Después de dar varias vueltas al inmenso edificio, ya desesperaba de encontrar la puerta de entrada cuando se le apareció un viejo, que de repente se puso a tocar la trompeta. Un puente levadizo, que Mathieu no había visto hasta aquel momento, bajó

inmediatamente; el violinista, respondiendo a la invitación del viejo, penetró en la mansión totalmente iluminada.

Había una multitud de hombres y mujeres de todas las edades, ricamente vestidos y adornados con carísimas joyas. Unos participaban en una suntuosa comida mientras otros jugaban a las cartas, al dominó, o a algún otro juego de azar; no obstante, la mayor parte bailaba incansablemente en una inmensa sala, decorada con gran lujo e inundada por una resplandeciente luz. Una música hechizadora marcaba el paso de los bailarines. Reinaba una gran animación en todas partes; gritos de alegría y comunicativas risas llenaban el aire perfumado de las distintas salas que se comunicaban entre sí.

Mathieu estaba allí, clavado en su sitio, inmóvil como una estatua, maravillado por todo aquel lujo que lo transportaba hasta enmudecerlo, cuando vio que se acercaba a él un hombre de elevada estatura, de mediana edad y simpática apariencia, que le preguntó qué deseaba. Balbuceó algunas palabras; luego, con voz dudosa que ponía en evidencia su azoramiento, dijo:

—Señor del castillo, soy un pobre músico perdido en el bosque; dignaos permitirme pasar la noche en un rincón de vuestra mansión; me marcharé al amanecer.

La persona a la que Mathieu había dirigido su ruego con tanta humildad, accedió con un simple movimiento de cabeza. Con una señal indicó a un paje que tomara el violón del músico y lo colgara de un clavo de oro que brillaba sobre el rico tapiz de la sala de baile. Este personaje, de misterioso aspecto, sonreía de un modo extraño, y allí donde su mano tocó el instrumento, ennegreció instantáneamente, como si esa mano, a pesar de su finura y lozanía, hubiese sido de fuego.

Impulsado por una irresistible curiosidad, Mathieu Wilmart empezó a examinar el lugar donde se encontraba; pero en vano intentó reconocer a alguno de los personajes que le rodeaban. Al parecer, nadie se preocupaba de su presencia insólita, en este ambiente tan elegante como ruidoso.

Escuchaba, escuchaba... Miraba, miraba... Y entonces descubrió, no lejos de él, sobre una mesa dorada, un violón que en nada se parecía al suyo, pues era incomparablemente más bello: una forma impecable, madera reluciente, adornos de plata y piedras preciosas. Y en seguida sintió un incontenible deseo de utilizarlo. Se apropió del instrumento y se dirigió, fuera de sí, hacia el estrado en que estaban los músicos —violinistas como él—, que tocaban a las mil maravillas, sin interrupción, las melodías más endiabladas. Pero cuál sería su sorpresa al reconocer entre ellos a un amigo, muerto hacía ya treinta años, que le había dado las primeras lecciones de violón.

—¡Virgen Santa, apiadaos de mí! —gritó.

Y en el mismo instante, los músicos, los bailarines, los jugadores y el mismísimo castillo, todo desapareció ante sus confusos ojos.

Cuando a la mañana siguiente, los invitados del Moulin Hideux que, por



prudencia, habían aplazado su partida, volvían a sus casas, encontraron a Mathieu Wilmart tendido sin conocimiento al pie de un enorme abeto.

—El padre Mathieu no escogió un lugar muy agradable para dormir, —no pudo aguantarse de comentar un inveterado bromista.

—Es muy original —dijo otro.

—Sin duda alguna —observó un tercero.

—Y un hombre precavido —añadió el cuarto—. Fijaos, llevaba consigo dos arquillos de violón, para no quedarse sin poder tocar si se le rompía uno de ellos.

Le friccionaron luego, después de levantarlo con mucha precaución, le dieron un poco de aguardiente. Poco a poco volvió en sí, abrió con esfuerzo los ojos, y al fin, se dio cuenta de la situación. Atribuyó al frío intenso la causa de su accidente, pero se guardó muy bien de mencionar las visiones infernales que había tenido. Juntos se dirigieron hacia Bouillon, donde se despidieron como buenos amigos.

Cuando llegó a su casa, Mathieu examinó detenidamente el arquillo que había llegado a su poder de una manera tan extraña. Un escalofrío sucedió a un sentimiento de terror, al constatar que este arquillo era un hueso humano trabajado con gran meticulosidad. Pero su sorpresa fue absoluta al leer sobre los ricos adornos de plata, el nombre de un habitante de Bouillon, considerado, y con justo título, como una persona que echaba maleficios, es decir, un brujo. Un malestar inexplicable se apoderó de todo su ser. Se tomó una tisana caliente de plantas y raíces, se echó en su camastro, y esperó que anocheciera...

Al atardecer se fue por caminos apartados, a casa de este hombre de mala reputación, que vivía en la colina de Auclin. Con el corazón, que le saltaba del pecho, abrió la ruinoso puerta que cedió sin resistencia alguna. Al ver al que buscaba le dijo, saludándolo con voz muy queda, como la de un niño asustado:

—Compadre, aquí traigo un arquillo que os pertenece, creo; me imagino que lo habéis perdido en alguna gira.

—¡Ah! —dijo Durand, con la boca muy abierta.

—Lo encontré por casualidad, y os lo devuelvo.

—¡Ah! —repitió el viejo brujo, aceptando el objeto.

Y permaneció unos instantes sin pronunciar una palabra, tanta era su emoción. Hizo un esfuerzo para dominarse y dijo al fin, con una voz ligeramente velada:

—¡Oh, oh! Mathieu, la pasada noche debisteis descubrir cosas muy singulares y... una palabra sobre ello... me haría mucho daño...

—¡Dios no quiera que yo hable de ello, compadre!

—Mathieu, sois un gran hombre. Hacéis bien en guardar silencio; pues si me quemasen vivo, cosa que seguramente ocurriría si se enterasen de que me visteis... donde, bien lo sabéis, también podrían iros mal las cosas.

Mathieu, un poco confuso, quiso marcharse, pero Durand lo llamó y, acercándose a su oído derecho, murmuró con voz muy baja:

—Decidme, Mathieu: ¿quiénes son vuestros enemigos? Esta noche echaré un

maleficio sobre sus animales, o incluso les puedo contagiar a ellos mismos alguna enfermedad depresiva que acabará con ellos para siempre.

—No tengo enemigos —contestó tímidamente Wilmart—, y Dios no quiera que desee el mal del prójimo.

—Entonces, ¿en qué puedo seros útil? Decidme, os escucho, estoy a vuestras órdenes, Mathieu.

—¡En nada! —contestó resuelto el violinista, que maquinalmente se dirigió hacia la puerta: se ahogaba.

—Hablad con franqueza, Mathieu: ¿Qué queréis de mí? Como recom...

—Nada, Durand, absolutamente nada, os lo repito. No obstante, me siento muy feliz de poder devolveros un arquillo tan bello.

—Un arquillo extraordinario, este arquillo del aquelarre. Pero debo regalaros algo, un don, padre Mathieu, como recompensa por vuestro servicio.

Mathieu Wilmart iba a protestar, explicando su desinterés, cuando una voz misteriosa dijo: «Dale esta bolsa». Y al instante, apareció un hombre de siniestro aspecto, que no estaba en casa del brujo cuando llegó Mathieu. El violinista quiso huir, pero una fuerza invencible le retuvo; sus piernas temblaban y su frente se cubrió de sudor.

—Acepta —le dijo Durand.

—Sin duda será alguna obra de los malos espíritus —objetó con timidez el violinista.

—Es un talismán —respondió el desconocido, con una cierta arrogancia—. Un talismán que puede utilizarlo sin temor un cristiano.

Mathieu permaneció mudo e inmóvil; un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—Dale esta bolsa —prosiguió Durand—. Le gustará hurgar en ella, pues siempre contendrá seis libras parisis, de gran valor.

—Si esta bolsa es obra del diablo, ¡que sea condenado! —añadió el extraño personaje, riendo amargamente.

Estas palabras parecieron convencer y tranquilizar a Mathieu Wilmart, que alargó una mano temblorosa y aceptó el tentador presente. Luego, envolviéndose en su amplia esclavina, huyó como un malhechor en el crepúsculo.

Mathieu Wilmart, que finalmente había sucumbido a la tentación, tantas veces hurgó en la bolsa maravillosa, que en poco tiempo se convirtió en propietario de una bonita casa y se puso a vivir como un rico burgués. Nada jactancioso, ¡no, eso no!, pero algo orgulloso, es decir, un poco vanidoso... No obstante, continuaba haciendo bailar a las gentes en las fiestas y festines; solo que ahora poseía una mula para sus desplazamientos y un criado que le llevaba su violón.

Sin embargo, la nueva manera de vivir del violinista excitó algunos celos en la

pequeña ciudad de Bouillon y provocó miles de habladurías contradictorias... Inacabables chismes circularon por la plaza para extenderse más allá... Se discutió, se insinuó... Y la versión más extendida era que Mathieu Wilmart había encontrado un tesoro que escondía en algún lugar secreto. Pero nadie osaba hablarle de ello, ni tan solo aludir a la nueva situación, pues todos lo querían.

No obstante, Mathieu tenía cuatro sobrinos, que eran hermanos, con los que no tenía ninguna relación debido a su conducta. Bebedores infatigables y vagos incorregibles, vivían de la rapiña y de otros medios de existencia no menos condenable. Un día que estaban de juerga, la conversación recayó sobre la fortuna de su tío, y el mayor dijo:

—El tío Mathieu es rico, todos lo sabemos; y solo nosotros podemos heredar su fortuna. Lo que pasa es que no parece querer «reventar». Los tiempos son duros..., ¿no es cierto? Entonces...

—¿Entonces...? Pues bien, hagámoslo «reventar» —dijo uno de ellos, sonriendo.

—¿Y por qué no? —añadió el más cínico de los cuatro.

—Por supuesto, si no quiere morir amablemente... —añadió el más joven.

Y la conversación que había empezado en un tono de broma macabra, tomó otro cariz: matarían al tío Mathieu, sin más.

Enterándose de que un sábado por la noche debía ir a La Grenelle, le fueron a esperar al borde del bosque: el violinista no pudo evitar el destino. Cuando llegó a una peligrosa encrucijada, los cuatro tunantes salieron de su escondite y se echaron a la vez sobre su víctima, que pereció en pocos segundos... Pero apenas habían empezado a vaciar sus bolsillos, un individuo de siniestro aspecto, apareció de repente, se lanzó sobre el cuerpo, sacó de la alforja una pequeña bolsa y desapareció diciendo:

—Este es el fruto de mis dones.

Una risa siniestra, estridente, execrable, siguió a estas palabras.

Los asesinos de Mathieu Wilmart fueron muy pronto apresados y juzgados. Se dice que el preboste de justicia les hizo colgar de los árboles detrás de los que se habían escondido: de aquí viene que este lugar fuera denominado por mucho tiempo: «La encrucijada de los cuatro hermanos».

# LA RENTA ESPECTRAL

## HENRY JAMES

*Henry O. M. James (1843-1916) nació en Nueva York en el seno de una familia acaudalada. Una prolongada estancia en Europa durante su infancia despertó en él una gran pasión por la cultura europea, que le dominó a lo largo de toda su vida. Después de recibir una educación poco sistemática y cursar estudios de Derecho en la Universidad de Harvard, en 1865 empezó a colaborar con artículos y relatos cortos en diversas revistas y periódicos. En 1871 publicó su primera novela «Watch and Ward», y en 1875 su primer volumen de relatos cortos. En este mismo año se trasladó a Europa, y se estableció finalmente en Londres en 1876, donde vivió durante más de veinte años.*

*Henry James es un escritor dotado de gran ingenio, que ha sabido reflejar con indudable maestría y delicados matices psicológicos los caracteres complejos de la gente ultracivilizada. Como muestra de ello, hemos seleccionado esta historia.*

Acababa de cumplir veintidós años cuando terminé mis estudios superiores. Me encontré en plena libertad de escoger mi futura carrera, y lo hice sin mayores vacilaciones. Ciertamente que luego la abandoné con idéntica rapidez, lo admito, pero nunca he lamentado aquellos dos alegres años de experiencia perpleja y excitante, aunque también agradable y provechosa. Sentía una gran inclinación por la teología y durante ese lapso fui un admirador y lector entusiasta de las obras del doctor Channing. Esta era una teología atrayente y de exquisito sabor; parecía, al leerla, como si se ofreciera una rosa fragante desprovista de espinas. Más adelante, por razones íntimamente vinculadas con mi afición por la teología, decidí entrar en el Divinity School. Durante toda mi vida he procurado no perder de vista lo que hay detrás del drama humano de la vida. Por ello consideré que debía desempeñar mi papel, con pocas posibilidades de aplausos (al menos de mí mismo), en aquella apartada y tranquila casa de apacible casuística, con su respetable avenida a un lado, y su contacto con la verde campiña y los extensos terrenos de bosque al otro. Cambridge, para los amantes de los bosques y campos, ha cambiado mucho desde aquellos días, y ya no posee aquella deliciosa mezcla de pastoral y escolástica quietud. Sí, en aquella época era un hermoso centro docente rodeado de bosques; una bella combinación de la madre Naturaleza con la diosa de la cultura. Lo que hoy día es Cambridge no tiene nada que ver con mi historia; sin embargo, no me cabe la menor duda de que aún existen en sus aulas esos graduados orgullosos del saber

adquirido que gozan, a la llegada del verano, de las bellezas naturales próximas a ese prestigioso centro de la cultura inglesa. Por lo que a mí respecta, no lo pasé muy mal en Cambridge. Me otorgaron una habitación en la planta baja, cuyas amplias ventanas daban a un gran patio. Apenas me alojé en ella, colgué en sus paredes unos cuadros de Overbeck y Ary Scheffer, arreglé mis libros, y los clasifiqué con sumo refinamiento, sobre las estanterías que había encima de la chimenea, y me puse a estudiar las obras de San Agustín y Plotino. Entre mis compañeros había dos o tres de excelentes cualidades, con los que a veces tomaba una taza de té junto al fuego de la chimenea. Después de profundos estudios, conferencias, coloquios y largas meditaciones, mientras paseaba por los bosques, mi iniciación en el aspecto clerical progresó bastante, con gran placer de mi parte.

Intimé más con uno de mis camaradas, con quien tenía gustos afines, y pasaba la mayor parte del tiempo con él. Por desgracia, adquirió un mal grave en una de sus rodillas, lo que le obligó a llevar una vida sedentaria; y como yo era un fanático enamorado de pasear por los bosques, esto se interpuso en nuestra naciente amistad. Yo tenía la costumbre de andar por el bosque sin más compañía que mi bastón y un libro; con estas caminatas, y la lectura no necesitaba compañía alguna. A este placer podía añadir el que me proporcionaban mis ojos, pues siempre he sido un hombre observador. Me deleitaba fijándome en todas las cosas interesantes que encontraba durante aquellos paseos por la campiña. Sí, mis ojos y yo estábamos en excelente armonía.

Tanto, que, en honor a la verdad, debo admitir que precisamente gracias a esta inquietud por todo lo que me rodeaba y a mi observación inquisitiva de todas las cosas interesantes, aconteció la historia que voy a narrar.

Aunque la campiña que rodea a Cambridge es actualmente muy hermosa, lo era aún más hace treinta años. En efecto, en aquella época no existían esos chalets que hoy han inundado los verdes prados robándole parte de sus encantos naturales, sobre todo en la zona de Waltham Hills, donde las sombrías formas de aquellas villas, con sus plantas y flores extrañas presentaban un feo contraste en yuxtaposición con el medio ambiente sencillo y rústico. Incluso los modestos senderos de entonces poseían esa gracia de la que carecen las numerosas carreteras modernas que hoy atraviesan los campos y bosques de la zona de Cambridge. En cuanto a las personas, tampoco se ven ahora aquellas viejecitas que hilaban pacientemente sentadas en el pórtico de sus casas, cubriendo sus venerables frentes con aquella especie de cofia tan típica de Cambridge. Aquel invierno fue muy duro; hacía mucho frío, pero había poca nieve, y los caminos estaban seguros y firmes, y me permitió, por lo tanto, dar mis cotidianos paseos a través del bosque y la campiña.

Una helada tarde de diciembre me encaminé hacia el vecino pueblo de Medford. Mientras andaba observé los pálidos y fríos matices del cielo, semejantes al ámbar transparente, lo cual, no sé por qué, me hacía recordar la sonrisa de una hermosa mujer. Cuando ya empezaba a anochecer, llegué a un estrecho camino por el que

nunca había transitado, e imaginé que por él podría acortar el trayecto de regreso a casa. Me hallaba a tres millas de distancia y se me había hecho tarde.

Así pues, eché a andar por aquella extraña senda. Cuando llevaba caminando más de diez minutos, me di cuenta de que tenía un aspecto bastante extraño: las huellas de las ruedas de los carros parecían viejas y reseca, y el silencio era impresionante. Sin embargo, un poco más abajo había una casa, por lo que deduje que aquel misterioso camino antaño debió ser una vía pública. Instantes después llegué a dicha mansión y sentí una gran curiosidad apenas me vi ante ella. Me detuve delante de su jardín abandonado, con una vaga mezcla de curiosidad y temor incomprensibles. Era una casa como todas las existentes por aquella zona, excepto que tenía una hermosa estructura arquitectónica dentro de su clase. Se hallaba situada sobre una pendiente cubierta de hierba, con un gigantesco olmo delante de su fachada anterior, y detrás un gran cobertizo de negro tejado. Era de grandes dimensiones y tenía aspecto de ser una construcción sólida. Debía ser antigua, pues al menos las maderas delicadamente grabadas de su puerta y pórtico, pertenecían a ese estilo arquitectónico tan típico del siglo pasado.

A simple vista se podía observar que en su tiempo estuvo pintada de blanco, pero el paso de los años había apagado aquella blancura, que ahora presentaba una tonalidad gris, sin vida. Detrás de la casa había un grupo de manzanos, de tronco descarnado y extraño aspecto, que en aquel profundo silencio parecían árboles muertos aún sujetos a la madre tierra. Todas las ventanas mostraban sus bisagras enmohecidas, corroídas, y sus persianas estaban ligeramente entornadas. No había ninguna señal de vida dentro de aquella mansión; sin embargo, al aproximarme, me pareció que tenía un aire familiar, una audible elocuencia. Siempre he pensado en la impresión que me produjo a primera vista aquel gran edificio colonial, lo cual corrobora que la inducción puede a veces estar cerca de la adivinación, o ser análoga a ella, ya que, después de todo, no había ningún hecho que garantizase la formal percepción que hice.

Me volví y crucé el camino. Los últimos rayos rojos del sol al ponerse en el horizonte parecían hacer desaparecer la casa, reflejándose por unos instantes en lo que fuera su fachada blanca, arrancando misteriosos destellos de aquellas vetustas ventanas sobre el pórtico. Luego desapareció el rey de los astros, y el viejo edificio quedó envuelto en fantasmagóricas sombras. En este preciso instante, me dije a mí mismo: «Esta casa está encantada».

De inmediato, sin saber por qué, creí a pies juntillas en aquella idea que me vino a la mente; idea que, por añadidura, me causó un gran placer. Y es que estaba íntimamente vinculada con el aspecto de la casa que acababa de ver y lo explicaba todo. Si me hubieran preguntado media hora antes, habría contestado, como cualquier otro hombre consagrado a los estudios de lo sobrenatural, que no existían casas encantadas. Pero fue tan fuerte la impresión, que algo en mi interior aseguraba lo acertado de mi convicción.

Cuanto más observaba aquella mansión, más profundo me parecía el secreto que ocultaban sus paredes. Me puse a dar vueltas alrededor de la misma, observando cuidadosamente cualquier detalle que pudiera corroborar esa certidumbre de que aquel edificio estaba encantado. Miré a través de todos los boquetes existentes en sus paredes, sintiendo una pueril satisfacción al poner mi mano sobre el pomo de la puerta y hacerlo girar con suavidad. ¿Qué hubiera hecho si se hubiera abierto? ¿Me habría atrevido a penetrar en aquella silenciosa obscuridad? Por fortuna, mi audacia se vio frenada: la puerta era extremadamente sólida e incluso me fue imposible empujarla unos milímetros.

Al fin me alejé de ella, pero volviendo la mirada con insistencia. Luego eché a andar y después de un largo trayecto alcancé el camino principal. A cierta distancia de donde había visto aquella vetusta y misteriosa mansión se encontraba una magnífica y confortable casita de recreo, que hacía más patente a mis ojos la diferencia existente entre una casa normal y otra embrujada. Esta casita de recreo estaba recién pintada de blanco y su amplio y vistoso porche estaba cubierto de una hermosa cristalera color verde botella. Había un coche de caballos a la puerta de aquella casa, con dos personas que parecían estar despidiéndose de los dueños de la misma en aquel momento. Al acercarme más a ella, pude ver a través de sus ventanas sin cortinas, una salita de estar en cuya mesa estaban colocadas las tazas de té con el que probablemente habrían obsequiado a aquellos visitantes. La señora de la casa había acompañado a sus huéspedes hasta la puerta, y cuando estos partieron en el coche les saludó durante unos instantes con la mano; tiempo suficiente para que yo pudiera observar a esas personas. Aquella señora era una mujer joven, de ojos muy negros, y estuve a punto de acercarme y hablar con ella. Mas luego cambié de idea, me detuve ante ella y le pregunté, después de saludarla con cortesía:

—¿Me podría decir a quién pertenece la casa que está allí abajo, junto al camino, aproximadamente a una milla de aquí?

La mujer pareció sorprendida por un instante; se sonrojó y contestó:

—Los hombres de esta tierra nunca bajan por este camino.

—Utilizando esa senda se ahorra mucho tiempo y distancia para ir al pueblo de Medford —respondí—, y no dudo que los hombres de este lugar no sean prácticos como todos los buenos campesinos.

—Es posible que al no ir por ese camino se tarde más en llegar al pueblo —dijo la mujer—, pero nadie lo utiliza por nada del mundo.

Era interesante la respuesta de aquella señora, es decir, bastante extraña. Un buen norteamericano, con el sentido tan práctico que posee, debía tener muy poderosas razones para perder tiempo utilizando un camino más largo. Por ello volví a preguntar:

—Pero, dígame, ¿ha estado alguna vez en esa casa?

—No, nunca la he visto.

—¿A quién pertenece? —insistí.

La mujer se echó a reír y miró hacia otro lado, cual si temiera que un extranjero interpretara sus palabras como fruto de una campesina supersticiosa.

—Supongo que pertenecerá —repuso— a los que viven en ella.

—¿Pretende decir que esa casa está habitada? —dije—. Sin embargo, está completamente cerrada.

—Eso no significa nada —me respondió con cierta ironía—, pues nunca nadie entra ni sale de allí, por lo que no veo ninguna diferencia.

Acto seguido intentó marcharse, pero lo retuve respetuosamente por el brazo.

—¿Quiere decir que esa casa está encantada? —pregunté.

La mujer se asustó, se llevó los dedos a sus labios ruborizándose, y entró con rapidez a su casa para correr las cortinas de las ventanas.

Durante muchos días estuve pensando en aquella aventura, reservándome el placer de guardarla para mí solo. Si la casa no estaba encantada era una tontería de mi parte el excitar en vano mi imaginación, y si lo estaba, resultaba agradable vaciar la copa del horror sin dejar que nadie la probara. Desde luego, decidí regresar a ese camino, y una semana más tarde —era el último día del año— volví sobre mis pasos a aquel lugar. Me acerqué a la casa por una dirección opuesta a la que utilicé la primera vez, y llegué a la misma hora que entonces. La luz era cada vez menor a la caída del sol, y el cielo bajo y gris; el viento soplaba con fuerza barriendo la arena reseca del jardín y haciendo estremecer las hojas de los árboles. Allí estaba la casa, delante de mis ojos, como queriendo defenderse del crudo invierno en su siniestro hermetismo, envuelta en su halo de misterio. Si en aquel instante se hubieran abierto sus puertas, no habría dudado en penetrar en ella y dejar que sus paredes me atraparan. ¿Quiénes serían los misteriosos propietarios que había mencionado aquella mujer? ¿Qué se había visto u oído en aquella casa? ¿Qué cosas se contaban de ella? ¿Existía alguna leyenda o algún hecho verídico en relación a la misma? La puerta seguía tan firme y resistente como la primera vez, y todos mis intentos por abrirla resultaron en vano. Ninguna de las ventanas cedió a mis furiosos puñetazos, y ningún rostro misterioso se asomó a ellas. Desesperado, di numerosos golpes con el pesado y mohoso picaporte, pero solo conseguí que aquellos ruidos resonaran con espantoso eco en la mansión vacía.

No sé lo que habría hecho a continuación de no haber percibido que por el mismo camino por donde yo había bajado antes avanzaba ahora una persona solitaria. Pensé que haría el ridículo si me viera en aquella extraña actitud, y por mi mente pasó la idea de refugiarme entre los arbustos del jardín, cosa que hice de inmediato. Instantes después observé que el recién llegado avanzaba recto hacia la casa. Era un hombre de baja estatura, de avanzada edad y con el aspecto más extraño que jamás he visto en mi vida. Iba envuelto en una larga capa de corte militar, y avanzaba penosamente apoyándose en un bastón nudoso, mas con aire decidido y resuelto. Después de caminar durante unos minutos, se detuvo ante la casa. La contempló con detenimiento, observando todos sus detalles, como si estuviera contando todas las



ventanas o tratando de localizar una marca o señal determinada. Después se quitó el sombrero y se inclinó suave y solemnemente, como si estuviera llevando a cabo un acto de obediencia o respeto.

Dada la posición del viejo, me fue más fácil observarle. Se trataba, como ya dije antes, de un anciano de baja estatura, mas era difícil afirmar si pertenecía a este mundo o al otro. Su cabeza me hizo recordar vagamente a las pinturas de Andrew Jackson. Tenía cabellos grises, pero tiesos como los pelos de un cepillo y su rostro, cuya piel era como un pergamino egipcio, estaba pálido. Sus ojos brillaban intensamente bajo la sombra de unas pobladas cejas que, cosa curiosa, habían permanecido negras. Sus facciones, lo mismo que la capa que llevaba, parecían pertenecer a un militar retirado de modesto rango, pero ello no obstaba para darle el aspecto de una persona autoritaria, fría, excéntrica y grotesca. Cuando terminó su salutación, avanzó hacia el portal, se detuvo, revolvió los bolsillos de su raída capa y sacó una llave. Introdujo esta en la cerradura y la hizo girar. Mas la puerta no se abrió de inmediato. El anciano meneó la cabeza, aplicó el oído a la madera y luego miró en dirección al misterioso camino. Satisfecho o tranquilizado, apoyó su hombro contra la hoja, empujó firmemente y, por fin, esta se abrió dejando ver una negra oscuridad tras ella. Volvió a detenerse en el umbral, se quitó el sombrero e hizo otra reverencia. Luego penetró en la casa y cerró la puerta tras suyo. ¿Quién demonios era este hombre y qué hacía en aquel lugar? Parecía uno de esos personajes sacados de un cuento de Hoffmann. ¿Era un espectro o un ser de carne y hueso? ¿Un inquilino de la casa o un visitante amigo del propietario de la mansión? Por lo demás, ¿qué significaban aquellas reverencias, y qué pretendía hacer en la profunda oscuridad de la casa? Salí de mi escondrijo y me encaminé a una de las ventanas, espiando a través de ella. Luego me dirigí, una por una, a las otras, observando que durante el intervalo que empleaba en pasar entre ellas, se hacía visible un rayo de luz entre las hendiduras de las persianas. Era obvio que el anciano intentaba encender todas las luces posibles. ¿Acaso iba a dar una fiesta? ¿Una reunión de fantasmas? Mi curiosidad aumentó aún más, pero nada podía hacer por satisfacerla. Por un instante quise acercarme a la puerta y golpear en ella, pero desistí inmediatamente, e intenté hallar la forma de romper el maleficio de aquella mansión, si es que en realidad lo tenía. Acto seguido me puse a dar vueltas alrededor de la casa tratando de abrir alguna de las ventanas bajas. Al principio no pude lograrlo, pero al fin di con una que no me opuso ninguna resistencia. Comprendía perfectamente que había un riesgo en lo que estaba haciendo, pues no solo me exponía a ser visto, sino a ver algo que no debía... Pero la curiosidad, como dije antes, se había transformado en inspiración, y el peligro era demasiado agradable.

A través de las hendiduras de las persianas pude ver una habitación iluminada por dos cirios colocados en candelabros de bronce sobre el manto de la chimenea. Parecía ser una especie de salón privado, y conservaba todo su mobiliario, consistente en divanes, sillones, mesas y cornucopias pasados de moda, muy antiguos. Pero aunque

aquella estancia estaba amueblada, tenía un extraño aire de estar deshabitada. Desde mi posición, no podía verlo todo, por lo que no me di cuenta que a mi derecha había una puerta plegable. Estaba ligeramente abierta, y la luz del cuarto adyacente se filtraba a través de ella. Permanecí inmóvil durante unos minutos, pero al final comprobé que la habitación estaba vacía. Luego percibí que una sombra alargada se proyectaba en el muro situado frente a la puerta plegable. Era alta y grotesca. Daba la impresión de corresponder a una persona sentada de perfil, completamente inmóvil. Creí reconocer en ella la nariz arqueada de mi pequeño viejecillo. Había una extraña sensación de quietud en su postura; parecía estar sentado y observar algo con atención. Estuve largo rato contemplando la susodicha sombra, pero nunca se movía.

Al fin, cuando mi paciencia ya empezaba a agotarse, se movió con lentitud, se elevó y su primitiva forma desapareció. No sé lo que hubo sucedido luego, pues instintivamente cerré las persianas por donde contemplaba aquel extraño espectáculo. ¿Fue por delicadeza? ¿O por pusilanimidad? No podría asegurarlo. No obstante, me quedé en aquel sitio confiado en que mi extraño viejecillo reaparecería. No me equivoqué: el anciano volvió a salir, mirando de la misma manera que antes y haciendo idénticas inclinaciones y reverencias. (La luz que hasta entonces había observado desapareció de las ventanas). El viejecillo, luego de efectuar su pequeña ceremonia, se encaminó por donde había venido. Durante unos instantes tuve la intención de dirigirme a él, pero me contuve y dejé que desapareciera en un recodo del misterioso camino. Quizá se pensará que fue una delicadeza de mi parte, pero, en el fondo, creo que no tuve valor para detenerlo y hablar con él. Incluso consideré que aquel anciano tenía derecho a no ser observado, aunque, por otro lado, yo también tenía el derecho de poder fijarme en todo lo que quisiera, máxime si tenemos en cuenta que aquel individuo parecía más bien un fantasma que una persona normal y corriente. Al fin me alejé por el camino opuesto al que él había tomado, no sin sentir la tentación, algo tardía, de seguirle a cierta distancia y ver adónde se dirigía, aunque esto también me pareció una falta de delicadeza. Por lo demás, he de confesar que estaba tan entusiasmado con mi pequeña aventura, que deseaba paladearla poco a poco, arrancando hoja por hoja de la margarita, como vulgarmente suele decirse.

Durante algún tiempo aspiré el misterioso perfume de esta flor, ya que su aroma me había fascinado. Proseguí mi marcha, y volví a pasar por delante de la casita de recreo existente en el cruce de caminos, pero no vi a la mujer supersticiosa ni al viejecillo, ni a ningún ser de este mundo ni del otro. Tuve sumo cuidado de que nadie me avistara, ya que, a mi juicio, un buen observador debe pasar desapercibido hasta el momento en que descubre lo que tenía por misión averiguar. Así pues, me quedé con la expectativa de volver a encontrarme con aquel viejecillo algún día, en algún lugar. Pero a medida que pasaba el tiempo y el anciano no aparecía por ninguna parte, acabé por perder toda esperanza de verlo. Sin embargo, tenía la corazonada de que debía vivir en aquella vecindad, máxime si tenemos en cuenta que había hecho su peregrinaje a la misteriosa mansión a pie, tratándose de un hombre de avanzada edad.

De haber vivido a mucha distancia, seguramente habría viajado en alguno de esos viejos y destartalados coches de caballos que se utilizaban durante el siglo pasado; un vehículo tan venerable y grotesco como él mismo.

Un día me dirigí paseando al cementerio de Mount Auburn, un lugar que durante mi infancia poseía un encanto místico del que hoy carece, dadas las reformas modernas efectuadas en él. Contenía más arces y abedules que cipreses y sauces. No parecía una ciudad de los muertos, sino más bien otro pueblo de la comarca, donde todo el mundo podía penetrar y perturbar el sagrado descanso de sus habitantes fenecidos. Aquel día despertaba la primavera, ya que días antes había acabado el invierno, y el suelo desprendía ese olor tan grato de tierra fresca y lozana. El sol se hallaba cubierto por un cúmulo de ligeras nubes, pero calentaba algo. Anduve por los caminitos del cementerio, hasta que de pronto, al llegar a un recodo, percibí una extraña figura sentada en un banco contra una valla tapizada de madreselvas silvestres.

Aquella persona me era familiar, la había visto en alguna parte. Aunque estaba de espaldas a mí, comprendí quién era al observar su raída capa. Sí, no estaba equivocado: Se trataba del extraño viejecillo que visitó la casa encantada. Allí se me presentaba la oportunidad que tanto había anhelado: la de acercarme a él y hablarle. Di un rodeo y me acerqué a él de frente. El anciano me vio al final del sendero, pero permaneció inmóvil, con las manos apoyadas en el pomo de su bastón; mas cuando se percató de que me dirigía hacia él, me miró con aquellos ojos penetrantes bajo sus negras cejas. A cierta distancia, estas cejas tan oscuras daban una extraña sensación; tanto, que fue lo único que observé en su rostro. A medida que me acercaba a él, comprendí que se trataba de un pobre anciano inofensivo, un viejo *gentleman*. Me detuve ante él, le saludé con cortesía y le pedí permiso para sentarme en el mismo banco que él. Aprobó mi petición con un gesto mudo pleno de dignidad, y me acomodé a su lado. En esta postura podía observarle de reojo con todo detalle. Comprobé que a la luz del sol era un ser mucho más extraño que cuando lo vi bajo la pálida luna aquella noche en la casa encantada. Los rasgos de su rostro eran tan rígidos como si hubieran sido esculpidos en roca granítica por un hábil artista. Sus ojos tenían una mirada llameante, su nariz era espantosa y su boca estaba herméticamente cerrada, como una vieja concha marina. Sin embargo, pensé que, a pesar de todos estos siniestros detalles personales, se trataba de un anciano y apacible caballero. Habría apostado que se hubiera alegrado en poder sonreírme, pero, evidentemente, sus rasgos faciales no se lo permitían: habían adoptado aquella rigidez hacía ya muchos años, y era muy tarde para suavizarlos, por mucho interés que pusiera en intentarlo. Me pregunté si se trataría de un anciano demente, pero pronto deseché esa idea, ya que no tenía aspecto de serlo. Lo que en realidad reflejaba su rostro era una profunda y gris tristeza; quizá su corazón estuviera roto, mas su cerebro permanecía intacto. Las ropas que llevaba estaban raídas, pero limpias, y su vieja capa azul había sido cepillada durante más de medio siglo.

Me apresuré en hacer ciertas observaciones sobre el hermoso día de primavera que teníamos, y el anciano me contestó, con voz gentil y suave, que me extrañó ver partir de sus rígidos labios:

—Este es un lugar muy apacible.

—A mí me gusta mucho pasear por este cementerio —repuse rápidamente, al intuir que aquel era el punto flaco del anciano.

Di en el clavo, pues el viejecillo se volvió hacia mí y dijo entusiasmado, con cierto aire de gravedad:

—Sí, es muy agradable pasear por este lugar. Hágalo mientras pueda, pues algún día se encontrará en una de esas tumbas, quieto, sin poder moverse.

—Es cierto —le respondí—; pero, según algunos científicos, hay personas que pueden caminar y pasearse después del día de su muerte.

Hasta entonces el anciano me había estado mirando a los ojos mientras yo hablaba, mas al decirle esta última frase, apartó repentinamente la vista, como si hubiese pronunciado una blasfemia.

—¿No me oyó? —le dije con amabilidad.

El anciano siguió mirando hacia otro lado, como si no le interesara mi conversación.

—Como le decía, algunas personas pueden caminar después de muertas —insistí.

Entonces el anciano se volvió de pronto hacia mí y repuso con fiereza:

—Usted no cree en eso que me está diciendo.

—¿Cómo puede usted saber, querido señor, que yo no creo en esas cosas? —le respondí.

—Porque es joven y alocado —me respondió en un tono que lejos de parecer duro, más bien parecía propio de una persona que está de vuelta de muchas cosas de la vida y habla con conocimiento de causa, consciente de su experiencia, de lo comprobado por sí mismo a lo largo de muchos años de existencia.

—Admito que soy joven —le contesté—; pero no creo que esté loco. Si dijera que creo en los fantasmas, mucha gente estaría de mi lado.

—La mayoría de la gente está loca —respondió el anciano mientras clavaba su mirada en mi rostro.

Dejé el tema en el aire y me puse a hablar de otras cosas. El anciano parecía haberse puesto en guardia, me miraba desafiante y solo hacía breves observaciones y secos comentarios sobre todo lo que le decía. Pero, a pesar de todo, yo estaba seguro de que le había agradado nuestro encuentro, y que, a sus ojos, este había sido un incidente social de cierta importancia. Sin duda alguna, se trataba de una persona solitaria, y tenía muy pocas oportunidades de poder hablar con alguien. Había tenido graves problemas que le distanciaron del mundo, aislándolo, haciéndole refugiarse en su mundo interior. Pero la armonía dentro de su anticuado espíritu no se encontraba rota, y yo estaba seguro de que aún pensaba que podía hacerla vibrar ardientemente. Al fin, se decidió a preguntarme sobre mi persona, inquiriendo si yo era un

estudiante.

—Soy estudiante de ciencias divinas —respondí.

—¿Ciencias divinas?

—De teología. Estudio para sacerdote. Al decirle esto, el viejecillo me miró con peculiar intensidad.

—Pues entonces, mi joven amigo, permítame que le diga que existen muchísimas cosas que tiene que aprender, sí, muchas cosas que ignora.

—Siempre he tenido ansias de aprender y de conocer cosas que me están vedadas —repuse—. Pero, por favor, ¿a qué se refiere?

El anciano me miró de nuevo, pero, sin hacer caso de mi pregunta, dijo:

—Me gusta usted, me agrada su forma de hablar. Estoy seguro de que es un buen muchacho.

—Al menos creo serlo, o pretendo serlo —le respondí—, aunque hay momentos en que creo dejar de serlo.

—Pues pienso que tiene una mente muy despierta, y que se preocupa por aprender, por tener inquietudes, por observar todo lo que le rodea.

—¿Quiere decir que ya no piensa que soy un joven loco como dijo antes? —le respondí.

—Me revientan las personas que niegan a los difuntos el poder de regresar —me contestó, mientras golpeaba furiosamente el suelo con su bastón—. Todos son unos locos, auténticos locos.

Guardé silencio durante unos instantes. Luego le pregunté de sopetón:

—Estoy seguro de que usted ha visto un fantasma.

—Está en lo cierto, mi joven amigo —respondió con mucha dignidad en su expresión—. Por lo que a mí respecta, no se trata de hechos corroborados por frías teorías; no necesito leer libros antiguos para aprender en qué debo creer. ¡Yo sé! ¡Con estos ojos que ve, yo he contemplado el espíritu de un muerto tan cerca de mí como lo está usted ahora!

Mientras decía estas palabras, los ojos del viejecillo parecían estar fijos en algo misterioso, invisible para mí.

Sus palabras me impresionaron tanto, que me vi obligado a insistir en mis preguntas.

—¿Y se asustó usted?

—Soy un viejo soldado —repuso ofendido—, y no le temo a nada.

—¿En qué época fue usted soldado? —inquirí.

El viejecillo me miró con aire confuso, por lo que supuse que me había excedido, haciéndole tantas preguntas.

—Discúlpeme, no puedo entrar en detalles personales —me contestó—. Ya he hablado más de lo que debía; no puedo tolerar el que se opine a la ligera de un tema tan importante como este. ¡Pero nunca olvide que en cierta ocasión conversó con un anciano honesto que le dijo, jurándoselo por su honor, que había visto un fantasma!

Acto seguido se levantó con brusquedad, como si hubiese pensado que había hablado demasiado. Quizá su actitud obedeciera a timidez, a su carácter reservado o, simplemente, al temor de que pudiera reírme de sus palabras. Consideré todo esto; por otro lado, también admití la posibilidad de que, como todas las personas de edad avanzada, su lengua y su mente estaban endurecidas por la atrofia producida en tantos años de soledad. Tampoco podía descartar la idea de que pensase que se había excedido en la conversación, cosa muy lógica en cualquier persona al hablar con un desconocido. Era evidente que yo no debía insistir, dada su actitud. Al menos, siempre me quedaría la esperanza de volver a verle en otra ocasión.

—Como deseo que sepa quién es el anciano que le ha dicho estas palabras, que a usted le parecerán extrañas —volvió a tomar la palabra el anciano de la capa azul—, permítame presentarme: soy el capitán Diamond, señor. Tengo muchos años de servicio sobre mis espaldas.

—Confío en que tendré el placer de volver a encontrarlo —repose cortésmente.

—Yo también lo espero —me respondió; y tomando el bastón con firmeza, se levantó y se alejó.

Durante varios días, pregunté discretamente a varias personas de confianza si conocían a un tal capitán Diamond. Ninguna de ellas había oído hablar nunca de él. De repente caí en la cuenta de que disponía de una fuente donde podría informarme, quizá, sobre el extraño viejecillo. Aquella excelente persona me había obsequiado en su mesa en numerosas ocasiones, y solía dispensar su hospitalidad a los estudiantes, a veces durante toda una semana. Tenía una hermana, tan bondadosa como él, de una conversación tan amena y variada que era un verdadero placer hablar con ella. Era conocida como miss Deborah, una vieja criada en el sentido más amplio del término. Tenía el cuerpo deforme, y nunca salía de su casa; se pasaba todo el día sentada junto a la ventana, entre una jaula de pájaros y una maceta de flores, haciendo pequeñas labores en tela —unas misteriosas bandas y volantes—. Me constaba que era una virtuosa con la aguja, pues sus trabajos eran pagados a muy alto precio en toda la comarca. Por lo demás, era una mujer observadora en extremo, y no se le escapaba ningún detalle de todo lo que pasaba dentro y fuera de su casa. Le gustaba charlar con quienes le eran simpáticos. En efecto, nada le agradaba más que el que una persona —sobre todo si era un estudiante de teología— se sentara a su lado junto a la ventana y conversara con ella durante veinte minutos.

«¿Y qué, amigo mío, cuál es la última monstruosidad en crítica sobre los textos bíblicos?», acostumbraba decir siempre esta buena señora, pues se horrorizaba al comprobar que aquella época se caracterizaba por su extremado racionalismo. Pero, en su fuero interno, aquella excelente dama era un auténtico filósofo, y me constaba que era más racionalista que cualquiera de nosotros. Estaba seguro de que, si se lo hubiera propuesto, habría planteado más de una pregunta a problemas a los que, a la mayoría de los estudiantes de teología, nos habría costado trabajo responder. Desde su ventana se dominaba todo el pueblo, o más bien todo el campo. Se enteraba de

todo lo que pasaba mientras cosía junto a su soleada ventana, hamacándose en una pequeña mecedora. Era la primera en enterarse de cualquier cosa y la última en olvidarla. Conocía todos los chismorreos del pueblo y sabía muchas cosas de gente que nunca había visto siquiera. Cuando en cierta ocasión le pregunté cómo sabía tantas cosas, me contestó: «¡Oh, es que estoy siempre mirando!».

—Solo tiene usted que observar detenidamente todo lo que sucede a su alrededor —me dijo—, y con ello ya tiene bastante, no importa dónde se encuentre. La única cosa que necesita es tener algo con qué comenzar; lo demás ya viene rodando; una cosa conduce a otra, y todo está vinculado. Enciérreme usted en una habitación oscura, y a la media hora podré decirle cuáles son las partes más oscuras de la misma. Y después de esto, soy capaz de indicarle, si me da tiempo, lo que cenará esta noche el presidente de los Estados Unidos de América.

En cierta ocasión, con el fin de halagarla, hice el siguiente comentario:

—Sus observaciones son tan finas como sus agujas, y sus conclusiones tan hermosas como sus bordados.

Inútil decir que miss Deborah conocía la historia del capitán Diamond. Se había hablado mucho de él hacía ya bastantes años, pero el capitán sobrevivió al escándalo en que se vio envuelto su nombre.

—¿Qué escándalo fue ese? —le pregunté.

—Mató a su hija.

—¿Mató a su propia hija? —exclamé horrorizado—. ¿Cómo lo hizo?

—¡Oh, no fue con una pistola, ni con un puñal, ni con una dosis de arsénico! La mató con su lengua. ¡Ya conoce usted lo que es la lengua de una mujer! El capitán Diamond la imprecó con algún horrible juramento... y pocos días después, moría su hija.

—¿Qué hizo su hija?

—Recibió en su casa a un joven que la amaba —contestó miss Deborah bajando la voz—, y a quien su padre había prohibido la entrada.

—¿La casa? —murmuré—. ¡Ah, sí! Esa casa que está en las afueras del pueblo, a dos o tres millas de aquí, en el cruce solitario de un camino.

Miss Deborah levantó inmediatamente sus ojos, mientras cortaba el hilo con sus dientes.

—¿Conoce usted esa casa? —preguntó.

—Un poco —repuse—. La he visto. Pero quiero que me cuente más cosas.

Más al oír mis palabras, miss Deborah adoptó un mutismo muy impropio en ella, una mujer tan charlatana.

—¿Me promete que no me calificará de supersticiosa si le digo una cosa? —dijo miss Deborah.

—¿Supersticiosa usted? Vamos, por Dios, es la persona más sensata que he conocido en toda mi vida.

—Pues bien, cada paño tiene su descosido, y cada aguja su grano de moho. Si he

de ser sincera, no me gusta hablar de esa casa; no, no me gusta.

—Hágalo, por favor —respondí—; no puede imaginarse lo mucho que ha excitado mi curiosidad.

—Sí, ya lo veo, no hace falta que me lo diga, pero me pone nerviosa referirme a este tema.

—¿Qué daño puede hacerle el hablar de una cosa como esta? —contesté, animándola a proseguir.

—A una amiga mía le hizo mucho daño —respondió miss Deborah, moviendo la cabeza.

—¿Qué hizo su amiga?

—Me contó el secreto del capitán Diamond, quien le había advertido que no se lo dijera a nadie. El capitán estimaba mucho a esta amiga mía y por ello le hizo aquella confidencia. Le previno que si lo divulgaba, desobedeciendo su advertencia, algo horriblemente espantoso le sucedería.

—¿Y qué le pasó a su amiga?

—Murió.

—Todos somos mortales, mi querida amiga. ¿Acaso le hizo ella alguna promesa?

—Mi amiga no se tomó en serio las palabras del capitán, no creyó en ellas. Me contó toda la historia con pelos y detalles, y tres días después se le inflamaron los pulmones. Un mes después, aquí, junto a esta misma ventana, le cosí la mortaja. Desde entonces, no he vuelto a referirme a esa historia.

—¿Era una historia muy extraña? —pregunté.

—Sí, era muy extraña, muy misteriosa, pero, a la vez, algo ridícula. Sí, se trataba de un relato que hacía reír y estremecerse al mismo tiempo. Pero no pienso decirle nada. Estoy segura de que, si se la contara, me pincharía con la aguja en un dedo y a la semana siguiente moriría de tétanos.

Al oír sus palabras, consideré que no debía insistir más, me despedí de ella y me marché. Pero cada dos o tres días venía a visitarla después de la comida de mediodía, y me sentaba junto a su mecedora. No hice más alusiones al capitán Diamond, limitándome a cortar trocitos de tela con sus tijeras. Hasta que un día, miss Deborah me dijo que tenía mal aspecto y que estaba muy pálido, preguntándome si me encontraba enfermo.

—Sí, lo estoy: me estoy muriendo de curiosidad —repuse, con cierta astucia—. He perdido por completo el apetito, y hoy aún no he comido.

—Pues acuérdesese de la esposa de Barba Azul —dijo, con cierta ironía en sus palabras.

Como miss Deborah permanecía callada, me levanté con aire melodramático y me dirigí hacia la salida, dándole las buenas tardes. Pero al abrir la puerta, la señora me llamó e indicó con un gesto la silla que acababa de abandonar.

—Nunca he tenido un corazón duro —dijo—. Vamos, siéntese y le contaré toda la historia. Y de este modo, si hay que morir, lo haremos los dos juntos.



En breves palabras me contó lo que sabía del secreto del capitán Diamond.

—Era un hombre muy duro, y aunque amaba con locura a su hija, su voluntad era ley. Había escogido un marido para ella, comunicándole su elección. Su madre había muerto, y ambos vivían solos en aquella casa, que había aportado como dote su difunta esposa; el capitán no tenía un céntimo. Después de casarse, ambos se vinieron a vivir a esa mansión, y el capitán se dedicó a sus tierras. El pobre enamorado de su hija era un joven de Boston, con un bigote de puntas. Una tarde llegó de improviso el capitán y los encontró juntos; con feos modales expulsó al joven de la casa y luego imprecó a la pobre chica con un terrible juramento. Pero el joven se volvió y le gritó al capitán que su hija era su esposa. Luego, dirigiéndose a ella, le exigió que corroborara lo que acababa de decir, pero la joven, aterrorizada, dijo que no era cierto. Entonces el capitán, enfurecióse más aún, repitió su maldición, la echó de la casa y la repudió para siempre. Luego el capitán se marchó del lugar. Cuando regresó unas horas más tarde, encontró su hogar vacío. Sobre la mesa había una nota del joven enamorado, la que le decía que había matado a su hija, repetía una vez más que era su esposa y que se había reservado el derecho de enterrarla él mismo, por lo que se había llevado su cuerpo en un calesín. El capitán Diamond escribió una carta diciéndole que no creía que su hija estuviera muerta, pero que de todos modos, para él, sí lo estaba. Una semana más tarde, a eso de la medianoche, el capitán vio el fantasma. Supongo que entonces se convenció de su muerte. El espíritu reapareció varias veces, y, finalmente, frecuentó con regularidad la mansión. Esto amargó la vida del capitán, y la pasión que siempre había sentido por su hija dio paso a una gran pesadumbre y profunda aflicción. Al fin decidió abandonar el lugar, tratando de alquilarlo o venderlo, pero como la historia se había hecho del dominio público y algunas personas sostenían que habían visto al fantasma de su hija, y otras historias a cada cual más tétrica, nadie se atrevió a cerrar trato. Aquella casa, junto con las tierras, eran los únicos bienes que poseía el capitán, por lo que, si no podía venderlos ni alquilarlos, como tampoco habitar en ellos, no le quedaba otra alternativa que vivir de las limosnas. Pero el fantasma de su hija no tuvo piedad de su padre, igual que él nunca la tuvo de ella y de su enamorado. Durante seis meses el capitán ocupó aquella casa mortificado por las frecuentes visitas del espectro de su hija, pero al fin ya no pudo soportarlo más. Cogió su vieja capa azul, recogió las cosas más imprescindibles y decidió acabar sus días mendigando su pan. Cuando se disponía a abandonar la casa, el fantasma de su hija cedió y le hizo una proposición. «Déjame la casa —dijo—; la he marcado con las tristes huellas de mi desgraciado destino. Márchate y vete a vivir a otro sitio. Mas para que tengas dinero con el cual subsistir, yo seré tu inquilina, dado que nadie se atreve a serlo, y te pagaré una renta por su alquiler». ¡Una renta espectral! Entonces el fantasma fijó una cantidad. El anciano la aprobó, y cada trimestre va a la casa a recogerla.

Me eché a reír al escuchar este relato, mas también debo confesar que me estremecí, ya que aquello corroboraba lo que había observado con mis propios ojos.

¿Acaso no había sido testigo de aquellas visitas trimestrales del capitán Diamond? Desde luego, yo no había visto al espectral inquilino contar el dinero y entregárselo a su padre, pero sí había visto cómo el anciano, al salir de la casa, ocultaba una bolsa de dinero en uno de los bolsillos de su raída capa azul. No dije nada de todo esto a miss Deborah, ya que temía que, de hacerlo, se horrorizaría. Así pues, decidí esperar a resolver todo este misterioso asunto, y luego tener el placer personal de relatárselo todo a la anciana señora.

—¿No tenía más bienes el capitán? —pregunté—. Otros medios de subsistencia, quiero decir.

—Nada en absoluto. No contaba con nada, absolutamente nada, excepto la renta que paga el espectro de su hija. ¡Una casa embrujada, habitada por un fantasma, es una propiedad de mucho valor!

—¿Y con qué clase de moneda —pregunté sonriéndome— paga el fantasma?

—Con auténticas monedas de oro y plata de los Estados Unidos. Este dinero solo tiene una peculiaridad: está acuñado en una fecha anterior a la muerte de su hija. Como verá —prosiguió miss Deborah—, es una extraña mezcla de materia y espíritu.

—¿Es dadivoso el fantasma? ¿Es muy alta la renta que le paga al capitán?

—No lo sé; debe ser una buena cantidad, ya que el capitán Diamond vive con holgura, tiene una casita al borde del río con un jardín en la parte posterior, fuma todas las pipas que quiere y nunca le faltan unos chelines para tomarse sus buenas jarras de cerveza. En ese lugar está pasando los años que le restan de vida, con una sirvienta negra que hace las faenas hogareñas. Hace algunos años acostumbraba visitar con frecuencia el pueblo, donde era una persona conocida por todo el mundo, pese a que la mayoría de la gente conocía su triste leyenda. Pero últimamente se encerró en su casita, como un caracol en su concha, y allí pasa los días, sentado junto a la chimenea, olvidado por todos los habitantes del pueblo. Pero creo que su conducta presente obedece más bien a que ya ha entrado en esa edad de la chochería, a la que todos llegaremos cuando tengamos sus años. En lo que respecta a sus facultades físicas, estoy convencida de que aún tiene la suficiente agilidad y fuerza como para caminar hasta su vieja mansión y recoger, cada trimestre, la renta del fantasma. Aunque también es cierto, según creo recordar, que una de las condiciones que el espectro de su hija le impuso, el día que llegaron a aquel acuerdo, era que debía ir personalmente a recoger el dinero.

Aquella confesión por parte de la anciana señora no nos trajo ninguna desgracia. Los días pasaban y miss Deborah continuaba junto a su soleada ventana, cosiendo y chismorreando, sin que le acaeciera ningún maléfico percance. A mí tampoco me ocurrió cosa alguna por haber oído aquel secreto, pues seguí con mi vida usual sin que nada misterioso y dañino me sucediera. Volví a visitar el cementerio más de una vez, pero siempre me llevaba la desilusión de no encontrar al viejo capitán Diamond. Sin embargo, al final una idea luminosa cruzó por mi mente, fruto de mis observaciones: el anciano acostumbraba ir a recoger su renta al fin de cada trimestre.

Y como la vez que le vi fue el 31 de diciembre, estaba seguro de que la próxima sería el último día de marzo. Esa fecha estaba ya cercana. Cumplido el término, me dirigí a la vieja mansión y me oculté entre los arbustos, esperando verle aparecer de un momento a otro. Había escogido la hora del crepúsculo, ya que aquella fue la oportunidad en que lo vi llegar la primera vez. No me equivoqué en mis suposiciones. Llevaba ya cierto tiempo esperando, cuando de repente se presentó de la misma manera que la primera vez que le vi. Avanzó hacia la casa con idénticas precauciones, se detuvo ante la puerta, hizo las reverencias, y luego penetró en el interior. Una luz apareció en cada rendija de las persianas, y, una vez más, volví a abrir aquella ventana baja, tal como lo hiciera antes. De nuevo contemplé la gran sombra reflejada en la pared, inmóvil, solemne. Pero no vi nada más. Al fin, el hombre reapareció, hizo las reverencias de siempre, y desapareció en el oscuro camino, mientras yo permanecía escondido.

Un día, pasado ya un mes desde este incidente, volví a encontrarme con el capitán Diamond en el cementerio de Mount Auburn. El aire estaba saturado del característico aroma primaveral; los pájaros habían regresado y piaban en las ramas de los árboles en flor, mientras el suave viento del oeste murmuraba entre las hojas de los arbustos. El anciano capitán se hallaba sentado en un banco, de cara al sol, envuelto en su vieja capa azul, y apenas me acerqué a él, me reconoció de inmediato. Me recibió con un gesto de cabeza idéntico al que se da al verdugo para que decapite a un reo, pero, en el fondo, intuí que se alegraba de volver a encontrarme.

—He venido muchas veces por aquí con el fin de poder verle —dije después de saludar cortésmente—. ¿No frecuenta usted este lugar?

—¿Qué desea de mí? —preguntó.

—Gozar del placer de su amena conversación —repuse con dulzura, al darme cuenta del tono de su voz—. Fue tan grato oírle la última vez que nos vimos, que siempre he guardado la esperanza de volver a encontrarle.

—¿Le pareció divertida mi conversación?

—Interesante, muy interesante.

—¿No pensó que era un viejo chiflado?

—¿Chiflado...? Mi querido señor, permítame que proteste por esa idea descabellada que...

—Soy el hombre más cuerdo del mundo —repuso el viejo capitán Diamond—. Ya sé que esto es lo que suelen decir todos los locos, pero, por suerte o por desgracia, no pueden probarlo. ¡Yo, sí puedo!

—Le creo —respondí con aire de persona plenamente convencida de lo que le dicen—. Pero me gustaría saber cómo se demuestra tal cosa.

Permaneció silencioso durante un instante.

—Se lo diré. Una vez cometí, sin intención, un crimen, un gran crimen. Ahora estoy pagando la penitencia a la que he consagrado lo que me resta de vida. Pero no escondo la cara, hago frente a la realidad de las cosas de la vida. No me he

desentendido de mi delito, no lo he apartado de mi mente, ni he tratado de huir. La penitencia es terrible, pero la he aceptado tal como es. ¡He sido un verdadero filósofo! Si fuese católico, me habría metido a monje y habría pasado el resto de mi vida haciendo penitencia y orando; mas esto no es un castigo, sino una evasión; esto es huir de la dura y cruel realidad. Podía haberme pegado un tiro en la cabeza y hacer pedazos mi cerebro, o torturarme hasta enloquecer. No lo hice, ni lo haré. Sé enfrentarme a los hechos y aceptar sus consecuencias. Y estas, en mi caso, son horribles. Pero las he aceptado hasta el día de hoy, y las admitiré hasta mi muerte. Esto es lo que debo hacer. Por lo menos así lo considero. Es muy lógico.

—Admirablemente lógico —le respondí—. Pero despierta mi curiosidad y mi compasión.

—Sobre todo su compasión, ¿no es así? —dijo el viejo capitán—. Sí, ya lo veo en su mirada.

—Perdóneme, pero es comprensible mi postura: si supiera con exactitud qué es lo que le hace sufrir a lo mejor ya no le compadecería.

—Se lo agradezco mucho, pero no necesito su piedad; no me serviría de nada. Y ahora le voy a decir una cosa, pero no por mi bien, sino por el suyo. Sí, no ponga usted esa cara, pues le hablo con mucha seriedad.

El anciano hizo una pausa y miró alrededor suyo, como si temiera que alguien estuviera escuchando. Esperé ansiosamente su revelación, pero me desilusionó.

—¿Sigue usted estudiando teología?

—Sí, claro que sí —repuse en un tono de voz que reflejaba mi desencanto—. Es una cosa que no se puede aprender en seis meses.

—Yo pienso lo contrario —respondió—, ya que he observado que solo confía en lo que dicen los libros. Hay un refrán que dice: «Un grano de experiencia vale más que una tonelada de conceptos». ¿Conoce usted este adagio? Yo soy un gran teólogo.

—Ah, veo que ha tenido experiencias en el terreno teológico —contesté con amable sonrisa.

—Usted habrá leído mucho sobre la inmortalidad del alma, y ha estudiado las teorías de Jonathan Edwards y del doctor Hopkins sobre este mismo tema, llegando a la conclusión, después de analizar capítulo por capítulo, de que todo ello es cierto. Pero esto lo sabe usted porque lo ha leído en los libros. ¡Pero yo lo he visto con estos ojos; lo he tocado con estas manos!

Al llegar a este punto de la conversación, el capitán Diamond elevó de repente sus viejos y nudosos puños y los chocó con violencia el uno contra el otro. Luego, más calmado, prosiguió hablándome.

—Esto es mucho mejor que las teorías, mas he pagado un precio muy alto por saberlo. Sí, hace bien en aprenderlo en los libros; evidentemente, es lo mejor. Es usted un chico muy bueno, y estoy seguro, hijo mío, de que nunca tendrá un crimen sobre sus espaldas.

Le contesté, con cierta fatuidad juvenil, que, como todo ser humano, tendría mis

pasiones, mis flaquezas, pero que estaba convencido de que nunca llegaría a cometer un crimen, máxime si estudiaba teología.

—Lo creo —me respondió—, pues tiene un carácter muy bueno. Yo también lo tengo ahora. Pero hubo una época de mi vida en que fui un hombre muy brutal; sí, muy brutal. Creo que tengo el deber de decirle que existe mucha maldad en este mundo. ¡Maté a mi propia hija!

—¿Qué mató a su propia hija?

—La hundi en la madre tierra de un golpe y allí la dejé morir. Pero no pudieron ahorcarme porque no la golpeé con mi mano. La maté con horribles y condenables palabras. Los jueces no podían ahorcarme por esto. ¡Estas son las leyes maravillosas de nuestra amada patria! Pues bien, mi querido amigo, yo puedo garantizar que el alma es inmortal en lo que respecta a *mi hija*. Tenemos una cita para encontrarnos cuatro veces al año, aunque el resto del tiempo no la veo.

—¿Nunca le ha perdonado?

—Lo ha hecho de la misma manera en que perdonan los ángeles. Y esto es lo que más me tortura y enloquece. Siempre me mira con ojos tiernos y dulces, como un angelito de los cielos. Preferiría que me clavase un cuchillo en el corazón a soportar esta tortura. Dios mío. Dios mío. —Y al decir estas palabras, el capitán Diamond inclinó la cabeza sobre su bastón, profundamente abatido, apoyando la frente sobre las manos cruzadas.

Aquella escena me impresionó y emocionó, y sentí una imperiosa necesidad de hacer más inquisiciones sobre su triste situación. Antes de que pudiera formular las preguntas que bullían en mi cerebro, el capitán se levantó, y se puso su vieja capa raída. Era evidente que no estaba acostumbrado a desahogarse con nadie, ni a confesar aquellos penosos recuerdos que día y noche mortificaban su alma. Ello me hizo sentir una gran lástima por el pobre anciano.

—Perdóneme —dijo—, pero ahora tengo que marcharme, es decir, arrastrarme con este bastón por ese duro camino de la vida que aún me queda por recorrer.

—¿Puedo confiar —pregunté, inquieto— en que nos volveremos a ver en este lugar?

—Mi joven amigo, tenga en cuenta que soy un anciano decrepito y sin fuerzas. Este sitio está muy lejos de mi residencia. Debo reservar mi energía para ir a otro lugar. A veces me paso semanas enteras sentado junto a la chimenea, fumando mi pipa en un viejo aunque confortable sillón. Pero me gustaría volverle a ver.

Al llegar a este punto el viejecillo enmudeció, me dirigió una mirada fría y bondadosa al mismo tiempo, y añadió, emocionado:

—Algún día, quizá, me encontraré en condiciones de poner mi mano sobre el hombro de un joven honesto y decente como usted... Si un hombre es capaz de tener un amigo, ello significa que ha ganado algo, que ha hecho una gran conquista. ¿Cuál es su nombre?

Tenía yo en mi bolsillo un libro pequeño, los *Pensamientos*, de Pascal, en cuya

contraportada estaban escritos mi nombre y mi dirección. Lo saqué y se lo entregué a mi viejo amigo.

—Le ruego que acepte este libro. Es una de las obras que más me han gustado de todas las que he leído. Su lectura le dirá algo sobre mí.

El anciano capitán lo cogió, lo hojeó con lentitud, y luego me miró a los ojos, mientras decía:

—No soy un gran lector, pero no puedo rechazar el primer regalo que he recibido desde que me ocurrió aquella tragedia... Es probable que este sea el último obsequio que reciba en lo que me queda de vida. Gracias, mi joven amigo; no sabe cuánto se lo agradezco.

Y echó a andar con mi pequeño libro en sus manos.

Durante muchos días estuve sin verlo, imaginándolo sentado junto a la chimenea en su viejo sillón, con su pipa en la boca y leyendo mi librito. Al final se presentó la oportunidad de volver a encontrarme con él, ya que era el último día de junio, es decir, el término de otro trimestre, y, con toda seguridad, iría a la vieja mansión a recoger la renta del espectro. Durante el mes de junio, el sol tarda mucho en ocultarse, por lo que estaba impaciente. Por fin, hacia la hora del crepúsculo de un hermoso día de verano, me dirigí hacia la casa del capitán Diamond. Todo era verde alrededor de la mansión antigua, excepto el marchito jardín en la parte posterior. Mas aquellas tristeza y soledad en que estaba envuelta cuando la vi por primera vez bajo un cielo gris y frío de diciembre continuaban allí. Cuando me acerqué a la casa, comprobé que había fallado en mis propósitos, pues tenía pensado llegar antes que el capitán y rogarle que me dejara entrar con él. Esta vez el anciano se me había adelantado y ya se veía luz a través de las rendijas de las ventanas. Consideré incorrecto molestarle penetrando furtivamente por aquella ventana baja, por lo que decidí esperar a que saliera de la mansión. Al cabo de unos instantes se apagaron todas las luces, se abrió la puerta y apareció el capitán Diamond. Aquella tarde no hizo ninguna reverencia al salir de la casa, por la sencilla razón de que, cuando se disponía a hacerlo, vio a su joven amigo plantado ante la puerta de la mansión, en actitud correcta pero firme y decidida. Se detuvo en seco, me miró, y esta vez su rostro de mal cariz estuvo en consonancia con la imprevista situación.

—Sabía que estaba usted aquí —me dijo—. Vine a propósito.

El capitán parecía abatido, desilusionado, y miraba alrededor de la casa como si temiera algo.

—Le pido perdón —dije— si he pecado de atrevimiento, pero fue usted mismo, como recordará, quien me alentó con sus palabras y sus teorías.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Pura deducción. Usted me contó una mitad de su historia y yo adiviné la otra. Soy una persona muy observadora, y me di cuenta de las extrañas características de esta casa en cierta ocasión que pasé por aquí. Sí, me pareció una mansión encantada, que encerraba algún misterio, quiero decir. Cuando me dijo que había visto unos

espíritus, deduje que solo podría haber sido en este extraño lugar.

—Ya veo que es un joven muy inteligente. ¿Y qué le trae por aquí?

Debía eludir esta pregunta.

—Pues verá usted. Acostumbro venir muy a menudo por este lugar. Me gusta contemplar la misteriosa y antigua mansión. En una palabra, me fascina.

—Pues yo no veo nada de agradable en esta casa —dijo, mientras se volvía y contemplaba la parte exterior del edificio.

Era evidente que al capitán le era indiferente la apariencia exterior de la morada, a pesar de su aire misterioso. Esta extraña actitud suya, considerando que en aquel momento nos encontrábamos en casi plena obscuridad, hizo que yo sintiera vagos escrúpulos y cierta aprensión.

—Estaba ilusionado con ver el interior de esta casa. Pensé que lo encontrarla aquí y que me dejaría entrar. Siempre he conservado la esperanza de poder ver lo mismo que usted.

El anciano pareció alarmarse al oír mis palabras, pero su rostro permaneció rígido, inmutable. Luego me puso una mano en el hombro, diciendo:

—¿Sabe acaso lo que yo veo?

—¿Cómo podría saberlo? La única forma de comprobar las cosas es, como usted ya dijo en cierta ocasión, mediante la experiencia... Deseo tener esa experiencia. Por favor, abra la puerta y déjeme entrar.

Los ojos del capitán Diamond brillaron bajo sus tupidas cejas negras, y después de contener la respiración por unos segundos, intentó disculparse por no poder complacerme. Luego se echó a reír, y su rostro adoptó una forma grotesca, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Dejarle que entre en la casa? ¿Conmigo? Mi querido y joven amigo, no entraría en esa casa antes del tiempo que tengo concertado con el espectro de mi hija ni por una suma mil veces mayor a la que ella me da cada trimestre. Yo convine con el espíritu de mi hija que solo vendría a recoger la renta cuatro veces al año, al final de cada trimestre; solo en esas oportunidades.

Acto seguido, el anciano capitán Diamond metió la mano en uno de los bolsillos del raído manto y me enseñó un montoncito de monedas, envuelto en la punta de un viejo pañuelo de seda.

—Es muy pequeña la cantidad de dinero que me entrega, pero no deseo más, si para ello tengo que entrar de nuevo en la casa.

—La primera vez que tuve el honor de hablar con usted —le contesté rápidamente—, me dijo que la cosa no era tan terrible.

—Tampoco lo digo ahora —respondió enfurecido el capitán—; pero es muy desagradable.

La forma en que pronunció este adjetivo me hizo dudar. Mientras meditaba, oí cómo un murmullo en una de las persianas, acompañado de un tenue movimiento.

Levanté la cabeza en el acto, pero no vi nada; todo seguía inmóvil y silencioso. El

capitán, mientras tanto, también había estado reflexionando. De repente, se volvió hacia mí, e indicándome la casa dijo:

—Lo he pensado mejor: si desea entrar solo, puede hacerlo.

—¿Me esperará aquí?

—Sí; no creo que tarde mucho en salir.

—Pero es que la casa está completamente a oscuras. Usted llevaba una luz; cuando entró.

El capitán Diamond introdujo la mano en uno de los bolsillos de la capa y, después de hurgar durante unos instantes, sacó algunos fósforos y me dijo:

—Tome esto. Cuando entre, encontrará dos candelabros con cirios sobre la mesa del vestíbulo. Enciéndalos, cójalos en la mano y... ¡adelante!

—¿Y adónde me dirijo?

—A cualquier parte..., a todas partes. Ya se encargará el espectro de encontrarle.

No voy a negar a estas alturas que en aquel momento mi corazón brincaba locamente dentro del pecho. Y sin embargo, no puedo dejar de reconocer que el anciano se dirigió a abrirme la puerta con toda tranquilidad, no exenta de cierto aire solemne. Hasta llegué a pensar, dada la extraña concesión del anciano, que este también era un fantasma. Pensé que una vez que preparase mi ánimo para enfrentarme a un ser misterioso, un espectro, o lo que fuera, lo demás ya no podría causarme ningún pavor. Todo esto fue lo que pasó por mi mente antes de penetrar en aquella oscura y misteriosa mansión. El capitán Diamond metió la llave en la cerradura, dio la vuelta y abrió, mientras me decía en voz baja que ya podía pasar. Quedé envuelto en la oscuridad y oí cómo la puerta se cerraba detrás mío. Durante unos instantes no me atreví a mover ni un solo dedo de la mano ni de los pies; permanecí inmóvil, valientemente, en aquellas espantosas tinieblas. Como no veía ni oía nada, me decidí a encender un fósforo. En la mesa, tal como me había dicho el anciano, había dos antiguos candelabros con sendos cirios. Los encendí e inicié mi visita de exploración.

Ante mí se elevaba una escalera con una balaustrada, de estilo muy antiguo, cuya madera estaba grabada a la usanza de las viejas casas de New England. Desistí momentáneamente de subir por ella, y me dirigí hacia la habitación situada a mi derecha. Se trataba de un salón parcamente amueblado y con esa atmósfera típica de las estancias donde nunca ha habido vida humana.

Levanté aún más los candelabros y solo pude ver unas cuantas sillas y los muros desnudos. A continuación estaba la habitación desde cuya ventana baja había espiado en dos ocasiones, y que se comunicaba con la sala, tal como imaginé, mediante una puerta plegable. Aquí tampoco encontré la amenaza de ningún espectro. Volví a cruzar el salón y recorrí las habitaciones situadas al otro lado; un gran comedor, donde podría haber escrito mi nombre en la mesa situada en el centro, dada la gran cantidad de polvo que la cubría; una ruinoso cocina provista de cacerolas y sartenes siempre frías, ya que el sol jamás penetró en aquella húmeda y helada estancia; y



otras dos habitaciones desprovistas de todo mobiliario. Todo esto me pareció extraño, pero no sorprendente. Regresé al vestíbulo y me dirigí al pie de las escaleras, sosteniendo en alto los candelabros. El subir por ellas exigía gran cuidado ya que, a pesar de la débil luz que arrojaban los dos cirios, la obscuridad era profunda. De repente tuve la extraña sensación de que las tinieblas tenían vida, que estaban animadas por algo que no veía ni oía; parecía que la obscuridad y la «cosa» dentro de ella se movían al unísono, una junto a la otra.

Lentamente —digo lentamente porque en aquel momento los segundos me parecieron siglos— «aquello» adoptó la forma de una sombra alargada, puntiaguda y definida, que avanzó hacia la parte alta de la escalera. Debo admitir que en aquel instante era consciente de que me hallaba dominado por una sensación a la que, en honor a la verdad, debo aplicar el nombre de miedo. Podía exagerar y especificar que lo que yo sentía era Espanto (sí, con mayúscula); mas para no confundir al lector, me limitaré a decir que experimenté eso que puede hacer perder el conocimiento a un hombre hecho y derecho. Observé cómo aumentaba de tamaño aquella sombra macabra, y sentí un miedo irresistible dentro de todo mi cuerpo, ya que crecía de una forma tan misteriosa que parecía confundirse con la obscuridad que nos rodeaba. Reflexioné durante unos instantes, pues gracias a Dios, aún podía razonar, y me dije a mí mismo: «Siempre pensé que los fantasmas eran blancos y transparentes; esto debe ser un juego de luces y de sombras densas y opacas». Me esforcé en convencerme a mí mismo de que aquello era un efecto óptico momentáneo y que no debía dejarme llevar por los nervios y sentir miedo, pues entonces todo se habría perdido. De modo que empecé a bajar de espaldas la escalera, escalón por escalón, con lentitud y sumo cuidado, y los ojos fijos en la misteriosa figura negra que permanecía allá arriba. Evidentemente hubo un momento, muy breve por cierto, durante el cual pensé que debía subir la escalera con resolución y enfrentarme cara a cara con aquella misteriosa sombra movable y negra, pero las suelas de mis zapatos me parecieron de puro y pesado plomo. Había conseguido lo que me había propuesto, ver al fantasma; ya no tenía nada que hacer allí. Entonces decidí observar aquella extraña «cosa» desde otro ángulo, con el fin de poder luego recordarla con el mayor número de detalles posible, y, sobre todo, convencerme a mí mismo de que no era fruto de mi imaginación. Incluso me pregunté cuánto tiempo tendría que estar allí, clavado al suelo, contemplando fijamente al espectro, para que mi retirada no pudiera ser considerada como huida a causa del miedo, lo que habría mermado mi dignidad de hombre sensato y valiente.

Todo esto, desde luego, pasó por mi mente con extremada rapidez, lo que comprobé al observar un movimiento del espectro. En aquella horrible obscuridad aparecieron de repente dos manos blancas, elevándose hacia una altura que deduje debía ser a nivel de su cabeza. Allí se juntaron, frente a lo que debía ser su rostro, y luego se separaron, dejando al descubierto el semblante. Este era confuso, blanco, extraño; en una palabra, espectral. Durante unos instantes me estuvo mirando,

después de lo cual volvió a elevar una de las manos, lenta y suavemente, hacia atrás y hacia delante. Era un movimiento bastante raro, confuso; parecía denotar resentimiento y, al mismo tiempo, indicar que me marchase. Sin embargo, también era un movimiento trivial, familiar. Familiaridad que no había entrado en mis cálculos, y que, por añadidura, no me agradó lo más mínimo, máxime viniendo de parte de la Presencia Espectral. Ahora comprendía lo que el capitán Diamond quería decirme al comentar que aquel fantasma era «infernamente desagradable». De improviso sentí un impulso incontenible de salir corriendo lo antes posible de aquella misteriosa mansión embrujada, pero, por dejar en buen lugar mi dignidad, decidí hacerlo en forma galante, sin denotar pavor alguno, dado que se trataba de un espectro femenino. Y lo único galante que se me ocurrió fue apagar los cirios. De modo que me volví y los apagué. Acto seguido me dirigí hacia la puerta, me detuve ante ella y la abrí. La luz exterior, rayana en la obscuridad, entró en la vieja mansión, iluminó su atmósfera oscura y me hizo ver con más nitidez aquella horrible y sólida sombra.

Al salir, encontré al capitán Diamond sentado sobre la hierba y apoyado en su bastón, bajo el parpadeo de las primeras estrellas de la noche. Me contempló fijamente durante unos instantes, pero no me hizo ninguna pregunta; luego se dirigió a cerrar la puerta. Cumplida esta formalidad, llevó a cabo la otra, es decir, aquellas inclinaciones que solía hacer ante la vieja mansión. Luego sin tomarse siquiera la molestia de avisarme, echó a andar por el mismo camino que ambos habíamos tomado, e instantes después, desapareció de mi vista.

Al cabo de pocos días suspendí mis estudios y me marché fuera para pasar mis vacaciones de verano. Estuve ausente durante varias semanas, en las cuales tuve tiempo suficiente para analizar todas mis experiencias acerca de los fenómenos sobrenaturales. Estuve orgulloso de mí mismo al recordar que no sentí miedo alguno en la mansión encantada del viejo Diamond; ni tuve escalofríos, ni temblé, ni eché a correr como un galgo asustado. De todas formas, fue un gran alivio verme a treinta millas de distancia de la escena de mi primer encuentro con el espectro; tanto, que durante mucho tiempo preferí la luz del día a la obscuridad de la noche. Mis nervios habían sufrido una gran excitación, y aquella estancia junto al mar durante mis vacaciones acabó por calmarlos del todo. Una vez tranquilizado, me dispuse a estudiar en detalle todas las experiencias sobrenaturales que había sentido en mi espíritu y comprobado en mi cuerpo. Cierto que había visto *algo* —aquello no fue fruto de mi imaginación, no—, pero ¿qué había visto yo? Entonces lamenté no haberme acercado más aún a aquel espectro. Pero es muy fácil hablar; cualquier otro hombre en mis circunstancias habría hecho exactamente lo mismo que yo; en realidad, subir por la escalera hasta llegar junto al fantasma era una auténtica imposibilidad física. ¿Acaso no fue esta paralización de mis facultades una influencia sobrenatural? Quizá no en forma necesaria, ya que un fantasma falso o fingido puede causar el mismo terror que uno auténtico. ¿Pero cómo pude haber visto al fantasma

levantar sus manos? ¿Cómo podía explicarse el que me impresionara tanto? Sin duda alguna, auténtico o falso, se trataba de un fantasma muy inteligente. A decir verdad, prefería que fuese un fantasma real, ya que me habría avergonzado el haberme dejado impresionar por uno falso; por otro lado, el haber visto un fantasma auténtico era algo que, tal como estaban las cosas, podría compararse a una pluma en el sombrero de un hombre. Así pues, dejé que mis pensamientos se apaciguaran, cesando de atormentarme con mil conjeturas. Pero por más esfuerzos que hacía, de vez en cuando volvían a mi mente, haciendo brotar una y mil preguntas. Debía dejar por descontado que aquel espectro era la hija del capitán Diamond; y si era ella, entonces aquello era su espíritu. ¿Pero no sería su espíritu y algo más? Este era el problema que me trastornaba la mente.

A mediados de setiembre volví a la Facultad de Teología, una vez pasadas las vacaciones, pero no me apresuré a visitar la casa encantada.

Se aproximaba el final del mes, es decir, el último día del trimestre, en que el capitán Diamond, como siempre, debería recoger la renta del espectro. Pero esta vez no me sentí en condiciones de trastornar el peregrinaje del anciano militar; aunque también he de confesar que sentí mucha compasión al imaginarme al anciano capitán avanzando en la obscuridad por aquel solitario, polvoriento y siniestro camino, apoyándose penosamente en su vetusto bastón. El día treinta de setiembre, mientras me hallaba estudiando, oí de repente un suave golpear en mi puerta. Me dirigí a ella y la abrí. Delante de mí se presentó una anciana negra, con un turbante rojo envolviendo sus cabellos y parte de su frente, y un gran pañuelo blanco cubriéndole el pecho. La mujer me miró en silencio; tenía aquel aire de gravedad y decencia que suelen tener las personas entradas en años de su raza. Yo permanecí inmóvil, en una postura interrogativa, y la pobre negra introdujo una de sus manos en el amplio bolsillo de su delantal y extrajo un librito. Era aquel ejemplar de los *Pensamientos*, de Pascal, que yo había regalado a su amo.

—Perdone usted, señor —me dijo con voz tenue—. ¿Conoce este libro?

—Lo conozco perfectamente —contesté—, mi nombre está escrito en la contraportada.

—¿Este nombre es el suyo? Quiero decir si no es el de otra persona que se llame igual que usted.

—Si lo duda, puedo escribir mi nombre al lado de este y lo podrá comparar.

La negra permaneció callada durante unos instantes. Luego dijo con tono solemne:

—No serviría para nada la prueba que me propone, pues no sé leer. Pero si me da su palabra de honor, ello me bastará. Vengo de parte del caballero a quien le dio este libro. Me dijo que se lo trajera a usted como prueba... bueno, creo que esa fue la palabra que empleó, para que no dudara usted de que era él quien me enviaba. Está muy enfermo y desea verlo.

—¿El capitán Diamond está enfermo? —contesté—. ¿Es grave su enfermedad?

Está enfermo, muy enfermo —contestó sollozando la pobre negra—. Yo no entiendo de enfermedades, pero creo que de esta no sale mi amo.

Inmediatamente dije a la mujer que iría a verle en el acto, siempre que tuviese la bondad de esperarme para indicar el camino. La negra asintió con un gesto de cabeza, y momentos después ambos caminábamos por aquellas soleadas calles, yo detrás de ella, como un personaje de *Las mil y una noches*, conducido por un esclavo a una misteriosa mansión. Mi guía me llevó hasta la orilla del río, a una casita pintada de amarillo situada en una calle costera. Abrió la puerta con rapidez y me dejó entrar, y me encontré frente a mi viejo y buen amigo. Estaba en la cama, en una habitación oscura, y, evidentemente, en muy mal estado. Se hallaba recostado sobre una almohada, con sus tiesos cabellos más erectos que nunca, y los brillantes ojos de siempre dominados por la fiebre. El piso estaba limpio como una patena, lo que me hizo comprobar cuan excelente ama de casa era la anciana negra. El capitán Diamond, pálido y rígido sobre aquellas sábanas tan blancas, parecía una de esas figuras grabadas en la losa sepulcral de una tumba gótica. Me miró en silencio, y la anciana sirvienta se marchó, dejándonos solos.

—Sí, es usted —me dijo, haciendo un esfuerzo—; ya veo que es usted. Al fin ha venido. Es un excelente muchacho. Sí, un buen muchacho. ¿Verdad que no me equivoco al decir que es bueno?

—Espero que no —contesté, mientras le dirigía una mirada bondadosa—. Siempre he creído que era un buen muchacho. Pero dejemos esto ahora y hablemos de usted. Observo que se encuentra muy enfermo, bastante enfermo. ¿Qué podría hacer yo por su persona?

—Me encuentro muy mal, gravemente enfermo —repuso mientras hacía un esfuerzo para volverse y dirigir su rostro hacia donde yo me hallaba—. ¡Me duelen tanto mis viejos y pobres huesos!

Le pregunté sobre la naturaleza de su enfermedad, y el tiempo que llevaba postrado en cama, pero pareció no oírme o no querer hacerlo; estaba impaciente por hablarme de algo. Me cogió por la manga, me atrajo hacia sí, y luego dijo casi en un susurro:

—Ha llegado mi hora.

—Oh, desde luego que no —le dije para animarle—. Estoy convencido de que pronto, muy pronto, volveré a verlo andar sobre sus piernas, y tomaremos el sol en aquel romántico banco rodeado de flores, escuchando su siempre amena conversación.

—¡Eso solo Dios lo sabe! —respondió—. Pero no he querido decir que me estoy muriendo; no, todavía no, por ahora. Lo que pretendo decirle es que ha llegado la hora de ir a la vieja mansión y recoger la renta del espectro. Hoy es el día en que debo ir.

—Ah, sí, es cierto —le contesté—. Pero no puede ir hallándose enfermo.

—No, no puedo ir, es verdad. Perderé mi dinero. Es horrible. Aunque me

estuviera muriendo, desearía ir por ese dinero, pues durante toda mi vida he sido un hombre honorable, y deseo esa renta espectral para pagar al médico todo lo que le debo, y para ser enterrado como un hombre respetable.

—¿Era esta tarde?

—Sí, a la hora del crepúsculo, en punto.

Luego se recostó de nuevo sobre la almohada y se quedó mirándome con insistencia. Entonces comprendí por qué me había mandado llamar. Moralmente, según mi forma de pensar, no debía oponerme a la última voluntad de un moribundo. Pero, por lo visto, en mi rostro se reflejó lo que yo pensaba, pues el anciano continuó lamentándose de su triste suerte en el mismo tono.

—No puedo perder mi dinero —repitió una y otra vez—. Lo necesito. Alguien debe ir. Se lo he pedido a Belinda, pero ella no quiere ir porque le da mucho miedo, como a todas las mujeres.

—¿Cree que el espectro no tendrá ningún inconveniente en pagarle a otra persona que no sea usted? ¿Está seguro de ello? —insinué.

—Al menos podemos intentarlo. Nunca me ha ocurrido el verme en esta situación, y por ello no puedo asegurarle nada. Pero si le dijera al espectro que estoy gravemente enfermo, que mis viejos huesos me duelen horriblemente, que me estoy muriendo, entonces, quizá se fíe de usted. Creo conocer a mi hija, y no pienso que deje morir a su padre de esta manera.

—¿Quiere que vaya en su lugar?

—Usted ya ha estado allí una vez; sabe lo que es. ¿Es que le da miedo?

Dudé en contestar a su pregunta.

—Deme tres minutos para que lo piense —repuse— y le daré mi respuesta.

Me puse a meditar, mientras dirigía mi mirada por todos los rincones de la estancia, fijándome en los objetos testigos de la decente pobreza de su ocupante. Parecía respirar una atmósfera de súplica en aquella habitación, y hasta me pareció oír una voz rogándome que fuera. Al fin, pensé acceder a la petición del capitán.

—Estoy seguro de que le ha agradado a mi hija como a mí, ya que es un excelente muchacho —continuó hablando el capitán Diamond, sin hacer caso de que yo estaba entregado a mis meditaciones—. Sí, ella confiará en usted lo mismo que lo he hecho yo. Le gustará su rostro, y comprobará que es incapaz de hacer daño a nadie. Son ciento treinta y tres dólares. Procure ponerlos en lugar seguro.

—Sí, iré, tranquilícese —le respondí al capitán Diamond—. Y puede estar seguro de que haré todo lo que esté en mis manos para que tenga su dinero, la renta del espectro. Estaré de regreso alrededor de las nueve de la noche.

Mis palabras hicieron brillar de gozo las pupilas del anciano. Me cogió la mano y la apretó gentilmente, con suma delicadeza, mientras unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Momentos después me marché. Durante el resto del día intenté olvidar la labor que me esperaba a la hora del crepúsculo, pero fue en vano, ya que esta idea acudía a

mi mente como atraída por un poderoso imán. No voy a negar que estaba muy nervioso, pues, en realidad, me dominaba una gran excitación. Pero si por un lado confiaba en que todo sucediera de la manera más inofensiva para mi seguridad personal, por el otro también temía que todo no fuera tan tremendo, y resultase algo de lo más trivial. Las horas pasaron con lentitud, pero cuando las primeras sombras del crepúsculo empezaron a caer, emprendí inmediatamente mi misión. De camino me detuve en la casita del capitán, no solo para interesarme por su salud, sino por si tenía que darme algunas instrucciones que antes hubiera olvidado. La vieja negra me abrió la puerta. Su aspecto era grave y la expresión de su rostro era inescrutable. Me dejó entrar en la casa, y, como respuesta a mis preguntas sobre el estado del enfermo, se limitó a contestarme que el capitán Diamond estaba peor que por la mañana.

—Tiene usted que ser muy astuto y rápido —me dijo— si pretende ir a la mansión del espectro y retornar antes de que él esté ya muerto.

Me bastó una mirada para percibir que la negra sirvienta estaba al corriente de lo que yo haría aquella noche, aunque no vi ninguna muestra que traicionara lo que pensaba en sus negras pupilas.

—¿Por qué se va a morir el capitán Diamond? —pregunté—. Ya sé que se encuentra muy débil y enfermo, pero no como para asegurar que va a morir. ¿Qué grave enfermedad cree que tiene nuestro excelente amigo?

—Su enfermedad se llama vejez.

—Pero no es tan viejo, mi buena mujer. A lo sumo tendrá sesenta y siete o sesenta y ocho años.

La negra permaneció silenciosa. Luego contestó con voz solemne y grave:

—El capitán Diamond ha llegado al fin; está gastado; no durará mucho.

—¿Puedo verle un instante?

La anciana Belinda asintió con un gesto y me condujo a la habitación de mi amigo.

Este seguía en la misma posición en que le había dejado al marcharme horas antes, exceptuando que ahora tenía los ojos cerrados. Pero me di cuenta que estaba más grave. Le tomé el pulso y comprobé que era muy lento. A pesar de todo, la anciana negra me dijo que el médico había venido a visitarle horas antes aquella tarde y no consideró grave su estado.

—Este médico es un ignorante —dijo ella—, y no ha visto nunca a un moribundo.

En aquel instante mi viejo amigo se movió en su lecho, abrió los ojos, miró alrededor suyo y al cabo de cierto tiempo me reconoció.

—En este momento me disponía a marchar —le dije—. Voy por su dinero. ¿Tiene algo más que decirme antes de que me vaya?

El viejo capitán se incorporó en la cama, apoyándose en la almohada después de hacer un gran esfuerzo con sus huesudos y flácidos brazos. Pareció no oírme o no haber entendido mi pregunta, por lo que insistí:

—Le estoy hablando de la casa, mi querido amigo, de su hija, ¿me comprende?

El capitán Diamond se frotó la frente durante un buen rato, y, al fin, me contestó:

—¡Ah, sí! Confío en usted... ciento treinta y tres dólares en monedas antiguas, todo en monedas antiguas —al llegar a este punto enmudeció por unos instantes, para luego proseguir—. Sea muy respetuoso, muy gentil, si no... —Y calló otra vez.

—Oh, no se preocupe, mi buen amigo, seré muy respetuoso y gentil con el espectro de su hija —repuse sonriendo forzosamente—. Pero..., ¿qué me ha querido decir con eso de «si no»?

—¡Si no, me enteraré de ello! —respondió con suma gravedad. Al decir esto, volvió a cerrar sus ojos, y se desvaneció sobre la almohada.

Salí de la casa de mi amigo y me encaminé resueltamente a cumplir mi misterioso encargo. Cuando me hallé frente a la vieja casa, me detuve ante la puerta e hice las reverencias que había visto hacer al capitán. Había calculado mis pasos en forma que pudiera llegar a la mansión a la hora indicada. La noche acababa de caer. Saqué la llave, abrí la puerta y la cerré una vez dentro del edificio. Encendí un fósforo y apliqué su llama a los cirios de los dos candelabros que había sobre la mesa. Luego cogí cada uno en cada mano y penetré en el vestíbulo. Estaba vacío, no había nadie, y aunque esperé cierto tiempo, siguió tan vacío como al principio. Entonces me dirigí a otra habitación de la planta baja, pero tampoco apareció ninguna sombra negra a detener mis pasos. Al fin me dirigí al gran salón, me detuve al pie de la escalera, y me pregunté si debía o no subirla, con la mirada fija en la parte alta y mi mano apoyada en la barandilla. La ansiedad y la angustia me agarrotaban la mente, y tenía motivos para ello; aquella sombra negra que ya había visto antes apareció en las profundas tinieblas del piso superior. No era ninguna ilusión; se trataba de una figura, la misma que viera la primera vez que entré en aquella siniestra mansión. Permanecí inmóvil, confiando en que la sombra se perfilaría aún más, mientras mis ojos comprobaban que estaba tan quieta como yo, mirándome desde la escalera con su rostro oculto. Entonces me decidí, desaté la ligadura con que el temor había sujetado mi lengua y hablé.

—He venido en nombre del capitán Diamond. Está muy enfermo, y es incapaz de abandonar su lecho. Me rogó que viniera a recoger su dinero, el cual le llevaré de inmediato, apenas salga de aquí.

Aquella sombra negra, no hizo la menor señal, permaneciendo completamente inmóvil. Por ello creí oportuno volver a insistir.

—El capitán Diamond se encuentra muy enfermo. Habría venido de hallarse en condiciones de hacerlo, pero apenas puede moverse de la cama.

Al oír mis últimas palabras, aquella figura retiró el velo que cubría su rostro con lentitud y me mostró una máscara blanca y opaca. Luego empezó a descender la escalera. El espanto se apoderó de mí. Instintivamente, di unos pasos hacia atrás, y me dirigí hacia una salita de estar situada frente a mí. Con los ojos fijos en aquella siniestra figura, anduve de espaldas en dirección a la puerta. Me detuve en el centro de la estancia y puse los cirios en el suelo. La figura seguía avanzando hacia mí;

parecía corresponder a una mujer de elevada estatura, vestida con extrañas gasas negras. Cuando estuvo cerca de mí comprobé que tenía un rostro perfectamente humano, aunque pálido y triste en extremo. Nos quedamos mirándonos el uno al otro; mi temor había desaparecido; en aquel instante solo estaba muy intrigado.

—¿Está gravemente enfermo mi padre? —preguntó la misteriosa aparición.

Al oír aquella voz tan gentil, temblorosa y humana, anduve unos pasos hacia atrás, me puse a temblar, cogí aliento y di una especie de grito. Lo que tenía delante no era un espíritu ni un fantasma, sino una hermosa mujer, una excelente actriz que se había estado riendo de mi credulidad infantil. Instintivamente, sin poder contenerme, le arranqué el velo que cubría su cabeza, enfurecido. Entonces me di cuenta de quién era aquella persona. Su largo vestido negro, su rostro apesadumbrado, pintado en forma que pareciera más pálido aún, sus ojos agudos y penetrantes —del mismo color que los de su padre—, todo me lo confirmaba. Incluso aquel gesto ofendido cuando le arranqué el velo corroboraba todo.

—Supongo que mi padre no le ha enviado aquí para que me insulte —gritó.

Acto seguido se volvió con rapidez, cogió uno de los cirios y se encaminó hacia la puerta. Al llegar allí se detuvo, me volvió a mirar, dudó un instante, y luego, sacó una bolsa llena de monedas, que arrojó al suelo.

—Ahí tiene usted el dinero —me dijo majestuosamente.

Permanecí inmóvil, entre avergonzado y confuso, viendo cómo ella cruzaba el vestíbulo. Cogí la bolsa de las monedas. En ese instante oí un ruido misterioso, y al poco rato vi aparecer de nuevo a aquella hermosa dama, mas sin llevar el cirio en la mano.

—¡Mi padre...! ¡mi padre! —gritó, mientras le temblaban los labios; sus ojos estaban desorbitados y sus gestos eran los de una persona dominada por un espantoso pavor.

—¿Su padre? ¿Dónde está? —pregunté.

—En el vestíbulo, al pie de la escalera.

Hice el gesto de dirigirme hacia aquel sitio, pero ella me retuvo del brazo.

—Está vestido de blanco —gritó la hermosa dama—, en camisa. ¡No es él!

—Pero, ¿qué dice usted? Su padre está en su casa, en su cama, muy enfermo.

Me miró fijamente, con ojos inquisidores.

—¿Agonizando?

—Espero que no —murmuré.

De pronto, dio un profundo suspiro y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, cielos! —gritó profundamente aterrorizada—, entonces he visto su espíritu.

Aún seguía sujetándome el brazo, espantada, incapaz de soltarse de él, como si temiera que algo grave le sucedería de un momento a otro.

—¡El espíritu de su padre! —exclamé intrigado y confuso, sin comprender lo que quería decirme.



—Este es el castigo que merezco por haber cometido aquella locura —continuó hablando.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Este es el castigo por mi indiscreción, por mi violencia!

—Lléveme lejos de aquí, lléveme lejos de aquí —me repetía, gritándome al oído—. No, en esa dirección, no —añadió al ver que la conducía hacia la puerta del vestíbulo—. ¡En esa dirección, no! ¡Se lo suplico, por Dios! Huyamos por aquí, por la puerta posterior.

Cogió el otro candelabro y me condujo por una habitación hasta la parte oscura de la mansión. Aquí había una puerta, en una especie de fregadero que daba al huerto. Descorrí el mohoso cerrojo que la tenía cerrada y la atravesamos. Acto seguido nos encontramos respirando aire fresco, bajo una bóveda plagada de estrellas. La hermosa dama cogió una capa negra que llevaba y se envolvió en ella, permaneciendo dubitativa durante unos instantes. Yo estaba aturrullado, infinitamente confundido, pero la curiosidad que ella despertó en mí era mucho mayor. Agitada, pálida, pintoresca, con gráciles encantos femeninos, me pareció, bajo la luz de las estrellas, más hermosa que antes.

—Ya veo que ha estado desempeñando un bonito papel durante estos últimos años —le dije, algo ofendido ya—. Un juego extraordinario.

Ella me miró sombríamente, sin intención de contestar.

—Sin embargo, yo me presté a este juego con toda mi buena fe —proseguí—. La última vez que vine, hace unos tres meses, como recordará muy bien, me asustó en grado sumo; sí, muchísimo. ¿Se acuerda, verdad?

—Desde luego que se trataba de un juego extraordinario —contestó al fin la hermosa dama—. Pero era el único remedio que había.

—¿No la perdonó él?

—Mientras creyó que estaba muerta, sí —respondió la extraña dama—: Hubo cosas en mi vida que él no podía perdonar.

Durante unos instantes estuve dudando qué preguntarle; es decir, quería hacer una pregunta importante, pero no sabía cómo. Al final me decidí.

—¿Y dónde está su esposo?

—No tengo marido... —repuso—. Nunca he tenido marido.

Hizo un gesto como indicándome que no le hiciera más preguntas, y echó a caminar con rapidez. Yo salí corriendo detrás de ella, rodeamos la casa y al fin salimos a la carretera. Ella no dejaba de murmurar aterrorizada: «Era él..., era él». Una vez en el camino, se detuvo y me preguntó qué senda iba a tomar yo. Yo le indiqué la ruta por la que había venido.

—Entonces, yo cogeré el otro camino —contestó—. ¿Piensa usted dirigirse a la casa de mi padre?

—Directamente —respondí.

—¿Sería tan amable de decirme mañana cómo lo encontró?

—Con mucho gusto. Pero, ¿cómo me comunicaré con usted?

—Escriba unas cuantas palabras en un papel, y deposítelo bajo esa piedra — repuso, indicándome una de las muchas que bordeaban el viejo pozo del huerto.

Le di mi palabra de que así lo haría, y se dispuso a marcharse.

—Sé lo que debo hacer y conozco el camino —dijo—. Todo está arreglado. Es una historia muy antigua.

Se alejó de mí con extraordinaria rapidez, y mientras desaparecía en la obscuridad, con sus velos negros flotando en el viento, aquellos tules fantasmagóricos con los que iba envuelta la primera vez que la vi, acudió de nuevo a mi mente la impresionante aparición de una oscura noche de invierno en esa tenebrosa mansión solitaria. Me alejé de allí y regresé al pueblo, dirigiéndome directamente a la casita pintada de amarillo junto al río.

Sin pensarlo, me tomé la libertad de entrar en la casa del capitán Diamond sin llamar a la puerta. Una vez dentro, al comprobar que no había nadie en el vestíbulo, me dirigí con resolución al dormitorio de mi anciano amigo. Junto a la puerta, sobre una silla baja se hallaba sentada Belinda, con los brazos cruzados.

—¿Cómo se encuentra el enfermo?

—Se ha ido al cielo.

—¿Muerto? —pregunté.

Se levantó, con una especie de risa trágica en los labios.

—¡Ahora ya es un fantasma tan importante como cualquiera de ellos! —exclamó la negra sirvienta.

Entré en la habitación y encontré al viejo capitán extendido en la cama, rígido e inmóvil. Esa misma tarde escribí unas cuantas líneas en un papel, pensando colocarlo a la mañana siguiente bajo la piedra del viejo pozo de Diamond; pero el destino no quiso que yo llevase a cabo mi misión. Aquella noche, debido a las emociones del día, me fue imposible dormir. Me levanté de la cama y me puse a pasear por mi habitación. Mientras lo hacía vi, al pasar junto a la ventana, un gigantesco resplandor rojo en el cielo, al noroeste. Alguna casa se incendiaba en el campo, y ardía con evidente rapidez. Estaba en la misma dirección que el escenario de mis aventuras de la tarde precedente. Mientras contemplaba el encendido horizonte, una idea terrible me vino a la mente. Yo apagué el cirio que nos había alumbrado, a mí y a mi compañera, cuando nos dirigíamos hacia la puerta por la que escapamos. No había contado con el otro cirio que se había llevado al vestíbulo, el cual, había arrojado Dios sabe dónde al huir presa de espanto por ver el espíritu de su padre.

Al día siguiente, cogí la nota que había escrito y me dirigí a aquel cruce de caminos ya tan familiar para mí. La casa embrujada era un montón de restos calcinados y ardientes cenizas; la tapadera del pozo había sido arrancada para sacar agua, por los pocos vecinos que habían acudido a apagar aquella gigantesca hoguera, la cual, lógicamente, debían haber considerado como una venganza del diablo. Las piedras del pozo se hallaban dispersas por el huerto, y la tierra estaba inundada de charcos.

# LAS AVENTURAS DE THIBAUD DE LA JACQUIÈRE

CHARLES NODIER

*Charles-Emmanuel Nodier (1780-1844) debutó como autor con diversos tratados sobre entomología. Cuando alcanzó la mayoría de edad, abandonó su patria chica y se estableció en París, donde publicó una recopilación titulada «Pensées de Shakespeare», antes de dedicarse a la novela. Los relatos que escribiera más adelante, tales como «Smarra et les demons de la nuit» (1821) y «Trilby ou le Lutin d'Arguail» (1822) marcaron la entrada de los sueños y de las pesadillas en la literatura francesa. A partir de 1832, Nodier comienza la publicación de sus obras maestras: «La Neuvaine de la Chandeleur» (1839) y «Histoire du chien Brisquet» (1844). Con un estilo de gran precisión, Nodier plantea, adelantándose a Nerval, la gran aventura de los sueños y de la locura en esta historia que hemos extractado para usted.*

Un rico comerciante de Lyon llamado Jacques de la Jacquiére, fue elegido preboste de la ciudad, a causa de su probidad y de los grandes bienes que había adquirido sin manchar su honor y reputación. Era caritativo con los pobres y bienhechor de todos los necesitados.

Thibaud de la Jacquiére, su hijo único, tenía un carácter completamente diferente. Era un muchacho muy guapo, pero un pillo redomado, que había aprendido a destrozar los cristales de todas las casas, a seducir a las mozas y a jurar y blasfemar con los hombres de armas del rey, en cuyo ejército servía como oficial de estandarte. Tanto en París, en Fontainebleau como en las otras ciudades por donde pasaba el rey, todo el mundo hablaba de las maldades cometidas por Thibaud. Un día, este rey, que era Francisco I, escandalizado por la conducta del joven Thibaud, lo envió de vuelta a Lyon, a casa de sus padres, con el fin de que se reformara. El buen preboste vivía entonces en la plaza de Bellecour. Thibaud fue recibido en la casa paterna con suma alegría. Con motivo de su llegada, se dio un gran banquete a los parientes y amigos. Todos bebieron a su salud, haciendo votos para que el joven Thibaud se convirtiera en un muchacho prudente, sensato y buen cristiano. Pero aquellos votos tan caritativos no le hicieron mella; por el contrario, le disgustaron. Cogió de la mesa una copa de oro, la llenó de vino y dijo:

—¡Sagrada muerte del gran diablo!, quiero ofrecerle, en este vino, mi sangre y mi alma, si algún día llega a ser más hombre de bien de lo que soy actualmente.

Estas palabras hicieron poner los pelos de punta a todos los convidados al banquete. Se santiguaron, y algunos se levantaron de la mesa y abandonaron la casa del preboste. Thibaud también se levantó y fue a tomar el fresco a la plaza de Bellecour, donde se encontró con dos de sus antiguos camaradas, tan malos sujetos como él. Thibaud los abrazó de un modo efusivo, los hizo entrar a su casa y los invitó a beber. A partir de aquel día empezó a llevar una vida pecaminosa que destrozó el corazón de su pobre padre. Este se encomendó a san Jaime, su patrón, y llevó ante su imagen un cirio de diez libras adornado con dos abrazaderas de oro, cada una de un peso de cinco *mares*. Pero al querer colocar el cirio sobre el altar, se le cayó de las manos y derribó al suelo una lámpara de plata que ardía ante el santo. Interpretó este doble accidente como un mal presagio, y regresó triste y deprimido a su casa.

Aquel mismo día, Thibaud volvió a invitar a sus amigos; y cuando empezó a anochecer, salieron a tomar aire a la plaza de Bellecour y a pasearse por las calles de la ciudad, confiando encontrar algo que les divirtiese. Pero la noche era tan espesa que no encontraron muchacha ni mujer alguna. Thibaud, impaciente por este fracaso y molesto por no poder conseguir compañía femenina, exclamó, gritando como un energúmeno enfurecido y rabioso:

—¡Sagrada muerte del gran diablo!, prometo que le entregaré mi alma y toda mi sangre, si la gran diablesa, su hija, acude a este lugar y acepta mi amor.

Estas sacrílegas palabras disgustaron profundamente a sus amigos, ya que estos no eran tan pecadores como Thibaud, y uno de ellos le dijo:

—Mi querido amigo, piensa que el demonio, por ser enemigo de los hombres, ya les hace bastante daño, sin necesidad de que lo llamen invocando su nombre.

Más el incorregible Thibaud respondió:

—Pues a pesar de todo, cumpliré mi palabra y haré lo que he dicho.

Momentos después, vieron salir de una calle vecina a una joven dama con el rostro cubierto por un espeso velo, que no impedía adivinar su encanto y hermosura. Un negrito la seguía. Este dio un traspié, se cayó al suelo y rompió la linterna. La joven dama pareció asustarse muchísimo, y como no sabía qué hacer, Thibaud se apresuró a acercarse a ella, del modo más correcto que pudo, y le ofreció su brazo para conducirla a su casa. Después de unos momentos de vacilación, la desconocida aceptó, y Thibaud, volviéndose hacia sus amigos, les dijo en voz baja:

—Como habéis visto, aquel a quien he invocado no me ha hecho esperar mucho... Buenas noches, amigos míos.

Los dos camaradas comprendieron lo que aquel quería decirles, y se marcharon riéndose.

Thibaud ofreció su brazo a la dama, y ambos se pusieron en marcha. El negrito iba delante de ellos, aunque llevaba apagada la linterna. La hermosa joven parecía estar tan nerviosa y asustada, que apenas podía seguir a su joven acompañante, pero poco a poco se fue tranquilizando, y se apoyó con más energía en el brazo de Thibaud. De vez en cuando daba un falso paso y se agarraba con más fuerza a su

joven caballero. Entonces Thibaud, tratando de retenerla por todos los medios, le puso la mano sobre el corazón, aunque con mucha discreción para no asustarla.

Caminaron durante tanto tiempo, que al final Thibaud llegó a suponer que se habían extraviado por las calles de Lyon. Pero este detalle más bien le agradó, ya que así, pensó, tendría más tiempo para conquistar a aquella bella y desconocida dama. No obstante, como sentía una gran curiosidad por saber quién era la hermosa joven, le rogó que tomara asiento en un banco de piedra para que descansase. Ella consintió, y nuestro joven amigo se sentó a su lado, cogió su mano con un gesto galante y le rogó, con delicada educación, que contara quién era. La hermosa dama pareció sorprendida en un principio, pero luego, ya más tranquilizada, dijo:

—Me llamo Orlandine; al menos así me llamaban las personas que convivían conmigo en el castillo de Sombre, en los Pirineos. En aquel lugar solo vi a mi ama de compañía, que era sorda, a una criada tan tartamuda que hubiera sido mejor que fuese muda del todo, y un viejo portero que era ciego. Este portero no tenía mucho trabajo que hacer, pues solo abría la puerta una vez al año, y eso a un caballero que venía solo a cogerme la barbilla y hablar con mi dueña; conversaciones de las que no me enteraba de nada, ya que se desarrollaban en lengua vasca, idioma que no domino. Gracias a Dios que sabía hablar cuando me encerraron en el castillo de Sombre, pues de lo contrario jamás lo habría conseguido, dadas las personas que me habían puesto como acompañantes o vigilantes... en mi prisión. En cuanto al portero, solo lo veía cuando nos pasaba la comida a través de la reja de la única ventana que teníamos. A decir verdad, mi ama de llaves me gritaba al oído extrañas lecciones de moral; pero me enteraba tan poco como si hubiese sido tan sorda como ella, pues me hablaba de los deberes del matrimonio, pero no me decía qué era el matrimonio. A menudo, mi sirvienta se empeñaba en contarme historias, y aseguraba que eran muy interesantes, pero como no podía seguir más allá de la segunda frase, se veía forzada a renunciar y se retiraba, mientras se disculpaba tartamudeando.

»Ya le he dicho que había un señor que venía a verme una vez al año. Cuando cumplí los quince años, aquel caballero me hizo subir a una carroza, junto con mi ama de compañía. En ella estuvimos viajando durante tres días consecutivos, y, al llegar la tercera noche, o quizá el crepúsculo, salimos de la carroza. Recuerdo perfectamente que un hombre abrió la portezuela y nos dijo:

»—En este instante están ustedes en la plaza de Bellecour; y aquella es la mansión del preboste, Jacques de la Jacquiére. ¿Dónde desean que las conduzca?

»—Entre usted en la primera puerta cochera después de la del preboste —repuso mi ama de llaves.

Al oír estas palabras, el joven Thibaud puso mucha atención, ya que era su vecino, un gentilhombre llamado señor de Sombre, quien vivía en aquella mansión y quien, por añadidura, era sumamente celoso.

—De modo que entramos en la puerta cochera —continuó Orlandine—, y allí, subiendo por una escalera de mármol, me condujeron a unas inmensas y hermosas

cámaras; luego, caminamos por un pasadizo oscuro, al final del cual había una escalera de caracol. Subimos por ella hasta llegar a una torre muy alta, cuyas ventanas estaban tapadas con gruesas cortinas verdes. Por lo demás, la torre estaba bastante iluminada. Mi dueña, después de hacerme sentar en un hermoso butacón tapizado de terciopelo negro, me entregó su rosario para que ocupara mi tiempo en actos piadosos, y se marchó cerrando la puerta con dos vueltas de llave.

»Cuando me vi sola, tiré el rosario, saqué unas tijeras que había ocultado en mi corsé, e hice una abertura en la cortina verde que ocultaba la ventana de la torre. Entonces vi, a través de otra ventana de una mansión vecina, una habitación muy iluminada en la que cenaban tres jóvenes caballeros y tres señoritas. Cantaban, bebían, reían y se abrazaban...

Orlandine dio otros detalles más sobre aquella escena que presencié; detalles que estuvieron a punto de hacer reír a mandíbula batiente al joven Thibaud, pues se trataba de una cena que él había dado a sus dos amigos y a tres señoritas de la ciudad.

—Estaba yo atenta a todo lo que allí pasaba —continuó Orlandine—, cuando de repente oí que se abría la puerta. Cogí el rosario de inmediato, me senté en el sillón y vi entrar a mi ama. Esta me tomó de la mano, sin decirme una sola palabra, me llevó de nuevo a la carroza, y me hizo subir a ella. Se puso en marcha, y después de un largo trayecto, llegamos a la última casa de la barriada. En realidad se trataba de una cabaña, aunque por dentro estaba dotada de todas las comodidades. Su aspecto es magnífico; cosa que podrá usted comprobar dentro de un momento, si el negrito encuentra el camino, ya que veo que al fin ha conseguido volver a encender la linterna.

—¡Oh, bella extraviada! —interrumpió Thibaud, mientras le besaba galantemente la mano—. Le agradecería muchísimo que me diga si vive sola en esa casita.

—Sí, vivo sola —respondió la dama—, acompañada de ese negrito y de mi ama de llaves. Mas no creo que ella pueda venir esta noche. El señor que me condujo la noche pasada a esta casita, me envió decir, hace unas dos horas, que fuese a unirme con él en casa de una de sus hermanas; como no podía enviarme su carroza, ya que la había enviado a recoger a un sacerdote, decidí ir a pie. Cuando mi ama y yo íbamos por una de esas calles, un individuo me detuvo para decirme que era muy bella. Entonces ella, como es sorda, creyó que me estaba insultando, por lo que se puso a censurarle su vergonzosa conducta con agrias palabras. Luego acudieron otras personas que se unieron a la querrela. Tuve miedo y huí, el negrito me siguió, corriendo, pero tropezó y rompió la linterna. Fue entonces, caballero, cuando tuve el honor de encontrarme con usted.

Thibaud se disponía a prodigarle unas galanterías, cuando el negrito apareció con la linterna encendida. Se pusieron en marcha de inmediato, y al cabo de cierto tiempo llegaron a la casita aislada, cuya puerta abrió el negrito con una llave que llevaba atada a su cinturón.

El interior de la casa estaba magníficamente adornado, y entre aquellos muebles

de nobles maderas, se veían unos butacones tapizados de terciopelo de Genes, con franjas rojas, y una cama cubierta de muaré de Venecia. Pero nada de aquella magnífica y soberbia ornamentación atraía la atención de Thibaud; solo tenía ojos para Orlandine.

El negrito puso un mantel sobre la mesa y preparó la cena. Entonces, Thibaud se dio cuenta que el negrito no era un niño, como había creído desde un principio, sino una especie de enano viejo, muy negro y con el rostro más feo del mundo. Este pequeño enano se presentó instantes después, llevando una bandeja con cuatro apetitosas perdices y una botella de excelente vino. Se pusieron a la mesa. Apenas Thibaud hubo tomado unos bocados y unos cuantos sorbos de vino, sintió como una especie de fuego sobrenatural que circulaba por sus venas. Mientras, Orlandine seguía con tranquilidad comiendo, pero observaba con insistencia a su convidado, algunas veces con una mirada tierna y cándida, y otras con unos ojos tan llenos de malicia que el joven caballero ya no sabía qué hacer ni qué pensar. Al fin, el negrito vino, quitó la comida y el mantel y se retiró de inmediato. Entonces, Orlandine cogió la mano de Thibaud y le dijo:

—Dígame, guapo caballero, ¿cómo quiere que pasemos la velada? Un momento; se me ocurre una idea; aquí hay un espejo. Pongámonos enfrente y juguemos a hacer pantomimas como solía hacer en el castillo de Sombre. Me divertía mucho al ver que mi ama de llaves era muy distinta a mí. Ahora quiero saber si usted es diferente de mí.

Orlandine puso dos sillas delante del espejo, y luego aflojó el cuello de Thibaud, mientras decía:

—Su cuello es casi igual que el mío; las espaldas también. Pero en lo referente al pecho, ¡cuánta diferencia! El año pasado mi pecho era como el suyo, pero luego engordé y ya ni me reconozco. Quítese el cinturón, el jubón y todos esos cordones...

Thibaud, no pudiendo contenerse más, llevó a Orlandine a la cama cubierta con muaré de Venecia, y se creyó el más feliz de los hombres. Pero aquella felicidad no duró mucho tiempo. El desgraciado joven sintió unas garras agudas que se le clavaban en la espalda. Empezó a gritar, llamando a Orlandine, pero esta ya no estaba allí. En su lugar vio un horrible conjunto de formas repugnantes, siniestras y misteriosas...

—Yo no soy Orlandine —dijo el monstruo, con voz cavernosa—. ¡Soy *Belcebú!*

Thibaud quiso pronunciar el nombre de Jesús, pero el diablo, que adivinó su intención, le apretó la garganta con sus dientes, impidiéndole pronunciar el sagrado nombre.

Al día siguiente por la mañana, unos campesinos, que se dirigían a vender sus legumbres al mercado de Lyon, oyeron unos gemidos procedentes de una granja abandonada situada cerca del camino y que servía de vertedero. Entraron en ella y encontraron a Thibaud tumbado sobre una carroña medio podrida. Lo cogieron y lo transportaron a la casa de su padre, el preboste de Lyon. El desdichado caballero de la

Jacquiére reconoció a su hijo. Luego colocaron al joven en una cama y pronto recobró el conocimiento. Entonces dijo con voz débil: «Abran la puerta a ese santo ermitaño». Al principio nadie comprendió lo que quería decir; mas luego fueron y abrieron la puerta, y penetró por ella un venerable religioso que solicitó humildemente que lo dejaran a solas con Thibaud. Durante mucho tiempo se oyó la voz del ermitaño aconsejando al joven, exhortándolo, como asimismo los suspiros del desgraciado Thibaud. Cuando la voz dejó de oírse, todos entraron en la habitación. El ermitaño había desaparecido, y sobre la cama yacía muerto el hijo del preboste, con un crucifijo entre las manos.



# LA MANSION DE KEZIAH MASON

JULIEN C. RAASVELD

*Julien C. Raasveld es uno de los escritores holandeses contemporáneos más versátiles dentro del género de relatos fantásticos. «La mansión de Keziah Mason» es una versión moderna de un tema de «Lovecraft». Raasveld nació en 1944 de Antwerp, y actualmente es considerado en Holanda un autor muy prolífico en el campo de las novelas de horror.*

Danny Raven sonrió. Había adivinado. Era posible hablar con aquel hombre.

—Bueno, pues...

Se interrumpió al acercarse la camarera con dos vasos de cerveza que colocó sobre la mesa. Era patente que la chica no vivía exclusivamente de las propinas que le daban los parroquianos, dada su extremada minifalda y su recargado maquillaje. Cuando la camarera se dio cuenta que aquellos clientes podían comprar lo que ella quería vender, hizo todo lo posible para que pudieran observar toda la mercancía. Pero no habían ido allí a pasar un rato alegre con una chica. Por eso, Danny Raven se limitó a darle un cachete en su bien contorneada zona glútea, mientras le decía:

—Gracias, guapa, pero hoy no.

La camarera se alejó mientras les insinuaba que aparte de lo que ellos deseaban, podría ofrecerles placeres inimaginables.

Danny Raven creyó conveniente dejarlo para más adelante, cuando hubiese terminado aquel asunto que tenía entre manos. Apartó la placentera idea de su mente, sorbió un trago de cerveza y se dirigió a su acompañante, el cual daba la impresión de no encontrarse muy a gusto en aquel sitio. Bueno, lo más importante de todo era que estaba dispuesto a hablar, y eso solo era posible en aquel lugar. Solo en los bajos fondos se podía hacer un trato sin temer ser descubierto. O hay que ser muy estúpido. Danny miró fijamente al hombre que tenía frente a él...

Danny Raven sabía perfectamente que aquel hombre estaba enterado, y lo que era aún más importante, estaba dispuesto a hablar.

—¿Quién es ese Keziah Mason? —le preguntó, mientras miraba a su alrededor para comprobar que nadie los escuchaba. Afortunadamente no había nadie, excepto los empleados, medio dormidos tras el mostrador.

Danny sabía cómo comportarse en tales casos. De lo contrario, no hubiera hecho aquel descubrimiento... Escribió unas palabras en un trozo de papel, lo puso sobre la mesa y lo empujó hacia su acompañante. Este leyó aquellas palabras, miró a Danny a través de los cristales de sus gafas y le dijo:

—La Oficina de Registro cierra a las cuatro, señor.

—Oh, sí, es verdad, gracias —respondió Danny, guiñando.

Contempló al individuo mientras bebía un trago de cerveza, y luego le preguntó:

—Bueno, ¿qué es lo que puede contarme?

El hombrecillo le miró con malicia.

—Quizá nada, quizá mucho; todo depende...

Danny puso un billete de mil francos sobre la mesa. El hombre silbó suavemente.

—¿Tanto dinero? Entonces es que usted debe estar muy... Me pregunto cómo puede tener tanto dinero.

—Eso ahora no importa. Tengo mi sistema para conseguir la información que deseo. Vamos, hable.

—Pues bien, lo que le han dicho es cierto. Ese brujo de Keziah Mason llegó a Arkham Antwerp en 1692. La casa en la que vivió aún existe.

—¿Dónde está?

—En la calle de los Dos Embajadores, número 7.

—¿La calle de los Dos Embajadores? Nunca he oído hablar de ella —respondió Danny.

—Por supuesto. El Ayuntamiento se encargó de que desapareciera de todos los planos, y finalmente la clausuró, después de que una serie de espantosos asesinatos fuesen descubiertos en 1693 en los muelles. Pero aquellas medidas no sirvieron para nada.

—Entonces, ¿dónde está esa calle? —preguntó Danny.

—¿Conoce usted el Canal Fibre? —le dijo el hombrecillo—. Supongo que sí. También conocerá la calle Whitethoat. Bueno, pues entre ambas calles existe un gigantesco almacén que está abandonado desde hace cientos de años, y otro más en la otra punta. Ambos almacenes constituyen el principio y el fin de la calle de los Dos Embajadores. Fueron construidos allí, y fueron cerrados a finales de 1693.

—¿Cómo conseguiré penetrar en ellos? —le preguntó Danny.

—El almacén del Canal Fibre tiene una puerta. Aquí tiene usted la llave.

—¿Existe el peligro de que alguien de la Oficina de Registro se dé cuenta de la desaparición?

—Así es, o mejor dicho, había solo una persona que conocía la existencia de la calle de los Dos Embajadores, y es un secreto. Es por ello por lo que aún sigo preguntándome cómo es posible...

—Ya se lo dije antes: tengo mi método para conseguir las informaciones que deseo.

Danny Raven se levantó bruscamente. Le dio otros mil francos al hombrecillo.

—Supongo que con esto habrá suficiente para que tenga la boca cerrada, ¿no es así?

El hombrecillo sonreía maliciosamente mientras Danny abandonaba la taberna.

Solo una cosa no había dicho a Danny Raven: los asesinatos no cesaron, pese a la clausura de la calle de los Dos Embajadores. Y aún se cometían: el brujo Keziah Mason había desaparecido y nunca volvió a ser encontrado...

Danny Raven era inteligente; nadie lo dudaba; sus brillantes estudios eran una prueba de ello. Quizá era demasiado inteligente, y por eso no quiso adaptarse a una existencia para la que había sido destinado. Dio muestras de rebeldía desde su más temprana edad; siempre se había negado a conjugar el verbo «tener».

Danny no deseaba ser un empleado como sus demás compañeros de escuela. Eligió la senda del crimen; pero siempre los realizaba de una forma ingeniosa. Dado que no tenía mucho dinero, comprendió que no podía dedicarse a los grandes negocios. Solo se puede hacer las «cosas grandes» cuando se tiene cierto grado de respetabilidad (es decir, dinero), pues de otra forma se llama la atención de los poderosos y de los cazadores, de los que nadie puede escapar. No, los negocios pequeños eran la especialidad de Danny. Cosas que la policía se limita a hacer un informe, para luego archivarlo en la sección «Crímenes no descubiertos», para luego olvidarlos.

Danny siempre trabajaba solo. Nadie sabía nada de él, y, por lo tanto, a nadie preocupaban sus problemas.

Hasta que un día se le presentó la oportunidad al encontrar un viejo pergamino, que abría una nueva perspectiva en su vida.

Si conseguía descubrir los secretos del malvado brujo Keziah Mason, ¿qué cosa, por difícil que fuera, se le resistiría de ahora en adelante? Danny se hallaba dominado por una espantosa fiebre, solo de pensar en las grandes posibilidades que se le presentaban. Era su ruina o...

Se dirigió directamente al almacén del Canal Fibre, no sin antes cerciorarse preguntando a unos empleados si había otro almacén idéntico en la calle Whitethroat. Entonces comprendió que aquel hombrecillo no le había mentado. Al comprobar esto, se tranquilizó y comenzó a pensar en la perspectiva tan hermosa que se le presentaba por vez primera en su existencia. Al acercarse a la pequeña puerta, su corazón empezó a latir rápidamente, como queriendo escapar por su garganta. También comprobó la veracidad de otra información que le había dado el hombrecillo; todas las demás ventanas y portales estaban tapiados con ladrillos.

La llave penetró en la cerradura, pero aquella puerta hacía muchos años que no se utilizaba para abrirla y tuvo que emplear toda su astucia. Cuando ya se disponía a abandonar la empresa por miedo a romper la llave forzando la cerradura, esta cedió produciendo un suave clic. Con mucho cuidado, Danny abrió la puerta, pero procurando que no se repitiera el anterior clic. Era muy difícil que hubiera alguien en

aquel lugar de la ciudad, y mucho menos a aquella hora tan intempestiva, pero era imposible asegurarlo. Danny era un hombre muy prudente.

Solo después de haber cerrado cuidadosamente la puerta tras de él, se decidió a encender su lámpara de bolsillo. El almacén era muy grande, estaba vacío y en él reinaba un silencio de muerte. Había telas de araña por todas partes. Danny se estremeció. No se explicaba el motivo por el cual presentía que no todo marchaba bien. Entonces lo comprendió: no había ratas. Generalmente, en los viejos edificios, estos sucios animaluchos abundaban por centenares, pero aquí no había el menor ruido, el menor susurro, ni siquiera un ratón.

Se echó a reír para infundirse valor. «Debo congratularme por no verme molestado por esos irritantes y peligrosos roedores», se dijo. Se puso a andar por el almacén, hasta llegar a la puerta posterior que empujó suavemente. Aunque estaba seguro de lo que iba a encontrar, no pudo contener un grito estridente de sorpresa.

Delante de él, encerrada entre altas paredes y terminando en la parte posterior del otro almacén, había una calle bañada por los rayos plateados de la luna. Las casas a ambos lados de la misma estaban en ruinas, y la hierba crecía ya entre los resquicios de las piedras, y a pesar de todo, había una extraña atmósfera de vida, una impresión semejante a la de observar a un hombre muerto dentro de un ataúd.

Tuvo que hacer un esfuerzo para penetrar en aquella calle.

Su linterna iba iluminando los números de las casas. Finalmente llegó a la número siete. A diferencia de las demás casas, esta se conservaba intacta. Empujó la puerta, pero esta estaba cerrada. Pero este no era un gran obstáculo para Danny. Hizo unos cuantos forcejeos con su ganzúa e inmediatamente la puerta quedó abierta. En el suelo no había nada. Penetró más adentro. Un ruido extraño estuvo a punto de ponerle en fuga. Entonces reconoció ese ruido de patas arañando la madera de la escalera. Supuso que allí sí que había ratas. Se secó el sudor del rostro. Siguió avanzando, cerciorándose que a aquella hora no conseguiría nada, debiendo regresar al día siguiente y seguir investigando a la luz del día. Con mucho cuidado comenzó a subir por las vetustas escaleras, temiendo caerse en cualquier momento al pisar algún peldaño carcomido por el paso de los años. Pero por lo visto la escalera se mantenía en perfecto estado, como el resto de la casa. En el piso superior solo había una habitación. La abrió y entró en ella.

De nuevo, un extraño ruido le hizo sobresaltarse. Dirigió su lámpara de bolsillo a todos los lados de la habitación, deteniéndose finalmente en un rincón de la misma.

Horrorizado, permaneció clavado en el suelo, contemplando aquella cosa que le miraba fijamente. Entonces unas palabras acudieron a su memoria: «... El carcelero se ha vuelto loco y murmura algo sobre una cosa que sale corriendo de la celda de Keziah».

Dando un alarido de terror, Danny se volvió y echó a correr hacia la puerta, pero allí había una vieja mujer jorobada que le contuvo con un gesto de la mano, mientras pronunciaba extrañas palabras en un idioma que Danny desconocía.

Danny sintió como si desapareciera en medio de una turbulenta niebla, en la que solo veía los negros ojos fijos de la mujer clavados en él, cada vez haciéndose más grandes, más grandes, más grandes...

Se vio sumergido en una suave e infinita oscuridad. No, no era infinita, ya que vio una luz roja. Danny Raven se despertó, y contempló las llamas del horno. Quiso incorporarse, pero sus tobillos y sus muñecas estaban atados a una mesa. Dominado por el horror recordó lo que había sucedido. La puerta se abrió. La vieja mujer entró, con aquella cosa increíble en sus hombros. Puso a su lado una copa, dibujada con extraños diseños. La cosa murmuró unos sonidos irreconocibles con voz aguda y estridente, mirándolo fijamente. El sudor bañaba todo el cuerpo de Danny.

—De modo que ya está despierto, ¿no es así? Magnífico. Entonces la ceremonia ya puede comenzar.

—¿Quién es usted?

—Mi verdadero nombre no significaría nada para usted. Pero uno acostumbra a llamarme Keziah Mason. Y ese es Brown Jenkin —dijo mientras indicaba hacia la «cosa».

—Pero... pero... esto es imposible; en 1693 usted ya era una anciana. Usted no puede tener ahora trescientos años de edad.

La extraña mujer sonrió con satisfacción.

—¿Es que acaso piensa, idiota, que nos perseguían y quemaban en la hoguera simplemente porque éramos seres humanos corrientes? Estúpido. Bah, ustedes los terráqueos cada día se vuelven más cretinos. En aquellos primitivos días de la Edad Oscura, ya todos adivinaban por instinto que pertenecíamos a otra raza, que éramos los Otros Seres, y, por lo tanto, peligrosos para ellos.

—Pero entonces, ¿quién es usted? —preguntó Danny.

La vieja se encogió de hombros.

—Soy Otro Ser. El mundo en el que vivimos no existe para ustedes, y nunca lo encontrarán. Incluso uno de nuestros compañeros divulgó un gran número de nuestros secretos, pero nadie le creyó.

—¿Quién? ¿Quién?

—Eso no tiene ninguna importancia. Nos agrada vuestro mundo, pero cada vez que uno de nosotros pretende alcanzarlo, la Ofrenda debe ser hecha. ¿Está preparado, Brown Jenkin?

La «cosa» saltó sobre su cuerpo con un cuchillo en sus terribles garras. Keziah Mason se puso a cantar con una voz estridente, y alcanzó a sentir un profundo dolor cuando el cuchillo penetró en la carne de su vientre. *Pero antes de que el brujo sacara los intestinos fuera de su cuerpo, reconoció una palabra: NYARLATHOTEP... y vio un inmenso y oscuro boquete en el techo, en el que extrañas y horribles sombras se movían guiadas por un monstruo vestido de negro y con la cabeza llena*

*de tentáculos, mientras la canción de Keziah Mason era repetida por un coro de voces no humanas...*

# EL EXTRAÑO AMIGO DEL CAPITÁN

JOSEPH SHERIDAN LE FANU

*Joseph Sheridan Le Fanu (1814-1873) fue hijo de un deán de la Iglesia Episcopal de Irlanda y nieto de Richard Brinsley Sheridan. Fue educado en el Trinity College y llegó a ser colaborador y al fin propietario de la «Dublin University Magazine», donde se publicaron muchas de sus novelas; la más popular fue quizá «Tío Silas». Sus novelas y cuentos se distinguen generalmente por su fácil construcción, ingenuidad en el tema y por su poder de representar lo desconocido y lo ultraterreno. Para esta antología, hemos extractado el siguiente cuento.*

La historia que voy a contar es verdadera. Yo respondo personalmente de ello: conocí todos sus actores y mi relato será lo más fiel posible al sucesivo desarrollo de los acontecimientos que perturbaron y enlutaron una honorable familia de Dublin. A finales del siglo pasado, es decir, a finales de 1790, un tal capitán Barton se instaló en nuestra ciudad de la que su familia era oriunda. Había servido muy honorablemente en los rangos de la marina real, y durante la guerra de América comandó una fragata. Cuando se retiró tenía poco más de cuarenta años y los que le conocían bien estaban de acuerdo en afirmar que era de trato agradable, aunque sujeto a veces a ciertos cambios de humor.

Sea lo que fuere, tenía la reputación de un perfecto *gentleman* y ni su tono ni sus modales recordaban su historia de marino. Por el contrario, iba siempre elegantemente vestido y se expresaba como un hombre de mundo. Físicamente, era buen mozo, sólido, con un rostro grave, serio, reflexivo, una amplia frente que denotaba una gran inteligencia. De este modo, la perfecta honorabilidad de su nombre, su excelente reputación, así como su fortuna le daban acceso a los medios más aristocráticos de Dublin.

A pesar de la importancia de sus ingresos, el capitán Barton vivía con sencillez: moraba al sur de la ciudad, en un barrio elegante. El servicio de su casa estaba compuesto por un caballo y un solo sirviente. Se sabía que era ateo, pero su existencia estaba muy lejos de la de un libertino: no practicaba ninguno de los vicios de moda, bebía moderadamente, jamás tocaba las cartas y pasaba la mayor parte de su tiempo en casa, leyendo o soñando. No se le conocían compañeros favoritos como tampoco amigos íntimos, y cuando aceptaba una invitación, se le veía pasear por los salones observando a la gente como un filósofo. Raramente participaba en las conversaciones.

Tenía, pues, la reputación de una persona honesta, ordenada, nada malversadora, poco inclinada a los placeres de la sociedad.

Se decía que, dada su prudente conducta, lograría desbaratar las trampas que le tendían las madres con hijas casaderas. Añadían que por lo que a esto respecta llegaría a viejo, moriría muy rico y dejaría sus bienes a una obra de caridad.

Pongamos en claro que todos los que se dedicaban a predecir el futuro se equivocaban fundamentalmente en cuanto a las intenciones del excelente capitán Barton. Tuvieron la prueba de ello cuando miss Montague, muchacha cabal y de la mejor sociedad, hizo su entrada en el gran mundo. Esto ocurrió, recuerdo, en casa de la vieja lady L..., tía de miss Montague.

La muchacha era encantadora, y, además, poseía una inteligencia poco común en las jóvenes de su condición. La mimaron, pero su popularidad no pasaba de ahí y si bien esto halagaba agradablemente su vanidad, no acababa de solucionar sus problemas, y ya empezaba a preguntarse si se convertiría en una solterona. En efecto, no poseía nada aparte de sus atractivos personales y ningún pretendiente se le declaraba. Así estaba la situación cuando el capitán Barton le pidió la mano. Es fácil adivinar la sorpresa que esta novedad causó, tanto debido a la pobreza de miss Montague como a la famosa misoginia del antiguo marino.

Naturalmente, lady L... admitió a Barton y extendió por todas partes la noticia de los esponsales: su sobrina aceptó con la sola condición de que el general Montague, su padre, consintiera en ello. El general era aguardado de una semana a otra, de regreso de las Indias. No era equivocado suponer la poca importancia de esta demora, pues el viejo Montague, se decía, sería muy feliz de casar a su hija sin dote, y Barton era muy aceptable como futuro esposo. Así se llegó a considerar al capitán y a la muchacha decididamente prometidos. En consecuencia, lady L..., que respetaba el viejo código de la costumbre, sacó a su sobrina del torbellino de la vida mundana; es sabido, en efecto, que está muy bien visto enseñar por todas partes las muchachas casaderas, llevarlas de baile en baile y de fiesta en fiesta hasta que un joven, o un hombre no tan joven, *gentleman* se propone desposarlas. A partir de este momento se encierra a la muchacha hasta el día de su boda. Sin ser adivino, podemos suponer lo que opinan las damiselas de este trato. Es muy posible que miss Montague no fuera la excepción de la regla y que en el fondo de su corazón maldijera a su tía por alejarla de placeres a los que, a fe mía, empezaba a estimar. Pero como era una chica bien educada, lo aceptó sin protestar. Y desde entonces, Barton tomaba a menudo el camino de la mansión de lady L... A veces almorzaba allí y se le atendía con todos los cuidados con que se trata a un novio... por el miedo a que no cambie de opinión.

Lady L... vivía en una bonita casa situada en el norte de la ciudad, en el lado opuesto al lugar en que vivía el capitán. La distancia que separaba las dos casas era considerable, pero el capitán la recorría, por placer, a pie. Y en particular cuando regresaba a su casa al atardecer.

Se marchaba solo, en el calmo anochecer, y tomaba el camino más corto, lo que le



obligaba a, pasar por una calle nueva, larga y desierta, cuyas casas estaban en su mayoría por terminar.

Una noche, pocos días después de ser admitido oficialmente como novio de miss Montague, el capitán Barton permaneció más tiempo de lo acostumbrado en casa de lady L... Más tarde supe que la discusión había versado sobre cuestiones religiosas y en especial sobre las pruebas de la existencia de Dios. Por lo que a esto respecta, Barton mantenía las opiniones de los filósofos franceses ateos y las dos damas no estaban lejos de seguirlo; si bien no compartían totalmente su falta de religión, no veían en ello un motivo suficiente para romper los proyectos matrimoniales. Y, de todas formas, lady L... estaba demasiado empeñada en casar a su sobrina para detenerse ante problemas tan secundarios como entonces le parecían los problemas metafísicos. La conversación se había desviado hacia lo fantástico y lo sobrenatural. Ante estos temas, Barton había aplicado el mismo escepticismo distinguido que a los precedentes. En este punto debo decir que el capitán era completamente sincero, que su ateísmo y su incredulidad eran para él como una fe negativa y que, en suma, lo menos curioso de la curiosa aventura que he empezado a relatar, no es realmente el hecho de que le ocurriera precisamente a Barton que negaba cualquier influencia sobrenatural.

El capitán se retiró bastante más tarde de las doce y se fue solo en la noche. Al fin llegó a la nueva calle de la que he hablado. La atmósfera estaba impregnada de una niebla que la luna hacía lechosa, todo era calma y silencio. Barton sentía una punzante sensación de aventura y hacía sonar sus tacones fuerte y claro sobre el pavimento. Quizá hacía cinco minutos que andaba por la calle desierta cuando oyó un ruido de pasos tras de sí. Barton era un hombre valiente, muchas veces lo había demostrado, pero es muy incómodo sentirse seguido cuando uno camina, por la noche, en un lugar apartado. Se volvió para ver quién le seguía. Ya lo he dicho, había luna llena y se podían distinguir sin dificultades los objetos en esa pálida luz. Pero Barton no alcanzó a distinguir nada, ni hombre, ni animal, y ni siquiera una forma indefinida.

Por un momento pensó que debía ser el eco de sus propios pasos, quiso experimentarlo y martilló el suelo con el tacón, pataleó. Inútil. El aire de la noche no le devolvía ruido alguno. Podía inquietarse, pero no lo hizo e imaginó simplemente, como persona de carácter que era, que había *creído* oír algo que en realidad *no había* oído. No era muy propio de él, pero a falta de mejor explicación, aceptó esta como la más racional y reemprendió el camino. Y volvió a empezar, tap-tap-tap, el ruido de pasos volvía a oírse tras de sí. El capitán Barton como era persona bien educada no renegó y se contentó con aguzar más el oído. Los pasos aumentaban, disminuían según un ritmo muy distinto de la marcha del capitán. Comprendió que no podía tratarse del eco, y furioso a la vez que desconcertado, Barton se volvió de nuevo, pero como la primera vez, la calle estaba totalmente desierta. Entonces volvió sobre sus pasos, escrutando cada zona de sombras con la esperanza de descubrir al bromista de

mal gusto que se burlaba de esta manera de él y de hacerle sentir el peso del bastón en sus espaldas. Pero fue inútil dar vueltas, girar, buscar, no descubrió nada, absolutamente nada.

Por más racional y librepensador que fuera, el excelente Barton sintió que un ligero terror supersticioso le empezaba a dominar. Esto le desagradaba profundamente, pero nada podía contra la angustia misteriosa e incómoda que ahora le atrapaba por el cuello. Dio media vuelta y reemprendió el camino hacia su casa. El silencio le acompañó hasta que llegó al mismo lugar donde se había detenido anteriormente. Desde allí, los pasos volvieron a oírse. El invisible perseguidor parecía correr como si deseara alcanzar al capitán que cada vez entendía menos lo que pasaba y se inquietaba más por ello.

Volvió a inmovilizarse, se sentía demasiado incómodo y cedió a las absurdas ganas que tenía de gritar:

—¡Dejaros ver, por todos los diablos! —gritó.

El silencio fue la única respuesta y Barton empezó a dudar seriamente de sus sentidos. Se puso nervioso y tuvo que hacer un violento esfuerzo para no ponerse a correr y continuar caminando al mismo paso.

Para mayor alivio, su misterioso seguidor le abandonó al final de la calle, y pudo, sin más problemas, volver a su casa.

Una vez sentado tranquilamente en un buen sillón al lado de la chimenea en la que quemaba un buen fuego, se puso a reflexionar sobre aquella aventura. Progresivamente recuperaba su equilibrio y determinó que había sido el juguete de una alucinación. Por otra parte, estaba demasiado orgulloso de su incredulidad para aceptar la hipótesis de una intervención sobrenatural.

El capitán se levantó bastante tarde a la mañana siguiente y, saboreando su desayuno, pensaba en su aventura con la indiferencia divertida que a veces sentimos, durante el día, cuando evocamos nuestros temores nocturnos. Su sirviente entró sin hacer ruido —tenía órdenes muy severas a este respecto—, puso cerca de su plato una carta y se retiró tan silenciosamente como había entrado.

Barton observó el sobre unos minutos; no tenía nada de particular, la escritura no le recordaba a nadie, aunque parecía expresamente disfrazada. El capitán dudó unos momentos y luego abrió el sobre y leyó la carta que decía lo siguiente:

*«Queremos prevenir al capitán Barton, antiguo comandante del Dolphin, que un gran peligro le amenaza. Si es prudente renunciará a pasar por la calle nueva, de no ser así se arriesga a caer en una trampa. Es importante que el señor Barton haga caso seriamente de esta carta, pues puede temerse cualquier cosa del QUE CAMINA POR LAS SOMBRAS».*

Barton hizo una mueca de incompreensión, se encogió de hombros, volvió a leer la

carta y la observó detenidamente. Su examen no le descubrió nada nuevo y el sello que había cerrado el sobre no le reveló ningún indicio; solo era un trozo de cera con la huella de un pulgar.

El capitán, incitado por este desagradable misterio, elaboró mil suposiciones. Realmente no se imaginaba quién podía haber escrito esta incoherente misiva, cuyo autor al mismo tiempo que le ponía en guardia, le daba a entender que era a él, el firmante, a quien debía temer. Por otra parte, el hecho que el mensaje le recordara su penosa aventura nocturna, acababa por inquietar al excelente Barton.

No obstante, no dijo nada de ello a nadie, ni siquiera a su prometida. Podemos suponer con toda lógica que era su orgullo de librepensador el que le hacía callar. El capitán Barton podía suponer que después de sus profesiones de fe de ateísmo, de racionalismo, de librepensamiento, miss Montague tendría fundamento para burlarse de sus terrores nocturnos y del miedo supersticioso que se amparaba de él cuando pensaba en la carta del QUE CAMINA POR LAS SOMBRAS. Y no quería ser el objeto de las burlas de la muchacha, primero porque tenía fama de crítica y luego porque ello habría disminuido, sin duda, el prestigio del futuro esposo.

Con el transcurso del tiempo, acabó por considerar todo aquello como una broma de mal gusto, aunque, no obstante, no podía volver a encontrar la tranquilidad de espíritu que, no hacía mucho, le era propia. Por otra parte, durante muchos días, evitó la nueva calle...

Una semana más tarde, aconteció un nuevo incidente que despertó en Barton las desagradables sensaciones que había sufrido.

Aquella noche volvía del teatro, había acompañado a lady L... y a su sobrina al coche y caminaba en compañía de algunas personas conocidas. Se despidió de ellas cerca de los austeros edificios de la Universidad y continuó solo el camino. Quizá era la una de la madrugada, todo estaba quieto y desierto alrededor de Barton, que andaba de prisa. Ya antes de despedirse de sus compañeros había tenido la impresión de que le seguían.

Furtivamente había mirado hacia atrás, más o menos consciente de que *aquello* volvía a empezar, que volvería a ser perseguido sin saber por quién. Esperaba ver algo, lo que le habría tranquilizado, pero no había visto nada.

Y ahora que estaba solo, se sentía cada vez más nervioso, cada vez más aterrorizado. *Dado que el ruido de pasos era cada vez más fuerte, más insistente.*

Durante todo el rato que siguió, los muros que rodean el parque de la Universidad los pasos le siguieron. Muchas veces se volvió sin ver tras de sí nada más que el creciente de luna que parecía provocarle.

Barton estaba bajo una tensión nerviosa tan intolerable que incluso cuando llegó a su casa no pudo calmarse y permaneció en pie toda la noche, recorriendo su mesa de trabajo de arriba abajo. Hasta el amanecer no se acostó; durmió muy mal con un pesado sueño entrecortado por horribles pesadillas y fue despertado por su sirviente, que le traía el correo. Una de las cartas llamó su atención, conocía demasiado bien la

escritura del sobre. La abrió temblando:

«Os será tan difícil huir de mí como de vuestra sombra. Os veré tantas veces como me plazca, cuando y allí donde yo quiera y no podréis hacer nada para evitarlo. Y también usted, capitán Barton, me verá: no me escondo como parece que creéis. De todas formas, esto no debe impedirnos dormir, ya que si tenéis la conciencia tranquila, ¿por qué habríais de tener miedo del QUE CAMINA POR LAS SOMBRAS?».

Me parece completamente inútil insistir sobre lo que debería pensar en estos momentos el excelente Barton. Durante los siguientes días, la gente se dio cuenta de que el capitán parecía terriblemente sombrío y preocupado, y ello se atribuyó a su futura boda y a la angustia que podría sentir por pensar en su casi difunta tranquilidad de soltero. Naturalmente se equivocaban y era desconocer por completo a Barton atribuirle estas absurdas ideas, pero la explicación pareció suficiente y no se habló más de ello. En cuanto a la causa de estas suposiciones gratuitas, estaba terriblemente preocupado, pues se decía si era posible hacer el ruido de pasos gracias a una ilusión cualquiera de los sentidos debida por ejemplo a un abuso de té verde, de todos modos tenía que ser una mano tan *real* como malévola la que escribió las dos cartas. Y por otra parte, el hecho de que las cartas en cuestión llegaran inmediatamente después del ruido de pasos, parecía algo más complicado que una pura y simple coincidencia.

Cuando pensaba en ello. Barton se acordaba confusamente de ciertos episodios de su vida pasada que asociaba, a pesar de todo, a la inexplicable serie de acontecimientos que se cernían sobre él.

Felizmente (¿es exacta la palabra?) para el pobre hombre, un importante asunto llegó en el momento adecuado para distraerle, junto con la idea de su próximo matrimonio, de una preocupación que amenazaba en convertirse en idea fija. Se trataba de un asunto inmobiliario que se demoraba desde hacía tiempo y que, de repente, parecía que iba a resolverse muy de prisa.

De este modo, Barton se encontró sumergido en un torbellino de visitas, de gestiones, de reivindicaciones que lo alejó de sus problemas. Su mal humor cedió el puesto a su acostumbrada ecuanimidad.

No obstante, durante este feliz período, volvió a escuchar los pasos que no hacía mucho le habían trastornado, pero como solo se oían débilmente y no recibió ninguna carta, se rió de sus antiguos terrores y se ocupó únicamente de las cosas serias.

No conozco mucho a Barton, pero teníamos un amigo común que era diputado, y una noche nos dirigimos los tres al Parlamento. Esta fue una de las raras veces que tuve ocasión de encontrarme con el capitán. Parecía preocupado y contestaba al margen las preguntas que le hacía el diputado respecto a su asunto. Lanzaba furtivas miradas hacia atrás y mantenía una hosca expresión.

Mucho más tarde, me enteré que había oído los misteriosos pasos que le siguieron

a lo largo de nuestro camino.

También supe que en aquella ocasión, por última vez fue la desgraciada víctima de *aquella persecución*.

Pero esto lo supe el mismo día, y no comprendí en absoluto de qué podía tratarse.

Llegábamos a los alrededores de la Universidad cuando un individuo al que recuerdo muy mal se acercó a nosotros murmurando algo sin cesar. Me acuerdo que era bajo, que parecía extranjero y que llevaba un gorro de marino de piel y que lo tomé por un loco al ver la extrema agitación que parecía poseerle.

El hombre se dirigió a Barton, se detuvo ante él, lo miró malévolamente y luego se marchó a paso rápido. Lo que me sorprendió de esta escena, no fue tanto el físico vulgar del individuo ni su insolencia ante el capitán, sino la especie de impresión malhechora y peligrosa que se desprendía de su persona. Pero, e insisto en este punto para que se me entienda bien, todo esto me afectó muy poco... como si esta maledicencia y peligro no me concernieran lo más mínimo. Solo me quedaba la impresión de haberme encontrado con un enfermo mental.

Por ello me quedé muy sorprendido del efecto que este encuentro había producido en el bueno de Barton del que conocía su reputación de valiente y de persona con sangre fría. Se puso a temblar de arriba abajo, me cogió del brazo y dio un paso atrás cuando el otro se detuvo ante él. Los dedos del capitán se hundían en mi carne, me hacía un daño espantoso. El desconocido se marchó, Barton me soltó, se lanzó tras de él, pareció cambiar de idea y se sentó en un banco. Una espantosa expresión de horror dominaba sus rasgos.

Nuestro amigo, el diputado, se precipitó hacia él:

—Por todos los diablos, amigo mío, ¿qué os sucede? ¿No os encontráis bien?

Barton pareció no oírle, y murmuró:

—¿Qué decía? ¿Qué decía? No le pude oír...

El miembro del Parlamento se encogió de hombros:

—Me pregunto qué pueden importarnos las palabras de este individuo; está completamente loco, es evidente, y usted, Barton, no está bien. Voy a llamar un coche...

El capitán hacía visiblemente grandes esfuerzos para recuperar su equilibrio y, cuando habló, fue con una voz casi anormal:

—Ya ha pasado, amigos míos, estoy mucho mejor... ¡Demasiado trabajo por culpa de este asunto de propiedades! No sé lo que me ha pasado. Los nervios, sin duda. Continuemos el camino.

El diputado se negó e invitó a Barton a volver a su casa para descansar. Nosotros lo podíamos acompañar, si lo deseaba. Insistí en este sentido, ya que, además, el capitán parecía dispuesto a dejarse convencer. No obstante, rehusó nuestra proposición de acompañarlo hasta la puerta de su casa y se marchó solo, todavía con pasos inseguros.

Como quizá se ha adivinado leyendo mi relato, mis relaciones con el miembro del

Parlamento no eran tan familiares como para hablar de la curiosa aventura de la que acabábamos de ser testigos, pero me di cuenta, por el aire que tenía, que estaba tan intrigado como yo y que las torpes justificaciones del capitán no le habían convencido más que a mí. Por lo que a mí respecta, la cosa no me parecía nada clara.

Por educación, al día siguiente visité a Barton para preguntar por su salud. Cuando interrogué a su sirviente, me dijo que estaba todavía en cama, pero que consideraba que iba a curarse muy pronto. El mismo día, el capitán hizo llamar a un célebre médico, el doctor Rowlands. Más tarde me explicaron que la consulta fue bastante curiosa.

Al principio, Barton indicaría los síntomas de su mal de un modo tan desenvuelto que podría pensarse que le interesaba muy poco su salud y que había problemas mucho más graves que le preocupaban. Particularmente, habría dicho que sufría trastornos cardíacos y dolores de cabeza, pero lo habría dicho de una manera como si él no tuviera nada que ver con el enfermo.

Entonces el médico le preguntó, según se cree, si no tenía razones para inquietarse por alguna cosa, si había algo que le preocupaba de una manera especial. Barton, parece, que habría respondido como forzado, que todos sus asuntos marchaban bien, gracias, y que no había nada en concreto que lo preocupara. Se pretende que el doctor habría diagnosticado trastornos estomacales, que habría prescrito remedios anodinos y que en el momento de marcharse, el capitán le habría dicho:

—Doctor, me olvidaba de lo que quería preguntaros; se trata de algo relacionado con vuestra profesión. Os parecerá ridículo, me imagino, pero como se trata de una apuesta, os estaré muy agradecido si me queréis contestar.

El médico aceptó, en este momento parece que Barton se sintió incómodo y que al final se decidió como aquel que se lanza al agua:

—En primer lugar, querría haceros algunas preguntas sobre el tétanos. Esto os parecerá idiota, ya os lo he dicho, pero como se trata de una apuesta... Veréis: un hombre atacado por el tétanos parece morir, un médico competente constata su muerte y, no obstante, el enfermo se cura. ¿Es esto posible?

—En absoluto, y pretender lo contrario sería un contrasentido científico.

—De acuerdo, pero si el médico es un impostor, es posible que se equivoque y que confunda la muerte con uno de los estadios de la enfermedad.

—Fantasías, mi querido señor, no hay nada más muerto que un muerto de tétanos y nadie se equivocaría sobre esto.

—Veamos la otra pregunta. Es posible que en el extranjero, Nápoles, por ejemplo, los registros de un hospital estén mal llevados y que pueda inscribirse una defunción que no ha existido. Un error material, en fin...

—Esto no lo sé. En todo caso, en nuestro país jamás oí nada parecido.

—No os voy a entretener más, apreciado doctor, solo un último problema que someto a vuestra sagacidad. No os riáis demasiado a expensas mías, si mi pregunta os

parece demasiado estúpida y decidme simplemente si existe una enfermedad cuyos efectos principales serían la reducción de las dimensiones del paciente, la contracción de su cuerpo, pero respetando las proporciones. Aunque existan muy pocos casos de ella, incluso si se trata de una rarísima enfermedad, decídmelo.

—No conozco la existencia de una enfermedad tal, jamás existió y sin duda alguna no creo que exista jamás.

Barton acogería esta última información con un aire alucinado y habría preguntado entonces al doctor Rowlands si era posible pedir que arrestaran a un loco que amenaza a una persona honesta. El médico debió responder que creía que era posible, pero que para estos asuntos era mejor consultar a un abogado. Luego se habría marchado. El sirviente del capitán explicó más tarde que al llegar al vestíbulo, el doctor exclamó, golpeándose la frente:

—Olvidé mi bastón en la habitación, voy a buscarlo.

Se dice, pero qué es lo que no dice la gente, explicaron, pues, que al entrar en la habitación en la que se encontraba Barton, el médico habría visto cómo su receta se quemaba en la chimenea. También se fijaría en que su cliente parecía huraño y muy desgraciado. Deduciría entonces que el capitán sufría del espíritu, no del cuerpo.

Explico todo esto como simples comentarios sin pruebas, puesto que naturalmente el doctor Rowlands se negó siempre a dar el más mínimo detalle sobre esta entrevista, refugiándose en el secreto profesional.

No obstante, lo que puedo asegurar es que, una semana más tarde, los periódicos de la ciudad publicaron un anuncio que decía así:

*«M. Sylvestre Yolland, antiguo marinero a bordo del Dolphin, o a falta de él, su pariente más próximo, tenga la bondad de presentarse urgentemente a la oficina del señor Hubert Smith, abogado, Dame Street, para enterarse de ciertos hechos susceptibles de su mayor interés. Discreción absoluta. Las puertas del estudio permanecerán abiertas hasta la medianoche».*

Más arriba he dicho que Barton había sido comandante del *Dolphin* y fue este detalle el que hizo pensar a la gente que quizá él estaba detrás de este anuncio.

Todavía esto no es más que una hipótesis, puesto que Smith, el abogado, se negó a decir el nombre de su cliente. Tampoco se supo si el anuncio había dado algún resultado.

Poco a poco pareció que el capitán Barton volvía a reemprender sus costumbres, ya era hora, pues se empezaba a murmurar a sus espaldas que se volvía misántropo y que su mujer sería muy desgraciada al lado de un hombre así. Naturalmente, el rumor público exageraba, como siempre, e incluso en los peores problemas Barton había demostrado tener un equilibrio de carácter ejemplar. Como máximo se le notaba un aire desconfiado e inquieto que no desapareció de su persona hasta pasadas unas

semanas. Una noche, la del gran banquete de la logia filosófica a la que pertenecía, se mostró muy alegre, bebió más de lo que tenía por costumbre, quizá para evadirse de sus problemas, estuvo hablador, incluso excitado. Sus comensales apenas le reconocían.

Se marchó de la reunión hacia las diez y media, todavía bajo los efectos de su ficticia alegría y determinó acabar la noche en casa de lady L... para charlar agradablemente en compañía de su prometida. Con esta intención se dirigió a casa de estas damas.

Ya he dicho que este excelente personaje había bebido; que se me entienda bien, Barton no estaba borracho, ni siquiera achispado, simplemente algo alegre.

No obstante, era dueño de sí mismo y su cortesía era la de siempre.

El único efecto importante de sus libaciones era una especie de profundo desprecio por sus antiguos terrores, una altiva indiferencia ante todo lo que, algunas horas antes, le parecía inquietante. No obstante, en la medida en que pasaba el tiempo y los efectos del vino se disipaban, el capitán notó cómo sus angustias volvían a apoderarse de él tanto más fuertes cuanto más débiles las había creído.

Cuando dejó a las damas estaba preso de no sabía qué extraño presentimiento, se daba cuenta que podía temerlo todo del camino de vuelta a su casa. Pero a Barton le gustaba dominarse, no quería verse despreciado ante sus propios ojos, se negaba a dar importancia a lo que, razonaba, no tenía la más mínima. Y lo que le ocurrió aquella noche fue sin duda alguna la consecuencia directa del miedo que experimentaba a tener miedo por nada.

Estaba cansado y con gusto habría mandado hacer llamar un coche para volver a su casa, pero no quiso hacerlo: pensaba que su fatiga no era más que una excusa para sus terrores, que calificaba de supersticiosos. Por ello determinó volver a pie. Podía escoger entre dos calles, pero con una obstinación incomprensible, decidió tomar aquella en la que le acechaba el peligro misterioso del que le habían amenazado. Andando hacia la calle nueva, se decía que esta vez tendría la conciencia limpia y que descubriría si los temores eran absurdos o estaban fundamentados.

Barton era valiente, ya lo he dicho, pero esa noche, mientras sus pasos se acercaban al puente crítico, tenía que recurrir a todas las fuerzas de su voluntad para no volver atrás. Sabía demasiado bien, a pesar de su escepticismo, que un ser malévolo lo acechaba escondido en las sombras, y, con el corazón oprimido por el angustioso dilema, penetró en la calle en construcción.

Andaba rápido. Temblaba de miedo, pero se tranquilizó poco a poco: ningún ruido de pasos tras de sí. Cuando había recorrido dos tercios de la calle estaba casi a punto de reírse de sus temores, pero lo que aconteció en aquel momento acabó con su seguridad: oyó la detonación de un arma de fuego al mismo tiempo que una bala le pasó rozando las orejas. La tentativa de asesinato de que acababa de ser víctima provocó en el capitán el deseo de lanzarse a la persecución del tirador, pero muy pronto renunció a este proyecto; primero por la obscuridad reinante y luego porque



las construcciones existentes a lo largo de toda la calle ofrecían demasiados escondites. Por otro lado, todo estaba en calma y ningún ruido podía orientar a Barton en su búsqueda. Reemprendió su camino.

Algunos segundos después surgió el espantoso hombrecillo que había encontrado anteriormente. Pasó muy de prisa por delante de Barton, que le oyó murmurar con furia:

—¿Todavía vivo? ¿No ha muerto aún? ¡Ah, esto ya...!

Desde entonces, los tormentos del capitán empezaron a reflejarse en sus conversaciones y en su rostro; los que le conocían notaron que parecía sufrir una cruel enfermedad.

No había denunciado la tentativa de asesinato e incluso no dijo nada sobre ello durante varias semanas.

No obstante, el pobre hombre que no podía justificar el enfriamiento de su relación con miss Montague tuvo que hacer un considerable esfuerzo para intentar presentar a su novia un aspecto alegre y despreocupado.

Dada la discreción que conservaba sobre las persecuciones de que era víctima, se podía suponer que sabía qué pensar acerca de la identidad de su verdugo.

Pero no es posible mantener impunemente una larga tensión nerviosa, y por ello el capitán se hacía cada día más impresionable y menos capaz de soportar las furtivas apariciones de su enemigo.

Un día decidió confesar lo que le atormentaba a un célebre capellán, el reverendo Zorling, que le había conocido en otra ocasión. Es muy fácil de adivinar cuánto costaba al orgullo racionalista del capitán semejante determinación.

El pastor estaba en su habitación de trabajo y se dedicaba a su ocupación favorita, el estudio de la teología, cuando Barton fue a verle.

Zorling consideró por unos instantes la confusión de su visitante, la palidez de su rostro, el desorden en sus vestidos y se preguntó qué cosa debía preocupar al capitán para dejarlo en aquel estado.

Después de las banalidades acostumbradas, Barton empezó a hablar:

—Debéis considerar muy extraña mi visita; en realidad, la naturaleza de nuestras relaciones no me autorizaba propiamente hablando a ella, de hecho solo la justifican las extraordinarias circunstancias que la han provocado. Me atrevo a pensar que perdonaréis mi intrusión cuando conozcáis exactamente el motivo.

El reverendo Zorling le aseguró que no le molestaba lo más mínimo, que era bien recibido, que podía confiar en él y que esperaba justificar la confianza de la que era merecedor.

Barton continuó, hablaba con una voz entrecortada, sus ojos miraban al vacío:

—Quiero pedir os consejo, reverendo, y solicito... vuestra bondad..., vuestra paciencia, más que otra cosa. Sufro hasta tal punto...

El pastor dijo, dulcemente:

—Amigo mío, haré todo lo que esté a mi alcance, pero temo que...

Barton le interrumpió:

—Sé lo que me vais a decir, que como la ayuda que me podéis brindar es de tipo espiritual, no me será provechosa porque... no soy creyente. Pero, reverendo, no estéis tan seguro de mi falta de fe. De momento, puedo adelantaros que desde hace bastante tiempo los problemas de religión retienen todo mi interés. He llegado a pensar de este modo después de ciertas circunstancias de una naturaleza extremadamente particular.

El fuego brillaba alegremente en la chimenea, Zorling acercó sus viejas manos deformadas por la artritis a las llamas, y murmuró:

—Supongo que os preguntáis acerca de las pruebas de la existencia de Dios.

Barton pareció algo confuso, se mordió los labios, abrió la boca, la cerró y al fin se decidió:

—No, realmente, esto no... No me he preguntado a este respecto y no he llegado todavía a discutir estos asuntos... Solo...

Balbuceaba, murmuraba entre dientes, y el pastor le rogó que hablara con mayor claridad. El capitán se echó hacia atrás sobre su silla, pareció tomar una enérgica resolución y empezó:

—Sabréis, todo el mundo sabe hasta qué punto desconfío de lo que se denomina la revelación, pero hay una cosa de la que estoy convencido y es que existe más allá de nosotros un mundo sobrenatural del que no tenemos normalmente conciencia, felizmente sin duda... Sea como fuere, sé que existe y que un Dios terrible es su dueño. También sé que castiga nuestras faltas de una manera indirecta, pero espantosa. Lo sé, reverendo, porque yo soy la víctima de la cólera de este Dios, porque sufro, en vida, los horrores del infierno y un demonio se ha empeñado en mi perdición.

A medida que Barton hablaba, el ritmo de su discurso se aceleraba, parecía estar al borde de la crisis nerviosa y el reverendo Zorling estaba muy preocupado por esta actitud tan distinta de la acostumbrada calma del capitán. Se recogió unos minutos, y luego dijo:

—Me doy cuenta de que sufrís enormemente, querido capitán, pero ante todo querría sugeriros que los trastornos a los que atribuíis un origen celestial puedan deberse a males estrictamente fisiológicos, aunque esto pueda pareceros muy banal. Podría ser que un cambio de aires, y algunos tonificantes os devuelvan la alegría de vivir. La gente se ha burlado de Hipócrates y de su teoría de los humores según la cual los trastornos del espíritu provenían la mayoría de las veces de la afección de alguno de nuestros órganos. Me parece que encierra mucha más sabiduría que la mayor parte de las teorías actuales. Sea como fuere, estoy convencido de que un régimen adecuado, un cambio de aires, es decir, mucho ejercicio, serán el remedio más seguro para vuestros males.

El capitán se encogió de hombros con una especie de furor desesperado:

—No estoy en condiciones de engañarme con falsas esperanzas, reverendo, y la

única oportunidad que tengo es combatir al ser sobrenatural que me persigue, por medio de otro, más poderoso y que esté completamente a mi favor.

—¡Oh! ¡Oh, capitán, no caigáis en el maniqueísmo! ¿Cómo podéis determinar la naturaleza de lo que os atormenta? Otras personas han sufrido tanto o más que vos sin por ello...

Barton le interrumpió; parecía estar a punto de estallar:

—No, no, yo no soy supersticioso, muy al contrario, e incluso quizá fui demasiado tiempo escéptico. De todas formas, no hago más que fiarme del testimonio constante y repetido de mis sentidos, no puedo rechazar hechos materialmente verídicos, que otras personas han podido constatar en mi compañía. Lo que no tengo más remedio que admitir es que no puedo ponerlo en duda porque tengo cantidad de pruebas materiales de ello, y es que estoy perseguido por un DIABLO.

El rostro del capitán estaba dominado por un indescriptible terror, y Zorling se estremeció:

—¡Que Dios os ampare! ¡Que Dios os ampare! —exclamó.

—¿Lo hará? ¿Creéis que lo hará?

—Si le rezáis...

—No puedo, lo he probado, mi fe en Él es insuficiente y no puedo pronunciar palabras sin creer.

—Perseverad y obtendréis lo que buscáis.

—Imposible, cada vez que he intentado rezar, una angustia insondable y misteriosa se ampara de mi ser. Yo no puedo soportar la idea de la eternidad y de un creador. Mi espíritu se niega a ello, es así, no puedo hacer nada más y si tengo algún modo de salvarme, no será precisamente con plegarias.

El reverendo Zorling dijo:

—Entonces, no veo la manera de ayudaros, mi pobre amigo, decidme lo que esperáis de mi.

Barton se esforzaba en mantenerse tranquilo.

—Os lo voy a explicar todo, todo lo que me ha ocurrido y que todavía me ocurre, todo lo que me hace odiar la muerte y detestar la vida.

Entonces narró detalladamente todo lo que el lector ya conoce, y concluyó:

—Esto es todo. Ahora estas persecuciones son constantes y solo estoy en calma algunos momentos. ¡Oh! Naturalmente, no siempre veo a mi torturador, pero oigo cosas muy extrañas, risas sardónicas, llamadas innombrables. Cuando camino por las calles, me siguen. Voces me gritan a los oídos que mis crímenes son imperdonables, que claman venganza y que seré condenado. De pronto, palideció:

—Escuchad, escuchad, esto vuelve a empezar. ¿Os dais cuenta de que no estoy loco?

El viento se había calmado bruscamente y en medio de su susurro le pareció o imaginó oír plañidos, gritos de rabia y risas demoníacas.

—¿Qué pensáis de esto? —gritó Barton, que parecía sobreexcitado.

El pastor, superando poco a poco el terror que se había amparado de sí, murmuró:

—No era más que el viento. ¿Qué veis de extraordinario en ello?

No estaba muy convencido de lo que acababa de decir, pero quería calmar a su visitante. Su falsa tranquilidad no logró el resultado que había previsto, pues Barton gemía:

—Era el diablo, reverendo, el Maligno, Satán, todo lo que queráis menos el viento; no, ¡el viento seguro que no!

Zorling estaba mucho menos convencido de lo que quería dar a entender, y el capitán se daba cuenta de ello. Dijo:

—Sé lo que me vais a decir, pero... ¿cómo resistir lo irresistible? ¿Qué debo hacer, qué puedo hacer?

—Poner freno a vuestra imaginación y dejar de atormentaros.

Barton se levantó y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa a grandes zancadas:

—Yo no me imagino nada. ¿He imaginado lo que vos mismo habéis oído, he imaginado la criatura maldita que dos de mis amigos han visto tan bien como yo mismo?

El reverendo Zorling estaba confundido, no sabía exactamente qué decir y acabó por aconsejar al capitán:

—Según lo que comentáis, habéis visto a menudo a la... *persona* que os persigue. Porque no intentáis hablar claramente con ella. Sabéis que reflexionando bien, *todo* puede explicarse, absolutamente todo, sin por ello tener que utilizar la intervención de factores sobrenaturales.

—¡Sí, claro que sí! —dijo pensativamente Barton—. Lo que pasa es que *yo sé*, debido a ciertos hechos que me parece inútil contaros, sé que esta aparición procede del diablo. Si quisierais os podría dar mil pruebas irrefutables de ello. Me aconsejáis hablar con él..., él..., en fin, esta *persona*, pero no puedo, es más fuerte que yo. Cuando estoy en su presencia, sufro todos los tormentos del infierno, pierdo el uso de todas mis facultades, querría no morir jamás, sé demasiado bien lo que me espera cuando esto ocurra, sino fundirme en una nada absoluta. Cómo queréis que hable en semejantes condiciones... ¡Oh! Sufro demasiado, Dios mío, sed misericordioso, no me atormentéis más.

El capitán, después de pronunciar estas palabras, se había desplomado sobre una silla y parecía poseído por horribles sufrimientos. Al cabo de unos minutos, prosiguió.

—Sé que haréis lo imposible por mí, puesto que ahora sabéis la naturaleza y la causa de mis sufrimientos. Creo que habéis comprendido la impotencia en ayudarme a mí mismo y os ruego que recéis por mí. Quizá vuestra acción tenga cierta influencia, no sé... En todo caso, reverendo, dejadme ilusionar con que interpondréis vuestros rezos entre mí y mi perseguidor, dejad que crea que Dios os escuchará... Desearía tanto lograr un poco de tranquilidad...

Él pastor aseguró a su visitante que rogaría por él y lo condujo hasta su coche. Una vez solo, Zorling meditó mucho tiempo sobre la extraña confesión que le había hecho el capitán Barton.

En lo sucesivo, los tormentos del capitán fueron tan visibles que el rumor público se amparó de ellos y les atribuyó mil causas distintas: se hablaba de dificultades económicas o de pesares por haber decidido casarse tan pronto. Algunos sugerían, al fin, que en última instancia el excelente Barton podía sufrir una enfermedad mental. En verdad debo decir que esta hipótesis parecía la más digna de crédito y se daba por verdadera en los salones de la ciudad.

La joven miss Montague se había dado cuenta muy pronto de cómo se había modificado el carácter de su prometido, pero a pesar de su intuición femenina, no pudo adivinar la razón que empujaba a Barton a no verla más que en raras ocasiones. Su tía, lady L..., extrañada primero, inquieta luego, alarmada al fin, resolvió preguntar a Barton qué es lo que le ocurría.

El capitán se resignó a hablar y si la certidumbre de que no era nada que las afectara tranquilizó primero a las damas, se alarmaron en seguida por las consecuencias fatales que parecían tener sobre su salud e incluso la razón del desgraciado hombre.

Poco tiempo después, el general Montague llegaba de las Indias. Conocía a su futuro yerno desde hacía muchos años, no ignoraba nada de su situación financiera, ni de sus relaciones y lo consideró como un partido más que honorable para su hija. El general fue puesto al corriente de las «visiones» del capitán, lo que hizo mucha gracia al excelente militar que corrió a casa de Barton:

—Querido amigo —le dijo—, mi hermana lady L... me ha explicado que sois presa de Dios sabe qué diablos de una clase nueva. ¿Qué es esta fantasía?

El capitán suspiró, parecía abrumado. Montague continuó:

—¡No os entiendo, amigo! Tenéis una cara de muerto cuando estáis a punto de contraer matrimonio.

—Por favor, cambiemos de tema, general.

—¡Oh, no! —dijo el otro, con esa obstinación testaruda y esa falta de tacto que forman el patrimonio exclusivo de los militares de carrera cuando han llegado a un alto grado—. ¡Oh, no! Por el contrario, hablemos de ello. Quiero comunicaros lo que pienso de este absurdo problema: un bromista de mal gusto os ha puesto en ridículo, de muy mal gusto, en esto estoy de acuerdo, pero no vale la pena preocuparse. Para hablar claro, lo que me han contado me ha afligido, en fin, querido amigo, basta con hacer una pequeña investigación para esclarecer este supuesto misterio. Necesitaríamos una semana...

Barton suspiró, tristemente:

—General, ignoráis...

—Pero no, santo Dios, sé que es un asqueroso hombrecillo, casi un enano, el que os atormenta. Lleva un gorro y una levita y un chaleco rojo. Tiene una espantosa

cabeza y os sigue por todas partes, burlándose de vos y buscando cualquier ocasión para asustaros. Pues bien, palabra de Montague, que lo atraparé, a este farsante, y le quitaré las ganas de continuar. Lo haré azotar en la plaza pública, le...

—Es lo que os decía, no sabéis nada. Si tuvieseis las mismas pruebas que yo, mi general, comprenderíais que es imposible hacer lo que decís...

—Esto lo veremos cuando os traiga, debidamente atado, al responsable de vuestros temores. ¿Os apostáis algo?

De repente se interrumpió. Barton acababa de saltar lejos de la ventana por donde hacía unos instantes estaba mirando. Estaba pálido y balbuceaba señalando la calle:

—¡¡Lo he visto, está... está... allí!!

El militar se levantó precipitadamente y corrió hacia la ventana a través de la que vio a un individuo que le pareció reconocer como el que le habían descrito. El hombre en cuestión gesticulaba de una manera repugnante.

Montague cogió su sombrero, su bastón y saltó en tromba, deseaba acabar rápidamente con el que llamaba «el farsante». Una vez en la calle, fue inútil mirar en todas direcciones: ni rastro de hombre. Ya he dicho que era algo limitado, como todos los oficiales superiores o casi todos, y se empeñó, y bajo la mirada divertida de los viandantes, corrió de una calle a otra sin encontrar al que buscaba. No obstante, acabó por darse cuenta de que la persecución carecía de sentido y que el individuo pudo perfectamente haber entrado en cualquiera de las casas. Se detuvo, se arregló y volvió a casa del capitán. Este temblaba de pies a cabeza y preguntó:

—¿Y bien?

—¿Y bien? Lo he visto, al fin he visto a este tipo... En cuanto a saber si es el vuestro... No obstante, corre como una liebre o posee un escondite cerca de aquí: no he podido cogerlo y no deseaba más que esto, ¡diablos! De todas formas, no tiene mucha importancia, otro día le cogeré y entonces, palabra de honor, le romperé mi bastón en sus costillas.

A pesar de las fanfarronadas del valiente general Montague y de sus promesas de ayuda, el capitán continuó sufriendo los mismos tormentos. La criatura que le perseguía no le daba un instante de reposo, tanto de día como de noche el pobre Barton estaba expuesto a sus persecuciones.

A medida que pasaba el tiempo de esta espantosa manera, la salud del capitán, debilitada por tantas angustias, declinaba. Muy pronto su estado era tan alarmante que lady L... y su hermano el general lograron persuadir a Barton de que un breve viaje le sería muy conveniente. Los efectos de un cambio de aires le serían saludables y el más escéptico de sus amigos, enterados del asunto por Montague, llegaban a insinuar que cambiando el medio de vida, no tendría ocasión de ocuparse de lo que denominaban con desprecio «las ilusiones nerviosas del loco de Barton». En lo que le concernía, Montague sabía perfectamente que no eran ilusiones y que existía un personaje muy real inmensamente malévolo, y quizá con intenciones criminales hacia el pobre capitán. Esta hipótesis no era nada divertida, pero el general creía que un

cambio de costumbres, suprimiendo la causa de los terrores de Barton, le demostraría que el ser que le perseguía no tenía nada de sobrenatural. Entonces recuperaría la salud, se reiría de sus alarmas, y a su regreso no tendría más que ocuparse en garantizar su seguridad económica.

El capitán se embarcó en compañía de su futuro suegro, primero hacia Inglaterra y luego a Calais. El general esperaba mucho de este viaje; en efecto, después de su partida, Barton parecía completamente normal, no sentía ninguno de los tormentos que le había llevado a la desesperación y su alegría era absoluta.

Debe considerarse que el excelente capitán había llegado a considerar sus sufrimientos como parte integrante de su vida y que el hecho de verlos esfumar representaba como un segundo nacimiento. Ahora se atrevía a hacer proyectos para el futuro y hablaba al general de lo que sería su nueva vida, una vez casado.

El día de su llegada a Calais hacía buen tiempo, y mucha gente se había reunido para ver atracar al navio. Los dos hombres bajaron, Montague iba delante, alguien le tocó el brazo y le dijo:

—No corráis tanto, señor, si no vuestro compañero no os podrá seguir, pues parece muy enfermo el pobre.

El general dio media vuelta y se acercó a Barton que, en efecto, parecía encontrarse muy mal. Le interrogó con inquietud:

—¿Qué pasa, amigo?

—Era él, él..., lo he reconocido...

—¿Quién? Oh, queréis decir...

—Sí, él.

—¿El infame, por dónde ha pasado, por dónde ha huido?

—Sí, lo he visto, pero ha desaparecido.

—Ya lo he oído, por Júpiter, pero por dónde se ha ido...

Barton hablaba como en sueños y solo comprendía a medias las pesadas preguntas de su amigo:

—Estaba aquí, ha desaparecido...

El general se estaba poniendo nervioso:

—Ya lo he oído, ya lo he oído, pero decidme cómo iba vestido, y por dónde huyó...

Blandía su bastón con unos movimientos agresivos, habría querido atrapar al malvado desconocido. Barton balbuceó:

—Le habéis visto, os ha dicho algo señalándome con el dedo... Que Dios me ayude...

Pero ya Montague se había lanzado en medio del gentío para intentar atrapar al individuo. No obstante, y a pesar del aspecto característico del que buscaba y a la benévola ayuda de una docena de personas que creían que el general perseguía a un ladrón, no encontró ni el rastro del hombrecillo, y, sofocado, volvió al lado de su futuro yerno.

Este murmuró, como si estuviera mortalmente herido:

—Todo esto no sirve para nada, más vale abandonar. Jamás escaparé de su persecución, me encontrará siempre y donde sea... ¡Oh, ya no puedo más!

El general se encogió de hombros, estaba más irritado que alarmado y encontraba muy poco viril la resignación de Barton:

—No digáis tonterías, amigo. No es más que un hombre, os la tiene jurada... De acuerdo, pero de una forma u otra lo atraparemos.

Estas viriles palabras fueron impotentes para tranquilizar al capitán, que desde entonces se hundió todavía más en un lúgubre abandono. Su salud no resistió este nuevo golpe, no deseaba más que una cosa: volver a su casa y morir cuanto antes.

El viaje de retorno a Irlanda fue tranquilo y Montague lo aprovechó para animar a su compañero a que tomara gusto por la vida. Todo fue inútil. De todos modos, aunque hubiera conseguido algo, no habría servido de nada, pues apenas llegó a Dublin, Barton vio a su perseguidor.

Desde aquel momento, el capitán había perdido toda su energía y voluntad. Sus amigos se ocupaban de los más mínimos detalles de su vida y, pasivamente, él les dejaba hacer.

Lady L... y el general Montague decidieron arrancarle de la soledad de su casa y le instalaron en una propiedad de la vieja dama. Como el médico del capitán insistía en ver en su paciente un trastorno nervioso, se siguieron sus consejos y encerraron a Barton en unas habitaciones que daban a un patio cerrado por altos muros.

De este modo creían preservarlo de la vista de cualquier extraño que su febril imaginación podría tomar, aunque se le pareciera levemente, por el perseguidor que había visto o había imaginado ver al principio. El general y lady L... admitieron el aparente acierto del punto de vista del médico y creían como él, que la reclusión, si se prolongaba un mes o más, tendría como principal y feliz efecto suprimir las ilusiones de Barton, devolverle el sentido común que no hacía mucho poseía e impedirle asociar tormentos imaginados a la vista de un personaje real y a lo mejor completamente inofensivo.

El médico recomendó rodear al enfermo de afecto y alegría, no dejarle solo ni un instante y concluyó diciendo que esta terapéutica debía ser radical.

Barton aceptó con indiferencia su nueva situación, aunque esperaba la disminución de sus torturas, ya que las precauciones que he explicado resultan eficaces.

En consecuencia mejoró, su salud física empezó a restablecerse, lentamente, es cierto, y de una manera que no permitía pensar que pudiera volver a ser el que había sido. No obstante, sus amigos estuvieron muy agradecidos al médico por este ligero principio de recuperación y en especial la joven miss Montague, que había sufrido mucho, se adivinaba, por la enfermedad de quien le ataba la tierna relación que ya conocemos.

Los días pasaban en calma. Pronto haría un mes que se había iniciado el



tratamiento y no se había producido incidente alguno. Podía pensarse que la obsesión del capitán había desaparecido y ya podía constatarse en él un nuevo interés por el mundo exterior y por su propia persona. Pero ocurriría un nuevo acontecimiento que haría replantear de nuevo toda la situación: un día, lady L... que se daba inyecciones, como muchos viejos que tienen ciertos conocimientos médicos, envió a una de sus sirvientas a recoger un cierto número de plantas que crecían en el huerto. Quería hacer una tisana con ellas para combatir los reumatismos de su hermano. Pero fue imposible, pues la sirvienta volvió, sin cumplir con su cometido y parecía muy asustada. Explicó a lady L... que apenas había llegado al huerto cuando una risa sardónica la había apartado de sus ocupaciones. Había levantado la cabeza y había visto a través del seto un individuo de aspecto muy sospechoso. La miraba con unos ojos que la aterrorizaron, luego se puso a hablar. Ella le escuchaba sin poder desprenderse de una penosa sensación de miedo y asco. Le había encomendado, explicó a lady L..., transmitir un mensaje al capitán Barton: era necesario que este empezara a salir, a ver gente, a llevar una existencia normal, de lo contrario recibiría una visita en su habitación que no le gustaría lo más mínimo. Y el individuo demostró, empezando a escalar la valla, que no le serían necesarios muchos esfuerzos para cumplir con su amenaza.

La pobre muchacha había huido, trastornada, y ahora acababa de contar la aventura a su dueña que le ordenó, bajo la amenaza de despido, guardar silencio sobre este asunto.

En seguida, lady L... ordenó hacer una batida alrededor de su propiedad. No sirvió para nada, naturalmente, y la vieja dama se confesó a su hermano. El general la escuchó gravemente, movió la cabeza con aire comprensivo, y dijo:

—Entiendo.

De hecho, no comprendía nada, pero tomó conciencia del peligro y dobló la vigilancia a la que Barton estaba sometido. Era gracias a rápidas decisiones de este tipo que Montague debía su escalada que ni su fortuna (inexistente), ni su inteligencia (casi inexistente), habrían conseguido.

Durante este tiempo, el capitán que se encontraba mejor y que se creía en perfecta seguridad, se paseaba a veces por el patio rodeado de altos muros del que ya he hablado. Respirar aire puro devolvía poco a poco los colores de la salud a las mejillas de Barton.

Puede lógicamente decirse que sin la estupidez de un sirviente, el capitán habría gozado de paz por lo menos durante cierto tiempo; desgraciadamente, ocurrió que uno de los sirvientes encargados del cuidado de Barton dejó entreabierta la puerta del patio. Esta puerta, de madera maciza, estaba protegida por una reja de hierro y, en principio, debía estar siempre cerrada. No obstante ese día no lo estaba y Barton, acercándose a la puerta, para ver a qué calle daba, tuvo la desagradabilísima sorpresa de ver a su perseguidor que le miraba terriblemente entre los barrotes de la reja, felizmente cerrada. El capitán se quedó helado, su respiración se hizo ronca y

entrecortada, sus ojos se pusieron en blanco y cayó al suelo como una masa inerte.

Le encontraron algunos instantes más tarde, lo llevaron a su habitación, lo desnudaron y lo acostaron. Desde entonces, se dieron cuenta que había cambiado mucho y muy de prisa: ya no estaba ni triste ni inquieto, sino por el contrario manifestaba una calma inhumana, se diría que ya estaba muerto.

El general, que ya no entendía nada (si es que alguna vez comprendió algo), pero que no por ello dejaba de ser una buena persona muy dado a los demás, pasaba la mayor parte de su tiempo en la cabecera de Barton que un día le dijo, en un tono de dulce resignación:

—Esto se acaba, mi querido general, y empiezo a recibir algún consuelo de este orden espiritual de cosas de donde proviene mi desgracia. Se acerca el fin de mis penas y al final conoceré la paz.

Montague le miró extrañado:

—¿Qué queréis decir?

—Que ya he sufrido bastante y que mi castigo se acaba. Es posible, no lo sé, que tenga que soportar el peso de mis remordimientos durante toda la eternidad, pero en muy poco tiempo dejarán de torturarme. Tengo la prueba, ¿cómo explicarlo?, revelada... si queréis y si esta palabra no os choca. Debo sufrir todavía, es cierto, pero lo haré con humildad y serenidad...

—¡Ah!, qué contento estoy, os curaréis —dijo Montague con una voz jovial que disimulaba muy mal la sincera emoción de este viejo soldado de tierno corazón—, os curaréis y podréis reemprender vuestra antigua vida.

Pero Barton le desengañó:

—No me entendéis, ya no tengo fuerzas para sobrellevar una vida que me pesa, voy a morir. Sí, voy a morir. *Le veré otra vez todavía, una sola vez y luego...*

Se encogió de hombros. El general preguntó:

—¿Cómo podéis afirmar una cosa así? ¿Es *él*, vuestro perseguidor el que os lo ha dicho?

—No..., no ha sido *él*. Un ser de su especie no podría darme tan buenas noticias... No puedo explicaros con exactitud de qué manera esto me ha sido revelado: esto me obligaría a evocar a personas muertas desde hace ya mucho y no serviría para nada, incluso sería indecente...

Calladas lágrimas caían por sus mejillas.

Montague creyó que su amigo lloraba lamentándose de su destino, como hacen a veces los niños o los viejos. Entonó su mejor voz de mando (en el ejército le habían puesto el sobrenombre del *Stentor* irlandés; en realidad debo decir que el autor de esta fina broma, un lugarteniente galo, murió poco tiempo después de haberla formulado. ¡Una meningitis se lo llevó!) y gritó:

—Nada de tonterías, Barton, no echéis la soga tras el caldero, no os dejéis llevar, sed un hombre. Dios mío...

—No blasfeméis, Montague.

—Esta sí que es buena; sois vos, un ateo, un filósofo, quien me prohíbe blasfemar. Sí, bueno, en fin... intentad razonar, amigo: sois víctima de alucinaciones o el juguete de un bribón que se burla de vos y os llevará donde le plazca debido a la influencia que ejerce sobre vuestro sistema nervioso. Si es así, este tipo es un cobarde y, si tiene algo contra vos, sería más noble dar la cara que...

—Sí, esto es, tiene algo contra mí. La expresión es exacta... Solo que la Justicia del Cielo se ha mezclado en el asunto, ha permitido al demonio que empleara para atormentarme la misma persona que podía haberse quejado de mí... Es el Infierno..., pero Dios se ha apiadado de mí, su misericordia es infinita. Y me sentiría muy feliz de morir si pudiera evitar por última vez la espantosa cara del diablo que me ha atormentado durante tantos meses. Pero sé que nos encontraremos cara a cara antes del fin, solo de pensarlo me siento aterrorizado, una repugnancia, un miedo innombrable que una buena persona como vos no puede ni imaginar...

Y el capitán perdía poco a poco su calma, grandes gotas de sudor caían por su pálida frente, sus descarnadas manos se contraían espasmódicamente sobre las sábanas y, un poco asustado, Montague cambió de conversación para llevarla a un terreno menos crítico:

—Y el sueño del que me hablabais...

—No era realmente un sueño... Más bien la impresión de encontrarme *fuera* y de sentir de una manera *distinta*. No obstante todo era tan real, tan tangible como lo que nos rodea en estos momentos. ¿Cómo podría haceros comprender que se trataba auténticamente de una realidad? Otra realidad distinta de la que nosotros conocemos, pero igualmente real...

Siempre dispuesto a concretar, el general preguntó:

—Explicadme qué han visto vuestros ojos, lo que vuestras orejas han oído.

Barton se mordió los labios, miró largo rato hacia un punto imaginario sobre su cama y luego habló:

—La visión de *quien vos sabéis* me hizo perder el sentido y muy lentamente volví en sí. Cuando emergía de la nebulosa de mi desmayo me encontré tendido en el suelo, a la orilla de un lago rodeado por una cadena de montañas. Una extraña luminosidad rosada iluminaba todas las cosas. El espectáculo de este país desconocido me llenaba de una dolorosa y triste felicidad. De repente me di cuenta de que mi cabeza se apoyaba en las rodillas de una muchacha que cantaba una extraña canción que me hacía pensar en mi vida, en la pasada y en la futura. Me acordé entonces de amores pasados y que creía completamente olvidados, lloraba, sí, lloraba al escuchar esta voz que conocía perfectamente. Estaba tan hechizado por su canto que no pude mirar el rostro de la muchacha. Quería hacerlo, pero me sentía impotente para arriesgar un solo movimiento. Y luego, poco a poco, la voz maravillosa calló, al mismo tiempo que desaparecía el paisaje. Os vi, a vos y a vuestra hermana que os acercabais sobre mí y me sonreíais... Pero una inmensa paz se había amparado de mí porque sabía que al fin sería perdonado.

Barton lloraba, pero su rostro parecía rebosante de una felicidad inefable, aunque marcada de melancolía. Los días siguientes, permaneció calmo y sereno la mayor parte del tiempo, los únicos momentos en que se excitaba era cuando pensaba en la última visita que debía recibir antes de encontrar la paz definitiva. En estos momentos, se sumergía en unos ataques de tan espantoso terror que todos los habitantes de la casa sufrían las influencias, salvo Montague, cuyo espíritu estaba resueltamente cerrado ante todo lo que no entendía... E incluso los que se tenían por caracteres fuertes estaban poseídos por extraños presentimientos que por otro lado no hubieran confesado bajo ningún motivo.

Desde entonces, Barton permanecía herméticamente encerrado en su habitación con los postigos cerrados y las cortinas siempre corridas. Además, exigió que su criado durmiera en la misma habitación. Naturalmente habían accedido a todas sus peticiones y el sirviente había instalado su cama a los pies de la de su dueño.

El criado era, dentro de su condición, una persona muy respetable y sentía gran estima por su dueño. Puede juzgarse por estos detalles, con qué cuidado cumplía con sus obligaciones, y en particular con la de velar por la aplicación de las precauciones por medio de las cuales el capitán esperaba impedir la visita del QUE CAMINA POR LAS SOMBRAS. Así pues, el sirviente permanecía constantemente al lado de Barton, que cada día temía más la soledad. Imagino superfluo decir que dado el carácter particularísimo de la situación no se hizo nada para adelantar la boda de miss Montague con el desgraciado capitán. Por otra parte, debo aclarar que la chica no estaba preocupada por el atraso *sine die* de sus proyectos matrimoniales. En realidad jamás había sentido por Barton más que una sincera amistad y su inclinación de prometida no tenía nada en común con una pasión loca y romántica. No obstante, pasaba la mayor parte de sus días cerca del capitán y se esforzaba en distraerlo de su hipocondría. Le leía novelas, le contaba los últimos chismes, pero nada de todo ello le importaba lo más mínimo.

Es sabido que a las jóvenes así como a las mujeres viejas les gusta rodearse de animales favoritos sobre los que vuelcan parte de la ternura que la sociedad no les permite dispensar a sus semejantes. Para algunas son ratoncillos blancos o tortugas, para otras gatos o monos. Miss Montague se había encaprichado con una especie de viejo buho que un jardinero le había traído.

Este rasgo pone en evidencia la extravagancia que presiden estos afectos antinaturales si se considera que el pájaro preferido de la muchacha era de una raza universalmente detestada por ser un símbolo de desgracia, de miseria y de muerte. Esta historia del buho puede parecer fuera de mi relato pero, como se verá, está siniestramente atada al final del mismo.

Barton, y esto prueba que no estaba tan loco como algunos insinuaban, Barton pues, empezó a odiar al detestable animal, de una manera tan arrebatada que habría podido parecer cómica...

Hacia las dos de la mañana, en una noche de invierno, el sirviente de Barton fue

despertado por su dueño que le dijo:

—No se ve muy claro aquí...

Una vela permanecía siempre encendida en la habitación.

—No se ve muy claro..., pero tengo la impresión de que este condenado buho se ha escapado de su dueña y se esconde en algún rincón. Buscadlo y sacadlo de aquí, por favor...

El criado obedeció y encendió otra vela. De repente, el grito del pájaro nocturno rompió el silencio. Esto hacía pensar que, efectivamente, el buho no estaba lejos, quizá no estaba en la habitación, pero seguramente en el corredor sobre el que daba. Smith, el sirviente, abrió la puerta que, como por los efectos de una corriente de aire, se cerró a su paso. No se inquietó por ello y continuó buscando. En este punto debo precisar que la pared de la habitación estaba agujereada por una especie de ventana, que daba al corredor: Smith se podía dirigir por la luz que provenía de este tragaluz.

—Smith, Smith, por favor, ¿querríais poner la vela encima de la mesita de noche?

La voz del capitán salía de detrás del cortinaje que rodeaba su cama y Smith se disponía a entrar en la habitación para ejecutar lo que su dueño le había ordenado cuando la sorpresa y el miedo lo paralizaron en su sitio: una voz contestaba a Barton, al mismo tiempo que la luz se desplazaba *como si alguien cambiara la vela de lugar*. Smith veía esto por el tragaluz que he mencionado.

El pobre hombre dudaba entre la curiosidad y el miedo, no obstante, iba a empujar la puerta cuando oyó unos ruidos confusos, gemidos, y la voz de su dueño que balbucía:

—¡Señor..., oh..., Señor...!

Hubo un silencio, Smith temblaba de pies a cabeza, luego un grito horrible, un aullido demente que era como la expresión de un terror incoercible ante el abyecto, ante el innumerable... El criado, empujado por un terror que es fácil de adivinar corrió hacia la puerta. No podía abrirla... O no giraba bien el pomo o estaba cerrada por el interior, es lo que nunca se supo, el hecho es que fue inútil forcejear, no pudo llegar a Barton. Completamente loco de terror, Smith se lanzó por el corredor y encontró al general que, despertado por el ruido, corría. El silencio se hizo de golpe más siniestro que los ruidos que lo habían precedido.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el capitán? —gritó Montague.

—No lo sé, no sé nada. ¡Dios se apiade de nosotros, estoy seguro que mi señor ha muerto, sí, sí, estoy seguro!

El general no le hizo más preguntas. De todas formas el desgraciado sirviente era incapaz de dar la más mínima explicación y Montague corrió hacia la puerta que se abrió sin dificultad, con un enorme ruido de alas, el búho salió de detrás de las cortinas del lecho y desapareció por el tragaluz abierto.

—¡Pájaro de la desgracia! —farfulló Montague, visiblemente emocionado.

—Alguien ha cambiado la vela de lugar, señor, ahora está cerca de la cama... —balbució Smith.

—Sí, pero no os quedéis ahí parado, imbécil, abrid las cortinas.

El sirviente no se movió. Furioso, Montague le puso la vela entre las manos y se acercó a la cama. La débil luz de la vela que se consumía sobre la mesita de noche permitió ver a los dos hombres atemorizados un cuerpo replegado sobre sí mismo, se diría que Barton había retrocedido al máximo ante..., ¿ante *qué* de hecho?

—Barton, amigo, ¿qué os pasa? —gritó el general. Un silencio irónico fue su respuesta. Acercó entonces la vela para iluminar el rostro de su amigo: en verdad era un espectáculo innoble: los rasgos espantosamente crispados, el color demasiado pálido y los ojos en blanco del desgraciado Barton, no permitían la menor duda sobre su estado.

—Está muerto —dijo Montague y no hizo ningún otro comentario.

Los dos hombres permanecieron unos momentos en silencio, luego el general dijo:

—Ya está frío...

El sirviente, de repente se sobresaltó, pareció salir de su estupor y dijo:

—Dios poderoso, mirad, señor, ¿veis lo que yo veo? Con un dedo señalaba la cama en desorden: se veía la huella de un cuerpo muy pesado.

Oyeron acercarse unos pasos, rápidamente Montague se esforzó en dar una apariencia normal de lecho mortuario, luego los dos hombres salieron para acoger al resto de la familia y comunicarles la horrible noticia. Naturalmente, jamás se llegó a poner en claro el enigma que rodeaba la muerte del capitán. No se supo más que esto, que, a fin de cuentas, quizá no tenía ninguna relación con lo ocurrido: algunos años antes de retirarse, Barton se había enamorado de una joven de Plymouth, que era la hija de uno de los marineros de su barco. La había hecho su amante; y el padre de la pequeña, cuando se enteró de su conducta, la castigó duramente. El capitán, loco de rabia, se había vengado utilizando al máximo los medios de coerción que su posición le permitía ejercer con un marino. El individuo, un tal Sylvestre Yolland, logró escapar. Murió poco después en un hospital de Nápoles...

Evidentemente, no osaré afirmar que estos hechos sean el origen de la persecución que costó la vida de Barton. Sé que él lo creía así, pues fue la única mala acción que jamás cometió. Sea lo que fuere, es de temer que esta historia jamás quede explicada satisfactoriamente.

# LUITPOLD VON ISS...

CORALY PIRMEZ

*En una antología como esta, una historia pía de espectros no está fuera de lugar, puesto que hemos querido que en ella se encuentren toda clase de historias de fantasmas.*

*Este cuento es un extracto de una de las recopiladas en «Historias y Leyendas», obra editada en Bruselas en 1893. La publicación, gracias a la baronesa Drion, fue después de la muerte del autor. Coraly Pirmez nació en Chatelet el 4 de junio de 1833 y consagró su vida a las obras de caridad.*

El prior del convento de S... en Austria, volvía a su celda después del oficio de la noche. Cansado de la dura jornada, se sentó antes de echarse a dormir.

Era a mediados de las vacaciones de setiembre.

El religioso había asistido por la mañana a los funerales de un alumno del colegio, que había muerto a los quince años de edad.

Los padres del difunto quisieron que, desde el púlpito, el prior pronunciara una oración fúnebre, según se acostumbraba cuando fallecía un miembro de su casa condal.

El superior no se había negado a ello; pero, se acordaba como si fuera ahora, la preparación del pequeño discurso no le había resultado fácil, pues, por nada en el mundo, el santo varón habría consentido en deformar la verdad.

¿Y qué se podía decir del adolescente? ¿Qué virtudes había practicado?

De una poderosa familia, futuro heredero de altos títulos, poseedor de un mayorazgo, este hijo único había sido adorado por sus padres, adulado por sus numerosos vasallos, sirvientes y criados, siempre a sus órdenes.

El muchacho poseía atractivas cualidades físicas: era guapo, gentil, de modales distinguidos; pero, desgraciadamente, era orgulloso, egoísta, muy ignorante y nada sumiso. Fue precisamente la desobediencia lo que le acarrió, tan joven, la muerte.

Comunicaron al prior que de vuelta de una expedición de pesca, Luitpold se había resfriado.

Los más célebres doctores de Viena, llamados con toda urgencia, habían tranquilizado a los padres sobre la curación de la enfermedad, pero no obstante recomendaron al joven conde no tomar, por unos días, el aire de la noche.

A pesar de los consejos de la docta facultad, el estudiante se escapó a la mañana siguiente, a medianoche, para pasear por el bosque, pues un guarda de caza le había asegurado que el urogallo de las montañas dejaría oír su misterioso canto.

Y realmente el gran urogallo había aparecido, cosa inaudita en setiembre. Luitpold había oído el grito fantástico y vio brillar a la luz de la luna el suntuoso plumaje; pero Luitpold había vuelto temblando al castillo y ocho días más tarde, se marchaba de este mundo. La crónica de la aldea señorial, lo narraba de este modo.

—¡Pobre nuestro joven conde! —gemían los villanos mientras agonizaba—; en su delirio solo habla de gallos salvajes, corzos, ciervos y ortegas. ¡Oh, destino!, ¡no será él quien vea estos bosques, no será su fusil el que derribará el gran urogallo, el pájaro de la desgracia...!

Antes de pronunciar la oración fúnebre, el prior preguntó por los últimos momentos del difunto.

—¿Había recibido los santos sacramentos?

—¡Ciertamente, reverendo! —había contestado el bailío, administrador de los bienes de la noble casa—. La señora condesa no quiso negligir este punto de las buenas costumbres.

Pero el ayuda de cámara confesó, muy bajo, que el capellán había sido llamado a la cabecera del moribundo un cuarto de hora antes de su muerte y si el joven señor recibió la comunión, continuó más bajo todavía, la recibiría durante los últimos minutos que preceden a la eternidad.

—¿Y el muchacho —preguntó el prior— supo al menos que iba a morir?

—No reverendo padre, la señora condesa no permitió que se lo dijeran. Ella misma dijo al capellán del pueblo, enviado en el último momento, que el señor Luitpold, alumno de la abadía de S..., era muy pío: bastaría con insinuarle con delicadeza —añadió— que para lograr una pronta recuperación, haría bien en confesarse y comulgar, pues la madre deseaba que tomara parte, pasado mañana, en una cacería a caballo por los llanos del condado. Sobre todo, había insistido varias veces, la señora condesa: ¡no os olvidéis de hablarle tal como os he indicado, no fuera que el chico se asustara!

—¡Vaya, vaya! —suspiró el religioso que escuchaba con atención.

—Para los villanos y el guarda de caza —prosiguió el ayuda de cámara—, la muerte del joven señor, es una pérdida.

—¿Y esto por qué? —preguntó el prior, ávido de encontrar un tema para su discurso.

—Pues bien, reverendo, el difunto era muy generoso en sus excursiones de placer: el conde regalaba varios florines para recompensar al guarda que le indicaba un nido de currucas o una carnada de perdigones y no se olvidaba de gratificar al que le traía o mariposas para su colección, o *edelweis* para su herbario, o un ruiseñor para su pajarera. ¡Siempre, mi señor remuneraba los pequeños servicios!

El prior aprovechó estas explicaciones obtenidas de una fuente tan verídica.

Durante la oración fúnebre, se extendió ampliamente sobre el pesar de los padres, habló de los magnánimos instintos de la flor de generosidad encerrada en el corazón del hijo que lloraban; esta flor que bien cultivada, se habría transformado más



adelante en bellas obras de caridad.

El superior de la abadía acababa de entrar, como decíamos, en su celda y pensaba en la magnificencia de los funerales del joven conde y también en menor grado en la oración fúnebre pronunciada.

«Realmente no ha estado del todo mal —pensó con secreta complacencia—, lo he conseguido. Y no obstante era difícil, con tan pocos argumentos...», pero, al darse cuenta de estos efluvios de vanidad, el religioso se apresuró en retractarse y suspiró profundamente.

Una vaga tristeza invadía su corazón. Ya la había sentido durante el servicio divino y ahora volvía a apoderarse de él.

De repente, hostigaron su espíritu terribles pensamientos sobre el destino eterno de Luitpold.

«¿Dónde estará su alma! —se preguntaba con angustia el prior—. ¡Oh, Señor, tened piedad, tened piedad de ella!».

Y el abad, abatido por el peso de una inquietud indefinible, olvidándose de su descanso que le era tan necesario, se arrodilla y empieza a rezar el rosario.

En ese momento, llaman a la puerta de su celda. Un golpe seco, rudo.

«¿Quién puede llamar a estas horas? —se dijo—. Es medianoche, ya hace tiempo que acompañé a los monjes a sus celdas.

»¡Pero, no!, es una ilusión, no han llamado, porque habría oído el *benedicamus domine* que nuestra regla ordena decir cuando se llama a la puerta del prior».

Y continúa rezando el rosario. Pero vuelven a llamar.

El religioso se levanta. Antes de que llegue a su pequeña puerta, se abre sola y entran dos personajes.

Silenciosamente, se colocan a ambos lados de la puerta y hacen un signo imperativo al abad.

El religioso comprende. Esta señal indica: ¡en marcha, nosotros te seguimos!

Más tarde se dio cuenta: si el prior se hubiera negado a cumplir esta orden habría sido inútil.

Salió de la celda.

Los fantasmas, inclinándose ante el abad se colocaron uno a su derecha y otro a su izquierda.

Ante ellos, las puertas de los claustros se abrieron y cerraron como por encanto.

Aunque la noche era lluviosa, sin luna ni estrellas centelleantes, el camino estaba iluminado por un extraño resplandor que surgía de sus acompañantes.

El de la derecha llevaba un pequeño cáliz o mejor una custodia de oro; el de la izquierda una espada luminosa que brillaba en la sombría noche.

Los fantasmas tenían alas de una blancura radiante. Blancura parecida a la de sus vestidos que recordaban a la nieve cuando brilla bajo el sol.

«¡Son ángeles! —se dijo el viejo admirado—. Qué pueden desear de mí, pobre pecador, estos enviados celestiales».

—¡Seguidnos! —dijeron, como si respondieran al pensamiento del religioso. Y siguió, mientras intentaba comparar las voces de los fantasmas con las melodiosas notas del órgano de la catedral de Viena. Después de andar bastante tiempo, llegaron al cementerio. El perfume del romero y de los cipreses impregnaba el aire. La verja de hierro macizo se abrió ante ellos, como se habían abierto sin ruido las puertas del monasterio. Se encaminaron hacia las tumbas pertenecientes a las familias de patricios. Pronto llegaron ante una capilla sepulcral, cuyos revestimientos eran de mármol jaspeado. El ángel de la espada luminosa tocó la puerta de bronce repujada de escudos de armas. Se abrió. «¡Es el sepulcro de los condes de Iss...! —pensó el prior, emocionado—. Esta mañana ha recibido el último vástago de este ilustre nombre».

Los ángeles entraron.

El religioso les seguía. Vio la luz de una lamparilla que temblaba en un pequeño nicho, una larga hilera de tumbas: varias de mármol negro, representaban un caballero completamente armado; otras, una joven en actitud de orar; otras aún, una columna rota; algunas sostenían la mitra y el báculo. Pero todas tenían un punto en común: el escudo de la casa de Iss... esculpido en el frontispicio «oro en la faja de las gules».

Esta casa tenía alianzas hasta con el trono.

Los ángeles se detuvieron ante la última tumba. Era un mausoleo de mármol de Carrara. Llevaba inscrito un único nombre:

LUITPOLD  
el último de nuestra raza

En este momento un enorme ruido, parecido al bramido del trueno, agitó el recinto sepulcral: la espada del ángel había partido el mausoleo y la parte superior de la tumba se abrió estrepitosamente.

—Acercaos y contemplad —dijo el ángel al religioso.

¿Qué vio? ¡Ah, es espantoso decirlo...! Vio lo que fue Luitpold, conde von Iss...

Está allí, muerto... el sudario roto deja el cadáver al descubierto. Un reptil, especie de serpiente marina, roe el corazón y las entrañas. La cabeza está intacta... la boca abierta... De esta boca pende un objeto brillante, diáfano, como el diamante, reluciente como el sol.

El segundo ángel deposita entre las manos del religioso el cáliz de oro e indica, con un gesto respetuoso, el objeto brillante que se encuentra entre los dientes y el

paladar sin rozar con ninguno de ellos.

El religioso se inclina y toma, con la patena, la hostia consagrada, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Y los ángeles se arrodillan y exclaman: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum!*

El religioso ha comprendido.

Poniendo de nuevo la santa hostia en el cáliz, el prior se arrodilla y adora.

Es la hostia que Luitpold recibió momentos antes de partir hacia la eternidad, sin que la condesa, ciega por el cariño, permitiera que se advirtiese a su desgraciado hijo que moriría y que debía prepararse para la muerte.

Esta narración que precede puede leerse en los *Recuerdos históricos*, manuscrito del reverendo padre Von Bartel, prior de la abadía de S..., en Austria, muerto en olor de santidad el 17 de setiembre de 1785. Fue escrito hace cien años. El documento del prior acaba de este modo: «Me desperté de rodillas por la mañana en la capilla de nuestro convento.

»Pensé que había tenido un triste sueño, ¡realmente triste!

»Sin duda —me dije a mí mismo—, me habré quedado solo, según la costumbre, después de rezar las completas y me habrá sorprendido el sueño...

»Mientras, recopilando mis recuerdos, me acordé perfectamente que la víspera había subido la gran escalera hacia las nueve de la noche, para acompañar a nuestros religiosos a sus celdas...

»Estaba en este punto de mis pensamientos, cuando entró el hermano sacristán. Venía a adornar el altar para la primera misa que se celebra a las cuatro.

—El hermano, mirándome, parecía sorprendido».

—¿Cómo, reverendo padre prior, habéis dado un paseo tan de mañana con este tiempo lluvioso?

»—¿Por qué me lo preguntáis, hermano Adalberto?».

—¡Pero, padre prior, los zapatos os traicionan: habéis andado por caminos enfangados... y no hablemos de la sotana!, también os acusa... está empapada de lluvia.

«Sus palabras me trastornaron, y sin contestar al querido hermano, que me miraba con curiosidad, incluso boquiabierto, encendí los cirios del altar y quise coger la llave del tabernáculo.

»No estaba en su escondite.

»Maquinalmente, metí la mano en el bolsillo de mi sotana: ¡la pequeña llave dorada, con borlas de oro, estaba allí!

»¡Incomprensible, inexplicable!

»Últimamente, no había distribuido la santa comunión al pueblo..., ¿cómo era posible que la llave del tabernáculo estuviese en mi bolsillo?

»Temblando abrí la puertecilla de cobre cincelado...

»¡Dios mío!, todavía tiemblo al escribirlo...

»La abrí... y vi... ¡el cáliz de oro! Este cáliz escondido en la abadía, pero que yo..., ¡yo había visto en las manos del ángel y que yo mismo había sostenido para tomar... de la boca de un cadáver el cuerpo de Dios vivo!

»¡Y en este cáliz, ayer desconocido, una hostia!

»Cerré llorando la puerta del tabernáculo y prometí al Señor que nadie sabría, antes de mi muerte, lo que había ocurrido aquella noche de setiembre del año 1784.

»Mientras, preparándome para ofrecer el santo sacrificio, intentaba tranquilizarme.

»Dios —me dije—, ha permitido este milagro porque Luitpold recibió demasiado cerca de su muerte la santa hostia, y las especies no pudieron ser consumidas..., sufriendo una profanación en la boca de un cadáver...

»No, no, lo que he visto no es de ningún modo un indicio de la reprobación de esta alma...

»Y me puse a rezar por ella.

»Pero, durante la celebración de la misa, soporté el peso de una angustia mortal.

»Hacia las ocho y media, el guarda de las tumbas vino al convento, donde está su hijo, entre nuestros hermanos conversos.

»Lo encontré cuando me dirigía al coro para salmear la sexta y la nona. Se me acercó y me pidió permiso para decirme algo sorprendente, extraordinario, ¡inaudito!

»—Bien, ¿qué tienes que decirme?

»—Esta mañana, reverendo padre prior, cuando iba a poner aceite en la lámpara mortuoria del mausoleo Von Iss..., ¡encontré la tumba del conde Luitpold partida en dos y las letras de su nombre, rotas!

»Después de las vísperas me dirigí hacia el mausoleo.

»¡Sí!, la piedra estaba rota de arriba abajo; no obstante, los pedazos de Carrara habían sido reunidos y leí, grabado en letras de fuego, esta palabra que hará temblar a los sacrílegos: ¡Condenado!».

# LA CIUDAD DE ARCILLA

JACQUES FINNE

*Esta obra, nos ofrece la belleza y la psicología de «Delfina», pero en un plano muy distinto.*

*Jacques Finné es un especialista en culturas orientales. Ha escrito varias novelas de género policiaco, así como algunos relatos fantásticos, de gran valor literario. Actualmente, está en preparación una recopilación de los mismos.*

*«La ciudad de arcilla» ha sido escrita especialmente para esta antología de relatos de fantasmas.*

*Nos separamos también sin hablar, en la pequeña plaza con sus árboles moribundos, quemados por el sol, hasta adquirir el color del café; nos separamos con tan solo una mirada, como si cada uno deseara ocupar, para siempre, un lugar en la mente del otro.*

*Fue como si toda la ciudad se hubiera derrumbado sobre mi cabeza; anduve por ella sin ningún propósito, como los supervivientes deben andar por las calles de su ciudad natal después de un terremoto, sorprendidos al comprobar cuánto había cambiado lo que les fue familiar. Me sentí insensibilizado de un modo extraño y no recuerdo más...*

*L. Durrell, Justine*

Me fundirá como un muro de hielo, el cielo, capa de metal en fusión. No obstante le miro con orgullo. Una nube se desprende del crisol, larga cola humeante, polvo que nace entre los adoquines de las calles desecadas, entre los poros del asfalto, entre las anfractuosidades de lo que fue nuestra ciudad. Temo a esta nube exiliada.

Cierro los postigos. La tierra desprende el olor de la calle bajo la lluvia. Embebe toda la casa. Las paredes rezuman humedad. La habitación ahogada por la niebla. Los muros de ladrillo rojo gotean en largos élitros empañados de rocío. Se le diría de tierra mal cocida, como un recinto medieval. Una inmensa vasija de arcilla todavía moldeable de la que formo parte, prisionero feliz. Y fuera, el metal del cielo, casi líquido, que amenaza cada segundo con agrietarse para catapultar sus trombas. Espero.

Dando tres pasos, he llegado a la mesa de encina, en el centro de las sucias baldosas. Enciendo la vela que la campesina dejó a mi disposición, fino detalle. La

llama de la cerilla tiembla, enana, como sudorosa, también. Lucha contra la niebla que ha invadido el interior. Se dobla como una amapola bajo el primer soplo. Crepita. Se aferra a la mecha todavía seca de estearina. Luego, de golpe, antes de la agonía una luz más viva, como un almiar de heno que arde a lo lejos.

Tan cercanos en otro tiempo, los muros se retiran, expulsados por la luz, exiliados. Conozco la habitación, aunque la patrona me la mostró hace apenas unas horas. Una cama con colchón mullido. Un baúl normando en el que todavía no he guardado, por falta de ánimo, las pocas ropas que tiré apelotonadas en el fondo de una maleta. Algunas sillas de paja alrededor de la mesa patituerta, de encina maciza, con nudos en las leñosidades. Las paredes encaladas. El techo de paja. Y luego...

Y luego la ventana, en los morrillos de arcilla. La vuelvo a descubrir, cerrada como una ciudad de noche, en las nubes que se mueven, expulsadas por la llama. Vuelvo allí, como fascinado. Abro los postigos.

Ahora el gris acaricia la tierra que bebe sus marismas. Desde ayer por la noche los pájaros han callado, me explicó la vieja patrona. Temen la inminencia de la tempestad. No obstante, los oiré todas las noches; pero luego, el sol brillará con todos sus rayos, secará los poros como un horno que impermeabiliza para siempre la arcilla, y picará los ojos como una abeja a un importuno. Los querré, a los pájaros, en el purpúreo amanecer que huele a fucsia enterrada y a fresón triturado. Imposible permanecer dormido entre la armonía de las auroras. Pego los postigos a las tierras encaladas procurando no destruir las capas blanquecinas. Por un segundo el piar de los pájaros parece barrenarme los tímpanos. Ilusión. Es la tierra cocida que contiene el silbido de todos los mirlos. La tierra, suave bajo mis manos, mezclada entre mis dedos, la tierra que paraliza las falanges, la tierra.

Paso las palmas por mi sien, allí donde mis cabellos escasean. Sudo. No he notado las gotas que resbalaban por mi rostro en largos regueros de ácido.

Va a estallar la tempestad. Los relámpagos aguijonean el horizonte. La campesina me ha jurado que se preparaba desde hacía varios días. Se la ve, todas las noches, pero permanece lejana, ensordecida por la atmósfera palpable. Esperaba sin duda para contemplarla con toda su fuerza, cuando se desencadene. Es muy rara una tempestad en las marismas a finales de octubre, querido señor. Y si se desencadena durante la noche, jamás olvidaréis vuestro miedo.

Me encojo de hombros. ¿Qué me importa esta tempestad? No va a quitarme el barro que me paraliza el corazón desde que me separé de Ana.

¿Ana?

¿Quién de los dos dejó al otro? No lo sé ni quiero saberlo. Desde que sus pasos dejaron de oírse sobre el pavimento, siento un hierro al rojo en el fondo de mi cuerpo. Solo eso me importa. Este dolor, siempre renovado, al que jamás logré habituarme, pese a todo el tiempo que ha transcurrido. Desaparecida Ana, me amputaron una parte de mí mismo. Después cauterizaron la llaga con la ayuda de la mordedura metálica. En este punto, podría profundizar en el sutil arte de la introspección

psicológica, buscar quién, si ella o yo, debe considerarse el culpable. Quién disfrutó destrozando lo que nos había costado tantos esfuerzos. Nuestro amor, que nos parecía platino y diamante, se convirtió en un bizcocho duro como la tierra seca. Los niños tirarán nuestro amor a los gorriones. Puede ser que, desde su cielo, de vez en cuando, uno de los gorriones deje caer, para mí, una parte rígida.

Huí, no lo niego. Tuvo vista la patrona. Realmente hay que alimentar ideas muy especiales para descansar en esta región de marismas engomadas. ¿No habré venido, después de todo, para abandonar algo o a alguien? ¿No estaré aquí, sobre todo, para olvidar? La patrona no se ha atrevido a formularme preguntas precisas, pero percibí lo que pensaba la muy astuta.

Vine aquí para olvidar mi ciudad.

Casi me tragó bajo una ola de arcilla húmeda. Se derrumbó como una maqueta de tierra seca bajo el hielo que se funde. Se enroscó a mi alrededor como una mujer entre mis brazos. Me amenazó con sus líquidas ruinas. Inmensos tabiques de paladar aglutinado intentaban hacerme desaparecer, enterrarme bajo la nauseabunda arcilla apenas líquida. Corrí por callejones abismales, como un demente perseguido por una jauría vociferante de barro pantanoso. Las piedras que los dos amamos, una a una, se agrietaban bajo el peso de mi carrera. La ciudad se licuó. Escapé de ella, milagrosamente, como se escapa de un monstruo de tierra, a rastras.

Escapé de ella, también, para no tener que reconstruirla. Por ahora me siento incapaz. Si un día reconstruyo otra ciudad, mano en otra mano fiel, ¿será de porcelana u otra vez de tierra áspera al tacto?

Abajo, la patrona canta en su jerga. Las notas atraviesan los cascajos como gotas que rezuman de una esponja. Está preparando la cena. Las cacerolas, al entrechocar, componen una extraña fuga a esta voz que se cubre como el cielo antes de la tempestad.

Miro las tierras que se pliegan para evitar el roce íntimo de las nubes. Me tranquilizo. Ahora, la ciudad en ruinas está lejos. Al cruzarla, nadie adivinaría que esta masa de arcilla ha contenido tanto amor, tantos pasos mezclados. La tierra va a secarse. Quizá se cueza al sol. Servirá, ¿quién sabe?, para la construcción de una nueva ciudad, radiante, vasta como un campo de estrellas, circular, circundada de jardines triangulares.

Pero no seré yo quien la reconstruya.

«Sea prudente, señor. Las marismas son muy peligrosas durante los meses de invierno».

Un solo signo con la palma de la mano tranquiliza a la solícita patrona. Es vieja y considera a todos los jóvenes, me lo dijo ella, como a sus propios hijos. Parece un fruto dejado en las profundidades de un granero por dos jóvenes enamorados que soñaron, todo el domingo, en abrazarse. Sus buenas mejillas son rojo pasado. Ya no

brillan, como una vasija cocida en el horno. Me gustaría rozarla con los dedos. Debe ser áspera. Me sonrío, desdentada. Me alejo.

Un sendero de cascajos y gravilla, sinuoso, entre aulagas inmóviles. La tierra está seca, a pesar de que las lluvias son frecuentes y violentas. Ni un canto de pájaro, en los árboles que ya no esperan las yemas de la primavera. Tampoco insectos. Ni una liebre de cola temblorosa entre la maleza de ladrillo. Todavía sueño con una ciudad opulenta que una disputa de amantes acaba de eliminar, de transformar en un silencio palpable. ¿Estará Ana tan cerca?

Me falta el viento. Quisiera sentir cómo enreda mis cabellos. No me impresionaría tanto como una aniquilación de vida urbana. Un renacimiento me parecería posible. Sin saber por qué, corro. Ana me cogía la mano, sin una razón aparente, para correr a lo largo de las aceras resbaladizas. Luego se detenía en pocos centímetros, y me dejaba seguir a mí que no podía parar a tiempo. Y nuestros dedos se separaban con violencia. Entonces, su risa. Su risa que me destrozaba del mismo modo que convirtió las murallas de la ciudad en masa viscosa, de nuestra ciudad que, con los dedos entrelazados, aprendimos a odiar cuando creíamos aprender a amarla.

Corro. Pero de mí no sale aliento alguno. Me dirijo hacia una hoguera, la hoguera de los amantes separados. Solo por correr algunos metros, sudo, por todos mis poros. No interrumpo mi carrera.

El sendero acaba. Un suelo viscoso, salpicado de juncos, absorbe mis pasos. Tres zancadas y me hundo hasta los tobillos. Tengo la impresión de penetrar un pulpo. Los tentáculos han rodeado mis piernas y solo dejarán rodajas. Frunzo la nariz, como si reconociera los efluvios acidulados. Emanan de la tierra y del cielo a la vez. Tengo ganas de gritar. Menos por creencia en el peligro que por la desesperación de no escuchar ningún ruido, ni tan solo de succión, mientras me estoy hundiendo. Gritar su nombre. Contenerme para no gritar su nombre en medio del silencio. ¿No lo hice rebotar bastante sobre muros que lloriqueaban a mi alrededor?

El pantano me absorbe casi hasta la mitad de las pantorrillas. Me despego de este beso más ávido que el de una mujer abandonada. En tres zancadas, he alcanzado la ribera más seca a pesar de que no pueda hablarse de delimitación entre las dos zonas, húmeda y seca. No sé dónde empieza una o termina la otra. Sueño en dos casas que se han fusionado a través de una nube de lágrimas.

Me dejo caer, indiferente a mis ropas. La tierra es muelle, pero no viscosa. Me recibe como una almohada de humedad. Me tiendo para empuñar una piedra aguda. La piedra, mi estilete; la tierra de arcilla, una pizarra que acepta lo que se le quiera confiar hasta que otra piedra, redonda y lisa, la iguala, nivelando toda la intimidad de un secreto. ¿Se atenúa un recuerdo con un golpe de piedra, como una marca en el lodo? ¿Qué me contestará el humus? ¿No conserva, en lo más profundo de sí, como una cicatriz subcutánea, el recuerdo de la intimidad tan poco tiempo compartida? El



rostro de Ana.

Siempre fui un dibujante atroz. Ana se reía de todos los intentos pictóricos que pretendía llevar a buen término sobre inmensas hojas de papel. El rostro que acabo de garabatear se parece más a la máscara de un muerto que a los rasgos tan felinos de mi amiga. ¿De mi amiga? ¡Cuán ácidas suenan estas sílabas! Punzan, agudas, contundentes, como los ángulos del rostro que, torpe incorregible, acabo de esbozar sobre la franja del pantano. Los ojos finos como dos ojos de oriental. Finos también los labios que no obstante sabían hacerse tan carnosos cuando rezumaban toda su saliva, frescos contra el impensable estío. La nariz me estorba. ¿Era respingona, recta, deformada? Tantas veces la toqué con mis labios, que solo ellos podrían dibujarla. Omití mirarla, Ana.

Ahora, los cabellos. Los dibujo mejor que los rasgos o incluso que la forma global de la cara. Los cabellos, sobrias alas desplegadas, flotando al capricho de un vuelo entrecortado. Largos, muy largos. Amargos, ¡tan amargos! Me llenaban la boca de un sabor a mango, dulce y amargo a la vez. A menos que fueran de miel. Ya no lo sé. Ana, en mi espíritu, se ha convertido en una estatua petrificada. Una figura de sal. No, de arcilla maleable.

Al intentar reencontrarla en los trazos esbozados comprendo lo que nos separa. Ana está muerta. Sobrevivirá algunos instantes, el tiempo que tarden en crepitar las primeras gotas, en forma de un rostro de tierra, de una máscara de helada cara, estilizada. Ni el más mínimo sentimiento de ternura, en estos rasgos de arcilla. No más arrugas sonrientes en las comisuras de los labios y en los bordes de los almendrados ojos. Ningún gesto reclamando el beso, boca cerrada. Solo un montón de tierra muerta, pronto esponja, adornado con los colores y los detalles de un recuerdo, de una memoria disminuida. Una máscara de carnaval. Me estremezco.

Mi grabado de una máscara me recuerda algo. No puedo definirlo. Por algunos fragmentos de segundo mi recuerdo ha sido muy vivo, luego se ha fundido en las incertidumbres de mi memoria. Me siento demasiado débil, demasiado vacío en mi corazón y en mi cuerpo para reflexionar a mi antojo. Continúo con el sentimiento de inconclusión engendrado por una reminiscencia que no quiere adoptar ningún rostro. La imagen de una mujer velada fulgura en mi espíritu. Muy pronto, la máscara la reemplaza. ¿Una máscara para enmascarar un recuerdo? Una máscara para disimular quizá lo más bello de nuestro amor reducido a una masa de tierra apenas solidificada.

Las piedras crujen. Cesa un paso. Siempre sentado, me vuelvo. No me he infligido el dolor de borrar la máscara de Ana grabada en la tierra. La lluvia, cruel, se encargará de ello.

Un campesino me mira. No. Yo soy la trayectoria precisa de su turbia mirada. Admira, pero su admiración está llena de temor, los trazos que con tanto odio he grabado en la arcilla. El mentón mal afeitado se crispa un poco. Su pipa apagada, completamente vacía de tabaco, ni tan solo se toma la molestia de sacársela de su sombría boca, como embebida de jugo de tabaco. Al fin, mueve la cabeza. Sin este

gesto, le hubiera creído de tierra desecada.

—¿Tonto, el mozarrón?

Le interrogo. Mueve la cabeza, desesperado, como perseguido por algo más potente que el timbre de su voz.

—No es nada prudente, esto.

—No entiendo lo que me dices.

Retira su pipa que le pendía de las comisuras y con ella señala el símbolo muerto de Ana.

—¿Por qué esto en la tierra? ¿Las máscaras no son suficientemente poderosas?

Cuatro veces guiña los ojos. Se diría que acaba de hacer el signo de la cruz con cuatro miradas. Luego despega de nuevo los labios algunos milímetros. Su boca torcida, deformada por los tics, casi no se mueve cuando articula.

—Sobre todo estas noches, mozarrón.

Todavía quiero preguntarle. No sé por qué, de momento intento tranquilizarlo. Explico. Tanto con la idea de disuadir sus temores como por necesidad de hablar con alguien que no me comprenderá. Tendré la impresión de operar una fosa a mi alrededor, de vaciar una llaga de su pus infeccioso.

Hablo. Él no me escucha. Yo tampoco, no quiero oírme. Sé que tartamudeo palabras que recuerdan tantas promesas, tantas creaciones, en la ciudad, tantas flores arrancadas de los recuerdos comunes que por tan breve tiempo fueron nuestros. Comprendo que solo hablo para ella. Esté donde esté, debe oírme. Nunca comprendió que la necesitaba. Ahora, debe comprender el inmenso vacío que creó en mí.

—Ya nada queda, aparte de esta representación simbólica. ¿No juraríamos que es una máscara?

Pliega sus labios. ¿Hasta este punto le asusta la palabra? Ya le ha pasado la edad de sumergirse en la charca al menor grito.

—Es como lo dije, mozarrón: no es prudente todo esto.

Duda; luego:

—Aunque no lo sabéis, no estáis a salvo. Cuando llegan, se llevan a los que encuentran o a los que han llamado. Ya se preocupan de saber si sabéis o no.

Su pipa, en la punta de sus dedos llenos de nicotina, pende hacia abajo, otra vez. La máscara de Ana, ¿una máscara de terror?

—Y esto, mozarrón, sería mejor borrarlo, antes de que ella la vea.

Enmascaré los rasgos severos de Ana. Me vuelvo. Busco. El retrato ha desaparecido. La tierra ha vuelto a escupir su franja de humedad. El pantano ha mordisqueado algunos centímetros de tierra más frágil. Ha absorbido los trazos de Ana. Se los ha tragado, para siempre. En vano, intento recuperar un rasgo de sus labios o de sus ojos.

—Demasiado tarde, mozarrón. Muy tarde ya.

Todavía intento atravesar las tinieblas del pantano. En vano. Me vuelvo. Ha desaparecido.

He renunciado sin esfuerzo a hablar con la patrona de mi encuentro, que, maternalmente, me preguntaba sobre mi paseo. Después de unos minutos, ha mirado mis vestidos, como si al fin los descubriera enlodados. Ha chillado como un pollito cuando lo cambias de gallinero.

—Mucho cuidado con la tierra, mi querido señor. Puede ser peligrosa en esta estación.

Le he prometido bajarle mis ropas sucias para que las lave. De esta forma me dejaré regresar a mi habitación, pero no sin antes fruncir el ceño.

No encenderé la vela. Abriré la ventana. Me descalzo y me echo en mi cama, con los ojos cerrados, sueños en vez de pensamientos. No tengo fuerza para desnudarme. Mi llaga es aún demasiado reciente, por todo mi cuerpo, como para que pueda moverme. ¿Realmente ofrecí la máscara de Ana al humus y a la onda fangosa? ¿A quién regalarla sino a esos ladrones?

Al fin me acuerdo.

Quería huir conmigo, a Venecia. El carnaval le atraía, a ella, que tantas veces se escondía. Me había descrito con entusiasmo la máscara que se pondría, para asustarme. Una máscara de miedo y no las comunes plumas de avestruz teñidas que todas las chicas se apresuran a encargar. Había escogido una máscara de tierra que le haría parecer un *golem*. Se pasearía por todos los puentes, sobre la onda estancada en la que se miraría con complicidad. Estaría orgullosa. Aterrorizaría a los ciudadanos que llegaban tarde, a los borrachos que olvidan con el chianti o la valpolicella, el declinar de un carnaval que duraba seis meses y en el que el último de los músicos ambulantes abrazaba a la mujer del *dux*. Ana de la máscara de tierra. ¿Cómo puede olvidar su deseo cuando estaba tan cerca de mí, hace unos instantes, en el humus más húmedo que la boca de una amante?

«Te esconderás en Venecia, donde tú prefieras. Habrás bebido tanto —pues te haré beber, mi amor— que la ciudad te parecerá un bloque de tierra y agua. Y tú, también sentirás la húmeda arcilla. Tú serás la ciudad y la ciudad será tu persona. Su destino será el tuyo. Un bloque de tierra que se reabsorbe en una masa esponjosa. No sabrás dónde refugiarte, en una ciudad que se hunde a tu contacto. Y yo, con la máscara de tierra desecada, te perseguiré para amarte aunque te hayas convertido en una ciudad, en tu temor. Te haré mío, definitivamente. No crearás en mi fuerza, pero no obstante, me sufrirás con todo tu cuerpo. Y te poseeré, amor mío, para siempre. Venecia será de arcilla húmeda, de arcilla que se derrumba, mi adorable amor. Yo también seré de arcilla, pero sólida. Y tú, que sigues atado a la ciudad, dejarás de parecerme un extraño».

Estas palabras las reconozco sin oírlas, tal como Ana las pronunció. Ana jamás llegó a modelarse la máscara que quería mostrar a través de los puentes de Venecia. Ya el tiempo hacía mella entre nosotros. ¿Prepara sus proyectos con otro?

Entre dos nubes bajas, la luna, al fin, campanilla blanca a través de una tierra

sucia y sofocante. Como un rayo de tiempo reconquistado. Me acaricia los párpados, luego la nariz, la boca, al fin. Intento volver a encontrar el color de tus ojos, Ana. ¿Eran pardos o cambiaban según la luz? ¡Ayúdame, Ana! ¿Te invoco? Siempre te necesité.

Me he hundido en el sueño, tal como estaba. Mis ropas húmedas me hacían temblar, incluso mientras dormía. Soñaba con algas delicadas y con exigentes tentáculos. Por la ventana abierta, alcanzo a distinguir las nubes que se atropellan como para fundirse y dejar manar todos sus humores.

He abierto los ojos en la noche.

Noto que ya no estoy solo en la habitación.

La impresión de una presencia casi me hace temblar. No me atrevo, por un instante, revolcado en la débil frontera que separa la vigilia del inconsciente, a volver la cabeza y ni siquiera a abrir los ojos. Creo saber lo que me espera, sin impaciencia, a algunos centímetros de allí, en la luz incierta de una nube metálica que hace fluorescente una luna disimulada.

Al fin vuelvo la cabeza. No debiera haberlo hecho. Debí aguardar la pálida madrugada que me habría liberado.

Ana.

Solo distingo su rostro. Lleva una máscara. La reconozco con terror. Dos heridas en vez de ojos. Un rasgo, como una herida de navaja de afeitar, por labios. Una nariz extraña, informe, a la vez derecha y aguileña, ligeramente respingona cuando se la mira de perfil. Y en la cúspide de esta máscara de tierra roja, como cocida muchas veces, flota un lago de cabellos sombríos, aunque no se oiga ni se discierna viento alguno.

¿Ana?

Sufro por esta mirada muerta. A pesar de mis esfuerzos, no puedo distinguir cómo está vestida. Solo una superficie rugosa, que cubre, sin duda, una piel lisa, se ofrece a mis pupilas. Ana cerca de mis tobillos. No veo sus manos, su talle, sostén de mi brazo, sus pies que movía como por capricho. Solo sufro esta máscara impasible, agrietada, seca como una corteza preparada para ser esculpida. Nada de esta rugosidad aceptará mi boca. Únicamente los cabellos pueden quererme todavía. Flotan en la habitación cada vez más, aunque la ventana abierta no deja pasar la más mínima brisa, aunque ningún ruido silbante deje entrever la inmediatez de la tempestad.

No se mueve, Ana aureolada por sus móviles cabellos.

Permanece cerca de mis pies. No tiene párpados, ni pupilas, ni cejas. No obstante, siento que me mira. Noto su mirada sobre mi rostro. ¿Todavía me desea?

El pálido rayo de luna se ahoga entre dos nubes de tinta. Adivino la amenaza de la máscara más que distinguirla. Se me acerca. Está a la altura de mi talle. Se acerca aún

más. Tengo miedo, mucho miedo. Temo a este fantasma terroso que ahogaba hace unos instantes. Quiero levantarme. Me es imposible cualquier movimiento. Al quedarme, no creo que realmente quiera moverme. Tampoco deseo gritar. De súbito tengo frío, como si me aproximara a la muerte. No quiero conocer esta máscara cercana a mi boca, a mis mejillas, a mis ojos. Sí, a mis ojos sobre todo.

—¡Márchate!

La familiaridad de estas palabras me hace daño. ¿Ya las he pronunciado? Incluso admitiendo que estas sílabas afiladas como dagas hubieran arañado mis labios, antes, en nuestra ciudad entonces orgullosa, ¿no habría violado mis órdenes? ¿No debería haberse quedado cerca de mí, entre nuestras murallas, como ahora?

—¡Márchate, Ana!

La máscara de tierra roza mi pecho. A través del espesor de mi chaqueta, noto el granulado de la tierra cocida. Solo puedo compararla a una voz ronca. Por un momento, la máscara se hace más pesada, como para depositar un beso arriba de mi espalda. Luego sube hacia mi rostro.

—¡NO, Ana!

La tierra contra mi carne, áspera como escamas de iguana. Contengo la respiración. Mis dedos se crispan en la cabecera de la cama. Me imagino un leproso que quiere ponerme sus heridas en mi boca.

Impasibles, los labios abotargados se posan sobre los míos. Aprieta Ana. Mis caninos se me clavan en la carne. Sangro. Pasaba lo mismo con todos nuestros besos. Un gusto de intimidad fluye por mi boca y mi garganta.

En un segundo me siento liberado. La presión ha dejado mis labios. Un poco de sangre mana de mi mentón. Me he mordido más de lo que creía. La luna ha aparecido de nuevo, furtiva. Ya no me siento como un ciego ante un abismo, resbalando entre hojas de pantano. Me incorporo, sorprendido por la facilidad de mis movimientos. Grito, asustado de mi soledad.

Ana, con la máscara, vuelve a ocupar su sitio, a la altura de mis pies. ¿Realmente he conocido sus besos? ¿Me besaste un día Ana, aspirando en lo más profundo de mi boca que acababas de ensangrentar?

Me levanto bruscamente. Tengo miedo del fantasma de la máscara. Tengo miedo de mi soledad, también. Quiero huir. Todavía se me acerca, la máscara de rasgos impasibles, de movimientos impasibles. Ahora una leve brisa penetra en la habitación, como un insecto zumbante. Alargo la mano para apartar a Ana que me roza.

Mis dedos tocan una materia blanda, viscosa. Me crispo. Querría vomitar. Mis dedos se cierran, como bajo una extraña torsión. Algo fluye a lo largo de mis puños, como carne machacada. Me salpica. Froto mis palmas pegajosas contra mis muslos. Tiemblo.

Alargo la mano, otra vez aún. La luna me abandona. Me hundo de nuevo en la oscuridad, en la oscuridad como los cabellos de Ana que rozan mi nariz. Huelen a

vainilla. La brisa empieza a ser más fuerte. Ahora, me rodea como un rabioso torbellino que destruye. Sopla alrededor de mis orejas. La luna aparece de nuevo, traidora.

Ana ha desaparecido.

Me pesan los párpados, me queman como si hubiera estado mucho tiempo bajo el mar. Me siento abrumado. Me revuelvo entre las sábanas, sudando y castañeteando por el frío.

Amaneció. Una débil luz que no llega a atravesar la masa de nubes que se hunde, se hunde sobre la landa. La aplastará, exprimirá las piedras hasta que saquen un jugo venenoso. Y luego, en el último instante, la nube se levantará, ave de rapiña que provoca a su víctima antes de lanzarse sobre ella, cansada del ocioso juego.

Debería levantarme. Tengo sueño. No he dormido en toda la noche. Ana ya no volvió más, amparada por su máscara de tierra desecada. Su recuerdo me obsesionó. Su recuerdo, y no el miedo de volver a encontrar la máscara de la pesadilla. Las calles intactas, insolentes y luego fusionadas, humildes, calcinaron mi imaginación.

Aparto las sábanas. Caen seseando. El viento helado se cierne sobre mí, como si esperara verme desnudo para ampararse de mis miembros. Debo levantarme; esta obligación me gusta. Sin ella, ¿no habría vagado toda la mañana, soplando sobre las teas de un pasado más imaginario que real, reconstruyendo, ladrillo tras ladrillo, la ciudad que Ana destruyó con cuatro sílabas rabiosas?

Al fin me levanto. La noche de insomnio me ha afectado. Me siento torpe. Mis músculos se mueven mal. Siento la mano derecha paralizada. La miro. Parece de tierra.

La rodean algunas partículas de arcilla. Secaron en el curso de la noche. Forman como una manopla alrededor de mis falanges. Mi mano arcillosa. La acerco a mis labios. Tengo otra vez la impresión de sufrir el odioso beso de Ana.

Rompo el caparazón, rabioso, golpeando los dedos contra las paredes. El resto, unas pocas gotas de agua fresca muy pronto lo disolvieron. Al lavarme las manos, pienso en las palabras de Ana que, la víspera, me atravesaron la memoria. Venecia como una arcilla solidificada. Luego la humedad que la une, y le devuelve su antiguo aspecto. Una ciudad como la mía, destrozada, mutilada, luego unificada en la tierra. Y yo, yo que me deshago de cuatro partículas de barro, como una ciudad. Esta arcilla, ¿de dónde viene? Me acuerdo haber puesto las manos, ayer, cerca del pantano, en la superficie terrosa, de una parte y otra de la máscara. Algo de tierra se adhirió a mis dedos. La transporté sin darme cuenta, como se transporta un recuerdo inconsciente que se solidifica cuando uno menos se lo imagina. Mis ropas, también, sufrieron mi postura tendida, como lo atestiguó la patrona.

Me ha visto de nuevo. Llaman, luego entran.

La vieja patrona, con una bandeja en la que humea un bol de café. Al cerrar la

puerta con un golpe de tacón, me desea los buenos días.

—No hace buen tiempo, mi querido señor. Pero todavía puede cambiar. Espere la tormenta. ¡Aquí todo cambia tan de prisa!

Deja la bandeja y pregunta por mis ropas. Se las entrego sin pronunciar una palabra. Se acerca para tomarlas. Se detiene.

—No se mueva.

Su mano se acerca a mi cara. De un unglazo arranca algo del ángulo de mi boca. Como una cicatriz sobre una llaguita. Observa detenidamente.

—Arcilla —murmura.

Por unos instantes sus ojos de perro fiel parecen inquietos. Reflejan un temor indefinido. Intento explicarme:

—Me acerqué las manos enlodadas a los labios, ayer por la noche. No me di cuenta de que la tierra se había secado durante la noche.

Me devuelve su sonrisa de mujer desdentada. Toda expresión de temor, aunque fugaz, ha desaparecido. Acepta la explicación.

—Estoy tan contenta —me susurra—, tan contenta.

Moviendo la cabeza, grave, se va hacia la puerta. A último momento, se vuelve.

—Es bueno que no sea de aquí, sabe usted, mi querido señor. Es bueno que sea de la ciudad...

—¿No se da cuenta de que ya no hay ciudad alguna, fuera de mí?

—¡... Una marca como esta, nos la tomaríamos de otra manera!

Los goznes chirriaron. La vieja desapareció.

Acerco los dedos a las comisuras de mis labios. Están como la tierra que ayer me besó. En pocos pasos, ante un espejo. Debo haber bebido muy poco esta mañana. Pediré más café. Mis labios están rajados, agrietados, como la tierra después de una larga sequía. En vano los humedezco de saliva.

Cuando me calme, todo esto desaparecerá.

Las ruinas de una abadía.

Casi las tuve que pisotear para reconocerlas. A pocos metros, en el silencio que precede a la tempestad, todavía no pude adivinar que las zarzas, los cardos y las aulagas disimulaban restos de piedras rojas. Algunos nidos de mirlos ausentes. Ortigas en la arena que vomita el agua que ya no absorbe. Incluso, ahora, que recorro el mismo centro de las antiguas construcciones, me pregunto si puedo, con absoluta decencia, hablar de ruinas. Si un viajero perdido recorriera los callejones sin salida, llenos de escombros de arcilla desecada, unificada, como montañas desmenuzadas, ¿adivinaría que está ante los restos de una ciudad en otros tiempos floreciente?

Al fondo de las colgaduras de ortigas, hundido en la escaladora hiedra, los restos de una capilla en la cúspide de los cuales una cruz torcida maldice las nubes desde siglos, quizá. Solamente esta muralla me ha hecho pensar en la abadía.

Si existió una abadía, no debió ser importante. Algunas decenas de metros de perímetro. Primero, debió ser un convento para peregrinos, más que un verdadero centro religioso cuyo esplendor intelectual y económico se hubiera afirmado con el tiempo. Jamás oí hablar de una comunidad religiosa que luchara para imponerse a las marismas. Me imagino mejor un embrión de abadía o de convento que no pudo desarrollarse por falta de recursos naturales o, mejor dicho, humanos. Una comunidad que se ahogó bajo la hiedra.

Todavía los cimientos surgen del ahogo indecente de los musgos. La falta de piedras esparcidas me hace incluso suponer que las construcciones no sobrepasaron el estadio del trazado del suelo. Ningún libro habla de esta abadía. A menos que una catástrofe acabara con todo, también aquí, y desintegrara lo que un día floreció.

Me acerco al muro de la capilla. Se parece a una maqueta de teatro. Detrás la hierba, más frívola, más aprisionante que nunca. Un muro de mórtillos, gigantesco, ante una promesa de unificación. Falaz, la unificación. Los mórtillos están usados, como fundidos para formar un muro de un solo bloque. Un olor familiar me atrae. Con la mirada escruto las ganchosas ortigas. Un tinte pardo, extraño como la tierra lejana, tostada al sol, me atrae. Me acerco. Miro. Me siento invadido por un frío intenso, este frío imperioso que se ampara en los miembros cuando encontramos a un ser tiernamente amado y no obstante abandonado. Un frío de amor. ¿Quién fue el tonto que dijo que el amor era un fuego? Me parece de hielo.

La máscara de Ana.

Sin preocuparme por mis manos que se queman o desgarran, aparto las hojas dentadas y cojo el pedazo de tierra. Tengo miedo a que se rompa entre mis dedos, tan húmeda está. La levanto con precaución. Lujo inútil, pues es de barro cocido y pintado en tierra de siena quemada.

Cierro los ojos. La aprieto con mis manos, esta máscara, tal como arañaba las mejillas de Ana antes de poner mis labios sobre los suyos. Las últimas lluvias han abandonado unas gotas, como lágrimas enfriadas, sosas. Las aplasto con el pulgar, después de probar con la punta de los dedos el contorno de humedad. De esta forma borraba las lágrimas de Ana.

No me atrevo a mirar, otra vez. No obstante, tengo que hacerlo.

Es una máscara cocida, sí. Pero jamás simbolizó Ana. Los ojos son globulosos, están abiertos. Permiten reconocer a su propietario con más seguridad que un rostro descubierto. Esta evidencia por la mirada me impacta. La boca es fuerte, larga y parece reflejar disgusto. No se abre. La mujer debía hablar como desde el fondo de una caverna olvidada. La nariz es larga, aquilina, casi prominente. ¿Cómo puede comparar esta bufonada con los rasgos finos de Ana, finos incluso en la tierra?

Lamento mi ternura. Con todas mis fuerzas, lanzo la arcilla contra el muro de la capilla, contra los indecentes mórtillos, fusionados. Se rompe haciendo un ruido de porcelana. Comprendo solo en este segundo que me faltaban las roturas cuando la ciudad se hundía a mi alrededor.



No debiera haberlo hecho. La máscara poseía una cierta belleza. La boca, sobre todo. La boca de una mujer indiferente que besaba sin abrir los labios. Me gusta la frialdad. Esconde una pasión devoradora. Contiene, en su impavidez, todos los colores de lo que no existe.

Me acerco. La boca ha permanecido intacta. La recojo. La rozo con mis labios, un momento. En este beso, labios granulados contra arcilla de fibras de madera, he murmurado el nombre de Ana, como cuando besaba a otra mujer. Esta boca de tierra, parda, pesada, granulosa, me la llevo en la palma de mi mano. Me calienta.

Me ha rozado una nube, por la espalda, como un espadachín prudente. El frío que sentí cuando creí reconocer la máscara se ampara de mí, otra vez. Los alrededores de la abadía habían sido limpiados por completo de maleza. El viento se precipita rápidamente en este llano artificial y dobla la vegetación hasta el suelo. Me voy.

Una última caricia, de mis pupilas, sobre la máscara hecha añicos. Los ojos, que me parecían tan largos, parecen, vistos de perfil, dos pequeños huecos de oriental. Miro, en mi palma la boca. Me parece menos atractiva, menos prometedora.

Encontré, no sin esfuerzo, el pantano en el que dejé ahogar ayer a Ana. Por respeto a mi patrona, más que por falta de ganas, me abstengo de dejarme caer de rodillas para encontrar el rostro confiado a la tierra húmeda. Busco, en vano. Incluso endurecido, indiferente, su rostro me está prohibido ahora. Debo fiarme de mis recuerdos. La tierra y el agua —las aguas, la del cielo y la vomitada por la tierra— se aliaron contra mí.

Me siento sobre una roca seca. Espero. Bebo el silencio masticándolo, levantando a menudo la *cabeza*.

Conservaba, de algún modo, la esperanza de reencontrar al viejo con el que ayer tuve esa conversación sibilina. Cada vez siento menos el alcance de sus palabras. ¿Por qué el vulgar grabado de una máscara le había asustado, como por un instante creí adivinar en su expresión? A lo lejos cacareaba una gallinita. Por fin se levanta el viento. Zahiere mis cabellos de la misma forma que dobla los juncos en el agua glauca carente de ranas. Noto que mis labios no tienen todavía su consistencia habitual. Me parecen secos, esmaltados, como abiertos por grietas durante un largo invierno. En vano los humedezco, parece como si carecieran de humedad. Las comisuras sobre todo me escuecen. Como madera marcada al rojo vivo. Me arañó la lengua al querer ensalivarlos constantemente. Me esfuerzo en no tragar esta agua podrida que huele a cloaca en verano. Al vaciarse esta agua es como si bebiera a Ana por última vez, ya que fue en este pantano donde ayer, bajo mis ojos casi indiferentes, se tragó la máscara. Una máscara me besó esta noche.

El silencio me descuartiza. Cojo una piedra y la lanzo en la charca, cerca de la orilla. Algunas salpicaduras, como cohetes de fuegos artificiales, me alcanzan. Una gota en mi boca. Me limpio como atacado por un ácido con dientes de roedor. Siento

como una quemadura. Peor: como una atracción.

Me marché muy tarde de los pantanos. Mi paseo se prolongó más allá de lo previsto. El pantano me fascinó. ¿El pantano? No. Creo que la imagen engullida de Ana, máscara grabada sobre el suelo, a su imagen, me fascinó. En vano cien veces, mil veces, creí haberme saciado con los torpes rasgos que había dibujado en la tierra húmeda. ¡Falaz esperanza! ¡Traidora esperanza!

Encontraba por instantes restos de la máscara, simplemente. Cuando pienso en Ana, veo una parte de sí misma aureolada de noche. Jamás podré reconstruirla totalmente, ella a quien tantas veces admiré, desnuda, entre mis brazos. Temo al futuro. Nos separará más, sin duda, que las pocas palabras que nos alejaron, hace algunos días, que destrozaron las murallas de la ciudad, espejo opaco de todos los crepúsculos.

Ya la patrona se inquietaba por mi excesiva tardanza. La comida se enfriaba. Y luego, esta tempestad que tenía que estallar de un momento a otro. Hace semanas que la esperábamos con una impaciencia que los primeros relámpagos en la lejanía desgarrada, han reanimado.

Se ha tranquilizado la patrona al descubrirme. Creyó que me ahogaría en el pantano cerca del retrato de hielo, demasiado estilizado. Mis labios arañados, la asustaron por unos momentos.

—Sus vestidos están casi secos, mi querido señor. Mañana ya no se notará. Pero quién sabe...

Me siento a la mesa. Clavo mi tenedor en una carne hervida que huele a ajo y a miel al mismo tiempo. Como ella no continúa su frase me permito hacerle una pregunta, con la boca llena.

—Son las noches que quieren esto, mi querido señor, las noches que vendrán.

—¿Qué noches?

Me mira con ojos asustados. ¿Cómo se puede ignorar el significado de una alusión tan clara? ¿Es cierto que en la ciudad, incluso en una ciudad desintegrada, las costumbres se pierden más de prisa que en el campo?

—Las noches de Todos los Santos, mi querido señor.

Ignoraba que existiera más de una noche de Todos los Santos. De todas formas las habladurías las escucho sin prestar demasiada atención. No como, devoro. La patrona se interrumpe, cesa por unos minutos de gesticular como un molino en plena tempestad. Pone esa mirada tierna común a todas las mujeres que descubren a un hombre devorando a grandes bocados, su comida. Luego se acuerda de lo que me susurraba con voz silbante, algunos segundos antes.

—Las noches de Todos los Santos, mi querido señor.

Se concentra. Las arrugas, descubiertas con indecencia, como las llagas de los leprosos mendicantes, recobran vida, esperanza, incluso miedo. Se diría que se

acuerdan o se esfuerzan en atestiguar aún más el pasar del tiempo.

—Entonces, mejor no salir, ni al campo, ni a los pantanos, mi querido señor. Esperan, errantes, llevarse el alma consigo, allí abajo.

—¿Quién va errante?

Un amplio gesto cansado. Nunca lo sabré, yo, el joven boquirrubio, ya que ella a su edad nunca lo ha sabido.

—Los recuerdos, mi querido señor. Los recuerdos que han sacado las garras.

Ana me devora como tenazas que hurgan mi carne en busca de los pocos restos de tierra que conservaría todo nuestro pasado, en busca de los restos de arcilla con los que me salpicó la agonía de nuestra ciudad, cuando huía entre las murallas que se combaban. Ana con manos de pinza al rojo por el fuego de nuestra pasión. Ana, con dientes de golosa penetrante. ¿Me dejarás los rasgos de tu boca que conocí sin verla jamás?

—Luego, las máscaras.

—¿Las máscaras?

Dos máscaras para Ana. La que grabé en el pantano y desapareció en las ondas corruptas. Y luego, otra máscara para la máscara. Una falsa máscara de la que me he llevado la boca secada al fuego.

—... Recuerdos que no tienen cuerpo. Pero que para hacerse reconocibles necesitan un sudario y llevar una máscara. En tierra..., las máscaras.

¿Y los ojos? ¿Finos cortes como de oriental? O voluminosos globos oculares que subrayan sin confundir. Como estas mascarillas que confirman en lugar de disimular.

—... Despertar, algunos rastros, como arcilla secada ante una llama violenta. Esto para cualquier hijo de vecino. Pero los padres vieron al fantasma. Fueron necesarios los perros y el párroco, sin lo cual...

Me levanto. No quiero ser por más tiempo testigo de los comadreos folklóricos de la región. No quiero oír a nadie más. No quiero seguir leyendo, ni ver nada más ya que cada sonido, cada palabra, cada color me llevan a esta ciudad circular que quería olvidar. Ya que cada sílaba me envía mi propio reflejo. La sangre que circula más torrentosa en mis venas, ¿es quizá aquel torrente que unificó las murallas de arcilla destruida?

No termino mi comida. Pienso en aquella extraña abadía tan mal visitada, hace poco. Quisiera preguntarle a la patrona qué sabe de este decorado tan solo esbozado o aniquilado por una pasión demasiado intensa. Pero tendría que escucharla. Y, al escucharla, volvería a encontrar las ruinas de nuestra ciudad, los pasos prudentes de Ana y la imagen de mi propia nada.

Sin siquiera dar las gracias, sin dar siquiera un buenas noches por educación, salgo. No tengo ganas de echarme en la cama. No quisiera encontrarme en ningún lugar. Ser de tierra. Ser de muralla destrozada, secada al sol, destruida por una separación de amantes. ¿Quién decía: la arcilla no piensa? La arcilla se funde bajo las gotas.

Sabía que se trataba de una atracción, hace unos instantes. Tengo que volver. Tengo que repetir una vez más los mismos gestos, en vano. Tengo que matar el tiempo. Esperar que termine conmigo, también él, me engulla después de haberme despedazado.

El pantano, todavía, al principio de la noche, parece de aire nocturno, tan nítido, ahora. El agua encharcada, más pura, extraña paradoja, se ha acurrucado en una concha de arcilla. La charca engullente se ha convertido en un pantano en el que las ranas deben disfrutar durante las pesadas noches de verano. Creí equivocarme en mi camino. Creí que la landa de impermeable desleído me había hecho equivocar. ¿La tierra inculta se transformará como se metamorfosea la ciudad, sin jamás volver a ver lo que quisiste la noche anterior? ¿Tendré que reconstruir también el campo?

Busco la máscara de Ana, todavía. Me imagino como una estatua de tierra congelada, de un autómatas de arcilla que teme al agua. Reina la obscuridad. Creo reconocer la máscara, en el fondo del pantano. No me atrevo a acercarme, por miedo a transformar mi esperanza, ¿esperanza?, en certidumbre. ¿La corrupción no la ha devorado, a Ana de labios malignos, de labios de fría hoja de cuchillo? La recubre sin atreverse a engullirla. ¿La casualidad que me la arrebató y la esconde detrás de una humareda opaca se disipará un día, y me la devolverá en una época en la que habremos olvidado que una ciudad entera fue construida, cuidada, transformada y destruida, piedras engullidas, piedras aglutinadas, piedras encoladas únicamente con nuestro amor? ¿Nuestra ciudad tuvo árboles?

Aquí se curvan, irregulares, los árboles. La tempestad se acerca rápidamente. Los relámpagos destellan como el azufre, más amarillos, más largos en el horizonte de metal, en el horizonte de color de fuego abierto. A través del chapoteo, demasiado débiles para arrugar las ondas de la superficie, los ojos hendidos de Ana me observan. ¿Sonríen? ¿Amenaza una máscara? ¿Una máscara destruye una ciudad, Ana?

—Los recuerdos se ponen una máscara, mi querido señor, como los fantasmas se ponen un sudario, para que se les reconozca, para que se les vea, para que se sepa que no hay forma de escapar de ellos.

Recojo una piedra. Recuerdo haber hecho lo mismo hace un rato. Solo es de arcilla, pero ha robado al aire una consistencia que me conviene. Pongo mis labios secos sobre la rugosidad de las aristas. Aprieto. Rasco mis dientes contra los granos solidificados. Pruebo la sangre. Humedezco la tierra que se deshace bajo esta ola roja. Una piedra de sangre, como una piedra de luna en una copa de vino. Luego, con todo mi odio por Ana, con todo mi miedo por mis murallas, la proyecto en la charca, en el mismo lugar en que se ríe de mí. La gigantesca bofetada me obliga a retroceder unos pasos. Jamás la hubiera creído tan violenta.

El cieno depositado se arremolina, sube como un champiñón de humo, vuelve a caer, lento, máscara de máscara. Los ojos de Ana, muertos, ya no se ríen de mí. O, si

aún saben que muy pronto me destruiré, se ríen de mí sin que yo me dé cuenta. ¿Ojos y labios como cuchillas, dije? Les ofrezco mis labios y mi amor crucificado en la arcilla fangosa.

El viento, más violento, levanta la tierra. Tierra en movimiento como la que se eleva de un barrio en el que ha explotado una bomba. Y yo, como la ciudad vecina, decía Ana. Cierro los ojos. Tengo miedo de sentir los granos que intentan herir mis pupilas, para castigarme por penetrar a Ana con mi mayor ternura.

Me vuelvo, con un solo movimiento.

Está allí, el enigmático campesino. Me observaba. No ríe. Me mira todavía un segundo. Sus labios fangosos se agitan por encima de su barba de vieja. Quiere hablar. Renuncia, con un vómito de saliva, color de tierra. ¿No me dijo ayer todo lo que tenía que confiarme? ¿De qué sirve hacer comprender a un fugitivo que las ruinas conservan su poder de renacimiento y de destrucción? ¿De qué sirve? ¿Para qué sirve, Ana?

Con la *cabeza* baja, como triste por mí, por nuestra muerte, se va.

Le sigo, solo algunos pasos. Luego nuestros caminos se separan. Una encrucijada de tierra, también él, de polvo de tierra.

Sin una palabra, sin una última mirada de adiós, nos abandonamos.

Me vuelvo, me revuelco entre las sábanas. Me ahogo como bajo olas glaucas y profundas. Crispo mis manos en la colcha. Me tiendo. Me arañó. Despego los labios para engullir un aire pesado, tibio, que tiene el espesor y la consistencia de una ola de pantano.

Aparto el cubrecama a patadas, furioso. Mi habitación es un pantano abandonado, espeso, verdoso como las ranas que lo pueblan, invisibles. La humedad me aferra, como los brazos de una mujer amorosa. Me sumerjo con asco. El aire ya no es un gas. El aire ya no es un líquido. Se traga como si fuera caldo. Sabe a carne sudorosa. Se aplasta contra mis labios, el aire tiene el aroma de sobaco putrefacto, como gotas de niebla. Se me tapa la nariz. Tengo que abrir la boca, arrancar mis labios, uno de otro, para tomar aliento. Al respirar, una náusea me revuelve el estómago. Tengo ganas de vomitar estos husmos de mujer impura. Ana. Me la bebo, a pesar mío. Se me impone, indiferente a mi voluntad, a mi asco. Se me impone y debo absorberla a cada respiración. Debo sufrirla como un ajusticiado el hierro que le remueve los intestinos.

Estoy en un horno en el que se evaporan sudores de mujer. Transpiro por todos mis poros. Las sábanas están húmedas, como para escurrirlas. La tempestad se aproxima, me han repetido, ¿pero cuántos días exigirá aún antes de purificar la habitación?

Algunos ruiditos, como de libélula. Un mosquito se posa en mi espalda. Lo aplasto. El mismo sonido es húmedo.

—No hay peligro esta noche, mi querido señor. Mañana por la noche quizá

tengáis que andar con más prudencia. Pero pasaréis la noche con nosotros. Algunos chicos se reunirán aquí. Haremos *crepés* toda la noche para olvidarnos hasta donde sea posible de lo que nos espera fuera y que no penetrará en el interior.

La luna intenta penetrar las nubes. Las nubes intentan forjarse un escudo impermeable, pero en vano. Se dejan atravesar, luego recuperan, por unos minutos, su impermeabilidad. ¿Quién se las llevará, la noche o los reflejos del día? ¿Nuevas ciudades o ruinas en polvo que apuntan a las pupilas, largas flechas rojas de sol? Vuelvo a abrir los ojos. Te sentía, Ana. Cuando sufríamos uno en los brazos del otro, nunca te sentí. Estabas lejos. Estabas apartada, como un manantial que el verano hace vibrar lo más lejos posible de nuestra angustiada sed. Me sorprende sentirte ahora, incluso cuando cierro los párpados e intento rozar las formas de tu boca. Me parecía fina, como una hoja de afeitar. Nada en común con la pulpa de la máscara hecha añicos.

—La boca de las máscaras, mi querido señor. ¡Cuántos se arrepintieron, oh!, ¡casi ni tuvieron tiempo de dejarse atrapar por las profundidades de la boca de una máscara!

Y tú estás aquí, Ana, todavía. Solo tengo que alargar la mano para rozarte.

Te apoyas contra mis ancas, arcilla, madera rodeada de corteza. Noto cómo te aprietas a mí. Te mueves, Ana, para profundizar tu caricia. Me ennegreces, yo que estaba más mojado que tu cuerpo, cuyo aroma me imponía el aire.

—Las bocas, mi querido señor. ¡Las bocas sobre todo! Si no dejáis de mirarlas las bocas no pueden nada contra uno. La boca pierde su fuerza si se la rechaza, incluso con la mirada.

Pero tu boca, Ana.

¿Tus labios me liban? ¿Porque perdieron su dulzura, su humedad? Son como ancianos, agrietados como una tierra meridional después de meses de sequía. Como solidificados por los rayos de un sol tenaz. Acércate a mi boca, Ana, a mi boca agrietada. Deja que intente arrancarme humedad para refrescarte los labios, la lengua, los dientes que brillan como si hubieran estado bajo el rocío de la noche. Deja que te vierta mi saliva para recordarte cómo me infiltrabas la tuya, entre los incisivos, como un amor fresco, como un acto de posesión más íntimo que el más íntimo de los amores. Déjame, Ana.

Tu boca es de roca, no de tierra como la mía. Tú eres de rocalla granulosa. Arrancas la tierra de mis labios y ensangrientas mi lengua, Ana. La sangre, ¡líquida al fin!, se ha extendido hasta el fondo de mi garganta, como gotas de agua de fuente impura, acarreado barro. ¿Siempre nuestros besos tendrán que probar la sangre? ¿Algún día podrá lo insulso recordarme otra cosa que el interior de tus labios sobre mi boca?

—Las bocas, mi querido señor.

Me incorporo. Mi boca es granulosa, más que nunca. Ana me arañó. Me frotó con el reverso de la mano. Tengo miedo. Mis labios rechinan sobre el reverso de mi mano

como mis mejillas, al amanecer, bajo las palmas de mis manos.

Me levanto de un salto. En la máscara de Ana, inundada de penumbra, arcilla al fondo de un pantano, un rayo de luna ciega sus muertos ojos. La frente de la que se desploman los cabellos sombríos, cuervo de alas abiertas, las mejillas, antes tan lisas, como marfil pulido, parecen una montaña volcánica. Un rostro de leproso, lleno de costras, purulento. Comprendo por qué el aire también huele al pus de los hospitales, al canal en verano. Abro la boca, varias veces seguidas, como un pescado agonizante, para aspirar este aire que se parece al sucio pantano. Me convenzo sin dificultades. Ana enferma. Ana ya no puede moverse.

Siento una máscara, un vacío, una ruina que invade mi alma. Comprendo que Ana me abandonará. Cierro los ojos.

Se diría que la vida abandona su vientre. Me licuo y me evaporo progresivamente. Me convierto en tierra árida. Noto cómo me abandonas, Ana, cómo, cuando después de habernos amado, me rechazabas con toda tu violencia de mujer saciada. Me sentía exilado, expulsado, solitario. Y tú te volvías.

Ya no aguanto más. Me siento demasiado solo. Tengo la impresión de ver mi propia soledad.

Ana ya no está aquí.

—No hay peligro esta noche, mi querido señor.

Abro la boca. Te respiro, Ana purulenta. Te trago, como antaño.

—No hay peligro esta noche, mi querido señor.

Las rosas tardías huelen a chocolate y vainilla. Me fascinaron desde que llegué ante las murallas del presbiterio. Se desploman, las rosas, como cascadas ensangrentadas, heladas. Fluyen y picotean la muralla de tierra desecada, salpicaduras de sangre fresca. El chocolate y la vainilla luchan contra los soplos del aire, los soplos irregulares que arrancan del suelo, se elevan penosamente algunos centímetros para aplastarse en seguida contra la tierra de la que han sido exiliados, fugaz exilio. Pero las flores exhalan la vainilla de la infancia, a pesar de los soplos que me secan.

Llamo. Aguda, la campanilla a la que contestan los furiosos ladridos de un perro sorprendido.

Un matalón de sirviente restalla al venirme a cubrir. Relincheante, se inquiera de mi presencia, de la razón por la que un forastero quiere molestar a los vicarios a una hora consagrada a la meditación. Me explico.

La patrona no pudo explicarme nada acerca de la abadía, las ruinas de tierra que pisé y en las que descubrí aquella máscara de arcilla. No le enseñé la boca que me traje conmigo. Hubiera sido aterrorizar inútilmente a una campesina supersticiosa.

—... Las bocas, mi querido señor, ¡las bocas!

No, ella no podía indicarme. No se acordaba en el curso de su existencia haber visitado, ni una sola vez, estos pedruscos ofrecidos a los cardos. Por otra parte, ¿por

qué me interesaba por lo que estaba muerto? A algunos kilómetros de aquí existe otra abadía, bien viva, bien activa, que fabrica una cerveza que se sube a la cabeza y que sin duda alguna merece mucho más interés que la que yo mencionaba, y de la que honraba los restos de arcilla. ¿No entiende que existen por el mundo entero otras ciudades tan destrozadas, entrelazadas por canales perezosos, como la que yo perdí, pero que yo vuelvo sin cesar a los restos de mis calles destruidas por un amor demasiado grande? No podía decirme nada. Pero sin duda el vicario podría darme toda la información que deseaba. Dicen que es un pozo de ciencia. Además, tuvo que hacer costosos estudios para lograr su vicariato, ¿no es cierto?

El matalón me ha cerrado la reja en mis narices y ha trotado a través del paseo para comunicar mi petición a su señor. La nariz contra el hierro, miro cómo crujen sus huesos que están cubiertos solamente por una piel abotonada, áspera como la máscara de Ana. Las coces parecen muy groseras, pero no obstante no es más que un juego engañoso provocado por las sombras. Las sombras que filtran las nubes compactas. Las sombras tan avaras que no se separan de la luz sino por un tinte un poco menos sombrío. Hay que buscar para descubrirlas. ¿A partir de qué momento una ciudad está en ruinas? ¿Desde que la construcción ha dejado que se empolvare un trozo de muralla o a partir del momento en que el pie no pisa más que un polvo impalpable, desierto de granos de lo que fueron los morrillos rebosantes de promesas? Desiguales, los granos, por supuesto. Impalpables como el azúcar por los excesos de odio. Pequeñas rocas para el odio atemperado de un residuo de costumbre, de afecto, ¿quién sabe?

Son ciudades de muerte o de vida, según los recuerdos sean la realidad o la mentira de un pasado traducido, filtrado, filtrado como estos rayos ahogados por las nubes.

El vicario acepta recibirme. Jamás dudé de ello. Los curiosos que demuestran cierto interés por las partes de las ruinas recubiertas de ortigas, no deben hacerle perder todos sus momentos de libertad. Sin duda quiere ofrecerse su ración de originalidad.

Un pequeño vicario bonachón, como los que se mencionan en las canciones libertinas. Su sonrisa es sincera. Su acogida, llena de sol meridional. Habla con una voz de algodón, lánguida como si proviniera de las regiones de los valles.

—Es raro que alguien se ocupe de estas ruinas, mi querido señor. Sin duda no vale la pena perder el tiempo con ellas, aunque poseen una historia, como todas las ruinas. No os digo nada nuevo, ¿no es cierto?

No ignoro, en efecto, que todas las ruinas esconden lo posible, enmascaran lo que fue vida o esperanza de vida. Me mira, como si supiera el efecto que ha engendrado en mí su frase. ¿Quiere darme a entender que lee en mí como en un antifonario?

—Fue la superstición, mi querido señor, la que hizo fracasar esta abadía incluso antes de ser concluida. De hecho, los monjes se contentaron con dibujar el contorno, con plantar los cimientos de las construcciones y construir la capilla que, por otra



parte, duró muy poco tiempo. ¿Habréis visto, sin duda, que solo queda de ella un trozo de muro coronado por una cruz torcida?

Estoy de acuerdo. Siento cómo la boca de tierra presiona mi muslo.

—La superstición, pues. Los monjes que quisieron instalarse desbordaban de entusiasmo y de buena voluntad, pero habían conservado de su tierra una especie de ignorancia que les perdió. Los campesinos de los alrededores se burlaron de ellos ya desde su llegada, y les murmuraron las leyes de las máscaras. Cotilleos de mujeres, sin duda, pero ello tuyo más fuerza que la fe, o incluso que su sentido común. Un día desaparecieron los monjes, volaron como las hojas que el viento otoñal arranca de los árboles. Nada más que algunas ruinas. ¿Qué digo? Algunos restos de ruinas que las ortigas se complacieron en ahogar. No sé si fundaron otra abadía en otro lugar o si buscaron fortuna individualmente. No importa. El fracaso de esta fundación me llena de tristeza, al igual que el descrédito en que cayeron sus piedras a través de los años. Nadie las visita.

Nadie si no es un curioso al que la casualidad condujo por entre estos acebos.

¿Debo hacerle comprender que no creo en el azar? No quiero imaginar que únicamente el azar me arrancó de las ruinas de mi ciudad para sumergirme en los restos de una abadía.

¿Cuáles son estas supersticiones a las que alude?

Un gran gesto fatalista como si rechazara un pensamiento que lo asediaba desde mucho tiempo.

—La superstición de las máscaras. Algunas noches privilegiadas, o malditas, según las opiniones, algunas noches..., almas eróticas, hipersexuadas, ninfómanas o priápicas, toman cuerpo. Las noches del Eros thanatos.

Suda como si se bañara en una habitación sobrecalentada. Las ventanas abiertas sobre el octubre dejan penetrar un frescor de rocío de delicados aromas; la voz, antes tan clara, a pesar de su dulzura, es cada vez más indistinta.

—Incubes y súcubes, se mencionan en los textos sagrados. Supersticiones que los campesinos han recogido sin comprenderlas y a las que se ha mezclado el terror folklórico. Ahora los fantasmas se materializan sobre todo si han sido provocados o invocados. Materialización bajo la forma de máscara. ¡No! Se esconden detrás de una máscara. Pero no tras de cualquier máscara. Una máscara conocida por la víctima. La máscara de una mujer amada, por ejemplo (súcubo, ¿no es cierto?) o de un hombre que una mujer adoró (incubes como se adivina). Pero solo son supersticiones. Extrañas supersticiones reservadas a las veladas de invierno, para las noches de tedio..., falta de trabajo en los campos, o incluso por la necesidad innata de lo fantástico propia de los hombres.

Debe enjuagarse frecuentemente la frente con un largo pañuelo a cuadros rojos. Habló sin mirarme ni una sola vez, él, que hace unos instantes no dejaba de observarme con sus ojos chispeantes. Habló como para sí mismo. Soñó en voz alta. Parece como si tuviera miedo. Y a medida que aumenta su confusión, tengo la

impresión de descubrir en mis temores nocturnos, temores de adolescente.

—También se dice que están hechas de nuestro barro, estas máscaras. Dicen también que se encuentran regularmente entre las ruinas; en nuestros restos de ruinas. Sin duda alguna, mal intencionados bromistas que tienen interés en que estos chismorreos de mujer se propaguen por los campos. También hablan de bocas que ensalivan lo que se ha convertido en tierra granulada. ¡Qué estupidez! No puedo creerlo. Os aconsejo imitarme, en ver en estas tonterías un fondo de folklore que todavía debe permanecer enraizado en nuestras creencias populares. Intento creerlo, pero la fuerza de estas bocas y de estas máscaras está aún demasiado viva en los corazones.

Se levanta. Querría hablar todavía con él, satisfacer mi curiosidad, pero la gran palidez que invade sus rasgos, como un mármol mal esculpido que habría ocupado el lugar de su rostro, me lo impide. No lo comprendo. Me tiende la mano. Es de tiza y chirría contra la mía, como si escribiera sobre una pizarra. Me mira. Parece todavía más aterrorizado. Una verdadera máscara el vicario, ahora. Una máscara de mármol o de tiza.

Las amantes o los amantes volverían bajo la forma de fantasmas carnales portadores de máscaras de arcilla, de máscaras con rasgos amados e invocados. El mismo vicario ha mezclado elementos de folklore local, con sus conocimientos en demonología. Y luego, ¿qué importa si los enamorados de las tumbas vuelven bajo la forma de ávidos fantasmas? ¿El amor de Ana no es ya fantasma sin haber jamás realmente vivido?

Apoyo la palma de la mano sobre una corteza: Noto, el árbol y yo, arrugados. Mis dedos crujen como si hubiera revuelto por mucho rato la tierra con las manos desnudas.

Vuelvo la espalda al pantano.

Me he perdido en las primeras sombras de la noche. El cielo me parece más pesado que nunca, como un lingote sucio, purulento de oxidación. Pensé en correr hacia la tierra donde crepita la tempestad. Chispea en la lejanía, como lágrimas rojas que surgen de un hierro calentado, martilleado a grandes golpes. Por un momento creí oír la tempestad. La lluvia sigue ausente. Incluso afuera, la humedad se hace insoportable. Perdí las ganas de volver a encontrar mi habitación en la que las sábanas, más que anoche, me harán engullir una mezcla de sudor y de mujer.

Corrí, sin temer las rocas desmoronadizas o a los pantanos disimulados tras las trampas de la noche. Los juncos me azotaban rabiosamente las pantorrillas y los muslos. La tierra me absorbía cada vez más, a cada paso. Me chupaba como para retenerme, como para forzarme a penetrar profundo. Tuve que pararme. Sudaba, más repugnantemente que si me hubiera refugiado bajo una capa de aire caliente.

El cielo era como plomo rayado, impuro. Se aproximaban los estallidos. Sé que la

tempestad me sorprenderá antes de que tenga tiempo de recorrer los kilómetros que me separan de mi habitación, horno sin aire, mujer ávida. Se hace tarde y anochece. Mi patrona se impacienta. No había otra luz que la luz velada de las estrellas enmascaradas, para indicarme una dirección. Ya no puedo correr más. En definitiva, ¿hacia dónde correr? ¿Hacia dónde correr cuando el humus me retiene, aprisiona mis pies en su torno, engulle mis tobillos, frío, helado, me araña con sus juncos?

Me escapé de una prisión para sufrir otra más íntima, más imperiosa. ¿La patrona? ¿El vicario? ¿El profeta de palabras encantadas? ¿Qué importancia tienen estos tres fantasmas extraviados en la vida, cuando la tierra me detiene, a pesar mío?

Me siento en el cieno. Me tiendo. La lluvia me despertará, con la tempestad. El Este se ilumina por intermitencias. Ningún sonido, salvo el de la tierra esponjosa que me recibe a grandes golpes de glotis y me suelta, efímera, en un gigantesco ruido de succión. Los árboles ya no se mueven. Los juncos no crujen. Me miran. Aprueban. Quieren verme, amar la tierra, la tierra primigenia vomitando sus humores. Miles de ojos clavados, nueces, órbitas partidas me absorben, cómplices hendidos, vaciados. El barro todavía me aspira, como un soplo de fundición aspira la chispa del metal golpeado, relámpagos en la lejanía que por fin percibo. Ahora los juncos contienden. La charca chapotea. Las nubes, antes inmóviles, se persiguen como niños despreocupados en un juego por calles destruidas por un terremoto, Por un segundo, refrescado por el viento naciente, se me aparecen las imágenes de nuestra ciudad que un día fue mía, por un momento nuestra. Un laberinto de calles tortuosas sudando bajo el sol, polvorientas por los primeros soplos de la tempestad. Declives, azotados por los fangos y los besos del septentrión, pisoteados por nuestros pasos, ritmadas por nuestras manos enlazadas, por nuestras bocas pegadas como insectos sobre el polen. Calles como ríos. Las calzadas eran de tierra mal secada, más secas que mi cuerpo, arcillas pintarrajeadas que se fundirían bajo las bofetadas de los tifones.

¡Las primeras gotas! ¡Cómo las esperaba!

Para volverme a coger, la tierra aspira otra vez.

Teme que el agua me purifique de sus arcillas, de sus barros convertidos en mi cuerpo. La tierra no es lo bastante potente como nuestra ciudad no era suficientemente sólida para soportar todo nuestro amor. La tierra demasiado débil. Mendiga la ayuda que quiere ofrecermé.

Un relámpago muy cerca desgarró la noche como un velo de tiempo. Las lluvias, perseguidas por las tempestades, son remolinos de punteados. Cerca de mí, en el barro arcilloso entremezclado de caliza, Ana se ha tendido, máscara petrificada, recocida, insensible a las salpicaduras que cortan la tierra, que transforman en arcilla mi ganga arenosa. Ya no quiero depurarme más. Solo quiero hundirme en esta arcilla líquida de donde Ana ha surgido, sin trasudor, sin humedad, pura tierra opaca.

Hurgo mis bolsillos en el humus. Saco el otro fragmento de máscara. Me quemaba la piel a través del tejido. Lo acaricio con mis dedos bronceados, resecos como la máscara de Ana sobre mi cuerpo, la otra noche. Parece de marfil, la boca

pulposa. Parece como si pudiera morderse, lamerse, tragarse. Apoyo mis dientes sobre la pulpa con gotas como perlas, como una saliva de tempestad. Los labios se abren bajo mi presión. Los dientes se aplastan contra los míos. Rechinamos. Nos partimos en un beso de máscara.

Ana contra mi cuerpo. Sus besos me enloquecen. La quiero como si la sintiera en mis ropas y en mi boca a la vez. Me roba, como la tierra mis piernas. Los labios tiemblan sobre los míos. ¿Quizá pronuncian palabras de resurrección? Se diría que toman la forma de mi nombre. Una lengua de ternura roza mis encías; Ana me abraza cada vez más golosamente. Su saliva es una bofetada de lluvia. Su apretar es el de la tierra. Ana, aparición de ondas, de tierras y recuerdos. Ana, mi ciudad de arcilla destruida por nuestra culpa, petrificada por nuestra separación, unificada por las lluvias de nuestro odio. ¿No me ayudarás a reconstruirla, verdad? ¿Ni me permitirás tan siquiera reconstruir otra, en otra parte, con una rival? ¿Me estás transformando en lo que nos queda de ciudad circular, Ana? ¿Te estás uniendo a mí en este último avatar de todo nuestro amor? La boca traga la mía. Mis labios se licúan. Mis músculos son como una piedra calcárea. ¿De caliza o de arcilla? ¿De tierra o de roca blanda, tierna bajo las aguas? Ana me engulle. Me retuerzo. La otra boca sigue los movimientos de mi rostro, violentos, sin despegarse de mí. Me tomas, Ana. Me transformas. También quieres engullirte, a ti misma.

Ya no siento mis piernas. El pantano las ha aprisionado. Me crucifijo. Mi mano da con una roca afilada. No siento el más mínimo dolor. La más mínima pena, nada, sino una quemadura casi fresca sobre mi boca. Ningún dolor, ninguna sensación. Nada más que un sonido de cerámica hecha añicos. Solo el espantoso rugido de un trozo de pared que se derrumba, Ana, como nuestra ciudad, montaña muerta de barro que aún las tinieblas del alba unifican, nuestra ciudad que ya nadie pisará. Nuestra ciudad, Ana, que tu saliva licuó.

# Notas

[1] El 31 de diciembre. (N. del T.) <<

[2] Especie de enigma cuyo secreto está en una palabra cuyas sílabas, llamadas mi primera y mi segunda, tienen una significación y forman un todo que se trata de adivinar. Courbure, por ejemplo, ofrece cour, corte, y bure, sayal (pañó burdo) y significa en total curvatura. (N. del T.) <<

[3] Todavía decimos *damas* aunque sea más elegante decir *señoras*. (N. del A.) <<



[4] Domésticos en librea húngara. (N. del T.) <<

[5] Bailarina sagrada de la India. (N. del T.) <<

[6] Especie de espada. (N. del T.) <<

[7] *parritch*: Pudding de Escocia. <<

[8] *spunkie*: Duende. <<

[9] *bogüxies*: Espíritus de los bosques. <<

[10] *brownillies*: Espíritus de las landas. <<

[11] *cranreuch*: Viento del norte. <<



[12] *laird*: Propietario de una finca rural en Escocia. <<